

REVISTA  
DE  
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

---

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

---

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

NÚMERO 1.

---

BIBLIOTECA NACIONAL  
BIBLIOTECA AMERICANA  
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.  
IMPRESA DEL MERCURIO  
DE TORNERO Y LETELIER.

—  
1873.

AAF 3227

REVISTA

VALLAPARAIISO.

BIBLIOTECA NACIONAL  
Sección Control



VALLAPARAIISO  
OFICINA DEL MERCURIO  
DEL GOBIERNO Y COMERCIO

# PROSPECTO.

---

Al fundar la REVISTA DE VALPARAISO nos alienta la esperanza de que encontrará en el público la protección que se debe a un periódico llamado a ser el reflejo de una sociedad distinguida como la nuestra.

Valparaiso ha llegado por su progreso material a ser uno de los puertos mas hermosos y ricos del Pacífico, y debe esforzarse para llegar a ser uno de los pueblos mas cultos e ilustrados.

Si a una hermosa mujer dotada por la naturaleza de todas las perfecciones físicas no la adornan las bellezas del alma, los encantos de la intelijencia, seria una bella estatua, pero sin calor, sin alma. Una estatua sin alma: eso seria un pueblo que ha llegado al apojeio de su desarrollo material sin mas aspiraciones que el lucro, sin mas placer que el que proporciona el buen éxito de empresas mercantiles.

Un periódico literario es el campo donde el estudio presenta el fruto de sus investigaciones, donde hallan cabida las creaciones del ingenio; un terreno en que se siembran las semillas de la intelijencia que producirán bellos y sazonados frutos, y es tambien un poderoso estímulo para despertar la apatia y alentar la timidez en una sociedad como la nuestra, en donde por falta de iniciativa y estímulo, toda idea que traspasa la esfera del provecho material es acogida con frialdad, cuando no con burlesca sonrisa.

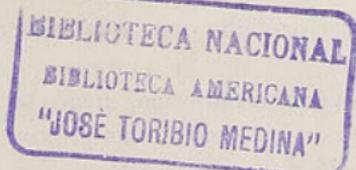
La REVISTA no reconoce otra bandera que la del pro-

greso y admite toda clase de trabajos, siempre que éstos no entren en el odioso terreno de la personalidad y de la política. Por lo demas, no somos partidarios de pomposos prospectos: la REVISTA DE VALPARAISO va a pertenecer a un pueblo culto; ella va a ser el órgano de una sociedad ilustrada; va a recibir de esta sociedad su propia vida; bajo su sombra dará bellos frutos o se marchitará en flor segun la tierra que la alimente. Si no hai un público que piense, que imagine, no habrá lectores; si no hai lectores no habrá REVISTA.

No por eso desmayaremos: las artes y las bellas letras son flores simpáticas a la naturaleza humana; su aclimatacion en un pais es cuestion de tiempo y de constancia.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---



## ANÉCDOTAS LITERARIAS.

---

La *Histórica Relacion del reino de Chile*, escrita por el padre Alonso de Ovalle, fué dada a luz en Roma el año de 1648.

Al mismo tiempo, apareció vertida al italiano. El traductor estaba tan dominado por la fiebre de traducirlo todo, que italianizó hasta el nombre del autor, convirtiéndolo en *Alonso de Ovaglio*.

La obra fué también traducida al inglés, e impresa el año de 1704 en el tomo 3 de la colección de viajes publicada por Churchill.

La edición española es sumamente escasa; la inglesa ha tenido una reimpresión.

---

El padre José Cassani da en la obra titulada *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús*, las siguientes noticias referentes al jesuita chileno Alonso de Ovalle:

«En la humildad fué singularísimo, no solo en suponerse el más vil del mundo, sino en todas sus acciones y gobierno, en su vestido, en su aposento y en todos sus movimientos. Aconteció una vez que un hombre airado contra el padre, ya que, por respeto al sacerdocio, dejó envainada la espada, desenvainó bien su aguda lengua. Llenólo de oprobios, de injurias, de baldones. Fué el lance en la publicidad de una calle. Paróse el padre. Conoció que aquella furia había salido de sí, porque le había faltado la compañía, a quien el padre había convertido. Oyólo con compasión; y cuando ya acabó sus baldones, prosiguió sereno su viaje, diciendo al compañero:—¡Gracias a Dios que hai uno que me conozca!»

Este incidente me ha traído a la memoria una contestación de madama de Mailly, que tiene alguna semejanza con la del padre Ovalle.

Madama de Mailly había sido querida de Luis XV; y a fin de

espíar su falta, no se ocupaba mas que en obras de caridad y de devocion.

Un domingo que estaba enferma, llegó tarde a la iglesia, y deseando ocupar uno de los lugares mas próximos al altar para ver mejor la misa, se abrió paso, y con este motivo desarrepló a varios de los asistentes.

Incomodado uno de ellos, dijo en voz alta:—¡Es mucho estrépito para una.....!

Madama de Mailly miró al insolente sin cólera, y le contestó con bondad:—Ya que la conoceis tan bien, rezad a Dios por ella!

---

El padre Alonso de Ovalle dormía tan poco, que se acostaba a media noche, a pesar de levantarse mui temprano.

Dedicaba al estudio, a la oracion y a la penitencia el tiempo que hurtaba al sueño.

En cierta ocasion, unos colejiales vieron que habia pasado en vela tres noches consecutivas.

Su catre era una tarima; sus sábanas, la sotana: dormía vestido.

El colchon que usaba era tan viejo, que habia quedado reducido a la simple tela.

Su madre doña Maria Pastene, hija de don Juan Bautista Pastene, envió a su hijo los materiales necesarios para que hicieran a éste un colchon nuevo, pero mui ordinario.

El padre Alonso de Ovalle aceptó con agradecimiento aquel obsequio de su madre; pero lo dió inmediatamente a un pobre, y continuó acostándose sobre unas tablas.

---

Don Manuel de Salas Corvalan decia:

«En muchas ocasiones, el hombre confiesa con franqueza su ignorancia, aun respecto de las cosas mas comunes y vulgares, referentes a las necesidades diarias de la vida. Preguntad a la mayoria de los individuos si saben construir una casa, llevar un libro de cuentas por partida doble, cortar y coser sus vestidos, hacer un par de zapatos, asar y trincar un pollo, y os contestarán en el acto que lo ignoran. Sin embargo, ese mismo hombre que no sabe bastarse a sí mismo, se cree competente para gobernar una corporacion, un departamento, una provincia, y aun la nacion entera; y hace todo lo posible para obtener un mando cualquiera, y mientras ma-

yor sea, mejor, muchas veces a despecho de sus mismos conciudadanos. Todos se consideran con el talento necesario para dirigir a sus prójimos aun cuando nunca hayan pisado los umbrales de un colejio. Todos nacen doctores en la ciencia de la dominacion, que aprenden en la universidad del amor propio y de la presuncion, desde el vientre materno. Hace pocos dias reprochaba a un amigo el que hubiera descendido a intrigas y manejos poco decorosos para ser nombrado mayordomo de una cofradia.—Dejadme, me contestó, el gobierno de las candilejas y cabos de vela, ya que no puedo comprar una hacienda donde habria podido mandar siquiera a súbditos de cuatro patas.

---

En setiembre de 1843, el conductor de uno de los carretones de la policia de aseo que tiene a su servicio la municipalidad de Santiago, encontró en un monton de basura de la calle del Estado una mano horriblemente mutilada, sin piel y sin carne.

Sin pérdida de tiempo el carretonero entregó aquel trozo humano, deforme y raspado a navaja, al intendente de la provincia, quien lo remitió al cirujano don Cárlos Buston para que, practicando el correspondiente exámen, informara sobre el asunto.

El señor Buston espuso que el trozo remitido era una mano de mujer, que debia haber sido amputada cuatro dias antes.

Envióse entonces aquel sangriento miembro al profesor de anatomía don Francisco Lafargue.

Lafargue habia sido médico interno en los hospitales de Paris. Era un escritor distinguido que habia publicado en el ARAUCANO algunos artículos científicos traducidos por don Andres Bello; era un orador elocuente cuya palabra calorosa llevaba el convencimiento a sus discípulos; era un hombre grave, sério, melancólico, que se suicidó algun tiempo despues, abriéndose las venas, como Séneca, en un baño de agua tibia.

El señor Lafargue ratificó por escrito en todas sus partes el informe de Buston.

La alarma fué estremada.

Con ocasion de este suceso, empezaron a contarse las cosas mas estrañas.

Algunos suponian que un marido celoso habia asesinado a su mujer adúltera, descuartizándola presa por presa para ocultar su crimen.

Otros sospechaban que algun amante frenético habia dado la muerte a alguna niña que se le resistia.

Otros pensaban que los vendedores de empanadas tenian la costumbre de desenterrar los cadáveres para hacer con su carne picadillo (*pino*) de empanadas, y que alguno de aquellos delincuentes habia botado aquel *mujo* de huesos despues de haber confeccionado el sangriento e inmundó guiso.

Los doctores Buston y Lafargue opinaban que la mano habia servido de objeto de estudio para algun alumno de cirujia, fundándose en que aparecia descarnada científicamente.

Las suposiciones llovian. Se habria podido formar con ellas un volúmen.

Los jóvenes, esto es, los que eran poetas, habian soltado las riendas a su imaginacion.

¡Cuántas conjeturas!

Aquella mano habia estado cubierta con un guante, que la hacia mas codiciada y seductora.

Aquella mano habia llevado en sus pulidos dedos anillos de brillantes.

Aquella mano habia cargado un pañuelo guarnecido de encajes, habia jugueteado con una flor, habia manejado un abanico.

Aquella mano habia recibido y escrito cartas de amor.

Aquella mano habia sido estrechada con ardor y besada con embriaguez.

Aquella mano habia hecho caricias!....

El conocimiento completo del informe de los facultativos modificó, sin embargo, algun tanto las primeras ilusiones a que el cuerpo del delito habia dado oríjen.

Los señores Lafargue y Buston aseguraban que aquella mano era, no la derecha, sino la izquierda.

¡La mano izquierda!

Esta circunstancia disminuia algun tanto la movilidad de aquel misterio de hueso que se tenia a la vista; pero siempre conservaba la personalidad de la heroina del drama cuyas peripecias se ignoraban.

¡La mano habia pertenecido a una mujer!

Mientras los simples ciudadanos inventaban novelas mas o menos ingeniosas, el intendente de Santiago, el juez del crimen, los sabuesos de la policia y de la justicia rastreaban las huellas del delito.

Despues de muchas vueltas y revueltas, de muchas preguntas y declaraciones, se descubrió por fin la incógnita del problema.

Un señor Bustamante, dueño de una hacienda situada no lejos de Santiago, habia cazado y muerto en su fundo una leona, que habia dado a sus sirvientes.

Un negro habia obtenido la mano izquierda de la fiera, le habia sacado la piel con las garras sin descompajinarla, le habia quitado la carne para comérsela, y por último, habia arrojado el resto a la basura.

El enigma estaba descifrado.

El tal negro habia puesto en conmocion a la capital de la república de Chile, dado bastante trabajo a las autoridades, y causado una mortificacion amarga a profesores distinguidos.

Este chasco ha redundado en provecho de la oscura ciencia médica, escribia entonces don Domingo Faustino Sarmiento. Un exámen quirúrgico ha manifestado que la mujer tiene mano de leon. ¿Tendrá tambien el corazon de tal?

El hecho que sigue parecia mui notable a don Andres Bello, y lo calificaba de una verdadera profecia.

Voi a valerme de sus propias palabras.

«En un poema caballeresco, el *Morgante Maggiore*, de Pulci, compuesto a mediados del siglo XV, se encuentra un pasaje que anuncia del modo mas claro el descubrimiento de América. Este pasaje se contiene en las estancias 229, 230 y 231 del canto 25. Hé aquí la idea que da de él M. Guinguené en su *Historia Literaria de Italia*:

«El diablo Astarot va al Ejipto en busca de los paladines Reinaldo y Ricardeto, y les anuncia su mision; él se mete en el cuerpo de Bayardo, que era el corcel de Reinaldo, y su camarada Farfadete en Rabican, caballo de Ricardeto, y ambos arrebatan por los aires a los dos caballos y a los dos caballeros. Al segundo dia de este viaje aéreo, pasan por sobre el estrecho de Jibraltar; y Reinaldo, reconociendo el lugar, pregunta a su conductor qué era lo que en otro tiempo se entendia por las *Columnas de Hércules*.— Esa espresion, responde Astarot, ha tenido su oríjen en un antiguo error, que ha durado en el mundo muchos siglos. Es una vana y falsa opinion la de los que creen que no se puede navegar mas allá. El agua es plana en toda su estension, aunque ella y la tierra tengan

la forma de una esfera. La especie humana era entonces ignorante y grosera. Si Hércules resucitase, se avergonzaria de haber plantado esos dos postes, porque las naciones pasarán mas allá. Se puede ir a otro hemisferio, porque todas las cosas gravitan a su centro, y por un misterio divino, la tierra está suspendida entre los astros. Debajo de nosotros, hai ciudades, castillos, imperios; pero la antigüedad lo ignoraba. Esos pueblos se llaman *antípodas*; adoran a los falsos dioses; tienen, como vosotros, animales y plantas, y tambien viven en guerra unos con otros.—

«Para que se admire este pasaje como el merece, (continúa M. Guinguené), es preciso recordar que, cuando se escribió, aun no existian Copérnico y Galileo; y que Cristóbal Colon hizo su primer descubrimiento en 1492, algunos años despues de la muerte de Pulci.»

---

El primer aviso que se haya publicado en un periódico de Chile es el siguiente, el cual apareció en la AURORA, tomo 1.º, núm. 13, fecha jueves 7 de mayo de 1812:

«DON HENRIQUE ROSS,

*ingeniero,*

NATURAL DE BALTIMORE,

ofrece sus servicios al público de Chile, a donde acaba de llegar: se ha ocupado en la construccion de máquinas de todo jénero, particularmente las que sirven para desaguar las minas. El que quiera ocuparlo ocurra a la imprenta.»

El autor de este aviso, en vez de dedicarse a la fabricacion de máquinas, se incorporó como voluntario en el ejército que el jeneral don José Miguel Carrera formó el año de 1813 para rechazar la invasion realista.

Don Henrique Ross se distinguió mucho en la accion de Yerbas Buenas, en la cual recibió cinco heridas graves.

Ademas, su ropa sacó las señales de diez y nueve balazos.

---

Despues de la victoria de Maipo, se acordó levantar una pirámide en el campo de batalla, cerca de la fosa donde se habia sepultado a los muertos.

Don Antonio José de Irisarri compuso el siguiente epitafio para que fuera esculpido en ella:

Aquí yacen los huesos confundidos  
De mil patriotas y dos mil tiranos.  
Sobre la tierra nos destruimos todos,  
Bajo la tierra nunca discordamos.  
Maldecid de las guerras, pasajeros,  
Por la paz suspirad, si sois humanos.

El pensamiento puede ser filosófico, pero no era adecuado al objeto. Si los colonos no se hubieran sublevado contra la metrópoli, no habrían obtenido jamás la independencia. La inscripción no enaltece la memoria de los héroes que habían sucumbido en defensa de la libertad, sino que por el contrario la rebajaba.

El epitafio quedó escrito; la pirámide, solo en proyecto.

---

Don José Joaquín de Mora había dado a luz en el MERCURIO CHILENO, núm. 9, fecha 1.º de diciembre de 1828, un artículo titulado: *Puertos Francos*.

El MERCURIO PERUANO, número 425, reprodujo en Lima aquel artículo.

El AVISADOR, periódico que se imprimía en Valparaíso bajo los auspicios de don Diego Portales, copió en abril de 1829 aquel mismo artículo como obra de los redactores del MERCURIO PERUANO.

A consecuencia de esto, se notificó al editor del AVISADOR, con fecha 14 de abril, el curioso decreto que va a leerse:

„Siendo indecoroso que el gobierno circule a todas las provincias y autoridades de la República periódicos en que, con agravio del crédito nacional, se atribuyen a plumas estrañas producciones literarias del país; y notándose este defecto en el AVISADOR de Valparaíso, se suspende la suscripción que se le había acordado por decreto de 5 de marzo próximo pasado, desde el día que éste llegue a noticia del editor.“

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

---

## CONTRA LOS HUAQUEROS.

¡Miseros indios, ni en la misma fosa  
Os deja en paz vuestro destino fiero;  
Que allí escarba con mano irrespetuosa,  
La estólida codicia del huaquero!

Al ver cómo del suelo en las entrañas,  
El huaquero su azada hunde y retira,  
Sacando calaveras tan estrañas  
Que parecen lanzarle rayos de ira,

Se presenta de golpe a la memoria  
Lo que es hoi el Perú, lo que ayer era.  
¡Del presente y pasado, igual la gloria!  
¡Siempre para indios se es verdugo o fiera!

«¡Jentiles no mas son!» dicen altivos,  
Con befa ruin de impunidad, bien ciertos:  
¡Si los padres mataron a los vivos,  
Robar pueden los hijos a los muertos!

Los rudos descendientes de Pizarro,  
Agravando sus furias avarientas,  
Tumbas rompen y esparcen cual vil barro,  
Armas, vasos, tejidos y osamentas.

Destruyeron mansiones peregrinas  
Los padres yendo en busca de un tesoro,  
Y hoi los hijos destruyen aun las ruinas  
Por ir en busca de migajas de oro.

¡Miseros indios, ni en la misma fosa  
Os deja en paz vuestro destino fiero;  
Que allí escarba con mano irrespetuosa,  
La estólida codicia del huaquero!

Chorrillos, marzo de 1860.

M. A. MATTA.

## VAYA UN CONSUELO!

---

No te irrites, hermano, porque un chinche  
 A quien ninguno conoció en la escuela  
 Y que ha leído tal o cual novela,  
 Echándola de crítico relinche.

No rasgues sangre ni te dé berrinche  
 De ese zoilo la torpe cantinela.  
 ¿Que eres bruto? Corriente! y que la abuela  
 Del estúpido crítico te cinche.

Saber debiste desde el mismo día  
 En que te echara Dios por estos trigos  
 Trayendo del talento la joroba,

Que en esta tierra tuya y también mía  
 Los reptiles del mérito enemigos,  
 Y los tontos se barren con escoba.

1873.

RICARDO PALMA.



## EL LUJO.

---

Sabed que, si el lujo enriquece los  
 grandes estados, pierde los peque-  
 ños.

(Anónimo).

Consecuentes con el principio de levantar el espíritu de la mujer, aferrado a pequeñeces y puerilidades, principio que nos ha conducido ya a la arena pública, hemos aplaudido con entusiasmo la creación de un periódico literario dirigido por una mujer. E impulsados por este entusiasmo, ofrecimos a la inteligente directora de la REVISTA DE VALPARAISO nuestra débil colaboración.

El cumplimiento de nuestra promesa nos ha sido reclamado. Queremos cumplirla, y al tomar la pluma para traer aquí nuestro continjente, hemos buscado el tema que debe ocuparnos, y pareciéndonos de actualidad el que encabeza estas líneas, no vacilamos en elegirlo.

Vamos a disertar sobre una materia que ha sido tan debatida en todos los tiempos, que nuestras palabras no tendrán el atractivo de la novedad para los que fijen sus miradas en este artículo. Sin embargo, nos lisonjea la esperanza de que nuestras apreciaciones sobre el lujo no carecerán de algun interes para cualquiera que se detenga a pensar en el estado actual de nuestra sociedad.

En una nacion jóven y republicana como la nuestra, el lujo es una verdadera plaga.

Esta es una verdad tan clara, que, volvemos a repetirlo, nuestras declaraciones contra el lujo no serán una sorpresa para nadie.

Tenemos a la vista un eminente escritor del siglo pasado, que dice:—"Hace dos mil años que se declama contra el lujo en verso y prosa y se le ama siempre. Se han escrito muchos volúmenes sobre esta materia, y el lujo ni ha disminuido ni ha aumentado por esto." Lo que significa que han sido perfectamente inútiles.

Todo esto es profundamente desconsolador, por la abrumadora exactitud, para la que escribe estas líneas.

No nos alienta ninguna esperanza de éxito. Estamos ciertos de no alcanzar nada con nuestras advertencias, por mas justas que ellas sean, y por mas esfuerzos que hagamos para patentizar esta justicia.

Emprendemos una tarea bien ingrata: intentamos combatir un enemigo que declaramos invencible de antemano.

¿Qué propósito nos guia entonces, se preguntará cualquiera? El que guia siempre al que escucha la voz de la conciencia: señalar el mal donde cree verlo; mostrar el escollo a los que van a estrellarse en él.

Podria quizas tomarse por una pretension exorbitante lo que acabamos de decir. Con qué títulos queremos hacernos los mentores de una sociedad entera?

El temor de que tal cosa pudiera pensarse nos retraeria si fuéramos a descubrir peligros desconocidos para la jeneralidad. Por nada en el mundo querriamos aparecer arrogándonos la facultad o el tono de mentor.

Afortunadamente, como el mal que vamos a señalar no es un

secreto para nadie que se tome el trabajo de pensar sobre la marcha social de un pueblo como el nuestro, no abrigamos este temor, y llevaremos adelante nuestro propósito, tranquilos a este respecto.

Como íbamos a decir: obedecemos al escribir el presente artículo, a un móvil que ha impulsado siempre nuestra pluma: satisfacer una aspiración del alma escuchando la voz de la conciencia. Estas son y serán por toda la vida nuestros únicos motores en el difícil cuanto espinoso trabajo de escribir para el público.

Ya lo hemos declarado en otras ocasiones; si lo repetimos aquí, es solo para dejarlo consignado una vez más como nuestra profesión de fé literaria.

Satisfecho este pequeño arranque de espontaneidad, continuemos:

El lujo, dicen, es una consecuencia natural del progreso de la especie humana. Es el resultado lógico, preciso de la desigualdad de las fortunas. Habiendo ricos y pobres habrá lujo.

Se habla de Lacedemonia en la antigüedad, que para sustraerse al lujo conservó la igualdad y comunidad de bienes; pero tenía un pueblo esclavo que labraba la tierra, lo que era mucho más deplorable que el lujo.

Esto hizo también, según algunos historiadores, que jamás Esparta pudiera competir con Atenas en los grandes hombres que ambas produjeron. Mientras Atenas cuenta con los Demóstenes, Sófocles, Apeles y Fidias, Esparta solo tiene algunos capitanes, y siempre en menos número que las otras ciudades.

El lujo de Atenas, dicen, produjo grandes hombres en todo género.

Concluiremos, pues, con una gran verdad: que el lujo considerado en jeneral es un bien.

Para condenar el lujo en absoluto, sería preciso condenar con él todo lo que las artes y la industria han producido de bello y útil en el mundo.

Las grandes creaciones del jénio, desde los Fidias hasta los Miguel Anjel; los preciosos y útiles inventos de la industria, desde las magníficas telas de la India hasta las bellas y diáfanas porcelanas de Sèvres; en fin, todo ese conjunto de grandeza que hace el adelanto y la cultura de las sociedades, y que forma el corolario de la civilización.

El lujo es un estímulo y un sostenedor de las artes y del trabajo. Sin los progresos realizados por este gran májico, estaríamos aun

vestidos de pieles como nuestros primeros padres, y habitariamos en chozas pajizas como los indios de nuestras fronteras, lo que, por mas poético que haya parecido a los cantores de todos los tiempos, no creemos que tendria nada de agradable.

Condenar, pues, el lujo sin escepcion, seria un absurdo, o por lo menos una escentricidad que sentaria mui mal en esta época en que la práctica del mundo ha dado la importancia debida a las comodidades que el lujo proporciona, y que hacen uno de los encantos de la vida.

Lo que nosotros, pues, condenamos con todas nuestras fuerzas, y lo que nos proponemos demostrar aquí, es que gastar más de lo que se tiene, aun cuando sea con fines laudables y en objetos preciosos, es un mal de mui graves consecuencias. Que el esceso, pernicioso en todo, es fatal en el lujo para un pais que vive del trabajo como el nuestro.

No hai entre nosotros esos grandes potentados que, disfrutando de cuantiosas rentas desde tiempo inmemorial, no tienen que preocuparse sino de la manera de gastarlas.

Somos una nacion de ayer, y somos todavia una nacion pobre, puesto que la fuente de nuestra riqueza está solo en el trabajo de cada uno.

Todos tienen que labrarse una fortuna, fortuna las mas veces incierta. Son mui pocos, pueden contarse quizas aquellos cuyos bienes estén al abrigo de los eventos propios de todo negociante. Hai que pensar siempre en el dia de mañana.

Se comprende sin esfuerzo que el lujo que signifique gastar en superfluidades lo que tal vez hará falta al dia siguiente para lo necesario, es una calamidad en sociedades asi constituidas.

Se nota en nuestra sociedad una tendencia mui marcada al fausto y la ostentacion.

Segun el señor Vicuña Mackenna, esta tendencia trae su oríjen de la instalacion en nuestro suelo de la Real Audiencia. «De aquella fuente vino otro mal social que palpita todavia en nuestras entrañas y las devora: el lujo.» (Historia de Santiago, páj. 181. t. 1.º)

Esta propension ha sido la causa, sin duda alguna, que de todas las capitales de las repúblicas sud-americanas, la nuestra sea la mas notable por sus edificios públicos y particulares. Hai quien llama a Santiago la ciudad de los palacios.

No nos quejamos de esto; pero las fortunas ¿están en relacion con estas soberbias apariencias? Tememos que nó.

El año sesenta y tres hemos atravesado por una crisis comercial que no respetó a muchos de los dueños de estos palacios. Ahora mismo la crisis ha vuelto a dejarse sentir. El pánico va estendiéndose. No es posible calcular aun dónde y cómo irá a concluir esta situación, verdaderamente angustiada para un país cuya inmensa mayoría vive de especulaciones comerciales.

A nuestro juicio, hai mucho de efímero y vano entre nosotros. Somos dispendiosos por vanidad, por cierto espíritu de competencia mui desarrollado en nuestra sociedad: parecer que se tiene más que el vecino.

Somos un país republicano, democrático, industrial y trabajador, cualidades que nos han traído la ventajosa posición en que se encuentra nuestro crédito nacional en el extranjero y nuestra prosperidad jeneral.

Nuestro empeño debia ser, pues, tratar de conservar estas ventajas, haciendo que nuestras costumbres fuesen conformes con estas bases de nuestra organización política y social.

Y lejos de eso, quizá en ninguna de nuestras hermanas las repúblicas sud americanas ha dejado mas huellas nuestro oríjen monárquico que en nuestra sociedad. Todos sus hábitos están empapados en las preocupaciones de las viejas monarquías. Nuestra aristocracia se envanece aun de sus pergaminos, como se envanecería en los buenos tiempos de don Pelayo.

Nuestros nobles son intransijentes con ciertas ocupaciones. Solo admiten compatibles con su aleurnia las faenas del campo, donde ejercen una potestad que tiene mucho de parecido a la de los antiguos feudatarios de la Edad Media.

El don Quijote no es aquí un tipo que esté mui pasado de moda.

La inclinación al lujo en nuestros nobles es un derivado lójico del antiguo derecho divino de los reyes: la distinción de clases. Cada uno quiere colocarse a la mayor distancia de lo que se llama clase media y pueblo. De ahí la necesidad de vivir a lo príncipe.

Todo entre nosotros participa de esta funesta tendencia a la ostentación, de una malhadada propensión de atender antes a lo brillante que a lo útil.

Tenemos el teatro mas lujoso de Sud América.

Tenemos paseos de todo jénero que cuestan injentes sumas.

Nuestro gran mundo acude ahí: para lucir las mujeres sus magníficos trajes, sus deslumbrantes y valiosas joyas, y los hombres, pa-

ra envanecerse de acompañar a damas ataviadas con tal magnificencia.

Los soberbios carruajes cruzan en todas direcciones las avenidas del *Parque Cousiño*; y el que tiene la gran fortuna de pasearse en el de mas precio, en el mejor montado, ¡oh! ese será saludado por infinitos amigos, que talvez la víspera no conocia, porque ellos no conocian tampoco al magnífico carruaje, que es en buena cuenta al que saludan.

Cada una de nuestras reuniones públicas es un torneo del lujo y la vanidad, su eterna compañera.

Fácil es calcular a dónde puede conducir la satisfaccion de salir vencedor en estos torneos del mundo moderno, que, a diferencia de los antiguos, en que todo era noble y elevado, aquí todo es pequeño y mezquino.

Otra de las consecuencias deplorables del lujo que se despliega en los atavios, que tanta importancia da a los trajes, y que dora así las apariencias, es empuqueñecer el espíritu.

Se da tanto valor al dinero que proporciona tales triunfos, que todas las nociones del bien y la virtud corren peligro de ser arrastradas por este torrente devastador del lujo.

No se estima ya sino al que posee una fortuna. A ese todo se le perdona; siempre será un ser perfecto. Se guardan todos los anatemas, todos los furores de las conciencias escrupulosas, para el que tiene la gran falta de ser pobre si la desgracia lo impele a un precipicio. Oh! entonces, nada parece bastante severo para condenarlo.

Hasta la balanza de esa diosa que en balde se venda las ojos, la justicia, inclina también su platillo hácia el lado de su majestad el *Millon*.

Por eso es que una sociedad poseida por ese pequeño demonio que se llama lujo, cuando aun no ha llegado al grado de riqueza necesario para alimentarlo, se coloca en una pendiente tan vertijinosa, que apenas habrá quien escape de caer en el abismo.

Segun nuestra opinion, nuestra sociedad está colocada en esta pendiente y se deja arrastrar al peligro. Marcha dichosa y envanecida a precipitarse muchas veces en los antros de la miseria, como los antiguos mártires del cristianismo marchaban a precipitarse en las hogueras del martirio, con la sonrisa del placer en los labios y las coronas del triunfo sobre sus cabezas.

Pero hai una enorme diferencia, diferencia que casi hace impo-

sible la comparacion: si era sublime y grandioso el sacrificio de los últimos, que así daban su vida por consagrar una creencia que debía salvar la humanidad, el sacrificio hecho en aras del lujo y por la vanidad es algo tan pequeño y miserable, que solo inspira el desprecio de las almas que saben elevarse a bastante altura para contemplar con desden a estas víctimas de la ostentacion.

Nos parece, pues, llegado el momento de decir a esta sociedad que así se deja llevar por el vértigo del lujo:—Tened cuidado: cada individuo, lo mismo que cada sociedad, debe cuidar de no caer en los extremos. Y como ya lo hemos dicho, ninguno de estos extremos puede ser para nosotros de mas graves consecuencias que el lujo inmoderado.

Hai siempre un fondo amargo en toda copa que se apura hasta las heces.

Por otra parte, los placeres de la vanidad, que consisten en llamar la atencion por los atavios, por la riqueza y valor de todo lo que se compra con dinero, son los placeres mas tristes y que mas prueban nuestro miserable oríjen: el primer hombre fué hecho de barro.

Los triunfos que proporciona el lujo están al alcance del primero que pase por la calle, cuando éste tenga dinero.

Pensad un poco en lo mezquinos que son esos laureles a que dais tan alto precio, y ya no os empeñareis tanto por obtenerlos.

Si quereis distinguiros entre la multitud, decimos sobre todo a las mujeres, que por su espíritu frívolo y vano son las mas sensibles a los halagos del lujo; si quereis ser admiradas, aplaudidas en todas partes, elejid un camino para conseguirlo que os eleve y engrandezca: sed virtuosas; llenad vuestros deberes en cualquier situacion que el destino os coloque. Llenadlos con naturalidad y sencillez. Entonces vuestra vanidad, si es que una mujer así puede tenerla, será una vanidad lejitima, y tendreis derecho para erguir vuestra frente tan alto como querais.

Bien sabemos que nuestra débil voz se esforzará en vano para recomendar la modestia, la moderacion, el balance entre la fortuna y los gastos; sus ecos irán a perderse en medio del ruido y la embriaguez con que el lujo llena los salones de la aristocracia.

Por mas verdad que nuestras palabras encierren, no irán a turbar el festin como el Mané, Thecel, Pharés de la historia sagrada.

Sin embargo, sostenidas por nuestras convicciones, vamos a agregar todavia algunas advertencias a nuestros mandatarios.

Queremos decirles: dejad de pensar en paseos y en monumentos,

Si es verdad que embellecen una ciudad, acordaos que la belleza no ha sido ni será jamas lo que constituye el bienestar de un pueblo.

Atended primero a lo útil, y despues habrá tiempo, estad seguros, para lo agradable. Ello vendrá por el aumento de la riqueza; pero dejadlo venir sin violencia alguna, que toda violencia en este sentido es perjudicial.

Siendo la inmensa mayoria la clase menesterosa, es a ella a la que debeis atender primero. Y esa clase no gana nada con vuestros paseos, a donde no puede asistir por su miseria, ni con vuestros monumentos, cuyo valor no está aun en estado de comprender.

Empeñaos antes en darles habitaciones sanas y limpias, en proporcionarles diversiones a su alcance y que la moralicen. Empeñaos con toda vuestra intelijencia y actividad en multiplicar las escuelas en las ciudades y en los campos.

Predicad en estas escuelas, predicad sin cesar el amor al trabajo. Inculcad en nuestro pueblo las sanas ideas de que el trabajo traerá el bienestar de la familia, dará luz y abrigo al hogar, y traerá todavía como consecuencia lójica la estimacion de sí mismo al hombre que siendo la causa de tanto bien, habrá cumplido con su deber. La estimacion de sí mismo, la dignidad, el honor de cada individuo, ved aquí lo que eleva a un pueblo y lo engrandece.

Cada hombre será entonces un ciudadano que, como los romanos de los primeros tiempos, tendrá la altivez que da una vida sin tacha y una conciencia pura.

Y esa fué la época mas floreciente de la república romana.

Aquí debia fijarse con insistencia la atencion de nuestros hombres de estado.

Arrancar al pueblo de la miseria, arrancarlo de esos hábitos groseros que lo envilecen, hacer de cada hombre, cualquiera que sea su condicion, un individuo útil a la sociedad, ese seria un desvelo digno de los jefes de una república democrática y que debia ocupar a cada mandatario en su localidad.

Así, nuestra nacion llegaria a ser admirada, nó por sus teatros y sus paseos, que todo eso es secundario, sino por el espíritu elevado de sus hijos, por la moralidad y cultura de su pueblo, que, cifrando todo su orgullo en ser laborioso e ilustrado, prometeria un porvenir grande y próspero a su patria.

Entonces sí que tendríamos derecho para creernos la primera de las repúblicas sud-americanas.

Pero mientras nuestros obreros tengan por habitaciones cuartos

malsanos y miserables; mientras las tradicionales chinganas, centros de barbarie y corrupcion, sean su único entretenimiento, no seremos mas que un pueblo vano y ostentoso.

Menos boato, menos ruido, menos relumbrones, que contribuyen a aumentar en nuestra sociedad la aficion al lujo y la satisfaccion pueril de envanecerse por apariencias, sin fijarse en el fondo que estas apariencias pueden cubrir.

Mucho brillo, muchas estátuas, infinitos monumentos, para recordar héroes de ayer que todos hemos conocido de vista, lo que significa que el olvido no ha descendido aun sobre ellos y que se apresuran demasiado para perpetuarlos en el bronce. Nos parece que ese debia ser un cuidado de la posteridad. Ella sola puede dictar fallos desapasionados y justicieros.

Mientras tanto, nuestro pueblo, que no parece mui edificado con el ejemplo que estos héroes le han dado, asesina y roba en las ciudades y en los campos.

Meditad, meditad un poco en todo esto, y hareis algo que os merezca, como a Marco Aurelio, el amor de su pueblo y la admiracion y aprecio de las jeneraciones futuras.

La idea que al comenzar estas líneas vino a desconosarnos, vuelve a nuestra imaginacion al concluir.

No alcanzaremos nada? no traeremos a nuestra causa una sola adhesion? estaremos solos y aislados en nuestros propósitos?

¿El lujo seguirá «devorando nuestras entrañas?»

¿No será posible que nuestra sociedad establezca proporcion entre lo que se tiene y lo que se gasta, esta proporcion que hace, lo mismo el bienestar de una nacion, como el de cada familia?

Este es el gran principio de toda la ciencia económica, y como todas las verdades, es sencillo y claro hasta para la intelijencia de un niño.

Estamos desalentadas; solo nos queda la satisfaccion de haber llenado un deber.

Mientras tanto, nos consolaremos como se han consolado los moralistas de todas las épocas. Una sola alma, dicen ellos, que conquistáramos; una sola familia, decimos nosotros, que se contuviese en la fatal pendiente, nos daríamos por suficientemente recompensadas.

LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

Santiago, octubre 21 de 1873.

## UTILIDAD DE LOS PERIÓDICOS LITERARIOS.

---

Todos dicen, y con razon, que la pluma y la palabra son las armas mas fuertes del siglo en que vivimos. Pasaron para no volver los tiempos en que la valía de los hombres se estimaba por el mejor o peor modo con que rompian una lanza o desencajaban una celada en una justa o torneo. A las armas materiales han sucedido las armas intelectuales, y he ahí el gran triunfo del alma sobre el cuerpo, de la fuerza intelijente sobre la fuerza bruta. No solo útil sino necesario es, pues, el adiestrarse en el manejo de esas armas que han de servir para llevar a cabo la conquista del reino del saber y de la verdad.

Las malas ideas no se arraigan fácilmente en las intelijencias cultivadas, por mas que el corazon esté depravado. La influencia deletérea que éste pueda ejercer sobre aquella queda un tanto avasallada y destruida por ese principio bueno, por ese jérmén de vida y de moralidad que la instruccion deposita en el entendimiento. Contribuir, pues, a despertar el amor a la instruccion, a difundirla, es un deber de todos los que aman el progreso de la patria. Este deber es aun mas imperioso en aquellos pueblos que no cuentan muchos años de existencia. Asi como es un deber sagrado de los padres de familia el dirigir hácia el bien los sentimientos de sus hijos e instruirlos desde su primera infancia, es tambien un deber de todos los hombres entusiastas y de corazon el hacer cuanto posible sea, en el límite de sus fuerzas individuales, para coadyuvar al adelantamiento de su pais. Y el medio mas espedito para propaganda tan benéfica es el periódico literario.

Allí, al propio tiempo que se esparce la semilla de la instruccion, ábrese noble y ancha lid a las intelijencias nacientes. El que lee el periódico se instruye con sus artículos, y los que los hicieron han tenido que instruirse para escribirlos. Doble y bienhechor resultado, que habla mui en pró del adelantamiento de una nacion. Pero, si en cualquiera ciudad o pais es más que útil un periódico literario, en Valparaíso significa un hecho digno de llamar nuestra atencion. Tiene que emprender una cruzada contra el positivismo, tan fácil de estender y desarrollarse en pueblos de tanto comercio como

Valparaiso. ¡Ai de los pueblos que hacen un Dios del dinero! Al borde del abismo, el menor empuje los precipita dentro; el materialismo con todos sus absurdos y horrores toma entónces el puesto que debía ser ocupado por el culto de la verdad. Por eso, mui alto lo decimos: para que un periódico literario tenga vida, menester es que tenga el espíritu católico, porque fuera de éste no hai otro espíritu que el de la mentira y de la corrupcion. Su ciencia no será ciencia, porque falta el fundamento de toda ella; su poesía no será poesía, porque no habrá un ideal de belleza hácia el cual se dirijan las aspiraciones del sentimiento.

¡Ojalá que la REVISTA DE VALPARAISO siga este camino!

Derecho nos dan a esperar lo el nombre y los antecedentes de nuestra distinguida amiga la señora Orrego de Uribe. Doble gloria tendrá entonces ella: la de haber fundado un periódico de tamaña importancia, y la de haber tenido el acierto de dirigirlo por el buen sendero. Mientras siga la verdadera senda, tendrá vida robusta y tendrá el aplauso y el apoyo de todos los hombres de bien y de intelijencia.

Siguiendo la opuesta senda, hallará la popularidad de un momento, que luego acabará, asi como los resplandores fosfóricos que apenas lucen cuando se apagan.

E. NERCASSEAU MORAN.

Santiago, noviembre 9 de 1873.

---

## CONTESTACION

A LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS

CON MOTIVO

DE MI NOMBRAMIENTO DE ACADEMICO.

---

Dispensadme favor, tomo la pluma  
Para escribiros carta respetuosa,  
Mas la emocion, la gratitud me abruma,  
Y brotan versos cuando quiero prosa.

El pliego que acordasteis remitirme,  
Nó con manos, con alma he recibido;  
En él me haceis honor de introducirme  
De las letras al templo esclarecido

Al ocupar tan elevado asiento  
En el altar que al jenio se levanta,  
La timidez apaga mi ardimiento,  
Ahógase la voz en mi garganta.

Si en versos melodiosos os llevara  
De ingenio audaz ideas eminentes  
Que a frios corazones despertara,  
Que conmoviera juveniles mentes;

Si llevara la luz en mis canciones  
Forma en la idea o elocuencia en labio,  
Con altivez pisara esos salones  
Que ilustra el jenio y enaltece el sabio.

Nada sé de artes ni de ciencias graves;  
Yo levanto la voz a la ventura  
Como en el bosque las canoras aves,  
Como ese mar que a su pesar murmura.

No he arrancado a los libros su secreto,  
No he estudiado del orbe la armonía;  
Mi pensamiento soñador, inquieto,  
Las cuerdas de mi alma solo oía.

Hoi solo os llevo a la comun arena  
De inculta inspiracion, pobre destello,  
Una alma que lo grande la enajena  
Y un corazon para admirar lo bello.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

## A LA INSTRUCCION. (\*)

## I.

Como el brillante sol lucha venciendo  
 Al negro nubarron que se le opone,  
 Y con su lumbré espléndida ilumina  
 El seno del abismo y la alta cima,  
 Asi la luz de la instruccion, centella  
 Del cielo desprendida,  
 Ilumina a las almas, les da vida,  
 Señala del honor la noble huella,  
 Nace la luz: la sombra está vencida.

Por ella el que era miserable esclavo  
 Alza la frente con orgullo al cielo,  
 Comprende su destino,  
 Aprende a amar al hombre, que es su hermano,  
 Lo guía en su camino;  
 Su benéfica mano  
 Se empeña en combatir su adverso sino,  
 Que allí do la instruccion sienta su planta,  
 ¡Oh, caridad augusta!  
 Allí un altar el hombre te levanta.

Eterna noche, servidumbre eterna,  
 Es eso la ignorancia;  
 Esclava de sus vicios, no os asombre,  
 Ni al cielo sirve, ni le sirve al hombre;  
 Que humilde dobla su flexible cuello,  
 Besa la mano que la hiere airada,  
 La que le ata a sus piés una cadena,  
 La que solo suplicios le depara,  
 Y sus nobles instintos desvirtúa  
 Porque el suplicio les enerva el alma.

(\*) Versos leídos por la eminente trájica italiana, señora Carolina Civili de Palau, en la noche del beneficio de la *Sociedad Católica de educacion*.

Mas si la luz de la instruccion descende  
 A iluminar la noche del atraso,  
     El lábio a Dios bendice,  
 Conviértese en jigante el infelice,  
 Y ante sus ojos nuevos horizontes  
     Se estienden, y él avanza  
 Cegando abismos y horadando montes.

## II.

Hubo un tiempo de oprobio en que los pueblos  
 A los piés de sus déspotas dormian;  
 Las sacrílegas plantas de los Césares  
 Su fatigoso sueño interrumpian  
 Y a su capricho al mundo conmovian.

El pueblo estremecido despertaba  
     Con brusco movimiento,  
 Y dolorosas quejas exhalaba  
 Al crujido del látigo sangriento.  
 ¡Y sufria!... ignorante imaginaba  
 Ser ese su destino, y ni un momento  
 Pensó talvez que el Todopoderoso  
 Jamas creara el servilismo odioso.

Los siglos sucediéronse a los siglos,  
 A los amos los amos sucedieron,  
 Y el pueblo esclavo siempre!... Al fin, un dia,  
 Mensajero de Dios sobre la tierra  
 El Hijo apareció; muéstrale al hombre,  
 Al hombre por quien El se humanizara,  
 Los fines con que el cielo lo creara.  
 Lo guia por la senda de justicia,  
     Le muestra sus arcanos,  
     Y su lábio divino:  
 —Todos los hombres, dice, son hermanos.

«¡Hermanos!... ¿es posible!»  
 El pueblo esclama con dudoso acento,  
 Y esa voz por el viento repetida  
 Conmueve a los tiranos en su asiento.  
 —Que muera el impostor, gritan airados;  
 Y la ciega, la imbécil muchedumbre,  
     —Muera! tambien esclama,  
 Prolongando su torpe servidumbre.

Y el sacrificio fué. Mas de la sangre  
Divina derramada  
Nacieron los caudillos bienhechores  
Que por el pueblo alzaban sus clamores,  
Que por él batallaban  
Y en su deber lo instruían,  
Que de justicia y libertad le hablaban  
Y por justicia y libertad morían.

Por fin algunos pueblos comprendiendo  
La angusta libertad, grandes se alzaron,  
Y el trono de los déspotas  
Con sus robustas manos derrocaron.

Alzóse entonce a la virtud un templo  
Y al trabajo y al arte sus altares,  
El hombre fué de abnegacion ejemplo,  
Y libre y grande y fuerte en la creencia,  
Encontró en los arcanos de la ciencia  
Límite a los desiertos y a los mares.

Salve, santa instruccion, crece do quiera,  
Encárnate en la tierra bendecida  
Cuya fértil ribera  
Promete al arte y a la ciencia vida.  
Que Chile se alce ufano,  
Y por la luz del cielo conducido  
Realice mi deseo mas querido  
Mirando en cada pueblo un pueblo hermano.

RUPERTO MURILLO.

---

# LOS BUSCA-VIDA.

NOVELA DE COSTUMBRES.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

UN PUEBLO DE INDIOS.

---

### I.

El pueblo de indios es una pequeña aldea situada entre el desierto de Atacama y la ciudad que lleva este nombre. La población está formada por unas cuatrocientas cabañas en un valle estéril, cuya naturaleza pesa como una mano de bronce sobre el corazón del hombre que no ha nacido entre aquellas arenas o que no ha visitado en todas estaciones aquellos cerros que parecen llevar sobre sí un luto eterno. Ni una planta, ni un arbusto verde adorna las oscuras cimas; solo de cuando en cuando aparecen, como momias de pasados siglos, algunos árboles secos para aumentar aun más la tristeza que infunden las gigantescas colinas cruzadas de vetas minerales.

Allí, en aquel valle, encajonado por los cerros, aislado del todo, perdido, puede decirse, en el desierto, ha permanecido este resto de los aborígenes de esas comarcas. Así no es extraño se hayan conservado allí hasta ahora poco, las costumbres, tipo y jenial carácter del primitivo indíjena.

### II.

El descubrimiento de las colosales riquezas encerradas en las entrañas de los cerros de Atacama trajo a los habitantes del pueblo de indios una luz civilizadora.

Teniendo a su espalda el gran mineral de Chañarcillo, y al frente una ciudad industrial y próspera como la de Copiapó, forzoso les fué al fin a los desgraciados indios sobreponerse al justo tradicional horror que les inspiraban los rostros pálidos, y despojarse de su nativa terquedad.

Una de las vías principales para el transporte de los productos minerales atraviesa por el pequeño pueblo: la vista de las tropas

cargadas de tesoro, el ruido de los coches de viaje, que hacia ya estremecer aquel tranquilo suelo, destinado mas tarde a sostener la línea férrea, y más que todo, el vario aspecto de los numerosos viajeros que lo traficaban diariamente, acabó por familiarizarlos y extinguir en ellos el odio que conservaban por la raza española.

## III.

Hacia cincuenta y ocho años que un indio de una tribu de Bolivia habia llegado a ésta, y, habiéndose casado en el pueblo, formó parte de la familia indiana.

Godileo, que es el nombre del indio, habitaba con su mujer y dos hijos en un casucho de esta apartada aldea. Godileo pasaba entre su tribu adoptiva por el mas sabido y valiente. Su vigoroso desarrollo físico, sus fuerzas hercúleas, le habian constituido en una autoridad; pero este indio no abusaba en perjuicio de los suyos de las ventajas con que lo dotó la naturaleza; nó, era allá en los desiertos, en las serranias, donde Godileo se mostraba terrible luchando cuerpo a cuerpo con las fieras, y en las pampas entregado a la caza de *llamas* y arrojando años enteros los peligros de una vida salvaje.

Los años, y más que todo, el poderoso iman de la familia, que atrae y rinde a las naturalezas, por salvajes que sean, hizo que el indio dejase sus montaraces costumbres por la vida mas tranquila del leñador, que es en la ocupacion en que lo encontramos a la época en que tuvieron lugar los hechos que vamos a referir.

## IV.

Era ya entrada la noche: Mónica, mujer de Godileo, tejia un *chamal* a la luz de una fogata; Gala, su hija, molia el maiz para la cena. Gala era una india de veinte años, de color pálido oscuro, frente estrecha e invadida por una espesa cabellera negra, ojos del mismo color, labios abultados y graciosamente recojidos, mirada franca y espresion bondadosa. Madre e hija vestian una pollera corta de lana, tejida por ellas mismas. La parte superior del cuerpo la cubrian con un petillo de percal rojo, y tanto los piés como los brazos los llevaban desnudos, apesar del intenso frio del mes de junio.

—Gala, dijo la india a su hija, sin interrumpir su labor; arrima la pierna de cabrito al fuego, que ya vendrá tu padre.

—¿Dónde habrá ido a leñar padre que tanto tarda! exclamó la muchacha apresurándose a obedecer. Mientras mas veces se pone el sol, mas escaso se hace el palo: ¡ya se ve; hai tantos pobres como nosotros que viven de su venta!

—No tanto como nosotros, hija. Si tu padre, como lo temes, no pudiera cortar *chañar*, siendo la mejor leña y la sola que nos queda, no sé cómo haríamos para mercar pan y maiz; y todo porque los señores blancos se han hecho dueños de los campos, de los árboles y hasta de las piedras que esconde la tierra!

—Quizas padre haria bien, se aventuró a decir Gala. Han puesto multa al que corte un *chañar* de la hacienda.

—Los tiempos no mejoran! exclamó la madre suspirando. Los españoles de hoi se asemejan a los que encadenaron y oprimian a nuestros abuelos. Muchos soles y muchas lunas han pasado desde el dia en que, compadecido del duro tratamiento que se nos daba, el rei eximió a sus indios de la encomienda. Mas ya era tarde! Nada o mui poco hemos mejorado. Envilecidos, errantes, con el corazon lleno de lágrimas, sin techo ni pan, ¿qué uso harian de su libertad los que antes habian sido dueños y señores de esta tierra?

El ladrido de un perro interrumpió a la india.

—Ya están aquí, exclamaron a la vez las dos mujeres.

En efecto, Godileo, acompañado de su hijo Silo, entró a la cabaña.

## V.

Era Godileo un indio de rostro atezado, surcado de hondas arrugas, sin barba, a no ser que se le dé este nombre a unos escasos pelos blancos que llevaba hácia la estremidad del rostro. Su cabeza, calva en la parte superior, mostraba hácia la nuca una gruesa trenza, aun de color gris. Su estatura era gigantesca, anchas sus espaldas, el pecho fornido, la mirada viva y penetrante. Debía contar largos años a juzgar por su cuerpo ya algo inclinado y lo tardo de su paso.

En cuanto a Silo, que parecia mayor que Gala, reflejaba en su indiana fisonomia toda la vivacidad del indíjena unida al estúpido candor que imprimen la ignorancia y la miseria.

—Gala, ayuda a tu hermano a descargar, dijo Godileo tirando unas andrajosas alforjas en un rincon y acercándose a la lumbré. Y tú, mujer, dame la cena, añadió, que la jornada ha sido larga y el trabajo duro.

—Han demorado tanto en este viaje, que creí habian bajado al desierto en busca de monte, dijo la india socarronamente, poniendo en un banco de piedra una fuente de barro llena de maiz molido y cuatro panes de harina candeal.

—Nó, contesto Godileo, partiendo con satisfaccion uno de los panes. No hemos bajado; nos hemos encumbrado a unas cimas trabajosas para un viejo como yo. A fé que les ha de costar a los cateadores el poner un talon en aquellas puntas.

—Parece haberles entrado fiebre a las jentes de los poblados, que se desatan en bandadas a tomar los aires en estas serranias, dijo Mónica.

—Asi, mujer, te he visto a tí dias enteros en los páramos calcinados por el sol, hollando las arenas para desenterrar papillas que con tanto gusto comian nuestros pequeñitos; asi, digo, esos hombres que tú ves desparramados por estos alrededores arrostrando los rigores del tiempo y buscando los tesoros que se ocultan bajo esta tierra, quizá tengan tambien pequenuelos a quienes alimentar.

—Bien podian dejarnos en paz, que harto tienen ya. Ellos viven bajo hermosos techos donde no penetra el sol ni la lluvia; ellos tienen adornos brillantes y vestidos siempre nuevos; ¿qué les falta, pues?

—Calla, mujer! yo he vivido algunas horas en poblado, y en tan corto tiempo he visto muchas cenizas que el fuego, dias há, no habia calentado; he visto rostros angustiados por la necesidad; he visto niños que pedian pan y madres que lloraban por no poderse-lo dar: y éstos no eran pobres como nosotros, nó; los he visto con trajes brillantes y pisando en telas mui blandas y sentarse en asientos mui bellos. Mira, tú sabes que no tengo el corazon de nata, pero me he sentido mal al ver aquello... Pasa el cabrito, mujer. Pero, ¿qué estás buscando?

—Una piedra, contestó Mónica, para asentar este cántaro.

—En mis alforjas hallarás unas.

La india se dirijió a éstas, y tomó dos grandes piedras que colocó en el fuego, poniendo en seguida encima de ellas un jarron de barro lleno de leche de cabra.

Gala y Silo entraron en ese instante y se sentaron a cenar junto a su padre. Poco despues el indio y su familia reposaban en ese sueño tranquilo y feliz que solo es dado al pobre disfrutar.

## VI.

Al amanecer del siguiente día, cuando aun las estrellas no eran del todo apagadas por la tenue claridad del alba, un hombre se apeaba de un caballo flaco, y al parecer estenuado, a la puerta de la cabaña de Godileo.

Largo rato hacia que la familia del indio estaba en movimiento y que Gala y Silo habian marchado a la ciudad tras de sus burros cargados con la leña que debian vender en ese día.

—Buen día amigo, dijo el viajero al desmontarse.

—Así se los dé Dios a usted, contestó el indio, sacándose por deferencia un bonete lacre que cubria su cabeza, distincion entonces del minero, pero que él llevaba por costumbre.

—Me dareis permiso para descansar aqui y tomar un *mate*?

—Cómo nó, señor! ¿Cuándo esto se niega en el *rancho* de Godileo? Entre usted.

—Qué horrible frío! exclamó el desconocido, atando la rienda de su caballo a una caña que sobresalía del techo; luego agachándose cuanto pudo, entró. Mónica, que habia oido nombrar el *mate*, corrió hácia el hogar, y con unos cuantos soplidos formó una hermosa fogata. Godileo acercó su banco al huésped, el que se sentó junto a la cumbre.

Era este un jóven como de treinta y cinco años, aunque representaba mayor edad porque poseia una de esas fisonomías demarcadas sin parecer enfermizas, sello que imprime en el hombre, o el asiduo trabaja, o una vida de agitacion y de desórden. Sus cabellos largos y rubios los llevaba con gracioso descuido. Sus ojos eran de un oscuro azul. No usaba patilla ni bigote, y su cutis, blanca en otro tiempo, estaba tostada por los aires de Atacama. Llevaba sobre sus vestidos una fina y larga manta, que solo dejaba ver la parte inferior del pantalon, ajustado a unas botas de campo pardas de polvo y roidas por el uso.

Unas grandes espuelas de plata y un sombrero de paja blanca y fina completaban el traje del recién llegado.

—¿Va usted a las minas, señor? le preguntó el indio.

—Vengo de un largo *cateo*.

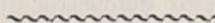
—Y ¿cómo anda la suerte? Dicen que todos los días se hacen nuevos descubrimientos.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

# PUBLICACIONES EUROPEAS SOBRE MÉJICO

HECHAS EN LOS ÚLTIMOS DOCE AÑOS.



## REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

Los sucesos políticos que han tenido lugar en Méjico de doce años a esta parte han dado oríjen a una gran suma de publicaciones.

Se han impreso sobre este pais historias, relaciones de viaje, opúsculos políticos, escritos de polémica, y aun memorias y libros científicos con tal abundancia, que no hai exajeracion en decir que Méjico sólo ha hecho hablar y escribir en este período mucho más que todos los pueblos hispano-americanos. En Francia, en Alemania, en Inglaterra, en España han visto la luz pública obras de toda naturaleza, concebidas en diferentes sentidos; y ademas de que algunas de ellas tienen un verdadero mérito y son el fruto de un estudio detenido y concienzudo de los hechos, todas contribuyen a dar a conocer la historia del segundo imperio mejicano.

En este artículo nos proponemos pasar en rápida revista estas publicaciones, o mas bien dicho, dejar constancia de su existencia, para que las personas que quieran dedicarse al estudio de estos hechos posean una lista de las fuentes que deben consultar. Ante todo advertiremos que apesar del empeño que hemos puesto para formar una reseña bibliográfica de la historia de Méjico desde 1862 hasta 1868, tan completa como sea posible, tememos mucho haber desconocido algunas de ellas. No aspiramos, pues, a haber hecho una noticia completa, pero creemos que nuestros apuntes tendrán siempre algun interes para los aficionados al estudio de la historia americana.

Casi parece inútil advertir que el mayor número de esas publicaciones han salido de las prensas de Francia. La prodijiosa actividad intelectual de este pais y la parte principal que él tomó

en esta lucha, esplican este hecho. Comenzaremos nuestra revista bibliográfica por las obras francesas.

En marzo de 1860 un patriota mejicano, don Estanislao Cañedo, publicaba en Europa (en Bruselas, segun creo, aunque no se expresa el lugar de la impresion) un opúsculo de 43 pájinas en 4.º con estos títulos: *De la revolution au Mexique*. Este escrito, mui interesante y noticioso, tiene por objeto demostrar que en Europa no se sabia casi nada sobre los sucesos de Méjico; que la prensa reproducia las noticias exajeradas trasmitidas por los partidos belijerantes; que nadie se habia ocupado de estudiar las causas de las frecuentes revueltas en ese pais, y que por lo tanto se apreciaban mui mal los hechos y se condenaba a una nacion sin antecedentes para pronunciar un fallo justiciero. Cañedo demostraba allí que el oríjen de todos los males de su patria eran las resistencias que el clero y el partido conservador oponian a toda reforma civilizadora; acusaba a éstos de ser los autores de los desmanes, violencias y concusiones cometidas en Méjico, y reclamaba que las potencias europeas reconocieran el gobierno liberal que triunfaba casi por completo en ese pais, no solo como un acto de justicia ante la lei internacional, sino como para prestar un apoyo a las ideas progresistas que se abrian paso con tanta dificultad. Se sabe que el gobierno frances, a quien principalmente parecia dirigirse don Estanislao Cañedo, siguió una línea de conducta diametralmente opuesta, y que tomando la defensa del partido conservador y clerical, se embarcó en una empresa tan tristemente célebre.

Un año mas tarde, un hábil escritor frances, M. Alfredo de Valois, publicaba en Paris, por la libreria Dentu, un volúmen en 12, de 442 pájinas, titulado *Mexique, Havane et Guatemala, notes de voyage*. Estos simples apuntes de viaje, en que el autor no ha pretendido estudiar a fondo ni dar a conocer la situacion moral de Méjico en 1860, sino solo describir agradablemente lo que habia visto, contiene, sin embargo, ciertas noticias que debieron llamar la atencion de los que por entónces preparaban la espedicion contra Méjico. «El gobierno, dice M. Valois en la pájina 82, se apoya aun en el clero, mui rico, mui numeroso y mui influyente entre los indios. Gracias a las arterías que emplea, el clero llega a fanatizar y a corromper el espíritu del pueblo y a mantenerlo en un estado de decadencia que lo hace dócil a la voz del fraile y del sacerdote y lo dispone a ser el instrumento ciego de sus pasiones. La inmoralidad del clero mejicano no admite duda. Es raro que un sacerdote no

tenga una querida; mas raro aun que no tenga mas que una. Se pueden ver en cada aldea donde hai un cura, muchos niños de diversas mujeres que se apellidan naturalmente *los hijos del padre*. Los sacerdotes especulan con la credulidad de un pueblo poco ilustrado y loco por los espectáculos; inventan fiestas, forman congregaciones cuyo objeto es siempre hacer recojida de pesos. El pobre indio no puede rehusar nada a su cura. Siempre está pronto para comprarle su agua bendita y sus absoluciones; pero su devocion no lo moraliza. Cree que el padre tiene el poder de absolver todos los crímenes y que con algunos pesos podrá siempre comprarle un pasaporte para el cielo. Esta creencia lo lleva resueltamente a los piés del sacerdote, llevando en una mano su cuchillo ensangrentado y en la otra un grueso puñado de pesos que debe asegurarle el perdón del asesinato que ha cometido. El gobierno, para tener el apoyo del clero, está obligado a cerrar los ojos sobre sus vicios y a dejarlo "pervertir y fanatizar el espíritu del pueblo." Tampoco fueron oidas estas palabras, y el proyecto de intervencion en los negocios de Méjico siguió su camino en los consejos de gobierno.

A fines de ese mismo año de 1861 se publicó en Paris un folleto en 8.º anónimo titulado: *Le Méjique et l'intervention*, en que por primera vez, a lo que sepamos, se habló directamente del proyecto de la Francia, de la Gran Bretaña y de la España de intervenir en los negocios interiores de Méjico. Pero al año siguiente se multiplicaron las publicaciones de esta naturaleza, como vamos a verlo.

En efecto, en 1862 aparecieron los opúsculos siguientes:—Le docteur Sorviche, *L'intervention française au Méjique, lettre au Courrier de Saint Etienne*, en 8.º; Michel Chevalier, *L'expédition du Méjique*, folleto de 94 pájinas en 8.º, en que el ilustre economista, haciéndose órgano del gobierno frances, defendia la intervencion como una empresa civilizadora; *L'empire au Méjique et la candidature d'un prince Bonaparte au tróné méjicain* (anónimo en 8.º); y *Le Méjique et l'alliance hispano-anglo-française*, tambien anónimo, y publicado en 8.º en Bruselas. Este último, de solo 14 pájinas, es una protesta contra el pensamiento, disimulado hasta entonces, de crear por la fuerza una monarquia en Méjico en provecho de un descendiente de una familia soberana de Europa. El autor, despues de haber examinado la cuestion ante los principios del derecho internacional y de la conveniencia y el interes de los estados europeos, concluye anunciando a las potencias interventoras que "si lastiman el sentimiento nacional; si tratan a las naciones americanas

como pueblos bárbaros, lejos de sacar honra y provecho de la empresa, no recojerán mas que crueles decepciones y el odio implacable de estos pueblos."

En esta misma categoria de opúsculos políticos destinados a sostener o a atacar la intervencion europea en Méjico y el pensamiento de establecer una monarquia, debe colocarse un volúmen de 388 pájinas en 18, publicado tambien en 1862 por la libreria Amyot, con el título de *Le Méjique contemporain*. Su autor es el baron de Bazancourt, historiador oficial de las campañas militares del segundo imperio frances. Despues de pasar en revista toda la historia de Méjico desde la guerra de la independenciam para recordar la série interminable de revoluciones que hacian necesaria la intervencion europea, y de referir con algun detenimiento la historia de la campaña de los norte-americanos en 1847, para demostrar que aquel país no podia resistir a un ejército bien organizado, Bazancourt pasa a esponer las causas de la guerra que emprendia la Francia, cuidando de presentar los hechos con todo artificio para justificar la espedicion. Este libro es, en efecto, una de las mejores defensas que se hayan hecho de aquella empresa. Para conseguir este resultado, Bazancourt no altera en realidad los sucesos, pero los disfraza, y oculta cuidadosamente todo lo que no conviene a su causa. Cuando este libro se publicó, ya la Inglaterra y la España se habian separado de la empresa. "Hoi, dice, la Francia queda sola. ¡Pues bien! la Francia, con la ayuda de Dios, cumplirá sola esta obra de rejeneracion. La libertad, el derecho y la justicia marchan con ella. No se intimida ni se gloria por su aislamiento. Prosigue el fin que se ha propuesto, sin otra voluntad que la de poner a Méjico en posesion de su soberania, bajo un gobierno sério y regular, en el que las naciones europeas, tanto tiempo engañadas y ultrajadas, encontrarán las garantias de una paz duradera." Sin embargo, en este libro, que se puede considerar la espresion semi-oficial del pensamiento del gobierno frances, no se habla todavia de la futura forma de gobierno que se pensaba en dar a Méjico, y mucho menos de la venida de un príncipe europeo para fundar un imperio.

Cualesquiera que fuesen estas diferentes apreciaciones sobre la cuestion política, el hecho fué que inmediatamente de iniciada la intervencion europea en Méjico (en 1862), aparecieron en Europa, y particularmente en Francia, muchas obras de mas o menos mérito destinadas a dar a conocer aquel país. Las siguientes fueron publicadas en frances: 1.<sup>a</sup> V. L. Baril, comte de la Hure, *Le Mexique*,

*résumé géographique, statistique, industriel, historique et social, à l'usage des personnes qui veulent avoir des notions exactes, récentes et précises sur cette contrée du nouveau monde*, 1 v. de 271 páginas en 8.º, publicado en Douai. Este libro, cuyo autor es mas conocido por una obra análoga sobre el imperio del Brasil, es un tratado bastante completo y jeneralmente exacto de la jeografia mejicana. 2.ª Le docteur E. Dally, *Sur les races indigènes et sur l'archéologie du Mexique*, reproduccion mas o menos fiel de una importante memoria del mismo autor publicada poco antes en una revista científica, y reimpresa despues en un opúsculo en 8.º por la libreria V. Masson et fils. 3.ª Mathieu de Fossey, *Le Mexique*, reimpression hecha en un volúmen en 8.º por la libreria H. Plon, de una obra histórica y descriptiva impresa en 1857. 4.ª D. Jourdanet, docteur en médecine des facultés de Paris et de Mexique, *Du Mexique au point de vue de son influence sur la vie de l'homme*, volúmen de 400 páginas en 8.º, publicado por la libreria J. B. Baillière, que tenia un grande interes en el momento en que se trataba de espedicionar a Méjico, y que era escrito por un médico que habia residido cerca de veinte años en ese pais. 5.ª Victor A. Malte Brun, *Les Etats Unis et le Mexique, histoire et géographie, illustrations de Gustave Doré*, un volúmen en 4.º, con cinco mapas de color, publicado por el editor G. Barba para popularizar el conocimiento de la jeografia de dos paises que entonces llamaban mucho la atencion, y que es solo un resumen de las noticias esparecidas en los tratados jenerales de jeografia. 6.ª E. C. Rinjar, *Le Mexique, son histoire, sa géographie, son climat, ses cultures, ses mines d'or et d'argent*, pequeño volúmen en 12.º publicado en Paris por el librero Ledoyen para jeneralizar el conocimiento de ese pais entre los soldados espedicionarios, y que constituye un tratadito mui sumario y superficial de jeografia mejicana. 7.ª Henri de Saussure, *Coup d'œil sur l'hydrologie du Mexique, principalement de la partie orientale, accompagné de quelques observations sur la nature physique de ce pays* (1.ª partie), un volúmen en 8.º de 196 páginas, publicado en Jinebra para servir de complemento a la *Carte du Mexique, représentant le plateau de l'Anahuac et son versant orientale*, Jinebra 1862, en 2 hojas, obra importante en que el autor ha sabido aprovecharse de los trabajos anteriores, agregando ademas mucho de su propia observacion. 8.ª Ernest Vigneaux, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique*, 1854-1855, un volúmen de 565 páginas en 18.º, publicado por la libreria Hachette, y escrito con verdadero talento por uno de los

aventureros franceses que en 1854 acompañaron al conde Raousset-Boulbon en su expedición filibustera a la provincia mejicana de Sonora. Este libro, cuya lectura es muy agradable, contiene, junto con las descripciones pintorescas de la naturaleza del país y con la relación de los sucesos de que el autor fué víctima, noticias interesantes sobre el gobierno político, la organización social, los usos, costumbres y vida de los mejicanos; todo esto contado sin arte y sin pretensión, pero con una singular e interesante naturalidad. 9.<sup>a</sup> Mademoiselle Elisa Zeiler, *Souvenirs d'un voyage au Mexique*, narración superficial de un viaje a Méjico, publicada en Metz, en un volumen de 222 páginas en 12.<sup>o</sup> 10.<sup>a</sup> Lucien Biart, *La terre chaude; scènes des mœurs mexicaines*, publicado en París en este mismo año (1862) aunque sin fecha, por la librería Hetzel, en un volumen en 18.<sup>o</sup> de 227 páginas, que constituye una descripción animada y pintoresca de la naturaleza y costumbres de la región denominada Tierra Caliente, trazada por un escritor de un talento indisputable que ha habitado largos años en Vera Cruz. M. Biart, autor además de otro volumen no menos interesante sobre Méjico, publicado once años más tarde, sabe intercalar sus descripciones locales y la pintura de las costumbres en cuentos de imaginación hábilmente concebidos y desarrollados.

A estas obras descriptivas o históricas, debe agregarse la traducción abreviada de una obra histórica de la campaña de los norteamericanos en Méjico en 1847. El título de ella es: John S. Jenkins, *Extrait de l'histoire de la guerre entre les Etats Unis et le Mexique. Publié en 1849. Traduit de l'anglais et complété d'après les documents officiels*, 1 vol. en folio de 101 páginas. El objeto de la publicación de este libro no era tanto dar a conocer la geografía y la historia del país, cuanto demostrar la falta de organización militar.

El año siguiente de 1863 hubo todavía mucha mayor actividad en la prensa francesa para la publicación de libros y opúsculos políticos, históricos y geográficos sobre Méjico. Las operaciones de la guerra, la proclamación del emperador Maximiliano y las complicaciones políticas que comenzaban a aparecer, espican la abundancia de escritos en este año.

Además de los artículos de revista sobre los sucesos de Méjico, algunos de los cuales son de un alto interés histórico, conocemos siete opúsculos políticos publicados en este año. El primero de ellos, no en el orden cronológico sino por su importancia histórica, fué escrito por Gutierrez Estrada, uno de los personajes mejicanos

que mas empeño puso en la creacion del imperio. Tiene por título: *Le Mexique et l'archiduc Maximilien*, en 8.º, con retratos, y fué publicado a la vez en lengua española, y contiene la proclamacion del imperio mejicano en nombre del partido conservador y clerical, que se presentó como el núcleo de todos los hombres de fortuna y de posicion de ese pais. Vienen en seguida: A. de Belleyme, *La France et le Mexique*; H. Mercier de Lacombe, *Le Mexique et les Etats Unis* (del cual se hicieron dos ediciones); Poussielgue, *Ce qui va a arriver au Mexique*; y los tres siguientes, que fueron publicados anónimos: *La France, le Mexique et les Etats confédérés contre les Etats Unis*; *Où conduit l'expédition du Mexique, par un ex-député*; y *Que ferons nous à Mexique?*

A la vez se publicaron en Francia cuatro libros para referir la historia de la espedicion francesa en Méjico. Hé aquí sus títulos: 1.º Emile de La Bedollière, *Histoire de la guerre du Mexique*, crónica popular escrita en sentido frances, y en vista de los documentos y noticias francesas, escrita al mismo tiempo que llegaban a Paris, en 8.º, a dos columnas, con numerosos grabados. No conozco de esta obra mas que la primera parte, talvez la única que se ha publicado, y consta de 80 pájinas de tipo mui menudo, que contienen la historia de la espedicion hasta el sitio de Puebla, abril de 1863. 2.º Félix de Ribeyre, redacteur du CONSTITUTIONNEL, *Histoire de la guerre du Mexique rédigé d'après les documents officiels et renfermant les notices biographiques des principaux personnages*, Paris, a la grande librairie napoléonienne, 1 v. en 4.º, de 312 pájinas, con un retrato de Napoleon III grabado en acero. Es, como la anterior, una crónica escrita dia a dia en vista de los documentos franceses para ensalzar la empresa de Napoleon, que llega hasta la entrada de los franceses a Méjico y la proclamacion del imperio. Entre los documentos justificativos, M. Ribeyre ha publicado la lista de guisos que se sirvieron en el banquete que la ciudad de Méjico ofreció al ejército invasor el 11 de junio de 1863. En todo el libro, el autor se empeña en señalar los sentimientos relijiosos que animaban a los jefes franceses, los cuales asistian a las procesiones y demas ceremonias eclesiásticas. 3.º E. Muraour, *Le Mexique, conquête du Mexique par Fernand Cortes. Guerre de l'indépendance et république. Expédition française au Mexique 1861-1863*, 1 v. en 16.º, con láminas, libro superficial y lleno de errores. 4.º Le comandant Ch. Martin, *Précis des événements de la campagne du Mexique en 1862, précédé d'une notice géographique et statistique*

*sur le Mexique* par Deluzy, 1 v., en 8.º, con un mapa, destinado principalmente a dar a conocer los sucesos militares de la expedicion.

Entre los libros publicados este año para dar a conocer la historia y la jeografia de Méjico, hai algunos de un mérito sobresaliente, como se verá por la revista que pasamos a hacer, y en la cual incluimos todos aquellos que han llegado a nuestro conocimiento. 1.º Desiré Charnay, *Souvenirs et impresions de voyage*, un volúmen en 18.º de 441 pájinas, formado principalmente con algunas memorias o artículos que el autor habia publicado anteriormente. 2.º Gabriel Ferry, *Les revolutions du Mexique, avec une preface de G. Sand*, volúmen en 12.º, simple reproduccion de algunos estudios históricos de un escritor muerto doce años antes, y que habia ilustrado su nombre por sus trabajos sobre Méjico. 3.º J. A. Ponmerade, *La ville et la vallée de Mexique, études et considerations sur ce pays, et description d'un moyen nouveau de faire disparaître les dangers d'inondations dont il est constamment menacé*, 1 vol. en 8.º, con una lámina. 4.º Le docteur C. F. Poyet, *Notices géographiques, statistiques, climatologiques et économiques des différentes localités du Mexique, 1re. et 2e. monographies, Julapa, Orizaba*, dos entregas en 8.º, publicadas por la libreria Arthus Bertrand. 5.º *Eléments de la grammaire Othomé, traduits de l'espagnol*, 1 vol. en 8.º 6.º Michel Chevalier, *Le Mexique ancien et moderne*, un grueso volúmen en 18.º, publicado por la libreria Hachette, y del cual se hizo una segunda edicion el año siguiente.

Este último es uno de los libros mas interesantes que se hayan publicado en Francia sobre Méjico en los últimos doce años. La mayor parte de esta obra es una reseña histórica escrita con un talento incontestable y con bastante conocimiento de causa. M. Chevalier se habia ocupado desde tiempo atras de la historia de Méjico. En la REVUE DES DEUX MONDES, analizando la historia de la conquista de Prescott, habia publicado dos interesantes artículos en que trazaba el cuadro de la antigua civilizacion de Anahuac y referia la memorable campaña de Hernan Cortes. Esos artículos han sido variados con mui pequeñas modificaciones en su libro, y sirven de principio a su narracion histórica. En seguida espone el sistema colonial de los españoles y la situacion de Méjico bajo ese réjimen, la historia de la guerra de la independendencia, y por último traza a grandes rasgos el cuadro de la vida de Méjico como nacion independiente. Esta parte de su obra está cerrada con un importante estudio sobre los recursos y el porvenir de ese pais. No se

crea que el libro de M. Chevalier está exento de algunos errores de detalle, ni que supone un estudio profundo de todos los documentos históricos. Pero ha estudiado en buenas fuentes, en Prescott, y en Alaman, sobre todo, y ha sabido contar bien y juzgar con esa inteligencia superior que distingue todos los escritos del célebre economista frances. Su libro instruye y agrada, y puede ser un buen guia para quien quiera hacer un estudio jeneral de la historia mejicana desde sus tiempos mas remotos.

Las últimas 150 páginas del libro de M. Chevalier están destinadas a explicar las causas y a defender el objeto de la intervencion francesa en Méjico. Es preciso reconocer cuando se recorren esas páginas, que esa mala causa no ha tenido un abogado mas inteligente. M. Chevalier demuestra el abatimiento y postracion de los paises que han quedado sometidos a la iglesia de Roma, la grandeza y prosperidad de las naciones que se han sustraído al «sistema político que patrocina la corte de Roma, en el cual el liberalismo no tiene ningun lugar; que condena a los pueblos y los individuos a una perpétua menor edad; que hace de esa corte el representante y la personificacion inmutable de todas las ideas anti-liberales y retrógradas.» Ensanchando el terreno del debate mas allá de Méjico y de la cuestion que orijinaba su libro, M. Chevalier pasa en revista todas las luchas de estos últimos años entre las ideas estacionarias y atrasadas de la corte de Roma y los principios de libertad y de progreso que rejeneran al mundo. Segun él, todo lo que se hace de grande y de útil se hace a pesar de la iglesia y de los anatemas que lanza contra los progresos de la ciencia y las conquistas sociales de la civilizacion. La postracion de Méjico, la decadencia de un pais llamado a gozar de un brillante porvenir se deben al predominio de las ideas romanas, cuyas instituciones lo han colocado a punto de ser absorbido por una civilizacion mas vigorosa, la de los protestantes de la América del Norte. Deber era, pues, de la Francia el venir en apoyo de un pais, nacido de la misma raza neolatina, que se hallaba a punto de desaparecer. Pero estos elocuentes razonamientos del gran economista frances son contradictorios con el fin de la espedicion que él mismo defiende. Si la Francia queria rejenerar a Méjico sacándolo de la postracion en que lo habia sumido el clero y el clericalismo, ¿por qué la Francia venia a Méjico llamada por el partido clerical, a sostenerlo y entronizarlo, combatiendo a los liberales que con Juarez a la cabeza estaban empeñados en libertar a su patria de las influencias y del predominio de

la teocracia? Esta pregunta queda sin solución en el interesante libro de M. Chevalier. Como dato biográfico, agregaremos que esta obra fué reimpressa en 1864, por la misma librería, a causa de haberse agotado la primera edición en pocos meses.

Menos vasto en su plan y de menor alcance político es otro libro histórico publicado también en 1863 por el vizconde M. Th. de Bussierre, con el título de *L'empire mexicain, histoire des tolléques, des chichiméques, des aztéques et de la conquête espagnole*, Paris, Henri Plon, 1 v. en 8.º, de 423 páginas. Es una historia antigua de Méjico, estudiada en los historiadores primitivos, y escrita, según lo declara el autor, antes de los sucesos políticos que llamaron la atención pública sobre este país. Solo al fin de ella ha agregado M. de Bussierre algunas páginas sobre el sistema colonial que los españoles plantearon en Méjico, y la historia posterior de este país. Aunque este libro tiene muy escaso mérito, por cuanto no hai nada en él que no haya sido consignado en muchos otros libros, y aunque el historiador carezca de la sagacidad necesaria para dar nueva luz sobre los hechos ya conocidos, como lo ha hecho M. Chevalier al trazar el cuadro de la antigua civilización de los mejicanos y la historia de la conquista, es justo reconocer que tampoco ha cometido los errores portentosos que se encuentran en muchos de los libros publicados en Europa con el título de historia de tal o cual pueblo americano. Las breves consideraciones que ha agregado sobre el moderno Méjico están concebidas bajo el punto de vista clerical y reaccionario. El vizconde de Bussierre aprueba la intervención francesa porque esperaba que ella desarraigaria el liberalismo moderno del suelo mejicano. Por lo demás, aunque este autor no goza de grande nombradía aun entre los escritores ultramontanos franceses, se le conoce por algunas obras de un carácter político-religioso, una de las cuales queremos recordar aquí por referirse también a la América. Se titula: *Le Perou et Sainte Rose de Lima*, Paris, Henri Plon, 1863, 1 vol. en 8.º

En 1864, cuando el establecimiento del imperio mejicano parecia un hecho consumado y aun indestructible, minoró considerablemente el interés que despertaban los sucesos de ese país, y como consecuencia de este hecho, fueron menos frecuentes las publicaciones europeas sobre su historia, su jeografía y su marcha política. Nuestros apuntes biográficos correspondientes a este año, señalan muy pocas obras francesas sobre Méjico, y aun dos de ellas son simples reimpressiones.

En la categoría de opúsculos políticos, tan abundante en 1863, solo conocemos dos de 1864, ambos anónimos; *L'empereur du Mexique*, y *Le Mexique, ses ressources et son avenir*, ambos en 8.º, y publicados en Paris.

Sobre la historia de la expedición francesa no he visto mas que un libro impreso en 1864, 1 vol. en 12.º, dado a luz por la librería Central de Paris, sin nombre de autor y con este título: *Bivouacs de Vera Cruz à Méxique, par un Zouave, avec une préface par Aurélien Scholl*.

Entre los libros destinados a dar a conocer la historia anterior de Méjico, solo conozco una reimpression de la traducción francesa de la historia de la conquista de este país por Prescott, y la obra siguiente del abate Brasseur de Bourbourg, *Relation des choses de Yucatan de Diego de Landa, texte espagnol, avec traduction française en regard*, 1 vol. gr. en 8.º, publicado por la librería A. Durand. Debe ademas agregarse a los escritos de esta categoría otra obra verdaderamente monumental por su ejecución artística y tipográfica, comenzada a publicarse en este año, y terminada en el siguiente. Su título es *Monuments anciens du Mexique Palenque, Oocingo et autres ruines de l'ancienne civilisation mexicaine. Collection de vues, bas-reliefs, morceaux d'architecture, coupes, vases, etc., dessinés d'après nature et relevés par de Waldeck, avec texte explicatif* por M. Brasseur de Bourbourg, 1 vol. en folio, publicado por la librería Arthus Bertrand.

Como libros destinados a dar a conocer la jeografía de Méjico, su clima, la naturaleza de su suelo y las costumbres de sus habitantes, solo hallamos la reimpression de uno de los libros del conocido viajero Gabriel Ferry, cuyo título es *Voyages et aventures au Mexique*, 1 vol. en 18.º, publicado por el librero Charpentier, y las dos obras siguientes: *Le docteur D. Jourdanet, Le Mexique et l'Amérique tropicale, climat, hygiène, maladies*, 1 vol. en 8.º publicado por la librería J. B. Baillièrre et fils, y *La Sonora, étendue, population, climat, produits du sol, mines, tribus indiennes, etc.*, por W. F. Nye, traducción del inglés, publicada en la *Revue Britannique*, y reimpressa en un opúsculo en 8.º de 94 páginas.

DIEGO BARROS ARANA.

(Continuará.)

## AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

## I.

Cualquiera creerá al leer la relacion siguiente, que es una invencion de la fantasía del novelista o del poeta. Empero, nada es mas cierto. Los hombres espertos en las ciencias físicas podrán talvez explicar como efectos de causas naturales los prodijios que voi a narrar; yo mismo podria esplicármelos hasta cierto punto, y aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero a decir verdad, prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefiero, y no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa y consoladora, capaz un dia de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, a la verdad científica, que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento, nos quita tantas adoradas ilusiones del corazon.

Hace algunos años que llegaron a Milan dos jóvenes esposos, al parecer estranjeros. Mui poco despues de su llegada a la capital del reino Lombardo-Véneto, se dedicaron, el marido a hacer retratos, y la mujer a dar lecciones de música, o por mejor decir, ambos se consagraron a la enseñanza y ejercicio de sus respectivas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, y como eran mui activo y se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una más que decente mediania.

El marido, a quien llamaremos Carlos, estaba cada dia mas enamorado de su Julia: este era el nombre de la jóven esposa. Veíaseles siempre juntos en las horas que dedicaban a gratos paseos o apacibles distracciones, y las noches que no iban a alguno de los teatros o a cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando a duo, ella la arpa y él la flauta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo ejercicio habian llegado a cierta altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una

suma bastante crecida para comprar una linda casita a orillas del bellissimo lago de *Como*, en la cual iban a pasar casi todas las fiestas, y la temporada de campo entera.

Por largo tiempo se habian ocupado los curiosos de Milan del misterio que rodeaba a aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus cortesés modales, y ese no sé qué indifinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al traves de todos los misterios y disfraces posibles el distinguido nacimiento de las personas, inducian a los desocupados comentadores a mil conjeturas acerca de la clase y nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamas a punto fijo quiénes eran ni de dónde venian.

Hablaban con igual pureza casi todos los principales idiomas europeos, circunstancia que desesperaba a los investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses o italianos; mas como todo en este mundo subladar túvolo tambien el cabo la impertinente curiosidad de aquellas jentes, quienes cansada de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz a nuestros interesantes esposos.

Asi vivieron aun algunos años, creciendo a la par de su fortuna y su reputacion, el mútuo cariño que se profesaban, cariño mui racional y fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta y anjelical que Julia, ni un caballero mas cumplido y gallardo, ni un amante mas fiel y cariñoso que Carlos; pero la fatalidad, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado atendida la inestabilidad de las cosas, humanas vino a turbarla del modo mas cruel y doloroso.

La salud de Julia comenzó a alterarse de un modo alarmante, y aunque ella luchó heroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre a sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó a consulta a los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron a la enferma entregarse a ninguna especie de trabajo, y aconsejaron a Carlos que la llevase a su casita de *Como*, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras y la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, talvez la restablecerian, encargándose el decano de aquella docta reunion, el doctor S..., que profesaba a ambos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente a visitar a la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora a *Como* con su adorada Julia; pero ni sus tiernos cuidados, ni la asidua asistencia del doctor S..., el cual empleó para salvar a Julia todos los recursos que pueden dar un vasto saber y una larga esperiencia unidos a un grandísimo cariño, pudieron detener la despiadada tijera de la Parca. Al cabo de algunos meses de continuos padecimientos voló aquella alma pura a la mansion eterna, dejando a su desventurado esposo sumido en el mayor dolor. El excelente doctor S..., casi tan aflijido como Carlos con aquella pérdida, pues profesaba a Julia un verdadero y paternal afecto, acompañó al desolado viudo durante el primer mes de su luto; pero reclamando su presencia diaria en Milan varios de sus enfermos, tuvo que dejarle, si bien venia frecuentemente a verle, con tanta mas razon cuanto que desde ántes de la muerte de Julia habia notado en él síntomas precursores del mismo mal de que ella habia sido víctima. Obedecia Carlos maquinalmente las prescripciones del médico; oia con reconocimiento los consejos del amigo, pero ni su mal cedia, ni calmaba el pesar agudísimo que a su corazon amante laceraba.

## II.

Uno, dos, y hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, que el creciente estrago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos a los dolores morales. Cada día se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veia agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continúa, las fuentes de la vida en su jóven y desgraciado amigo.

En tal estado hallábanse las cosas, cuando, atacado el doctor por una enfermedad violenta aunque nó peligrosa, que por aquel entonces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez o doce dias, que en su inquietud por Carlos le parecieron siglos. Diariamente iba un criado de su confianza a informarse de la salud de éste; llevaba encargo espreso de verle y hallarle personalmente, y con grande asombro oia el cuidadoso amigo del fiel servidor, que el jóven parecia, no solo mui mejorado, sino tranquilo y alegre.

Repúsose por fin del todo el buen doctor, y su primera visita fué para Carlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer, y con tan plácido y sereno rostro, que casi no se atrevia a dar crédito a sus ojos. Empero, observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; y ocultando

su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocia, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del jóven enfermo. Turbóse Carlos; un vivo encarnado asomó a sus pálidas mejillas, y mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo, empero, que sus preguntas afectaban dolorosamente al jóven, dejó de hacerlas por entonces, y se despidió hasta el siguiente:

A la salida de la casa se encontró con un criado que servia a Carlos desde su llegada a Milan; le eran conocidas la lealtad y reserva de aquel hombre, y aunque le repugnaba tomar informes misteriosos de un sirviente, el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

—Jerónimo, le dijo; tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo injenuidad y fianza.

—Mándeme usia.

—Ten en cuenta que lo que te voi a preguntar interesa mui de cerca nada menos que a la vida de tu amo, con que asi me contestarás sin reserva alguna.

—Sí, señor.

—Dime, pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿Recibe tu amo algunas visitas?

—Pero, señor...

—Ya te lo he dicho. La vida de tu amo talvez dependa de tu franqueza. ¿Viene alguién a ver a Carlos? Va él a alguna casa de las cercanías?

—Señor, si no os conociera tanto no os contestaria; pero la vida de mi amo es lo primero. El no va a ninguna parte, pero creo que alguién viene a verle.

—¿Alguien! ¿Y cómo... cuándo?

—Conoceis aquel pequeño pabellon del jardin..... adonde mi amo iba por las noches con la señora?....

—¿Y bien?

—Hace solo unos ocho dias que mi amo ha vuelto a entrar en aquella habitacion. La segunda o la tercera vez que le ví dirijirse allí, me pareció oír los suaves acentos de la flauta. Fuime acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señora; juzgad cuál seria mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apenas me atrevia a dar crédito a mis oídos, porque me parecia imposible aquella profanacion.

—Pero ¿estás seguro, Jerónimo, de haber oído el arpa?

—¡Oh! sí, señor, sí; estuve oyendo largo rato.

Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

—Y bien, ¿viste despues salir a la persona que acompañaba a tu amo?

—Nó, señor. El amo salió solo; echó llave al pabellon y se la guardó en el bolsillo, encaminándose en seguida a su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espianando; y cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver a la luz de la luna que iba tan trémulo y ajitado, que apenas podia sostenerse sobre sus piés, y una palidez espantosa cubria su rostro.

—¿Ha vuelto despues mui a menudo al pabellon?

—Todas las noches, señor; y aunque me pongo siempre en acecho, no he podido descubrir lo mas mínimo acerca de la persona que lo habita, pues no tengo ninguna duda de que hai allí una persona que acompaña con el arpa al señor todas las noches.

—¿Estraña cosa! murmuró el doctor; y alargando familiarmente la mano al fiel criado, añadió: mañana penetraré yo ese misterio o no volveré más aquí. ¡Adios, Jerónimo!

Al dia siguiente creia el buen criado ver llegar al doctor mas temprano que de costumbre; pero con grande asombro vió pasar una tras otra las horas del dia sin que el doctor pareciese; y ya desesperaba de su venida, puesto que el sol estaba mui próximo a ocultarse, cuando el ruido de las ruedas de un carruaje que venia por el camino de Milan le hizo salir precipitadamente a la puerta de la entrada. Era en efecto la berlina del doctor, quien apeándose apresuradamente fué al encuentro de Jerónimo.

—¿En dónde está tu amo?

—Señor, en su cuarto. No sale de él sino para ir al pabellon.

—Está bien. Dile que estoi aquí.

Y siguiendo a alguna distancia al criado, se instaló cómodamente en un sillon del salon. Pocos instantes despues vino a reunírsele Cárlos, en cuyo semblante se notaba cierta violencia, sobre todo cuando el doctor le anunció que pensaba pasar la noche en *Como*, puesto que ya era demasiado tarde para volver a Milan.

—Le compadezco a usted, doctor, exclamó Cárlos con cierta sequedad. Desde que esta casa está sin ama, todo en ella está desordenado y en confusion. Siento anunciar a usted que va a pasar una noche mui incómoda.

—En no molestando a usted, amigo mio, lo demas me importa poco. Estoy acostumbrado a todo.

—Como usted guste. ¿Se recojerá usted temprano?

—Sí por cierto, contestó el doctor, que creyó adivinar la intencion de aquella pregunta.

—Entónces voi a mandar que preparen a usted un cuarto. Supongo que usted cenará...

—Nó, amigo mio; tomo solo un vaso de agua.

Salió Cárlos, y volvió dentro de algunos minutos, habiendo hecho disponer el cuarto para el doctor. Este, queriendo dejarle en libertad, pretestó sumo cansancio, y se fué a la habitacion que le habian preparado. Al llegar allí se puso de acuerdo con Jerónimo, quien prometió avisarle el momento en que Cárlos estuviese en el pabellon.

### III.

Serian las nueve y media de la noche cuando vino el buen criado a llamarlo, y siguiéndole el doctor con silenciosos pasos, llegaron hasta mui cerca del pabellon y se situaron detras de un bosquecillo de arbustos, cuyo espeso ramaje los ocultaba de la vista de Cárlos en caso de que saliera antes de que pudiesen ellos retirarse hácia la casa.

Pocos instantes hacia que se hallaban en su escondite, cuando empezó a sonar la flauta, modulando en tono lastimero un tristísimo preludeo.

Fuése animando el artista por grados a medida que entraba en aquella sonata favorita de Julia, mui familiar a los oidos del doctor, y al llegar a una parte en que habia un trozo de acompañamiento obligado de arpa, oyó el doctor resonar distintamente aquel instrumento. Apenas se atrevia a dar crédito a sus oidos; parecíale imposible que Cárlos ultrajara la memoria de su esposa amando a otra mujer, y sin embargo no podia ménos de creer que habia una dentro del pabellon. Por fin acabó la sonata, y el doctor y su guia se apresuraron a volver a la casa. El buen anciano determinó hablar a Cárlos al dia siguiente y pedirle la aclaracion de aquel misterio, y se durmió pensando el modo como entablaria una conversacion tan delicada.

Al dia siguiente lo acompañó Cárlos al almuerzo. El doctor no sabia cómo empezar; la palidez del semblante y el estado del pulso de su jóven amigo le llenaban al mismo tiempo de dolor y espanto:

la muerte estaba suspendida sobre aquella cabeza tan jóven y hermosa.

—Está usted mui abatido hoi, amigo mio, murmuró el doctor: ¿no ha dormido usted acaso?

—Desde que murió mi adorada Julia, contestó tristemente el jóven, ha huido el sueño de mis párpados.

—No se cuida usted: anoche creo haber oido los sonidos de una flauta. ¿Seria usted por ventura?

—Sí, señor.

—Pero eso le mata a usted... Lo mas singular es que me pareció oir el acompañamiento de un arpa... Mas, ¿qué veo? ¿se turba usted?

—¿Yo?... nó... señor... pero aun cuando asi fuese...

—Hablemos claro, amigo mio: aquí hai un misterio que yo quisiera penetrar.

—Pues bien, sí, señor; hai un misterio, pero no puedo revelarlo a nadie.

—Está bien.

Y como hablando consigo mismo, añadió: ¡Jamás hubiera creido que la olvidase tan pronto!...

—¿Qué dice usted! exclamó el jóven.

—Digo, contestó el doctor con severo tono, que se me hace increíble el que haya usted olvidado a Julia.

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted?... ¿de dónde le ha venido a usted semejante idea?

—He oido anoche distintamente el acompañamiento de un arpa, cuando usted tocaba la sonata favorita de Julia. ¿Quién sino una mujer puede ser esta acompañante nocturna?

—¿Quién? Va a creer usted que le engaño, y sin embargo es la pura verdad. Todas las noches al llegar a cierto pasaje de la sonata, empieza el arpa a resonar como cuando la pulsaban los tiernos dedos de Julia. El cielo, apiadado de mis dolores, permite a su espíritu que venga a consolar a su desventurado esposo.

—Amigo mio, no quisiera ofender a usted, pero semejante historia es absolutamente inverosímil.

—Luego, ¿no lo cree usted?

—Soi franco: nó, señor.

—¿Pues bien! Esta noche me acompañará usted al pabellon. ¿Conviene usted en ello?

—Sin duda.

Pocos momentos despues rodaba la berlina del doctor por el camino de Milan, y al anocheecer de aquel dia estaba de vuelta en *Como*. Encontró a Cárlos en un estado tal de abatimiento, que le propuso diferir hasta otro dia la visita al pabellon; pero el jóven insistió en su anterior propósito.

—¿Acaso sé yo si me queda todavia un dia de vida? le dijo tristemente. Nó, amigo mio; iremos esta noche misma.

A la hora acostumbrada se dirijieron ambos amigos al jardin. Al entrar en el pabellon notó el doctor que todo estaba colocado como en vida de Julia. Aun se encontraban sobre un pequeño velador que habia en el centro, los libros que Julia preferia, llenos de señales puestas por su mano: en uno de los ángulos de la habitacion veíase el arpa cubierta con un delgado velo de gasa, como durante la vida de la jóven artista, y la única variacion que se notaba era que en vez de las flores recientemente cortadas, que a un tiempo adornaban y embalsamaban aquel su retiro favorito miéntras ella le habitó, se veia ahora en los jarrones que las contenian, los restos marchitos de los últimos ramilletes que talvez ella misma colocara.

Descubrió Cárlos respetuosamente el arpa, y sacando su flauta comenzó a modular aquel tiernísimo preludeo que habia oido el doctor la noche anterior. Seguia éste con ansiosa vista los movimientos de su jóven amigo, y un terror involuntario comenzaba a apoderarse de él. Entre tanto continuábase oyendo la flauta, a la cual la ajitacion febril de que era presa el jóven hacia resonar de un modo extraño y como sobrenatural.

¡Mas! ¡Oh prodijio! Al llegar al pasaje de la sonata en que habia un acompañamiento obligado de arpa, empezó a resonar débilmente aquel instrumento, y al cabo de algunos segundos, sus cuerdas, como pulsadas por una mano invisible, resonaron con el mayor vigor y claridad. El doctor, con la boca entreabierta y los ojos desencajados de espanto, enjugaba con mano trémula el copioso sudor que bañaba su frente venerable, mientras que el moribundo jóven animaba, por decirlo asi, con el último soplo de su vida el melodioso instrumento. Acababa la sonata en la flauta con una nota fuerte y prolongada, cuyo sonido se iba debilitando gradualmente hasta acabarse, y en el arpa con un acorde sonoro, que hacia resonar todo su diapason. Al espirar el sonido de la flauta, rompióse ruidosamente casi toda la encordadura del arpa, exhalándose del pecho del moribundo artista un grito desgarrador.

—¡Oh! ¡ya no volverá! ¡Aguárdame, Julia! ¡ya... te... sigo!

Dió el doctor maquinalmente un paso hácia el arpa, pero volviéndose de repente se precipitó sobre su desgraciado amigo. Estaba medio tendido en el sillón, en la mas completa inmovilidad, y con los ojos abiertos y fijos en la ventana del pabellón. Pulsóle el doctor; aplicóle a la nariz un pomito espirituoso que llevaba consigo; removióle en todos sentidos; llamóle con los nombres mas cariñosos ..

¡Vanos esfuerzos! ¡El desventurado habia ido a reunirse con su adorada Julia!

---

## LAS ALAS PERDIDAS.

---

### I.

Era tan bella María  
Y su faz tan placentera,  
Que al verla se la creía  
Una imposible quimera  
De la loca fantasía.

De sus ojos luz brotaba,  
Luz de amor que el alma toca;  
Perlas por dientes mostraba,  
Perlas finas que encerraba  
En el coral de su boca.

Y era tan pura su frente,  
Su rostro tan delicado,  
Su espresion tan inocente,  
Que la llamaba la jente  
Al verla, *el ángel alado*.

Todos viéndola asomar  
La miraban con tesón,  
Diciendo siempre al pasar:  
Mejor que en un corazón  
Estaría en un altar.

Félix la amó, y ella pura  
Decía a Félix llorosa:  
— Tu amor causa mi ventura,  
Pero tu primer locura  
Me hará ser ménos dichosa.

Y añadia: nos gozamos  
En lo que el alma no alcanza;  
Eternos novios seamos;  
No iguala lo que alcanzamos  
Al placer de la esperanza.

Y Félix, de amor ardiente,  
Juraba con pasion loca,  
Ser eterno pretendiente,  
Besarla siempre en la frente,  
Pero jamas en la boca.

Y asi pasaba la vida  
Aquel lucero lanzado  
A la tierra agradecida,  
Que le daba conmovida  
El nombre de *ánjel alado*.

## II.

Un dia Félix llorando  
Besó a Maria, y Maria  
Al ver a Félix temblando,  
Sintió que le iban faltando  
Las fuerzas que ántes tenia.

Su frente alzó, y al mirarle,  
Maria, de pasion loca,  
No pudo un beso negarle;  
Tuvo aquel dia que darle  
El primer beso en la boca.

Despues si los dos amantes  
Por su dicha se encontraban,  
Se hablaban unos instantes;  
Luego, al partir, delirantes  
El mismo beso se daban.

En tanto Maria bella  
Guardaba todo su encanto;  
El la llamaba su estrella,  
Y no sé, le decia ella,  
Por qué te he querido tanto.

Y el mundo al verlos, celoso,  
Llevar del amor las galas,  
Los llamaba desdeñoso,  
A él *Félix el dichoso*,  
Y a ella *el ángel sin alas*.

Y el mundo tenia razon:  
Anjel alado, volar  
Fué su primera ilusion;  
Voló, y en el corazon  
Encontró su alma un altar.

Mas sus alas al perder  
En un beso celestial,  
Anjel fué, pues fué mujer  
Que supo a Félix querer  
Con un amor inmortal.

Por eso el mundo celoso  
Mirando de ambos la estrella,  
Les llamaba desdeñoso,  
A él *Félix el dichoso*  
Y *ánjel sin alas* a ella.

ADOLFO VALDERRAMA.

---

### DEFINICION DEL AMOR.

---

El amor, en su acepcion mas lata, es aquel hechizo irresistible que atrae a todos los seres, aquella afinidad secreta que los une, aquella chispa celeste que los perpetúa: y en este sentido todo es amor en la creacion.

Considerado bajo el aspecto moral es una inclinacion del alma hácia lo verdadero, lo bello y lo bueno.

Bajo el aspecto relijioso, Dios es amor, y el amor es toda su lei. *Amor de Dios*, soberano criador de todas las cosas, y *amor de los hombres*, sus mas nobles criaturas: hé aquí, en resúmen, la teoria cristiana del amor.

Del amor de Dios, que es el amor en toda su plenitud, se deriva la lei armónica del amor del prójimo, el cual comprende sucesiva-

mente la *familia*, la patria, y la *humanidad*, familia inmensa que tiene a Dios por padre y al mundo entero por patria.

Para los fisiólogos, el amor es aquella inclinacion imperiosa que atrae recíprocamente los dos sexos, cuyo objeto providencial es la conservacion de la especie. En los animales el amor puede no ser mas que una necesidad fisica; mas en el hombre, especialmente en el civilizado, no puede considerarse separado de una necesidad del alma, de un sentimiento moral, sentimiento que acrece hasta lo infinito sus embelesos y su duracion; este sentimiento es la *amistad*; ella forma la *mitad* del amor, pero su mitad mas pura, su mitad mas bella y duradera.

R. O. DE URIBE.

---

## UN HIMNO TODAVIA.

---

(IMIT. DE LAMARTINE.)

---

Un himno todavia,  
 Un himno a tí, Señor;  
 Un himno en mi alegría,  
 Un himno en mi dolor!

¡Oh, quién pudiera darme los ojos de la aurora,  
 El águila sus alas, su vuelo el aquilon,  
 Para buscar con ellos al Dios que el alma adora,  
 A tí a quien falta un nombre, un signo, una mansion!

Felices los sonidos que brotan de mi lira  
 Y en vuelo melodioso se elevan hasta tí,  
 Que suben por sí mismos al Dios que los inspira,  
 Mientra ahogo mis suspiros en mi impotencia aquí!

Un himno todavia,  
 Un himno a tí, Señor;  
 Un himno en mi alegría,  
 Un himno en mi dolor!

¡Oh jénios que los astros guiais por lós espacios,  
 Tormentas, nubes, vientos, del trueno rebramar,  
 Fantasmas que del rayo morais en los palacios,  
 ¡Está El entre nosotros? O en tus abismos, mar?

Brillar como vosotros arriba es mi destino,  
De luz así embriagarme y el fuego respirar,  
Torrentes reflejando de ese esplendor divino  
Que el ojo deslumbrado no puede soportar.

A Dios veo en el alma, y a Dios mis pensamientos  
Del pecho a los latidos se lanzan en tropel,  
Mas rápidos que el cóndor que en ala de los vientos  
Remonta a las alturas, mas sin bajar como él.

Ah, sin bajar! Dios mío, ¿no han de volver a mi alma  
Talvez cual la paloma que al arca se volvió,  
Trayéndome una rama de victoriosa palma,  
Diciéndome—Allá arriba tu patria Dios te dió?

Un himno todavía,  
Un himno a tí, Señor;  
Un himno en mi alegría,  
Un himno en mi dolor!

Es mi alma ese torrente que baja de la altura  
Y arrastra tumultuoso su rápido caudal,  
Atravesando el monte, los valles, la llanura,  
Do quiera irresistible rompiéndose un canal;

Se arrastra con el día, se arrastra con la aurora,  
La noche, el día vuelven, se arrastra sin cesar,  
Hasta que suavizando su furia atronadora,  
Arroja fatigado sus ondas en el mar.

Es mi alma como el viento que nace con la aurora,  
Que ruje por la noche, y el día ve caer;  
Que cuanto encuentra al paso lo troncha y lo devora,  
Sin que algo en su carrera lo pueda detener;

Que como a débil hoja temblar hace a la torre  
Y al mástil del navio cual tallo de una flor;  
Que brama en los espacios, y entre las nubes corre  
Su acento al trueno dando y al rayo su fulgor;

Los bosques desarraiga, desnudo deja el suelo,  
Y nada al fin quedando que pueda destrozarse,  
Cual tímida paloma cansada de su vuelo,  
Al pié del que lo lanza sus alas va a plegarse.

¡Oh tú que prestas alas en su furor al viento  
Y fuerzas al torrente para arrojarse al mar,  
En donde he de buscarte? en donde está tu asiento?  
Y al alma no das alas que a tí puedan llegar?

Quisiera ser el polvo que se alza en el camino,  
El eco que los pliegues del aire hace vibrar,  
Las hojas que el otoño levanta en torbellino,  
El humo que se eleva desde el sagrado altar.

De luz el postrer rayo, que trémulo flotando  
Se eleva por la tarde del horizonte al fin,  
La flor que en sus perfumes el alma está exhalando,  
La estrella que se pierde del cielo en el confin.

Quisiera ser el trueno, los rayos y la nube,  
La vista, el pensamiento, los ecos, el vapor,  
En fin, cuanto remonta, se exhala, vuela o sube,  
Para hallarte o perderme buscándote, Señor!

Un himno todavía,  
Un himno a tí, Señor;  
Un himno en mi alegría,  
Un himno en mi dolor!

RAFAEL EGAÑA.

Valparaiso.

---

## EL TEMBLOR.

(POESIA LEIDA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.)

Con ruido espantoso, profundo me anuncio,  
Terrífico ajito la tierra y el mar,  
De horribles estragos y ruinas soi nuncio,  
Terrores de muerte me gozo en sembrar.

Se escapan los brutos de oscuras cavernas,  
Las fieras de espanto temblando se ven;  
Yo arrecio entre tanto mis fuerzas internas,  
Que impulsos infunden al loco vaiven.

Yo arranco potente del lecho esos mares  
Que arrojan sus olas con ímpetu otroz  
En montes, campiñas, alegres hogares,  
Dejando mil tumbas sembradas en pos.

Yo abriendo la tierra vomito candente  
La lava que al cielo quisiera escupir;  
Mi aliento iracundo, mi grito estridente  
Anuncian que quiero volcanes abrir.

Yo infundo el espanto, derramo congojas  
Allá en el endeble pacífico hogar;  
Los montes gigantes los cimbro cual hojas  
Que céfiros leves hicieran temblar.

El hombre aterrado me cree en su agonía  
Terrible instrumento de airado Jehová  
Que azota la tierra sacrílega, impia,  
Porque él esa tierra pisándola está.

Golpeando su pecho se postra de hinojos,  
Piedad demandando de innoto poder;  
Mas yo remeciendo le cambio en abrojos  
Las flores de su alma, y en luto el placer.

Yo sirvo a esas leyes que al orbe dominan,  
Que dan a natura su pompa inmortal;  
Si aquí muere un mundo, mil otros jermanan,  
Que es todo armonía la fuerza vital.

En siglos remotos que el tiempo no cuenta,  
Temblando la tierra, la mar la cubrió,  
Y luego natura mas bella se ostenta,  
Y el hombre mas fuerte con ella se alzó!

Talvez este globo sin vida segado,  
Al caos de nuevo le torne su autor,  
Y a un otro que jire sin fuerza nublado,  
Su eléctrico choque le infunda calor.

Las fuerzas que forjan los rayos y truenos  
Que ajitan los mares, y al bronco huracan,  
Los mundos celestes, de seres mil llenos,  
Conmigo a esas leyes sujetos están.

---

El mónstruo ya cesa, reposa rendido,  
Se aquietta la tierra, se acalla su voz;  
Retorna la calma al pecho aterido,  
Murmuran los labios un ¡gracias a Dios!

No quiero tus treguas ¡oh! mónstruo; adelante!  
 Mi altiva entereza no harás sucumbir;  
 Catástrofes siembra, nada hai que me espante;  
 Mas rudas tormentas me has visto sufrir.

Terrífico ajita tu eléctrica hoguera,  
 Potente derriba mi débil mansion;  
 A un alma que sufre, que nada ya espera,  
 Temblores de tierra, qué valen! qué son!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

## LOS BUSCA-VIDA.

NOVELA DE COSTUMBES.

(Continuacion.)

—Ah! el señor no es del pais?

—Nó, he venido atraído por la fama de las minas, y aunque la vida que llevo aquí es la de Satanas, he jurado vencer o morir en el campo de batalla.

—Segun parece, usted es mui minero, señor.

—Tan minero soi ahora como militar era tres años há. Conozco ya las calidades de las vetas tan bien como conocia entónces los vicios de mis soldados. Pero, la vida de militar en tiempo de paz es mas tranquila que ésta. Aquí se vive en continua ansiedad, como si siempre estuviésemos en víspera de dar batalla o de tomar una plaza por asalto.

Mónica entre tanto habia preparado el *mate*, y se lo presentó al huésped con respetuoso encojimiento. Gracias, le dijo éste; y llevando la bombilla a la boca, prosiguió con mayor animacion su interrumpida charla de minero.

—Como le iba diciendo, dijo dirijiéndose a Godileo, el demonio de la ambicion entra por todos los poros del cuerpo, una fiebre maligna se apodera del corazon y lo hace a uno soñar que está pisando sobre piedras de plata maciza.

Un dia, nada menos, he desenladrillado el piso de mi cuarto siguiendo el rumbo de una veta que me pareció le atravesaba desde el patio.

—¡Vaya! Vaya! dijo el indio.

—Esto es nada, interrumpió el huésped, chupando con mas abinco su sabrosa bebida y dando sorbo tras sorbo hasta que arrancó ese sonido ronco por el que avisa el estenuado mate que el vacío se ha hecho en sus entrañas. Entrado así en calor, y como si se le hubiese tocado la cuerda sencilla, el jóven, preparándose para contar su vida entera, sacó un cigarro, se inclinó a encenderle y al punto retrocedió asombrado.

—¿Qué sucede? dijo Godileo, poniéndose de pié.

—¿Y esas piedras? exclamó el jóven, indicando las dos que en la noche anterior habia Mónica arrimado el fuego, mas no ya terrosas y negruzcas como Godileo, las recojió del cerro, sino pulimentadas como dos joyas preciosas.

El indio se puso boca abajo como para examinarlas, y viólas en parte derretidas. Varios glóbulos y figurillas caprichosas, a manera de filigrana, adornaban los cortornos de aquella pasta hirviente tan maravillosamente trasformada por la accion del calor.

—Son de plata, respondió el indio tranquilamente. Las separó de fuego y vació sobre ellas un cubillo de agua.

El jóven, que ya habia concebido la ilusion de un gran descubrimiento, tomó una de las piedras todavia humeante y salió fuera para examinarla.

El indio le siguió con la otra.

—¿De donde las ha traído usted, amigo?

Godileo no respondió.

—Por favor, hable usted, insistió aquel con voz suplicante.

—Oiga usted, caballero, dijo el anciano, dejando caer la piedra a sus piés. Hai entre nosotros indios una costumbre, esto es, una lei, señor, que hasta el dia nadie se ha atrevido a quebrantar: el indio que descubra un tesoro, sea *huaca*, sea mina, sea lo que fuere, debe ocultarlo mas allá de la vida, llevárselo con la muerte; y esto, señor, para que los españoles no le encuentren jamas.

—Y que piensa usted hacer? articuló desalentado el viajero. Godileo se encojió de hombros desdeñosamente y dijo:

—Nada.

—Y dejará usted, esos veneros perdidos, despreciando así la bondad visible de la Providencia? Nó, hombre, usted no hará eso; usted tiene hijos, vive en la miseria. ¡Seria una indolencia, una locura!

No quiero esponer a mis hijos, contestó pausadamente el in-

dio, a los peligros que acarrea el oro. Ellos serian víctimas de la codicia de los hombres. No formados para vivir en los pueblos como señores, perecerian a la manera de esas *vicuñas* salvajes a quienes se aprisiona para trasportarlas lejos del desierto, o caerian como ellas en los lazos que la codicia tiende a la opulencia; y un dia tal vez, pobres y desgraciados, vendrian a ocultar sus lágrimas en la choza del indio Godileo.

Nuestro jóven perdió toda esperanza.

—Está bien, dijo maquinalmente y como revolviendo una idea en su imaginacion. Luego montó a caballo y se alejó lentamente.

Godileo le siguió con su mirada firme y serena. Cuando lo hubo perdido de vista, llamó a Mónica y la dijo con esa voz del que está acostumbrado a ser obedecido:

—Mujer, lo que ha pasado aquí no lo sabrán ni tus hijos, ¿lo entiendes?

Mónica hizo un signo afirmativo.

—Ahora, entierra esas piedras: la juventud es indiscreta! murmuró el indio entrando en su cabaña.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### EL PUERTO VIEJO.

---

#### I.

Tal era el nombre con que se conocia el antiguo puerto de Copiapó, aun antes que fuese habilitado el nuevo que hoy se llama Caldera.

Ese puerto de bahia estrecha y peligrosa era una miserable caleta; mas esta caleta fué la puerta por donde penetró esa grande inmigracion que se desprendió de todos los puertos de América y Europa en los primeros años de la presidencia del jeneral Búlnes, atraida por las valiosas minas de plata, oro y cobre que dia a dia se descubrian entonces en los cerros de Copiapó.

Esta aura de riqueza y la afluencia de embarcaciones que allí arribaban tenian siempre en movimiento y con un humor de fiesta a la pequeña poblacion del Puerto Viejo. Por todas partes se veia carpas improvisadas que las olas acariciaban mansamente, y donde

los viajeros, de tránsito hácia los minerales, encontraban toda clase de comestibles y licores esquisitos.

Aquí aparecía de repente un edificio en que el albañil no habia puesto mano, porque el laurel y el alerce lo habian hecho todo; allá se veía un grupo de artesanos armando un hotel fabricado desde su base hasta el techo en los talleres de Valparaiso.

Asi, aunque el vapor todavia no cruzaba las aguas del Pacífico ni la locomotora acertaba la distancia entre los pueblos, ya en aquel último rincon de Chile se dejaba sentir esa movilidad incesante, esa inquietud comunicativa, esa ansiedad eléctrica que infunden, en la vida de los pueblos, el vapor, los trenes y el telégrafo.

A mas de la ensenada principal, posee el Puerto Viejo varias caletillas, graciosos retretes formados por el trabajo constante de la marea desde siglos remotos. Sus pequeñas playas varian de forma y aspecto aunque solo distan pocos pasos unas de otras. Ya os admira en ésta la prodijiosa belleza de los menudos caracoles, ya en aquella los dorados matices de inmensas conchas; ya pisais en otra sobre pequeñas piedras admirablemente bruñidas por las olas, ya la límpida y brillante arena de aquella otra os invita a reposar y a dar grata expansion al alma. Algunas de esas ensenadas se comunican entre sí por boquerones abiertos, por el golpe de la ola, en grandes rocas donde la concha se ve incrustada en el granito.

En ciertas estaciones del año, los *changos*, que es el nombre que se da en el Norte a los hombres que viven de la pesca, hacen sus balsas y tienden sus redes en estas silenciosas ensenadas.

## II.

Era el mes de agosto. En una de esas tardes que solo se dejan ver en el Norte de Chile, diáfanas y calmadas, como lo son las mañanas y las noches, una vela se dibujaba en el horizonte. Bien se podia distinguir que avanzaba, pero lentamente. Sobre la cresta de una empinada roca se veía dos figuras humanas de pié e inmóviles: eran un hombre y una mujer.

Ambos contemplaban aquel punto blanquecino iluminado aun por la débil luz del último crepúsculo. Mucho tiempo debieron permanecer asi, en silenciosa observacion, porque cuando el hombre apartó su vista de aquella vela ya era casi de noche.

—El capitán de puerto no ha visto, sin duda, este barco, exclamó el hombre, cuando no hace salir un bote a su encuentro.

—De seguro, contestó la mujer, sin dejar de mirar hacia el mar.

—¡Qué imprudencia! ¡Mira! ¡Pues no va arrojar a pasar de noche por la *Punta de Lobos*? Lucía, el corazón me avisa que esa barca va a peligrar.

—No, Martín, pronto saldrá la luna, y no es la primera vez que un buque entraría al puerto de noche.

—Sí, fácil es evitar el peligro cuando se conoce; pero la dirección que trae me hace sospechar que es la primera vez que ese capitán arriba por acá. Voy a dar aviso al puerto. Y diciendo esto, el hombre saltó de la roca y desapareció.

—Sí, mi buen Martín, anda, que no pese sobre nosotros una desgracia.

El hombre iba ya lejos. Ella bajó también y se internó entre las peñas.

### III.

Lucía y Martín eran dos pobres *changos* de aquellas costas. No sabíamos decir dónde residían, porque en el año cambiaban muchas veces de morada en busca de pesca abundante. En estos días tendían sus redes en un espacio solitario de la rada del puerto, y habitaban entre esas bellas ensenadas de que hemos hecho tan grato recuerdo.

Muchos otros pescadores debían tener allí sus guaridas, porque a medida que la noche avanzaba aparecían acá y allá, como estrellas de la costa, las luces de muchas fogatas.

Lucía se dirigió a uno de estos focos, al más lejano y menos luminoso. Un *torito*, así llamado porque es hecho de un cuero seco de mula, colocado boca abajo en tierra y en forma de carpa, lo que le da la apariencia de toro, debajo del cual solo había espacio para tres personas, servía de albergue a Lucía, su marido y cuatro niños: el mayor contaba doce años: el último era aun de pecho.

A la puerta de esa roca jugaban los niños al *salto del fuego*, juego peligroso que consistía en saltar la llama del fogón. Esta, en verdad, no era muy alta, mas algunos de entre ellos eran muy pequeños. Entre tanto, el menorcito, rendido de llorar de hambre o de frío, se había quedado dormido sobre la arena, descuidado por su hermana mayor.

Esta, que apenas tenía seis años de edad, al ver llegar a Lucía

corre a alzar a la criaturita, mientras los demas se desbandan gozosos al encuentro de su madre.

Lucia, que iba preocupada, solo les dijo al verlos:

—¡Bien podian haberse quemado!

Esto habria sucedido, seguramente, si los pobrecitos hubieran usado ropa; mas solo tenian por vestido una camisa corta y en jirones.

—Juanillo, dijo Lucia, dirijiéndose al mayor de sus hijos; ayúdame a tender las redes.

El muchacho jiró uno de los extremos de la red hácia la orilla de la playa, mientras su madre arrastraba, a la vez, una balsa. Luego que balsa y red estuvieron prontas, madre e hijo se sentaron dentro y se deslizaron sobre las aguas.

La *balsa del chango*, asi impropriamente llamada, es la embarcacion mas orijinal y peligrosa de las costas de Chile. Se compone de un cuero de lobo en forma de chalupa, y de sus costados sobresalen dos alas del mismo material infladas y redondas.

De este modo, la piragua vogando presenta la apariencia de un gran pájaro marino. El espacio que ofrece al pescador en su fondo es corto e incómodo. Sin embargo, con frecuencia se ve *changos* ir y venir del puerto de Copiapó al de Cobija, en Bolivia, en estos débiles bongos.

A distancia de dos cuadras arrojó Lucia su red. En seguida hizo virar la balsa hácia tierra, viniendo ésta como flecha a encallar en la arena. Luego ató fuertemente a una peña el otro extremo del cordel que sostenia la red en el mar. Cuando se dirijia al grupo que formaban sus hijos, oye tras ella la voz de Martin y ruido de remos.

#### IV.

—Lucia! gritó éste sin desembarcar. El capitan de puerto me envia a dar el alerta al buque: no estés con cuidado.

—¿Cuántos van? gritó a su vez ella.

—Un guapo mozo y yo.

—Pocos! dijo Lucia para sí, mirando alejarse el bote.

En ese instante la luna llena, plateada y clarísima, rielaba sobre la superficie de las aguas.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará).

## EL MAESTRE DE CAMPO

### FRANCISCO DE CARVAJAL.

---

Allá por el año de 1538, Miguel Cornejo, vecino de la recién fundada ciudad de Arequipa, salió de su casa para principiar bien el día, oyendo misa, y encomendándose a Dios, a la Virgen María y a su santo patrono, como católico devoto y fervoroso que era.

La iglesia a donde se dirigía estaba situada en la plaza principal.

Llamóle la atención un grupo de personas extrañas montadas a caballo, que se habían detenido en uno de los ángulos de la plaza y que parecían estar aguardando algo.

El personaje principal de aquel grupo era un hombre ya entrado en años, pero todavía muy vigoroso. Tenía la estatura baja; el cuerpo sumamente obeso; el rostro en extremo colorado.

Se percibía con facilidad que su profesión era la milicia.

Su traje tenía mucho de fantástico.

Efectivamente, el viejo de que yo hablando traía, en vez de la capa que entonces se usaba por lo común, un albornoz morisco de color morado, provisto de la respectiva capilla, y adornado simplemente con un rapacejo o franja.

Pero el sombrero que llevaba aquel forastero era todavía más original que su albornoz.

El dicho sombrero estaba forrado en tafetan negro, y ceñido por un cordoncillo de seda muy llano. En este cordoncillo iban metidas muchas plumas blancas y negras de gallina, cruzadas unas con otras en torno de todo el sombrero en forma de x.

Junto al viejo estaba una dama que tenía cierto aire distinguido.

A una distancia respetuosa aparecían otras tres personas, evidentemente criados, dos hombres y una mujer.

El buen Cornejo notó aquel grupo; pero siendo más devoto que curioso, continuó su camino a la iglesia.

Permaneció ella más de tres horas, ya porque fuera muy rezador, ya porque se entretuviera en conversar con el cura o con el sacristán.

Cuando Cornejo regresaba a su casa después de la larga oración o de la larga charla, observó que, a pesar del mucho tiempo transcurrido, el viejo y sus acompañantes quedaban siempre en el mismo sitio.

No pudo entonces prescindir de ir a interrogarlos.

—¿Qué hace Vuestra Merced aquí, dijo dirijiendo la palabra al viejo, puesto que há mas de tres horas que le ví como ahora está?

Como en esta tierra no se usan los mesones, y no tengo en esta ciudad ni parientes ni conocidos, contestó el viejo, no sé a dónde ir a alojar, y por esto, me estoi aquí.

—Mi casa puede servir a Vuestra Merced de posada, replicó Miguel Cornejo, y yo tendré el gusto de tratar en ella a Vuestra Merced y a su compañía lo mejor que pueda.

—Como en esta tierra, agregó para hacer aceptar mas fácilmente su ofrecimiento, no hai mesones, como Vuestra Merced lo ha observado mui bien, las casas de los españoles avecinados en ella son las posadas de nuestros paisanos recién llegados

Y la verdad era tal como la esponia Cornejo.

Entre sus virtudes los conquistadores del Perú tenían la de la hospitalidad que ofrecian jenerosamente a sus compatriotas, proveyéndolos de sustento y de vestido, no solo por dias y meses, sino aun por años, hasta que lograban acomodarse, esto es, hasta que se les presentaba ocasion de tomar parte en descubrimientos y expediciones que les permitiesen robar a los naturales, o hasta que se les concedian repartimientos de indios que, explotando los lavaderos o las minas, les proporcionaban abundancia de oro a costa de la salud o de la vida.

Esta práctica fué relijiosamente seguida durante los primeros años de la conquista del Perú.

—Acepto, lleno de gratitud, el caballeroso ofrecimiento de Vuestra Merced, respondió el viejo. Me llamo Francisco de Carvajal; y esta señora es mi mujer, doña Carolina Leiton.

Cornejo saludó cortesmente, haciendo saber a sus huéspedes cuáles eran su nombre y apellido.

Carvajal y la señora Leiton, con sus sirvientes, fueron conducidos por el arequipeño a la casa que éste poseia en la ciudad.

—¿Vuestra Merced piensa establecerse en el Perú? preguntó Carvajal a su huésped.

—Sí, respondió éste. Acabo de llegar en el socorro de jente que se ha enviado de Méjico al gobernador Pizarro por solicitud suya para ayudarle a reprimir las turbas de indios que se rebelaron a la voz del inca Manco. Tengo la mejor voluntad de servirle, y por lo mismo espero que ha de ocuparme, y darme que comer.

—La confianza de Vuestra Merced es mui fundada, dijo Cornejo. El gobernador se complace de proporcionar escelentes acomodados a los buenos soldados, de quienes tiene mucha necesidad para sostenerse en esta tierra. El inca Manco ha dado y está dando mucho que hacer. Hubo dia en que pudo temerse que los españoles se verian forzados a abandonar el Perú.

Si en lugar de Atahualpa hubiera estado Manco a la cabeza de estas provincias, cuando los nuestros entraron por la primera vez en ellas, quizá no se habrían enseñoreado de esta rica comarca o por lo menos les habría costado mucho sudor y mucha sangre el conseguirlo. La reciente discordia orijinada por las opuestas pretensiones del gobernador y de su socio Diego de Almagro han envalentonado a los indios. El inca Manco ha levantado el sitio de las ciudades, y ha tenido que buscar un refugio en la cordillera; pero allí hace continuas correrías que causan muchos males y muchas muertes.

— Veo que hai en esta tierra mucho trabajo para un veterano como yo, replicó Carvajal; y por lo mismo confio en que he de encontrar luego el acomodo que vengo buscando.

Cornejo hospedó regaladamente, en cuanto sus recursos se lo permitieron, durante algunos meses a Carvajal, a doña Catalina y a sus tres criados.

Sin embargo, habia un artículo mui escaso y mui caro, a que Carvajal se mostraba sumamente aficionado.

Ese artículo era el vino, cuya arroba valia a la sazón en el Perú mas de trescientos pesos de oro.

En los años de 1554 y 1555, el precio de la arroba de vino subió a quinientos pesos; y aun a ese precio exorbitante era difícilísimo encontrarlo.

El arzobispo de Lima frai Jerónimo de Loiaza tuvo que andar limosneando de casa en casa un poco de vino, a fin de reunir el que era preciso para la misa.

Y mientras tanto, Francisco de Carvajal experimentaba una sed insaciable de licor.

Estaba acostumbrado a beber una gran cantidad de él en el dia y en la noche.

Como se ve, era un gusto o una necesidad cuya satisfaccion importaba mui caro.

Por fortuna para Cornejo, Francisco de Carvajal, a falta de vino de Castilla, se contentaba con la chicha de maiz que fabricaban los indijenas.

Habia tres maneras de componer aquel brevahe.

Consistia la una en humedecer primero los granos de maiz hasta que empezasen a brotar, y en cocerlos en seguida.

De este modo se producía una especie de cerveza, llamada *sora*, tan fuerte, que unos cuantos tragos solian ser suficientes para hacer perder a un hombre los sentidos.

La lei de los incas prohibia su uso; pero a pesar de la sumision con que los peruanos daban cumplimiento a las disposiciones del soberano, muchos de ellos no obedecian a esta prohibicion.

Otro de los procedimientos que se empleaba para fabricar la chicha, era mascar el maíz, cocerlo en seguida, y ponerlo por último a fermentar.

Y aun era opinion mui jeneral entre los indios, que la chicha mas sabrosa era la que se sacaba del maíz mascado «por viejas podridas.»

El sistema de fabricacion a que la jente de buen tono daba la preferencia era uno en el cual se empezaba por tostar los granos de maíz.

Muchos españoles pretendian que la chicha de esta especie era un excelente remedio, y aun un preservativo mui eficaz del mal de orina y de los riñones.

No he podido averiguar cuál de estos tres brevajes merecia la predileccion de Carvajal, o si usaba los tres indistintamente cuando no tenia a su disposicion el jeneroso vino de Castilla; pero un cronista contemporáneo asegura que era el español a quien hasta entonces se habia visto beber mas chicha.

Por lo demas, Carvajal era un huésped que sabia atraerse, si no siempre el aprecio, por lo menos la atencion de los que le oían.

Ciertamente, cuidaba mui poco de no ofender con sus palabras el amor propio o cualquiera otro sentimiento delicado de los demas.

No se detenia ante ninguna consideracion para decir lo que se le ocurría.

Hacia ostentacion de ser insolente y sarcástico.

Su lengua era frecuentemente un látigo; a veces aun, un puñal.

Solía inferir con ella verdaderas y profundas heridas.

En compensacion, era un conversador inagotable y fecundo, que amenizaba o ilustraba sus reflexiones con variadas y divertidas anécdotas, en las cuales a menudo se aunaban el ingenio y la obscenidad.

Habia viajado y batallado mucho.

Lo mejor de su existencia, podia decirse, habia trascurrido en las campañas de Italia.

Habia asistido como alférez a la batalla de Ravena, una de las mas sangrientas del siglo XVI, en la cual franceses y españoles habian combatido a muerte en la tierra, mientras los elementos luchaban en el cielo, formando la mas furiosa tempestad.

Se habia encontrado en Pavia, donde Francisco I cayó prisionero.

Habia sido uno de los que siguieron al condestable de Borbon para ir a asaltar a Roma.

Carvajal no habia desde luego cojido cosa de provecho en el famoso saco de aquella ciudad.

Andaba buscando cómo no ser ménos que sus camaradas, cuando acertó a pasar delante de la oficina de un notario, en la cual percibió una gran cantidad de espedientes y protocolos, esmeradamente colocados en armarios.

— Estos papeles deben servir para algo, se dijo Carvajal, puesto que están tan bien arreglados.

Sin pérdida de tiempo se proporcionó seis mulas, y trasportó en ellas a su posada todo aquel archivo, por si podia sacar de él alguna utilidad.

Efectivamente, sus esperanzas se realizaron. El notario a quien pertenecian los expedientes dió a Carvajal mas de mil ducados para rescatarlos.

Un cronista cuenta que nuestro hombre costó con esta suma su viaje a América.

Carvajal estaba disgustado de las guerras de Europa, en las cuales habia peleado mucho sin ganar, o mejor dicho, sin robar lo bastante para salir de miserias.

Tal fué el motivo que le impulsó a venirse a Méjico.

Carvajal, que era un descreido, no se afanaba como tantos otros por servir al rei, y mucho ménos a Dios.

Lo que él deseaba era la riqueza, la riqueza en abundancia, ganada con la espada, para vivir regaladamente, comer bien y beber mejor.

Le urjia llegar a un resultado semejante, porque aun cuando no esperimentaba todavia que disminuyeran sus vigorosas fuerzas, eran ya muchos los años que llevaba a costas. Cualquiera otro se habria reputado con ellos viejo y bien viejo.

No todos los que venian al nuevo mundo encontraban el oro que codiciaban. Hubo muchos conquistadores, y entre ellos algunos mui insignes, que vivieron en América, y murieron tan desprovistos de recursos como los mendigos mas desvalidos.

Era mui falso que el llegar al nuevo continente y el proporcionarse riquezas fuese todo uno, como muchos se lo imaginaban en Europa.

Habia la posibilidad de lograr ser opulento en poco tiempo y a poca costa, pero de ningun modo la seguridad.

Francisco de Carvajal lo esperimentó asi en cabeza propia.

La posicion que alcanzó en Méjico fué mas o menos tan precaria como la que habia tenido en Italia.

Por esto, queriendo tentar si la fortuna se le mostraba mas propicia en el Perú, se apresuró a aceptar la invitacion que se le hizo para ir en el refuerzo de jente que se enviaba al socorro de Francisco Pizarro.

Por lo pronto, como hemos visto, solo tuvo esperanzas mas o menos fundadas de mejorar su suerte; ni siquiera halló ocupacion activa, y se vió obligado a matar el tiempo charlando y contando anécdotas.

Felizmente para él era mui bien tratado por el hospitalario Cornejo, que le cobró afecto, y a quien cautivaba la conversacion variada e inagotable del veterano.

Doña Catalina de Leiton era una mujer que reunia a maneras finas, la índole mas escelente.

Su marido, que era poco inclinado a guardar consideraciones a quien quiera que fuese, la respetaba.

Por lo jeneral, cuantos la trataban aprendian a apreciarla.

Los odios mortales que Carvajal se atrajo mas tarde hicieron que algunos maldicientes pretendieran que ella era, nó la esposa de éste, sino su manceba.

Parece que tal imputacion era enteramente calumniosa.

Doña Catalina tenia a su lado una criada llamada Juana, a quien queria tanto, que la hizo tomar su apellido.

Esta Juana se hacia notar por la enerjia del carácter hasta el punto de haber adquirido ascendiente aun sobre el mismo Carvajal.

El marques Pizarro, que deseaba hacer fijarse en el Perú a los hombres de guerra que podian ayudarle a sostener la conquista de aquella tierra, concedió a Carvajal una buena encomienda en la jurisdiccion del Cuzco.

Carvajal fué a vecindarse en esta ciudad, donde no tardó en adquirir bastante consideracion, como lo prueba el haber sido elejido alcalde del cabildo.

Por aquel tiempo ocurrieron el asesinato del marques Pizarro y la usurpacion de Almagro, el Mozo, que, como es mui sabido, se apoderó violentamente del gobierno.

Carvajal tenia entre sus prendas la del agradecimiento. Jamas volvió las espaldas, ni en la próspera, ni mucho ménos en la adversa fortuna, a quien le habia hecho un beneficio. Así fué fiel a la causa de Francisco Pizarro hasta despues de su muerte.

Esta conducta le atrajo persecuciones, y lo que debió dolerle mucho más, porque era bastante codicioso, la confiscacion de una parte de su caudal.

Sin embargo, lo soportó todo, sin manifestar la menor flaqueza.

Cuando el gobernador lejítimo don Cristóbal Vaca de Castro procuró reunir fuerzas para derrocar a los rebeldes y restaurar la autoridad real en el Perú, Francisco de Carvajal acudió solícito a ponerse a su servicio.

En el acto fué ascendido al importante cargo de sarjento mayor del ejército, o como se diria ahora, de jefe del estado mayor, o sea todavia, segundo jefe.

Esta distincion manifiesta la importancia militar que ya entonces se atribuia a Carvajal.

Su honroso comportamiento justificó plenamente la confianza que Vaca de Castro habia depositado en él.

Todos los cronistas están conformes en que la victoria obtenida sobre

las tropas de Almagro el Mozo el 16 de setiembre de 1542 en la llanura de Chupas fué debida en mucha parte a la táctica y al denuedo del sarjento mayor Francisco de Carvajal.

Supo animar a los combatientes durante la batalla con los chistes y con el ejemplo.

En lo mas recio de la pelea, hallándose al frente de una bateria de cañones, cuyas balas podian hacer estragos, se quitó una celada y una cota de malla que llevaba, y las arrojó al suelo.

Se puso en seguida al frente de los suyos y marchó adelante.

—No tengais miedo, dijo a los que le seguian, volviéndose hácia ellos; soi tan gordo como dos de vosotros; presento un blanco doble; y sin embargo, no temo que me suceda nada, y en efecto nada me sucede.

Despues de la victoria, el gobernador concedió a Carvajal una buena encomienda en la jurisdiccion del Cuzco.

Despues de la victoria, el gobernador Vaca de Castro hizo un elogio especial de la comportacion del sarjento mayor.

---

El alboroto a que dió orijen en el Perú la promulgacion de las nuevas leyes, inspiradas por Bartolomé de Las Casas, relativas a la libertad personal de los indios y a la abolicion de los repartimientos, y aun podia decirse, de las encomiendas mismas, era por cierto harto mas sério e importante que los de los dos Almagros, padre e hijo.

Estas dos revueltas habian sido simples cuestiones de ambicion personal.

La nueva conmocion de que voi hablando tenia un objeto verdaderamente social.

Los caudillos de los conquistadores españoles rejian a título de gobernadores vitalicios las comarcas de que se habian enseñoreado, o aspiraban a rejirlas con un título semejante.

Habian distribuido como esclavos los indijenas entre sus principales cooperadores.

Estos pretendian que tales repartimientos debian quedar vinculados perpétuamente en sus familias.

Fácil es de concebir que si se hubiera consolidado este réjimen, la soberania del rei de España en el nuevo mundo, por mucha que fuera la veneracion que le profesaran los españoles que habian venido a fijarse en este continente, se habria debilitado en breve tiempo, y al cabo de no mucho habria sido completamente desconocida.

No habria sido por cierto para el monarca pequeña empresa la de mantener sujeto a su obediencia, con el océano de por medio, a un feudalismo tan formidable.

Se trataba, pues, no solo de amparar a los indíjenas inhumanamente despotizados, sino tambien de garantizar la autoridad real mui amenazada.

Tal era el doble propósito con que se dictaban las nuevas leyes.

Los caudillos primitivos mas acatados en las Indias eran puestos a un lado.

Las encomiendas eran reglamentadas, o disminuidas, o suprimidas; y ademas eran declaradas intrasmisibles de derecho a los herederos de los actuales poseedores.

La resolucion era audaz y talvez necesaria, pero en estremo peligrosa.

¿Tenia el rei los elementos precisos para hacerse respetar en el nuevo mundo?

El descontento que la promulgacion de las nuevas leyes produjo en el Perú fué estremado.

Los conquistadores se veian, o despojados por ellas de los repartimientos de indios, o amenazados de perderlas.

Todos eran privados de los que habian considerado derechos propios, para quedar en lo sucesivo sujetos al arbitrio del soberano o de sus cortesanos.

¿De qué les aprovechaba entonces el haber descubierto y conquistado tan vastas y opulentas comarcas?

Era claro que habian soportado tantos trabajos y corrido tantos riesgos solo en beneficio de otros.

Francisco de Carvajal, mui experimentado en los negocios humanos, previó con fundamento que se preparaba una espantosa conmocion que habia de remover hasta sus cimientos aquella naciente sociedad.

No queriendo esponerse a los azares de la tremenda lucha que veia aproximarse, resolvió regresar pronto a Europa.

Estaba a la sazón en el Cuzco el gobernador don Cristóbal Vaca de Castro, que aguardaba la llegada del virei Blasco Nuñez Vela para entregarle el gobierno.

Cierto dia, Carvajal se presentó a Vaca de Castro.

—Permítame Vuestra Señoría, en premio de mis servicios, le dijo, regresar a Castilla. Yo puedo, si le parece conveniente, ir a representar a Su Majestad en nombre de estas provincias los males que deben resultar de la ejecucion de las nuevas leyes.

La indicacion pareció mui aceptable, no solo a Vaca de Castro, sino tambien a todos los que tuvieron noticia de ella, porque como Carvajal se habia adquirido una gran reputacion de hombre hábil y mañoso, todos pensaron que habia de desempeñar cumplidamente aquella comision.

Asi, Vaca de Castro le dió el permiso que solicitaba para salir del pais, y el cabildo del Cuzco poderes y cartas.

Francisco de Carvajal vendió en quince mil pesos el repartimiento que

le habia concedido Pizarro, e hizo apresuradamente sus preparativos para irse.

Menester es confesar que quince mil pesos era caudal bien corto para un hombre que habia viajado y batallado tanto en busca de riqueza.

Sin embargo, el veterano, temeroso de la tempestad política que divisaba venir, estaba resuelto a no cortejar más a la fortuna, dándose por satisfecho con sus quince mil pesos.

—Estoi viejo, repetia a menudo; deseo ir a descansar en Castilla.

Carvajal pasó del Cuzco a la Ciudad de los Reyes con una carta de Vaca de Castro para que el cabildo le otorgase su poder a fin de que jestionase tambien en su nombre contra las nuevas leyes.

Aquella corporacion, que ya no respetaba la autoridad de Vaca de Castro, recibió a Carvajal con la mayor frialdad, y no accedió a su peticion-

Este resultado mortificó sobremanera a Carvajal, a quien habia lisonjeado la esperanza de presentarse en la corte con el honroso título de apoderado de las dos principales ciudades del Perú.

Pero su deseo de irse era tan vehemente, que se fué de puerto en puerto buscando una embarcacion que le llevase a España.

No encontró ninguna, porque se habia ordenado que las que habia no se movieran hasta que llegara el virei Blanco Nuñez Vela.

—La tierra, el mar, el cielo, todo se conjura para que yo no me mueva del Perú en estas circunstancias, exclamó Carvajal al ver la inutilidad de sus esfuerzos, levantando los ojos hácia lo alto; está bien; me quedaré aquí; pero prometo y juro que mientras el mundo sea mundo, no se perderá en el Perú la memoria de Francisco de Carvajal.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

---

## EL PERRO Y EL GATO.

FABULA.

I.

En una casa miserable a estramuros de la ciudad que bañan las turbias aguas del Mapocho, vivia el tio Lucas, hombre de caracter escelente y de una paciencia solo comparable a la de Job.

En efecto, el tio Lucas habia nacido pobre, y apesar de su decision y de su constancia para el trabajo, pobre se encontraba en el último tercio de

su vida, sin que jamas se le oyera proferir una queja contra Dios o contra los hombres por la pesada cadena que le habia tocado en suerte en este miserable mundo; antes bien, su corazon experimentaba agradecimiento por las personas que lo explotaban haciéndolo trabajar doce o mas horas diarias por un salario miserable; y los domingos y dias festivos concurría a la iglesia a cumplir mui devotamente con sus deberes religiosos.

Talvez el tio Lucas imaginaba que las clases obreras nacen para sacrificarse por las clases mas favorecidas de la fortuna, asi como nace el buci para el arado que debe abrir el seno de la tierra y producir abundantes frutos a su señor, sin otra recompensa que una racion de paja para mantener su vitalidad y su vigor.

Aconteció alguna vez que este infeliz no tuvo lumbre para calentar su alimento, pero jamas que el recaudador golpease inútilmente a sus puertas en requerimiento de la contribucion de sereno y alumbrado, pues el tio Lucas uno a uno, sin murmurar y sin hacer observacion de ningun jénero, pagaba con prontitud hasta el último maravedí.

Al ver cómo despedía sombrero en mano y con humildes reverencias a ese agente de los ilustres, siguiéndolo mas allá de los umbrales de su casa, se hubiera podido creer que el buen tio se consideraba mui favorecido con su visita.

Nunca, por otra parte, se le ocurrió a ese infeliz informarse del origen o legalidad de esa doble exaccion, ya que no se contaba en esos barrios con otra policia que la de los sarjentos de los batallones cívicos en requerimiento de prisiones y de multas por inasistencias a guardias; paradas o academias, ni con otro alumbrado que el de los vecinos al empinar mas de lo justo el codo en las tabernas.

El tio Lucas no se fijaba en estas irregularidades, y si le acontecia dar un trapiés en las oscuras noches de invierno y torcerse un tobillo o romperse el pantalon, lo que para él era mas sensible, nunca le encomendaba el alma a la autoridad, sino que se llamaba a sí mismo torpe, borrico algunas veces, segun era la magnitud del daño recibido, y multiplicaba sus precauciones para evitar en adelante otros contratiempos.

Para decirlo de una vez, el tio Lucas miraba sin cólera ni impaciencia que mientras se invertian crecidas sumas en formar o embellecer algunos sitios de recreo, ya bastante hermosos de por sí, no se distrajeran algunos miserables escudos para desinfectar su calle, cubierta de una espesa capa de lodo infecto, corrompido.

Más aun: este buen hombre habria soportado; y quién sabe si se practica algun dia en esta honrada y democrática capital! habria soportado sin murmurar, decíamos, una contribucion especial sobre los ponchos (el tio Lucas lo usaba de enero a enero) para enriquecer aun más a los dueños de lujosos equipajes.....

Pero este hombre, en medio de su pacífica condicion y de sus excelentes cualidades, tenia el gravísimo defecto de dar inmediato asenso a cualquier denuncia que se le hiciera, lo que orijinó, como vamos a referir, una serie de disgustos y de injusticias entre su perro y su gato, únicos domésticos y acaso tambien sus únicos amigos en la miseria.

## II.

A las siete de una noche del mes de agosto, el tio Lucas, con doble tranca en su desvencijada puerta, se hallaba sentado en un mal banquito de paja cerca de un brasero de barro de cuyo centro y al traves de la ceniza solia escaparse una azuleja llama que lo hacia sonreir como a un pobre preso un rayo de sol.

El gato, contrariando sus hábitos, (tenia por costumbre calentarse poniendo sus manos al borde del brasero) el gato, decíamos, por detras del banquillo de su amo se paseaba unas veces y se detenia otras como preocupado en la realizacion de una idea. Despues de largas cavilaciones pareció tomar su partido, porque con paso resuelto se acercó a su amo, y una vez al alcance de su mano se puso a roncar dando vueltas sobre sí mismo, encorvando su lomo, restregándose contra el banquillo, tirándose al suelo, finjiendo cojer una pereza imaginaria y otros recursos por el estilo.

Lucas estaba de tal manera preocupado, que no percibió o no quiso por lo menos darse por entendido de las sutilezas de su gato, y a poco andar, revolviendo el rescoldo con su cuchillo, sacó una torta de pan que incontinentemente se puso a raspar para dejarla libre de carbones y ceniza, ejecutando esta tarea con una atencion que le hubiera envidiado el mismísimo Arquímedes cuando en Siracusa se ocupaba en resolver el problemático problema de la cuadratura del círculo.

Lucas, sea casual o de intencion, como creo muy probable, solia desprender de su torta trozos que, contenian no solo la parte carbonizada, sino masa apetitosa. En tales casos daba tregua a su cuchillo para hacer funcionar sus dientes, hasta dejar sola y únicamente los desperdicios. Amenizada así su ocupacion, llegó a tener una dorada torta, que dió vuelta entre sus manos con delicia.

Hecho esto, se puso a engullirla con la misma gravedad que un gastrónomo su plato favorito.

Entre tanto el gato, que no habia cesado ni por un momento en sus ronquidos ni en sus variados movimientos, consiguió llamar la atencion de su amo.

—Tonto, ya te habia visto, le dijo Lucas con cariño.

¿Qué me quieres? E imaginando que no podia solicitar otra cosa que un bocado de su sabrosa cena, le hizo la merced de una migaja.

El gato le acercó las narices, bajó la cabeza con aire desdeñoso, y luego, ágil y travieso, simuló con gracia una acometida a semejanza de un cabrito que ensaya sus nacientes cuernos.

—Hola! ¿no quieres, pues? exclamó Lucas, admirado de que no se le admitiera un regalo de tanto precio.

—Guárdelo usted para el perro, murmuró el gato.

—¿Eh? qué dices?

—Digo que yo desde mui niño he aprendido a no ser gravoso para nadie, procurándome solo mi subsistencia.

—Bien, eso es hablar como un hombre, me parece.

—Las ratas y otros animales dañinos que minan la casa son mi único alimento.

—Eso es mui cierto, murmuró Lucas repitiendo sus movimientos de aprobacion.

—Asi, pues, al mismo tiempo que lleno mi estómago presto un serv.... nó, lleno mi estómago y cumplo con mi deber.

—Y presto un servicio, pudiste decirlo; me agrada llamar a las cosas por su nombre y sé agradecer lo que hacen por mí.

—Yo no lo he dicho por...

—Convenido.

Y Lucas bajó su mano para acariciar el gato. Este, que poco antes no parecia desear otra cosa, esquivó el cuerpo y exclamó, ni mas ni menos que como los niños regalones que dan quejas o sentimientos a las personas que juzgan con el deber de mantenerlos y mimarlos.

—Guarde esas caricias para su perro, murmuró.

—Vamos, ¿tienes acaso mal carácter? observó Lucas.

—Nó, repuso el gato con hipócrita humildad, y la prueba es que viendo dia a dia la predileccion que se tiene por el perro, las caricias que se le prodigan y el olvido en que a mí se me tiene, nunca me he quejado.

Lucas quedó pensativo. Le pareció que el gato no carecia de justicia, y buscaba en su imaginacion algun medio de reparar el olvido.

—Sabes, exclamó de imprevisto y como si solo en ese momento se iniciara la conversacion; ¿sabes que suelo pasar frios en las noches?

El gato lo miró sin comprender.

—Sí, grandes frios, repitió Lucas acentuando sus palabras. Qué diablos! la estacion es helada si las hai.

El gato continuó mudo.

—¿Y nada me respondes? dijo Lucas al cabo de algunos segundos de silencio.

—¿Qué he de decir? No sé, repuso el gato encojiéndose de hombros.

—El perro me habria ofrecido su piel, estoi seguro, y asi tambien habria gozado del beneficio de mi cama.

—¡El perro! murmuró el gato, que se mordió la lengua de despecho; y creo que el perro no tiene otra habilidad que la de cojer en el aire los bocados que se le dan.

—No hables mal de Corbata, dijo sério el tío Lucas moviendo su cabeza.

—Si esto es hablar mal, preciso es convenir en que lo merece.

—Corbata no se ocupa jamas de tí.

—Ni tendria asunto aunque lo quisiera, al paso que yo...

— ¡Al paso que tú?

—Nada.

—Algo ibas a decir.

— ¡Yo!

—Sí, tú, ¡quién otro debia ser?

—Ya que el perro no se ocupa de mí, es justo que yo tampoco me ocupe de él.

—Oigan! esa es conmigo, ¡no es cierto?

—Soi dócil y sé aprovecharme de las observaciones que se me dirijen.

—Ahora vas a cantar claro.

—¡Si ya no me acuerdo de lo que iba a decir!

—No? Has olvidado entonces que tengo un medio escelente de avivar la memoria? Y Lucas hizo ademan de descargar un reves.

El gato se puso prudentemente fuera del alcance de su mano.

— Ya lo sé, dijo.

—Entonces dime sin mas dilacion lo que sabes de Corbata.

— Para decir luego que son calumnias.

—De eso juzgaré yo, pierde cuidado. Vamos, en qué piensas?

—En que es mal visto denunciar a un compañero.

—¡Quién sabe! murmuró el tío Lucas hablando consigo mismo, quién sabe si este bribonzuelo al callar obedece a nobles sentimientos. Y luego en voz alta: acércate, le dijo.

El gato avanzó dos pasos.

—Desde esta noche (a propósito de los frios de que hablamos) te permito que duermas a los piés de mi cama. Mi poncho es largo, y bien te alcanzará a cubrir una punta en la paja fresca; ¡qué te parece?

El gato en señal de satisfaccion dejó oír su característico ronquido.

— Pero vas a referirme lo que sepas de Corbata, agregó Lucas.

El gato se afeitó con gravedad, y luego sin decir palabra fué a escuchar a la puerta del huerto.

—¡Hai alguien? talvez Corbata? preguntó Lucas.

El gato, como si quisiera permanecer aun en acecho, hizo un signo equívoco y luego despues paso a paso ocupó su primitivo lugar sin decir una palabra.

—¿Y bien? dijo Lucas.

—He resuelto guardar silencio, contestó el gato con suavidad pero con firmeza. Si supiera Corbata que lo habia denunciado, me despedazaba sin remision, y yo no gusto de hacerme de enemigos.

Quedó mirando Lucas a su gato de hito en hito, tan estraña le pareció esa negativa, y luego, cojiéndolo por una oreja y suspendiéndolo en el aire:

—Con que has *resuelto*, y acentuó esta palabra; con que has resuelto guardar silencio? Por mi parte tambien he resuelto desollarte vivo.

—Déjeme usted por los clavos de Cristo, ahulló el gato.

—¿Qué resolucion tomas ahora?

—Permítame sentar las patas en el suelo y puede que asi me vengan las ideas y las...

—¿Estás mas razonable, eh?

—Sí, perdon... ¡ai!

Esta última exclamacion provino de una última sacudida que le dió Lucas.

A haberlas observado con atencion, se habria visto en el gato una indefinible espresion de triunfo.

—Vacilé en hablar de Corbata, dijo, porque yo mismo no estoi del todo exento de culpa.

—¿Cómo?

—Sí, porque cuando ví el acto de vandalaje cometido por Corbata, yo debí avisar sin pérdida de tiempo.

—Vamos, espícate, dijo Lucas con un principio de curiosidad, tomando una nueva posicion en su banquillo.

### III.

—Hace ocho dias, dijo el gato tomando mui gravemente la actitud y las maneras de un narrador; hace ocho dias que sorprendí a Corbata en el camino del crimen.

Me encontraba yo debajo del sobradillo que existe en el corral, durmiendo apaciblemente, cuando me despertó un inusitado ruido en la conejera. Me puse la mano en los ojos para evitar un rayo de sol que me heria de lleno, y percibo...

—Vamos, qué percibiste?

—Percibí al fiel, al amable, al intelijente, al honrado Corbata a un paso de la conejera moviendo la cola, empinadas las orejas, la frente contraida, el cuerpo hácia adelante, la boca entreabierta en la actitud de... en la actitud de un gato que acecha su honrada presa.

—¿Y qué? preguntó Lucas.

—Yo continué en mi escondite y redoblé mi atencion.

—Bravo: ¿tú velas, pues, por mis intereses?

—Aunque se me mira como a la escoba de la casa, no olvido que un amo es siempre un amo, y que uno tiene que cumplir con su deber y su mision.

Lucas no fué dueño de reprimir un jesto de admiracion como diciendo: —«¿Qué tal? Yo tenia esta perla entre mis dedos y no le daba su verdadero valor». Habla, hijo mio, exclamó así que se hubo repuesto de su sorpresa; Corbata, segun eso...

—Corbata pasados algunos minutos me pareció un hombre honrado.

—¿Eh?

—Sí, señor. Corbata dejó la tension de sus músculos, y casi tocando las narices en el suelo se puso a recorrer a gran galope al contorno del corral, ladrando unas veces y jimiendo otras. ¿Qué significa esto? exclamé yo para mi sayo. Corbata a dos pasos de la conejera no miraba a los gazapos sino a algun enemigo oculto que trabajaba por atrapar? Esto debe ser, continué diciendo, y en conformidad con estas reflexiones me disponia a descender de mi sobradillo para pedir a Corbata mil perdones por mi sospecha, porque en esta parte soi mui delicado, cuando me detuvo la consideracion que al haber penetrado algun enemigo en el recinto de la casa—yo me habria despertado el primero dando la alarma para impedir que se sustrajeran los intereses de mi señor.

—Entonces Corbata...

—Por entonces me pareció un ánjel: ladró aquí, jimió allá, y cuando no le quedó rincón que husmear, volvió a la conejera:—«Acabáramos! me dije; eres un ladron astuto y por consiguiente temible, ya veremos si quedas impune.»

—¿Qué sucedió, pues?

—Que cuando menos lo pensé, y mas pronto de lo que se abre y se cierra un ojo, ví a Corbata con un gazapo en el hocico.

—¿Con un gazapo!

—Y de los mas gordos.

—Tú lo viste?

—Con estos ojos.

—¿Tu palabra?

El gato hizo la señal de la cruz y la besó en silencio y con recojimiento. Esto era mucho mas de lo que necesitaba Lucas para dar crédito al denunció.

—Espérame aquí calentándote al fuego, dijo al gato, en tanto que yo voi a decir una palabrita en secreto a mi buen Corbata.

## IV.

Corbata era un perro intelijente, fiel como lo son todos los de su raza. Quería a su amo como solo los perros saben querer, y vijilaba y defendía sus intereses como nunca, ni aun en las circunstancias mas difíciles, se le habia ocurrido defender su pellejo.

A medida que la accion del tiempo iba haciendo mas hendiduras en las paredes y mas rendijas en las puertas, Corbata iba disminuyendo sus horas de sueño, conociendo con su admirable instinto que su vijilancia se hacia entonces mas necesaria. Esto, por lo demas, no obstaba para que el noble perro comiera alegremente su pobrísima racion y sostuviera de mui buena fé, en conversacion con sus camaradas, que su amo era el mejor de los amos, siendo necesario advertir que entre los camaradas de Corbata habia lebreles que comian en platos como la jente, y tomaban su té de noche rehusándolo si no era de escelente cualidad.

Corbata, preciso es decirlo, gozaba en el barrio de una fama poco envidiable en materia de moralidad y de honradez. Los vecinos lo habian visto mas de una ocasion con trozos de buena carne sin que se supiera su procedencia; robos, decian sin entrar en mas investigaciones; y cuando el hambre lo hacia husmear el viento, lo que era frecuente, como puede deducirse por el réjimen de alimentacion que hemos mencionado, Corbata abandonaba su guarida, y no habia perro que tuviera algo entre los dientes a quien no le disputara la racion que, una vez obtenida, saboreaba con la misma satisfaccion que si se hubiera adquirido por medios léjítimos en el mercado.

El tio Lucas tuvo repetidas quejas por estos robos y quimeras. En tales casos hacia comparecer a su perro, y en presencia del reclamante le administraba una buena dosis de puntapiés llamándolo goloso, pendenciero, y amenazándolo con mayores castigos cuando quedaran de puertas adentro.

Como quiera, sin embargo, que estos asaltos de Corbata se repetian con la misma frecuencia, los vecinos tuvieron cuidado de proteger mejor sus bastimentos, porque decian, y a nuestro modo de ver con una buena dosis de justicia:

—¿Qué ha de hacer ese pobre Corbata si hai dias que no recibe ni un mal hueso desde la mañana a la noche? El culpable es el tio Lucas, que cria animales que no puede alimentar como lo manda Dios y la conciencia.

Cuando oia estas murmuraciones, el buen tio llamaba a su perro, hacia que le pusiese las manos en sus rodillas, lo abrazaba como abrazaria a un hombre o un igual, y al oido, como si pudiera comprenderle, lo llamaba amigo. ¿Y quién sabe? El perro cuando oia esta palabra le lamia la mano y le movia la cola.

Cuando Lucas, por las p erfidias insinuaciones del gato, entró al corral resuelto a castigarlo, Corbata se hallaba lleno de perplejidades y de angustias.

Habia dado una vuelta por todo el corral, deteniéndose en la mayor parte de los rincones; se alzaba en varios sitios ausiliado de la pared, ventean-do como un perro de caza, iba a la conejera, volvia de nuevo, hasta que con resistencia y en un resquicio de la pared que apenas alcanzaba, se puso a escarbar como quien piensa hallar dentro un inestimable tesoro.

De pronto lanzó una interjeccion mayúscula. Su pata habia tropezado con un cuerpo blando y sedoso. Escarb o un poco más, y un conejo sin un muslo y sin cabeza cayó en el suelo.

Estupefacto Corbata con este cuerpo de delito, que presinti ndolo, habia buscado con tanto afan, quedó mirándolo por algunos instantes en silencio; pero luego a gran galope y husmeando con tanta fuerza que levantaba el polvo mas de una vara, dió al corral una vuelta a la redonda, trató de mirar por encima de la muralla, y medio loco de no ver indicio alguno del sitio por donde los ladrones debieron penetrar, se tiró de las barbas llamando en su auxilio a todas las divinidades del averno.

— En dónde estaba cuando se consumó este atentado? se decia.  Qu e voi a decir de este robo; qué responderle al amo cuando me pida cuenta de la integridad de los intereses confiados a mi vijilancia?

Ah! se dijo de pronto, ocurri ndosele una idea luminosa; cinco casas mas allá he visto una conejera; robar e su mejor gazapo y sin que nadie lo advierta lo sustituyo por el que falta.

Bien, se dijo a sí mismo, ya mas tranquilo con esta resolucion, y de hoi en adelante si duermo ser a con un ojo, y si descubro al ladron...

Corbata al hablar asi se puso terrible; se erizaron los pelos de su lomo y de su cuello, sus ojos se inyectaron de sangre, y un sonido ronco y cavernoso salió de su garganta; si doi con él... volvió a repetir; y rechin o sus dientes sin concluir la comenzada frase.

Mas volviendo luego a su estado habitual y reflexionando sobre el negocio que lo preocupaba, se dijo: — Y cómo salir sin que me vea el amo? Quién sabe si aun no se ha cerrado la puerta; si es favorable la ocasion me arrastrar e sobre el vientre, y desliz ndome como una culebra, de un salto me pongo en la calle; en dos minutos hago mi diligencia y nadie se aperci-be de lo que ha pasado. Manos a la obra, y los cielos me protejan.

Esto dijo, y ejecutando su plan comenzó a deslizarse suavemente cuando se sintió cojido de las orejas.

Era Lucas, que prevenido con los denuncios del gato y sorprendiendo a su perro en esta fuga, creyó a pié juntillas en su culpabilidad.

## V.

—Y bien, mi noble amigo, comenzó por decirle con tono zumbon, ¿se podrá saber a qué parte se dirige usted con tanto sigilo y a tan altas horas de la noche? Me lo dice usted? Y esto diciendo le dió tan recia sacudida, que el pobre animal lanzó un lastimero quejido.—Hola! y que delicada tiene usted la piel continuó Lucas arrastrándolo a un claro alumbrado por la luna.

—Señor... se aventuró a decir Corbata.

—Y bien, hable usted, hombre honrado.

—Soy culpable, lo reconozco, dijo Corbata bajando la cabeza.

—Eso no es una novedad.

—¿Nó?

—Por supuesto, ya lo sabia.

—Solo en este instante he descubierto el cuerpo del delito.

—¿En este instante solo? Vaya un inocente! Y te estoi viendo un vientre mas crecido...

—Yo?

—Nó, hombre, nó; el gato, ese tunante, ¿no es cierto?

—Yo no culpo a nadie.

—Eres mui jeneroso. ¿Y quieres decirme de qué es ese bulto que diviso ahí?

—¿Cuál?

—Ese de oro, ¿es un gazapo me parece?

El perro no contestó.

—Y de mi cria de lina larga y el mas rollizo, sí, bien lo reconozco.

—Acabo de descubrirlo.

—Ahora, ¿no es cierto? Y esos pelos que te veo en el hocico?

—Se me pegarian al darlo vuelta para efectuar el reconocimiento.

—Ah! qué muchacho tan hábil! a todo le encuentra sabida. Y asi diciendo puso entre sus piernas la cabeza de su perro, desató la correa que le servia de faja, y recomendándole la honradez como una virtud que debia practicar mui preferentemente en lo sucesivo, comenzó una zurra que aun recuerdan los vecinos.

Mientras esto sucedia, el gato, escondido en un ángulo de las tapias, se tapaba las narices a dos manos para contener los accesos de risa que le acometian al presenciar esta escena que con tanto arte habia preparado.

—¡Bribon! ¡clamaba; ya no me duelen las orejas que por poco me cortas ayer de un mordisco. Fuerte... asi .. todavia unos cuantos golpes; mui

bien, esos, esos son los que yo esperaba. Con uno solo me desprendian a mí el cuero del espinazo, canario! De esta vez estoy vengado.

Y la vengativa alimaña no abandonó su puesto de observacion sino en el último latigazo, corriendo entonces a ocupar su antiguo puesto al lado del brasero.

---

## EL REHEN.

(TRADUCCION DE SCHILLER, POR LA SEÑORITA D. S. C.)

Moros se desliza hasta Dionisio el Tirano con un puñal escondido entre sus vestidos: los arqueros le detienen y encadenan.—“Habla, le dice el déspota, con aire siniestro; ¿qué querias hacer con ese puñal?—Libertar de un tirano a la ciudad.—Pues bien, espíarás tu crimen en el cadalso.

—Estoi dispuesto a morir, contesta Moros; no te pido perdon, pero concédeme una gracia: quisiera disponer de tres dias para realizar el matrimonio de mi hermana con su prometido. Te doi mi amigo en rehenes. Si no vengo, puedes hacerle morir.”

Sonrióse el rei con aire malicioso, y despues de un momento de reflexion le contestó:—“Te concedo los tres dias; pero ten entendido que pasado este tiempo, si no estás de vuelta, tu amigo morirá, y tú serás perdonado.

Moros busca a su amigo y le dice:—“El rei ordena que espie mi crimen en el cadalso, pero me concede un plazo de tres dias para casar a mi hermana. Te dejo en rehenes a su lado hasta que yo vuelva a redimirte.

Su fiel amigo lo abraza silencioso y se entrega en manos del tirano. Moros parte, y antes del tercer dia ha casado a su hermana y se pone en camino apresurado, temeroso de llegar tarde. Entre tanto la lluvia cae a torrentes, las aguas se precipitan desde la cima de las montañas, hinchan los rios, y cuando Moros llega con su baston en la mano a orillas de un arroyo, la corriente impetuosa derriba el puente y los arcos, que se hunden con el estrépito del trueno. Vaga desesperado por la orilla, mirando a todos lados, por si divisa alguna embarcacion; pide a toda voz socorro de algun lancharo; todo es en vano, porque nadie viene a su auxilio, y el torrente salvaje crece y se estiende como un mar.

Entonces cae sobre la ribera, y elevando sus manos hácia el cielo, llora y esclama: — “¡Oh Júpiter, detén el ímpetu de las olas. El tiempo vuela, el sol ha llegado ya a la mitad de su carrera, y si cuando se pierda en el horizonte no estoy yo en la ciudad... mi amigo va a morir!”

Sin embargo, el furor de las ondas se aumenta más y más; las olas saltan las olas, y el tiempo corre veloz. En su angustia, Moros se decide a arriesgarlo todo, y se arroja en medio de las rujientes olas, cortándolas con vigoroso brazo.

Los dioses se apiadan de él.

Así que llega a la otra orilla, emprende de nuevo su marcha, dando gracias al cielo que lo ha salvado; mas, de repente unos bandidos salen del bosque, le cierran el paso, y blandiendo sus enormes mazas amenazan matarlo.

—¿Qué quereis? esclama, pálido de terror. No tengo mas que mi vida, y es preciso que la dé al rei! Arrebatá la maza a uno, y “en nombre de mi amigo,” grita, tened piedad!... Se lanza sobre ellos, desarma tres de estos miserables y pone en fuga a los demás.

El sol quema la tierra con sus ardientes rayos, y Moros, estenuado de fatiga, siente doblarse sus rodillas. ¡Oh Dioses! esclama, ¿me habeis acaso salvado de manos de los bandidos, del furor de las ondas para hacerme desfallecer y que mi amigo muera?

Un dulce murmullo llega a sus oidos: calla y escucha: es una fuente de agua cristalina que vierte de una roca. Se inclina con placer y refresca su cuerpo enardecido.

El sol se oculta entre las ramas de los árboles, y las sombras gigantescas del bosque se estienden sobre los prados. Ve Moros dos transeuntes que marchan a su lado, pronunciando estas palabras: —“Entre tanto, él morirá en el cadalso.”

El dolor retempla su coraje; la ansiedad le da bríos, y a los rayos del crepúsculo ve brillar a lo lejos las murallas de Siracusa. Filóstrato, el fiel servidor de su casa, viene a él y le mira con espanto: —“Aléjate, le dice, no puedes ya salvar a tu amigo, porque va a morir; salva al menos tu propia vida. De hora en hora esperaba tu vuelta con certeza, y las burlas del tirano no podían quitarle sus firmes esperanzas.”

—Si ya es tan tarde, dice Moros, si no puedo salvarle, quiero que la muerte me retuna a él; y es necesario que ese tirano, ávido de sangre, no pueda decir que un amigo ha faltado a la palabra dada a su amigo. Que nos inmole a ambos y que crea en la fidelidad.

El sol ha desaparecido en el horizonte; el viajero llega a las puertas de la ciudad, y ve en medio de la sorprendida muchedumbre el cadalso preparado. Ya llevan a su amigo, pero él, abriéndose paso entre la multitud, grita enloquecido: — “¡Soy yo, verdugo! ¡Soy yo quien debe morir, soy yo quien le ha dejado en rehenes!...”

El pueblo le mira con sorpresa; los dos amigos se arrojan en brazos uno de otro, y vierten abundantes lágrimas de alegría y de dolor. Todos se enternecen; se cuenta al rei lo que pasa. Este siente al fin una emociion humana; y hace traer ante su trono a los dos amigos.

Los contempla largo tiempo con indecible sorpresa, y en seguida les dice:—“Habeis conseguido dominar mi corazon.”

—La fidelidad no es, pues, una palabra vana.

—Tomadme tambien por vuestro amigo; os lo ruego, recibidme de tercero en vuestra union.

---

## LAS SEGUIDILLAS.

---

Hollando flores, encajes,  
 Diamantes, perlas y adornos  
 Que no embellecen por cierto  
 A una beldad, cuyos ojos  
 Son del cielo dos estrellas  
 Sobre el cielo de su rostro,  
 Teresita en su retrete  
 Con cierto ademan de enojo,  
 Allá en sofá bien mullido,  
 Como quien ansia el reposo,  
 Recostóse desprendida  
 Y en mui púdico abandono.  
 Era mas de media noche  
 Cuando del salon suntuoso  
 Se apartó con mal de nervios;  
 Salon aquel de gran tono,  
 Que de elegantes saraos  
 Era un estrado famoso  
 Por la concurrencia en él  
 De bellas y bellos mozos.—

"Es ya tarde, señorita"  
(Díjole llegando a poco  
La doncella de servicio)  
"Y en el lecho con mas gozo  
Dormirá usted."—"Voi, Elisa;  
Pero... déjame, si pronto  
Ya dueño de mi albedrio  
No he de ser, pues don Ambrosio  
Que solicita, bien sabes,  
Mi mano, puso en forzoso  
Trance esta noche a mi tia  
Para que mañana el logro  
De su empeño yo asegure  
Con mi palabra. Si de otro  
Nunca estuve enamorada,  
Me es indiferente el novio  
Que me brindan, cual lo ha sido  
Siempre el santo matrimonio  
Para mí. Pero, qué hacer!  
Dice mi tío—*El negocio*  
*Te conviene, pues tú, rica,*  
*Y él, mas rico, ventajoso,*  
*En la orfandad de tus padres,*  
*Ha de serte tal consorcio.*  
Estoi resuelta... No sé...  
Mañana... En fin... lo abandono  
Todo al querer de mis tios;  
Y me casaré."—"Deploro,  
Señorita, que no aguarde  
Usted que es jóven, el voto  
De su corazon, que al cabo  
Ha de pronunciarse; y solo  
Entónces casarse debe  
Por amor con el dichoso  
Mortal que Dios le destine"...  
"Elisa, calla!... pues oigo  
Templar guitarra en la calle"...  
Era la verdad. Rodolfo,  
Pobre estudiante, mui jóven,  
De talante asaz garboso,

Caballero por sus prendas  
 Y en talentos un asombro,  
 De un alma, en fin, noble, ardiente,  
 Segun el cumplido encomio  
 Que oyó despues Teresita,  
 Cantó con sentido tono  
 Al pié del balcon dorado  
 Las *seguidillas* que copio.

Dos grandes ojos negros  
 Son mis puñales;  
 Si ellos matarme quieren,  
 Oh! qué me maten!  
 Pues por aquello  
 Que quiere mas el alma,  
 Morir no siento.

Morena de ojos dulces,  
 Esbelta y linda,  
 Apénas vi tus ojos  
 Te dí mi vida.  
 Y asi no dudes  
 Que por tí voi muriendo  
 Sin pesadumbre.

Una gracia entre tanto  
 Pedirte debo:  
 Es que cuando me miren  
 Tus ojos negros,  
 Ai! nunca airados  
 Me miren, porque entónces  
 Me mata el rayo!

Ai! niña de ojos negros:  
 Si tuya es mi alma,  
 Abrele ya el camino  
 De la esperanza:  
 Que con tu afecto  
 Ella sabrá las dichas  
 Que hai en el cielo!

Acabó el canto: la niña  
Dió un suspiro: fué el primero  
Que con síntomas de amor  
Se exhalaba de su pecho.  
Al cristal de una ventana  
Voló a colocarse luego.  
Hubo silencio en la calle,  
Y vió solo un bulto negro  
En actitud de tristeza  
De su casa al lado opuesto:  
Suspiró de nuevo y dijo:  
"Elisa, mui verdadero  
Ser debe el amor del hombre  
Que en tan delicados términos  
Y con tan noble ternura  
Se declara; mas no veo  
A quién dirija el cantor  
Su dulce trova."—"Comprendo  
(Replicó Elisa) que nadie  
Los dos grandes ojos negros  
Tiene de usted, señorita,  
Y es bien digno el caballero  
Que con modestia tan grande  
Así se espresa..."—"De sueño  
Yo estoi muerta y en el acto  
Me recojo a mi aposento."—  
Dicho esto con disimulo  
Finjió la niña un bostezo,  
Mas luego que estuvo sola,  
Cavilando en su desvelo,  
Protestó que se sentia  
Con vocacion a... convento.

El mui rico don Ambrosio  
Vino a saber, en efecto,  
A la siguiente mañana  
De su plan el desconcierto;  
Y que una monja algun dia  
Mui esquisitos buñuelos,  
Obra de sus blancas manos,

Iba a mandarle de obsequio.  
Con tal esperanza el hombre  
Debió consolarse, y luego  
Con pensar que nunca falta  
Una esposa con dineros  
A quien los tiene y los busca  
En negocios de Himeneo.

Y, "fué monja Teresita?"  
Preguntarán por lo ménos  
Los curiosos que pasean  
La vista por estos versos.  
Yo a decirles me limito  
Que desde el último enero,  
En que casó don Ambrosio  
De un judío largo y viejo  
Con la nada linda nieta,  
(Pero nieta de banquero)  
Hasta diciembre en que estamos  
Ya al entrar en año nuevo,  
No he logrado mas noticia  
De la niña de ojos negros,  
Sinó que hace medio mes  
La vieron salir del templo  
Coronada de azahares  
Y envuelta en un blanco velo,  
Al traves del cual brillaban  
Dos carbunclos o luceros  
Sobre un fondo sonrosado  
Como el rosado del cielo  
Cuando llega en la mañana  
El sol su luz difundiendo:  
Y quién el feliz mortal  
Que iba a su lado?—El mancebo  
Cantor de las seguidillas  
Que son tema de mi cuento.  
Desde entónces me repito  
Suspirando en mis adentros:  
¡Quién pudiera inspirarme  
Las seguidillas

Que el alma cautivaron  
De aquella niña!  
Mas desespéro  
De que jamas me miren  
Dos ojos negros.

R. BUSTAMANTE.

Juguete literario inédito y escrito en 1844.

---

**¡QUÉ GANGA!**

---

Si Dios me diera a componer el mundo,  
(Que la verdad sea dicha, por supuesto  
*Inter nos*, anda tal de descompuesto  
Que merece volver al caos profundo)

A guisa de político fecundo  
En programa volátil o indijesto,  
Hacia esto y lo otro y esto y esto,  
Dando suelta a mi jenio tremebundo.

La suegra suprímia y el gobierno,  
Y por via de entrada de pavana,  
A la justicia echábale un grillete.

Y haciendo cada cual en tal infierno  
Aquello que le diese más la gana  
Quedaba un mundo...; pues!... de rechupete.

1872.

RICARDO PALMA.

---

**LA MUJER.**

---

POESIA LEIDA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.

Instruid a la mujer, si quereis pueblos  
Que se eleven felices, soberanos.  
Mirád que la mujer tiene en sus manos  
La vasta cuna del humano ser.

Su májico atractivo, su alma tierna,  
La hacen irresistible y poderosa,  
Y en el modesto hogar, dulce, amorosa,  
Crea un mundo a su imájen la mujer.

La vida misma de los grandes pueblos  
Como en su espejo se refleja en ella:  
Si es instruida y virtuosa, antes que bella,  
Allí habrá dicha, libertad, union.

La mísera ignorancia es para su alma  
Ruda maleza que una flor marchita  
Y al abismo talvez la precipita,  
Manchando la virtud del corazon.

Hoi Chile no es la patria del pasado!  
Ya el telégrafo cruza nuestro suelo,  
La audaz locomotora en raud'o vuelo  
Montes y abismos se le ve salvar.

Las ciencias y las artes se difunden,  
Se ilumina la mente creadora,  
El libre pensamiento se enseñora  
Y el extranjero aquí fija su hogar.

Y en medio de este májico concierto  
Que eleva a nuestra patria a su apojeo,  
¡Quedará la mujer, débil pigmeo,  
Sin levantar la mente a otra rejion?

La fuente del saber le fué vedada?  
¡No recibió de Dios la intelijencia!  
Las bellezas del arte y de la ciencia  
Rudos misterios para el alma son?

Sensible, amante, jenerosa, injénua,  
Escollos mil encuentra en su camino,  
¡Y cómo ha de luchar contra el destino,  
Si no adquiere la ciencia del vivir?

Si su espíritu noble es cultivado,  
Mas brillarán las dotes de su alma,  
Y en la recia tormenta hallará calma  
Y anjélico valor para sufrir.

Pues, ¿qué le sirve frágil hermosura,  
 Flor que deshoja el hálito del viento,  
 Si no biella en su frente un pensamiento  
 Que revele su oríjen celestial?

Si abandona su rica intelijencia  
 Bajo el ocio fatal que la domina,  
 Si no estudia, no piensa, no imagina  
 Mas allá de lo frívolo y trivial?

Todo cuanto es de formas se aniquila,  
 La juventud es gala de un instante,  
 Palidecen las gracias del semblante,  
 Se niega a sonreírnos el placer.

Mas, siempre jóven, vivirá radiante  
 Del ingenio la lumbré seductora:  
 La mente en sus arcanos atesora  
 Belleza, gracia, juventud, saber.

Si ella mas vírjen, soñadora y bella  
 Tiene la viva, la sensible mente,  
 No mireis con espíritu indolente  
 Estraviarse su ingenio en el error.

Mostradle el vasto campo del estudio,  
 Premiad con noble aplauso su desvelo,  
 Y amante, intelijente, os dará un cielo  
 Dandó al hogar la dicha y el amor.

Valparaiso, 1873.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

# LOS BUSCA-VIDA.

(Continuacion).

## CAPÍTULO TERCERO.

### LA PUNTA DE LOBOS.

Lucia, que antes estaba inquieta por el riesgo que aguardaba a la nave, ahora principiaba a estarlo por el peligro que pudiera correr su marido. Hizo recoger a sus niños, y seguida de Juanillo, subió a la peña donde antes la hemos encontrado:

—¡Dios mio! exclamó. ¡Cuán cerca se halla del peligro! El bote no llegará a tiempo. ¿Lo ves tú, hijo?

—Nó, madre, nada veo, contestó el niño rastreando con la vista el espacio.

En efecto, el buque habia avanzado mucho desde la tarde, a pesar de la completa calma que reinaba en el puerto. Esto era todo lo que se alcanzaba a distinguir, calculando la distancia por la luz del farol de proa.

—Vamos allá en la balsa! exclamó el niño.

—Sí, hijo mio, vamos!

Tiene el corazon de su padre! dijo para sí Lucia abrazando a su hijo, y ambos se dirijieron a su canoa.

Nada era mas peligroso para el capitan de buque que por primera vez entraba en el Puerto Viejo, que el paso de la Punta de Lobos. Este islote, que dista algunas millas de ese puerto, se levanta como un morro sobre la superficie del océano y se estiende a la vista del navegante como cuadra y media, dilatándose el resto bajo de las aguas en numerosas ramificaciones. Asi es que las olas pasan sobre esas rocas traidoras sin dejar ni la mas leve espuma que indique al marino la proximidad del peligro. Por mui conocido que sea este paso a los diestros pilotos, siempre se juzga una imprudencia el atravesarlo durante la noche.

Tan próxima del islote debe pasar la nave que por allí cruza cautelosamente, que los pasajeros desde la cubierta pueden ver la variedad de pájaros y lobos marinos que lo pueblan abundantemente.

Razon tenia Lucia en alarmarse por la suerta del buque al cual el práctico Martin habia ido a ausiliar. Era esta embarcacion una hermosa barca chilena llamada la *Bella Margarita*, salida de Valparaiso con cargamento de víveres para las minas de Copiapó.

Los pasajeros reflejaban ya en sus semblantes el placer que se siente cuando se toca el puerto deseado. Servíase el té en la cámara, cuando el capitan fué llamado sobre cubierta. A poco bajó y dijo con cierta satisfaccion mezclada de orgullo.

—Acabamos de pasar la Punta de Lobos.

—A qué hora entraremos al puerto? preguntó un pasajero.

El capitan consultó su reloj y dijo:

—Dentro de tres cuartos de hora, a las nueve y minutos. ¿Pien-san ustedes desembarcarse esta noche?

—Oh! sí, sí! dijeron todos a la vez.

En el mismo instante se sintió un crujido espantoso precedido de un balance que echó por tierra hombres, lámparas, loza y cuanto habia a bordo.

## II.

El capitan subió al punto a la cubierta; al paso encontró al contramaestre.

—Señor, una roca!..... estamos sobre una roca!.....

El capitan corrió al timon..... ya era tarde, el buque habia encallado y hacia agua.

—Todo el mundo a la maniobra! gritó el capitan con voz de mando.

Este grito, repetido de boca en boca, hizo el efecto del *sálvese quien pueda* de una derrota. La confusion y el espanto se apoderaron de todos: los clamores de las mujeres y los gritos de los pasajeros que pedian botes, ahogaban la voz de mando del capitan.

—Todos a las bombas! gritó éste con mas fuerza, y puso fuego a la mecha de un cañon de ausilio; mas en vano: el agua habia mojado la pólvora.

En ese instante supremo, dos hombres, como dos jénios salidos de las aguas, prepararon al buque.

—Capitan, dijo uno de ellos: no hemos llegado a tiempo, pero podemos ser útiles: traigo un bote; ordene.

—Salve a los pasajeros, contestó aquel rápidamente, y dió orden de echar botes al agua.

Al oír esta orden creció el pánico. Todos se creyeron perdidos. En el acto, dos jóvenes de porte elegante que durante los rápidos momentos de angustia habian permanecido juntos asidos del brazo, se arrojan al mar, talvez atolondrados o ilusionados por la proximidad del islote.

En esa parte el agua es correntosa y las olas gruesas.

Momentos despues se oyó un clamor penetrante..... luego otro aun mas desgarrador!

Martin, como herido en el corazon por aquel alarido, miró azorado en todas direcciones y vió a pocas varas del buque la balsa de Lucia.

—A mí! a mí un bote! exclamó con desesperacion, arrojándose impaciente a nado.

Martin era propiamente un habitante de las aguas. Dominaba ese elemento: buzo y práctico de esa costa, no nadaba, mas bien corria sobre la superficie del mar. Tenia la maña del pez para resistir y cortar las olas correntosas.

Tarde fué el compañero en su auxilio con el bote de la capitania en que ambos habian venido. La multitud que se le habia agolpado para salvarse le impidió acudir a tiempo.

Pronto llegó Martin a todo nadar a la balsa de Lucia. Buscó inquieto a su mujer, no estaba allí... solo habia un hombre desconocido en la balsa! ¿Qué habia sucedido?

### III.

El desgraciado pescador lo comprende todo de un golpe y en el acto se sumerge bajo las aguas.

En el mismo momento dos cabezas asomaron a la superficie: eran las de Lucia y su hijo, que al punto fueron salvados por el bote de la capitania.

A poco reapareció Martin, sosteniendo en su brazo izquierdo un cuerpo al parecer exánime.

—Lucia! Lucia! repetia Martin al deponerlo en la balsa.

Cuando se apercibió que no era el cuerpo de su mujer el que traia, el infeliz lanzó un rujido de cólera.

—¡Demonios! exclamó. No hai tiempo que perder!

Iba de nuevo a sumergirse, cuando oyó gritos de ¡Martin! ¡Martin! que salian del bote de la capitania.

Era Lucia, que creyéndolo en alguna de las embarcaciones sal-

vadoras que con multitud de náufragos se alejaban hácia el puerto, le llamaba en esa direccion.

—Lucia! gritó a su vez Martin, trepándose a duras penas a la balsa rendido de fatiga. Lucia le vió, hizo atracar a ella el bote de la capitania y se trasbordó con su niño. Su primera impresion fué estrechar entre sus brazos a su esposo; mas, al ver el cuerpo del jóven pasajero que Martin habia salvado y depositado allí, exclamó:

—¡Dios mio! muerto!

—Aquí tambien Juanillo? dijo Martin en tono de reconvencion al reparar en el muchacho.

—La culpa es mia, dijo Lucia. Cuando comprendí que no llegarias a tiempo para evitar la pérdida del buque, dije: "voi allá; puedo ayudar a Martin." Juan lo deseaba como yo. Gracias a la luna pudimos distinguir desde lejos lo que pasaba; nos apresuramos cuanto nos fué posible, pero una mujer y un niño bien poco sirven. Esto diciendo, mostraba conmovida al jóven exánime.

—Esto no será nada, contestó su marido, dando una posicion mas cómoda a aquel desgraciado, mientras que Lucia se esforzaba por darle los socorros del caso.

—Y bien, dijo Martin dirijiéndose a ésta, qué sucedió?

—Cuando me acercaba al buque, prosiguió Lucia, ví a estos caballeros que luchaban contra la corriente, remé récio y tomé al señor, y ¡oh qué horror! exclamó la pobre mujer sin atreverse a proseguir.

—Y... dijo Martin, disimulando apenas su emocion.

—Lo que pasó despues, exclamó el caballero, mudo testigo hasta entonces de esta rápida escena, es lo siguiente: este niño tendió la mano a mi amigo, quien en su angustia de ahogado lo arrastró consigo. Al ver caer a su hijo la señora se arrojó al agua. Todo esto pasó tan rápido que no tuve tiempo ni de verlo: solo oí dos gritos.

—¡Ah! sí, dijo Martin: tú gritabas, yo oí tu voz, y ¡gracias a eso! estamos aquí, porque yo no habria subido a esta balsa sin haberte traído viva o muerta!

Las últimas palabras del pescador dieron al corazon de la pobre mujer un pronto alivio; gruesas lágrimas corrieron de sus mejillas, y su alma agradecida invocó a Dios.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

# GARANTIAS PARA LA EXISTENCIA DEL ESTRANJERO EN CHILE.

(LECTURA PARA LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS).

## I.

Todos los hombres ilustrados del país están de acuerdo en la necesidad de atraer y de fijar al extranjero entre nosotros como un medio práctico y rápido de rejeneracion social y de incremento de la riqueza pública.

¿Qué debe hacerse entónces para atraer y fijar al extranjero en Chile?

Garantizarle que entre nosotros podrá legalmente satisfacer todas las necesidades esenciales a la naturaleza moral del hombre.

¿Cuáles son estas necesidades?

En primer lugar, el hombre, donde quiera que vaya, tiene necesidad de practicar el culto en que nació, la religion que profesa. No debemos, por consiguiente, pretender que, al entrar a Chile, el extranjero deje su religion a la puerta o la cambie por la dominante en el país.

Garanticémosle, pues, la libertad de la conciencia manifestada por el pleno ejercicio del culto en que cada cual adora a Dios.

Se objetará talvez que toda declaracion a este respecto es innecesaria desde la promulgacion de la lei de 27 de julio de 1865 interpretativa del artículo 5.º de la Constitucion; se dirá que desde entonces la libertad de conciencia existe de hecho; que los cultos todos se practican sin inconveniente y sus templos se alzan, no ya en los suburbios, sino en los barrios centrales. Pero esos cultos son cultos tolerados (1), son cultos domésticos y privados (2), y aquellos templos, por el hecho de no ser públicos, no se consideran sagrados.

En estos principios se apoyan los que en la tribuna y en la prensa han impugnado, a nombre de los señores obispos, el artículo 12, inciso 17 del proyecto de Código penal, y en fuerza de ellos deci-

(1) V. Disc. del senador Larrain Moxó, sesion del 28 de noviembre de 1873.

(2) V. Representacion de los señores obispos al Senado sobre el proyecto de Código penal.

dió el senado que el cometer delito en lugar destinado al *culto cristiano* no agrava ese delito; pero que sí lo agrava el cometerlo en lugar destinado al *culto público* (1). Y esto porque "no hai lesion o violacion de cosa sagrada, esto es, de cosa destinada al culto divino, sino en el templo católico" (2) que es el dedicado al culto público, a la relijion oficial.

"Bajo el *aspecto* de la *moral*, se dice, la culpabilidad será la misma en el que cometa un desacato dentro de un templo católico o de una mezquita turca; mas, bajo el *aspecto legal, constitucional*, hai y debe haber mui marcada diferencia (3). ¿Es católico o no es católico el Estado? Si lo es constitucionalmente, por fuerza tiene que legislar como católico; de lo contrario legislaria en contra de su propia naturaleza, en contra de los sagrados deberes que ha contraido" (4). Esta argumentacion, perfectamente lójica con el artículo 5.º y con la lei que lo interpreta, muestra la imperiosa necesidad de armonizar en nuestras instituciones los dictados de la moral con los preceptos de la lei, la imperiosa necesidad de garantir el respeto y reverencia debidos a todo lugar. donde se rinde habitualmente adoracion al Ser Supremo. Para esto no hai otro medio que el declarar público todo culto cristiano; que el proclamar, en la lei, la libertad de la conciencia; que el suprimir, en fin, el artículo 5.º de la Constitucion.

¡Fenómeno digno de notarse! Gozando de una paz profunda y de instituciones consolidadas por el tiempo, condiciones primordiales que deciden al emigrante a dirijirse a un pais en preferencia a otro; con riquezas naturales abundantes por explotar; con una via directa abierta al comercio del mundo por las líneas de vapores del Estrecho; y a pesar de los constantes esfuerzos hechos y de las amplias franquicias ofrecidas para atraer la inmigracion, Chile no ha logrado asimilarse colonias, hombres y capitales europeos sino en reducido número atendida la importancia de los elementos de que dispone. ¿Cuál es la esplicacion de este fenómeno? ¿Por qué máquina tan bien montada no funciona y fructifica cual debiera? Es que falta a esta máquina un resorte esencial: la libertad de la conciencia. Que el soberano congreso, hoi constituyente, consigne en la Cons-

(1) Sesion idem.

(2) *Mercurio*, diciembre 27 de 1873, editorial.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

titucion, como uno de los derechos que la naturaleza acuerda al individuo, la libertad de la conciencia, y habrá con ello removido la causa que aleja de nosotros la corriente de inmigracion que inunda otros paises menos tranquilos que [el nuestro, pero en los cuales esa libertad no es solo un hecho, sino un derecho garantido por las leyes.

## II.

En segundo lugar, el hombre, para fijarse en un pais, tiene absolutamente necesidad de poder formar en él una familia. Allanemos entónces el obstáculo que dificulta el matrimonio del extranjero con las hijas de Chile. No es justo, no es conveniente sino perjudicial para propios y estraños, condenar al extranjero a que tenga en Chile por compañera una consorte de la mano izquierda, y por hijos unos bastardos, predisponiéndolo asi al abandono de la mujer y de los hijos chilenos. Con esto, lejos de estimularlo a radicarse, se lo dispone a huir de un pais donde contrajo relaciones con el tiempo insoportables, y donde la lei, por falta de lejitimidad en esas relaciones, es impotente para retenerlo y obligarlo a que las cumpla o las garantice!

El obstáculo que tan graves males causa está en el impedimento canónico *cultus disparitas*, que prohíbe el matrimonio entre personas de cultos diferentes. Póngase, entónces, el Estado al habla con la Iglesia para allanar este obstáculo, como lo hizo para acordar la amplia interpretacion del artículo 118 del Código civil en pro del matrimonio de los no católicos; persiga con teson el objeto, muéstrase resuelto a obtenerlo y lo obtendrá, porque la razon, la época, la moral reclaman con urjencia que se abatan las trabas que, dificultando esos matrimonios, impiden otorgar la lejitimidad a mil familias. Por lo demas, la resistencia que a ello se oponga no ha de ser fuerte ni razonable, desde que no hai ya causas para mantener una prohibicion decretada en tiempos de odio inconsciente contra los judios y de guerra casi jeneral en Europa contra los sectarios de Mahoma. Tal prohibicion, siendo un resto de la escomunion política, civil y relijiosa de los siglos medios contra los judios y mahometanos, no tiene ya razon de ser en un siglo en que la tolerancia, como un pacto internacional sellado por el sentido comun de nuestra época, ha acercado los hombres de distintas creencias, y en que el vapor y la necesidad de inmigracion de

unos continentes en otros ha acercado los pueblos, las razas y las sectas entre sí.

Este mismo espíritu de intolerancia, que era el sentido comun de la época, hizo que las lejislaciones civiles de esos siglos medios exijiesen, para que la criatura naciera viable o capaz de derechos, la incongruente condicion de que ella hubiese recibido el bautismo. Esta disposicion no tenia un objeto jurídico; "su objeto fué en su oríjen negar el goce de los derechos civiles a los moros y judios" (1).

El bautismo, en efecto, no es condicion esencial a la vida, y "no es lójico (2) hacer depender de un acto estraño a la vitalidad del ser, la existencia y la capacidad civil de la persona."

Por eso el señor don A. Bello, al abolir esta condicion en el Código, lo hace fundado en que "segun la Constitucion no parece necesario el bautismo para el goce de los derechos civiles" (3).

Esta argumentacion se ajusta por completo a nuestro caso. En efecto, el bautismo católico no responde ni a la naturaleza ni a los fines del matrimonio, y no es lójico hacer depender de un acto estraño a la naturaleza y fines de la union conyugal la existencia de esta union y la capacidad de las personas para contraerla. El medio, que es el bautismo, no tiene relacion alguna con el fin, que es la formacion de la prole y el mútuo ausilio entre los cónyujes.

Lójico es exigir, para la existencia del matrimonio, el consentimiento de los desposados, su capacidad marital y la sancion de su enlace por el poder público o relijioso, pero nó el exigir que ellos hayan recibido el bautismo católico, como condicion *sine qua non* de ese enlace. Si pues el sabio autor de nuestro Código abandonó, por incongruente o estraña a la vitalidad del ser, la condicion del bautismo, de la cual, una disposicion civil dictada por la intolerancia en la edad media hacia depender la existencia de la persona y su capacidad de derechos, por incongruente o estraña a los fines de la union conyugal debe igualmente abandonarse la misma condicion del bautismo, de la cual una disposicion eclesiástica, dictada tambien por la intolerancia en la edad media, hacia y aun hace depender la existencia del matrimonio y la capacidad de las personas para contraerlo.

(1) Esplicacion razonada y estudio comparado del Código Civil, ch., páj. 66. por I. ch.

(2) Ibid.

(3) Nota del señor Bello al art. 74 del Código.

Esta incongruencia del bautismo con los fines del matrimonio dispone a la Iglesia a dispensar esa condicion con frecuencia, y por lo mismo puede ella abandonarla sin inconveniente. Y tanto mas puede sin inconveniente hacerlo, cuanto que la inmigracion que acude a nuestros puertos no es de moros ni judios sino de personas bautizadas en Cristo, y, segun la práctica de la Iglesia, si bien el matrimonio entre una persona bautizada y otra no bautizada, v. g., entre un turco y una cristiana es nulo, el contraido entre dos personas bautizadas, v. g. entre un protestante y una católica, no es nulo, sino simplemente ilícito (1). Y esta benigna interpretacion se comprende desde que, segun la doctrina de la Iglesia, "todos los que han recibido el bautismo pertenecen, bajo cualquier punto de vista o de cualquier modo, al papa" (2); y desde que la separacion de las iglesias disidentes del seno de la Iglesia es posterior a la creacion del impedimento *cultus disparitas*, el cual fué establecido, nó contra los protestantes, que aun no existian, sino contra los mahometanos y judios, con los cuales la sociedad de entónces no queria tener ni enlace, ni tráfico, ni relacion alguna.

Por otra parte, el Estado tiene perfecto derecho para lejislar sobre esa condicion del bautismo católico que, impuesta a los cónyuges, impide las nupcias que es de interes social favorecer. En efecto, si bien el Estado reconoce como impedimentos los declarados tales por la Iglesia (3), no abdica por eso esa facultad inalienable e inherente a la soberanía de lejislar sobre esta materia. Pothier da la razon de ello en estos términos: "el matrimonio, como que es un contrato, pertenece, lo mismo que todos los otros contratos al órden político, y está, en consecuencia, como todos los demas contratos, sujeto a las leyes del poder secular que Dios ha establecido para reglar todo lo que pertenece al gobierno y al buen órden de la sociedad civil" (4). Y desde que la radicacion de los estranjeros por su enlace con chilenas, importa nada ménos que la trasformacion de la tierra por la industria y la trasformacion de la sociedad por el ejemplo y las ideas que ellos introducen, el Estado debe com-

(1) V. Donoso, obispo de la Serena, Instit. de Der. Canón., lib. 30, cap. 10, núms. 5 y 9; Constitut. *Magna nobis*; y Pothier part. 3.<sup>a</sup> cap. 30, art. 9 *Contr. de matr.*

(2) Epístola de Su Santidad Pio IX al Emp. Guillermo de Prusia de 7 de agosto de 1873.

(3) V. art. 109, inc. 2.<sup>o</sup>, Cód. Civ.

(4) *Contrat. de matr*, cap. 3.<sup>o</sup>

binar con la Iglesia los medios de allanar el obstáculo; pero debe de un modo o de otro allanarlo. La razon, el derecho y la conveniencia pública lo exigen.

### III.

En tercer lugar, el hombre para fijarse en un pais cualquiera necesita tener seguridad de que en él podrá educar a sus hijos conforme a sus principios y creencias. Sancionemos, entonces, la libertad de la enseñanza; pero nó esa libertad que consiste en escluir al Estado del derecho que, como la Iglesia, el Municipio y toda otra entidad jurídica, tiene para difundir la instruccion. Esto seria falsear la noción de la libertad, la cual no consiste en la exclusion sino en la igual y jeneral reparticion del derecho. Fuera de que el Estado, lo mismo que la Iglesia, por la naturaleza de su mision, lleva en sus manos los destinos del hombre y debe alumbrarle la via del progreso, asi como aquella la via del Cielo; por consiguiente, el Estado, lo mismo que la Iglesia, tiene, no solo derecho, sino deber imprescindible de derramar la enseñanza, iniciando asi en el secreto de las artes, de las industrias y de las ciencias al pueblo que dirige. Proclamemos, pues, esa libertad de enseñanza, hermana y complemento de la de conciencia, que consiste en la facultad concedida a toda persona, corporacion o entidad jurídica, para aprender y enseñar los ramos todos del saber humano, sin que pueda ser coartada por autoridad alguna en la eleccion de los textos o de los principios a que amolde su aprendizaje o su enseñanza.

### IV.

En cuarto lugar, el extranjero, para establecer y comprobar de un modo auténtico sus relaciones de familia y sus derechos de sucesion, hechos conducentes a su radicacion en un pais, necesita hacer constar en un registro oficial su propio matrimonio, el nacimiento de sus hijos y la muerte de sus deudos. En efecto, las actas de nacimiento y muerte datan y atestiguan el principio y fin de la capacidad de derechos en el individuo, y la acta de matrimonio es fuente de derechos civiles entre los esposos y entre ellos y la prole a que dan el ser; por consiguiente, actos de tanta trascendencia deben constar perpétua y fehacientemente en un registro llevado bajo la vijilancia del Estado, que es el lejítimo regulador y dispensador de los derechos civiles. En el dia, los extranjeros son obligados a hacer

constar el bautismo de sus hijos, la muerte de sus deudos y sus nupcias mismas en el registro comun llevado por los párrocos; y repugna a la conciencia de los disidentes solemnizar estos actos ante el cura católico. Hé aquí una prueba práctica de que si bien hai en Chile cultos tolerados, no existe aun la libertad de la conciencia, ni siquiera el respeto por la creencia ajena.

## V.

Impulsados por el mismo propósito de atraer y de fijar al extranjero, los adelantados redactores y revisores de nuestro Código Civil otorgáronle en Chile lo que ninguna de las naciones europeas le ha concedido hasta la fecha: el completo goce de los derechos civiles. En todas ellas rijieron y en muchas rijen aun los siguientes principios: las leyes civiles son establecidas para reglar las relaciones de los nacionales entre sí; éstos, y no los extranjeros, gozan de los derechos civiles que ellas crean; el extranjero solo goza de esos derechos cuando se los estipula por tratados (1), y le está por eso inhibido heredar y el ser heredado; por último, la tierra se tiene del rei como soberano, y de aqui es que el extranjero no podia poseer bienes raices (2). En Inglaterra rijen aun y con tal rigor estos principios, que los hijos de un extranjero nacidos en el pais, aunque ingleses, no pueden sucederse unos a otros, por ser para ello preciso remontar al padre (3). En Francia y en el grupo de naciones que ha tomado su Código por modelo, se concede ya al extranjero los derechos de adquirir inmuebles, heredar y testar, pero subsiste el principio de que las leyes civiles y los derechos que ellas crean son para los súbditos y nó para los estraños; por esto el extranjero en Francia no goza del beneficio de cesion de bienes, puede ser preso por deudas en los casos en que no lo seria un nacional, no puede demandar a otro extranjero sino en materias de comercio y de policia, etc.

Estas prohibiciones i las que entraña el impedimento canónico *cultus disparitas* nacen de una misma fuente, y reflejan el menguado espíritu y cultura de la época de que proceden. En los tiempos feudales, en efecto, el *alibi natus*, o nacido en otro lugar, y el que adolecia del *cultus disparitas* profesando una relijion diferente de la católi-

(1) Discurs. núm. 5.º del Trib. Gary. sobre el tít. 1.º, lib. 1.º, Cod. Nap.

(2) Hansard, tratad.

(3) V. Westoby, *lejis ingl.* páj. 29 a 35.

ca, que era entonces la dominante y única en Europa, eran tratados por la lei y la sociedad como párias.

Los tiempos han cambiado, y con ellos deben tambien cambiar las lejislaciones. Antes, en un estado embrionario de civilizacion, la lei y la sociedad trataban de separar de su comunion al *alibi natus* y al disidente, tomando del derecho romano primitivo las disposiciones ya formuladas para hacer efectiva esa escomunión. Como en los oríjenes de la civilizacion romana, la cristiana en su oríjen privó al extranjero del *connubium* y del *comertium*: del *connubium*, esto es, de la capacidad para contraer matrimonio con persona del pueblo y, en consecuencia, de ejercer la patria potestad, de emparentarse y de heredar; del *comertium*, esto es, de la capacidad para comprar y vender y, en consecuencia, de transmitir sus bienes por contrato o testamento y de adquirir la tierra que se suponía propiedad del soberano, y todo con el fin de impedir la radicacion de esos párias en el país. Ahora, en el apojeio de la civilizacion cristiana, por el contrario, la lei y la sociedad, se esfuerzan por incorporar al extranjero entre los suyos: la lei, concediendo amplias franquicias al comercio universal y exenciones y tierras a la colonizacion; la sociedad, llamando al extranjero como un elemento de rejeneracion y pidiendo, en nombre de la moral y del interes de las familias, que se abroguen las leyes canónico-feudales, ya sin razon de ser, que impiden al disidente lejítimar su enlace con chilena.

Nuestros lejisladores, convencidos del cambio de los tiempos y penetrados del espíritu verdaderamente cristiano de la nueva época, han procurado adaptar a ella nuestra lejislacion y derogar las leyes ya caducas de otras épocas. Al efecto, han ido sucesivamente aboliendo los principios y las prohibiciones que dejamos espuestas: el decreto de 1811, abriendo nuestros puertos al tráfico universal, abrogó implícitamente las leyes coloniales que impedían al extranjero establecerse y comerciar entre nosotros (1); el reglamento de *libre comercio* de 1813 y la lei de 25 de julio de 1834 (2), aboliendo implícitamente el derecho de *albinajio* y el principio feudal de que la tierra se tiene del rei, permitieron al extranjeros sin distincion de creencias adquirir inmuebles, heredar y transmitir sus bienes a su muerte; y en fin, el art. 57 del Código Civil, desechando el principio aún vijente en Europa de que las leyes civiles son dic-

(1) V. LL. 1.ª y 7.ª, tít. 27, lib. 9, Rec. de Ind.

(2) *Boletin*, lib. 6.º, núm. 5.º

tadas para los súbditos y no para los estraños, consignó espresamente en pró del estrañero esta amplísima declaracion: "la lei no reconoce diferencia entre el chileno y el estrañero en cuanto a la adquisicion y goce de los derechos civiles que regla este Código." Nuestros codificadores no sacaron esta declaracion de Código alguno conocido, pues que ninguno, a no ser el brasilerero, la contiene; la encontraron en la profunda meditacion de nuestro modo de ser actual, la sacaron de las entrañas, esto es, de las necesidades radicales de la sociedad, y la estamparon en el Código con el fin de atraer y fijar en Chile al elemento rejenerador por escelencia que derrama donde pasa abundancia, vida y nuevo espíritu, industrias, brazos y capitales.

Dados estos antecedentes ¿qué toca hacer a los hombres públicos de nuestro tiempo? Seguir las huellas de sus predecesores, realizar íntegramente su propósito, no dejar sin resultado, por falta de complemento, una obra tan sábiamente iniciada y tan fecunda en beneficios; en una palabra, completar el sistema de garantias que, satisfaciendo todas las necesidades esenciales a la naturaleza moral del hombre, estimule al estrañero a avecindarse en el pais y lo haga sentirse entre nosotros como entre los suyos, como en su patria y en su hogar. Concedámosle, pues, la plena libertad de la conciencia; garanticémosle la libertad de formar una familia lejítima, red única que puede fijar aquí permanentemente a esa ave de paso; otorguémosle la libertad de educar a sus hijos conforme a sus principios y creencias o sea la libertad de la enseñanza; y en fin, démosle la seguridad de que el nacimiento, el matrimonio y la muerte de sus deudos, esas tres fuentes de que proceden los mas trascendentales derechos del hombre en sociedad, quedarán fijados perpétua y fehacientemente en un rejistro civil. De este modo las mas altas libertades hoi en voga serán tratadas como deben serlo, nó como fines, sino como medios para realizar el progreso y la felicidad social. ¡El bien social! hé ahí el criterio para juzgar del grado de verdad que esas libertades encierran, y para conocer si es o nó jenuina la fórmula con que se las presenta.

JACINTO CHACON.

---

## PUBLICACIONES EUROPEAS SOBRE MÉJICO

HECHAS EN LOS ÚLTIMOS DOCE AÑOS.

## REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

(CONTINUACION.)

Si el año de 1864 no fué tan fecundo como los anteriores en publicaciones francesas sobre Méjico, se organizó a lo menos entonces una comision encargada de estudiar la jeografia física y política de este pais, su historia, sus antigüedades, sus monumentos, y las lenguas de sus habitantes. A propuesta del ministro de instruccion pública M. Duruy, el gobierno frances decretó el 29 de febrero de ese año la formacion de una comision científica en que tuvieron su puesto muchos hombres distinguidos por su saber, y a los cuales se deben estimables trabajos.

La comision funcionó hasta 1867. A ella se deben muchos trabajos especiales sobre algunos puntos de la historia natural del territorio mejicano, de que nos ocuparemos especialmente mas adelante; pero publicó ademas una importante revista de sus trabajos. Su título es *Archives de la commission scientifique du Mexique, publiées sous les auspices du ministère de l'instruction publique*, Paris, imprimerie imperiale, gr. en 8.º Continuada la publicacion de esta revista hasta el año de 1869, formó por junto tres gruesos volúmenes de memorias sobre diversos puntos de historia natural, de física terrestre y de arqueolojia. No pudiendo dar a conocer en este artículo esas memorias, algunas de las cuales llevan el nombre de sabios mui ilustres, nos limitaremos a recomendar un ensayo histórico-crítico mui interesante que va impreso en el primer volumen con el título de *Les études américaines dans le passé, le présent et l'avenir*. Su autor, M. Vivien de Saint Martin, jeógrafo distinguido y miembro de la comision científica para el estudio de Méjico, pasa allí en revista los trabajos científicos de que ha sido objeto ese pais desde 1803, en que fué visitado por el baron de Humboldt, hasta 1863. Es un estudio sumario pero sustancial, que

supone un lato conocimiento del asunto de que se trata. A las personas que deseen conocerlo, y que no puedan consultar la coleccion de memorias de que venimos hablando, les diremos que este estudio está reproducido en *L'année géographique* (1864) que publica el mismo M. Vivien de Saint Martin. (1)

Para terminar esta reseña en lo que concierne al año de 1864, debemos mencionar aquí una carta jeográfica que no carece de mérito, y que fué publicada con notable modestia. Titúlase *Essai d'une carte ethnographique du Mexique, d'après les travaux de Clavigero, de Humboldt, de Beltrami, de Stephens, de Duflot de Mofras et de Brasseur de Bourbourg*, una sola hoja. Esta carta es simplemente un ensayo de etnografía mejicana, y un ensayo imperfecto; pero casi al mismo tiempo se publicaban en Méjico dos obras notables que estaban destinadas a dar mucha luz sobre esta importante cuestion de historia americana. Aunque sea en cierto modo extraño al objeto de estos artículos el hablar de estos libros, vamos a recordarlos aquí. 1.º Don Francisco Pimentel, *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de Méjico*, dos gruesos volúmenes en 8.º (1862-1865), y 2.º Don Manuel Oroasco y Berra, *Jeografía de las lenguas y carta etnográfica de Méjico, precedidas de un ensayo de clasificacion de las mismas lenguas y de apuntes para la historia de las emigraciones de las tribus*, Méjico, 1864, un volúmen en 4.º con una carta. La primera de estas obras es compuesta de una série de noticias gramaticales de los principales idiomas que hablan los indígenas de Méjico, pero sin consideraciones jenerales y sin un ensayo de clasificacion. Bajo este punto de vista es mucho mas interesante la del señor Oroasco y Berra, que reconcentra los datos recojidos sobre el parentesco y la ramificacion de las lenguas mejicanas, añadiendo una clasificacion por provincias y distritos. Ha llegado a clasificar once familias o grupos de lenguas, cada una de las cuales se subdivide en diversos dialectos; y declara que aun le faltaria clasificar diez y seis lenguas o dialectos diferentes, formando asi un conjunto de ciento veinte idiomas diversos hablados en el territorio mejicano. Este hecho singular se comprende mejor cuando se lee en el libro del señor Oroasco

(1) Por un olvido mui fácil de comprender en los trabajos bibliográficos, no dimos cuenta en nuestro artículo anterior de otro libro de viajes publicado en 1864, y cuyo título es: C. Combier, *Voyage au golfe de Californie. Nuits de la zone torride, accompagné d'une carte de la Sonora por M. V. A. Malte-Brun*, 1 vol en 8.º, publicado por la libreria Arthus Bertrand.

y Berra que el número de las tribus indígenas existentes aun en Méjico no baja de setecientas.

El año de 1865 es todavía ménos fecundo en publicaciones francesas sobre Méjico. Nuestros apuntes referentes a este año nos dan solo los títulos de siete libros, y aun algunos de ellos son simples reimpressiones, o memorias tiradas aparte y estraídas de otra obra mas estensa.

De estos libros, dos son folletos políticos sobre los sucesos políticos de Méjico: 1.º *Le Mexique d'hier et le Mexique de demain* por Luciano Biart, el pintor colorista de las costumbres mejicanas, de que hemos hablado anteriormente; y 2.º *L'expédition du Mexique réhabilité au triple point de vue religieux, politique et commercial*, por el príncipe Enrique de Valori.

En materia de jeografía, viajes y descripciones solo se dió a luz lo siguiente: 1.º *V. A. Malte Brun, Le Yucatan, géographie, histoire, monuments, avec carte*, publicado por la libreria Arthus Bertrand, y que constituye una modesta descripcion jeográfica de aquel pais; y 2.º *Le Mexique* por M. Mathieu de Fossey, tercera edicion de una obra que ya hemos mencionado.

Entre los trabajos relativos a la historia natural, solo conocemos los siguientes: 1.º *Memoires pour servir á l'histoire naturelle du Mexique, des Antilles et des Etats-Unis, avec planches coloriées*, por el doctor Enrique de Saussure, obra costosa, publicada por la libreria V. Masson e hijo, y de la cual solo se publicaron las cuatro primeras entregas en este año; 2.º *Coup d'œil général sur la topographie et la géologie du Mexique et de l'Amérique centrale* por M. Virlet d'Aoust, que es un corto folleto; y 3.º *Sur les salures différentes et les différentes degrés de salure de certains lacs du Mexique*, folleto del mismo autor. Ambas memorias son tomadas del boletin de la sociedad de jeolojía de Paris.

Los estudios arqueolójicos no están representados en este año mas que por un opúsculo del abate Brasseur de Bourbourg sobre si existe o nó una fuente de estudio de las antigüedades mejicanas en los monumentos del Ejipto. Este estudio es solo la introduccion puesta por el autor a su traduccion del manuscrito de Diego de Landa, que fué publicado el año anterior.

Aun que ménos pobre que el año que acabamos de recorrer, el de 1866 no ofrece tampoco una gran cantidad de libros franceses sobre Méjico.

Como folletos políticos escritos en pró o en contra de la inter-

vencion francesa, tenemos que señalar solo tres. 1.º *L'imperatrice du Mexique à Paris* por Em. C. L.; 2.º *Le Mexique devant les chambres* por Jorje Jauret; y 3.º *Reflexions sur le Mexique et sur ses destinées*.

En el ramo de libros de viajes y descripciones solo conocemos un volúmen que, aunque impreso y publicado a fines de este año, lleva la fecha de 1867. Es éste *Le Mexique tel qu'il est. La verité sur son climat, ses habitants, et son gouvernement*, por el abate Domenech. Este pequeño volúmen, que solo consta de 348 páginas en 12.º, es uno de los escritos interesantes e instructivos que se han dado a luz sobre la cuestion mejicana, y debe ser considerado como un valioso documento histórico. Su autor, antiguo misionero en América, habia sido capellan del ejército expedicionario y director de la prensa del gabinete del emperador Maximiliano, y estaba por esto mismo en situacion de conocer y de decir la verdad en toda su estension. No la ha dicho, sin embargo, por completo, porque su carácter sacerdotal y sus relaciones con el clero de Méjico por una parte, y su nacionalidad francesa y sus compromisos en favor de la intervencion por otra, le impedian escribir con toda franqueza, revelar misterios y hacer la luz sobre la situacion; pero su libro, que contiene preciosas noticias y detalles mui interesantes sobre los hombres y las cosas de Méjico, deja ver mucho más de lo que allí se dice. Por su profesion y las funciones que corrian a su cargo y hasta su carácter personal lo inclinaban a juzgar la intervencion, el gobierno imperial de Méjico, y el clero de este pais de una manera favorable; pero los hechos hablaban tan alto, y eran tan evidentes los signos de una próxima catástrofe de la intervencion, que el abate Domenech se apresura a publicar sus previsiones. El libro, apesar de su título, apenas se ocupa de la jeografía: ocúpase sí de los hombres y de los partidos como hombre que ha experimentado las decepciones morales y que ve desvanecerse todas sus ilusiones. Merecen una atencion particular las páginas que destina al clero mejicano, que habria querido considerar, pero del cual hace casi sin pretenderlo un retrato mui desfavorable, como lo hace tambien de todo el partido mejicano que solicitó y apoyó la intervencion. En vista de los hechos que habia podido examinar por sí mismo, y discutiendo la venta de los bienes del clero, el abate Domanech llega a esta conclusion:—"La civilizacion moderna es enemiga de los bienes de mano muerta; y tiene razon" (páj. 145); pero esta cuestion, que "no era motivada solamente por el sentimiento reli-

jioso, sino por un móvil de interes,» fué el escollo del imperio mejicano desde que el clero y los especuladores que vivian a su sombra no encontraron en el nuevo gobierno el apoyo que habian buscado.

La obra del abate Domenech cuyo título acabamos de apuntar es mas propiamente que una narracion de viajes, una disertacion puramente histórica mas interesante y mas útil todavia que otras dos obras que fueron publicadas este año con apariencias de historia. Son éstas: 1.º *Histoire de la guerre du Mexique*, 1860 a 1866, por Emilio Labédollière, libro popular, impreso a dos columnas con láminas y mapas, cuya primera parte es la reproduccion de otra obra que con igual título publicó el autor en 1863, y que continúa con la relacion de los hechos posteriores. Hai ejemplares de este libro, impresos en 1866, que no llevan el nombre del autor. Y 2.º *Voyage et operations du corps belge au Mexique*, por Leon Timmerhaus, 1 v. en 8, con mapas, libro publicado en Lieja, con un propósito puramente militar, y en que no se entra en consideraciones de un carácter político.

A los libros publicados en 1866 que acabamos de mencionar debemos añadir todavia otro, mitad histórico, mitad novelesco, de un notable valor literario. *La terre temperée, scènes de la vie mexicaine* por Luciano Biart, forma un volumen de 311 páginas en 18, de novelitas cortas pero mui interesantes, en que el autor, que ha vivido largo tiempo en Méjico, pinta con un talento indisputable las costumbres peculiares y la naturaleza de aquel pais.

Al revés de los anteriores, el año de 1867 es estraordinariamente fecundo en publicaciones francesas concernientes a Méjico. Los graves sucesos de ese año, la caida del imperio, la ejecucion de Maximiliano, esplican la abundancia de los escritos de que vamos a dar cuenta.

En el ramo de opúsculos políticos, tenemos que señalar cuatro, algunos de ellos de un verdadero interes histórico: 1.º *La cour de Rome et l'empereur Maximilien. Rapport de la cour de Rome avec le gouvernement mexicain, acompagné de deux lettres de l'empereur Maximilien et de l'impératrice*, 1 vol. en 8, publicado sin nombre de autor por el librero Amyot, que contiene noticias importantes y curiosas sobre las dificultades que el clero puso a Maximiliano cuando no lo vió dispuesto a constituirse en instrumento de sus intereses y en ejecutor de sus venganzas, esto es, cuando el clero se convenció de que el imperio no correspondia a los propósitos que tuvo en vista al solicitar la intervencion francesa. 2.º *Maximi-*

*lien et la monarchie au Mexique*, publicado igualmente sin nombre de autor y por la misma libreria en un volumen en 8, que contiene un cuadro jeneral de la historia del imperio mejicano. 3.º *Discours sur l'expédition du Mexique prononcées par M. Thiers* (1864 et 1867) *au corps législatif*. 4.º *La chute de l'empire du Mexique par un Mexicain*.

Mas numerosos son todavia los libros de un carácter histórico. Hai entre ellos algunos de mui escaso interes, pero hai tambien otros que conviene dar a conocer mas detenidamente. La *Histoire de l'intervention française au Mexique* (1862-1867), *avec une préface* por M. Clément Duvernois, publicada en un volumen por la Libreria Internacional de Bruselas, es una narracion histórica de cierto mérito hecha para defender la política del gobierno frances. M. Duvernois habia residido en Méjico durante una parte de la campaña. *La guerre du Mexique de 1862 a 1866, journal de marche du 3.º chasseur d'Afrique, notes intimes écrites au jour*, publicada por el librero Amyot en un vol. en 12, es, como lo indica su título, un simple diario militar escrito por M. Paul Laurent. La *Guerre du Mexique* (1861-1867) por M. L. Le Saint es un pequeño opúsculo publicado en Lille en un vol. en 8, con grabados, en que no se encuentran ni hechos ni apreciaciones que puedan interesar. La *Campagne du Mexique* por Louis Noir es una obra dada a luz por el librero Faure en dos tomos en 12.º, con diversos títulos: el 1.º *Puebla* y el 2.º *Mexique*. Son simples recuerdos militares que no carecen de importancia y de interes.

Mucho mas importantes que todos los escritos anteriores son las tres obras que en este mismo año de 1867 dió a luz el conde Emilio de Kératry, que aseguraron en un momento su reputacion literaria y su carácter político. Jóven, valiente, entendido, hizo la campaña de Méjico como militar; y a su vuelta a Francia se consagró al periodismo publicando en la *Revue contemporaine* una serie de estudios históricos sobre esa espedicion, que despertaron un interes jeneral por las revelaciones de toda especie que contienen, y que desde luego fueron invocados como una autoridad en la prensa y en los debates parlamentarios. Cuando el autor los reunió en tres volúmenes diferentes, formó la base fundamental de la futura historia de aquella espedicion.

El primero de ellos por su importancia y tambien por el orden de fecha es *L'élévation et la chute de l'empereur Maximilien. Intervention française au Mexique* (1861-1867), un vol. en 8, de 372

páginas, publicado por la Librería Internacional. El conde de Kératry ha trazado el cuadro ordenado y completo de la expedición francesa con un espíritu elevado, libre de preocupaciones nacionales, deseoso de hacer justicia, y se ha provisto de los documentos necesarios para fortificar sus recuerdos personales, discutir y desterrar los errores admitidos, presentando los hechos en toda su desnudez, sin querer darles un jiro dramático, o mas bien dejando que el drama se desprenda de la simple exposición de los hechos. Como este libro debía ser la condenación de la política francesa, del plan general de Napoleón III, de la manera como se llevó a cabo y de los hombres encargados de su ejecución, el conde de Kératry no dice nada sin agrupar los documentos oficiales o las cartas particulares que sirven de comprobantes de sus asertos. De esta manera ha podido hacer las mas importantes y curiosas revelaciones, que los historiadores subsiguientes se han apresurado a recojer.

Los otros dos libros del conde de Kératry, aunque escritos y publicados en 1867, fueron reunidos en dos volúmenes por la Librería Internacional. Uno de ellos contiene la historia de las causas que produjeron la intervención. Lleva por título *La créance Jecker, les indemnités françaises et les emprunts mexicaines*, un vol. en 8, de 158 páginas. M. de Kératry, trazando estas páginas de historia financiera con toda templanza, apoyándose solo en documentos auténticos e irrefutables, ha revelado hechos sobre los cuales se había pretendido echar un espeso velo, y ha formulado las mas terribles acusaciones contra la política francesa.

El tercer libro de M. de Kératry tiene un interés de otra especie. Con el título de *La contre-guerrilla française au Mexique; souvenirs des terres chaudes* (1 v. en 18 de 322 páginas) ha agrupado un conjunto de notas sobre los acontecimientos de que había sido testigo y en algunos de los cuales había figurado como actor. No es propiamente la historia de las operaciones militares. Dejando a un lado la gran guerra, M. de Kératry se ha contraído especialmente a referir las correrías de las partidas volantes encargadas de perseguir a los guerrilleros mejicanos, y las atrocidades cometidas por la intervención sobre jentes muchas veces inofensivas y estrañas a la contienda. Esta guerra que M. de Kératry llama con razón "caza de hombres" está sembrada de horrores y de crímenes cometidos en nombre de la civilización; de fusilamientos atroces, de iniquidades sin nombre que bastarian para condenar a los invasores de Méjico. Esos infelices sacrificados sin piedad aquí o allí, muchas veces sin

causa, y otras porque defendian la independenciam de su patria, morian siempre como héroes, porque, como lo dice el autor, no vío mas que un solo mejicano que se mostrase cobarde delante de la muerte.

Los tres libros de M. de Kératry, de que no podemos dar aquí mas estensa idea, son, pues, fundamentales para conocer la historia de la intervencion francesa en Méjico.

La ejecucion del emperador Maximiliano, consumada el 19 de junio de 1867, dió lugar inmediatamente a la aparicion de diversos opúsculos biográficos mas o menos estensos, mas o menos interesantes. Vamos a recordar aquellos que han llegado a nuestro conocimiento. 1.º *Maximilien, archiduc d'Autriche, empereur du Mexique; details biographiques; sa jeunesse; l'empire*, pequeño volúmen en 12, por A. de La Porte, publicado en Lille; 2.º *Révélation sur la vie intime de Maximilien*, publicado en Paris, en 12, por M. Adrien Marx; y 3.º *Maximilien, empereur du Mexique. Sa vie, sa mort, son procès, details intimes et inédits*, opúsculo publicado en 18 en Paris sin nombre de autor. A estos ensayos biográficos habria que agregar un pequeño poema, o mejor dicho, una oda que se refiere al mismo personaje, y cuyo título es: *La mort de Maximilien, ou l'histoire et le Mexique*, publicada en un folleto en 8, por el librero Dentu. El autor de esta pieza poética se nombra Saint Etienne.

En materia de publicaciones científicas y descriptivas sobre Méjico en este año de 1867, solo tenemos que señalar las tres siguientes: 1.º *Le Mexique considérée au point de vue médico-chirurgical* por el doctor Leon Coindet, cuyo primer volúmen publicado este año, consta de 322 pájs., en 8.º; 2.º *Souvenirs médicaux de deux années de campagne sur les côtes du Yucatan*, publicado en Montpellier, en un pequeño volúmen, por el doctor F. Coural; y 3.º *Souvenirs du Mexique*, opúsculo casi insustancial publicado en Bruselas por el abate Pierard.

Para terminar esta rápida revista bibliográfica de las publicaciones francesas sobre Méjico en 1867, solo nos resta que recordar dos escritos de mui distinta especie: una novela, *Le Bizco*.—*Une passion au Mexique*, por Luciano Biart, el célebre pintor de costumbres mejicanas; y un informe jurídico, pero de un verdadero interes histórico, dado por M. Marie, célebre abogado de Paris, con el título de *Consultation pour les porteurs des obligations mexicaines*. Forma éste un opúsculo de 86 pájinas en 4.º que encierran la revelacion de

muchos hechos importantes para conocer la cuestion mejicana bajo el punto de vista financiero.

DIEGO BARROS ARANA.

(Continuará.)

---

## EL PERRO Y EL GATO.

---

(CONCLUSION.)

Corbata quedó revolcándose en el suelo exhalando aullidos que partian el alma.

Lucas recojió los restos del gazapo y se alejó, dirijiendo aun a su perro una mirada de cólera.

### VI.

El gato, al sentir la aproximacion de Lucas, se puso a rezar en voz alta, dándose por cada palabra uno o dos golpes de pecho.

—Señor, decia; dadle paciencia a mi amo y arrepentimiento a Corbata.

Engañado enteramente Lucas con tan hipócrita devocion, le tiró el conejo diciéndole:—“Cómelo tú, que bien lo mereces.”

El gato, olvidándose que momentos antes habia hablado de no admitir ningun alimento porque se lo sabia ganar destruyendo los animales dañinos que infestaban la casa, se abalanzó a esos restos como un tigre mantenido largo tiempo a racion de agua.

Lucas se sentó, evidentemente contrariado con el castigo que acababa de imponer a su perro. Cada vez que percibia sus jemidos contraíase su ceño, y sin motivo daba de golpes en la mesa y de puntapiés a los objetos en que acaso advertidamente tropezaba.

El hombre que se deja arrastrar por sus movimientos de cólera, se escede indefectiblemente en los castigos que impone, y mas tarde viene a sentir la punzada del remordimiento que le recuerda su falta.

Lucas, como todos los hombres de carácter débil, quiso ahogar ese jeneroso movimiento envalentándose a sí mismo.

—Oye, dijo al gato, que le prestó una escasa atencion; vijírame mucho a Corbata, ¿me entiendes?

—Sí, señor.

—Y en la primera que lo sorprendas... ¡por los cuernos del diablo!, que yo entonces lo haré quejarse como debe. ¡Comerme un conejo, y tan gordo que como medio pude venderlo en un real!

Dió todavía unos cuantos paseos, y luego, así como se hallaba, se tendió en su lecho.

El gato entonces se dirigió sijilosamente al corral. Corbata exhalaba quejidos, aunque a largos intervalos.

—Hombre, y qué jenio tan violento tiene a veces el amo! dijo, acercándose con aire compungido.

El perro, sin responder, se apartó, dirigiéndose a lo mas oscuro del huerto.

El gato prosiguió como si no se hubiera apercebido de este desaire:

—Yo estaba calentándome a la orilla del brasero. ¿Hai algun mal en esto? pregunto yo.

Responde injenuamente, Corbata: ya sabes si respeto tu lójica y tu buen juicio.

—No estoi para perder palabras.

—No serán perdidas, porque a contestar afirmativamente a mi pregunta, no me seria tan doloroso el reves que me dió el amo.

Al oír esto, el perro cambió de actitud y levantó la cabeza.

¿Quién le dijo al gato que era éste el medio eficaz de encontrar simpatias en el perro y de captarse inmediatamente su voluntad? No lo sabemos, pero el hecho es que procedió así, consiguiendo su objeto sin pérdida de tiempo.

—Con que [tambien te tocaron algunas gotas del chubasco? le dijo.

—¡Ahí es nada! un reves que por poco no me aturde.

—Entonces el amo estaba loco.

—Es de creerlo, porque pegarnos tan sin razon...

—Yo me conformara si viera en esto siquiera algo de justicia. Y el perro, entre sus dientes, asomó la puntita de su lengua. Es cierto que hai de por medio un gazapo muerto, pero yo no me he descuidado, y no se quién... Oh! quiero que me desuellen vivo con tal que minutos antes tuviera a la distancia que estás tú de mí al pícaro a quien le debo mi zurra.

El gato experimentó un vuelco en el corazon, y por lo que pudiera suceder retrocedió algunos pasos.

—No seas tonto, dijo sonriendo Corbata. Recuerdo que alguna vez

hemos solido mostrarnos las uñas y los dientes; pero incurrir en perfidias de esta naturaleza... Vaya, hablemos de otra cosa: ¿dices que estabas a la orilla del fuego?

—Y me calentaba como tengo de costumbre, cuando sentí una feroz palmada.

—¿Sin decir una palabra?

—Sin decir media. Tú sabes que no tengo buen jenio.

—¿Cómo! ¿te atreviste?...

—¿En el primer momento le dí un bufido y le tiré un arañazo, que a no darlo en el aire, le doi entretencion para quince días.

—Eres demasiado atrevido.

—¿Y te parece nada que le peguen a uno sin razon?

—No importa: el amo debe sersiempre respetado.

—¿Niñerías!

—Eh! nó, poco a poco.

—Digo que niñerías, y si tú quisieras ayudarme, ahora mismo le jugábamos una grande.

—¿De qué se trata?

—Vas a oír: el oríjen de la paliza fué un conejo.

—Es cierto.

—¿Un conejo que no hemos comido ni bebido?

—Sin duda.

—Pues yo este asunto lo llevaba mui de veras.

—¿Eh? ¿cómo?

—Digo que si tú no fueras un tonto, esta noche no nos acostábamos sin merienda.

—No me lo vuelvas a decir, contestó el perro con evidentes muestras de desagrado.

—Yo tomaria solo un bocado, observó el gato.

—Aunque tomaras menos: aunque no tomaras nada.

—De suerte que todo te quedaba a tí.

—Si insistes... Y Corbata se puso de medio lado.

—Qué jenio, y qué maneras gastas conmigo!

—Detesto a los bribones.

—Tú me insultas.

—Nó, ya que lo mereces te llamo solo por tu verdadero nombre.

—¿No comprendes, bendito, que se trata solo de cubrirnos de una deuda que la hemos pagado ya con nuestro pellejo?

—No agregues una palabra.

—¿Como quieras: no fué a mí a quien se le cargó la mano!

—No importa.

—Yo en tu caso... La verdad, Corbata, yo tengo mucha dignidad.

—Tú eres un pilluelo que merecias una dentellada en el espinazo.

—¿Es esa tu última resolución?

—Vete a dormir, si no quieres pasarlo mal. Y Corbata con el hocico lo hizo dar violentamente algunos pasos.

El gato, viendo entonces la imposibilidad de seducir a su compañero en las vías del crimen, procuró deshacer la mala impresión que pudo dejar en su ánimo su pérfido propósito.

—¡Vaya! exclamó, entre irónico y sentido; tú siempre serás el mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que serás toda tu vida un modelo de sencillez y un niño grande.

—¿Por qué?

—Porque das crédito a cuanta truanería se me ocurre proponerte.

—Ah! ¿era una broma?

—Y bien grande. ¡Matar un gazapo de la conejera del amo! Vamos, eso es algo muy serio.

—Es criminal.

—Perfectamente: tú has dado con la palabra.

—Me felicito de haberte oído esta rectificación.

—Y si no quieres ser engañado en adelante, deja esa honradez tan inflexible y tan selvática. Todo en materia de latrocinio te parece cierto; nadie entra aquí con buenas intenciones...

—Y, a pesar de todo, nos han birlado un conejo; ¿no tienes tú indicios del ladrón?

—Talvez alguna águila; acuérdate que nó a humo de paja le dan el nombre de ave de rapiña.

—Pero no fué un águila.

—¿Estas cierto?

—Sí, porque un águila no esconde en las paredes de los corrales el resto de su presa.

—Pues ni acierto quién haya sido.

—Aguarda: yo me acuerdo que al bajar los restos del conejo le encontré un cierto olor...

—¿A qué?

—A gato.

—No lo digas.

—Pues voi a convencerme.

—Ya no hai medio, porque el conejo se lo llevó el amo.

—No importa: queda el lugar en que estuvo escondido.

—Un indicio asi no es suficiente.

—Tengo buen olfato, y por la hebra se saca el ovillo.

—Como quieras. Ah! ah! ah!... Y el gato bosteza. Tengo un sueño que apenas puedo mantenerme de pié; adios. Y más que de paso y mirando hácia atras, por si Corbata lo seguia, ganó la pared mas encumbrada.

Al obrar asi, el gato obedecía a un escrúpulo de conciencia.

## VII.

Al siguiente dia el gato dormitaba, recibiendo de lleno los nacientes rayos del sol, cuando vió como en sueño una sombra que caia sobre él.

Dió un salto maravilloso para evitar el peligro, cualquiera que fuese, y al descender, obedeciendo a las leyes de gravitacion, se vió entre las patas de Corbata.

—Ah! eres tú, dijo, no del todo tranquilo, pero aparentando la mayor serenidad; me has dado, preciso es decirlo, un susto de todos los diablos.

—Y bien harías en conservar una pequeña dosis.

—¿En tu compañía? Vamos, te chanceas.

—No tanto; preciso es entendernos.

—¿Entonces va serio?

—Quién sabe!

—¿Qué ocurre, pues? Apuesto a que el asunto no merece los momentos de sueño que me has quitado.

—El hecho es éste: anoche, despues de mucho cavilar, llegué a descubrir que al conejo lo habian devorado los gatos.

—Tú te dejas guiar siempre por la mala voluntad que tienes a los de mi raza.

—Nó, esta vez estoi seguro.

—¿Cuáles son tus pruebas?

—Ningun otro animal que un gato habria guardado para el siguiente dia los dos tercios del conejo.

—¿Es esa tu única?

—La distancia del suelo a que estaba enterrada la presa es otro indicio.

—¿Queda alguna otra?

—Al rededor del escondite se ven aun señales de uñas mui finas y cortantes.

—¿Es esta tu última prueba?

—Aun me resta otra.

—Dila, pues.

—Esto, hasta cierto punto te es personal.

—Entonces, en lugar de pedirla la exijo.

—La pared estaba manchada de sangre.

—Y eso ¿qué indica?

—Eso me hizo pensar en que tus orejas estaban lastimadas, y que tú, grandísimo pillo... Y el perro, apretando los dientes, concluyó la frase regalándole tal hocicada, que lo encumbró dos o tres piés del nivel del suelo.

—Qué bromas gastas conmigo! murmuró el gato, disimulando un hipo de dolor; con otro golpe como éste me dejas reducido a la mendicidad, como un inválido.

—¿No fuiste tú el ladron del conejo? Responde.

—Nó, no he sido yo; cómo crees que un compañero... Vaya! entre qué fieras me clasificas, hombre.

—Porque si hubieras sido tú, continuó Corbata, exacerbado a la sola idea de que el gato le hubiera jugado esa mala pasada; porque si hubieras sido tú... Y con una de sus manos lo estrechaba contra la pared, como si quisiera estrangularlo.

El gato, resollando como un chato, trató de poner sus uñas en ejercicio; pero comprendiendo su impotencia, se decidió a obrar como un diplomático.

—¿Sabes que tengo una idea? dijo, respirando con dificultad.

—¿Qué idea es esa, sabandija venenosa?

—No merecias que te lo dijera, ya que me tratas asi y tan sin fundamento. Yo creo descubrir a los culpables.

—Habla, ¿una idea? dímelas, exclamó el perro, soltando al gato mas rápido que el pensamiento.

—No estoy lejos de admitir que fué gato el autor del robo.

—¿Lo ves? Si anoche no he dormido cavilando sobre esto; solo que me pareció que tú...

—Si continúas manifestando esas sospechas no digo palabra.

—Yo he variado de opinion... por supuesto... y mas cuando tú mismo vas a guiarme en este descubrimiento.

—Mira, he solido ver por estos alrededores y rondando el corral,

por el lado de la conejera, a un gatazo negro con un chirlo en la cara, y nadie me quita—porque tiene mui malas intenciones—nadie me quita que es él el ladronzuelo.

—¿En qué parte podré verlo?

—A estas horas no mui cerca.

—No importa: si hai que ir al infierno, al infierno iré a buscarlo.

—Si estás tan decidido...

—Como no puede ser mas.

—Entonces el asunto es bien sencillo; el ladron—porque no me cabe duda que lo es—vive en la casa de esquina, y yéndote por la acequia...

—¡Por la acequia! si se me hubiera ocurrido esto anoche!

—A tí no se te ocurre nada que se parezca a intriga.

—¿Con que en la casa de esquina?

—Y lo encontrarás mansito tomando sol.

—Pierde cuidado: yo lo haré vomitar el conejo. Y Corbata, sin mas decir, se precipitó en la acequia.

—¡Bribon! exclamó el gato al verse solo; me declaras la guerra? no he de parar esta vez hasta que te desuellen vivo.

De un salto trepó a la tapia, divisó a Corbata que escapaba aquí de una pedrada, allí de un palo, bajó de nuevo, y sin trepidar se metió en la conejera, y en menos de un suspiro salió con un gazapo, que enterró apresuradamente al pié de un limonero.

—Verás ahora si me pagas bien o mal el golpe que me has dado; es esta la segunda paliza que me debes, y seguro estoi que no será la última.

Esto diciendo, penetró el gato en la habitacion de Lucas, y fingiendo cazar hizo tanto ruido, que lo despertó.

—¿Eh? quién anda ahí? dijo.

—Soy yo; alcancé a ver un raton al entrar al cuarto y...

—Y se te fué? Vaya un torpe. ¿Y Corbata?

—No sé de él.

—Se habrá taimado con lo de anoche.

—¿No lo tenia acaso merecido?

—Ya se portará bien en adelante.

—Quién sabe!

—La leccion fué bien severa.

—Hai algunos que no tienen enmienda.

—Corbata no pertenece a ese número.

—No quisiera decirlo, pero...

—¿Por qué?

—El comportamiento de Corbata deja mucho que desear.

—¿Qué ha hecho?

—Otro robo.

—No es posible.

—Ello es que falta un conejo.

—Habrás contado mal. ¿Dónde está Corbata?

—No sé.

—Vé a llamarlo.

—No está en casa.

—¿Qué dices?

—Que desde hace una hora está ausente.

Lucas abrió tamaños ojos, y luego de un salto abandonó su cama vistiéndose apresuradamente.

El gato ahogó un grito de júbilo.

### VIII.

Corbata estuvo largo tiempo en la casa de esquina esperando trabar conocimiento con el gatazo negro, hasta que perdida la esperanza y con la idea de ser mas feliz en otra ocasion, se volvió a su casa soportando un segundo chubasco de proyectiles que le lanzaron los cocineros, creyendo, como otras veces habia sucedido, que Corbata iba en busca de sus provisiones.

Mohino y rabioso como venia, al trasponer el albañal, se encontró con Lucas, que le esperaba casi embutido en la pared.

—¿Quieres hacerme la merced de decirme de qué parte vienes? le preguntó.

Estupefacto, no halló Corbata qué responder, a pesar de haberse repetido la pregunta.

—Fuí en busca de un gato, dijo al fin.

—¿En busca de un gato! Mui bien, asi como si dijéramos en perseguiamiento de...

Dios me perdone, esto es demasiado. Y Lúcas desató la terrible correa.

—Pero, señor, objetó Corbata.

—Pero, señor, replicó Lucas; el hecho es que falta un conejo.

—¿Otro!

—Y de los mas crecidos; tú lo sabes como nadie, grandísimo bribon.

—Le protesto a usted...

Y no se dijo mas palabra. Salta aquí, resbala allí, lance por este lado, quita por el otro, Corbata, aunque no tan de firme como la pasada noche, recibió una segunda felpa, y la amenaza de la horca en el caso de nueva reincidencia.

—¡Ah! es para condenarse vivo! decia Corbata, viéndose ya solo en el corral; que falta otro conejo es tan cierto como que estoi molido a palos, y no hallo indicios del ladron por ninguna parte. No importa; no he de ser tan infeliz que en el resto de mis dias no descubra a quién le debo mi pícara suerte.

Por ahora persisto en creer...

El gato se le acercó con el aire hipócrita que le conocemos, y le dijo mui quedo:

—No tuve con quién mandarte avisar cuando vi venir el amo.

El perro lo miró fijamente, y creyendo esta vez descubrir en el gato cierta complacencia por su desgracia, recurrió por vez primera al disimulo.

—Es cierto que carecias de medios para salvarme, contestó mui serio.

—Oh! carecia por completo de... ¿y dime, mui fuerte te los ajustaron?

—No gran cosa; uno no es tan tonto para no debilitar los golpes estando suelto.

—¿Por qué entonces gritabas tanto?

—Para que creyera a cada grito que me habia suficientemente castigado.

—¿Tambien sabes finjir?

El perro se ruborizó.

—Cada cual busca su alivio lo mejor que puede, dijo, encojiéndose de hombros.

—Celebro oir espresarte en esos términos.

—Si yo no soi tan mal muchacho como te parece!

—¿Te comerias un conejo? Vaya, apuesto que vas a tomarlo por donde quema.

—Te equivocas.

—¿Te resolverias, pues, a hacerlo? Es solo una pregunta.

—Ya lo sé.

—¿Te resolverias?

—Es cosa para meditarlo.

—La indecision es buena seña, murmuró el gato para sí; con una segunda acometida lo tengo de mi cuenta.

—Trataremos entonces el asunto un poco mas tarde? dijo.

—Sí, mas tarde hablaremos.

El gato se alejó con afectado aire de indiferencia, diciendo para sí:

—Estoi en víspera de comer buenos bocados sin peligro, y si algun dia piden cuentas, ya sé en qué espaldas caerá la correa.

—Este hipócrita es el ladron, decia por su parte el perro, y quiero que los cuervos hagan presa de mí si en lo que queda de la semana no le pongo zancadilla. Nó; no son los palos lo más que me duele, es que mi amo me crea un facineroso. Ya veremos.

## IX.

En la tarde de ese mismo dia, el perro salió a gran distancia a recibir a su amo; y haciendo círculos que estrechaba cada vez más, llegó hasta juntársele y lamerle las manos, exhalando gritos de júbilo por esta reconciliacion.

Corbata aprovechó la primer sonrisa de Lucas para decirle:

—Ahora que está usted tranquilo y de buen humor, segun creo, ¿me permite hablarle de...

—¿De qué? ¿Acaso de los conejos?

—Sí, amo.

—¿Y no tienes vergüenza al ver que un gato es mas leal y mas honrado que tú?

Corbata no hizo observacion alguna a este reproche, y continuó:

—Creo estar en vísperas de descubrir al ladron.

—¿Al ladron de qué?

—De los conejos.

—El ladron es éste, dijo Lucas tirando fuertemente las orejas de su perro.

Exhaló el infeliz Corbata un lastimero jemido, y asi que se vió libre volvió a proseguir con toda mansedumbre:

—He tomado mis precauciones, y si esta noche a la hora de la cena, o mañana a la de almuerzo, se espía atentamente al gato, yo respondo que algo tendrán que ver.

Oh! los gatos pertenecen a una raza perversa y egoista, y creo que el de casa es el peor de todos.

—Hola! tambien te has puesto mala lengua! Ya en tí no queda una sola cualidad noble: vete.

Corbata, con la cola entre las piernas y haciéndose pequenito de puro avergonzado, comenzó a alejarse.

—Aguarda, le gritó Lucas, ¿y por qué te habia de querer mal el gato?

—Porque ayer le mordí las orejas.

—Cuéntame eso.

—A la oracion de ese dia, fuí a la cocina, recorriéndolo todo, como tengo de costumbre, y ví al gato engulliéndose apresuradamente las sobras de la cena.

—¿Mis frejoles?

—Sí, amo.

—Continúa.

—Lo reprendí por su falta y le intimé que saliera.

—¿Y el gato?

—El gato entonces...

—Cuidado con no decirme la verdad!

—El gato entonces, continuó el perro, sin vacilar, intencionalmente volcó la olla.—“Ya no los come el amo, me dijo; aprovechémoslos nosotros!” Colérico con este criminal procedimiento, le mordí las orejas hasta hacerle brotar sangre; y me disponia a denunciarlo, cuando con ruegos me hizo desistir asegurándome la enmienda, y que el castigo recibido era más que suficiente para espiar su falta.

—¿Hum! murmuró Lucas, haciendo un jesto con los labios y rasándose detras de la oreja; hum...

El perro iba a replicar, pero fué despedido con un ademan altanero.

Esto no obstante, Lucas, aunque ocultándose de todos, se propuso sorprender al gato en los latrocinios que le atribuia al perro, y un dia, despues de largas horas de acecho, lo consiguió.

El gato, tomando toda clase de precauciones, y creyendo no ser visto de alma viviente, a la caida de una tarde se deslizó en la conejera y salió con su presa, que enterró apresuradamente al pié de un árbol. Hecho esto, se acercó a Lucas con su semblante hipócrita.

—No quisiera hablar mal de nadie, comenzó por decir, pero el deber impone a veces penosas obligaciones.

—¿De qué se trata? preguntó Lucas, estupefacto con tanta perfidia.

—El perro...

—¿Ha hecho alguna de las suyas?

—Yo sé decir que falta un gazapo.

—Entonces Corbata no tiene enmienda.

—Hai perros que nacen mal inclinados.

—Y el mio es uno de ellos. ¿No te parece que le vendria bien un collar de cáñamo?

—Si ha de concluir con la conejera...

—Es prudente concluir ántes con él. Creo que es un partido prudente; llámame a Corbata.

Los ojos del gato se iluminaron con un resplandor siniestro y salió con prontitud a cumplir su comision.

## X.

Corbata, que desde su conversacion con el amo vijilaba con escrupulosa minuciosidad los albañales y contornos de la casa, se encontró a poco andar con el último conejo muerto por el gato.

—Pero es cosa del infierno! dijo lleno de estupor. Y recordando que su amo acababa de despedirlo con aspereza y que no tardaria en recibir otra felpa, inclinó la cabeza desfallecido y se le cayeron las lágrimas.

El gato, que en ese momento entraba al corral, lo contempló con una indefinible espresion de placer.

No hai duda que este animal tan indolente y tan inofensivo al parecer, es un pícaro de mala especie.

Lucas, impaciente tambien por la realizacion de un proyecto que meditaba, llegó a tiempo para contemplar este cuadro.

Enternecido por la actitud de su perro, llevó furtivamente el pañuelo a sus ojos.

El gato se apercibió entonces de la presencia de su amo y gritó al perro:

—Es inútil que trates de ocultar el cuerpo del conejo, porque te hemos sorprendido infraganti.

Este requirimiento no era del todo inútil, pues Corbata, tímido y receloso, trató de ocultar el cuerpo del conejo al oír las primeras palabras.

—¿Cómo lo acusa el delito! dijo sentenciosamente el gato.

—En efecto, murmuró Lucas, y llamó a su perro.

Creyendo éste que se le llamaba para el correctivo de costumbre, y no queriendo, por otra parte, desobedecer abiertamente a su

amo, se puso a dar saltos y ladridos como echándolo a la broma.

En vano Lucas redobló sus instancias, pues Corbata no avanzaba con sus brincos. Unas veces abriéndose de piernas y casi tocando el suelo con su cabeza, movía su cola; en otras daba saltos, describiendo círculos, cuyo punto céntrico era su amo, y así en continuo movimiento se mantenía a una respetable distancia.

—Ah! lo he perdido a mi perro, y talvez para siempre, exclamó Lucas con amargura; ya nunca será tan dócil ni tan confiado como ántes.

Corbata oyó estas palabras, y fijando sus ojos en los ojos de su amo, bajó las orejas, y paso a paso se acercó hasta tocarle las piernas con los movimientos de su cola.

Cojiólo Lucas con blandura, le acarició el cuello y le dió un prolongado abrazo, diciéndole al mismo tiempo algunas palabras al oído.

Corbata empinó las orejas y en sus ojos apareció un fuego salvaje.

El gato, que encontró inusitado este procedimiento, iba a ganar prudentemente el tejado vecino, cuando Corbata le cortó la retirada.

—¿Dónde vas? le dijo.

—¿Qué te importa? contestó el gato con insolencia, mientras con sus uñas procuró abrirse paso.

—Muerto o vivo, gritó Lucas.

El gato, con esta palabra, comprendió su situación, y espeluznándose hasta aparecer de dobles proporciones, encorvó su lomo y mostró sus uñas y sus dientes, y parando la ancha cola de lustrosos anillos, como si fuera una bandera, esperó la acometida.

Esta no se hizo esperar, y la lucha no fué larga.

El gato, es cierto, probó sus uñas en la erizada piel de Corbata, pero éste en el primer descuido le dió una dentellada que le dividió en dos el espinazo.

Corbata entonces se volvió a su amo, y con gritos comprimidos y movimientos de cola le espresaba su alegría.

Lucas, por su parte, sintiendo en lo íntimo de su alma sus pasadas injusticias, estrechaba a su perro entre sus brazos, dejándolo que libremente le lamiera las manos y la cara.

Era aquello una reconciliación muda, pero eficaz y sincera como la de dos amigos que antes de su enojo se han querido y apreciado.

La reconciliación de que hablamos tenía lugar entre un hombre

y un perro; por lo que hace al hombre pudiera dudarse, pero nunca respecto del humilde y noble animal que no guarda en su memoria sino el recuerdo de los beneficios.....

Desde ese tiempo Corbata no podia divisar un gato sin que le dieran ímpetus de arrojarse sobre él con siniestras intenciones, y Lucas aconsejaba a cuantos quieren oírle, que si deseaban disfrutar de paz y de armonia en el interior de sus casas, hicieran un San Bartolomé de la raza felina.

Yo, lector amigo, aunque no tengo la prevencion que el tio Lucas, en las reyertas que suelen orijinarse entre mi gato y mi perro, no vacilo en darle a éste la razon.

El primero—hai muchos gatos en el mundo,—el primero es el tipo de la malignidad y de la hipocresia, y el segundo—son por desgracia mui escasos—el segundo es el tipo de la lealtad y de la abnegacion.

¡Feliz el tio Lucas, no importa su pobreza; feliz el tio Lucas que tuvo ocasion de conocerlos!

Santiago, noviembre de 1873.

V. MURILLO.

---

## HOMENAJE DE LA LIRA.

---

A LA SEÑORA J. R. R. DE R....

Ayer que me mostrabais vuestro jardin campestre,  
Señora, recordasteis que flores de poesía  
Tambien cual jardinero yo cultivar solía  
En tiempo mas feliz.

La inspiracion poética si en mí ya el tiempo apaga,  
En vos conservan vida la májia y el encanto  
De la bondad, y aquella noble belleza, entanto  
Que el tiempo va en deslíz.

Y tanto viven, tanto, las gracias del espíritu,  
Con el matiz risueño de las galanas flores,  
En vos, su digna reina reuniendo sus primores,  
Que, al veros, canto yo.

De nuevo canto, Rosa del Rimac, pues revive  
Con vuestra vista el jérmen del númen; y la lira  
Sus plácidos concentos a quien lo bello admira  
Nunca le niega, nó.

De gratitud objeto constante, en la memoria  
De humilde peregrino, vos fuisteis porque un día  
Afecto hospitalario la compañera mía  
Pudo alcanzar de vos.

Por eso yo quisiera reinando veros siempre  
Como ángel de bondades, y ser la mas dichosa  
Mujer entre las madres, la mui feliz esposa  
Cual quiso haceros Dios.

Oh—nó!—jamás enluten las sombras de la pena  
El lago azul, señora, de vuestros claros días,  
Y el viento de la suerte tan solo melodías  
Conduzca a vuestro hogar!

Si así guardais aromas en el verjel del alma,  
Si sois la jardinera de bondadoso encanto,  
Dad siempre al viejo amigo, dentro el asilo santo  
Del alma, algun lugar.

RICARDO BUSTAMANTE.

Valparaiso, noviembre de 1873.

---

## LAS DOS.

### I.

Rubios, sedosos, largos y rizados  
Son sus lindos cabellos,  
Y sus dormidos voluptuosos ojos,  
Azules como el cielo.

—

Sus lábios de carmin, estremecidos,  
Palpitan entreabiertos,  
Cual si del ángel del amor sintieran  
El misterioso beso.

—

Voluptuoso, soberbio, deslumbrante,  
Se levanta su cuello  
Sobre un seno de espléndidos perfiles,  
Henchido de misterios.

—

El aire que a su lado se respira  
Embriaga, causa vértigos...  
Quién es esta mujer? Cómo se llama?...  
Su nombre es un secreto!

## II.

La otra... yo no sé!... cuando estasiado  
 Temblando junto a ella  
 La contemplo un instante, me parece  
 Que no estoi en la tierra!

Al negro manto de la noche imita  
 Su suelta caballera,  
 Y aun me parece que en sus negros pliegues  
 Se ocultan las estrellas.

Y son sus negros y rasgados ojos  
 Que brillan como hogueras,  
 Y al corazon con sus ardientes llamas  
 Me abrasan y me queman!

Siempre en sus lábios jugar se mira  
 Sonrisa traicionera,  
 Que nos habla de amor y nos provoca,  
 Finjiendo indiferencia.

Asi como se ajita, dando saltos,  
 El ave prisionera,  
 Asi su corazon debe ajitarse,  
 Segun su seno tiembla.

¿Quién es esta mujer?... Es un tesoro  
 De gracia y de belleza!  
 Ah! me estremezco al pronunciar su nombre!  
 Se llama... La morena!

## III.

Yo las amo a las dos!... Si una me mira  
 Esquiva y desdeñosa,  
 Con tierno halago y celestial sonrisa  
 Me consuela otra.

Las amo!... ¿y por qué nó?... rien los necios!  
 Se burlan!... qué me importa!  
 Una sola pasion!... pasion mezquina!  
 Mi alma es mas grande! el infinito adora!

VICTOR TORRES A.

## GOETHE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE ORREGO).

Goethe acaba de morir. Ha llegado el momento de esclamar:—El rei ha muerto! ¡viva el rei! Un siglo acaba, otro siglo comienza. El arte ha muerto, el arte acaba de nacer. La gloria con que se corona incesantemente el jénero humano no sufre interregno; tan luego como ha puesto su muerte en la tumba, va a buscar y a consagrar en las lenguas al niño del porvenir. Que todos los niños en sus cunas escuchen, pues, el plañido de esa campana que resuena en Alemania, y se vuelvan diciendo a su madre:—¡Madre! ¡madre! qué me quereis? porque es la hora en que el jenio de la poesia va a ceñir con la aureola a aquel de entre ellos que deba recibir y adelantar la herencia del gran anciano.

¿En qué estado deja Goethe el imperio de la poesia y de la imaginacion? Al rededor de él, en su pais, cierra esa época de armonia y de reposo que se encuentra casi jeneralmente al principio de toda literatura. Miéntras que la Alemania permaneció en observacion en la Europa y que se hizo de la revolucion francesa una entretenccion para su fantasía; mientras que nada de lo que pasaba a su alrededor la hizo salir de su serenidad, el arte, aun en estado de abstraccion, satisfacía a todos los espíritus. Asi como el pais no tomaba todavía parte en las cuestiones que se debatian a su vista, sino que por el contrario se dejaba arrastrar ciegamente por la corriente de la historia; por eso es que no pedía a la poesia que se empeñase más que él en esos debates. El arte era una relijion de la cual no se exijía nada, sino el que dominase bastante el ruido de los negocios contemporáneos, para no tener que mezclarse en ellos.

Estudad todas las creaciones de la imaginacion alemana en la primera parte de esta época tumultuosa, y las encontrareis a todas rodeadas de una aureola de paz, como esas vírjenes bizantinas que he visto, con sus coronas de oro, sonreirse al aire libre sobre las murallas de sus iglesias azotadas por una tempestad permanente. Sucedia precisamente lo contrario de lo que habia pasado en el mundo griego. Las instituciones y las pasiones políticas se habian levantado allí para llevar hasta la cresta de las montañas los prodijios de las artes. Aquí, el Estado desaparecia, para dejar al arte

mostrarse solo, moverse solo, sin condiciones y sin límites, en el universo hecho de sus obras.

Léanse todas las composiciones hechas al fin del siglo último, y dígase, si se puede, de qué estatuto político llevan el sello. Yo supongo por un momento que la historia contemporánea hubiese desaparecido de repente de la memoria de los hombres; que de la monarquía de Francia, caída en un solo día, nadie supiese decir ni siquiera a dónde había dejado la empuñadura de su espada; que no se supiese lo que significan esa fecha de 89 y ese sobrenombre de Mirabeau.

Quiero suponer que la Convencion ha sacado sus manos mejor que Macbeth, y que aun ignoro si ha existido alguna vez; que de las desgracias y de los goces que durante ese tiempo han ajitado al jénero humano, ningun hombre haya conservado el recuerdo. Quiero suponer que ignoro completamente lo que es la revolucion francesa, como tambien el estado del mundo mientras ella duró, y que nadie pueda decirme lo que significa ese nombre de Napoleon, ni quién lo llevó, ni si álguien lo ha en efecto llevado.

Héme aquí en una estraña perplejidad y verdaderamente espantado de no conocer nada de lo que me concierne tan de cerca, y de no poder remontarme hasta el orijen de los movimientos de odio y de dolor que se ajitan sin causa aparente, como sombras sin cuerpo, en el fondo de mi pensamiento. Todavía, en medio de esta carencia completa de acontecimientos políticos y de testimonios históricos, me resta algo. Porque, en efecto, los poetas de un gran pueblo han asistido a cada una de las revoluciones que yo ignoro; han, sin duda, conservado en sus urnas las lágrimas de los pueblos que busco, y conservado en su memoria la imájen de aquellos tiempos que, en otra parte, se han borrado para no tornar jamas; quiero volver a encontrar en sus obras esos días de fiesta o de duelo, oír esos gritos súbitos que toda una raza de hombres ha hecho oír, y que de una manera diferente se han apagado para siempre.

Con esta mira, el primer hombre a quien interrogo es a aquel que ha concebido la epopeya del espíritu alemán, y que ha personificado en los dos personajes de Fausto y de Margarita, los dos jenios que están eternamente en lucha, uno con otro, en el seno de su pueblo; la estremada reflexion y la estremada sencillez, todo el patrimonio de las ciencias del jénero humano, y toda la poesia virjinal de una raza nueva, que no se ha mezclado aun ni en los rumores, ni en los desórdenes de la historia.

La naturaleza estraña de esta obra demuestra claramente que algo singular acaba de pasar en el mundo, y que de repente las sociedades han tentado reformarse conforme a un tipo desconocido hasta entonces. Pero, en cuanto a saber si esto fué un progreso o un decaimiento, un bien o un mal, al poeta le importa poco; él propone su enigma en el desierto y da a cada una de sus obras un reposo y una inmovilidad de otros tantos esfinjes que rodean su pensamiento sin explicarlo ni aclararlo. Hé ahí a Gœthe.

Al lado de él no interroguéis ni a Wieland, ni a Herder. La serenidad de éstos es todavía mas grande y mas irreflexiva; no llevan ni el uno ni el otro grabado en su memoria el sello de ninguno de los dolores de su época; puedo creer, si quiero, que han escrito en medio de un reposo oriental, en esos lugares donde no se oye mas que el zumbido de las ramas de un palmero y el soplar de la brisa bajo la puerta de una ciudad del Delta.

En medio de estos hombres, hai uno, sin embargo, que parece haber sentido el tormento y la fiebre de su época; está poseido de una inagotable inquietud. Su jenio se ha trastornado y exaltado al encuentro de no sé qué abismo. Este hombre es Schiller: al oír sus palabras se siente como si una tempestad ajitara la tierra bajo sus plantas, pero tan solo es él quien sorprende en sí mismo su espanto. Sus contemporáneos se lo reprochan amargamente; tranquilos y serenos se atreven a decírselo, a su modo, bajo todas las formas:—“¿Y yo estoi acaso sobre un lecho de rosas?” La crítica de los hermanos Schlegel, heredera de la de Herder, impasible, aduladora, ceremoniosa, con mas estension que profundidad, servia a la pompa del arte sin instruirlo, sin embargo de lo que pasaba fuera. Se parecia, en medio de las composiciones de esa época, a esos consejeros íntimos que escoltan magníficamente al poder en Alemania, pero a condicion de no aconsejarles nunca sino lo que le plazca a su soberana voluntad.

Al mismo tiempo (era esto bajo la Convencion) se despertaba una especie de bufon, que se habia adormecido aparentemente, desde hacia muchos siglos, con su emperador, en el castillo encantado de Barbaroja. Nadie, en efecto, se ha mostrado nunca mas estraño a lo que constituye el mundo moderno. Todo era allí pájaros maravillosos, carros de hadas, copas encantadas, pájaros que hablaban poesía mas diáfana y mas indolente que la ninfa de purpúreas alas, sobre un lago de la Selva Negra. ¿Conoceis al Ariel de los poetas, que pesca diamantes en el arroyo, que recoje granitos de oro de en-

tre la arena y se apropia las herraduras arrancadas de las patas de los caballos de la aurora? Con su martillo de enano él pule el puro cristal, donde debe brillar el mundo entero; es Tieck, el silfo travieso, que se burla de sí mismo y de todos los demas, el verdadero bufon del universo, el heredero del zapatero Hans Sachs i de los compañeros de oficio. ¿Esta vez se ha separado bastante el arte de la humanidad contemporánea? Todavía nó; prosigamos. Hai mas allá un término que es preciso salvar: aquí las figuras son todavia mui reales i mui materializadas. Es preciso que no tengan ni cuerpo ni forma; que no procedan ni del presente ni del pasado. Si no pueden desprenderse del universo visible, por lo ménos nadie se preocupará en adelante de imitar a la naturaleza.

El misticismo inventará otra tierra, otro cielo, una mezcla de colores sobrenaturales; sueños del espíritu creador los mundos; como fantasmas, pasarán y vacilarán en el seno de una noche privada eternamente de aurora. De lo alto de ese firmamento desconocido que el espiritualismo ha creado, los ángeles de Jean Paul Richter estenderán sus blancas alas para acabar de ocultar y ahogar bajo la inmensidad de ellas los gritos y las angustias del universo real.

Hé aquí, pues, una literatura en la cual no se encuentra hasta un solo eco de la sociedad política. Es cierto que desde la mas remota antigüedad la tendencia del arte, es a desembarazarse de los lazos y las formas del mundo visible. Pero nadie podia alcanzar tan alto grado de abstraccion sino la raza jermánica. Ella ha comenzado a aparecer al mismo tiempo que el Evanjelio, para espiritualizar al mundo. En cada una de sus edades, su mision ha sido la de perpetuar el milagro del pensamiento sin la forma: un paganismo sin víctima, una epopeya sin lo maravilloso, un cristianismo sin altar, un derecho sin código, un arte sin patria.



# LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

## IV.

Entre tanto, solo un bote quedaba al costado de la *Bella Margarita*, ya medio sumerjida bajo las aguas. La tripulacion bajó a él, y por último el capitán. Pronto dió éste alcance a la balsa e hizo trasladar a su bote a los dos náufragos.

El Puerto Viejo no tenia muelle. No ofrecia ni una tabla, ni una piedra donde poner el pié. La jente era trasportada a la playa en hombros de jornaleros. En la primera espalda que se encorvó al borde del bote fué colocado el jóven ahogado. Sea el movimiento, sea la posicion perpendicular del cuerpo, sea el calor que el cargador comunicaba a sus helados miembros, lo cierto es que fué allí donde ese jóven dió los primeros síntomas de vida.

—¡Bueno! exclamó el cargador al oír un débil suspiro; me gusta más acarrear vivos que muertos.

Y el buen hombre, como si hubiese tomado mas animacion con la esperanza de socorrer a un desgraciado, redobló el paso y momentos despues lo deponia con satisfaccion sobre la playa.

## CAPITULO IV.

EL HOTEL DEL ITALIANO.

### I.

Nuestros jóvenes náufragos fueron conducidos al mejor hotel del Puerto Viejo.

Este hotel ocupaba una casa baja, pintada de verde, con dos hermosos departamentos a la calle, divididos por un pasadizo estrecho y corto que servia de entrada a un patio interior de piso arenoso, en cuyo claustro habia varias viviendas para pasajeros y un salon de billar.

En el departamento de la derecha estaba el comedor. Este era una sala espaciosa con dos ventanas a la calle, cuyas paredes estaban tapizadas con decoraciones que representaban las principales escenas de la epopeya de Telémaco, cuyo pavimento era de tablas desnudas y cuyo cielo de lienzo, un tiempo blanco, se hallaba ya

envejecido por el humo del cigarro de la multitud de pasajeros que lo frecuentaban mas asiduamente desde 1832, época del descubrimiento de Chañarillo.

Una estensa mesa, siempre cubierta con un semi-limpio mantel, rodeada de sillas ordinarias, y, a los costados del salon, un par de largos taburetes encojinados con pretensiones de sofás, que servian a los viajeros para reposar esperando el refrijerio, era todo el ajuar del comedor del primer hotel del entonces puerto principal de Copiapó.

El propietario de este hotel era un italiano que guardaba para sí todos los honores de patron, dejando a su mujer la carga del servicio.

Era ésta una señora copiapina, de familia respetable, menuda de cuerpo, algo morena y fina de semblante, viva y graciosa, dotada de un talento sagaz y superior a su educacion.

Ella, con su laboriosidad, sus atenciones y amable trato, atraia la concurrencia y hacia vivir en su casa al pasajero como en familia. El que caia indispuerto era atendido por ella con maternal sollicitud.

En una palabra, la señora Maria, como la llamaban sus huéspedes, era una de esas mujeres que, sin ser ricas, introducen al matrimonio por sí mismas una dote inapreciable.

Maria, para atender a los dos jóvenes a la vez, les cedió el mejor cuarto y en él arregló dos camas tan cómodas y decentes como parecia convenir a la situacion desgraciada y a la posicion social de los náufragos.

## II.

Emilio Arolas y su amigo Florencio Jordan, que asi se llamaban estos jóvenes, eran oriundos de Santiago y vástagos de dos familias de clase de esa capital. Por sus maneras elegantes, su trato afable y distinguido porte, pertenecian a esa porcion de jóvenes a quienes se señalaba entonces con el nombre de caballeros de estrado.

Ambos frisaban en los treinta años.

Sus figuras presentaban tipos contrastados. Florencio era alto, delgado, de tez blanca y lijeramente sonrosada, lábios velados por un bigote largo y fino.

Emilio era de mediana estatura, un tanto grueso, tez morena, patilla poblada, de color castaño oscuro como su cabellera, y sus ojos espresivos daban a su fisonomía el carácter del tipo andaluz.

Un mes antes de su naufragio, nuestros dos santiaguinos se paseaban alegremente a orillas del Mapocho, en su ciudad natal.

Era una tarde nebulosa y fria. Recien habia escampado despues de tres dias de copiosas lluvias. Multitud de señoritas y caballeros se agolpaban en el Tajamar a contemplar la mas alta marea del rio y los grados de peligro de una avenida. A medida que el jentio saciaba su curiosidad o tranquilizaba su alarma, iba quedando aquel sitio solitario. Cuando los dos amigos se vieron libres de la concurrencia, dijo Emilio a Florencio:

—Sabes que he pensado todo el dia sobre lo que hablamos ayer?

—Y.....? contestó Florencio.

—He tomado mi resolucion.

—Hablas sériamente?

—Sériamente.

—Pues hombre, nos vamos.

• —¿Cómo! tú tambien? ¿Cuándo te has resuelto?

—Hace dos horas.

—Y Mercedes?

—Ya no pienso en eso. Los padres del dia quieren trocar sus hijas por sacos de oro. Sacó una carta y agregó: lee esta esquila.

Florencio leyó:

“Caballero: impuesto del contenido de su estimada, fecha.....  
 ”siento decirle que no me es posible aceptar su proyecto de enlace  
 ”con mi hija Mercedes. En cuanto a su respetable familia y a las  
 ”cualidades que le favorecen a usted, nada tengo que decir; mas  
 ”para entrar en los deberes que impone el matrimonio, es preciso con-  
 ”tar siquiera con un destino u otra ocupacion que dé al marido los  
 ”medios de sustentar a su mujer. Siento decirle que usted no se  
 ”halla aun en estas circunstancias.....”

—Etcétera..... Etcétera..... interrumpió Emilio, quitándole la carta de las manos.

—Qué te parece? continuó éste.

—Que esto ya lo habia previsto, contestó Florencio. Nunca he creido que el don Lorenzo estuviese dispuesto a entregarte, junto con su hija, trescientos mil pesos que su tio le dejó en herencia.

—Ahora vienes con esto? ¿No eras tú el que me aconsejaba.....

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

## EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARVAJAL.

---

(Continuacion.)

El año de 1544, el recién conquistado Perú ofreció el espectáculo de dos gobiernos colocados en actitud hostil el uno en frente del otro.

En la Ciudad de los Reyes, hoy Lima, tenía su asiento el de Blasco Nuñez Vela, el primero que llevó [en aquel país el pomposo título de virrey. Era el representante legítimo de la majestad real. Estaba asistido por los oidores de la audiencia que acababa de crearse. Tenía por principal encargo la ejecución de la reforma sustancial que los consejeros de la corona habían acordado llevar a cabo en aquella opulenta comarca.

En el Cuzco, la antigua capital de los incas, se había organizado el de Gonzalo Pizarro, el último de los conquistadores de este nombre que quedaban en el Perú. Era el defensor armado de los encomenderos o señores de indios, que habían resuelto oponerse por la fuerza a la supresión o modificación del régimen establecido por sus caudillos para distribuirles los indígenas como esclavos y procurarles así los medios de hacerse ricos, o de tener que comer, como ellos decían.

Gonzalo Pizarro había principiado por aceptar el título de procurador jeneral del Perú que le habían dado los cabildos de cuatro de las principales ciudades, entre ellos el del Cuzco.

En seguida había alistado bajo su bandera un cuerpo de cuatrocientos hombres, que en aquel país y en aquella época formaba una fuerza respetable; y había agregado al título de procurador el de capitán jeneral.

Por último, había obligado al cabildo del Cuzco a que le confriera todavía el de justicia mayor.

El blanco de sus aspiraciones era llegar a ser, como su hermano el marques, gobernador del Perú.

Veremos que no había de tardar en venir un día en que se le había de pasar por la cabeza alcanzar a ser todavía mucho más.

Gonzalo Pizarro, comprendiendo perfectamente bien la magnitud de su empresa, se esforzó por atraer a su bando, no solo a los capitanes de alguna reputación, sino también a todos los que habían seguido la carrera de las armas, aun en calidad de simples soldados.

Y así no debe extrañar que manifestase particular empeño en tener a su lado al veterano Francisco de Carvajal, que tenía la fama mejor sentada de valiente militar y de hábil táctico.

No viéndole acudir tan pronto como lo habria deseado y como quizá lo habria aguardado, envió a buscarle a Arequipa, donde Carvajal permanecia retirado, para invitarle a que viniera a reunirse con él en el Cuzco, a fin de ayudarle a defender la causa de los conquistadores.

Carvajal rehusó desde luego lo que se le pedia, y lo rehusó mas de una vez.

—Estoi demasiado viejo, decia, para volver a pelear.

Sin embargo, los mensajeros de Gonzalo Pizarro no se dieron por vencidos, y redoblaron sus instancias.

Carvajal, para negarse, tenia que resistir a sus inclinaciones naturales.

Por una parte, la gratitud a la familia de los Pizarros; y por otra, la aficion a la guerra, le impulsaban fuertemente a corresponder al llamamiento que se le hacia.

Habria tenido que sostener un esfuerzo sobrehumano para quedar inquebrantable en su primer propósito.

Francisco de Carvajal cedió al fin.

Habiéndose puesto en marcha, se juntó con Pizarro en Jaquijaguana, lugar vecino al Cuzco.

Encontró al capitán jeneral sumerjido en el mayor desaliento.

Muchos de los principales vecinos del Cuzco que habian abrazado al principio calorosamente la causa de la rebelion, persuadidos de que ésta se encaminaba solo a defender los intereses de los conquistadores sin atentar a los derechos del rei, habian concebido despues la vehemente sospecha de que talvez las pretensiones de su caudillo eran mucho mas altas. Temerosos entonces de merecer con justicia la nota de traidores, se habian huido en secreto a la Ciudad de los Reyes para ponerse a las órdenes de Blasco Nuñez Vela.

Habia contribuido mucho a que tomaran esta resolucion un clérigo llamado Baltasar de Loaisa, que estaba trabajando en el Cuzco con tanta audacia como cautela para sofocar la revuelta en su oríjen por medio de los mismos que desde luego la habian apoyado.

Pizarro, a quien desazonó sobre manera la defeccion de tantos vecinos distinguidos, conjeturó por lo pronto que aquel clérigo habia tenido mucha parte en ella; pero como éste le hiciera las mas ardorosas protestas de su inocencia, y desbaratara con agudas disculpas los indicios que aparecian contra él, Gonzalo no persistió en sus presunciones.

Pero el clérigo Loaisa era un hombre tan atrevido y pertinaz, que, a pesar de saber que habia infundido ya vehementes sospechas, y despreciando el grave peligro a que se esponia, perseveró en sus propósitos.

No tardó en entrar en negociaciones de la misma especie con Gaspar Rodriguez, uno de los principales capitanes de Pizarro, y con varios otros

amigos suyos, tambien, bastante influyentes, y logró aun hacerles consentir en reconocer la autoridad del virei, y en prender o matar al caudillo rebelde, sin mas condicion que la de que Blasco Nuñez Vela les enviara su indulto.

El clérigo Loaisa partió sin pérdida de tiempo a la Ciudad de los Reyes para traer aquel perdon firmado por la mano del virei.

Esta partida inesperada y misteriosa renovó los recelos de Gonzalo Pizarro, que conjeturaba que algo se estaba maquinando contra él en su propio campo, aunque no sabia con fijeza lo que pudiera ser.

Envió inmediatamente jente en persecucion del clérigo, pero no se consiguió darle caza.

El daño ya consumado de la reciente defeccion, y la aprension de un peligro futuro y desconocido, tenian bastante abatido a Pizarro cuando Francisco de Carvajal, acudiendo a su llamamiento, se presentó en Jaquijaguana.

El veterano, que a despecho de sus ochenta años, rebosaba de enerjía, supo con las palabras y el ejemplo inspirar brios al acobardado Pizarro.

—Ni yo ni Vuestra Señoría, le dijo, podemos prever cuál va a ser nuestro destino; pero suceda lo que suceda, ya estamos comprometidos; y en casos de esta especie, lo que conviene es seguir adelante, sin mirar ni atras ni a los lados.

Gonzalo Pizarro quedó tan complacido de Carvajal y tan dominado aun por él, que quitando con un prestesto cualquiera a Alonso de Toro el importante cargo de maestre de campo que estaba desempeñando, lo confirió al veterano.

Los rebeldes se pusieron en marcha hácia la Ciudad de los Reyes, aunque mui lentamente, porque tenian que trasportar los cañones por caminos ásperos y quebrados, a hombros de indios.

---

Mientras tanto, el clérigo Loaisa habia salido mui airoso en la negociacion que habia ido a entablar.

Segun era de esperarse, Blasco Nuñez Vela habia escuchado con suma complacencia la relacion que Loaisa le hizo, y se habia apresurado a entregarle firmado con la mejor letra el indulto o salvo-conducto que solicitaban el capitan Gaspar Rodriguez y sus amigos.

El virei se lisonjeó con que la rebelion iba a ser sofocada pronto por una parte de los mismos que la habian promovido o auxiliado.

Desgraciadamente para sus esperanzas, el negocio no se mantuvo en la reserva que habria sido menester.

En breve tiempo aquel fué un secreto que estuvo en conocimiento de todos.

La causa de Gonzalo Pizarro contaba en la Ciudad de los Reyes con decididos partidarios, porque muchos vecinos temian verse despojados de sus repartimientos.

I pudo espermentarse en aquella ocasion una prueba mui convincente de ello.

Veinte caballeros no vacilaron en correr en persecucion del clérigo Loaisa que se dirijia al ejército rebelde en compañía de un solo individuo a fin de no llamar la atencion.

El objeto que movia a aquellos caballeros a dar un paso tan comprometente era el de hacerse dueños de la persona del clérigo, y mui en especial del salvo-conducto, para impedir que la revuelta estallara en el campamento de Pizarro.

Efectivamente, se apoderaron de Loaisa a unas cuantas leguas de la Ciudad de los Reyes.

Pero por mas que le registraron, no pudieron descubrir el papel que buscaban.

Se supuso entónces que el clérigo se lo habia comido para hacer desaparecer la prueba de la maquinacion y salvar a sus cómplices.

Los caballeros, como era natural, siguieron adelante para ir a reunirse con Pizarro, llevando consigo bien custodiado al prisionero.

Sin pérdida de tiempo despacharon por sendas estraviadas un mensajero con una carta para el capitan jeneral, en la que le comunicaban todo lo que sabian acerca del peligro que habia corrido, o mejor dicho, que estaba corriendo todavia.

La noticia llenó de inquietud a Gonzalo Pizarro, que por entónces habia avanzado hasta la cuesta de Parcos, cerca de Guamanga.

Gaspar Rodriguez era un capitan prestigioso, tanto por su riqueza y antecedentes, como por sus prendas personales. Estaba ademas a la cabeza de doscientos piqueros, y todavia no se sabia a punto fijo cuántos otros habian entrado en la conjuracion.

Gonzalo Pizarro pidió consejo a su maestre de campo Francisco de Carvajal acerca de lo que convenia hacer en lance tan apurado.

El veterano propuso un plan que Gonzalo aceptó.

El jeneral citó a sus capitanes, y entre ellos a Gaspar Rodriguez, a tratar en su toldo de campaña sobre un negocio tan grave como urjente.

Carvajal hizo rodear con disimulo el lugar por la tropa mas fiel, y asentar hacia él todo la artilleria.

Cuando los capitanes se hallaron reunidos y todo estuvo preparado, como estaba dispuesto, Pizarro, ántes de empezar la conferencia, salió del toldo, alegando un pretesto cualquiera.

En ese mismo momento, Carvajal, que habia cuidado de colocarse inmediato a Gaspar Rodriguez, le arrebató de improviso la espada.

Y junto con hacerlo, dió una señal a la cual aparecieron un fraile y dos negros que llevaban los instrumentos necesarios para aplicar el suplicio del garrote.

—Prepárese pronto Vuestra Merced para morir, dijo Carvajal a Gaspar Rodriguez, pues le aseguro que le resta mui poco de vida.

—Déjese Vuestra Merced de burlas semejantes! replicó Gaspar Rodriguez, bastante alarmado, porque como no tenia la conciencia tranquila, habia empezado a comprender que el asunto era mui sério.

—La traicion debe ser ejemplarmente castigada, contestó Carvajal con tono mui severo.

—Me será facilísimo, dijo el desventurado Rodriguez, justificarme de cuantas acriminaciones pudieran hacerseme.

—No pierda Vuestra Merced tiempo, respondió el inexorable Carvajal, y sepa aprovechar los pocos momentos que le quedan de vida.

Rodriguez tornó a replicar y a insistir, pero todo fué infructuoso, porque el maestre de campo obró como lo habia dicho y le hizo aplicar la pena del garrote.

Aquella prueba de enerjía estinguió los jermenes de revuelta que habia en la tropa.

Todos adquirieron el conocimiento de que bajo el imperio del tremendo Carvajal, el que faltaba a la fidelidad, por encumbrado que fuera, y quizá mientras mas encumbrado fuera, arriesgaba la existencia.

El veterano era por demas inclinado a asegurar la mas estricta disciplina con el rigor mas escetivo.

La crueldad era achaque de los conquistadores de la América Española, pero mui característico de Carvajal.

El maestre de campo de Gonzalo Pizarro se hizo notable por la inhumanidad entre aquellos guerreros sin entrañas.

Los jefes de los ejércitos acostumbran hacerse seguir por ayudantes u ordenanzas. Desde el suplicio improvisado de Gaspar Rodriguez, Francisco de Carvajal no se inquietaba por tener en toda ocasion a la mano un fraile que dispensara a sus víctimas los postreros auxilios de la relijion, pero llevaba siempre en pos de sí a los dos negros armados de los utensilios mas espeditos del tormento o del suplicio.

Carvajal llegó a ser el terror de los amigos y de los enemigos.

Al poco tiempo, se supo que se acercaban los que traian preso al clérigo Baltasar de Loaiza.

Carvajal, no teniendo paciencia para esperarlos en el campamento, fué a encontrarlos, llevando en su compañía a un fraile y a los dos negros consabidos.

Fácil es de concebir cuál era el objeto de semejante comitiva.

Apénas divisó al infeliz clérigo, se apoderó de él como de una presa, le

arrastró a una cueva que habia inmediata al camino, le hizo desnudar, y le intimó que si no queria perecer en medio de los mas espantosos tormentos, declarara sin tardanza y sin omision quiénes habian sido los que le habian autorizado para pedir indulto al virei.

El clérigo, que tenia una entereza de ánimo heroica, rehusó responder. Carvajal principió entónces a imponerle las torturas mas insoportables. La cruel operacion duraba ya dos horas.

El pobre Loaisa permanecia inquebrantable, pero ya no le iban quedando alientos.

Faltaba poco para que hubiera sucumbido mártir de la fidelidad a los que habian depositado en él su confianza, cuando Carvajal recibió un recado de Pizarro para que condujera a su presencia vivo a Loaisa.

Era el caso que gran número de personas mui influentes habian interpuesto su valimiento para que se perdonara la vida al prisionero.

Francisco de Carvajal, bramando de furor, se vió obligado a dejar que le arrebataran la presa de entre las garras.

---

Mientras tanto, la conmocion de los ánimos habia ido cundiendo en la Ciudad de los Reyes, y aun llegó al punto de convertirse en revuelta declarada.

Los oidores, en vez de prestar al virei la debida cooperacion en tan críticas circunstancias, se habian puesto en pugna abierta con él.

Uno de ellos, don Diego Cepeda, hombre ambicioso y díscolo atizaba la discordia.

Al fin, los miembros de la audiencia se apoderaron violentamente de la persona de Blasco Nuñez Vela, y le pusieron en una embarcacion para ser conducido a España.

El aspirante Cepeda se lisonjeó por un momento con la idea de tomar en sus manos la direccion de los negocios públicos en el opulento y anarquizado Perú.

Pero la esperiencia iba pronto a manifestarle que era mas fácil aprisionar a un virei, blanco del odio popular, que poner coto a las pretensiones de Gonzalo Pizarro, en quien los encomenderos personificaban su causa, y a quien concedian todas sus simpatías.

Efectivamente, Pizarro, sin detenerse por las novedades ocurridas en la Ciudad de los Reyes, y antes al contrario estimulado por ellas, continuaba su viaje, que desde entónces se convirtió en una especie de paseo triunfal, y no toleraba que se negara el derecho que segun él le asistía para ser reconocido por gobernador.

En estas circunstancias, se supo que el oidor Juan Alvarez, encargado por sus colegas de conducir a la Península al virei destituido, le habia puesto en libertad tan luego como se habia visto en alta mar.

Ignorábase todavía entónces la determinacion que tomaria Blasco Nuñez Vela.

Los oidores, sumamente perplejos, resolvieron enviar a decir a Gonzalo Pizarro con Agustin de Zárate, a la sazón contador real, el mismo que debía ilustrarse mas tarde como cronista de la conquista y guerras civiles del Perú, entre otras cosas, que el virei habia salido para España; que las ordenanzas estaban suspendidas; y que por lo tanto, mientras Su Majestad proveia lo conveniente, obedeciera al gobierno de la audiencia.

Gonzalo Pizarro hizo que Zárate le diera el mensaje de los oidores delante de todos sus capitanes reunidos al efecto bajo un toldo.

Aquellos militares, ensoberbecidos con la próspera fortuna, oyeron con altanería las palabras del contador real.

—El magnífico señor Gonzalo Pizarro, dijo a nombre de todos ellos Francisco de Carvajal, debe ser proclamado sin tardanza gobernador del Perú, puesto que su hermano el difunto marques, debidamente autorizado para ello, le designó por sucesor suyo.

—Si hai vacilaciones para obrar en justicia, agregaron por via de comentario otros de los oficiales presentes, tendremos que entrar en la ciudad a sangre y a fuego, entregándola a saco.

—Los señores de la real audiencia, dijo entónces Zárate dirijiéndose a Pizarro, que estaba oyéndolo todo en silencio, no tienen dificultad en que Vuestra Merced vaya a tratar con ellos sobre estos diversos puntos haciéndose acompañar, si lo tiene a bien, por quince o veinte hombres.

—Los señores oidores deben querer decir quince o veinte hombres por hilera, observó Carvajal con tono burlon.

—Los señores oidores me han encargado tambien, espuso por último Agustin de Zárate, que recomiende a la induljencia de Vuestra Merced los vecinos que se vinieron del Cuzco a Los Reyes, pues su conducta merece mucha disculpa.

Carvajal oyó esta insinuacion con un jesto tan feroz, que debió inspirar mui sérios temores por la suerte de aquellos caballeros a los que se interesaban en su favor.

Zárate regresó a la ciudad sumamente desalentado y con el convencimiento de que los insurrectos no venian dispuestos a ceder un ápice de sus pretensiones.

Pizarro llegó a establecer su campamento a solo una legua de Lima.

Sin embargo, los oidores no se resolvian aun a echarse encima la responsabilidad de nombrarle gobernador.

Para buscar efujios, declararon que no podian proceder de oficio en materia tan grave, y sin peticion escrita de parte.

Apénas lo proveyeron asi, cuando ya les fué presentada la respectiva solicitud, firmada por los procuradores de las principales ciudades.

A pesar de esto, los oidores persistieron en la irresolucion.

La jente de Pizarro no podia contener su impaciencia.

—Es preciso que yo me adelante a hacer entrar en vereda a esos bachilleres, dijo a Pizarro el terrible Carvajal.

—Me parece bien, maestro de campo, le contestó Gonzalo, y sobre todo recomiendo a Vuestra Merced que tome medidas para que los vecinos fujitivos del Cuzco no promuevan alborotos.

—Pierda cuidado, mi jeneral, replicó Carvajal; yo haré que esos caballeros permanezcan mui quietos, y aun que se muestren gustosos de la entrada de Vuestra Merced, y que salgan a recibirle.

Gonzalo Pizarro no comprendió el significado verdadero de aquella frase.

Francisco de Carvajal se encaminó a Los Reyes con treinta arcabuceros.

Talvez álguien pensará que aquello era esponerse mucho con escasos medios de defensa.

Pero el que tal dijera ignoraria que casi toda la guarnicion de la ciudad se habia pasado a la bandera de Pizarro, cuyo ejército ascendia ya por este motivo a mil doscientos hombres perfectamente armados.

¿Qué era entónces, pues, lo que impedia a los oidores acceder a los deseos del caudillo de la revuelta triunfante?

El respeto del rei, que estaba mui léjos al otro lado del océano, pero a quien la inmensa mayoría de los españoles profesaba una veneracion idólatrica.

El primer cuidado de Carvajal fué ir a aprender en sus escondites a todos los fujitivos del Cuzco cuyo paradero logró averiguar, los cuales alcanzaron a ser treinta.

En seguida, quitó al alcaide las llaves de la cárcel, y encerró en ella a sus prisioneros, bien custodiados por los arcabuceros.

A dos de aquellos infelices los habia ido a sacar en persona de las camas donde dormian en casa del arzobispo Loaisa, que les habia dado asilo.

Ya se concibirá cuál seria la consternacion en que estaba la poblacion.

Hallándose asi las cosas, Carvajal intimó de nuevo a los miembros de la audiencia el que reconocieran a Gonzalo Pizarro por gobernador del Perú.

Los oidores tornaron a excusarse de hacerlo.

Sin nuevo trámite ni traslado, Carvajal sacó a la vista de los majistrados aterrados, a cuatro de los prisioneros, en otras tantas mulas; y saliendo fuera de la ciudad, dejó colgados del pescuezo a dos de ellos en los dos primeros árboles que encontró a mano en el camino por donde debia venir Gonzalo Pizarro.

En seguida anduvo un poco mas hasta encontrar un tercer árbol algo mas elevado que los otros dos.

—Ahora os toca vuestro turno, Pedro del Barco, dijo a uno de los dos prisioneros a quienes no habia quitado la vida. Como los dos caballeros que os han precedido, espero que me perdonareis, a causa de la urjencia, el que no os haya dejado el tiempo necesario para prepararos con despa-cio. De todos modos, veis bien que hago honor a vuestra calidad de haber sido uno de los primeros conquistadores, uno de los mas valientes capita-nes y uno de los mas ricos encomenderos de este pais, escojiendo para vos un árbol mucho mas alto que para los otros dos, y dejándoos la eleccion de la rama en que vais a ser ahorcado.

El cuarto de los prisioneros no soportó la misma triste suerte, por las súplicas de un hermano que venia entre los arcabuceros del sanguinario maestre de campo.

Aquella triple y bárbara ejecucion espantó a la poblacion y a la audiencia.

Todos temieron que Carvajal fuera dando sucesivamente la muerte a los demas prisioneros, y que una vez esterminados éstos, se siguiera con otros vecinos.

Los oidores se apresuraron a espedir la provision que reconocia a Gon-zalo Pizarro por gobernador del Perú.

—Juro, exclamó el oidor Ortiz de Zárate al firmar el auto, por el nom-bre de Dios, por esta señal de la cruz y por las santas palabras de los evangelios, que autorizo esta resolucion solo de miedo y por impedir que sean muertos todos los vecinos del Cuzco encerrados en la cárcel.

Y no era estraño que la conducta de Carvajal hubiera aterrovizado a los oidores, pues produjo un sentimiento análogo en el ejército de Gonzalo Pizarro. Habiendo llegado a él la noticia del suplicio de los tres prisione-ros, se esparció el rumor de que el feroz maestre de campo iba a ajusticiar a todos los demas; y como eran personas de consideracion, se levantó la mayor consternacion. Gonzalo Pizarro, espantado de que pudiera realizarse un horror semejante, envió apresuradamente un mensajero para que mostrando a Carvajal una medalla y un anillo suyos, que eran mui cono-cidos de todos, le ordenase en su nombre que perdonara la vida a los res-tantes vecinos del Cuzco.

Talvez no habria faltado a Carvajal arbitrio para eludir este mandato y satisfacer sus instintos sanguinarios, pero fué voz comun que los deu-dos y amigos de los presos habian halagado la codicia del veterano obse-quiándole un cierto número de tejuelos de oro a condicion de que no quitara la vida a los prisioneros.

Gonzalo Pizarro comprendió cuando ya no podia evitarlo completamen-te, lo que Carvajal habia querido decirle al asegurarle que los fujitivos del Cuzco saldrian a recibirle al camino.

De todos modos, no quiso ponerse en marcha hasta saber que los tres cadáveres habian sido descolgados de los árboles.

El gobernador Gonzalo Pizarro hizo su entrada solemne en Lima el 28 de octubre de 1544.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

---

## EDUCACION FÍSICA DE LA MUJER.

---

Intelijencias escojidas, nobles corazones se han ocupado últimamente de estudiar el problema de la educacion intelectual de la mujer. Entre los que han tratado esa materia han figurado honrosamente algunas señoritas, una de ellas campeon distinguido ya en la república de las letras; las otras que hacian sus primeras campañas defendiendo con entusiasmo la bella causa de la emancipacion de la mujer, por tanto tiempo descuidada.

A pesar de tan intelijente concurso, no se ha dicho la última palabra sobre el asunto, y él está mui léjos de hallarse agotado. Habria, pues, cabida para muchos artículos sobre el mismo tema; pero, respetando la maestria de los que hasta aquí le han dedicado su atencion, nos limitamos a darles nuestros parabienes, y nos concretaremos solamente a decir unas pocas palabras sobre la *educacion física de la mujer*, hoi enteramente descuidada.

Y a la verdad que el abandono en que se encuentra la educacion física de la mujer no debe estrañarnos, cuando vemos que no está mui adelantada su educacion intelectual y moral, y que recién empieza a despertarse algun interes por el mejoramiento de su triste condicion actual.

Más todavia: cuando vemos que la educacion física del hombre está aun en mantillas en nuestras escuelas y colejios, y que son hoi una honrosa escepcion los establecimientos que cuentan con un modesto gimnasio ¿cómo podemos estrañar que nadie piense en la educacion física de la mujer?

Al contrario, ya nos parece oír a alguno que, al leer estas líneas exclamará:—¿Cómo! ¿quereis hacer de cada mujer una atleta y pretendeis acaso resucitar el tiempo de los Amazonas? Nada menos que eso. Líbrenos Dios de desear que las mujeres, que deben ser toda ternura y delicadeza, se interesen por los ejercicios de fuerza, pre-

tendiendo rivalizar con el hombre en las rudas tareas que le son peculiares. Hoi no podemos admirar ni comprender siquiera cómo las matronas romanas pudieron un dia olvidar hasta tal punto su sexo, que descendiesen a la arena a compartir con los hombres las bárbaras luchas del circo.

Pero si seria ridículo pretender convertir a cada mujer en una vigorosa y esforzada luchadora, nos parece mui cuerdo y provechosa adiestrarla en ciertos ejercicios que, si no han de darle un desarrollo muscular superior a las exigencias de su sexo, le proporcionen sí la flexibilidad y tension que sus miembros y músculos requieren para conservar la salud y una buena constitucion.

La ciencia tiene demostrado hasta la evidencia que no puede conservarse por mucho tiempo la salud sino merced a un constante y metódico ejercicio que ponga en movimiento todos los miembros, nervios y músculos del cuerpo humano. Si esto es necesario en el hombre, que a menudo lleva una vida mas o ménos ajitada, lo es en mucho mayor escala tratándose de la mujer, a quien su vida tranquila y reposada espone a frecuentes accidentes que destruyen su salud y añiquilan antes de tiempo su constitucion.

La gimnástica, que muchos miran solo como una entretencion, es, pues, una práctica tan saludable como lo es la de los baños, que hoi parecen estar cobrando toda su importancia.

Aire, agua, movimiento, son sin duda todo el secreto de la buena salud.

En cuanto al aire, todos procuran salir a respirar el puro y suave de los campos, sin preocuparse, sin embargo, de buscar en las ciudades los medios de conseguirlo en condiciones semejantes. Por lo que respecta al agua, el uso de los baños y abluciones va lentamente jeneralizándose, aunque se descuida de un modo lastimoso la natacion. Pero en lo referente a la gimnástica, el progreso es mui insignificante y no tenemos noticia de que se haya tratado de hacerla aplicable a la mujer.

Tiempo es ya de ir pensando en introducir esta mejora, no solo en los establecimientos de educacion, sino tambien en los hogares. La vida *horriblemente* sedentaria que lleva la mujer entre nosotros está dando ya sus frutos, y si no fuese por interes hácia la bella mitad de nuestra especie, por el que debe inspirarnos el deseo de que las jeneraciones no continúen en la decadencia a que marchan, seria menester trabajar con empeño por remediar el mal con la posible oportunidad.

Por donde quiera que tendamos la vista hoy no vemos sino débiles y enfermizas niñas que uno tiembla al contemplar que están llamadas a ser madres de familia. Y ese temor es muy justo, pues estamos viendo a cada momento sucumbir víctimas de su deber a delicados seres que pudieron llevar una vida lozana y robusta si no se hubiese descuidado por completo su educación física. ¡Cuántas que hoy también las madres pueden gozar la dulce satisfacción de serlo una vez más amamantando a sus hijos! Pocas, muy pocas, y ¡cuántas todavía de las que lo intentan no son víctimas de su buen deseo! Y todo ¿por qué? Es preciso no cansarse de repetirlo, porque no se quiere comprender, o si se comprende no se practica, que el movimiento es una ley natural tan imperiosa casi como la que nos manda alimentarnos y vestirnos. Pero ya que se desatiende esta ley, es indispensable dar el alerta a los padres de familia advirtiéndoles que deben tener presente a cada instante que no en vano nos dotó la naturaleza de miembros y vínculos de tan variado uso.

A la manera de una máquina que, abandonada, se deteriora y deja pronto de servir para su objeto, el hombre necesita de toda su actividad para conservar en toda su integridad la armonía de sus funciones. Esta es una verdad trivial que nadie pone en duda que pocos practican, sin embargo, pero de la cual nadie se acuerda tratándose de la mujer. Como si su constitución no fuese en todo análoga a la nuestra, se tiene la pretensión de que la mujer se conserva bien y puede cumplir su delicada misión sobre la tierra permaneciendo sujeta, como el molusco a su concha, a la habitación que ocupa. Apenas si abandona de cuando en cuando su morada, y entonces, o lo ejecuta casi siempre en carruaje, o sale para hacer un ejercicio insignificante.

De esa vida poltrona en sumo grado resulta naturalmente la débil complexión de nuestras mujeres, debilidad que va haciéndose cada día más notable i que ya empieza a ser una verdadera i alarmante calamidad pública.

¡Qué distinto sería si los padres de familia, si las directoras de colejos prestasen un poco de atención a la educación física de sus hijas i alumnas! La saludable práctica de unos pocos ejercicios y evoluciones efectuadas cada día con método y orden, el uso de algunos sencillos aparatos de aquellos que constituyen lo que se llama *gimnástica de salón* cambiarían completamente el vicio que hoy se deplora.

Como se ve, la reforma no es ni difícil ni costosa; es simplemente de paciencia y de afectuosa solicitud.

¿Por qué no iniciarla entonces?

El gobierno debería dar el ejemplo, ya que en nuestro país, uno de los más escasos de iniciativa, toda innovación se espera de él. Establézcase como obligatoria en las escuelas públicas de niñas la gimnástica, y pronto se adoptará el sistema en los demás establecimientos.

No se trata, volvemos a repetir, de desarrollar exajeradamente las fuerzas de la niña; no se trata tampoco de que adquiera suma destreza para ejecutar ciertas pruebas de agilidad. De ninguna manera. Lo que pretendemos es que ejercite sus músculos y nervios, a fin de que fortifique su cuerpo y adquiera la energía necesaria para soportar las pruebas de la vida; que sin perder la sensibilidad, que es su más preciado adorno, abandone sí esa sensibilidad nerviosa y enfermiza, que tanto la mortifica, y que es el resultado de sus hábitos de completo reposo; en fin, que sin sacrificar la belleza de sus formas, adquiera al contrario más gracia, esbeltez y elegancia.

No queremos estendernos más sobre esta materia, porque eso nos conduciría muy lejos, y porque creemos que si ella ha sido tan descuidada, ha sido más por incuria y falta de atención, que porque se desconozca su importancia y utilidad. Ojalá, sin embargo, que otros, con conocimientos en el asunto, trabajaran por efectuar un cambio en nuestras costumbres en lo relativo al punto de que nos ocupamos. Ello no puede ser más interesante, pues que se trata nada menos que de salvar de la debilidad, del raquitismo y de todo género de enfermedades a las generaciones que han de venir. Que nuestra previsión no se limite a lamentar el mal, sino que se esmere en aplicar el remedio.

Por nuestra parte nos contentamos, ya que nada más podemos, con dar el grito de alarma, creyendo que, sea o no escuchado y aprovechado, habremos siempre cumplido con un deber.

Toca a otros, a los médicos sobre todo, ponerse al frente del movimiento y empeñar una verdadera campaña contra los funestos resultados del lento suicidio a que hoy se condena a la mujer.

D. F.

---

## LORD BYRON. (1)

## Sobre su muerte.

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO).

Estamos en junio de 1824. Lord Byron acaba de morir. Se nos pide nuestro parecer sobre Lord Byron, y sobre Lord Byron muerto. Qué importa nuestro parecer? Para qué escribirlo, a ménos que se suponga que es imposible a cualquiera no poder decir algunas palabras dignas de ser conservadas en presencia de un poeta tan grande y de un acontecimiento tan grande? Si damos crédito a las ingeniosas fábulas del Oriente, una lágrima se vuelve perla al caer en el mar.

En la existencia particular que nos ha formado el gusto por las letras; en la tranquila rejion a donde nos ha llevado el amor de la independencia y de la poesía, la muerte de Byron ha debido impresionarnos, de cierto modo, como una calamidad doméstica. Ha sido para nosotros una de esas desgracias que tocan de cerca. El hombre que ha dedicado sus dias al culto de las letras siente estrecharse el círculo de su vida física al mismo tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un pequeño número de seres queridos ocupan su corazon, miéntras que todos los poetas, muertos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas, se apoderan de las afecciones de su alma. La naturaleza le habia dado una familia, la poesía le ha creado una segunda. Sus simpatías, que tan pocos de los seres que lo rodean despiertan en él, van a buscar, mas allá de los tiempos, mas allá de los espacios, algunos hombres a quienes comprende y por quienes se siente digno de ser comprendido. Miéntras que en la rotacion monótona de los negocios y de las costumbres, la muchedumbre indiferente le roza y le toca sin llamar su atencion, se establece, entre él y estos hombres dispersos que su inclinacion ha escojido, íntimas relaciones, y comunicaciones, por

(1) Jorje Gordon Lord Byron, baron del Reino Unido, nació en Lóndres, en la calle Holles, el 22 de enero de 1788. Murió en Missolonghi el 19 de abril de 1824, a las seis de la tarde. (*Nota del traductor*).

decirlo así, eléctricas. Una dulce comunidad de pensamientos lo une, como un lazo invisible e indisoluble, a estos seres escojidos, aislados en su mundo, como él lo está en el suyo; de suerte que, cuando por casualidad encuentra a uno de ellos, una mirada les basta para revelarse el uno al otro; una palabra para penetrar mutuamente en el fondo de sus almas y reconocer su igualdad, al cabo de algunos momentos; estos dos seres estraños están unidos como dos hermanos alimentados con la misma leche, como dos amigos que han experimentado la misma desgracia.

Permítasenos decirlo, y si es necesario, glorificarnos de ello: una simpatía de esta especie nos arrastraba hácia Byron. No era ciertamente el atractivo que el jénio inspira al jénio; nó pero era a lo ménos un sentimiento sincero de admiracion, de entusiasmo y de reconocimiento, pues se debe reconocimiento a los hombres cuyas obras y cuyas acciones hacen latir noblemente el corazon. Cuando se nos anunció la muerte de Byron nos pareció que se nos habia arrebatado una parte de nuestro porvenir. No hemos renunciado sino con amargura al placer de mantener con Byron una de esas amistades poéticas que nos es tan dulce y tan glorioso cultivar con la mayor parte de los principales espíritus de nuestra época; le hemos dirigido este bello verso con que un poeta de su escuela saludaba la sombra jenerosa de André de Chenier.

*Adieu, donc, jeune ami que je n'ai pas connu.*

Y puesto que se nos ha escapado una palabra sobre la escuela particular de lord Byron, no estará de mas examinar qué lugar ocupa en el conjunto de la literatura actual, a la que se ataca como si se pudiera vencerla, a la que se calumnia como si se pudiera condenarla. Espíritus falsos, hábiles para cambiar todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error bien singular. Han imaginado que la sociedad presente estaba espresada en Francia por dos literaturas enteramente opuestas; es decir, que el mismo árbol llevaba a la vez dos frutos de diferente especie; que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Pero estos enemigos de las innovaciones ni aun se han apercibido de que creaban así una lójica enteramente nueva. Continúan siempre hablando de la literatura que llaman clásica como si aun viese, y de la que llaman romántica como si estuviese a punto de perecer.

Estos doctos rectóricos, que proponen sin cesar cambiar lo que

existe por lo que ha existido, nos recuerdan involuntariamente el Rolando loco del Ariosto, que ruega encarecidamente a un caminante que le acepte una bestia muerta en cambio de un caballo vivo. Rolando, es cierto, conviene en que su bestia está muerta, añadiendo que ese es su único defecto. Pero los Rolandos del pretendido jénero clásico no han llegado aun a esta altura en cuanto a juicio o buena fé. Es necesario, pues, arrancarles lo que no quieren conceder y declararles que no existe hoy sino una sola literatura, así como no existe sino una sociedad; que las literaturas anteriores, a pesar de dejar monumentos inmortales, han debido desaparecer y han desaparecido, en efecto, con las jeneraciones cuyas costumbres sociales y cuyas emociones políticas han manifestado. El jénio de nuestra época puede ser tan bello como el de las épocas mas ilustres, pero nó el mismo, pues no depende de los escritores contemporáneos resucitar una literatura pasada (1), así como no depende del jardinero hacer rejuvenecer las hojas del otoño sobre las ramas de la primavera.

Es preciso no engañarse; es inútil, sobre todo, que un corto número de pequeños espíritus traten de llevar las ideas jenerales hácia el funesto sistema literario del último siglo. Este terreno, naturalmente árido, está seco desde largo tiempo atrás. Además, no se continúa los madrigales de Dorat despues de la guillotina de Robespierre, y no es en el siglo de Bonaparte en el que se puede continuar a Voltaire. La verdadera literatura de nuestra época; aquella cuyos autores son proscritos del mismo modo que Aristides; aquella que, rechazada por todas las plumas, es adoptada por todas las lirás; aquella que, a pesar de una persecucion vasta y calculada, ve desarrollarse todos los talentos en su esfera borrascosa, como aquellas flores que no crecen sino en lugares en que baten los vientos; aquella, en fin, que reprobada por los que deciden sin meditar, es defendida por los que piensan con su alma, juzgan con su espíritu i sienten con su corazón; esta literatura, decimos, no tiene el aire licencioso i descarado de la musa que cantó al cardenal Dubois, aduló a la Pompadour y ultrajó a nuestra Juana de Arco. Ella no interroga ni al crisol del ateo ni al escalpelo del materialista; no pide al escéptico esa

(1) Es necesario no perder de vista, al leer esto, que por las palabras *literatura de un siglo*, debe entenderse, no solo el conjunto de las obras producidas en ese siglo, sino también el orden jeneral de ideas y de sentimientos que, muy a menudo sin haberle los mismos cantores, ha presidido en su composicion.

balanza de plomo cuyo solo interes rompe el equilibrio; no conoce ni la adulacion ni la injuria; no presta seducciones a la mentira; no quita su encanto a las ilusiones; estraña a todo lo que no es su verdadero fin, impele la poesia hácia las fuentes de la verdad; su imaginacion se fecunda por la creencia; sigue los progresos del tiempo, pero con paso grave y mesurado; su carácter es sério, su voz melodiosa y sonora; es, en una palabra, lo que debe ser el pensamiento comun de una gran nacion despues de grandes calamidades: triste, grande y relijiosa. Cuando es necesario no vacila en mezclarse en las discordias políticas para juzgarlas o apaciguarlas. Pues ya no estamos en el tiempo de las canciones bucólicas y no es la musa del siglo diez y nueve la que puede decir:

*Non me agitant populi fasces, aut purpura regum.*

Esta literatura, sin embargo, como todas las cosas de la humanidad, presenta en su unidad misma su lado sombrío y su lado consolador. Dos escuelas se han formado en su seno, que representan la doble situacion en que nuestras desgracias políticas han dejado sucesivamente a los espíritus: la resignacion y la desesperacion. Ambas reconocen lo que una filosofia burlona habia negado: la eternidad de Dios, la inmortalidad del alma, las verdades primordiales, las verdades reveladas; pero aquella para adorar, ésta para maldecir. La una lo ve todo desde lo alto del cielo, la otra desde el fondo del infierno. La primera coloca en la cuna del hombre un ángel que encuentra aun sentado a la cabecera de su lecho de muerte; la otra rodea sus pasos con demonios, fantasmas y apariciones siniestras. La primera le dice que sea confiado, porque jamas está solo; la otra lo atemoriza, aislándolo sin cesar. Ambas poseen el arte de bosquejar escenas y de trazar figuras terribles; pero la primera, tratando de no destrozár jamas el corazon, da aun a los mas sombríos cuadros no sé qué reflejo divino; la segunda, procurando siempre entristecer, derrama sobre las imágenes mas risueñas como un resplandor infernal. La una, en fin, se parece a Emmanuel, dulce y fuerte, recorriendo su reino sobre un carro de fuego y de luz; la otra es el soberbio Satanás (1), que arrastró tantas estrellas en su caída cuan-

(1) Esto no es sino una simple comparacion, que no podria justificar el título de *Escuela Satánica* con que un hombre de talento ha designado la escuela de Byron.

do fué precipitado del cielo. Estas dos escuelas gemelas, fundadas en la misma base, y nacidas, por decirlo así, en la misma cuna, nos parecen especialmente representadas en la literatura europea por dos ilustres jénios: Chateaubriand y Byron.

Al salir de nuestras prodijiosas revoluciones, dos órdenes políticas luchaban en el mismo suelo. Una sociedad vieja concluía de desplomarse, una nueva principiaba a elevarse. En aquella ruinas, en ésta principios. Lord Byron, en sus comentarios fúnebres, ha manifestado las últimas convulsiones de la sociedad agonizante; Chateaubriand, con sus sublimes inspiraciones, ha satisfecho las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno es como el adiós del cisne a la hora de la muerte; la voz del otro es parecida al canto del fénix renaciendo de sus cenizas.

Por la tristeza de su jénio, por el orgullo de su carácter, por las borrascas de su vida, Lord Byron es el tipo del jénero de poesía cuyo poeta ha sido. Todas sus obras están profundamente marcadas con el sello de la individualidad. El lector ve siempre pasar una figura activa y sombría en cada poema, como a través de un crespon de duelo. Sujeto algunas veces, como todos los pensadores profundos, a la vaguedad y a la oscuridad, tiene palabras que sondéan toda un alma, suspiros que refieren toda una existencia. Parece que su corazón se entreabre a cada pensamiento que brota de él, como un volcán que vomita llamas. Los colores, los goces, las pasiones no tienen para él misterios, y si no es necesario ver los objetos sino a través de un velo, muestra sin disfraz las rejiones ideales. Se le puede reprochar el haber descuidado absolutamente el orden de sus poemas, defecto grave, pues un poema que no tiene orden es un edificio sin armadura, un cuadro sin perspectiva. Lleva igualmente muy lejos el desden lírico de las transiciones; y a veces sería mejor que este retrato tan fiel de las emociones interiores arrojase sobre las descripciones físicas, claridades menos fantásticas y matices menos vaporosos. Su jénio se parece muy a menudo a un paseante sin destino fijo que sueña marchando y que, absorto en una meditación profunda, no conserva sino una imájen confusa de los lugares que ha recorrido. Sin embargo, aun en sus obras menos bellas, esta caprichosa imaginación se eleva a alturas a las cuales no se puede llegar sin alas. En vano el águila fija sus ojos sobre la tierra; no conserva sino la sublime mirada cuya extensión llega hasta el sol. Se ha pretendido que el autor del *Don Juan* pertenecía, por un lado de su espíritu, a la escuela del autor del *Cándido*. Error!

Hai una diferencia profunda entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no habia sufrido.

Esta seria la ocasion de decir algo sobre la vida tan borrascosa del noble poeta; pero, en la incertidumbre en que estamos sobre las causas verdaderas de las desgracias domésticas que habian amargado su carácter, preferimos callar, temiendo que nuestra pluma se estravie contra nuestra voluntad. No conociendo a Byron sino por sus poemas, nos es dulce suponerle una vida digna de su alma y su jénio. Como todos los grandes hombres, ha sido ciertamente presa de la calumnia. Solo a ella atribuimos los rumores injuriosos que por tanto tiempo han acompañado al nombre del ilustre poeta. Ademas, aquella a quien mas han injuriado sus ofensas ha sido, sin duda, la primera en olvidarlas en presencia de su muerte. Esperamos que lo haya perdonado, pues no somos de los que piensan que el odio y la venganza tengan algo que grabar sobre el mármol de una tumba.

Y en cuanto a nosotros, perdonémosle aun sus faltas, sus errores y hasta las obras en que ha parecido descender de la doble altura de su talento y su carácter; perdonémosle: ha muerto tan noblemente! ha caido tan bien! Parecia en su muerte un belicoso representante de la musa moderna en la patria de las musas antiguas. Jeneroso ausiliar de la gloria, de la libertad y de la relijion, habia llevado su espada y su lira a los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas, y ya el peso de sus laureles hacia inclinar la balanza en favor de las desgraciadas Helenas. Le debemos, nosotros particularmente, un profundo reconocimiento. El ha probado a la Europa que los poetas de la nueva escuela, aunque no adoran los dioses de la Grecia pagana, admiran siempre sus héroes, y que si han abandonado el Olimpo, a lo menos no han dicho adios a las Termópilas.

La muerte de Byron ha sido recibida en todo el continente con señales de un dolor universal. El cañon de los griegos ha saludado sus restos, y un duelo nacional ha consagrado la pérdida de este extranjero entre las autoridades públicas. Las orgullosas puertas de Westminster se han abierto como por sí solas para que la tumba del gran poeta vaya a honrar el sepulcro de los reyes. Sin embargo, ¿lo diremos? En medio de estas gloriosas pruebas de la afliccion jeneral, hemos tratado de ver qué solemne testimonio de entusiasmo rendia Paris, esta capital de la Europa, a la heróica sombra de Lord Byron, y hemos visto que algunos dias despues de su muerte se

representaba en no sé qué teatro del boulevard no sé qué bufonada de mal tono y de mal gusto, en que este noble poeta figuraba personalmente bajo el ridículo nombre de *Lord Tres-Estrellas*.

Valparaiso, diciembre 24 de 1873.

GUILLERMO 2.º LINACRE.

---

## LA VENGANZA DEL MOVIMA (1).

---

No sabe ningun mortal  
El fin que le guarda el Cielo...  
LARRA.—(FIGARO.)

### I.

De *Santa Ana* la mision en territorios colinda con la *nacion Cayuvava*, que en *Exaltacion* habita; siendo éste el último pueblo situado sobre la orilla del *Mamoré*, cuyas aguas al *Madeiras* se deslizan.

Desde ese punto, subiendo algunas leguas arriba, y a la márjen del *Jacuma*, que al gran *Mamoré* le brinda sus tributos abundosos, se ofrece, pues, a la vista la poblacion de *Santa Ana*, compuesta de los *movimas*.

A tal nacion pertenece *Torone*, que justifica su alto rango de *cacique* con su dignidad altiva, que, ilesa siempre, mantuvo como un blason de familia; pero al fin, con torpe extremo, lo afrontó la tiranía.

Un hombre de esos cuitados, en cuya moral domina con los instintos despóticos la mas insana codicia, por entonces gobernaba la malhadada provincia, e hizo a *Tonore* un ultraje de aquellos que no se olvidan.

Rebelóse el pueblo aquel contra el mandon, quien sus iras le manifestó triunfante, pues sañudo lo victima, profanando con sus armas aun el templo do se asilan algunos de los rebeldes, entre quienes se sabia haber estado el cacique. A éste, ya preso, le asignan mil azotes por castigo, y la ejecucion se activa.

(1) La breve leyenda siguiente ofrece, con la mayor verdad aun en los menores accidentes, la narracion de un hecho ocurrido en Móxos cuando en aquella comarca del Beni el autor se encontró de confinado político en 1851.

El digno Tonore, entonces, su fortuna sacrifica proponiéndola en rescate de una pena que lo humilla. La propuesta es aceptada con irónica sonrisa, mandando que los haberes allí en el acto se exhiban.

Unas cien vacas presenta el sentenciado y las libra a la voluntad del jefe, que a contarlas se autoriza como propiedad ya suya, diciendo que las estima a una res por cuatro azotes; y exige más todavía. Su caudal en pesos godos también presenta el *movima*, que a unos seiscientos asciende, declarando desprovista su casa de más haberes, y que enajenar la vida, si eso bastante no fuese, réstale solo en el día.

—¡Bien! esclama el tiranuelo, ordenando se reciba para su bolsa, al instante, esa suma que le brindan y que él computa a dos pesos por cada azote. En seguida manda se apliquen trescientos a tan jenerosa víctima.

Fue cumplido aquel mandato, denunciando cuán inicua es la ceguedad de un hombre que en el poder se estravia por lograr a todo trance la fortuna que codicia: abusos que con el tiempo la mano de Dios castiga.

Tanta iniquidad produjo en esos pueblos tal ira, que, sublevados de nuevo, al mandatario derriban y usan con él de un rigor cuyo espectáculo indigna, pues lo escarnecen feroces y en cadenas lo cautivan.

## II.

Tres canoas de *benianos* surcaban el Mamoré, de Exaltacion descendiendo bien tripuladas las tres. Prisionero en una de ellas va el mandatario que fué de la comarca el espanto. Su segundo va también preso en otra de las barcas; militar de algun valer en otro tiempo y ligado al despotismo despues.

En la embarcacion tercera, que boga detras, de pié plantado como un coloso, un indio, que al parecer es jefe de la escuadrilla, sobre la popa se ve. La espedicion, ordenada por un jóven holandés,—que en el militar servicio de Bolivia tuvo pré,—de oculta horrible venganza fué la sujestion talvez.

Las navegantes canoas, en rápido curso, van por el anchuroso rio, hondo en partes como el mar, y en cuyos verdes ribazos, de constante soledad, árboles que cuentan siglos esperan al huracan que a su paso los derribe; cual derriba la maldad la mas sólida ventura que en años de largo afan sobre el campo de la vida labrarse supo un mortal.

De esos bosques ignorados arranca el viento fugaz, con las flores y las hojas, un susurro musical que grato o triste parece, según el ánimo está del viajero transeunte por la planicie fluvial. ¡Ah! de la selva, aquel día fué siniestro el susurrar!

Llevando rumbo al *Tacare* navega la expedición, triste lugar de proscritos, donde una tribu feroz, bajo sus selvas, errante habita sin lei ni Dios! Confinados a tal punto van esos hombres, que son de edad y salud lozanas, y a quienes la suerte dió facultad de hacer el bien; mas solo hallaron vigor para pesar sobre un pueblo como fatal maldición. La venganza, horrenda furia que el Averno vomitó, el blanco de su sevicia hizo en tanto de los dos, cuyos errores el cielo solo castigar debió. Pero *la venganza es dulce!* claman con terrible voz seres que anhelan impíos saciar el torpe rencor.

De Exaltación no bien lejos la flota se hallaba en fin; por el curso del gran río yendo en rápido desliz a tocar en un remanso llamado de *San Martín*. La canoa capitana, haciendo entonces oír de tambor redoble rítmico, mandó contener allí el empuje de las otras... y, horroriza el referir la acción trágica y tremenda que en obediencia servil en tal punto los remeros cumplieron con negro ardid. A una señal del cacique vuelcan las canoas...y... sálvanse a nado esos hombres tras su maniobra tan vil, en tanto que a los caimanes van a ofrecer un festín los cadáveres de aquellos que, en condición infeliz, con el peso de los grillos fueron al fondo a morir...

---

En manos de la justicia el cacique victimario cayó, en fin, y lo condenan o morir en un cadalso como alevoso asesino. El juicio ya terminado y aprobada la sentencia por los tribunales altos, próximamente en capilla a entrar iba el desgraciado.

### III.

Sombrío el cielo, difunde tal tristeza en la llanura, que del campo la verdura toma pálido color. En el ámbito distante sombras siniestras parecen las selvas, y aun enmudecen las aves en derredor.

Grave silencio de muerte domina allí por do quiera: no se mece la palmera ni el arroyo tiene voz—a cuya orilla plantado un hombre, sin movimiento, mide en raudo pensamiento la hora que pasa veloz.

Es corpulento aquel hombre, alto y de aspecto salvaje; blanca

túnica (1) por traje lleva que le baja al pié. De ese hombre el alma se aviene con esa tarde tan mustia; que acaso con honda angustia cercano su fin ya ve.

Su cabeza está desnuda: vagos sus ojos pasea como anhelando una idea de esperanza o salvacion; o los hunde en los confines de la pampa misteriosa... hai en su alma alguna cosa que escita la compasion.

Desde punto no apartado, yo testigo de la escena, crujió oigo la cadena que lleva el mísero al pié,—cuando moviendo su paso de allí alejarse lo veo, bien guardado, porque es reo y horrendo su crimen fué.

A la muerte sentenciado por un aleve homicidio, a su lóbrego presidio vuelve aquel hombre a jemir... Si está su fin tan cercano, la noche tambien avanza ofreciendo a su esperanza... una tumba en que dormir...

#### IV.

Al que, en las ondas de un rio  
 Por encono tan impío  
 A otros diera sepultura,—  
 Vino—¡y el ejemplo aterra!—  
 A sepultarlo en la tierra  
 Un torrente de la altura.

A esa tarde triste y pálida en que, abismado en su duelo, a la márjen del riachuelo del pueblo de Trinidad, vióse un hombre custodiado que al pié cadenas tenia, larga noche sucedia de tremenda tempestad.

Fueron torrentes de lluvia los que con perenne estruendo sobre la tierra cayendo en noche de tanto horror, inundaron la llanura de la capital de Móxos para presentar despojos de un diluvio destructor.

A la siguiente mañana la luz del sol ilumina de un edificio la ruina junto a un campestre arrabal:—era la cárcel:—y hallaron los viandantes con asombro, sepulto entre tanto escombros el cadáver de un mortal.

Asi por su propio fallo, Dios, severo en su clemencia, puso fin a

(1) Es un grande camison de jénero de algodón blanco la vestidura de los naturales de la provincia de Móxos y llámanle allí *tipoi*.

la existencia de aquel vengativo ser: y la infamia de un suplicio que mas que el morir lastima, por vez segunda el *Movima* no tuvo que padecer.

Escrito sobre el propio lugar del suceso, en setiembre de 1851.

RICARDO BUSTAMANTE.

---

## EL VOLCAN SANGAI.

---

Desde el principio del siglo han sido visitados los volcanes de la América Ecuatorial por alguno de los viajeros que han recorrido la Nueva Granada y la antigua provincia de Quito. Hánse explorado el Tolmá, el Puracé, el Pasto, etc., y por los análisis hechos en sus cráteres se han formado nociones precisas sobre la naturaleza de los fluidos eléctricos emitidos por los focos volcánicos. En efecto, en todas las salidas de esos focos se ha comprobado una incesante produccion de gas ácido carbónico, de vapor acuoso, de vapor de azufre, de ácido hidrosulfúrico, y accidentalmente de gas ácido sulfuroso, cuando el azufre evaporizado se inflamaba al contacto de la atmósfera.

En 1846 se reconoció por primera vez el interior del cráter del Pichincha por M. Wisse, el cual envió al Instituto un trabajo mui notable sobre la topografía de ese volcan, situado a algunos kilómetros de la ciudad de Quito; pero en el momento de volver a Europa, el atrevido viajero realizó el proyecto que habia formado de visitar el Sangai, que es el volcan mas activo del Ecuador.

El Sangai, al Sur de Riobamba, está ligado con la vertiente de los Andes que envia sus aguas al rio de las Amazonas. Segun la tradicion, su aparicion no dataria de mas allá de 1728; pero, cuando ménos, es probable que en aquella época el volcan salió súbitamente de un largo reposo, manifestando una intensidad que se ha mantenido hasta nuestros dias. Durante todo el tiempo que Bouguer, Godin y La Condamine pasaron en el Ecuador, donde habian ido encargados por la Academia de las Ciencias para medir tres grados del meridiano, el Sangai aparecia ya durante la noche como una señal de fuego o como un fanal. «Yo gozaba, dice La Condamine, en su diario de viaje, en la oscuridad de la noche del espectáculo que presentaba el volcan de Sangai, mas inflamado que nunca. Todo un

lado de la montaña parecia ardiendo como la misma boca del volcan, del cual fluia un torrente de azufre y betun inflamados que se abrió un cauce por en medio de la nieve de que está siempre coronado el foco ardiente.

Este torrente lleva sus olas al rio de Upano, donde hace morir á los peces á una gran distancia. El ruido del volcan se suele oir en Guayaquil, que dista de él mas de cuarenta leguas en línea recta.

Por esa relacion se ve que hace un siglo, diez años despues de su aparicion, se hallaba el Sangai en un período de actividad verdaderamente extraordinaria. El ruido que hace aun hoi se oye con mucha frecuencia. Cuando el terremoto que conmovió durante cinco minutos casi toda la Nueva Granada, es decir, mas de 30,000 leguas cuadradas, la trepidacion del suelo fué seguida de esplosiones que se sucedieron por espacio de cuatro minutos y a intervalos de tiempo muy regulares. Tambien se atribuyeron al Sangai las fuertes detonaciones que se oyeron casi continuamente en 1842 y 1843 sobre las costas del Océano Pacífico comprendidas entre San Buenaventura y Paita.

Oigamos al sabio académico M. Boussingault contar a la academia la visita que M. Wisse hizo al volcan:

“El viajero salió de Riobamba el 21 de diciembre, acompañado de uno de sus alumnos, y bien pronto caminaron sobre tierras consolidadas por una vejetacion herbácea de las mas vigorosas. Despues de un vivaque indispensable, el 24 por la mañana se pusieron en marcha en medio de una densa niebla, siendo tal la oscuridad, que no tenian para dirigirse otro guia que el ruido de las detonaciones. Mas tarde vieron elevarse de la cima del volcan una larga columna de humo, y algunos instantes despues una esplosion formidable pareció saludar la bienvenida de los audaces turistas.

“Desde entonces la ascencion presentó grandes dificultades a causa de la pequeña superficie de las aristas, y solo arrastrándose pudieron llegar a 900 metros de la cima. Desde aquel punto el camino fué mas fácil: la montaña era cónica, y aunque su pendiente era mas rápida, se elevaron hasta una distancia vertical de trescientos metros de la boca del volcan. Imposible fué ir mas lejos, porque la capa de ceniza por donde trataban de subir se desprendia de la capa subyacente y se deslizaba a lo lejos con el viajero.

“Los proyectiles lanzados por el volcan siguen la vertical, y en su mayor parte vuelven a caer en el cráter. Su número no es considerable, pues M. Wisse lo calculaba en cincuenta en una erupcion

fuerte. El humo que acompaña una esplosion sube en espesas columnas, cuyo color varía del gris al amarillo anaranjado. Las detonaciones son enteramente comparables a las del trueno, y precede a las erupciones un ruido sordo o una especie de bramido. En una de las erupciones extraordinarias, el ruido, de estremada intensidad, era seco y sin eco, de manera que parecia un fuego de batallón. La actividad del Sangai es tal, que en una hora se contaron 267 esplosiones.

"Las cenizas son el producto principal del Sangai; cubren la cima cónica del volcan; con su color casi negro le dan el aspecto mas siniestro; forman el suelo circunvecino, sobre un espesor de ciento a doscientos metros y en un rádio de seis leguas; y con frecuencia son trasportadas a una distancia de mas de quince leguas. Además, estas cenizas parecen mui favorables para la vejetacion, por lo que el terreno, tan sumamente árido sobre la antiplanicie de Riobamba que se cultiva allí el cactus de cochinilla, se va mejorando a medida que dista menos del volcan. Hai, sin embargo, un límite a esa mejora, y es que en la vecindad inmediata del cráter y en tiempo de sequía, las plantas se hallan continuamente cubiertas de un polvo mui ténue. En todo el radio de actividad del volcan se amontonan las cenizas sobre las ramas y las hojas, exactamente como la nieve en las rejiones del Norte.

Virjilio nos ha dejado un admirable cuadro de las erupciones del Etna.

¡Cuántas veces hemos visto su cráter vomitar globos de fuego y rocas liquidadas!"

La descripción que M. Wisse nos da del Sangai, aunque no tan poética, no presenta un interes menos vivo a los jeólogos, y la comisión académica cuyo mui competente relator era M. Boussingault, la ha juzgado digna de figurar en su *Recopilacion de los sabios estranjeros*. El volcan americano merece tambien por sí mismo ese honor académico, pues por su belleza, por la grandeza y la multiplicidad de sus erupciones, sostiene perfectamente la comparación con el volcan de Sicilia, con ese terrible Etma bajo el cual fueron sepultados vivos Enceladio y Tifon, y que servia de fragua a Vulcano y los cíclopes para forjar los rayos de Júpiter.

LA REDACCION.



**AL PIE DE LOS ANDES.**

(EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA EVELINA ROSSI.)

Del hondo valle sube  
 Vaporosa neblina,  
 Ondeante velo y pintoresca nube  
 Que abraza dando sombra a la colina.

Luego en rotos vellones  
 Por el espacio vagan  
 Luces de esas fantásticas rejiones,  
 Y de ellos deslizándose se apagan.

Yo os miro hácia la altura  
 Subir, vapores leves,  
 Y en los Andes, que envidian vuestra albura,  
 Sepulcro hallar en sus eternas nieves!

Que todo lo creado  
 Nace, vive, se eleva;  
 Y hombre y astro, vapor, rayo, nublado,  
 Halla en cimas ignotas vida nueva.

1872.

GUILLERMO MATTA.

**A RICARDO PALMA.**

Dices mui bien, Ricardo; escoba al chinche  
 A quien ninguno conoció en la escuela,  
 Y quiere con su torpe cantinela  
 Al sábio darle sin cesar berrinche.

Que en su impotencia mísero relinche  
 Porque ha leído insustancial novela!  
 Déjalo pavonearse; y que la abuela  
 Del crítico cuadrúpedo nos cinche.

Qué nos importa, si en el mundo hoi día,  
 Tanto aquí como allá por esos trigos  
 Es el talento la mayor joroba;

— Pero en las playas de la patria mia,  
 Hai reptiles del mérito enemigos  
 Que vierten su veneno hasta en la escoba!

RÁFAGO.



## DESALIENTO.

Bellas voces del alma, lira amada,  
Rayo de inspiracion que el bardo siente  
Cuando crea mil mundos de la nada  
Y otro universo en la inspirada mente.

Cuán triste os digo adios, ora que siento  
En mi pecho esas voces vibrar solas  
Como los ecos de aquilon violento,  
Como los ayes de agitadas olas!

Armónico instrumento que a mi mano  
Tan dócil y sonoro parecias;  
Nunca tus cuerdas he pulsado en vano;  
Tú fiel mis impresiones traducias.

No a mísero capricho está sujeto  
El númen celestial vida del alma.  
Ordenad a ese mar que se esté quieto,  
Que no produzca miel aquella palma.

Sin saber cantan las pintadas aves,  
Sigue su curso rápido el torrente,  
La flor derrama su perfume suave,  
Suspira entre las ramas el ambiente.

Y siguiendo esa lei de la armonía  
Que dirige los cielos y la tierra,  
El corazon exhala en poesía  
Cuanto de bello y delicado encierra.

Y hoi que a mas alta inspiracion me entrego,  
La negra envidia con furor de hiena  
En mi pecho sofoca el sacro fuego  
Y a perpétuo silencio me condena.

Piensa ese monstruo que una blanca estrella,  
Iluminando el suelo que yo piso,  
Me brinda dichas con su lumbre bella  
Y convierte mi vida en paraíso!

Y por eso los tetricos semblantes,  
Y esas torvas sonrisas que me hielan,  
Y esas lenguas de acero fulminantes  
Que ~~vida~~ y alma anodadarme anhelan!

*lira*  
¿Qué importa, empero, al águila altanera  
Que en raudas alas por el éter jira,  
De insectos mil la turba vocinglera,  
Si nunca abajo de sus plantas mira?

Qué importa al pensamiento, rei del orbe,  
Llenar con sus sonidos el ambiente,  
Si en su estrecha prision todo lo absorbe,  
Si dentro de sí mismo es elocuente?

Cantando el ruiseñor en la floresta  
Sin saber que obedece a la natura,  
Qué auditorio le escucha, no le inquieta,  
Ni busca en el aplauso la ventura.

Dioses de la armonía, yo os invoco:  
Para extinguir la voz en mi garganta.....  
Para callarme mi valor es poco;  
Para cantar mi voluntad es tanta!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

## LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

—Sí, es verdad; por sí o por nó..... Qué se ha perdido? Yo también, como tú, he recibido una carta de Lima; ¡a Dios gracias no se me niega en ella una blanca mano, pero el resultado es el mismo!

—Te contestó tu tío?

—Me escribe una carta llena de consejos, pero consuelos nada. Destino no hai; sobre el dinero que le pido para poner la imprenta, juzga el proyecto descabellado. Por fin, concluye con su eterno tema: por holgazan te has quedado sin una carrera..... Etcétera, etcétera, diré yo como tú.

—Es preciso que nos vayamos pronto, dijo Florencio. Esta vida me es insoportable: el sastre me atosiga, el botero se va haciendo insolente, los perfumeros..... esta jente no comprende que hai para ellos la mejor voluntad.

—Sí, dices bien, Florencio; vamos pronto. Copiapó es nuestro único recurso. Un amigo, recién llegado de por allá, me ha informado de aquella sociedad. Espero que allí haremos suerte.

Quince dias despues, los dos amigos salian para Valparaiso y se embarcan en la *Bella-Margarita*, que los arroja náufragos en las costas de Copiapó.

### III.

Al despertar el siguiente dia, cuando en vez del camarote estrecho de la *Bella-Margarita*, se encontró Florencio en un dormitorio confortable, sus ideas se trocaron, y, sin poder coordinar una sola, se incorporó en la cama mirando en torno suyo.

—Qué es esto? exclamó al ver a Emilio en su lecho al otro extremo del aposento.

—Qué ha de ser, hombre! que te has ahogado.

—Yo?

—Tú: y a no ser por un valiente pescador que te ha salvado, de seguro que habrias hecho un mal viaje.

—Ah: ya recuerdo..... y el buque?

—Se fué a pique dos horas despues de abandonado.

—¿Ha perecido jente?

—Nó.

—Se salvaron los equipajes?

—¡Buena pregunta! Te digo que es un milagro que tú y yo no estemos juntos con ellos en el fondo del mar.

—Todo perdido! exclamó Florencio con triste acento. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Calla, hombre, y da gracias a Dios de estar en este mundo: lo demas no faltará. ¿Sabes que me pesa, al verte vivo, haber llorado por tí?

—Has llorado por mí?

—¡Vaya! Cuando te traíamos en la balsa como un muerto, te creí perdido. La cosa no era para menos; ¡y aquella mujer! ¡qué interesante y valiente!

—De qué mujer hablas?

—De la mujer del pescador. Mas tú nada has visto... Pero...

Siento penetrar hasta aquí un cierto olor que me abre el apetito: deben de estar almorzando. Por lo pronto pensemos en vestirnos...

—Y con qué? murmuró Florencio lanzando un suspiro; luego añadió: mi frac! y los pantalones color perla! sin usarlos y aun sin pagarlos...

—Bagaleta, hombre! piensa en que, aunque mal, ya hemos llegado. Pronto la vista de las piñas de plata nos va a hacer olvidar el lance de anoche. Y diciendo esto, Emilio ajitó una campanilla que vió junto a su cama sobre una mesa. Un sirviente se presentó.

—Al patron, que venga.

Pocos momentos despues apareció éste.

—Oh! dijo, saludando a los jovenes y acercándose a la cama de Florencio. ¡Lo que es una naturaleza jóven! qué mejor ha amanecido usted!

—Solo que me siento algo débil, contestó Florencio.

—Y que estamos poco menos que Adan cuando amaneció en el paraíso, añadió Emilio.

—Desean ustedes vestirse ya?

—Sí, señor, y para esto lo he llamado. Tráiganos usted aquí, cueste lo que cueste, todo lo necesario para proseguir nuestro viaje hasta Copiapó.

—Está bien, señor, dijo el patron, y salió apresuradamente.

Una hora despues, almorzaban los dos amigos alegremente, recordando del naufragio tan solo las escenas cómicas. Comprendiendo cuánto realce daria a sus personas, en este nuevo teatro, su posicion de víctimas de la suerte, se ocupaban en calcular el modo como podrian esplotar mejor el lado romántico del naufragio.

---

## CAPÍTULO QUINTO.

### LA PLACILLA.

#### I.

Ningun trabajo, por duro y penoso que sea, puede igualar al que le ha tocado en suerte al minero. En efecto, nada hai mas atroz que la vida del hombre, que, en todo su vigor y en la mas bella época de su existencia, se soterra bajo las profundidades de esas cavernas que se llaman minas. Allí el hombre entregado a un trabajo, puede decirse, superior a su frágil organizacion, falto de aire

para sus pulmones, destruye su naturaleza y abrevia los dias de su ser. Allí el minero, dando un quejido a cada golpe de su combo, humedece las estrechas paredes del cerro con su abundante sudor, el que vuelve a caer sobre sus espaldas gota a gota convertido en una lluvia de hielo.

Para este ser no hai dia. El débil resplandor de la vela, que perenne le acompaña en sus tinieblas, guia escasamente la punta de su barreta.

Como si esto no bastase, el minero no solo soporta la rudeza de su labor, sino que arrostra la misma muerte valiéndose de la pólvora para pulverizar la gigantesca montaña de granito. Cada mecha que enciende produce un estruendo espantoso y pone en peligro su vida. Mas él, a sangre fria, espera el terremoto que ha formado bajo las entrañas de la tierra. Feliz si tiene tiempo de ponerse a cubierto y escapar de los millares de fragmentos que, desprendidos de las rocas, cruzan en todas direcciones las ámbitos de la caverna.

En verdad que hai mucho de heróico en la resignacion diaria de esos hombres que se someten a su destino voluntariamente; que abandonan el dia, un hermoso sol, el aire puro, la dicha misma sobre la faz de la tierra, y, medio desnudos, con un capacho de herramientas a la espalda, descienden a sepultarse en el abismo, estribando apenas sus piés en estrechas *patillas* formadas en las rocas y cuyo menor desliz los conduce a una muerte instantánea.

Habitnado a vencer dia a dia los mas grandes peligros y a arrancar de los nativos criaderos el precioso metal soberano del mundo, el minero se forma un tipo peculiar; se hace osado y jeneroso hasta rayar en temerario y pródigo. El dinero que gana con tanto sacrificio pertenece a sus amigos o a su querida. Es noble, pero vengativo por instinto. Si se le ofende saca del ceñidor su certero puñal y hiere; con la misma facilidad se atraviesa y recibe un tajo por defender quizás a un desconocido.

Su traje es tan estraño como sus costumbres. Un calzoncillo blanco de lienzo, ancho y flotante, orlado de meñaques, le baja hasta el empeine del pié; otro de lana oscuro mas angosto le llega solo hasta la rodilla.

Un coton grueso rayado, algo echado hácia atras, le deja descubierto el cuello y parte del velludo pecho.

Rodea su cintura con una faja de cuero blanco y flexible que se ensancha hácia atras y estrecha sus caderas. Sobre esta faja ciñe

una banda de lana lacre. Completa, en fin, su vestido con un bonete rojo triangular caído hácia la oreja, unas ojotas de cuero y la bolsa de cabrito que cuelga del ceñidor.

El hábito de subir y bajar pendientes peligrosas, llevando grave peso sobre sus espaldas, da a su marcha ordinaria un aire descompasado. Lleva siempre el cuerpo inclinado hácia adelante y forma al andar tal ruido que anuncia de antemano su presencia. El cuchillo y la manta colgada al hombro forman su predilecta e imprescindible hacienda.

## II.

Al pié del mineral de Chañarcillo hai una poblacion sostenida por esta clase de jente. Se compone de ventas portátiles, de fondas, billares, chinganas, canchas de bolas, y, en fin, de toda especie de chiribitiles de reposo o distraccion para el minero. Este pueblecito se llama la *Placilla*. La Placilla es el cielo del minero, la aurora de sus noches, el olvido y anhelo de su trabajosa semana. Allí juega, bebe, pelea, baila, enamora, está en su elemento. Allí reina él; la autoridad del patron, asi como la del juez, han quedado arriba, sobre el cerro.

Allí no reconoce mas lei ni rei que su dinero. Llevando provista su bolsa, es allí insolente o jeneroso. Por lo demas, con su dinero se proporciona allí, aunque a peso de oro, cuanto puede apetecer el gusto mas civilizado.

El minero se embriaga, pero nó con vil chicha o aguardiente, sino con superior brandy o coñac. Bebe el espumoso champaña, busca el refrijerio en la cerveza de Bass o en los ricos jarabes, y se regala con las frutas delicadas del Perú y con los dulces de Guayaquil o de Santiago.

El que viaja por aquellos lugares no puede dejar de sorprenderse al ver a estos hombres de rostro atezado empuñar con su callosa mano la blanca taza de porcelana de Sévres y saborear en ella, o el rico té Pechó, o el fragante café de la Moka, bebidos al traves de sendas volcanadas de un habano de primera regalia. Por lo jeneral, todos estos regalos de cultura solo los goza el minero cuando baja a la Placilla el domingo o en algunas noches de turno. El lunes todo ha concluido: él se encuentra en el interior de su mina con la misma puntualidad que un soldado en su puesto.

## III.

En una taberna de la Placilla resonaba un domingo la armonía del arpa unida a una voz femenina.

Era ya entrada la noche. La taberna estaba alumbrada por dos faroles pendientes del techo. En un ángulo de la sala se veía un pequeño meson cubierto de botellas, cubas de orchata, arrollados de chanco y fuentes de aceitunas, matizados ambos del picante ají, predilecto estimulante del minero. Todo esto confundido entre vasos y copas de todas dimensiones. Frente al mostrador estaban colocadas las mesas de servicio, e inmediatas a ellas había *poyos* de adobe fabricados cerca de la quincha, que servían de asiento a los bebedores.

Al otro extremo de la taberna, entre hurras y groseros dichos, bailaban algunos mineros la popular *zamacueca* con infelices mujeres arrojadas con horror del seno de las poblaciones centrales del país, y llevadas entonces a Copiapó por la codicia de los especuladores. La cantora era una muchacha todavía hermosa, a despecho de su marchitada fisonomía y del colorete que la desfiguraba. Los mineros le daban el sobrenombre de Rosicler.

Rosicler, que así la llamaremos, se veía a cada instante interrumpida en su oficio de cantora: ya un espaldado barretero, echándole el brazo al cuello, la ponía tambaleando un vaso de licor en los labios, o ya un *apircillo* imberbe la convidaba a beber derramando el contenido de la botella sobre su pañuelo de espumilla color rosa. Esta mujer punteaba su arpa, bebía, cantaba, pero su pensamiento parecía fijo en otra parte. Sus miradas no se apartaban de la puerta por donde entraba y salía la multitud. Un hombre apareció por fin y fué directamente hácia la cantora.

—Cuánto has tardado! le dijo ésta al verlo. Ya estaba desentornada de pura impaciencia.

El hombre a quien fueron dirigidas estas palabras era un moce-ton de 24 años, alto y bien formado; vestía pantalón y chaqueta de paño azul, chaleco de algodón pintado, camisa blanca de cuellos grandes y tiesos, zapatos bien cortados, y sombrero guarapon de paja fina.

—Me he llevado en el bodegon de enfrente, contestó el recién llegado. A no haber visto entrar al Macizo, a pique estaba de no haber venido. Ya sabes que no me gusta que ese hombre te requiebre:

—Estás loco? contestó ella riendo; ¿tienes celos del *Macizo*, apesarse.....

—Aquí me tienes, mi alma, dijo una voz fuerte y ronca a la espalda de la cantora.

Esta se volvió contrariada y recibió a boca de jarra el repelente tufo de un odre animado.

—De esta hecha no te me escapas aunque te metas en los planes de la Descubridora.

El moceton frunció el ceño y se sentó en un banco al lado del arpa.

El que así hablaba era un minero rechoncho, membrudo, de ancho pecho, piernas y brazos musculosos, cuello corto y grueso, cara y cabeza diformes y de un color bronceado, que, aunque comun a los de su oficio, le daba un aspecto feroz.

Este era el *Macizo*, sobrenombrado así por la solidez de su organización.

—Déjame en paz, dijo la cantora dando vuelta la cara hácia otro lado.

—¿Que te deje en paz? ¡Me gusta la moza! Ayer almíbar y hoi hiel, eh? Y diciendo esto acerca su feo rostro al de aquella desgraciada. Al instante, su rival le da tan fuerte empujón que le derriba sobre el arpa, la que rodó hecha pedazos.

Furioso el minero, se levanta y toma por el cuello a su agresor. Una lucha cuerpo a cuerpo de las más encarnizadas se traba en el acto. Las mujeres animan al jóven, los hombres al minero. La tabernera grita por su arpa, la cantora por su amante. ¡Arriba! ¡Abajo! ¡Bien! ¡Otro! ¡Mas fuerte! son los gritos que se oyen en la taberna. Ya el jóven sucumbia bajo los poderosos puños de su adversario, cuando una diestra maniobra le coloca encima, y entónces sacude aquel sobre el minero una lluvia de puñadas. Creyendo ya sin duda buena la ración, se levantó, volviendo desdeñosamente la espalda a su enemigo. Viéndose libre el *Macizo* y silbado por sus camaradas, saca ciego de ira su puñal y se avanza a sepultarlo en la espalda del jóven. Un asesinato habria tenido allí lugar si una fuerte mano no hubiera detenido el brazo del homicida.

El que tan a tiempo desviaba el golpe, era un hombre jóven, de tez blanca, cabellos rubios, esbelto y elegante en su traje de minero, que vestia con graciosa soltura. En todo su porte se dejaba ver cierto aire de distincion. Todas las mujeres le rodearon y los mineros se preguntaban ¿quién es? ¿a qué mina pertenece? No faltó quien

asegurase que era un barretero ingles. Entre tanto, habian sacado fuera al Macizo. La cantora habia desaparecido. La muchedumbre, ya sin el halago de la música y sin la esperanza de gozar de otra pendencia,] fué desbandándose en busca de otro tambo. El minero rubio tomó a su protegido por el brazo y se dirijió a una de las mesas.

## IV.

—Segun creo, amigo, dijo aquel a su protegido, es el anisado el que prefieres.

—Venga anisado, contestó éste limpiándose el sudor de su frente con un fresco fular.

La tabernera, gruñendo de enojo por el perjuicio que recibia por causa del moceton, puso sobre la mesa cuatro botellas.

—A tu salud, Silo! dijo el minero empinando un vaso de cerveza.

Silo, pues era el mismo, detuvo el vaso de aguardiente que ya rozaba sus lábios.

—¡Cómo! dijo; ¡recien nos vemos y ya sabes cómo me llamo, y hasta el licor que me gusta?

—Yo te conocia sin que tú lo supieses.

Silo pareció satisfecho con esta respuesta y apuró su vaso.

—¡Vamos! otro, a la salud de la Rosicler, dijo el minero volviendo a llenar los vasos.

—Por una uña no me despachurra ese diablo, dijo Silo.

—Cuéntame, hombre, ¿cómo ha sido eso?

—Es de que, donde usted me ve, amigo, yo tengo mis ideas, contestó Silo frunciendo el ceño. Yo le he quitado a la Rosicler..... ella me quiere y.....

—Ya entiendo, hombre, y tienes celos del Macizo; no es eso?

—Yo no sé, dijo Silo llenando el tercer vaso.

—Pero dejando esto, dime ¿porqué has abandonado el Pueblo de Indios: ¿ya no eres leñador?

—Nó.

—Qué haces?

—Nada.

—Vamos, Silo; entre amigos no debe haber secretos. Yo sé que tienes un oficio, bien lucrativo, por cierto.

—Cuál?

—El de *cangallero*.

—Silo lanzó una ruidosa carcajada diciendo:—La erraste.

Su interlocutor dijo friamente:

—Me alegro, porque yo me intereso por tí, y he venido aquí a prevenirte que he oído que ante el juez del Huasco te han denunciado como vendedor de ricas piedras de plata sin tener mina conocida.

Silo abrió tamaños ojos y apuró en silencio otro vaso.

—Y tú sabes, prosiguió el minero, que a un *cangallero* se castiga como un ladrón.

—Voto a!..... yo ladrón! exclamó Silo dando un puñetazo sobre la mesa. ¿Quién ha dicho eso?

—Hombre, no hai que atufarse! Te daba este aviso por tu interés; pero si te ofende no se hable más de ello.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Silo meditaba. Su compañero parecía observarlo con atención.

—Camarada, dijo al fin Silo, apurando el quinto vaso de aguardiente; ¿quién es usted?

—Ya lo ves, un minero.

—Tienes las manos de una dama, dijo Silo mirándole con desconfianza.

—Es que una grave enfermedad me ha privado por mucho tiempo del trabajo, y..... No quiero entristecerte con penas ya pasadas.

—Tienes razón, hombre; cuando uno está delante de las botellas no hai que pensar mas que en divertirse, ¿no es esto, mi rucio? Y Silo dando traspies se paró a traer mas licor. Estaba borracho.

Su compañero aseguró las botellas temiendo diese con ellas en el suelo, y le llenó su vaso. Pero Silo, en vez de echárselo al cuerpo, se empeñó en que su amigo lo bebiese. Este se resignó y apuró el vaso.

—¡Viva mi minerito! exclamó Silo bebiendo a su vez.

—¡Viva la Rosicler! le contestó el minero, y viva la mina rica que tienes oculta!

—Quién te ha dicho eso, bribón? balbuceó Silo con voz aguar-dentosa.

—Silo, yo lo sé todo; ya te he dicho que te conozco.

—Eres el diablo, dijo Silo; y luego añadió haciendo el último esfuerzo:—No es cierto: no soi el que me crees; yo soi leñador, me llamo Silo Godileo y nada mas. Echa aquí, y Silo estendia su vaso con mano temblorosa.

—Nó, te doi más, dijo el minero apoderándose de las botellas.

—Que no he de beber?

—Hasta que me digas dónde está la mina.

—Compañero, yo soi jeneroso..... echa aquí..... yo te llevaré.

—Dime dónde está. Yo no quiero ir.

—Mas aguardiente, yo pago, dijo Silo haciendo sonar dinero en sus bolsillos.

—No beberás, le dijo con enerjía el minero.

Aquí se trabó una escena curiosa entre los dos. Silo forcejaba en vano por arrancar la botella de manos de su compañero, se enfurecia, se desgarraba sin piedad los cabellos, hasta que en su desesperacion derribó la mesa con todo lo que habia sobre ella.

Entónces se calmó y prorumpió en amargos sollozos. Su compañero, aprovechándose de esta crisis, le dijo con acento dulce:

—Amigo mio, responde: en qué sitio se encuentra la mina. Te daré cuanto quieras, beberemos siempre juntos.

—Echa aquí, le interrumpió Silo sin dejar de lagrimear.

—Y me responderás?

—Yo te quiero, contestó Silo.

—Acuérdate que te he salvado la vida.

—Sí, cierto, tú me salvaste la vida..... echa aquí..... despues te diré.

El minero le colmó el vaso, y luego que Silo lo hubo apurado hasta las heces, le dijo:

—Ya te he dado gusto; hablemos ahora en razon.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

---

## REVISTA DE LA QUINCENA.

---

Siempre lo mismo; ¡cuán fastidioso es el tiempo con su inmutable carrera, y cuán molesta es la lei que en mala hora se impuso naturaleza! ¡Nacer para morir! he aquí el gran trabajo de la humanidad. Tan presto nos inclinamos sollozando sobre una tumba, como sonreimos llenos de esperanza, al borde de una cuna.

Pocos dias há la cuna para recibir al año de 1874 estaba preparada; cada individuo contribuyó a formar el gran canastillo del recién nacido; los unos con la alegría del alma, el placer, la felicidad; los otros con lágrimas y decepciones, y cuántos con indiferencia! de estos últimos no han sido

los ménos: a medida que se avanza en la vida parece que el año nuevo envejece. No sé quién decia que el año nuevo y los helados eran inventados para la juventud.

¡Oh! juventud! qué no se ha inventado para tí! Tú con la cabeza orlada con las flores de la esperanza, la melena flotante, la mejilla sonrosada, tersa la frente, sonriente el labio, todo, todo lo llevas en tu marcha lijera y voluptuosa, ménos la esperiencia, único patrimonio que nos queda a los que ya fatigados nos sentamos bajo el árbol que ha blanqueado la escarcha. Allí el viento que silba nos parece siniestro; vemos el cielo, las nubes, todo el firmamento cubrirse de fúnebres nieblas. Miramos en torno nuestro: el bosque está marchito, la pradera muerta, los árboles están desnudos, el invierno nos rodea. El invierno de la vida está en nosotros, él ha helado nuestro corazon; la juventud se ha ido. Cada año nuevo que llega nos lleva una hoja de esa preciosa edad, ya tan fujitiva como encantadora.

Entre tanto, la estacion veraniega toma lo que es suyo; los huéspedes de la capital invaden nuestras calles, dando con su presencia un aspecto festivo a nuestro mercantil Valparaiso. En esta quincena se han inaugurado los bailes de salon y las tertulias a bordo, los baños principian a estar concurridos, el teatro lleno, aunque no se deja sentir aun el entusiasmo que despertó la actual compañía en Santiago; mas ¿qué son las salvas y las hurras ante las pesetas? Humo que se evapora con los miasmas del gas que ilumina la escena. Teatro lleno: hé aquí lo que la empresa necesita.

La temperatura se ha mostrado galante en esta última semana; parece que el cielo, la tierra y el océano se hubieran propuesto agradar a las bellas santiaguinas. Solo falta que se le ocurra a alguna sirena del mar o alguna ballena de la misma rejion aparecer en nuestra bahía para amenizar las distracciones de este verano.

Nada es imposible en la esfera de lo posible. Esto me hace recordar lo que presencié en el puerto de Caldera y que a vuelo de pluma voi a referir.

Era el mes de enero, época en que las familias de Copiapó y lugares a la redonda acuden a Caldera a gozar de la temporada de baños.

Eran las doce de una de esas preciosas noches de luna; no se oía en la poblacion otro ruido que el de las olas al besar suavemente las arenas de la playa. Una voz interrumpió el silencio; no era la voz de una sirena: era la de un pescador que corria por las calles gritando que habia allí cerca del muelle visto una sirena. El chango llamado por el capitán de puerto, fué interrogado y se supo que nada habia visto, pero que habia oido una voz que le parecia no era de este mundo.

Dos dias despues el ferrocarril doblaba sus viajes: la poblacion de Copiapó se trasportaba al puerto para oír a la fabulosa sirena de los mares.

Dadas las doce de la noche, hora en que el fenómeno se hacia sentir, una

multitud compacta y curiosa llenaba el muelle y sus alrededores. La jente de clase se embarcaba en botes y lanchas y aun pasaba a los buques para poder gozar de aquella encantada melodía. ¡Mas qué era aquello? Era en verdad una armonía atrayente, eran los acordes de un dulce instrumento; era todo lo que se quiera, menos la voz de una mujer. Ora creíamos escuchar el dulce y melancólico armonium, ora un órgano de tan poderosas voces que si los acordes pasaban bajo una de las lanchas, el pecho de los oyentes sufría una penosa impresion y el bote se agitaba conmovido. Aquellas voces cambiaban de lugar bajo las aguas con una rapidez vertijinosa, por lo que nos inducimos los pensadores a creer que la sirena era un pez que tenia en la garganta un instrumento capaz de derramar notas a torrentes y en todos los diapasones de la armonía; en una palabra, era un pez armónico.

El año que ha pasado ha sido de prueba para la Iglesia Católica Romana; la separacion de la Iglesia y del Estado, es cuestion que preocupa a todas las clases de la sociedad.

De temer es que el pais no se encuentre aun a la altura que se requiere para llevar a cabo tan delicada innovacion. Talvez aun no ha nacido el Cristo que venga a dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Otro de los caractéres con que se distingue nuestra época es la tendencia a jeneralizar en todas las clases de la sociedad, la educacion superior y la aficion por las artes y las ciencias tanto en pobres como en ricos. Desde el miserable cuarto hasta en el espléndido salon, se pretende estimular el gusto por las sanas nociones del arte, sin duda para contribuir a aumentar el capital intelectual de nuestras sociedades. Por desgracia, o mas bien por dicha, no es fácil vulgarizar entre el pueblo nociones que si bien elevan a los ricos, pueden arrojar a los pobres en el ocio, la miseria, y aun en el crimen. Verdad es que todos somos iguales, como ha dicho con mucho acierto un educacionista de la capital. Mas tambien es cierto que mientras haya desigualdad de capitales habrá desigualdad de condiciones, y habrá sabios y habrá ignorantes.

El hijo del rico puede aprender todo aquello que contribuye a elevar su intelijencia, a recrear su imaginacion; estudiar todo aquello que haga su existencia útil y feliz, en tanto que el hijo del pobre solo puede aprender lo que le proporcione mas pronto y seguro el pan de cada dia.

No es este el lugar a propósito para discutir tan importante cuestion; solo es de desear que se tenga mas respeto y entera confianza en la experiencia y sano criterio de las madres de familia que inspeccionan las escuelas de niñas.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

## RÁPIDA VISTA SOBRE LA LIRA BOLIVIANA. (1)

---

### I.

No es la época presente la de los libros de poesía.

Todos los espíritus, atentos hoy a las convulsiones políticas y sociales de allende y aquende los océanos, universalmente se preocupan entre nosotros de la tan seria necesidad de fijar las bases del bienestar futuro de los pueblos ibero-americanos en el estudio de sus intereses económicos, en su democrática instrucción y educación industrial, en el fomento de la población mediante las inmigraciones extranjeras y la colonización, que supriman el desierto; en el comercio que, a par de un regulado sistema en los consumos, desarrolle la actividad productora; en el aprovechamiento del tiempo para obtener con ménos esfuerzo mayores productos del trabajo; en la abreviación, en fin, de las distancias por medio de rápidos vehículos de comunicación, con segura tendencia a realizar la grande obra de la unidad del mundo, y con ello, el pensamiento cristiano de la fraternidad humana. En una palabra: el *vapor* material, aplicado a la mecánica para procurarse las fruiciones de la comodidad, ha desterrado algún tanto en el ser racional los *vaporosos* encantos del alma, la moral satisfacción de las delectaciones espirituales.

Nadie ve, pues, con estrañeza que se vaya descuidando por todas partes sobre el suelo de América eso que el vulgo de las varias jerarquías sociales denomina, con la razón del tiempo, *los fuegos fátuos de la fantasía*, en tanto que la razón eterna habrá de llamarlo, con mas claro juicio, *los destellos luminosos del jenio*.

(1) Hace pocos años que, condescendientes al empeño de un chileno ilustrado, escribimos rápidamente, como correspondencia para el correo, el artículo que sigue.

Si entonces no convino su publicación a los propósitos de aquel, ahora que se nos presenta a la vista un borron conservado de nuestro escrito, y que la REVISTA DE VALPARAISO quiere darle acogida en sus páginas, nos atrevemos a pensar que no para todos será insignificante su lectura.

Por lo demas, lo que allí espresamos es el dictámen mui sano de nuestra conciencia personal, sin pretender reputarla por infalible.

Bien nos prometemos sin duda los americanos, con el intento de coronar dignamente al cabo la obra del progreso de toda naturaleza en nuestro continente, mantener en reserva hasta el momento oportuno el empeño de una dedicacion positiva a las bellas letras y bellas artes, como que son ellas evidentemente los florones de lucimiento en la diadema de una mui adelantada civilizacion. Entendemos, empero, que semejante designio es mas bien providencial y nó el efecto de un propósito humano. Asi se observa que poquísimos ingenios, entre aquellos notoriamente dotados de privilegiada vocacion para las artísticas concepciones de la poesía, se consagren a cultivarla con decision entre nosotros.

En su actividad progresista, nuestros hombres de talento lánzase de preferencia a surcar los mares del mundo intelectual en otros sentidos. Si vencido por la fuerza de la vocacion, alguno que otro preludia en la lira, asi que se siente privado del calor fecundante de una comunidad expansiva en el sentir poético, detiéndose desalentado; y con el convencimiento de estar su índole personal en desacuerdo con la actual dominante, se engolfa solitario en la contemplacion estéril de los actos ordinarios de la vida, sin levantar la mente a los horizontes de lo ideal para formular una inspiracion de su pensamiento en palabras armoniosas e inmortales.

La jóven nacion republicana que con el nombre del libertador de Colombia y del Perú, salió a figurar, despues de la gran victoria de Ayacucho en el rango de los estados soberanos, componiéndose del encumbrado territorio ántes conocido con el nombre de *Alto Perú*, es un pais en donde el espectáculo de grandiosos accidentes de la naturaleza, cabalmente infundir debia la mayor susceptibilidad poética en el espíritu de sus habitantes, haciéndolo fecundo para las inspiraciones de la fantasía. Y cosa estraña es en Bolivia, donde, a diferencia de otros pueblos de Hispano-América, se advierte la ausencia de esa característica disposicion del gusto, encarnada en el jenio patrio para las bellas artes, la poesía particularmente.

Adelante procuraremos esplicaciones acerca de lo que, presentando tan singular contraste, determina un fenómeno sicológico digno de ser observado.

Antes de nada hagamos constar la evidencia del hecho; y desde luego, sin mas preguntar, ¿cuál ha sido el nombre popularmente glorificado en el Alto Perú bajo la aureola del sacerdocio poético durante el régimen colonial? ¿Apareció despues, en los prolongados y solemnes instantes de la esforzada lucha de emancipacion, algun

ser predestinado para exaltar con sus cantos el ánimo heroico de los libres? ¿Quién, a las orillas del Cachimayo y Pilcomayo, esa tierra de La Plata, en las apartadas vegas del Piray, o en las verdosas faldas del Illampu y del Tunari, acaso en melancólico desahogo de los pesares de la esclavitud se lamentó de ella en alguna endecha que hoy nos sea conocida, o buscó el consuelo del espíritu cantando el amor y la naturaleza americana a vista de sus gigantes proporciones y tan variados como risueños coloridos? ¿Qué voz inspirada fervorosamente como la de *Rouget de L'Isle* respondió eléctrica desde la planta de las nevadas y mas altas cumbres de los Andes con una marcial armonía a los himnos entusiastas que en aquel tiempo universalmente resonaban por la estension del continente, ya levantándose en alas de los vientos desde la patria de Montezuma, ora de las múltiples riberas del grande Orinoco, o de las amenas márgenes del Guayas, en cuyas poéticas ondas refrescó su frente el cantor de Junin; ya, en fin, brotando del arrogante númen de los argentinos bardos, uno de los cuales con inmortal concepto convidaba a los mortales todos a oír, juntamente con el ruido de las cadenas rotas, el sacrosanto acento de la libertad?

Y a decir no se venga que en las comarcas del Alto Perú el terrorismo de la opresion española, allí, en efecto, mas estacionario y formidable, impuso silencio antes de la independenciam y a la hora de la lid, a espíritus que hubieron de sentirse estimulados por el aguijon del númen. Créase mas bien que si en parte alguna del país hoy llamado Bolivia, pudo haber entonces inteligencias susceptibles de inspiracion poética, a despecho de todo, sea bajo la lobreguez de los calabozos políticos, sea en el vivac de los campamentos o en el aislamiento claustral de los colejos, hubiéranse producido modulando y formulando en estro lírico sus ideas y patrióticos sentimientos, para despues echar la rima a vuelo sobre las esferas de la publicidad, así que viniese la hora propicia para ello durante la guerra libertadora, o bien tan solo al estar ella terminada.

¿Algo acaso conocemos como clásico testimonio para admitir una persuasion en contrario?

El asaz ilustrado en gusto y mui erudito editor de la AMÉRICA POÉTICA, cuando empenó sus prolijas investigaciones acerca de las producciones de poesía hispano-americana, a fin de que no se notara ausente de su coleccion, sobrado completa, a literato alguno que hubiese manejado el plectro, ya se concibe que no debió descubrir

un tesoro de la especie en los anales patrios de Bolivia de antes y despues de su ereccion en estado independiente, en tanto que de las repúblicas sus hermanas tomábase gran copia, segun aparece, de nombres ya famosos en el Pindo americano.

Asi fué en efecto; pues que a la sazón en que ese notable argentino preparaba en Chile los materiales para su interesante publicacion a que nos hemos referido, esto es, a principios de la quinta década de nuestra centuria, recién y casi al mismo tiempo aparecian preludiando sus primeros ensayos las tres entidades líricas que se ve figurar modestamente en tan solemne concurso literario como únicos representantes de la nacionalidad boliviana.

Recorriendo la pajinacion del acreditado libro *La América Poética*, encuéntrase en él, segun el órden alfabético, los nombres de tres bolivianos: *pacño* el primero, de Cotagaita o *potosino* el segundo, y *orureño* el tercero.

Sin modelos tradicionales en su suelo por los que recibir pudiesen la iniciacion en los misterios del castalio coro, abren como les fuera posible esas intelijencias, jóvenes por entonces, la era primera de la poesía patria.

Algún tiempo antes de la natividad de tal terno poético habíase escuchado en Bolivia la clásica voz de un vate sevillano de bien merecida fama. Don José Joaquin de Mora pudo allí crear con sus preceptos o solo su ejemplo una escuela de eficacísima influencia para lo posterior: mas no habia, ya lo sabemos, la competente disposicion de estro lírico en la juventud boliviana de entonces. Asaz fértil el terreno por la perspicaz intelijencia, no era al parecer apropiado para ese jénero de bella vejetacion.

No se vió, pues, ni aun pálidas imitaciones locales que manifestaran naciente aficion al arte, en ocasion tan feliz cuando un poeta de la importancia y nombradía de Mora ejercia dignamente en la sociedad boliviana las influencias del talento como hablista y versificador de primer órden.

Si en este lugar recordamos, a fin de que no se le estrañe, al doctor José Manuel Loza, de La Paz, en dictámen de justicia diremos de él, que sobrada buena voluntad tuvo para ser poeta. Mas está dicho:—*«Los poetas nacen.»*

Escribió el señor Loza algo sujeto a condiciones métricas, pero en la lengua de Horacio, algo que debe estimarse como mui buenos ejercicios escolares: se afaná por tener una lira y adquirió apenas un instrumento de cilindro como los organillos de mano; es decir,

que privado de ideal inspiracion llegó a poseer a fuerza de labor de pluma cierta especie de mecánica *pour le savoir faire* de su estilo mosaico. Lastimoso es que dotado de tanta paciencia; con esa constancia por el estudio; con el incansable afan de las lucubraciones literarias, y sobre todo ello con ese don del jénio: *la persistente voluntad en el empeño de llegar al fin que se quiere*, no hubiese tenido este literato pafeño talento y buen sentido bastante; que a tenerlos, seguro es que hubiera producido mucho, y obras acaso dignas de la inmortalidad.

Talvez algunas señoras de Chile conserven versos castellanos del señor Loza, que vimos hace muchos años escritos y firmados de su mano en los *Albums* cuyo uso estuvo entonces autorizado por la moda. Leer tales producciones y pensar que quien aquello exhibia por versos, soñaba probablemente, ha parecido mui lójico; siendo esto mui poca cosa visto lo desorientado de los conceptos, que bien guardaban filiacion de familia con uno mui conocido en el que, al escribir dicho literato un *canto en prosa* a una victoria de su amigo el jeneral Santa Cruz, vínole en antojo imitar a Olmedo cuando en el soberbio canto a la de Junin comparó la pujante impetuosidad de Lamar con la del poderoso elemento cuyo nombre tenia por apellido ese campeon de la independendencia americana. Loza decia:—"*Herrera, fuerte cual su nombre combatiendo.....*"—esto es, asimilaba la viril fortaleza del jeneral *Herrera* a la material del *hierro*, dando por sutileza poética y cosa bien hallada que el nombre de este metal fuese etimolójico de aquel patronímico.—Y sin embargo, la reputacion literaria de Loza no soportaba cotejo entre sus compatriotas, segun la opinion de algunos de ellos, y hasta el senado boliviano en 1855 le otorgó por decreto una medalla especial de oro en galardón de las producciones de su ingenio.

Allí donde falta vocacion verdadera para la poesia lo propio que en el pueblo pasion natural para gustarla con ese entusiasmo que revela el sentido del arte, falta igualmente concienzudo criterio sobre la materia aun en las intelijencias mas cultivadas.

En cuanto a criterio, ya se sabe que el de la contemporaneidad es cuasi siempre apasionado. Y conviene anotar en este punto una observacion nuestra que talvez hasta hoi no hubiese fijado la atencion de escritor alguno americano, como caso peculiar a nuestro suelo. La emulacion innoble de los propios compatriotas; las envidias de las medianias locales confabulándose entre sí, son las que tratan a menudo de aminorar en la opinion y oscurecer los méritos

de un contemporáneo que se distingue por sus talentos artísticos y literarios. Esto ha sucedido en todas épocas y en todas partes, pero mui especialmente en los pueblos *castellanos*, donde por desgracia aquellas indignas propensiones se encarnan en el carácter nacional. La posteridad que juzga desapasionadamente fué quien asignó a cada cual con mas o menos admiracion el lugar que intrínsecamente merecia. Y bien: para los poetas hispano-americanos parece que el juicio de la posteridad se encuentra a las puertas de la patria respectiva, en el caso de injusticia o victimacion por la envidia de los compatriotas coetáneos. Hablándose la misma lengua en muchas naciones, unas de otras independientes, las obras poéticas de la una léense en las demas por los intelijentes con imparcial criterio, y desligada completamente, en la consideracion, la persona de un autor del valor real de sus producciones, ya escite su lectura el placer simpático por lo bello y bien hablado, ya el tédio por lo insustancial, campanudo e incorrecto, ya la ironia por lo estravagante en concepto y forma.

Esto puede consolar y alentar a los poetas verdaderamente inspirados a quienes en su país las flaquezas de la emulacion local y la enemistad inexorable de la política patria, ciega de todo punto con la venda de la pasion, negasan el aplauso que justamente merecieran.

Loza no esperiméntó semejante ostracismo del afecto nacional. ¿Fué acaso por no ser en realidad una superioridad envidiable?—Fuera de Bolivia y de su época ¿cuál ha sido la importancia lejítima de Loza como escritor de ingenio a vista de las obras que ha dejado? La verdadera posteridad ya ha principiado para él con muestras de olvidarlo entre las sombras.

Si de la ciudad sombreada por el Illimani trasladamos la vista a la antigua metrópoli del saber escolástico en América, y allí buscamos en anteriores jeneraciones tipos literarios y poetas de númen, nada descubrimos que brille en la oscuridad de lo mui antiguo, siendo asi que debia encontrarse algo en la fuente donde era de suponerse que se hubiese bebido todo jénero de instruccion intelectual, y donde un Moxó, miembro de los Arcades de Roma y arzobispo de La Plata, pudo convidar con su ejemplo al cultivo de la poesia.

Viene allí al cabo a llamar nuestra atencion en la última jeneracion pasada el señor don Casimiro Olañeta, intelijencia a nuestro juicio altamente poética: pensamiento libre, febril y siempre ins-

pirado así como entusiasta por las bellezas literarias; traviesa imaginación que nunca buscara el reposo para meditar seriamente en algún trabajo de largo aliento; talento, en fin, fatalmente malogrado y que, en período ya distante de una época de demolición y de fogoso ímpetu revolucionario, hubiérase utilizado con brillo dejando en provecho de su país una huella de verdadera gloria.

Empero, el señor Olañeta, que a quererlo pudo ser un poeta eminente, no pretendió al lauro de tal ni por la veleidad siquiera de su jenio.

Sin mentar otras notabilidades de la ciudad universitaria, concluiremos fijando la consideración en el conocido señor Serrano, personaje a quien cupo entre varios antecedentes honorables el de haber redactado el acta de independencia del Alto Perú, documento de primer orden por su calidad histórica y en el que la crítica del momento tacha el estilo ampuloso de una época de fervor liberal un tanto amanerada al tono jirondino, elocuencia en verdad muy ajena del gusto moderno.

Lijeros informes que recojimos acerca de aquel prohombre boliviano diéronnos campo a pensar que tuvo afición al culto de Polimnia; mas efectivamente no conocemos sus obras en verso, y a solo apreciarlo por la muestra que dejó de este género y hemos visto sobre la piedra de su sepulcro, es decir, por su propio epitafio elaborado con anticipada prolijidad, debió ser su númen de lo muy mediano.

*Se apagó la luz de su vida  
Alumbrando a su patria querida.*

Forma incorrecta como trivial, y concepto pobre y mal zurcido a la vez que de muy necia pretensión, es todo ello. Omitimos demostrarlo mediante el análisis del criterio, porque la obra no vale la pena del prolijo exámen que de ella hicimos en otra ocasión.

Añadiremos por último que cuando el general don José Ballivian logró ceñir sus sienes con el laurel de una victoria nacional, no tuvo fortuna igual a la de Bolívar y del general ecuatoriano Flores, cantados por un Olmedo, ni a la de Alvear y demás adalides argentinos cuyo triunfo en Ituzaingó celebró en lírico acento uno de los Varela.

Cierto es que existe impreso algo con pretensiones de *canto lírico* a la batalla de Ingaví; producción boliviana de aquel tiempo, sin firma de autor, en lo cual anduvo éste mejor inspirado que en la ejecución de ese tejido de mal rimados y peor metrificados ver-

sos, y que para su mayor baldon contiene, entre una u otra línea, verídicos versos *ad pedem litteræ* hurtados a Martínez de la Rosa de su canto a la defensa de Zaragoza.

¿A qué afanarse buscando mayores testimonios para evidenciar la ausencia del ingenio poético en Bolivia anteriormente, no soplando aun hoy día sobre aquella atmósfera social de una manera natural o característica las brisas de la inspiración?

Allí no falta quienes con las manías epidémicas del tiempo se esmeren por ser *poetas*, enjaretando versos buscados con mas o menos trabajo, con mas o menos gusto, con poca maestría siempre: pero falta el dote principal, *la espontaneidad nativa del nùmen*, esa hada invisible que al niño Víctor Hugo hablábale al oído para que, sin él darse cuenta del fenómeno, se produjese en conceptos, imágenes y palabras que revelaban el habla de los dioses.

## II.

No recordamos si hubo ya quien observase en el jenio característico de los montañeses muy escasa propension a producirse en las formas poéticas que la misma naturaleza y el arte convencional han consagrado para la pintura literaria de las emociones del corazón o de las percepciones de la fantasía. En la índole intelectual de los naturales de las tierras bajas sucede todo lo contrario: ahí abundaron siempre los canoros ruseñores y esas eminentes notabilidades en todos los gremios de lo bello artístico.

Si las comarcas alpinas, mas elevadas o montañosas que las demas de Europa, produjeron como única escepcion acaso entre gran número de filósofos, naturalistas y jeómetras un *Gesner*, sobresaliente poeta por sus idilios; si el *ciego de Morven*, cubierto con los brumosos velos de sus nativas montañas, cantó las proezas de su padre *Fingal* y los infortunios de su estirpe, adquiriendo despues la celebridad a cuya luz lo sacó tantos siglos mas tarde, y a manera de fabuloso hallazgo, su compatriota Macpherson, ello tomarse puede como una singularidad entre todo lo conocido en el grande océano de la poesía universal, salvándose alguna otra escepcion que a nuestra atención escapase en este momento.

Pero tampoco pretendemos constituir tal hecho por regla de condicion infalible: nuestra observacion campea sobre las jeneralidades. Por otra parte, la naturaleza fué siempre lejisladora absoluta de sí propia en su accion jenerativa; poseyendo misterios que no alcan-

zamos: y no en pocas ocasiones acostumbró sujetarse a variaciones tanto mas sorprendentes cuanto menos fueron esperadas o previstas.

Sea de esto lo que fuese, lo indudable segun se nota mas a menudo es que la vivacidad de imaginacion ha sido mucho mas pronunciada y fecunda en los moradores de las llanuras o de los lugares menos levantados sobre los niveles marítimos: la misma fácil y numerosa elocuencia que los distingue revela cuánta es en ellos, relativamente a los otros, la preponderancia de aquella facultad de la inteligencia.

El montañés, naturalmente grave y siempre mas profundo y sólido, fué tambien menos expansivo. En familiaridad constante con los soberbios espectáculos de la accidentada y grandiosa naturaleza en cuyo centro nació, se ha desarrollado y vive, ya no le causan ellos admiracion exaltando su fantasía. O quizas sus poéticas impresiones, de ordinario melancólicas e impregnadas de ascetismo, sériamente se encarnan para él en el sentimiento mui íntimo, quedando asi escondidas en su alma; y pensar en darles salida bajo de galana forma literaria para recreo de ajenos espíritus, será en su manera especial de sentir, una ridícula profanacion o un proceder bien nécio.

Si esto es asi, de instinto y nó por deliberado propósito puede considerarse que hai en el caso cierta clase de pudor natural diremos, semejante al de esas naturalezas adustas que, creyendo amenegar su condicion de *espíritus fuertes* si dejan ver que tambien hai en ellos una fuente de lágrimas, las reprimen con esfuerzo en los récios pesares de la vida; pesares mas dolorosos aun por lo mismo de negárseles asi su natural desahogo. Luego el hábito forma naturaleza; y el *espíritu fuerte* siente al fin embotada su sensibilidad con tanto ejercitarse aquella violenta represion, asi como en el grave montañés el sentir poético a fuerza de disimularlo, cual si su emision fuese pueril ostentacion de las secretas sensaciones del alma, se torna inerte, esto es, deja de existir.

La reconcentrada melancolía del montañés, imponiéndole mudez tan absoluta, hizolo propenso a las afecciones *nostálgicas* que mas en especial se le reconocen como una condicion morbosa de su espíritu.

En la montaña, mientras el pasajero accidente de la tempestad estruendosa no viene a provocar sus ecos, todo es taciturno: los pajonales jimen como en secreto cuando el viento los azota: las

aves mismas revoloteando sobre los empinados riscos o entre los vapores nebulosos que a veces los encapotan, dejan oír apenas de tarde en tarde y por toda vocalización esos flébiles e ingratos chirridos, tan desemejantes al delicioso gorjeo de los gárrulos y alegres volátiles que pueblan los bosques y las lozanas vegas de las tierras bajas.

Las emociones poéticas que sobre el espíritu derrama la naturaleza agreste en los montes son tan solemnes, vigorosas y profundas, que su más elocuente expresión es el silencio. O todos los montañeses desconocen por inercia el sentimiento poético, o son poetas esencialmente mudos.

En alguno de sus viajes llegó Dumas a encontrarse en el centro del más imponente paisaje que jamás hubo contemplado: estático lo admira y aprovecharse quiere de aquella momentánea predisposición de su ánimo hondamente conmovido para esplayar sobre el papel una concepción lírica tan sentida, tan en armonía con lo que a sus maravillados ojos deleitaba, que hubiera de ser ella la eléctrica y más luminosa centella de su ingenio. El empeño es infructuoso. Su lira enmudece. Su imaginación desconcertada se abate en el silencio de la impotencia. Al cabo de tan inútiles fatigas debió conformarse el acreditado fecundo escritor con anotar en su cartera el fenómeno de la esterilidad del arte a la vista de las escenas de la creación que vivamente impresionaron al pensamiento. Observación que también la experiencia ha sujerido a otros pensadores sancionándose por consecuencia el caso de que el poeta logra formular con belleza artística la significación ideal de sus impresiones morales, o las ópticas de su fantasía en ausencia solamente de los cuadros naturales que las motivaron.

Hé aquí algún tanto explicada, bajo de diversas y hasta opuestas faces, la razón de ese extraño contraste: *la falta en Bolivia de nùmen poético*, manifestado por obras nacionales de bella literatura, en tanto que debiera ser abundante fuente de inspiraciones el espectáculo de la naturaleza local tan bella y prodijiosa. Algo más abundaremos a este propósito.

Existe, cual acabamos de apuntar, muy esencial diferencia de condiciones psicológicas entre el llanero y el serrano: es la misma que se advierte entre el andaluz y el vizcaino, o entre un natural del reino de Valencia y un montañés de las Asturias.

Concretando la observación de tales diferencias jeniales a los hispano-americanos, hallaremos en su carácter iguales condiciones

diverjentes: las hai entre el arjentino o venezolano, por ejemplo, y los nativos en las cordilleras bolivianas u otras comarcas andinas. Diverjencia no solo resultante de su morada respectiva sobre tierras mas o menos altas, sino de la índole tambien que han impresso en sus descendientes los pobladores peninsulares que, *simpátiamente*, preferian al parecer los lugares de América donde fundaban sus colonias, cuanto mas semejantes fuesen por la fisonomía corográfica a los de su procedencia en la metrópoli.

Atentas las respectivas escepciones, se sabe que los francos y locuaces hijos de Andalucía se establecieron en mayor número sobre las márgenes del Plata, lo propio que sucedió sobre las del Rimac; y se ve que en dichos puntos subsiste, como característico de sus naturales, el festivo jénio andaluz, y aun en el habla familiar la pronunciacion y las locuciones de la Bética provincia. De igual modo y con el concurso siempre de lo escepcional, fueron vizcainos jeneralmente los colonizadores del interior de América y de sus sierras altas, en donde se ha reconocido su jénio peculiar en las jeneraciones descendientes.

Considerada por lo tocante a Bolivia la amalgama del jénio vizcaino con el del indijena *quichua* o *aimará* se tiene un nuevo elemento esplicativo de los accidentes morales e intelectuales que caracterizan al boliviano. ¿Quién desconoce la incontrastable influencia que ha ejercido la manera de ser del indio sobre los pueblos donde vivió en estrecha familiaridad con el colono europeo mezclando a veces su raza con la de sus conquistadores? ¿Y quién mas semejantes a los hijos de Vizcaya por su jénial silencio y poética melancolía que el indijena de los páramos o *punas* del Alto y Bajo Perú?

Y pues hablamos de mezcla de razas, recordaremos, aunque tal vez no fuera preciso, que las rejiones donde están situadas la laguna del Titicaca, cuna de los hijos del sol, la suntuosa capital imperial del Cuzco y las famosas ruinas de Tiaguanaco atestiguando el esplendor de los Incas, contenian al tiempo de efectuarse la conquista un gran pueblo que no trepidaron en calificar de mui adelantado en civilizacion ilustres y graves escritores. Tan favorable circunstancia hizo que apenas poseida la comarca por el conquistador hispano, abrazasen los naturales la relijion del Divino Crucificado, y con ella las creencias, prácticas y doctrina de la civilizacion cristiana, lo que facilitó desde luego la union consanguínea de las dos razas, esto es, de la mujer americana con el hombre euro-

peo. En otros puntos del continente lugar no tuvo tal vinculacion de linaje a causa de la índole estremadamente bárbara o indómita de las tribus que los poblaban.

En las comarcas bajas, y mui especialmente en el rio de La Plata, si la raza andaluza, que algo ya tenia de la árabe, llegó a efectuar enlace con otra, fué, en mui poca parte, con la africana venida de la Guinea. Allí, como en los llanos de las embocaduras del Magdalena y las riberas de la grande corriente fluvial que al Atlántico se tributa por cincuenta bocas, mientras ha provenido de semejante amalgama una projiéne expansiva, fogosa, de vivaz imaginacion, de entusiasmo ardiente y locuacidad exuberante, la procedente del adusto vizcaino y del dócil, humilde y resignado *Inca*, es taciturna y séria como se le conoce.

Cuánta diferencia, pues, entre el *gaucho* (ese árabe de las *pampas*, como lo es tambien el llanero colombiano) tan amante de ruidosa fama, que se ajita en ebullicion constante; que habla mucho y con el calor de la elocuencia; que es *poeta* natural en fin, y canta haciendo alarde, ya de sus belicosas proezas, ya de sus enamorados sentimientos, y el tétrico y taciturno indíjena o mestizo de las poblaciones bolivianas, tan paciente y tan reconcentrado en sí mismo! Y lo que, acerca de esto, de tal suerte pasa en las esferas inferiores de las sociedades americanas, igualmente se observa, sin notable variacion, entre sus clases ilustradas y patricias. Tan cierto es que en las condiciones determinantes del carácter espiritual de los pueblos vence, prepondera y se impone casi siempre la masa con sus influencias de todo jénero, sobre la parte menor, no obstante los privilejios de la educacion y la intelijencia.

Véase el *por qué* de la abundancia de poetas en Colombia, en Lima y en la capital bonaerense, al paso que en las ciudades del antiguo Alto Perú hasta ahora poco no los habia. Mas entiéndase que cuando decimos *poetas*, significar no queremos solamente los espíritus susceptibles del sentir poético, sino aquellos privilegiados con el don fácil de la espresion artística del sentimiento poético.

Si con antecedentes y condiciones de tal naturaleza; con la poderosa influencia, ademas, del espíritu universal contemporáneo, que, como dijimos al principio, no estimula o da mui pasajera atencion a las obras de poesia por fijarla casi esclusivamente en serios estudios mas necesarios por ahora a la vitalidad de nuestras sociedades en via de crecimiento y viril desarrollo, no ha dado Bolivia

hasta este momento eminentes poetas al mundo de Colon, ya se comprende que no hai en ello gran cosa que estrañar atendidas las consideraciones insinuadas en esta rápida vista, bastantes para explicar el caso.

En medio de un siglo que, a la altura en que se encuentra de su curso, aturdido por las maravillas materiales realizadas, parece ver con irónico desden cosas que, como la poesía, tocan abstractamente al alma, los jóvenes bolivianos desde poco ha conocidos como *poetas*, mucho y con mucho afan y denuedo tienen que luchar en el empeño de conquistar con su nombradía para su patria el puesto glorioso que con su nombre quiso asignarle el primer campeón de la independencia de Sud-América. Penetrados de la nobleza de su mision deben perseverar en ésta, superando el tristísimo desaliento en que pudieran abismarse encontrándose aislados en una sociedad a la que perturba en su progreso el rudo torbellino de las malas pasiones políticas. No ignoran ellos que, sea cual fuese el espíritu dominante de una época, necesitan siempre los pueblos de poetas que, impregnándose en el jeneral sentimiento, formulen con las gracias seductoras del arte la idea popular que a todos afecta, ya sea su oríjen el calor de los tiernos afectos del alma, ya emane del sentimiento entusiasta por las glorias nacionales, ya tenga por delicioso y purísimo manantial la divina relijion, la *familia*, la *Patria*, *Dios*.

Y quién pudiera negarlo? Los pueblos donde penetró y existe el gusto concienzudo por la poesía están bien cerca de su perfeccion moral.

Por lo demas, para consolarse de la depresiva indiferencia de una mayoría escéptica, escuchen y tengan en la memoria los poetas las palabras que, ayer no mas, resonaron en el Palacio Lejislativo de la Francia. Allí dijo Emilio Olivier:—"El corazon humano necesita ser consolado, y desde luego son los poetas sus consoladores..... La humanidad, que tiene inmortalidad para todas las glorias, reserva una mas duradera, mas tierna, mas íntima y profunda que las otras, a los que han trabajado por lo que existe de mas inmutable al traves de las trasformaciones exteriores del mundo, de las leyes y las costumbres..... Los hombres mas queridos de la humanidad no son los que la han gobernado, conducídola en los negocios, mandado en las batallas, dirijido en los senados o en los parlamentos, sino mas bien los que la han enseñado a amar, a sufrir, a llorar y que hicieron algo *pro remedio anima*."

Y para acabar de una vez en nuestro propósito diremos a los poetas bolivianos de vocacion reciente, que nutran su intelijencia con el estudio de los buenos modelos que les ofrece la antigua y moderna poesia lírica universal, procurando adquirir de tal suerte el gusto y el criterio que les falta para juzgar de los trabajos propios y perfeccionarlos en la idea y en el arte. A la vez de tan ameno estudio en las horas en que se reposa el espíritu, atediado por las diarias vicisitudes de la vida práctica, ejerciten el mui especial de sustraerse a toda imitacion con el fin de que la poesia en su patria asuma verdadero carácter de nacional, revistiéndose del reflejo de sus peculiares costumbres y del colorido local que le impriman el precioso tipo de orijinalidad, tan preciso y nunca por demas recomendado.

Finalmente: para que la mision de los poetas bolivianos sea eficaz en todos sus fines, mui especialmente en el de atraer la atencion de nuestros compatriotas a lo que realza la mente, a lo que eleva el corazon, es decir, hácia lo bello ideal y moral, enjendrando en el pueblo costumbres y gustos contrarios a los que abaten y denigran nuestra especie, necesario es que rompan la cadena de su individual aislamiento; y entonando, en unitivo coro, el himno de la fraternidad, marchen asi fortalecidos a la vanguardia del espíritu civilizador en nuestro suelo. Con su ejemplar conducta protesten ante todo contra el funesto elemento de esas divisiones disolventes, de esa mala pugna provincialista, de esase emulaciones hostiles entre los hijos de una misma patria, "*constantemente guerras (dice Cantú) emprendidas sin razon, concluidas sin gloria, terminadas sin efecto, y que no prueban otra cosa mas que la pertinacia del jérmén de la discordia en el hombre.*"

Llamada Bolivia por mil accidentes favorables de su naturaleza local a mui altos destinos en el porvenir, llegará, no lo dudamos, a descollar entre los demas pueblos del continente, en moral engrandecimiento, material progreso y perfeccion política y literaria, a la manera que sobre la gran cadena de los Andes se ve descollar al *Illampu* y al *Illimani*, esos dos montes bolivianos, atletas los mas soberbios del Nuevo Mundo.

R. J. BUSTAMANTE.

---

## INFLUENCIA DEL DANTE SOBRE SU SIGLO.

---

Pocas obras maestras han manifestado mejor la fuerza del espíritu humano que el poema del Dante: completamente nuevo en su composición como en sus partes, sin modelo en ninguna lengua, es el primer monumento de los tiempos modernos, la primer grande obra que se ha osado componer en ninguna de las literaturas nacientes. En ella están observadas todas las reglas esenciales al arte, esto es las que son invariables; la unidad del objeto, la unidad en el movimiento o acción, el sello de un jénio poderoso que ve a un mismo tiempo el todo y sus partes; que dispone con facilidad de las mas grandes masas, y que es bastante fuerte para observar la simetría sin sentirse por ello embarazado. Bajo todo otro aspecto el poema del Dante está fuera de las antiguas reglas del arte poético; hablando propiamente no pertenece a ningún jénero, y el Dante no puede ser juzgado sino por las leyes que él mismo se ha dado.

Dió a su composición el nombre de comedia para colocarse modestamente mas abajo de Virjilio para el cual creía reservado el jénero trágico; la ignorancia absoluta del arte dramático, de que el Dante no conocía probablemente ni una muestra, lo habia inducido en este error de nombres que hoy nos asombra.

Sus compatriotas conservan el título que él dió a su obra; la llaman todavía la Divina Comedia: un nombre, único en su clase, debe ser conservado para una obra que no tiene igual.

La gloria del Dante, que comenzó durante su vida, y que lo colocó a la cabeza de todo lo que la Italia poseía de mas grande, contribuyó, sin embargo, muy poco a su felicidad.

Nació en Florencia en el año 1265, de la noble y distinguida familia de los Alighieri, que estaba ligada al partido güelfo. Apasionado desde su niñez de Beatriz, hija Tolco de Portinasi, la perdió a la edad de 25 años. Toda su vida fué fiel al recuerdo de un amor que durante quince años habia favorecido las manifestaciones de su alma y que se habia asociado a sus mas nobles sentimientos, a todo lo que él encontraba de elevado en su propio corazón. Hacia probablemente diez años que Beatriz habia muerto, cuando el Dante comenzó la composición de un poema que le ocupó hasta el fin de su vida; asignó en sus versos el primer lugar a la mujer que

tan tiernamente habia amado. Divinas y humanas imágenes se reunian en este objeto de su culto, y la Beatriz del Paraiso apareció sucesivamente como la mas querida de las mujeres o como el emblema de la divina sabiduria. Asi el padre de la poesia moderna, en lugar de tratar el amor como lo habian hecho los antiguos, vió en él un sentimiento puro, elevado, religioso, que ennoblecia y santificaba el alma; ninguno de los que se formaron a su ejemplo rindió jamas a su amada un homenaje mas augusto y mas tierno. Mientras tanto, consideraciones de familia obligaron al Dante a casarse; en 1291, un año despues de la muerte de Beatriz, se desposó con Gemma de Donati, cuyo carácter terco y arrebatado llenó de amarguras su vida doméstica; jamas ha hablado de Gemma en sus obras, aunque ha hecho entrar en ellas a todo el universo, y es sin duda por miramientos a la compañera de su vida y a su familia que no habla nada de Corso Donati, jefe del partido opuesto al suyo y su mas poderoso enemigo.

Dante Alighieri habia tomado las armas por su patria en la batalla de Campaldino contra los arentinos en 1289 y en la campaña de 1290 contra los pisanos: esto sucedia el año siguiente del suplicio del conde Ugolino. Entró en seguida en la majistratura durante la guerra civil entre los blancos y los negros, época funesta para su patria. Fué acusado de haber favorecido a los primeros en el tiempo que era miembro del supremo consejo; y cuando Carlos de Valois, padre de Felipe VI, fué llamado a Florencia para pacificar los dos partidos, Dante fué condenado a una multa ruinosa y al destierro; luego, por una segunda sentencia de un tribunal revolucionario, él y su aliado fueron condenados en rebeldia a ser quemados vivos. Desde entonces Dante se vió obligado a pedir asilo a esos príncipes jibelinos de la Italia que socorrian a los antiguos güelfos perseguidos, y él mismo abrazó un partido antes contrario a sus opiniones, pero que el destierro y los sufrimientos le forzaban a recurrir. Durante algun tiempo vivió en casa del marques Malaspina en la Lunigiana, en casa del conde Boson en Gubio, y en casa de los dos hermanos de la Scala, señores de Verona; pero la firmeza de su carácter, que cuanto mas agobiado se veia ménos se doblegaba, y la amargura de su espíritu, que se manifestaba por picantes palabras, le captaban enemigos por todas partes.

Sus tentativas para volver a entrar en Florencia a mano armada con su partido, habian sido sin éxito; sus súplicas al pueblo desechadas; las esperanzas que habia concebido en el emperador Enri-

que VII se desvanecieron a la muerte de este monarca. Murió, en fin, en Ravena el 14 de setiembre de 1321 al lado de Guido Novello de Polenta, señor de esta ciudad, que habia sido para él, nó un protector, sino un gran amigo, y poco tiempo antes le habia dado una prueba honorable de su confianza encargándolo de una embajada a Venecia.

Pero luego que el Dante murió, la Italia entera se cubrió de luto, las copias de su poema se multiplicaron, y en todas partes se dispusieron a enriquecerla de comentarios. En 1350, el arzobispo y señor de Milan, Juan Visconti, ocupó a seis sabios, esto es, dos teólogos, dos filósofos y dos anticuarios florentinos, en poner en claro por sus trabajos todo lo que pudiera hallarse oscuro en la Divina Comedia. Dos cátedras se fundaron para explicar el Dante a la juventud estudiosa, la una en Florencia (1373) y la otra en Bolonia.

Dos hombres justamente célebres, Boccacio y Benvenuto de Imola fueron los encargados de este trabajo; jamas talvez hombre alguno ha adquirido sobre la jeneracion que siguió a la suya, una autoridad ménos disputada, una influencia mas inmediata.

ANJELA URIBE ORREGO.

---

## EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARVAJAL.

---

(Continuacion.)

Gonzalo Pizarro solemnizó con mui lucidas y variadas fiestas su proclamacion de gobernador.

Por sanguinarias que sean las costumbres de una época, la alegria del triunfo produce jeneralmente el efecto de adormecer las malas inclinaciones.

La prudencia mas vulgar parecia, por otra parte, aconsejar al nuevo gobernador la adopcion de una política jenerosa que hiciera aceptar su encumbramiento a los indiferentes y aplacara a sus adversarios.

Tal fué precisamente lo que Gonzalo Pizarro intentó realizar, poniendo término a las medidas demasiado rigorosas.

Pero, para no incurrir en equivocacion, conviene advertir que lo que en el Perú y en el siglo XVI debia con razon considerarse una

mitigacion, se habria denominado esceso de severidad en paises mejor constituidos y en tiempos mas benignos.

El gobernador Pizarro hizo publicar por bando que nadie saliera de la ciudad sin su permiso.

Ahora bien: bastó que dos caballeros solicitaran un permiso de esta clase, para que, sospechando con fundamento o sin él que querian alejarse por aversion al nuevo réjimen, castigara con la muerte aquella supuesta intencion.

Sin embargo, a pesar de esta y de algunas otras providencias despoticas, Gonzalo Pizarro se manifestó clemente y bondadoso.

Pero aquel propósito deliberado de su jefe no impidió a Francisco de Carvajal el hallar oportunidad de satisfacer sus instintos de crueldad.

Gonzalo Pizarro, dejándose impulsar por el benéfico influjo del contentamiento que experimentaba, perdonó a los vecinos prófugos del Cuzco.

No obstante, puso una escepcion a esta amnistía: la de Garcilaso de la Vega, el padre del Inca-historiador, a quien Pizarro no podia perdonar, a lo que decia, que habiendo sido antiguos e íntimos camaradas, y habiendo comido ambos en la misma mesa y dormido en el mismo aposento, Garcilaso hubiera tenido alma, no solo para abandonarle, sino tambien para influir en que otros hicieran otro tanto.

Carvajal celebró infinito que a lo menos se le dejara una presa a que dar caza; y lo celebró tanto más cuanto que siempre habia deseado que la suerte desastrosa de Garcilaso fuese escarmiento de traidores.

El veterano profesaba un odio entrañable e inestinguible contra los tráfugas y en jeneral contra los que faltaban a sus compromisos.

Creia que no habia ningun suplicio suficiente para ellos.

Cuando se habia adelantado para preparar la entrada de Gonzalo Pizarro en la Ciudad de los Reyes, habia ido halagándose con la idea de que el cadáver de Garcilaso, colgado de un árbol por el pescuezo, sirviera de decoracion al camino.

Pero por mas que anduvo en persona buscándole, no pudo descubrirle.

Con lo espuesto se comprenderá cuánto seria su gozo al saber que Garcilaso era esceptuado de la amnistía, y cuánto su encarnizamiento para continuar indagando el paradero del proscrito.

Aquella fué una de las principales ocupaciones a que se dedicó. Era indispensable que el traidor pagara con la vida el crimen que habia cometido; y lo que debia lamentarse era que solo tuviera una vida.

Habiendo sospechado Carvajal que Garcilaso se habia refugiado en el convento de Santo Domingo, allanó aquella casa, hasta cinco veces, a distintas horas, sin dejar rincon por registrar.

Una de aquellas ocasiones, despues de haber examinado claustro por claustro y celda y celda, penetró en la iglesia misma.

Todo estaba silencioso y solitario.

Carvajal hizo que los soldados de que iba acompañado mirasen por todas partes.

El mismo hizo otro tanto.

Solo quedaba por llevar las miradas profanas debajo de la mesa del altar mayor, que era hueco.

En aquel altar, delante del cual ardia una lámpara, estaba depositada la hostia consagrada.

El respeto al Dios Vivo habia contenido a los esbirros para ir a registrar hasta debajo de aquella santa mesa.

Carvajal vaciló un momento, pero al fin no pudo conformarse con que su enemigo pudiera encontrar refugio ni siquiera al pié de la custodia.

Subió sólo al presbiterio.

Los soldados medio aterrorizados quedaron a alguna distancia.

Carvajal llegó hasta el altar, y levantó con mano audaz los paños de la mesa para mirar debajo.

El corazon le palpité en el pecho de alegría.

Carvajal habia visto a un hombre oculto debajo de la mesa del altar.

Una segunda mirada convenció a Carvajal que el que estaba allí escondido era, nó Garcilaso, sino otro soldado a quien se perseguia por la perpetracion de no sé qué delito grave.

Sea que el maestre de campo no quisiera ofender sin motivo mui calificado la piedad relijiosa de su jente, sea que sintiera repugnancia en castigar a un criminal vulgar cuando se escapaba a los golpes de la justicia otro que él reputaba mucho mas merecedor de la pena; sea que cediera a una de esas rarezas a que estaba sujeto su carácter, lo cierto fué que el implacable veterano dejó caer el mantel que habia levantado, como si nada hubiera visto debajo de la mesa.

En seguida se volvió para salir de la iglesia.

—No está aquí el que buscamos, dijo todavía, como esforzándose por salvar al que estaba oculto debajo del altar.

Mientras tanto, la accion irreverente de Carvajal, que habia osado levantar los paños del altar en que estaba colocado el Santísimo Sacramento, habia, como suele suceder en casos análogos, incitado a uno de los individuos que le acompañaban a imitar su ejemplo.

Ese individuo, llamado Pórras, separándose del grupo de sus compañeros atemorizados, habia avanzado hácia su jefe como para ayudarle en la sacrílega investigacion.

Aunque, segun lo he referido, Carvajal se volvió para salir de la iglesia, Pórras siguió hácia el altar, sea que hubiera alcanzado a percibir un hombre debajo de la mesa, sea por cualquier otro motivo.

Repitiendo los movimientos de Carvajal, levantó el mantel y mostró al desgraciado que estaba oculto.

Pórras, que, no habiendo mirado bien, creia que aquel era Garcilaso, se puso a gritar:—¡Aquí está el traidor, aquí está el traidor!

No tardaron en convencerse del error.

Pero el desgraciado fujitivo no se salvó, pues aunque el maestre de campo habia querido cerrar los ojos sobre su presencia, una vez que fué descubierto por otros, como era mui ríjido observante de la disciplina, le hizo sufrir sin misericordia la pena a que estaba condenado.

Garcilaso logró burlar todas las pesquisas, aunque era efectivo que se hallaba asilado en el convento, y aunque Caravajal hizo prodijios para descubrirle, hasta el punto de haber faltado solo que derribase el edificio para ensayar si le encontraba entre los escombros.

Mientras tanto, Garcilaso obtuvo al fin por intermediarios, e invocando la antigua amistad, primero el perdon y despues la reconciliacion de Pizarro, volviendo a comer en la mesa de éste y a dormir bajo el mismo techo, hasta que llegó el dia de que tornara a traicionarle en la ocasion mas solemne y decisiva.

Asi Carvajal vió escapársele de las manos la presa que habia perseguido con tanta saña, como si hubiera sido impulsado por un presentimiento de lo que habia de suceder en la última jornada del drama de aquella guerra civil.

Pero de todos modos, la conducta temeraria de Carvajal cuando fué a buscar a Garcilaso de la Vega hasta debajo del altar en que

se adoraba el santísimo sacramento, causó la mas profunda impresion en las imaginaciones.

El maestre de campo fué considerado como una especie de demonio osado, a quien no imponia respeto ni la presencia del Dios vivo para llegar a la consecucion de sus designios.

La muerte desastrosa que no tardó en experimentar el soldado Pórras contribuyó a que se exajerase todavia más la audacia de que Carvajal habia dado prueba en la iglesia de Santo Domingo.

A los tres meses de haber ocurrido la escena que dejo narrada, Carvajal envió a Pórras a desempeñar cierta comision en Guamanga.

Aquel soldado caminaba solo.

Habiendo notado que su caballo iba fatigado y sediento, lo dirijió hácia un pequeño arroyo para que se refrescara.

Impensadamente, el animal se cayó, aplastando con el cuerpo una de las piernas del jinete, que quedó debajo sin poder moverse, por mas esfuerzos que hizo para ello.

El agua que llevaba el arroyo era sumamente escasa; pero el cuerpo del caballo caido al traves sirvió de taco para formar una represa, en la cual se ahogó el desventurado jinete.

Algun tiempo despues, pasaron por allí unos viajeros que contemplaron con asombro aquel espectáculo.

Pórras habia perecido de la manera estraña que he referido.

Mientras tanto, el caballo, que habia podido mantener levantada la cabeza sobre la poca agua que se habia reunido, estaba vivo y sano.

Pórras fué enterrado como un réprobo a la márjen del arroyo.

La voz jeneral atribuyó su muerte a un castigo visible por el desacato que habia cometido en la iglesia.

Sin embargo, aquel prodijio, que fué mui vociferado y comentado, no quebrantó en lo menor al descreido Carvajal, que se burlaba a boca llena de las supersticiones populares.

Mas o menos en el tiempo que Carvajal andaba a caza de Garcilaso de la Vega, pudo darse la satisfaccion de aplicar a otro personaje señalado el rigor de la tremenda justicia que gustaba de administrar.

El capitan Diego Gumiel era uno de los que habian prestado a Gonzalo Pizarro el mas eficaz auxilio para el buen resultado del alzamiento.

Estimándose acreedor por este motivo a toda especie de recom-

pensas, habia solicitado una encomienda para un amigo suyo.

Pizarro (ignoro por qué) no se la concedió.

Gumiel, a quien esta negativa irritó sobremanera, no se cuidó de ocultar su descontento.

Por el contrario, empezó a hostilizarlo.

Decia a quien queria oírle que se habia perpetrado la mayor de las injusticias encomendando la gobernacion del pais a Gonzalo Pizarro, cuando ella correspondia de derecho a un hijo natural que el marques habia tenido en una de las princesas peruanas.

Iba a visitar con frecuencia a aquel niño y a su hermanita, la misma que mas tarde debia casarse con Hernando Pizarro; y aunque el uno y la otra eran todavia mui pequeños, les hablaba con furor sobre la usurpacion descarada que su tio habia cometido en perjuicio de ellos, violando los deberes mas sagrados, y les manifestaba el firme propósito que habia concebido de remediar el mal y de castigar al culpable.

—¡Pobre huérfano traicionado! decia tomando sobre las rodillas al niño Pizarro, que no comprendia sus palabras; yo seré tu Juan de Roda.

Como se advertirá, Gumiel hacia alusion al capitan que por elevar a Almagro el Mozo habia llevado a cabo el asesinato del marques.

Hubo oídos {que oyeron estas amenazas, y bocas que fueron a denunciarlas a Gonzalo Pizarro, quien, como era natural, se enfadó mucho por ellas.

—Maestre de campo, dijo el gobernador a Carvajal, comunicándole las murmuraciones que se atribuian a Gumiel; averigüe lo que haya de cierto en este asunto; y si fuere preciso, haga entrar a ese capitan en silencio y en razon.

Contemporáneos que se pretenden bien informados aseguran que Pizarro no pensó pronunciar una sentencia de muerte.

Carvajal no se hizo repetir dos veces el encargo.

Aquella misma noche dió garrote a Gumiel, sin reparar en que era hombre bien reputado y en que estaba a la cabeza de doscientos piqueros, y en que por lo tanto su muerte podia dar lugar tal vez a algun alboroto desagradable.

Carvajal no se limitó a esta medida.

A la mañana siguiente procuró que se reuniera el mayor número posible de personas; y cuando hubo bastantes, hizo sacar a la vista de ellas el cadáver de Gumiel, y conducirlo a la plaza principal.

Carvajal en persona marchaba junto al cadáver.

—¡A un lado! señores, iba diciendo a los circunstantes; dejen pasar al capitán Gumiel, que ha jurado no hacer otra.

Y al mismo tiempo dirijía chistes y burlas al cadáver, como si pudiera oírle.

Aquello era repugnante, espantoso.

Cuando la fúnebre comitiva hubo llegado al pié del rollo que se levantaba en la plaza, Carvajal hizo cortar la cabeza al cadáver de Gumiel.

—¡Buen capitán y gentil caballero! dijo entonces Carvajal a aquel tronco mutilado; si Vuestra Merced no escarmienta con esto, juro por Dios que no sé qué le haga.

Esta burla intempestiva heló de terror a los oyentes.

Carvajal era una fiera que se complacia en jugar con los restos sangrientos de sus víctimas.

Por lo demás, se manifestaba hombre de conciencia, por decirlo así, en su crueldad cuando tenía el convencimiento de que el reo había cometido falta grave contra la fidelidad debida a la bandera del partido, o podía ocasionar mucho daño a los intereses de éste; pero fuera de los casos mencionados, sus conminaciones tremendas solían tener por objeto el arrancar al paciente un rescate pecuniario; eran arbitrios imaginados para satisfacer su insaciable codicia.

En el tiempo de que estoy hablando, hizo temer a más de un personaje, que ya iba a aplicarle el último suplicio.

Llevaba delante del preso espantado al sacerdote que debía prepararle a bien morir, y al verdugo que debía quitarle la vida.

Todo parecía preparado.

Carvajal instaba para que los ejecutores se apresurasen.

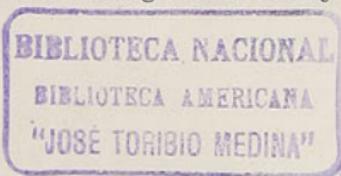
Se impacientaba, pretendiendo que sus multiplicadas ocupaciones no le dejaban tiempo que perder.

Sin embargo, todo aquello era farsa de charlatan calculada para arrancar oro mediante una tan insoportable tortura impuesta al alma.

Dos o tres tejos del precioso metal eran suficientes para suspender una ejecución que, a lo que vociferaba pocos momentos antes el terrible veterano, era tan necesaria y tan premiosa, y aun muchas veces para poner en libertad al reo.

Sin embargo, talvez no me he expresado con la conveniente exactitud.

Lo que se convertía en farsa, gracias a los tejos de oro exhibidos



con oportunidad, habria sido probablemente verdadera tragedia si el maestre de campo no hubiera experimentado que su cólera se aplacaba cuando sentia en su mano aquel peso delicioso.

Francisco de Carvajal encontró en el oidor don Diego Cepeda un competidor temible en la confianza y buenas gracias del gobernador.

Cuando habian entrado en Lima, los capitanes mas allegados a Gonzalo Pizarro habian empezado a recelar del oidor.

Y a fé que tenian fundamento para ello.

Toda la conducta de Cepeda confirmaba la idea de que era un individuo que solo atendia a su interes y a su ambicion; que juzgaba buenos todos los medios para elevarse, y a quien sobran la maña y el atrevimiento.

Era incuestionable que habia pensado en aprovechar, para su engrandecimiento personal, las connociones civiles que ajitaban el Perú.

Solo la necesidad le habia obligado a ceder el puesto a Gonzalo Pizarro.

Se concibe, pues, que los amigos del nuevo gobernador no tuvieran confianza en un personaje de tal carácter y de tales antecedentes.

—Magnífico señor, dijo Carvajal a Pizarro; este licenciado Cepeda me inspira serios cuidados. Temo mucho que el dia menos pensado haga alguna de las suyas para prender y matar a Vuestra Señoria.

—Conviene entonces que ejerzamos sobre él la mas activa y constante vijilancia.

—Perro muerto no muerde, señor gobernador. Lo que debemos hacer es anticiparnos a sus proyectos.

—Seria peligroso, maestre de campo, cometer sin pruebas suficientes un acto cualquiera de violencia con un hombre como el oidor Cepeda, que ocupa una encumbrada posicion, y que por lo mismo goza de prestigio en el pueblo.

—Pero si Vuestra Señoria adquiriera esas pruebas de la perfidia de Cepeda....

—Ya eso seria otra cosa. Entonces habria que proceder sin tardanza.

—Pues nada mas fácil que obtener esas pruebas.

—¿Cómo?

—Invite Vuestra Señoría al oidor a una conferencia en que se discutan los asuntos del día. Sus observaciones serán suficientes para llevar la convicción al ánimo de Vuestra Señoría.

—¡Está bien! Tentemos la esperiencia. Si las palabras del oidor confirman las sospechas, Vuestra Merced y los otros capitanes que estarán presentes le dareis de puñaladas.

—¡Convenido! dijo Carvajal.

—Pero (téngalo bien entendido, maestre de campo) permaneceis quietos, mientras yo no os dé la señal de obrar.

La advertencia no era inútil con un ejecutor como Carvajal, tan inclinado a cumplir tan pronto y tan al pié de la letra las sentencias, y hasta las simples amenazas de muerte.

—El maestre de campo respondió que ajustaría estrictamente su conducta a las instrucciones del gobernador.

La conversacion de Gonzalo Pizarro con Francisco de Carvajal que acabo de referir tuvo lugar en presencia de otras personas de su intimidad.

Una de éstas advirtió al oidor Cepeda el inminente peligro que corria.

Así el oidor fué a la conferencia, noticioso de lo que le aguardaba, y con un plan bien meditado.

Ya se presumirá que supo disipar todas las desconfianzas.

Cepeda se manifestó partidario, no solo decidido, sino mui hábil. Esplanó las ideas que podian lisonjear más el amor propio de Gonzalo Pizarro.

Sostuvo las proposiciones que podian complacer más la ambicion de aquel caudillo.

El suspicaz Carvajal, por mas que buscaba, no hallaba qué observar.

En cuanto a Pizarro, estaba verdaderamente encantado del oidor.

¡Qué habia de pensar en dar la señal convenida para hacerle apuñalar.

—Lo que conviene ahora, dijo el astuto Cepeda, que leia perfectamente en los semblantes y en las maneras de sus interlocutores la impresion por demas favorable que habia producido en ellos, es que las ciudades y pueblos del Perú envíen procuradores a Su Majestad para suplicarle que, dándonos una nueva prueba de su real amor, confirme el nombramiento de gobernador que hemos hecho en el señor don Gonzalo, y nuestro poderoso monarca accederá a nuestros ruegos (estoi bien seguro de ello), porque es un acto de justicia

debido a los grandes servicios prestados a la real persona en esta comarca por la ilustre familia de los Pizarro, y un acto de buena política si atendemos a la disposición de los ánimos en este país y a las fundadas resistencias levantadas contra las ordenanzas que en mala hora inuspiró el visionario obispo de Chiapa.

—Los verdaderos e influyentes procuradores, murmuró el viejo Carvajal, son muchos arcabuceros, muchas armas y muchos caballos.

Los presentes oyeron estas palabras como una de tantas jenialidades del veterano.

Sin duda ninguna, Cepeda era el que a la sazón ejercía predominio en los ánimos.

Todos consideraban su proposición como la más razonable y la más oportuna.

Gonzalo Pizarro particularmente, estaba sumamente satisfecho con los discursos del oidor.

Era un hombre tan ignorante, que no sabía firmarse, y que no conocía siquiera las letras del alfabeto; pero quizá por lo mismo oía con el respeto más profundo las opiniones de los letrados.

Además, en el caso de que yo hablara, el dictámen de Cepeda era el que, junto con halagar las aspiraciones de Gonzalo, parecía también a éste el más realizable.

Pizarro estaba impaciente de que el título de gobernador por el rei sustituyese al de caudillo de rebeldes que llevaba, pues cualesquiera que fuesen las denominaciones con que se le disfrazara, comprendía en conciencia demasiado bien que ésta, y no otra, era la que merecía.

La junta se disolvió sin que se tomara una resolución definitiva; pero había producido un resultado muy positivo. El oidor Cepeda salió de ella, no solo con la vida que había corrido mucho riesgo de perder, sino también con una influencia incontestable en el ánimo del gobernador y de otros de sus allegados. El maestro de campo tenía un competidor poderoso.

—Creo, dijo Pizarro a Carvajal al día siguiente, que la opinión de Cepeda es acertada, y que debemos pensar en enviar cuanto antes procuradores a Su Majestad.

—Por lo que a mí toca, respondió el veterano con algún mal humor, me parece que Vuestra Señoría debería apresurarse a poner ahora por obra lo que debió hacer al principio sin pérdida de tiempo; esto es, que debe prender a los oidores y obligarlos a que vayan

a dar cuenta a Su Majestad de la prision que decretaron contra el virei. De este modo, nos veriamos libres de estos bachilleres, que no saben mas que suscitar embarazos.

—Pues precisamente, replicó Pizarro, una de las ventajas que traeria la adopcion del consejo de Cepeda seria la de permitirnos disolver sin estrépito y sin responsabilidad la audiencia, que tanto nos incomoda con sus pretensiones de participacion en el gobierno. El oidor Alvarez se ha ido con el virei. Cepeda puede andar en mi compañía. Don Pedro Ortiz de Zárate, agobiado por la enfermedad, aguarda la muerte en la cama. ¿Por qué no podríamos enviar a España al oidor restante, el licenciado Sison de Tejada?

El maestre de campo no halló qué contestar a una observacion que era justa.

Se nombraron, pues, los procuradores, como lo habia indicado Cepeda, y entre ellos al oidor Tejada.

Aquel era un signo del predominio que estaba ejerciendo el intrigante Cepeda, el mismo a quien se habia proyectado apuñalar por traidor.

Pero los acontecimientos fueron desenvolviéndose tan rápidamente, que el maestre de campo y el oidor no tardaron en llegar al mas perfecto acuerdo acerca del término a que debian encaminarse.

Fué sabiéndose sucesivamente en Lima que el virei habia desembarcado en Tumbes; y que habia empezado a reunir recursos en el reino de Quito; y que en efecto tenia ya congregada bajo su bandera una fuerza no despreciable.

Estas noticias anunciaban la proximidad de una nueva guerra civil y de nuevos combates.

Sin embargo, Pizarro y sus amigos, lejos de desalentarse, se apercibieron con actividad para sostener su causa.

Si, como se afirmaba, Blasco Nuñez Vela habia juntado un cuerpo de ejército, ellos tenian pronto otro mas numeroso, mejor armado y mejor equipado.

Estas ventajas levantaron la soberbia de los secuaces de Pizarro.

Cierto dia se hallaron en consejo el gobernador, Carvajal, Cepeda y otros de los jefes, deliberando sobre las determinaciones que debian tomar.

—La aparicion del virei en actitud amenazante y la guerra que precisamente va a seguirse, observó Cepeda, van a dificultar

que el soberano haga a los conquistadores del Perú la justicia que reclaman.

Los que estaban presentes manifestaron que participaban de los temores del preopinante.

—Pues entonces, dijo Cepeda, los conquistadores del Perú deben mirar por sí mismos, y su caudillo el señor don Gonzalo Pizarro debe proclamarse rei.

Esta atrevida proposicion causó un escalofrio de espanto en los que la oyeron.

El único que la recibió con muestras inequívocas de aprobacion fué Francisco de Carvajal.

—No hai que asombrarse, continuó diciendo Cepeda. Raciocinemos con serenidad. Todas las monarquias traen su oríjen de una usurpacion. Puede afirmarse con seguridad que la raiz de la nobleza está en Cain, y la de la plebe en Abel. ¿Quereis una prueba irrecusable?

Naturalmente, todos la pidieron con instancia.

—Fijaos en los blasones y en los escudos de armas, y vereis que las insignias grabadas en ellos son dragones, sierpes, espadas, cabezas cortadas, y otros signos de la violencia.

Cepeda siguió desenvolviendo con la mayor complacencia está tésis tan estraña en la boca de un español del siglo XVI.

Gonzalo Pizarro le escuchó en silencio, con una atencion sostenida, sin aprobar lo que esponia, pero tampoco sin contradecirlo, como habria sido el deber de un buen vasallo, fiel a su rei y señor natural.

El viejo Carvajal aplaudió estrepitosamente.

En esta ocasion, aceptaba con toda el alma el dictámen del oidor.

—El señor don Gonzalo, dijo el veterano, puede hacer sin ningun escrúpulo de conciencia, en un pais descubierto por su hermano el señor marques, y que él mismo ha ayudado a conquistar, lo que propone el señor oidor Cepeda. ¿Qué podria objetarse razonablemente contra la justicia de semejante resolucion? Rejístrese el testamento de Adan para ver si hai en él alguna cláusula por la que legue el Perú a los reyes católicos o al emperador don Carlos.

Aquella vez todo quedó en palabras... pero en palabras espantosas, de las cuales cada sílaba, segun las doctrinas entonces dominantes, habria de imponer a los que la proferian y a los que las oian, una eternidad de suplicios.

Pocos dias despues, Francisco de Carvajal entró en el aposento de Pizarro llevando en la mano el estandarte real.

Arrancó de él las armas de Castilla y las arrojó a un brasero que allí habia.

Inmediatamente puso, en vez del escudo vilipendiado, otro que el veterano habia ideado para Gonzalo Pizarro, escudo que consistia en una **P.** con una corona encima.

Hecho esto, Carvajal, como si hubiera ejecutado una cosa mui sencilla, salió llevándose el estandarte con el nuevo escudo, probablemente para mostrarlo a algunos.

Un paje de Pizarro, cuyo nombre era Luis de Almao, habia presenciado lleno de terror aquel acto del maestre de campo, que para él importaba un verdadero sacrilejio.

Es preciso tener presente la veneracion que la inmensa mayoria de los españoles profesaba a su monarca y a cuanto le pertenecia o simbolizaba.

Apenas hubo salido Carvajal, Almao se precipitó sobre el brasero para impedir que el escudo de las armas reales siguiera quemándose; y habiéndolo sacado del fuego con el mayor respeto, como si fuera una reliquia, apagó las llamas que lo devoraban, y lo ocultó en lugar seguro.

Acababa el paje de terminar esta operacion cuando Carvajal tornó a entrar.

Parece que iba a cerciorarse de sí el fuego habia consumido completamente el escudo real.

No habiendo el maestre de campo percibido los restos que esperaba ver estar ardiendo en el brasero, supuso al punto que Luis de Almao, única persona que habia en el aposento, habia tomado el escudo para estorbar que el fuego continuara devorándolo.

Carvajal esperiméntó por esto la ira mas terrible que puede imaginarse.

—¡Malvado! dijo al pobre paje; me la pagarás y mui caro.

Asiéndole de los cabellos, principió a sacarle arrastrando fuera del aposento.

—¡Pícaro! ¡infame! ¡Voto a Dios! No te he de soltar hasta que recibas en la horca el castigo de tu insolencia.

Y realmente, el iracundo Carvajal iba resuelto a ahorcar al paje con su propia mano; y asi lo habria ejecutado si Gonzalo Pizarro no hubiera salido a los gritos, y no hubiera arrancado a Almao de entre las manos del furioso maestre de campo.

Después de la batalla de Taquijaguana, Luis de Almao fué declarado traidor; pero en atención a su conducta en el caso mencionado, fué condenado solo a que sirviese de soldado en las galeras seis años a su costa.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

## PÁJINAS DEL ALMA.

### I.

Hace algunas noches me hallaba en mi gabinete leyendo uno de los hermosos romances del inmortal Chateaubriand.

Terminaba la lectura de la degarradora escena de la muerte de Atala, pintada con tan vivo colorido, cuando me sentí llamar.

Era Enrique:

Enrique, el de semblante pálido, que lleva impresas en él las huellas del dolor.

—Leías? me dijo después de saludarme.

—Sí, amigo mío, leía *La Atala*.

—A lo que parece te ha impresionado mucho.

—Es cierto. Los últimos instantes de la heroína, descritos con mano maestra; el profundo dolor de Chactas, los admirables consejos y reflexiones del padre Aubry, me han causado una honda sensación. Cuando leo, me identifico con los héroes del romance y hago mías sus alegrías y sus penas.

—Me sucede lo que a tí, dijo Enrique.

Y se acentuó aun más en su rostro la expresión de su habitual tristeza.

Un instante después agregó con amargura:

—Pero yo solo sé sufrir. Hace mucho tiempo que se agotó en mi alma el jérmén de la alegría.

—Y tan jóven, Enrique!

—Que quieres! no fuí de los elejidos. No todos son felices.

Y al pronunciar estas palabras, dos lágrimas humedecieron sus párpados, empañando sus pupilas.

—Enrique: más que mi amigo has sido siempre mi hermano, y jamás he tratado de inquirir tu secreto. El no me es desconocido, y sin embargo lo he respetado. He aguardado sí que me lo comuniques en todos sus detalles.

Nada, amigo mío, te habría dicho sobre el particular a no haber visto tus ojos empañados por las lágrimas.

—Perdóname; todo lo sabrás. He tenido el egoísmo de mi dolor, porque he temido que al comunicarlo se esclame:—;Pobre jóven!

En estas dos palabras pronunciadas con la lijereza inherente al que es feliz, hallo el sarcasmo y nó la compasion.

Pero esto no puedo referirlo a tí. Tú has sido bueno e induljente para conmigo. Siempre me has guardado la deferencia mas amistosa.

Escucha. Pero nó; me has pedido te haga mi confidencia con todos sus detalles, y prefiero traerte el manuscrito que con el título de *Pájinas del alma*, no es otra cosa que el libro en que dia a dia consigné mis alegres o dolorosas impresiones.

Aprovecharé estos momentos en que te hallas dominado por el sentimiento de la tristeza, que tanto ha influido hoi en mi ánimo, e iré a buscarlo, si lo deseas.

—Te lo suplico, Enrique.

Media hora despues puso en mis manos un cuaderno, escrito con letra menuda y clara.

## II.

Unas pocas palabras sobre Enrique.

Es jóven aun; de estatura aventajada; su fisonomía tiene una acentuada espresion de tristeza; espaciosa es su frente, coronada por una castaña y abundante cabellera.

Las miradas de sus grandes ojos, de un azul oscuro, se velan con las indefinibles tintas de la melancolía.

En su alma solo tienen acceso los nobles sentimientos.

Dotado de una esquisita sensibilidad, la desgracia halla siempre en él un eco simpático, y su palabra, conmovedora e insinuante, sabe captarse la voluntad de los que sufren, para de ese modo poder destilar en sus heridas el saludable bálsamo del consuelo.

El semblante es, en esas nobles y sencillas almas, el espejo donde se retratan sus placeres y sus dolores, su felicidad y sus desgracias, sus ilusiones, sus desengaños. El es a ellas lo que el sonido a las cuerdas de un instrumento. Entre aquel y éstas existe una perfecta armonía.

La variedad en el tono está en razon directa con las cuerdas que se pulsán.

Y el semblante de Enrique revela, a pesar suyo, que su mal está en el corazon.

Pobre amigo mio; yo bien quisiera hacer mio tu dolor para que la alegría volviera a iluminar tu corazon y a irradiarse en tu frente.

Pero es ya tiempo de recorrer esas hojas marchitas desprendidas de su alma.

El manuscrito dice asi:

## III.

Hoi la conocí! . . . .

¡Qué bella es!

Se halla en la aurora de la vida, y ya se observa la irradiacion del jenio en su despejada frente.

La límpida y anjelical mirada de sus pardos y rasgados ojos, revela la infinita pureza de su alma.

Su acento, suave y vibrante como el de un niño, tiene un timbre que seduce, y su tez la frescura de la azucena que conserva aun en su cáliz el rocío de la noche.

¡Con qué donaire se sienta al piano, y con cuánto talento interpreta las grandiosas creaciones de los no menos grandes maestros del arte sublime!

Yo quisiera oirla siempre cantar!...

Su voz es tan dulce, tan suave, tan armoniosa!

¡La amo por ventura?

Talvez, talvez nó.

Pero la recuerdo a cada instante.

Digo mal; su recuerdo no quiere apartarse de mi memoria.

Mas de una vez he pronunciado su nombre, distraidamente, sin advertirlo.

¿Se llama esto amor o es solo el principio de una pasion?

¡Quién sabe!

Esas dos palabras no resuelven la dificultad, pero traducen la situacion de mi espíritu.

Sí, pero yo sé que ha despertado en mi alma un sentimiento puro y santo que hace tiempo no abrigaba.

¡Oh! si la amase y fuera correspondido, me creería feliz, mui feliz.

Mi existencia tiene mucho de parecido con el bajel sin timon ni brújula que navega al capricho de las olas, y ella puede fijar mi destino.

¿Querrá hacerlo?

Y ante el respetuoso sentimiento que me inspira, ¡me atreveré a comunicárselo cuando haya adquirido la certidumbre de amarla?

¡Fantasía!... Eres una loca encantadora, pero ten piedad!...

No me halagues con esos sueños cuya realizacion haria la felicidad de mi vida, porque... ¡es tan amargo el despertar!

## IV.

Como ayer, he solo pensado en tí.

¡En tí!... Qué agradable es ese tratamiento familiar para con la persona a quien se ama. Ah! nó, a quien se estima, debí decir, porque aun ignoro si te amo.

Bien es verdad que pensando en tí, en los deliciosos instantes que pasé a tu lado, escribí rápidamente esta sencilla estrofa:

¡Cuánta dicha he aspirado!  
 ¡Qué inefable alegría  
 Por mis venas y mi alma discurria  
 Hallándome a su lado!  
 Ya el mundo para mí no aparecía  
 Por el dolor y el llanto fecundado;  
 Era un mundo mejor, y éralo tanto,  
 Que donde quier la vista dirijia  
 Allí estaba el placer, allí el encanto.

Por la sincera relacion que precede, ¡juzgas que abrigo por tí un cariño entusiasta?

Tu alma de ánjel, tu intelijencia distinguida podrá darme una respuesta satisfactoria.

¡Es verdad que te amo?

## V.

Tu recuerdo va conmigo a todas partes. Es a mi imaginacion lo que la sombra al árbol que la proyecta en un hermoso y despejado día de estilo.

Yo no puedo abandonar tu recuerdo, asi como seria imposible a un espejo de luna veneciana dejar de reproducir la imájen del que lo contempla de cerca.

Quitadle a ese espejo el barniz que lo cubre, y dejará de reproducir la imájen. Anulad mi memoria con un solo esfuerzo, y no la olvidaré en mi demencia.

Es que ella está viviendo en mí y se necesitaria arrancarme la vida para olvidarla.

Y, quién sabe!

¡Acaso cesa el recuerdo con nuestra existencia?

¡No vivimos en ese *mas allá*, la vida del espíritu?

Sí, lo creo, y no la olvidaria.

¡Es esto amor?

## VI.

¡Por qué pienso en tí todavía, abrigando el temor de pensar siempre en tí!

—¡Por qué ese temor? me dirás.

¡Qué! ¡No imaginas, no presentes la angustia del jóven que ha entregado su corazon, que es su vida, a quien debe mirarlo, nó con desprecio, pero sí con indiferencia?

¡Oh! tal vez ignoras que la indiferencia es mas irritante que el desprecio.

Y yo no podria soportar ni el desprecio ni la indiferencia.

Moriria de dolor, créelo; pero bendeciria la muerte, porque mas allá de

la tumba no puede abrigarse otro sentimiento que el del cariño mas acendrado, sin que jamas vaya alli a atormentarnos el oleaje del indiferentismo, ni otro análogo.

¡Una y mil veces bendita la mansion del eterno descanso, si hasta ella no alcanzan los sentimientos repulsivos!

Empero, ¡a qué atormentarme con estas ideas!

Laura, bendiga el cielo tu existencia, y el ánjel de la felicidad quiera sembrar de flores la senda de tu vida.

## VII.

Allí está!... Bella y encantadora como siempre.

La pureza de su alma se revela en sus palabras y en su anjelical mirada, bien asi como el armónico sonido de un instrumento revela la hábil mano que lo pulsa.

Cuando estoi a su lado respiro en una atmósfera de simpatia.

Si habla, la escucho y la admiro.

Admiro el atrayente candor de sus risueñas y poéticas auroras, y observo, con algun asombro, las irradiaciones de su jenio.

—Señorita, tenga la bondad de acompañarme a bailar.

—Con mucho gusto, pero no quisiera molestar a usted; no sé bailar.

Apóyase en mi brazo y siento estremecerse el mio.

¡Por qué esa estraña impresion?

Siento tambien estremecerse el suyo, y luego su lánguido abandono.

Oh! es ella una sensitiva, y bastó el lijero roce de mi brazo para abatirla.

Nó, no bailaré con ella.

Pasearé mientras los otros danzan ajitadamente.

Yo no podria estrechar su talle ni su mano sin sentir una poderosa conmocion.

Cuando de ella me despedí, la fina cabritilla de mis guantes quemó mi epidermis y me sentí desvanecer. Miróme, y... cesó mi pasajero desvanecimiento.

Ilusion! ilusion! a qué finirme que aun la veo y que observo aun la anjélica mirada de sus pardos y rasgados ojos?

## VIII.

Hoi, como en los dias precedentes, he solo pensado en tí, mi dulce amiga.

Vivo a solas con mi recuerdo, asi como la flor del aire vive de la luz y de unas cuantas gotas de agua que de cuando en cuando le arroja una mano piadosa.

¡Cuánto se goza viviendo la vida del espíritu, sin su eterna e irritante

lucha con la materia, que desempeña, respecto de aquel, el rol del buitre de Prometeo!

¡Déjame soñar!...

¡Es tan dulce soñar así!

## IX.

De nuevo me he hallado junto a tí!

La atmósfera de ternura que a tu lado respiro me hace olvidar la tristeza que de vez en cuando domina a mi alegre carácter.

¡Qué buena y anjelical eres tú!

Recuerdo que cuando era niño, mi buena madre solía decirme al recogerme a mi lecho.

—Sé bueno y obediente, hijo mío, y el ángel de doradas alas, el ángel de tu guarda, que el buen Dios te ha dado por compañero, velará junto a tí y reclinará su purísima frente en tu almohada.

Exaltábase con sus palabras mi inquieta fantasía, y si creía haber sido bueno en ese día, soñaba: la ilusión era completa, me creía despierto; soñaba tener al ángel a mi lado y mi placer era indefinible. Me hacía olvidar por completo mis pequeños dolores, mis sufrimientos de niño, sufrimientos que pasan como la trasparente nube de verano, después de derramar las lágrimas recojidas en sus alas y sustentadas un momento en su seno.

Jóven hoy, tronchada la bellísima flor de mi ilusión de niño, suelen agobiarme amargos dolores; pero si en medio de ellos percibo la irradiación de tu mirada, oh! entonces me torno alegre, muy alegre.

Eres hoy, para mí, el ángel de que te hablo cuando era yo un niño...

.....  
¡Bendita, bendita seas!

## X.

A qué hablar de los días transcurridos hasta el momento de verte!

Serian ellos una página en blanco en el libro de mi vida a no vivir de mis recuerdos.

Bien puedo yo esclamar con el poeta:

“Siempre tú! siempre tú!... no hai un instante  
En que por tí, mi corazón amante  
No se sienta morir!

Si suspiro es por tí; si en mí quebranto  
Exhalo triste, solitario llanto,  
Mi llanto es para tí.”

Pero hoy te he visto una vez mas, y al llegar a mi aposento he escrito, al correr de la pluma, esta pobre octava dedicada a tí y que mirarás con tu jenial induljencia:

Sencilla cual la cándida paloma,  
 Hermosa como un ángel del Señor,  
 Risueña como el alba cuando asoma  
 Adornada con todo su esplendor;  
 Humilde cual la flor de suave aroma,  
 De la modestia emblema seductor,  
 La vírjen ví, a quien, enamorado,  
 Un altar en mi pecho he levantado."

RUPERTO MURILLO.

---

## A RÁFAGO.

Mordedura asquerosa, cual de chinche,  
 Es la del zote que ni vió una escuela  
 E intenta de censor la cantinela  
 Lanzar al docto y escitar berrinche.

Dejemos todos que aquel *cual* relinche  
 Por haber delectreado *tal* novela  
 Sin dejar de ser mulo; a quien su abuela  
 Con gruesa sogá por los lomos cinche!

Bien, con Palma, sabemos que hoi en día  
 El nacer con ingenio entre estos trigos  
 Es cargar una cruz o gran joroba:

Pero él da la receta;—y a fé mia—  
*Contra chinches, del mérito enemigos,*  
*El remedio mejor está en la escoba.*

FÁRRAGO.

---

## FRAJILIDAD.

¡Ves esa flor tan bonita  
 Sobre su tallo galana?  
 Pues mira, esa flor mañana  
 Estará seca y marchita.

Y ya verás, alma mia:  
 Tu juventud y tu amor  
 Estarán como esa flor  
 Al rayar el nuevo día.

RAF. EGANA.

## LOS BUSCA-VIDA.

---

(Continuacion.)

—Razon..... murmuró Silo; me gusta..... la razon..... y estendiendo los brazos cayó al suelo.

—Ha sido demasiado! exclamó su compañero. ¡Torpe de mí!

Y se abalanzó hácia el beodo procurando levantarle, mas en vano; su pesada cabeza caia de nuevo al suelo. La angustia y el despecho se pintaron alternativamente en el semblante del minero.

—Silo, dijo al oido del borracho; ¿donde está la mina? Habla.

—La mina?

—Sí.

—Ya te dije.

—Dime otra vez.

—Allá.....

—Donde?

—En..... la Agua.....

—Acaba!

—Mar..... ga.....

—En la Agua-Amarga?

—Sí..... dijo Silo en un largo respiro.

—Una seña, amigo, para no perdernos.

—Seña..... y la mata?

—Mata de qué?

—De algarrobo.....

Y Silo, haciendo un supremo esfuerzo para incorporarse, agregó:

—Llevaremos aguardiente..... ¡Viva!..... Un abrazo.....

El jóven minero, que estaba de rodillas a su lado, le rechazó bruscamente, tiró una moneda de oro sobre el mostrador y salió de la taberna.

---

## CAPITULO SESTO.

## EL SECRETO.

## I.

Momentos despues de haber salido el minero de la taberna, entró en ella un anciano pobremente vestido.

La tabernera al verlo le dijo desdeñosamente:

—Que se ofrece?

Mas como guardase silencio:

—Despache, amigo, le dijo; quiere un trago?

—Nó, contestó aquel. Busco a alguien. Y añadió como hablando consigo mismo: ¿me habré engañado? Y sin decir más iba a retirarse, cuando un ronquido sordo a pocos pasos de él le hizo reparar en un hombre que estaba tendido en tierra. El anciano, que ya salvaba el umbral, se vuelve bruscamente y se precipita hácia el ébrio. Contemplóle algunos instantes con indecible angustia, y como anonadado de dolor se dejó caer en el mismo banco en que poco há se encontraba el minero, y escondió su calva frente entre las manos.

Era Godileo. Hacia ya dos largos meses que su hijo Silo habia abandonado la casa paterna. El altivo anciano habia sufrido sin proferir una queja la ingratitud de su hijo. Un dia hallándose vendiendo leña en el mineral de Chañarcillo, le vió atravesar por esas callejuelas de la Placilla entre hombres y mujeres de mala vida. Sus sentimientos de padre se exaltaron dolorosamente. Ese hijo, antes amante y sumiso, habia pasado a su lado sin reparar en él, en él que marchaba tras de sus burros agobiado por el cansancio y la vejez. Mas esto no era todo: ¿qué habia hecho su hijo para ganar dinero? ¿cómo es que estaba vestido de una manera superior a su pobreza? Estas reflexiones espantaron al indio, quien temiéndolo todo, se decidió a salvar si aun era tiempo al muchacho, y recorrió en su busca los tambos de la Placilla.

Algunos instantes permaneció Godileo en aquella actitud, hasta que saliendo de su abatimiento por un acceso de cólera, se levanta, toma a la tabernera por un brazo y la arrastra junto a Silo.

—Dime, le dijo con voz de trueno, ¿qué ha hecho este mozo? ¿eres su cómplice? ¿por qué le embriagas, perdida? dímelo o te.....

—Por la Virgen, le diré todo, suélteme, articuló la mujer, a quien la fuerte mano de Godileo trituraba el brazo.

El la soltó y ella corrió a la calle a pedir auxilio. Viendo esto el indio, levantó a Silo, se lo puso a la espalda como a un niño, y salió tranquilamente de allí. La multitud habia acudido a los gritos de la mujer. Mas esa jente, por desalmada que sea, conserva un religioso respeto por la ancianidad. Al ver al viejo Godileo, tan venerado en la comarca, marchando a paso lento llevando a su hijo a sus espaldas, todos le dejaron pasar sin proferir palabra.

Godileo llegó al sitio donde rumiaban sus burros, y atravesó a Silo en uno de ellos, se trepó en ancas del animal y emprendió su marcha en medio de las tinieblas de la noche.

## II.

Asi caminaron hasta el amanecer, hora en que Silo volvió de su embriaguez y tomó una actitud firme sobre el animal. Al verse él sobre el lomo de la bestia y en la grupa a su padre, todo lo comprendió, o mas bien, recordó clara y distintamente lo que habia pasado en la taberna entre él y un desconocido. Su pensamiento se sumerjió en contrastadas cavilaciones. Temia la cólera de su padre, que marchaba absorto sin dirigirle una palabra, y en medio de estas ideas se atravesaba en su cerebro la risueña imájen de la Rosicler, de esa mujer a quien habia entregado su corazon y su bolsa y a quien temia no volver a ver.

En la tarde llegaron al Pueblo de Indios. Godileo interrumpió la pura alegría de la madre y de la hermana con su jesto glacial y severo.

—Ven, sígueme, dijo a su hijo, luego que éste pudo desprenderse de la lluvia de preguntas que le dirijan las dos mujeres.

—Ve a dónde van, Gala. Tu padre trae un humor que me da miedo, dijo Mónica.

—La muchacha salió fuera del rancho y vió que su padre, seguido de su hermano, se internaron entre unos peñascos distantes como dos cuadras de la casa.

—Siéntate, dijo Godileo a su hijo indicándole una piedra que hacia parte de un macizo que descollaba en medio de la soledad del desierto. Contesta a lo que te voi a preguntar como si fuese un juez que va a juzgarte. Aquí no hai padre ni hai hijo.

¿En qué te has ocupado desde que desertaste de tu casa?

—En nada, padre.

—¡Ah! mis sospechas! murmuró el indio con reprimido acento.

Luego, lo que llevas puesto, el oro que he sentido sonar en tus

bolsillos y que no he querido tocar por no manchar mis manos es fruto de.....

Godileo se interrumpió. Silo guardó silencio.

—Me dirás de dónde te ha venido todo eso?

—Padre ¡qué quiere que le diga?

—Dices bien; debo ahorrarte el último resto de vergüenza.

Te horrorizas de confesar que has ennegrecido tu alma, que te has arrastrado por el fango como un reptil, por vestir como los españoles, por tener oro que arrojar en las chinganas de la Placilla.

Que los blancos se roben unos con otros, está bien; pero que un indio, y un indio que lleva en sus venas sangre real, espie la ausencia del sol para robar el oro.....

—Nunca he robado, murmuró Silo alzando su frente.

—Que no salga una palabra de tu boca si no es para iluminar lo oscuro de mi pensamiento! Tarde veo que he sembrado en mal terreno! Desde que te senté niño en mis rodillas, tomé a tarea enseñarte lo bueno; durante muchos años te has dormido oyéndome referir lleno de ardimiento las virtudes de tus mayores y los crímenes cometidos por los españoles. Te he repetido las agonias de nuestros Incas y el pillaje y la codicia de esa banda de demonios que las olas arrojan a nuestras playas. Esperaba con estas sencillas pláticas conservar en tí el odio por los españoles y el orgullo de tu raza. Te habia ocultado mi parentesco con Tupac-Amaru, temiendo fermentase mas tarde en tu corazon ese sentimiento que, en tu padre, ha hecho el martirio de su juventud: la venganza y el ódio contra los blancos nuestros opresores.

¡Silo! gritó el indio con voz entrecortada por la emocion; tú te has entregado en cuerpo y alma a los blancos. Ellos te han perdido, yo reniego de tí!

—¡Padre! articuló el jóven suplicante.

—No eres mi hijo. Yo te mal.....

Un grito lastimero interrumpió las últimas palabras de Godileo, y Mónica se precipitó a sus piés.

—Perdon! le dijo sollozando, perdon para él!

—¡Mujer! exclamó Godileo, despídete de tu hijo.

—Nó; nó, yo sola soi la que merezco castigo..... Silo es inocente..... yo le descubrí el secreto..... yo le aconsejé que fuese al cerro, trajese piedras a vender..... él no lo queria.....

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

## EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARVAJAL.

---

(CONTINUACION).

Noticioso Gonzalo Pizarro de que el virrei Blasco Núñez Vela estaba reuniendo tropas en el sur del Perú, donde habia desembarcado con el oidor Alvarez, se apresuró a salir con las suyas de Lima allá por el mes de marzo de 1545.

Temia que si él no obraba con prontitud, su contrario reuniese demasiadas fuerzas, y sobre todo que hubiera tiempo para que llegara alguna real resolucion desfavorable a la causa de los encomendados, que diera mucho prestigio al virrei.

El gobernador hizo el viaje por mar hasta el puerto de Santa, en que desembarcó.

Allí supo que el virei se encontraba en San Miguel de Piura con un cuerpo de ejército mas o ménos igual en número al que él traia, pero mucho ménos veterano, y mucho peor provisto y pertrechado.

Pizarro determinó, en vista de estas noticias, salir sin tardanza en busca del enemigo.

Apénas lo supo Blasco Núñez Vela, cuando, temeroso de no poder resistir en una batalla, emprendió la retirada.

Pizarro, por su parte, luego que advirtió este plan, persistió en el proyecto de seguir en persecucion de las tropas del virrei con la mayor lijereza, y sin descanso.

Pero la principal dificultad, tanto para aquel que se retiraba, como para aquel que iba en su alcance, era el paso de los desiertos que se estienden en aquella comarca, en los cuales los caminantes no encuentran ni alimento para satisfacer el hambre, ni agua para saciar la sed.

Blasco Núñez Vela, que marchaba adelante, cuidaba de ir agravando esta escasez de los elementos mas indispensables para el sustento humano, haciendo que los indios de que se hacia acompañar fuesen destruyendo todos los que fuese posible en muchas leguas a la redonda.

Pero, a su vez, como era el que iba huyendo, tenia que soportar la amargura de ir dejando desamparados a todos los individuos de su pequeño ejército que no podian continuar, impedidos, sea por la fatiga, sea por la enfermedad; y estos eran muchos.

Gonzalo Pizarro habia dispuesto que sus soldados llevaran solo los caballos y las armas.

Todos los vagajes habian sido dejados atras en lugar seguro.

Centenares de indios trasportaban en cántaros y tinajas la provision de agua para los hombres y para las bestias.

Aquellos dos ejércitos se hostilizaban, no con el fuego y con el hierro, sino con el hambre y con la sed.

Gonzalo Pizarro escogia, entre los rezagados, a aquellos que mas le habian ofendido, o a quienes temia mas, y los entregaba al maestre de campo Carvajal para que los matase.

A los restantes, los confinaba tierra adentro, a la ciudad de Trujillo, o a la de Los Reyes.

El sanguinario Carvajal murmuraba que su jeneral pecaba de clemente.

Formulando su opinion sobre este punto en una de esas frases cortas y espresivas que gustaba emplear, repetia cada vez que se ofrecia la oportunidad:—De los enemigos, los ménos.

Pero Gonzalo, que se afanaba por no hacer aborrecida su bandera, impedia que el maestre de campo soltara demasiado la rienda a las inclinaciones crueles que le caracterizaban.

Mencionaré aquí una anecdota que pinta a lo vivo los procedimientos atroces de aquel veterano desalmado.

Llevaron a su presencia un grupo de soldados del virei que acababan de tomarse en el camino.

Carvajal fijó la atencion en uno de ellos, que era mui mozo, y que parecia agobiado de cansancio.

—¿De dónde sois? le preguntó.

El prisionero nombró no sé que aldea de España.

—He estado en ella, dijo Carvajal. ¿Habrias conocido por acaso a fulano (un vecino de la aldea)?

—Es mi padre, señor, contestó el prisionero.

—Fué el mayor amigo que tuve en España, replicó Carvajal, y el que mejores oficios me prestó. Por su causa, estoi pronto a servir en cuanto os sea grato, a condicion de que seais un buen partidario del gobernador mi señor.

—Podeis contar con ello, señor maestre de campo, exclamó el

jóven lleno de alborozo, y podeis poner a prueba mi reconocimiento.

—Está bien, está mui bien, dijo Carvajal, manifestando que iba a dirigirse a otro lugar.

—Señor maestre de campo, se apresuró a decirle el prisionero, viendo que iba a retirarse; ya ve Vuestra Merced que el cansancio me impide levantar los piés del suelo.

Carvajal, deteniéndose, le miró sin comprender a dónde pretendia llegar.

—Uno de los soldados de Vuestra Merced me ha quitado una yegua, que por cierto es harto flaca y vale bien poco. Puesto que yo he prometido servir de aquí adelante a Vuestra Merced y al señor gobernador, tenga la bondad de ordenar que se me restituya esa mala bestia, para que yo pueda desempeñarme, y seguir a Vuestra Merced a donde lo hallare por conveniente.

Francisco de Carvajal tenia establecido el sistema de no dar a sus soldados otra paga que el botin que recojian.

Era talvez hábito contraido en las guerras de Italia.

Mas por lo mismo, prohibia al propio tiempo con la mayor severidad el que alguien pretendiera despojarlos de lo que habian pillado.

La presa era cosa sagrada.

Y como la índole de Carvajal era tan arrebatada, la peticion del prisionero, contraria a sus doctrinas, le irritó hasta el estremo.

—Yo haré que levanteis los piés del suelo mejor que en una yegua, respondió con voz terrible, lanzando al pobre mozo una mirada furiosa, que casi le heló de espanto.

Carvajal llamó en seguida a uno de sus criados.

—Anda presto, le dijo, y trae una soga para que me ahorques luego a este individuo del árbol mas alto que hubiere en todo este campo.

—Mirad, añadió todavía, hablando al criado; tened mui bien entendido que habeis de ahorcarle de manera que este señor tenga los piés cuanto mas altos del suelo quiera tenerlos, y tratando de que todo se ejecute mui a satisfaccion suya.

El desventurado prisionero comprendió que esta orden estaba mui léjos de ser una burla.

Su tribulacion fué excesiva, porque se consideró, y mui fundadamente, próximo a soportar el último suplicio.

—Señor, señor! ¡piedad! exclamó acongojado. Yo seguiré a Vues-

tra Merced, no solo a pié, sino de rodillas. ¡Perdon! Yo no querria por nada levantar del suelo los piés en la forma que Vuestra Merced ordena.

—A fé mia, Vuestra Merced manifiesta ser discreto y prudente, replicó el sarcástico Carvajal; y como tal, escoje lo mejor.

Y diciendo esto, suspendió la órden que habia dado, por lo cual el prisionero debió creer que tenia en el cielo algun protector mui influente, pues Carvajal no se dejaba apaciguar por ruegos, y era poco inclinado a revocar sus fallos de muerte.

---

Esperimentando Gonzalo Pizarro las inmensas dificultades que habia para seguir al alcance del virei con todo el grueso de la tropa, destacó a Carvajal con cincuenta jinetes escojidos para que le apretase mas de cerca.

La persecucion fué desde entónces mui activa.

El ejército del virei iba materialmente deshaciéndose.

Carvajal encontraba, a cada trecho del camino, ya un hombre que estaba muriéndose, ya otro a quien habian faltado los brios para continuar.

La distancia entre los que se retiraban y los que perseguian se minoraba cada vez mas y mas.

Llegaron a encontrarse separados por solo cuatro horas de marcha.

Blasco Núñez Vela y los suyos, que abrumados por el cansancio, caminaban ya sin alientos, se detuvieron para respirar, tan luego como entró la noche, presumiendo que sus perseguidores habian de hacer otro tanto.

Pero los que tal se imaginaron no conocian a Carvajal, que era un hombre de hierro, superior al hambre y al sueño, y que tenia el arte de comunicar a sus soldados algo de su enerjía indomable.

Efectivamente, sin detenerse, siguió caminando, miéntras los contrarios se entregaban al reposo.

A eso de la media noche, supo por unos rezagados de que se apoderó la cercanía del alojamiento del virei.

Algunos de los oficiales que le acompañaban recibieron esta noticia con el mayor regocijo, estimando que era segurísimo el triunfo mas espléndido.

—Maestre de campo, dijeron a su jefe; demos sobre ellos ántes de que tengan tiempo para huir, y podéis estar cierto de que los

alancearémos a todos, escapando solo aquellos a quienes queramos perdonar la vida.

—Señores, respondió Carvajal, al enemigo que huye, puente de plata.

Y junto con manifestar esta opinion, que sorprendió a muchos de los oficiales, tanto como les desagradó, hizo que un trompeta diese el alarma, tocando su instrumento.

El virei no se hizo sordo al aviso.

Inmediatamente, puso en movimiento su tropa, que estaba ya reducida a solo ciento cincuenta hombres, y continuó su penosa marcha en medio de la noche.

Carvajal le siguió a alguna distancia, pero sin empeñarse por alcanzarle.

Cuando volvió el dia, las dos tropas estaban a la vista.

El virei se apresuró a elejir la posicion mas ventajosa que se ofrecia para resistir el ataque de los de Pizarro, que aguardaba por momentos.

Pero con gran sorpresa suya, Carvajal, deteniéndose, se mantuvo quieto.

Los subalternos del maestre de campo estrañaron esta determinacion tanto como el virei y los suyos.

Blasco Núñez Vela estuvo algunas horas apercebido para la pelea.

Observando que el enemigo no se movia, y se limitaba a vijilarle desde léjos, resolvió continuar la retirada.

Carvajal no le opuso el menor obstáculo para ello.

Los émulos del maestre de campo censuraron entónces y despues esta conducta, atribuyéndola a motivos mas o ménos deshonorosos.

Aun se susurró que el gobernador la habia tenido a mal; pero que habia disimulado su enojo.

Mas no se ha menester de mucha reflexion para comprender que el plan seguido aquella vez por Carvajal fué el de un hombre sagaz y experimentado.

El veterano consideró la desigualdad de las fuerzas respectivas, y temió los prodijios que suele operar la desesperacion.

Sobre todo, no quiso correr los azares del combate, cuando era claro que la simple continuacion de la táctica empleada hasta entonces era suficiente para que la tropa del virei se fuese desbaratando por sí sola.

Y en efecto sucedió lo que habia previsto.

Cuando Blasco Núñez Vela, atendida la inaccion de Carvajal, decidió continuar la retirada, observó con sentimiento que muchos de sus soldados estaban en la mas absoluta imposibilidad de acompañarle hasta mas adelante, por causa de enfermedades, o por falta de víveres y de cabalgaduras.

—Veo, dijo el virei, que muchos de vosotros no podeis continuar esta marcha, por grande que sea vuestra voluntad de no separaros de la bandera real en semejante trance. Querria que los que se encontrasen en este caso lo declararan con franqueza para tener la seguridad de que en todas partes serán amigos míos. Si así no lo hacen, y se van quedando en el camino por no poder mas, temeria que dudaran si yo aprecio su fidelidad como corresponde, y si les conservo la misma estimacion que al presente.

Estas palabras del virei hicieron derramar lágrimas a muchos de las que las oyeron.

Los mismos que se sentian mas abrumados hicieron un esfuerzo extraordinario para dominar su cansancio y abatimiento.

Pero aquella animacion artificial duró poco.

La tropa de Blasco Núñez Vela, debilitada cada dia mas, no tardó en señalar, como antes, su huella con numerosos individuos que quedaban en el camino abandonados a la merced del enemigo.

La tropa del virei del Perú vino a reducirse a solo ochenta hombres.

Blasco Núñez Vela se asiló en la ciudad de Quito; pero como el triunfante Pizarro fuese siguiéndole hasta allá, se vió obligado a refugiarse en Popayan.

El gobernador, ensoberbecido con las ventajas de toda especie que habia alcanzado, se entregó a las fiestas y a la disolucion, mientras su competidor trabajaba activamente por rehacerse.

Pero, la diligencia y la constancia, dignas de mejor suerte, desplegadas por Núñez Vela, fueron, como se sabe, completamente infructuosas.

Su feliz rival supo atraerle a las inmediaciones de Quito, donde las tropas del uno y del otro vinieron a las manos el 18 de enero de 1546, perdiendo el virei la victoria y la vida.

---

El maestre de campo Francisco de Carvajal no se halló en aquella jornada, pues Pizarro le habia dado algunos meses antes el encargo de ir a sofocar un formidable alzamiento que el capitán

Diego Zenteno habia encabezado en la provincia de Los Charcas para sostener la prerogativa real.

El maestre de campo salió de Quito con solo diez hombres, segun lo asevera él mismo en una carta que tengo a la vista.

La primera poblacion en que entró fué la de San Miguel de Piura, donde la fama que habia adquirido y el temor que inspiraba le hicieron recibir con grandes agasajos.

Carvajal correspondió a ellos, poniendo en prision a seis rejidores del cabildo, a quienes notificó en el acto que se dispusieron para morir.

—Señores, les dije, esta ciudad ha favorecido mucho la mala causa del virei; y como por esto merece un severo castigo, habia yo resuelto entrar en ella a sangre y fuego, y no dejar hombre con vida; pero he reflexionado que la plebe es inculpable en los delitos de esta especie; y ademas que, considerando la triste situacion del pais, conviene reducir los castigos para minorar los daños públicos. Hé aquí el motivo que me ha impulsado a limitar la espacion a solo vosotros, que sois los reos principales. Así sufrireis a la posible brevedad la pena del garrote.

Escusado es entrar a referir la impresion que un discurso semejante, pronunciado por Francisco de Carvajal, hizo en el ánimo de aquellos desventurados.

Sin pérdida de tiempo, procuraron por medio de sus mujeres, de sus deudos y de sus amigos, que todos los clérigos y frailes del lugar fueran a implorar clemencia en su favor.

Carvajal no era hombre de dejarse ablandar por ruegos de sacerdotes; pero como juntamente le ofrecieron un rescate de cuatro mil pesos por la vida de cada uno de los rejidores, consintió en conmutar a cinco de ellos la pena de muerte en la de destierro y privacion de sus encomiendas.

En cuanto al sexto, se mantuvo inflexible, haciéndole aplicar sin remision el suplicio del garrote, porque habia cometido el crimen, en su concepto imperdonable, de haber fabricado el sello de que se servia el virei en sus provisiones.

---

En Piura, Francisco de Carvajal ejecutó una de esas bufonadas inhumanas, atroces, irritantes, a que era tan aficionado.

Se encontraba en la cárcel un capitán de Blasco Núñez Vela, llamado Francisco Hurtado, a quien los de Pizarro habian tomado prisionero hacia algun tiempo.

Era un caballero jeneralmente estimado y que, antes de los disturbios, habia tenido bastante amistad con Carvajal.

Apenas supo éste que Hurtado estaba detenido, reprendió acremente a los alcaldes, porque habian tardado tanto en ponerle en libertad, y mandó soltarle.

El capitan Hurtado fué a dar las gracias al maestre de campo, quien le recibió con las manifestaciones del mayor afecto, como a antiguo camarada, y le retuvo a comer en su compañía.

La conversacion fué sumamente cordial, y aun alegre.

Carvajal hizo a Hurtado todo jénero de ofrecimientos.

Cuando la comida hubo terminado, se presentó de improvise el cura, a quien Carvajal habia hecho llamar apresuradamente.

—Señor Francisco Hurtado, dijo entonces el maestre de campo, yo siempre he sido grande amigo y servidor de Vuestra Merced, y acabo de demostrárselo con el tratamiento que Vuestra Merced ha experimentado. Asi he cumplido con la obligacion de amistad que Francisco de Carvajal debia a Francisco Hurtado. Ahora es menester que yo cumpla tambien con la obligacion que el maestre de campo debe al gobernador su señor; y en consecuencia yo no puedo dejar de matar a Vuestra Merced. Este padre-cura ha venido para ayudarle a bien morir.

No hubo remedio para el capitan Hurtado, a quien se dió garrote.

---

De Piura, Carvajal pasó a Trujillo, donde procuró proveerse de dinero por arbitrios análogos a los que habia practicado en la primera de estas poblaciones, y por estorciones de toda clase.

Por todas partes iba alistando soldados, a quienes no pagaba un maravedí, pero a quienes atraia con el aliciente de los caballos que les daba, quitándolos a los vecinos, y con la licencia que les otorgaba de cobrar sus sueldos, robando a los habitantes pacíficos.

Era el sistema que habia visto seguir en las guerras de Italia.

Habiendo entrado en la ciudad de los Reyes, alcanzó a reunir bajo su bandera hasta ciento noventa hombres.

---

Antes de dirijirse al Cuzco, escribió a Gonzalo Pizarro, con fecha 25 de octubre de 1545, una carta que ha llegado hasta nosotros.

Carvajal comunicaba a su señor que habia encontrado en Lima

a unos ajentes del gobernador de Chile Pedro de Valdivia, los cuales habian ido en busca de socorros.

Le aconsejaba que no permitiera que Valdivia se entendiera directamente con la corte. «Porque no es menester que por parte de Valdivia se negocie nada con el rei, sino con Vuestra Señoria, y que no haya otro que le pueda ayudar ni valer; solo porque siempre Valdivia tenga fin de servir por los beneficios y servicios que de las gobernaciones de Vuestra Señoria cada dia recibirá. Esto que he dicho lo digo para grandes efectos y fines, que no son para escribir, y bien sé lo que digo.»

La conclusion de esta carta era mui significativa. «La nave de Pero Diaz, que lleva estos despachos, lleva tambien mucha pólvora para la armada, y dos cientos veinte quintales de bizcocho. Vuestra Señoria mire mucho por la armada, y su salud, que estas dos cosas nos ternan en pié de aquí a mil años, a pesar de los reyes, y aun de papas.»

Enviada esta carta al gobernador, Carvajal marchó por el camino del Cuzco para ir en busca de Diego Zenteno.

---

Apenas habia salido de Los Reyes, cuando se descubrió una formidable conspiracion que estaba maquinándose para alzar la ciudad por el rei en contra de la rebelion.

Como de costumbre, se aplicaron a los principales conjurados los castigos mas espantosos.

El alcalde Pero Martin, encargado de levantar el proceso, tenia el mayor interes en perder a un tal Perucho de Aguirre, a quien aborrecia a muerte.

Aunque este Aguirre habia sentado plaza en la tropa de Carvajal, Martin estaba en posesion de ciertos antecedentes que le hacian recelar que su enemigo era de la conjuracion; y que si habia dejado a Lima, habia sido con el propósito de matar a Carvajal.

Asi el alcalde ponía empeño particular en esclarecer este punto.

Habiendo amenazado a Francisco Guzman, uno de los testigos, con aplicarle tormento si no declaraba que Perucho de Aguirre y otros tres o cuatro que iban con él tenian parte en el complot, y se habian ausentado solo para tener ocasion de quitar la vida al maestro de campo, Guzman, temeroso de la tortura, que estaba ya a su vista, respondió a todo conformándose a los deseos que el juez manifestaba mui a las claras.

Sin embargo, ignoraba completamente que Aguirre y los otros

tres o cuatro individuos que se le designaban por sus cómplices, hubieran tenido los criminales designios que se les atribuian.

El alcalde, impaciente de la venganza, pidió, sin esperar la ratificación, ni el descubrimiento de otros datos, al escribano de la causa Diego Gutierrez un testimonio autorizado de la declaracion de Francisco Guzman, y se lo envió a Carvajal.

El alcalde continuó la formacion del proceso.

Cuando llegó el caso de que Francisco Guzman se ratificase en su dicho, manifestó que cuanto habia denunciado tocante a Perucho de Aguirre, y a sus supuestos cómplices, era completamente falso, y que solo lo habia espresado asi para escapar al tormento con que se le conminaba.

Por mas que hizo el alcalde, Guzman permaneció inquebrantable.

Martin comprendió entonces la culpabilidad de la lijereza con que habia procedido, y las irreparables consecuencias que talvez esa lijereza habia causado.

Se apresuró a enviar a Carvajal testimonio autorizado de la retractacion de Guzman; pero ésta llegó demasiado tarde.

El maestre de campo habia recibido el primer despacho una jornada antes de entrar en Guamanga.

Ya sabemos que en asuntos de esta especie no era, ni irresoluto ni lento para ejecutar sus resoluciones.

Sin tardanza mandó prender a Perucho de Aguirre y a cuatro de sus camaradas, y ahorcarlos en los árboles del camino para escarmiento de traidores.

Aguirre se defendió con el mayor valor, y solo cuando materialmente estuvo hecho pedazos, pudieron apoderarse de su persona.

El alcalde Martin esperimentó los mas punzantes remordimientos.

No sabiendo como desagraviar a las ánimas de sus víctimas, se volvió contra el infeliz Francisco de Guzman, a quien echaba la responsabilidad de aquellas cinco muertes, y le condenó a meterse fraile, lo que este cuitado ejecutó.

Sin embargo, aunque Guzman lo ignorase, era efectivo que Perucho de Aguirre llevaba la intencion de asesinar en Guamanga a Francisco de Carvajal; y si éste no hubiera sido puesto en guardia por el mas estraño de los modos, quizá habria perecido entonces de un balazo o de una estocada.

Mientras tanto, habiendo el maestre de campo tenido noticia de que Diego Zenteno se habia retirado a un despoblado, creyó que

ya no urjia el ir a buscarle, y que su presencia seria mas provechosa en Lima, donde acababa de intentarse un trastorno.

Y en efecto, se volvió a esta ciudad.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

---

## INFLUENCIA DE LAS CORRIENTES DE LA MAR SOBRE LOS CLIMAS.

---

Todo el mundo sabe que los mares se dividen primeramente en tres grandes océanos, a saber: 1.º el océano Atlántico, que separa la Europa y el Africa de la América del Norte y de la América del Sur; 2.º el océano Pacífico, que abraza la mitad del globo, entre las dos Américas por una parte y por la otra del Asia oriental y la Nueva Holanda, con el archipiélago situado entre ambas; y 3.º el pequeño océano que lleva el nombre de mar de las Indias, que se halla casi enteramente debajo del ecuador entre el Asia, el Africa y la Nueva Holanda.

Dividiendo en dos cada uno de los dos grandes océanos, al Norte y al Sur del ecuador, y teniendo en cuenta los dos mares polares, resultan entonces siete divisiones, en las cuales se puede estudiar el movimiento de las aguas frias y calientes, su direccion del ecuador hácia los polos y su vuelta hácia el punto de partida. De este movimiento provienen, en el mar universal, las corrientes de aguas frias y de aguas calientes cuya alteracion lenta y majestuosa, cuya temperatura mas o meno, elevada, son el orijen de efectos mucho mas importantes en la economía de los climas, que los que podrian suponer a primera vista aquellos que no conocen el globo sino por los mapas ordinarios.

Dejando a un lado por un momento los dos mares glaciales circumpolares del Norte y del Sur, vamos a describir el círculo que forman las aguas en el océano Atlántico del Norte, que nos es mas conocido, surcadas constantemente por los buques que van y vienen de Europa a la América del Norte y a la América Central.

Es un hecho jeneralmente averiguado que en las rejiones ecuatoriales las aguas de todos los mares son empujadas hácia el Oeste por un movimiento incesante que, en el océano Atlántico,

las dirige hácia la América tropical. Esta inmensa corriente, que tiene treinta grados de latitud, veinte al Norte y diez al Sur, va a estrellarse en las costas del Nuevo Mundo.

Segun la configuracion de la América, cuya punta mas oriental está mucho mas abajo del ecuador, la mayor parte de las aguas de esta corriente se dirijen hácia el golfo de Méjico, flanqueando sus sinuosidades, para aparecer de nuevo en la punta de la Florida y costear los Estados Unidos de Sur a Norte. Volviendo en seguida al Este a la altura del banco de Terranova, esta corriente viene otra vez hácia Europa por una direccion opuesta a la que ántes habia seguido, que era la de Oeste.

Al llegar cerca de Europa, y despues de haber enviado un brazo hácia el mar Glacial costeano la Irlanda, la Escocia y la Noruega, el resto de las aguas vuelve hácia el Sud, a la altura de las costas occidentales de España, para unirse a la gran corriente tropical, a la altura del centro del Africa. Luego que estas aguas se reunen con la corriente, de la cual son por decirlo asi el manantial, se dirijen nuevamente al Oeste para tocar otras vez las costas de Méjico, las de los Estados Unidos, y atravesar segunda vez el espacio que separa los Estados Unidos de la Europa, formando de este modo un círculo continuo desde el Africa a Méjico, tomando el punto de partida por el camino que acabamos de indicar.

Las botellas flotantes que los marineros arrojan al mar, con la indicacion del lugar y fecha del dia en que fueron depositadas en el océano, demuestran que para recorrer el espacio de veinte a treinta mil kilómetros, son necesarios cerca de tres años y medio.

Los vientos siguen con corta diferencia la misma direccion que las aguas, es decir, que entre los trópicos soplan los vientos del Este, llamados vientos alisios, que trasportan a la América la atmósfera del Africa, del mismo modo que la corriente tropical lleva tambien las aguas. Asi como entre los Estados Unidos y la Europa la corriente conduce el mar hácia el Oeste, de la misma manera las contra-corrientes de los alisios soplan hácia la Europa, de lo cual resulta, como todo el mundo sabe, que la travesía de los Estados Unidos a Francia e Inglaterra es mucho mas rápida que la que se hace de Europa a los Estados Unidos, porque en el segundo caso son contrarios el viento y la corriente, los cuales favorecen el pasaje del nuevo mundo hácia el antiguo. Se sabe que cuando Cristóbal Colon puso por obra su atrevida empresa de abandonarse en el Oeste, bajó hasta la altura del Africa para tomar los vientos del Este, que debian, segun él, conducirle a la China. Apenas se concibe que en

una época en que los conocimientos jeográficos se hallaban en un estado de perfeccion suficiente para conocer con corta diferencia las dimensiones del globo y el itinerario de la India a la China, haya habido un hombre tan confiado en lo imposible para esperar tocar las costas orientales de la China despues de una navegacion igual a tres o cuatro veces la distancia que separa el mundo antiguo del moderno. Si la América no hubiera existido, Colon habria perecido mil veces ántes de llegar a la China; y cuando, andadas ya las dos terceras partes de la travesía, su jente comenzó a manifestar sus mortales inquietudes, preciso es convenir en que no le faltaba del todo motivo, en razon a las ideas jeográficas que en aquella época se poseian.

Despues de haber hecho numerosos viajes a la América, Colon murió persuadido de que habia costas orientales del Asia. Lo que parece inesplicable es cómo este célebre y atrevido navegante pudo cometer un error de algo mas de la mitad del globo, pues que tal es la anchura del océano Pacífico. La posteridad admirará su intrepidez, su temeridad, su fortuna, pero nó su ciencia.

*Audaces fortuna juvat.*

Quédale, sin embargo, la gloria de haber llevado a cabo el mas grande descubrimiento del siglo XV, descubrimiento que contribuyó en gran manera, haciendo al jénio mas confiado en sus propias fuerzas, al enérgico desarrollo de ideas y de hechos que caracteriza el siglo XVI, del que Celon no alcanzó mas que los principios.

Antes de pasar a los otros circuitos marítimos análogos al circuito del Atlántico setentrional, insistamos sobre las circunstancias que caracterizan a éste. Las aguas tropicales, al pasar de las costas del Africa a las de la América, caminan bajo el fuego de un sol zenital, y se calientan continuamente hasta su entrada en el golfo de Méjico; en seguida conducen su vertiente al estrecho de Bahama, en donde forman una rápida corriente de agua caliente que sube al Este de los Estados Unidos hácia el banco de Terranova. Al llegar a este punto, la corriente, como decimos mas arriba, toma al Este para volver de nuevo hácia la Europa, pero conservando todavia el exceso de calor que debe a su oríjen tropical; y este es uno de los grandes medios que la naturaleza pone en juego para temperar nuestro globo, llevando asi a las rejiones mas setentrionales, por medio de las aguas, el calor que derrama el sol entre los trópicos. A medida que esta corriente va avanzando, su calor disminuye poco a poco, distribuyéndola entre la atmósfera y las mares que recorre; y dejando a la izquierda la España y la par-

te superior del Africa, toma otra vez su lugar en la corriente tropical para embeberse, por decirlo así, nuevamente de un calor que trasportará otra vez a las latitudes de Europa.

Pero, se dirá: ¿que influencia puede tener sobre nuestra Europa, por ejemplo, una masa de agua tibia viajando en medio del Atlántico, separada por una distancia de muchos kilómetros del interior del continente europeo? Aun cuando el mar fuera cien veces mas caliente, ¿podria acaso hacer llegar sus influencias caloríferas hasta el centro de la España, de la Francia y aun menos de la Alemania? Cuando en el Mediterráneo, al rededor del volcan de Stromboli, el mar se calienta casi a la temperatura del agua hirviendo por efecto del fuego subterráneo, ¿sube el termómetro en Mesinao en Palermo? No, ciertamente. Por medio de los vientos es como el calor del mar se comunica al continente.

Tengamos presente, en efecto, que a la altura de Europa los vientos que dominan en el globo son los del Oeste, inclinándose hacia el Sudoeste; y se ve en seguida que estas corrientes de aire, teniendo por base una corriente de agua caliente, tomarán su temple y soplarán sobre la Europa con una temperatura mucho mas alta que si el mar, privado de la corriente caliente que hemos descrito, hubiera permanecido en el mismo grado de calor que requiere su latitud.

Para convencerse de esta asercion, bastará comparar el clima y la temperatura de las ciudades americanas que se hallan a la misma latitud que las ciudades de Francia. Boston, por ejemplo, está mucho mas al mediodia que Burdeos y Marsella; y sin embargo, los lagos y los estanques se hielan todos los inviernos hasta un metro de profundidad, a la latitud en que en Europa se cultiva el olivo en medio del campo. Debo decir aquí como de paso que los activos e industriosos americanos han hallado el medio de sacar mas provecho de su hielo que los españoles de sus magníficas cosechas de aceituna. Doscientos buques cargados de grandes pedazos de hielo artísticamente cortados y bien cubiertos de aserrin, paja de maiz u hojas de cañas, trasportan esta singular cosecha de invierno a todos los puntos del universo, desde el golfo de Méjico hasta las grandes Indias y aun a la China. Hasta en Londres y Liverpool se han visto algunos buques americanos cargados de ananas y de hielo, y se cita como un hecho curioso que estos buques han vendido todo su cargamento sin pagar ni un shelin a la aduana por derechos de importacion, porque las tarifas nada dicen sobre esta singular mercancía.

Hé aquí los diversos efectos que producen los vientos que han pasado sobre los continentes o sobre los mares. En Boston, el viento del Oeste llega del continente, despues de haber rozado en el invierno una tierra cubierta de nieve, enfriada por el hielo y por la esposicion a un cielo que no la envia ningun calor, al paso que los rayos mui oblicuos del sol, entonces meridional, son ineficaces para detener los progresos del frio. Hé aquí por qué los estanques de Boston se hielan a tanta profundidad, y porqué en jeneral, por estas latitudes las costas orientales de los continentes son tan visiblemente frias. Por el contrario, este mismo viento del Oeste, viniendo de Francia, vuelto a calentar por su contacto con las tibias aguas del Atlántico, mitiga el frio de esta estacion, y fácilmente se concibe que esta influencia se estenderá mui lejos de las costas, hasta que por su contacto con las tierras el aire haya perdido de nuevo el calor que le comunicaba la corriente cálida del Atlántico. Cuando se compara a latitud igual la Europa con la Siberia, donde no penetran los vientos del oeste, no pueden menos de sorprender las consecuencias de esta influencia meteorológica. Para dar todavia otro ejemplo, se observará que durante mas de seis meses del año, el viento dominante del Este y del Suroeste lleva el aire de la Francia sobre la Rusia, y que en el invierno los pocos dias crudos que tenemos en Paris son aquellos en que los vientos dominantes son reemplazados por los vientos opuestos que soplan de la Rusia sobre la Francia.

Nadie ignora que jeneralmente en todas las rejiones donde reinan los vientos dominantes, son los opuestos los que, despues de aquellos, soplan con mas frecuencia. En cuanto a la importancia hijiénica de estas corrientes aéreas, todo el mundo sabe que para la Inglaterra el viento del Este es un terrible azoté que sopla el malestar y el *spleen*, del cual nos reimos en Francia, pero que es tan sério en la gran Bretaña como el *khamzin* en Arabia y el *sirocco* en Italia. Cuando con el termómetro en la mano atraviesan los mares los navegantes, reconocen por su calor los grandes rios oceánicos de agua caliente, que no tienen mas riberas que las aguas frias que surcan, y que volviendo sobre ellos mismos, forman verdaderos rios sin fin.

En los mares de Terranova, estas aguas calientes ofrecen una barrera inespugnable a las ballenas, que se detienen en sus límites; y hasta sin observaciones termométricas se puede presumir que las corrientes cálidas suben al Norte más que de ordinario cuando es necesario ir a buscar las ballenas hasta una latitud mas elevada.

En este caso, se puede esperar en Europa un invierno mas benigno que de costumbre. Cada localidad del centro de la Francia, por ejemplo, goza de una temperatura mas alta que ningun otro punto del globo situado a igual distancia del ecuador, al paso que la América, el Labrador y el Canadá, que forman la vertiente de la Inglaterra y de la Francia, apenas son otra cosa que comarcas polares donde se hielan los rios durante meses enteros. Los cereales en Europa suben mucho mas alto de la latitud de la bahía de Hudson, y la cebada llega casi hasta el cabo Norte.

(Continuará.)

---

## LOS DOS COMERCIANTES,

POR H. ETIENNEZ.

TRADUCIDO PARA LA "REVISTA DE VALPARAISO," POR X. X.

---

Era el 20 de enero de 1793. Los franceses acababan de hacer su entrada en Amsterdam; los fusiles estaban todavía colocados en pabellones en las plazas, y los soldados, agrupados al derredor de sus armas, esperaban con paciencia que se proveyese a sus necesidades y a sus alojamientos.

A pesar del rigor de la estacion, todos los habitantes habian salido de sus casas y bajado a las calles para admirar aquel ejército de libertadores. El mayor entusiasmo reinaba en la ciudad, y desde el principio de la noche se habia colocado sobre los balcones innumerables luces en señal de regocijo.

Sin embargo, en la estremidad del puerto, por el lado del Almirantazgo, se elevaba una casita cuyo aspecto sombrío y silencioso formaba contraste con el exterior de las casas vecinas. Un patio estrecho, pero cuidado con esmero y cerrado por la parte de la calle por un muro y por una puerta de cochera, precedian la entrada de esta morada. Era la habitacion de Mr. Woerden. Mr. Woerden era un rico comerciante holandés. Exclusivamente ocupado en sus negocios comerciales, habia permanecido enteramente indiferente a los sucesos políticos que se desarrollaban entonces en su pais; por otro lado, comprendia demasiado bien la economía doméstica para hacer participar a sus ventanas del lujo de claridad que sus compatriotas habian tenido por conveniente despegar.

A la hora de que hablamos, Mr. Woerden estaba, pues, tranquila-

mente sentado en un gran sillón guarnecido de almohadones, delante de una inmensa chimenea en cuyo fondo se quemaban lentamente algunos raros pedazos de carbón. Su ancho capote forrado estaba cruzado con cuidado sobre su pecho, y su gorra de piel de nutria muy inclinada sobre su frente desprovista ya de cabellos blancos.

Cerca de él, sobre una mesa, se encontraban una pequeña lámpara de cobre muy brillante, un gran vaso de cerveza y una pipa de tierra blanca, todavía virgen de los labios del fumador. En el ángulo de la chimenea estaba acurrucada una vieja criada, cuyo robusto aspecto revelaba su origen flamenco, y que se ocupaba, en medio del más respetuoso silencio, en arrojar a la lumbre los pequeños fragmentos de carbón que caían sobre el pavimento.

De repente se dejó oír el sonido de una campanilla. A este ruido la criada se levantó vivamente.

—¿Quién puede llamar a esta hora? dijo el anciano comerciante. Id a abrir. La criada salió, y un momento después un joven entró en el aposento. Arrojó su capa sobre una silla, y aproximándose a Mr. Woerden, le dijo:

—Buenos días, padre mío.

—Cómo! ¿sois vos, Guillermo? No os esperaba tan pronto.

—Y sin embargo, he salido de Broek esta mañana; pero los caminos están de tal manera obstruidos por las tropas y por los fujitivos, que hemos empleado todo el día en el viaje.

—Y bien ¿habeis visto a Van Elburg?

El joven bebió un vaso de cerveza y se sentó también junto al fuego.

—Sí, padre mío. Van Elburg consiente en mi matrimonio, pero persiste en no querer dar a su hija más que cuatro mil ducados de dote.

—Oh! exclamó Woerden frunciendo sus cejas blancas. Y bien; guardará, pues, su hija y su dote.

—Oh, padre mío!

—Callaos, Guillermo; a vuestra edad todo se sacrifica al amor, y se deja a un lado la fortuna; pero ved, el amor pasa y el dinero queda.

—Pero, padre mío, Van Elburg es uno de los más ricos comerciantes de la Holanda, y lo que él no quiere dar durante su vida, necesario será que lo deje después de su muerte.

—Eh, ¡pardiez! respondió Woerden descubriéndose; ¿acaso no soy yo también rico? Escuchad, hijo mío; muy pronto vais a sucederme

en mis negocios; recordad bien los dos principios que voi a enseñaros: es necesario no dar nunca más que lo que se recibe, ni hacer negocios para el provecho esclusivo de los demas. Con esto se alcanza buen éxito en el comercio y por consiguiente en el matrimonio.

—Pero...

—Entre tanto, hijo mio, no hablemos más sobre esto.

Guillermo conocia demasiado la obstinacion y el absolutismo de su padre para que continuase insistiendo; sin embargo, no pudo disimular tan bien su buen humor que no apareciesen algunos indicios sobre su rostro. El anciano no hizo el menor caso. Cargó tranquilamente su pipa y la encendió.

Entre tanto la campanilla acababa de hacerse oír por segunda vez. Casi al mismo tiempo se sintieron en el patio los pasos de un caballo, y los perros se pusieron a ahullar con fuerza.

—Ah, ah, dijo Woerden; por el ruido que hacen los perros presumo que es un extraño el que llega; ved, Guillermo.

El jóven se acercó a la ventana.

—Padre mio, es un soldado de caballería.

—Un soldado de caballería! Qué me querrá?

En este momento la criada entró y entregó al anciano una carta: éste dirijió inmediatamente su vista sobre el sello.

—Gobierno provisorio! exclamó.

Y su rostro, alterándose de repente, revistió la espresion de una profunda inquietud. Mr. Woerden rompió vivamente el cierro, desdobló la carta y la leyó. Guillermo seguía con ansiedad los movimientos de su padre, pero se tranquilizó bien pronto, pues la fisonomía de éste recobró bien pronto toda su serenidad.

—Está mui bien, dijo por fin Woerden; acepto.

Y despues de pasar la carta a su hijo, se puso a reflexionar.

El jóven recorrió la carta de una ojeada; se trataba de un pedido de cuatrocientos mil arenques que debían entregarse en un mes al gobierno para la subsistencia del ejército frances.

—Guillermo, exclamó de repente Woerden despertando de sus pensamientos; me ocurre una idea. Te casarás con la hija de Van Elburg y tendrás una bella dote. Soi yo quien te lo dice!

—Y cómo, padre mio?

—Déjame obrar. Solamente, como los canales están obstruidos por los hielos, ten prontos y has ensillar dos caballos mañana al venir el dia.

—Se hará así... Oh, padre mio, cuánto os agradezco!...

—Está bien... Eh! no sabes tú todavía todo lo que me debes. Bien, Guillermo, continuó Woerden golpeando lijeramente la espalda de su hijo; cuando tú seas comerciante ten solamente el jenio de tu padre.

El día siguiente el sol al salir encontró a los dos viajeros sobre el camino que conduce desde Amsterdam a Brock. Los caminos estaban cubiertos de nieve y mui resbaladizos; los caballos no podían marchar sino paso a paso, pero el jóven sufría este contratiempo con valor; iba a ver de nuevo a su amada y a arreglar por fin ese matrimonio que debía colmar su ventura. El anciano mismo se reía de esta marcha penosa, porque en el fondo de su corazón deseaba grandemente que su hijo se casase con una heredera tan rica. Llegaron a Brock a medio día, pero descendieron de sus caballos antes de entrar a la ciudad y los dejaron en una posada, porque era prohibido el acceso a ella a las bestias de carga y a los carruajes.

En efecto, el pueblo de Brock goza en Holanda de una reputación proverbial por su limpieza. Las calles, en vez de ser empedradas como sucede jeneralmente, están allí arregladas con piedras bruñidas de diversos colores y dispuestas en forma de mosaico. Por ambos lados, a lo largo de las casas, hai espacios reservados para el uso privado de sus habitantes; estos espacios, adornados con piedras mas bonitas o mejor ajustadas, están separados de la vía pública por balaustradas de fierro mui pulido y realzado por numerosos adornos de cobre dorado; hai en ellos además bancos de maderas preciosas ricamente labrados para las reuniones de la familia en la tarde, después de los abrumadores calores de los días de estío.

Dicen que la manía de la limpieza es tal en Brock, que cuando una hoja arrancada de su tallo por una brisa indiscreta viene a caer sobre este elegante estrado, los habitantes salen en masa de sus casas y corren a porfía sobre la hoja proscrita para sacarla.

Cuando Woerden y su hijo entraron en Brock con sus gruesos zapatos cubiertos de nieve, escitaron la indignación de todos; pero sin embargo, como eran conocidos en el país desde mucho tiempo atrás, pudieron llegar sin dificultad a la casa de Van Elburg.

Allí, a pesar de todo, no pudieron sustraerse a una formalidad a que se vieron también obligados a someterse Napoleón y Alejandro algunos años mas tarde. Apenas habían entrado al patio que precedía la habitación del rico comerciante, cuando una criada les trajo una especie de babuchas que cambiaron por sus gruesos zapatos.

Por fin fueron introducidos.

En el momento que penetraban en el salon, la puerta que quedaba frente a frente de ellos se cerraba. Mr. Woerden no tuvo tiempo para ver la persona que acababa de escapar al aproximarse ellos; pero Guillermo la habia reconocido ya; sus ojos de amante todo lo habian visto, y las palpitations de su corazon lo aseguraban bastante contra la posibilidad de una repulsa. En efecto, era Clotilde, la hija de Van Elburg, que oculta tras los vidrios de colores de su ventana !los habia visto entrar en el patio y habia salido para avisarlo a su padre. Volvió casi al mismo tiempo con este.

Clotilde llevaba el traje del pais; su peinado era de rizos y su frente estaba adornada con una placa de oro, cubierta con una gorrita calada puesta delicadamente sobre las sienes, guarnecida de cordoncillos de oro y sembrada de pedrerías. Dos grandes gatos angoras que la habian seguido daban vueltas al rededor de ésta, restregándose familiarmente en el vestido de su ama.

—Eh, buenos dias, Mr. Woerden, exclamó Van Elburg, tendiendo la mano a aquel. ¿Acaso huis vos tambien delante de los franceses? Sed bien venido.

—Mr. Van Elburg; no se trata absolutamente de eso, respondió Woerden. Vos sabeis mui bien que no me ocupo jamas de política; me cuido tan poco de los franceses como del príncipe de Orange, y vengo solo a proponeros un negocio.

—Hablad, ya os escucho...

—Mi querido colega: tengo que hacer dentro de un mes una entrega de cuatrocientos mil arenques; ¿quereis encargaros de entregármelos en tres semanas?

—A qué precio?

—A diez florines el mil.

—¿A diez florines? Sea, os lo prometo.

—Pues bien, arreglemos esto inmediatamente y vámonos a la mesa, porque me muero de hambre. Durante el almuerzo hablaremos mejor del segundo objeto de mi visita.

Y diciendo estas palabras, Woerden lanzó una mirada significativa a la jóven, que bajó los ojos.

Durante el almuerzo, en efecto, el habitante de Amsterdam habló del matrimonio de su hijo y discutió de nuevo sobre la dote de la futura esposa; pero Van Elburg no quiso cambiar ni en un florin la suma que habia prometido.

Mr. Woerden, que ya se cuidaba mui poco de ello, finjió todavia algun pesar y concluyó por ceder.

En fin, la celebracion del matrimonio se fijó para dentro de ocho dias.

El dia siguiente Guillermo y su padre se pusieron en camino para Amsterdam. Apenas salieron de Brock y vueltos a montar a caballo, cuando el jóven dirijió una pregunta a su padre.

—Padre, le dijo, ¿habeis acaso cambiado de opinion?

—¿Por qué?

—¿No habeis aceptado la dote de Mr. Van Elburg?

El anciano miró a su hijo al soslayo.

—Guillermo, dijo bruscamente; ¿por quién me tomas? Dejadme hacer y no me interrogueis, porque vos no sabeis nada. El negocio entre tanto es serio; diez florines el millar de arenques es bien caro, y héme aquí con un compromiso de cuatro mil florines bajo el brazo; tengo necesidad de todas mis reflexiones.

En efecto, desde este momento Mr. Woerden no abrió la boca; Guillermo le siguió, guardando un profundo silencio y creyéndose mui feliz al ver tan próxima la realizacion de sus mas caros deseos.

Apenas entró a su casa, el viejo comerciante subió a su habitacion y se encerró en ella con llave. Este misterio despertó la curiosidad del jóven; pero, a pesar de toda su vijilancia, nada pudo descubrir. Sin embargo, en la tarde Mr. Woerden salió de su gabinete: dió a su criada un grueso paquete de cartas para el correo, y tres dias despues, cuando Guillermo se presentó, segun su costumbre, ante su padre para rendirle sus respetos,—Niño, le gritó alegremente el anciano, acercando su rostro arrugado al rostro del jóven; tengo tu dote.

En fin, habiendo llegado el dia del matrimonio, Woerden y su hijo volvieron a Brock. Esta vez entraron en casa de Van Elburg por una puerta especial de dos hojas y de un aspecto suntuoso y que segun la costumbre del pais no se abre sino en tres ocasiones solemnes: los bautizos, los casamientos y los entierros. Un gran número de parientes y de amigos se encontraba ya reunido en el salon. El dueño de la casa atravesó por entre esta muchedumbre y se dirijió hácia los recién llegados; pero su rostro estaba tan pálido y tan alterado, que Guillermo creyó que venia a anunciarles alguna mala nueva. Woerden no tomó absolutamente parte en la inquietud de su hijo, pues el malicioso viejo sabia mejor que nadie a qué se debia atribuir la aficcion de su huésped.

—Mr. Van Elburg, le dijo con una sonrisa fina e hipócrita; ¿qué teneis, pues? Estais mui cambiado.

—Oh! querido amigo: me encuentro en un cruel embarazo! Es necesario que os hable.

—¿Qué hai, pues? ¿El casamiento os contraría? Decidlo, colega, todavia podeis retractaros.

—Nó, nó; no se trata de eso.

—Entonces, replicó el habitante de Amsterdam, que temia que, surjiese alguna dificultad, procedamos en primer lugar a la ceremonia; yo no cambio jamas el orden de mis ideas; he venido para asistir al casamiento de mi hijo; comencemos por él; despues estaré enteramente a vuestra disposicion.

Mr. Van Elburg hubiera querido librarse cuanto antes de la carga que pesaba sobre su pecho; pero habiendo dirijido una mirada al rostro de su colega, comprendió al momento que era inútil intentar nada contra la obstinacion de una cabeza de esa forma. Se pusieron, pues, en marcha para la iglesia, y un momento despues los esposos estaban unidos al pié de los altares. Apenas estaban de vuelta,

—Ahora, dijo Van Elburg, me habeis prometido oirme; subamos a mi gabinete.

—Yo os sigo.

—Colega, dijo el primero, despues de haber cerrado con cuidado la puerta detras de sí; es necesario segun mi compromiso, que os entregue cuatrocientos mil arenques en quince dias, y todavia no he podido proporcionarme uno solo, todos han sido vendidos.

—Lo creo sin dificultad, respondió Woerden riendo a carcajadas; yo los he comprado todos.

Al oir estas palabras Van Elburg se quedó estupefacto.

—Ah! exclamó entonces; ¿qué pensais hacer de mi promesa?

—Espero que será cumplida... Escuchad, Van Elburg: vos dejareis un dia una brillante fortuna a vuestra hija, lo sé mui bien, pero yo dejaré a mi hijo una igual por lo menos; es, pues, inútil poner en cuenta estas dos futuras ventajas; por este lado hai compensacion. En cuanto a las ventajas presentes, es mui diferente. Yo cederé mui pronto a mi hijo mi casa de comercio, mientras que vos solo dais a vuestra hija cuatro mil ducados. Por consiguiente este sacrificio es infinitamente menor que el mio. Yo no he querido por este motivo solo contrariar las afecciones de nuestros hijos. Pero me he comprometido a restablecer el equilibrio y obligaros, a

pesar vuestro, a manteneros en el rango que os corresponde.

A medida que Woerden hablaba, Van Elburg abría unos ojos más y más espantados.

—Para esto, continuó el habitante de Amsterdam, hé aquí lo que he hecho. Vos os habeis comprometido a entregarme cuatrocientos mil arenques a razon de diez florines el millar; pero yo los tengo ya. Para que hiciéseis honor a vuestra firma seria, pues, necesario que vos me los compraseis. Pero yo os los vendo a cincuenta florines el millar. Asi, pues, son dieziseis mil florines los que teneis que entregarme, y quedais enteramente libre.

Durante esta brillante perorata, Van Elburg habia recobrado toda su calma y su sangre fria habitual.

—Es justo, respondió. Mr. Woerden, sois un hábil comerciante; he sido cojido en una trampa bien preparada; lo haré como decis.

Y diciendo estas palabras, Van Elburg saludó profundamente a su colega, y habiendo abierto la puerta de su gabinete, bajaron al salon.

Aunque el proceder de Woerden fuese por lo menos estraño, Van Elburg se guardó bien de manifestar su despecho; tenia demasiada esperiencia para hacerlo asi. Su rostro, al contrario, recobró toda su serenidad, y ya no se trató sino de la fiesta que debia terminar este dia feliz.

Ocho dias despues, el habitante de Brock habia ido a Amsterdam bajo pretesto de ver a su hija, que habitaba ya bajo el mismo techo que su marido. Esta vez los papeles se habian cambiado. Woerden estaba sumerjido en la mayor desolacion.

—Oh! señor, exclamó cuando vió a su colega; veis en mí un hombre desesperado! Mirad a todos los pescadores que vuelven con mis arenques. Toda mi mercaderia va a perderse.

—Qué quereis, colega? respondió friamente Van Elburg; vos habeis comprado todos mis arenques y yo he comprado todos vuestros toneles. Yo podria vendéroslos mui caros; pero como yo solamente trato de no dar a mi hija sino los cuatro mil ducados prometidos, os los cedo por la suma que habeis sabido con vuestra destreza obtener de mí. Teneis bastante talento vosotros los de Amsterdam; pero los de Brock tenemos... jenio...!!

—Es igual! Soi yo quien os ha dado la idea, respondió orgullosamente M. Woerden.

---

## IDEA DEL KOSMOS.

---

Considerando el estudio de los fenómenos físicos, no solo en sus relaciones con las necesidades materiales de la vida, sino también respecto a su influencia general en el progreso intelectual del género humano, veremos que sus más nobles e importantes resultados son el conocimiento de la cadena de conexión por medio de la cual todas las fuerzas de la naturaleza están unidas y mutuamente sujetas unas a otras; y es la percepción de estas relaciones lo que eleva nuestras miras y ennoblece nuestros gozos. Semejante resultado, sin embargo, solo puede ser considerado como el fruto de observaciones intelectuales, combinadas con el espíritu de la época, en el cual se reflejan todas las fases varias del pensamiento. Aquel que pueda seguir con la vista, al través de los tiempos, el curso de nuestra ciencia hasta su origen primitivo, sabrá por la historia cuánto ha trabajado el hombre durante miles de años en medio de cambios infinitos de forma, para reconocer la invariabilidad de las leyes de la naturaleza; cómo por la fuerza del entendimiento ha sometido gradualmente el hombre una gran parte del mundo físico a su dominio.

Interrogando la historia del pasado, vemos trazado el misterioso curso de ideas que ofrecen la primera noción de la imagen misma de un Kosmos, o sea del universo armoniosamente ordenado. Este, que en las primitivas edades del mundo delineaba oscuramente su porvenir al espíritu humano, ahora está completamente revelado a la madura inteligencia del género humano, merced a largas y laboriosas observaciones.

---

La naturaleza, considerada *racionalmente*, es decir, sometida al proceso del pensamiento, es una unidad en medio de la variedad de los fenómenos; una armonía formada de la unión de todas las cosas creadas, las cuales son, sin embargo, distintas en formas y atributos; un universo, en fin, animado por el soplo de la vida. Por consiguiente, el más importante resultado de una investigación racional sobre la naturaleza, es establecer la unidad y la armonía entre estas dos estupendas masas, llamadas la una fuerza y la otra materia; determinar con imparcial justicia lo que es debido a los descubrimientos del pasado y a los del presente; hacer el análisis de los

fenómenos en cada una de sus partes constitutivas sin ser perturbado por la masa, sin sucumbir bajo el peso del mundo.

De este modo, y solo de este modo, al contemplar el alto destino de su raza, le es permitido al hombre comprender a la naturaleza, descorrer el velo que oculta sus fenómenos, y aun someter el resultado de las observaciones al crisol de la razon y del juicio.

---

ELEVACION DEL PENSAMIENTO EN EL ESTUDIO DE LA  
NATURALEZA.

Reflexionando en las diferentes clases de placeres que se nos presentan en la contemplacion de la naturaleza, debe asignarse el primer lugar a una sensacion que es del todo independiente de la relacion íntima con los fenómenos físicos que se presentan a nuestra vista, o del carácter peculiar de las rejiones que nos rodean. En la uniforme llanura, limitada por un lejano horizonte, donde los pequeños matorrales, el cistus o yerbas flotantes cubren el suelo; en la orilla del océano, donde las olas, azotando suavemente sobre la ribera, dejan tras sí una huella verdosa, a causa de las lamas del mar; en todas partes el espíritu se siente penetrado por el mismo sentimiento al contemplar la magnificencia y vasta expansion de la naturaleza, revelando al alma, por una misteriosa inspiracion, la existencia de leyes que regularizan las fuerzas del universo. La menor intimidad con la naturaleza, el mas lijero contacto con el aire libre, ejerce en los espíritus abatidos una influencia agradable y fuerte al mismo tiempo, calma la tempestad de las pasiones y endulza el corazon cuando, herido por la fatalidad, se sepulta en el abismo del dolor. En cualquier lugar, en todas las rejiones del globo, cualquiera que sea su estado de cultura intelectual, el hombre puede gozar de la misma clase de emociones. Los grandes y solemnes pensamientos despertados por la union con la naturaleza nacen intuitivamente de un presentimiento del orden y armonia de que está penetrado el universo y del contraste que formamos entre los finitos límites de nuestra propia existencia y la imájen de lo infinito, revelada por todas partes, ya sea que miremos hácia la bóveda estrellada del cielo; que examinemos la estensa y lejana llanura que se estiende delante de nosotros, o que procuremos adivinar la traza del horizonte, que se confunde en medio de la vasta estension del océano.

REJINA URIBE ORREGO.

## LA FUENTE DE LA VIDA.

## ROMANCE

A LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

## I.

¡Quién sospechó las grandezas  
 Del mundo que halló Colon!  
 ¡Quién soñó sus maravillas,  
 Sus tesoros quién soñó!  
 Selvas do nunca penetran  
 Los vivos rayos del sol,  
 Montes con entrañas de oro,  
 Todo, haciendo ostentacion  
 De maravilloso y vírjen,  
 Se presenta al español  
 En los bosques y en los mares  
 De esta encantada rejion  
 Que vino a buscar un loco...  
 ¡Pero emisario de Dios!...

No ya viles presidarios  
 Sino jente de alta pró,  
 Donceles de limpia sangre,  
 Nobles de escelso blason  
 Tan solamente alcanzaron  
 El bien codiciado honor  
 De hacer con el almirante  
 La segunda espedicion  
 A las deliciosas Indias  
 Que el cielo al jenio guardó...

Y entre la bizarra jente  
 Do esa atrevida lejion  
 Arrogante descollaba  
 Por su porte y su valor,  
 El altivo castellano



Don Juan Ponce de Leon,  
 Cuya espada, como un rayo  
 Tras el trueno de su voz,  
 Siempre decidiendo el triunfo,  
 Sobre enemigos cayó...

## II.

Y halló Ponce en Porto-Rico  
 Cuanto era dado anhelar;  
 Mas la codicia española  
 Cuándo se sació jamas?  
 Oro y oro ambicionaba  
 Con una sed sin igual,  
 Y el que le negaba el oro  
 Iba a la hoguera a espirar.  
 Los pobres indios, buscando  
 Su salvacion en el mar,  
 Aprestaban sus piraguas  
 Y hacía el norte, con afan,  
 Hacian volar sus remos  
 Huyendo de su crueldad.

Y el conquistador al verlos  
 Patria y familia dejar,  
 —"A dónde van, preguntaba,  
 "A dónde esos indios van?  
 "¿Hai todavía otro mundo?  
 "¿Existe otro eden, quizá?..."  
 Y decian sus cautivos  
 Con inconsolable afan:  
 "Sí, *la fuente de la vida*  
 "Van hácia el norte a buscar!..."

Y Ponce de Leon oyéndolos  
 Les replicaba:—"¿Es verdad  
 "Que la fuente de la vida  
 "En esta rejion está?  
 —"Sí, los indios repetian,  
 "Sí! mas allá!... mucho mas!..."

## III.

El fatigado guerrero  
Ya se siente envejecer.  
En la *fuenta de la vida*  
Piensa una vez y otra vez,  
Y con la fiera arrogancia  
Del que no sabe temer:  
—"Qué vale encontrar un mundo,  
Dice lleno de altivez,  
"Si el hombre siempre sujeto  
"Queda a la muerte crüel?  
"Vivir siempre altivo y jöven,  
"Esa la fortuna es!...  
"Yo tambien seguiré al Norte  
"Y, hasta hallarla, buscaré  
"Esa fuente de la vida  
"Que debe saciar mi sed  
"De juventud y arrogancia.  
"Y ¡Vive Dios! la hallaré!..."

## IV.

Y con larga comitiva  
Resuelto, al mar, se lanzó,  
Y al Norte fijando el rumbo,  
Llegó a una nueva rejion,  
Cuya florida hermosura  
Ya no puede ser mayor...  
Mas no es tierra la que busca  
Don Juan Ponce de Leon,  
Y sigue adelante y sigue  
Con la fé del español,  
Tras la Fuente de la vida,  
Delirio de su ambicion!  
En cada raudal detiene  
Su ya jadeante bridon,  
Y bebe una vez y ciento,  
Pues ve, lleno de dolor,  
Que se consumen sus fuerzas,

Que ya no es trueno su voz;  
 Que ya no es rayo su espada  
 Ni es volcan su corazon!

## V.

Pero la fuente se oculta,  
 Y en vano, sin descansar,  
 Tribus halla y tribus vence  
 El conquistador audaz.  
 Cada dia es un combate,  
 Cada noche un nuevo afan,  
 Hasta que certero dardo  
 Feroz se viene a clavar  
 En el pecho del guerrero  
 Que ansiaba hacerse inmortal!...

¡Pobre Ponce de Leon!

Sus fuerzas siente menguar,  
 Y de sangre envenenada  
 Su herida vierte un raudal;  
 De paz a los indios llama,  
 Y con voz trémula ya  
 Les dice:—«¡Por vuestros dioses,  
 „No me querais ocultar  
 „Esa fuente de la vida  
 „Que busqué con tanto afan!  
 „Yo os daré fausto y grandezas,  
 „Vuestro será mi caudal;  
 „Cuanto en el mundo poseo;  
 „Cuanto pudiera alcanzar:  
 „Esa fuente misteriosa  
 „¿En dónde está?... En dónde está?...»

Y le responden altivos  
 Los isleños sin dudar:  
 «—La *fente de eterna vida*  
 „En toda esta tierra está:  
 „En sus montes, en sus llanos,  
 „En sus rios y en su mar,  
 „Donde la ambicion no impera,  
 „Donde españoles no hai...

„Pues desvirtúa su gracia  
 „La usurpacion desleal,  
 „La alevosa tirania  
 „Y la cobarde crueldad!...„

¡Y Ponce de Leon temblando,  
 Al morir supo no mas  
 Que la fuente de la vida  
 Es la hermosa Libertad!...

J. A. SOFFIA.

---

## LA TRAVIATA.

Cuánto sufre, gran Dios, la criatura,  
 Anjel que un día para el bien colmaste  
 De belleza y virtud, y que hoi apura  
 Las hieles todas del mas vil contraste!...  
 Librada al viento del azar, el lago  
 De la vida para ella en los albores  
 Tal prisma reflejaba, tanto halago,  
 Celajes de ilusion tan seductores,  
 Que embriagada, con sed de un infinito  
 Goce, a las ondas su batel entrega;  
 Y avanza en el deleite..... y el delito  
 Sobre el exceso de los goces llega.....  
 Ahí está... y asi en llanto se desata  
 Su alma, perfume de tu cielo un dia,  
 Mientras la muerte con crueldad dilata  
 Sobre ella el padecer de la agonía.  
 No ya tanto rigor con el caído  
 Cual ella al fango de terrestre lucha!  
 Perdon por sus flaquezas! su jemido,  
 Dios protector del infeliz, escucha!  
 Un bálsamo y la luz a la que jime  
 Dentro ese abismo de dolor! La calma  
 A ese ajitado corazón!... redime  
 Entre tantas, señor, también esa alma!  
 Para ella, que se tuerce en convulsiones  
 Dentro el mar insondable de su pena

Sin puerto de salud, tus bendiciones  
Que dieron santidad a Magdalena!.....

Mas ¡quién sabe si al fin purificado  
Por el propio rigor del sufrimiento,  
Sacudiendo ya el polvo del pecado,  
Vuelve un ángel, Señor, al firmamento!

Oh! tu bondad y tu clemencia santa  
Dan la esperanza al náufrago en la vida,  
Cuyo ánimo el dolor si al fin quebranta,  
En él nunca la fé quedó estinguida.....

RICARDO BUSTAMANTE.

## A FÁRRAGO.

No es mordisco asqueroso, cual de chinche,  
La tradicion siguiendo de la escuela,  
De un quidam censurar la cantinela  
Por la que bien merece se le cinche.

No dejaré yo a un zote que relinche  
Por haber deletreado una novela  
Que al leerla quizás aun a su abuela  
Es mui seguro que le dé berrinche.

Bien dices tú, oh Fárrego, que hoi dia  
Con ingenio nacer en estos trigos  
Es cargar una cruz o gran joroba;

Mas ten presente esta ocurrencia mia:  
"A los vampiros, como tú, enemigos  
Del hombre inofensivo, escoba, escoba!"

RÁFAGO.

## ADIOS!

(IMIT. DE MUSSET.)

Adios, quizá para siempre!  
Me parece que en la vida,  
Lejos de mí, ya perdida,  
No te encontraré talvez;  
Tu amor, de Dios a una prueba,  
Olvidaste en un momento.....  
Adios!—Al perderte siento  
Que con delirio te amé.

Nada de inútiles quejas,  
Ni nada de inútil llanto;  
Yo creo el pasado santo,  
Yo respeto el porvenir;  
No te amo, pero no te odio;  
Has hecho a un alma insensible;  
Podria verte impasible  
En brazos de otro feliz.

Me dejas llena de orgullo,  
Llena el alma de confianza,  
Y sientes a la esperanza  
Latir en tu corazon;  
Sé feliz!—Si tú me olvidas,  
Que nunca de tí se olvide  
La alegría, ni se anide  
En tu pecho la aficcion.

Ah, Julia! talvez tu vida  
Va a ser un continuo sueño,  
Y en suave y dulce beleño  
El placer te embriagará;  
Cuidado, que esos placeres  
Son a veces peligrosos,  
Y recuerdos dolorosos  
Solo dejan al pasar.

Todavía aquella estrella  
Que vela por tu destino,

Para alumbrar tu camino  
 Largo tiempo se alzará;  
 Y dándote nuevos triunfos  
 Largo tiempo todavía,  
 Al reflejar tu alegría  
 Tus ojos deslumbrará.

Pero talvez algun dia,  
 Ya tarde, tu pecho entienda  
 De un alma que nos comprenda  
 El infinito valor;  
 Comprenderás que es inmenso  
 El bien que se halla en amarla,  
 Y si es forzoso dejarla  
 Cuánto sufre el corazon.

RAF. EGAÑA.

## GUARDA ESAS FLORES.

Como una prueba de amor te envío  
 Blancos jazmines, preciosa hurí;  
 Falta a sus hojas fresco rocío,  
     Cual falta a mi alma  
     La dulce calma,  
 Al verme léjos, léjos de tí.

Como en tu ausencia me abruma el tédio,  
 Al verde prado triste salí,  
 Por ver si hallaba grato remedio  
     En sus jardines,  
     Y estos jazmines  
 Corté, alma mia, pensando en tí.

Color pureza son estas flores,  
 Y ellas indican, mi dulce bien,  
 Que asi tan puros son mis amores;  
     Deja que besen  
     Pues lo merecen,  
 Niña adorada, tu casta sien.

• Orna tu frente con todos ellos,  
 Pero te ruego que al enredar

Tan lindas flores en tus cabellos,  
 Pienses que vivo  
 De amor cautivo  
 Bajo la májia de tu mirar.

ROSENDO CARRASCO.

---

## LOS BUSCA-VIDA.

---

(CONTINUACION.)

—¿Qué piedras?

—¡Cómo! no has maldecido a tu hijo por.....

—¡Perdon, padre! le interrumpió Silo arrojándose a los piés de Godileo. Nada de esto le habia dicho, porque el secreto no era mio, sino de mi madre que me lo confió. Mas, es preciso que lo sepa todo. Madre me mostró las piedras que usted la hizo enterrar. Las conocí al punto, pues fuí yo mismo quien las puse de contrapeso en sus alforjas. Cuando supe por mi madre que contenian una riqueza, me fuí al cerro donde leñamos la última vez, dí con el lugar, cavé, saqué rodados, y he pasado al Huasco a venderlos. Esto es todo, padre; perdóneme usted; no he robado!

—Sí, perdónale, recoje tu maldicion. ¡Pobre Silo de mi alma! Por mí ha sufrido todo, dijo Mónica desesperada.

—Madre imprudente! exclamó Godileo..... y tú, hijo!

Silo, que durante la cólera de su padre habia permanecido re-concentrado, casi sin dirigir ni una súplica, al oír estas últimas palabras se precipitó en los brazos del anciano y prorumpió en sentidos sollozos. Godileo le estrechó contra su pecho.

La suma alegría como el sumo dolor son mudos. Estrechados en silencio permanecieron padre e hijo por algunos instantes. Cuando levantaron las cabezas, aquellos rostros de indios reflejaban la mas noble y pura satisfaccion.

Silo fué a abrazar a su madre, que lloraba de gozo a pocos pasos de ellos.

—Pobre mujer, le dijo Godileo; ¿quién te hubiera castigado tanto como lo ha hecho la Providencia? Tú dijiste a un niño: ve, toma, desobedece a tu padre, y el niño con lo que pusiste en su mano se volvió una víbora, se bastó a sí mismo y te abandonó!

Yo perdono a Silo porque en su corazon hai algo bueno.

—¡Padre! exclamó el jóven haciendo un supremo esfuerzo; padre! repitió trepidando; hai otra persona que conoce el secreto de esa mina.

—¿Qué dices? la han descubierto?

—Nó, yo lo he dicho!

—Tú ¡desgraciado!

—Me han tendido un lazo... me han embriagado!...

—¡Maldicion!... ¿y quién?

—No sé, era minero.

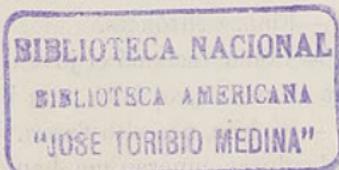
—Mil rayos sobre mí!

—¡Virjen santa! exclamó Mónica.

—Cuándo?

—Ayer.

—Sí, eso es. Talvez hai tiempo... Mujer, disponlo todo; Silo, vamos a la ciudad!



## CAPÍTULO SÉTIMO.

### EL CATEO.

#### I.

Cuando salió de la taberna de la Placilla, el jóven minero que habia embriagado a Silo para arrancarle su secreto, se dirijió con mas que apresurado paso a casa de un huasquino que alquilaba cabalgaduras a los cateadores.

—Tio Venancio! ¿donde está él tio Venancio? preguntó a un mozo que estaba dentro del corral.

—Aquí está. ¿Qué se ofrece? respondió una voz cascada, y un viejo pequeñito y calvo se presentó sobando unas correas de cuero.

—Tio Venancio, necesito dos mulas de las mejores para esta noche.

—Hum! refunfuñó el viejo. A estas horas! y de las mejores!

—Y un vaqueano bien diestro para que me acompañe.

—¿De dónde diablos quieres que, en el momento, encuentre yo todo eso?

—Pagando bien, todo se viene a la mano.

—Eh! qué dices? murmuró el viejo, mirando de piés a cabeza al jóven.

—Digo, tio Venancio, que sobre el precio de alquiler, tendrá usted una buena propina.

—Ya, ya, sí, sí, porque cuesta un ojo de la cara mantener cada animal. Me arruino sin remedio, me arruino, si esto sigue así.

—Con que ¿podrá estar todo listo antes de las doce de esta noche?

—Sí, pero una mula de Venancio no dará un paso si no es pagada a veinte pesos por día.

—Está bien.

—Y adelantados agregó el posadero.

—Cómo quiere usted? Si no sé los días que he de tardar.

—Fianza entónces.

—¿Cómo! exclamó el jóven, olvidando que el traje que vestía no era el mas a propósito para inspirar confianza.

—Sí, hijo, necesito fianza. Por lo demas, ya sabes que si las cabalgaduras mueren me han de ser devueltas en buenas onzas de oro, eh?

—Lo sé. Como no quiero perder tiempo, vea usted si esto vale una fianza.

Y diciendo así se desabrochó la cotona y sacó del bolsillo de su chaleco de paño negro, un reloj.

—Es de oro y de lo mejor, dijo pasándoselo al viejo.

Este lo tomó, lo pasó de una mano a otra y luego dijo con desconfianza:

—Entremos; esto necesita verse a toda luz.

Sin duda que al tío Venancio le agradó la prenda, porque poco despues salía el jóven de allí bien montado y acompañado de un vaqueano.

## II.

Imposible es dar una idea aproximada de las fatigas que arrastra el cateador, cuando, henchido el pecho de esperanza y embriagado de ilusiones, yendo en pos de un tesoro ya real en su imaginacion, se interna entre esas serranías faltas de todos los elementos necesarios para la vida. Nuestro jóven minero, sin llevar mas que unas cuantas botellas de agua y algunas alimentos secos en sus alforjas, emprendió alegre y feliz su penosa excursion.

## III.

Iba ya en su tercer día de camino. El agua se le habia agotado. Los animales ya no podian dar un paso: la sed y el cansancio los forzaba a cada momento a detenerse en medio de un arenal abrasado.

El jóven conoció que se habia estraviado. Miró a su mozo, que silencioso y fatigado por la marcha iba tras él. Una idea súbita atravesó su imaginacion.

En aquel instante las cabalgaduras se detuvieron: no podian ya mas! El jóven entonces echó pié a tierra y dijo al mozo, que tambien abandonaba su mula:

—Tú me has estraviado, bribon: si no me sacas al instante de este maldito desierto quedarás en él haciendo compañía a esas bestias; y diciendo esto sacó un cachorro de dos tiros.

—Señor, señor! exclamó el pobre hombre palideciendo de sorpresa; yo no he querido perderle; habré sido torpe; buscaré la senda, señor, pero no me mate.

—Bueno, hombre; marcha, y adelante!

Esto pasaba en la siesta del tercer dia de viaje.

A pié pisando sobre una arena calcinada, devorados de sed, bajo un sol abrasador caminaron el resto del dia. La noche llegó fria y sin luna para aumentar aun más la zozobra y los sufrimientos de esos desgraciados.

—Ya no puedo más! dijo el jóven sentándose estenuado de fatiga.

—Si tuviéramos agua, lo demas seria nada, articuló el mozo, abriendo desmesuradamente la boca para refrescar su garganta con el rocío de la noche.

—Pronto no nos hará falta el agua: en la noche moriremos de frio.

Al oír esto el mozo púsose a hacer con sus manos una escavacion en la arena.

—Qué haces, José? le dijo su patron.

—¿Señor? una cama para usted. El fondo está caliente. Entre usted en este hoyo, yo le tapo con la arena, y buenas noches.

—Me gusta la idea. Haste tú otra. Temo mucho, sin embargo, que estéis abriendo nuestras sepulturas. Me siento mui estenuado, ya creo tener la fiebre.

Y diciendo esto se hundió en el lecho de arena del vaqueano.

Asi permaneció las largas horas de la noche. Abatido y ajitado, el sueño se ausentó de sus ojos.

A mas de los reales peligros de su situacion, el instinto de la conservacion le hacia temer nuevos peligros. A cada instante se imaginaba ver, al traves de la oscuridad, al formidable leon de esas rejiones, o creia oír el silbido de la serpiente del desierto. Hubo momentos en que maldijo su ambiciosa locura, mas pronto le alentaba el hechizo del tesoro que perseguia.

El alba le sorprendió pensando en sus acreedores, otro recuerdo que siempre acompaña al hombre como la sombra a su cuerpo.

—Vamos caminando, pronto va a clarear, dijo a su mozo, saliendo de su lecho de arena y sacudiendo maquinalmente sus vestidos. Pero José, puesto un dedo en los labios, le indicó que callase, y echado boca abajo en la dirección del viento, que soplaba recio y frío, permaneció como escuchando por algunos minutos.

Cuando José se incorporó, su fisonomía expresaba contento y esperanza.

—Jente viene, señor, dijo. Dios no había de querer que muriésemos aquí. La Virgen me ha hecho el milagro. Y saltaba, y se restregaba de júbilo las manos.

—Yo nada oigo. ¿Estás tú cierto de lo que dices?

—Usted lo va a ver, señor, espere un poco.

—Pero hombre, pueden ser huanacos, leones, que sé yo!

—Sígame señor.

El joven le siguió lentamente, caminando ya con dificultad, aunque reanimado un tanto por una leve esperanza. Pronto apareció en el horizonte una polvareda; ya no había duda, aquello era algo. En ese instante los primeros rayos del sol doraban las nubes, que sorprendidas por la luz en su sitio de noche, se apresuraban a dejar aquellos cerros para replegarse en confuso desorden hacia el sur de la costa. La mañana en el desierto no se parece a la mañana en el valle, en el prado, en la costa o en el monte.

Allá todo es risueño, armonioso, suave y feliz.

Por el contrario, en el desierto todo es silencio, uniformidad y tristeza. La muerte se ve allí esparcida y representada a cada paso por esqueletos de animales o huesos petrificados emblanquecidos por el tiempo.

La columna que poco ha, como una leve neblina, se divisaba en lontananza, se hacía cada vez más perceptible, hasta que los cateadores distinguieron clara y distintamente una caravana de ñungas. Así se llaman las partidas de indios andantes que, desde los valles de Bolivia, atraviesan el desierto a pié, trayendo sobre sus burros las yerbas y brujerías de que forman su comercio.

Al ver los indios que componían esta caravana, a dos hombres, pálidos y estenuados dirigirse a ellos, se detuvieron cambiando algunas palabras en quichua.

Nuestro joven se dirigió al de más edad y de mejor aspecto entre ellos.

—Amigo, le dijo; andamos perdidos hace dos días; ¿me harás el favor de orientarnos?

—Si caminas derecho, dijo el indio en mal castellano, llegas a la Paz, y si te haces a un lado al Huasco: De aquí vas a donde quieras.

—Gracias; mas yo he salido de Copiapó para ir a unas minas. En una noche nublada hemos perdido la senda.

El indio hizo un jesto espresivo de pesar y replicó:

—Malo, malo; yo vengo mucho a estos lugares y no perderme.

—Dame un poco de agua y algo que comer; te lo pagaré bien, dijo el jóven, a quien la sed mortificaba cada vez más.

En tanto que se cruzaban estas palabras, los demas indios se habian sentado y parecian rumber algo con delicia.

El indio que encabezaba la caravana, bajó de uno de sus burros un pequeño costal con agua, y sació la sed de los cateadores. Luego que les dió de beber sacó de una bolsa un puñado de hojas secas y se las ofreció diciendo:

—Coca, come coca.

Desconsolado el jóven, probó a mascar algunas hojas de aquel manjar predilecto de los ñungas, y el único que llevaban consigo en la larga travesía de Bolivia a Chile.

—Sabes dónde están por aquí las Lomas de Arena? preguntó José al indio.

—Allá, adelante, contestó este.

—Señor, dijo el mozo: hemos pasado el cerro de Agua-Amarga; tenemos que volver atras.

El jóven dijo al viejo ñunga dándole algunas monedas de plata.

—A dónde van ustedes?

—A Copiapó.

—Iremos juntos hastas las Lomas de Arena. Si nos llevases sobre tus burros te daré más de lo que tienes en tu mano.

El indio cambió algunas palabras con sus compañeros, siempre en su jerga; en seguida cada uno de ellos tomó sobre sus hombros la lijera carga que llevaban sus burros; y el jóven y su mozo, montando en estos animales, emprendieron su marcha a traves del desierto, ya mas cómodos y acompañados.

#### IV.

Al declinar la tarde, la caravana llegó al pié de las Lomas de Arena.

El jóven se separó de aquellos hombres, que le habian talvez salvado la vida, con una marcada espresion de gratitud.

Asido del brazo de su mozo trepó, en seguida, cayendo y levantando, la pendiente movediza de esos cerros, formados por las arenas que ha acumulado el viento durante algunos centenares de años.

Cuando estuvieron sobre la cumbre, patron y mozo lanzaron una exclamacion de rabia y desesperacion: un mar de arena, que formaba horizontes, se les presentó otra vez a la vista por todas partes. Sin embargo, despues de un largo rato, la mirada ansiosa de aquellos desgraciados descubrió a la distancia cierta sombra o mancha que, pegada a la tierra, ofrecia un tinte mas oscuro que el color pardo del crepúsculo que los alumbraba.

Un momento ántes habia estado nuestro jóven minero a punto de retroceder; mas desde que tuvo delante de sí aquel punto que, segun sus datos, debia de ser el morro del cerro llamado de Agua-Amarga, cobró ánimo e hizo un postrer esfuerzo por alcanzar hasta él.

A la mañana del dia siguiente el tenaz minero trepaba la empinada cresta del anhelado cerro. Despues de algunos rodeos descubrió, al fin, con júbilo, un algarrobo, bajo el cual filtraba una agua amarga y nauseabunda, que aquel probó con ansia como si bebiese la felicidad.

Segun las medias palabras de Silo, la mina debia estar mui cerca. En efecto, a pocos pasos el jóven descubrió la veta, que principiaba por un reventon de plomo en barra. A sus plantas vió gran cantidad de piedras de plata maciza rodar de la veta, a causa, sin duda, del estallido de los volcanes subterráneos. El jóven se arrojó delante de aquel inmenso tesoro, ya suyo, todo suyo, i dirijió al cielo una plegaria llena de la mas intensa gratitud. Su alegria no tuvo límite, rayó en locura. Ya era opulento, se decia, y gritaba, lloraba, y en sus trasportes abrazaba al vaqueano y le prometia hacer su felicidad.

El descenso de tan fragosos y encumbrados cerros fué para el jóven fácil, corto y placentero: la felicidad todo lo abrevia y allana. Pocos dias despues entraba de regreso a Copiapó.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

## EL MAESTRE DE CAMPO FRANCISCO DE CARVAJAL.

---

(Continuacion.)

La permanencia de Carvajal en Lima no fué larga.

Contra lo que habia presumido, todo estaba allí enteramente tranquilo; y por lo tanto, no tenia en que ocuparse.

Habiéndole por el contrario llegado la noticia de que el caudillo Diego Zenteno habia vuelto a perturbar la paz en Los Chárcas, determinó ponerse nuevamente en marcha para ir a desbaratarle.

Rejia a la sazón la importante ciudad del Cuzco en nombre de Gonzalo Pizarro el capitán Alonso de Toro, que habia desempeñado el cargo de maestro de campo ántes que Carvajal, y a quien en buenos términos Pizarro habia destituido para dar al veterano de las guerras de Italia una colocación correspondiente a su fama.

Este motivo, y otras desavenencias posteriores, habian creado entre Carvajal y Toro una emulación estremada, que se asemejaba mucho a la enemistad.

El maestro de campo, en su expedición a Los Chárcas; habia decidido pasar por el Cuzco para proporcionarse allí recursos de que habia menester.

Cuando Toro supo que su rival iba a entrar en la ciudad de su mando, salió a recibirle a la cabeza de su tropa apercebida para la pelea.

Habia tomado esta actitud verdaderamente insólita, sea porque temiera que Carvajal le jugara alguna mala pasada, si le sorprendia desprevenido; sea porque él mismo tuviera esta pérfida intención, caso de que se presentara oportunidad de asestar un golpe.

Habiendo el maestro de campo recibido a tiempo informes de estos preparativos hostiles, se encaminó por su parte con su tropa formada en batalla.

De este modo, aquellos dos capitanes que seguian la misma bandera fueron al encuentro el uno del otro tan amenazantes como si estuvieran prontos a venir a las manos.

Y puede presumirse con fundamento que si alguno de los dos se

hubiera descuidado, habría quizá ocurrido entónces una de esas alevosías propias de las épocas de revueltas civiles en pueblos mal constituidos; pero como los dos se observaron bien apercibidos, se saludaron cortesmente, y entraron como amigos en el Cuzco.

Aunque Carvajal disimuló el agravio, quedó profundamente resentido, y resuelto a buscar desquite del ultraje.

Arbitró para ello un medio que ofrecia la doble ventaja de hacer que todos le temiesen para que nadie osara negarle los elementos de guerra que necesitaba, y de humillar a otro para hacerle palpar que era su inferior.

Con este objeto, prendió sin anuencia ni conocimiento del gobernador de la ciudad a cuatro de sus vecinos, adversarios del gobernador Pizarro, a quienes hizo ahorcar del mismo modo.

Toro sintió en lo mas vivo aquel insulto; pero tuvo que dejarlo impune, y que devorar la rabia en silencio.

Carvajal se habia vengado bien de la manera ofensiva con que Toro le habia recibido.

El dia de aquella cuádruple ejecucion, tuvo lugar un hecho característico de nuestro protagonista que merece mencionarse.

Tomando consigo a Alonso Alvarez de Hinojosa, uno de los principales del pueblo, de quien se sospechaba ser contrario a la causa de Pizarro, le llevó a contemplar los cadáveres de los cuatro ajusticiados, y estando ambos mirándolos, le dijo con tono mui significativo:

—Señor Alonso Alvarez, roguemos a Dios mui de corazon que se contente con aquella migajita que le hemos ofrecido.

Alvarez se dió por notificado; y otro tanto hicieron los que mas o ménos se hallaban en sus circunstancias.

Era claro que con insinuaciones de esta especie, nadie se habia de negar a proporcionar al terrible maestre de campo todo lo que pedia.

La privacion de cualquiera cosa era siempre preferible al garrote.

Gracias a estas medidas, Carvajal juntó hasta doscientos infantes y cien jinetes, todos bien provistos de cuanto era preciso, los mismos con que salió en persecucion de Diego Zenteno.

---

Francisco de Carvajal encontró a Diego Zenteno en la provincia de Paria.

Zenteno estaba a la cabeza de doscientos cincuenta hombres.

Pero aunque inferior en fuerzas a su enemigo, esperaba vencer sin mucha dificultad a Carvajal, porque se le habia informado que los soldados de éste le seguian mui descontentos, y confiaba en que habian de pasarse a las filas de los leales, tan luego como tuvieran ocasion.

El 3 de mayo de 1546, las tropas de Carvajal y de Zenteno estuvieron a la vista.

El segundo hizo avanzar su jente tan cerca de la del primero, que los individuos de una y otra pudieron hablarse.

Zenteno habia operado este arriesgado movimiento para ofrecer a los soldados de Carvajal la oportunidad de que se desertaran.

Sin embargo, todos ellos permanecieron firmes en su posicion, aguardando el ataque.

Era el caso que el previsor Carvajal los habia formado de tal manera, que si alguno hubiera intentado separarse de las filas, habria sido irremediabilmente muerto.

Viendo Zenteno que su esperanza se habia frustrado, a lo ménos por aquella vez, emprendió una rápida retirada, en lugar de empeñar la batalla, y fué a colocarse a algunas leguas de distancia.

Alentado con la misma idea, volvió a acercarse en dos o tres ocasiones por la noche al campo de Carvajal, que marchaba siempre en su persecucion.

Pero, contra lo que se habia anunciado por mui seguro, ni uno solo de los soldados del maestre de campo abandonó su bandera.

Zenteno, no atreviéndose a medir sus fuerzas con las de Carvajal, buscó la salvacion en la retirada.

Fué aquella una operacion militar que hizo el mas alto honor a la pericia, a la actividad y al valor de los dos caudillos, que manifestaron ser adversarios dignos de combatirse.

Diego Zenteno hacia que el grueso de su tropa y la jente impedida marcharan aprisa hácia adelante, llevando los bagajes.

Miéntas tanto, él defendia la retaguardia con la tropa mas escojida.

Tan luego como llegaba a una posicion ventajosa, principalmente en los pasos estrechos, hacia rostro a los de Carvajal, que le perseguian infatigables, y procuraba detenerlos combatiendo heroicamente para dar tiempo a que los que iban adelante ganasen el mayor terreno que pudieran.

Cuando presumia que habrian andado veinte leguas o mas, abandonaba la posicion para correr a juntarse con ellos.

Carvajal por su parte, le seguia con una lijereza y una constancia verdaderamente asombrosas.

Habia puesto en la vanguardia dos docenas de picas que se llevaban siempre arboladas en señal de que no habia de descansar hasta destrozar a su enemigo.

Zenteno y los suyos hacian los mas fervorosos votos por no divisar aquellas pavorosas picas, a las cuales habian llegado a suponer un carácter sobrenatural; pero apenas trascurrian algunas horas sin verlas, cuando, por mucho que hubieran corrido, tornaban a aparecer con aspecto siniestro, o en los confines de un llano, o en la cumbre de un monte.

Sucedió varias veces que los soldados de Zenteno, despues de haber peleado en alguna angostura largo tiempo con los de Carvajal, llegaban jadeantes a reunirse con la vanguardia, lisonjeándose con haber dejado a los contrarios bastante atras para entregarse a un regular descanso.

—Bendito sea Dios! esclamaban, pues ese diablo de Carvajal nos dejará reposar, miétras nos vuelve a alcanzar, lo que a fé nuestra ha de demandarle mucho tiempo y mucha fatiga.

Sin embargo, apenas habian pasado cinco o seis horas, cuando ya veian asomar por el límite del horizonte las picas arboladas que les parecian conducidos por demonios mas bien que por hombres.

Y tenian los unos que disponerse para la pelea, y los otros que continuar la penosa fuga.

En uno de estos lances, Carvajal corrió un peligro mui sério, y estuvo al perder la vida.

Cierta ocasion, Zenteno y unos pocos compañeros, fortificados entre unas peñas, habian detenido medio dia a la tropa de Carvajal.

Habiendo llegado el momento de emprender la retirada, como lo tenian de costumbre cuando ya se les agotaban las fuerzas y calculaban que la vanguardia habria adelantado bastante, un valiente arcabucero, el cual confiaba mucho en la lijereza de una yegua que montaba, quiso aprovechar bien el último tiro de su arma.

Al efecto, se quedó el postrero, se apeó de la mula, y sepuso de mampuesto detras de una peña.

El tiro fué dirigido a Carvajal, pero mató solo a un caballo que iba a su lado.

Cuando el arcabucero corrió a buscar su yegua para huir, vió que ella corria a todo escape asustada por el estruendo del arma.

Imposible atraparla.

El arcabucero fué tomado prisionero, y conducido delante del iracundo maestro de campo.

Carvajal mandó desnudar a aquel desventurado, atarle de piés y manos, y arrojarle en este estado a un pantano que allí habia.

Sobrevino la noche que en aquella comarca es frijidísima.

El rigor de la intemperie hizo soportar los mas espantosos tormentos a aquel infeliz, que tenia por lecho un cenagal medio conjelado.

Los lamentos que lanzaba el pobre hombre, consternaban a los soldados que estaban alojados en las inmediaciones.

— Cristianos! gritaba en el tono mas dolorido: ¿no hai alguno de vosotros que se apiade de mí, y me mate para libertarme de este suplicio? Esta seria la mayor caridad que podríais hacerme, y Dios os la pagaria.

Ciertamente, nadie se atrevió a consolarle, y mucho menos a prestarle el servicio que imploraba.

Carvajal no se sintió suficientemente vengado con aquella noche de tormentos; y al dia siguiente ordenó dar garrote al arcabucero.

Como debe presumirse, la mencionada no fué la única pena de muerte que el maestro de campo hizo aplicar en esta jornada.

La tropa de Zenteno iba desgranándose en tan angustiosa retirada.

Eran mui numerosos los prisioneros que Carvajal iba recojiendo por el camino.

Aquellos que habian sido mui hostiles a la causa del gobernador Pizarro eran ajusticiados sin tardanza y sin consideracion de ninguna especie.

Habia otros con quienes Carvajal se mostraba igualmente implacable.

Eran los que se pasaban de un bando a otro segun las peripecias de la lucha.

A éstos los mancillaba con el apodo de *tejedores*, que ha sido adoptado por el uso, pues decia que se asemejaban a las lanzaderas de un telar.

Se mostraba con ellos tan implacable como con sus adversarios mas detestados o temidos.

No les concedia nunca clemencia.

Por el contrario, los trataba siempre con crueldad, y aun con inhumanidad.

—Conviene que estos tejedores que se me acercan, repetia amenudo, anden confesados, porque yo estoi resuelto a ahorcar a cuantos caigan en mis manos.

La ventaja que Carvajal sacó de su persecucion a Zenteno fué la destruccion paulatina de la division que habia organizado aquel caudillo; y a la verdad no era pequeña ventaja; pero por mas que hizo, no logró apoderarse de su persona.

Zenteno supo siempre escapársele.

Carvajal, demasiado entendido en materias de guerra, no le rehusó los aplausos.

En cierta ocasion, Zenteno ejecutó prodijios de habilidad y de arrojo, primero para detener a sus perseguidores, y despues para ir a reunirse a toda prisa con los suyos, que gracias a esto habian ganado considerable delantera.

—Señores, dijo Carvajal a sus oficiales, he peleado cuarenta años en Italia, y he podido observar como se retiraban de sus enemigos el rei de Francia Francisco I y el gran capitan Gonzaló de Córdoba, Antonio de Leiva y el conde Pedro Navarro, Marco Antonio y Fabricio Colona, y los demas famosos capitanes de mi tiempo, así españoles, como italianos. Puedo aseguraros que jamas ví a ninguno de ellos desplegar la enerjía de que este mozo nos va dando pruebas.

Mientras tanto, habiendo Zenteno adquirido el convencimiento de que le era materialmente imposible prolongar por mas tiempo tan desigual contienda, destacó a Diego de Rivadeneira para que, como le fuese posible, se procurará una embarcacion en que se salvaran los restos de la tropa que habia resistido a una jornada tan peligrosa.

El mismo Zenteno y sus soldados siguieron apresuradamente de cerca los pasos de aquel ajente, camino de la costa de Arequipa.

Pero Carvajal marchaba tambien tras ellos sin darles tregua.

Cuando Zenteno y los suyos llegaron a las playas del océano, ni tuvieron noticia de Rivadeneira, ni divisaron ninguna nave.

Su desesperacion fué estremada, porque como no podian caminar por sobre las aguas, estaban forzados a combatir con Carvajal, y por lo tanto su pérdida era irremediable.

Zenteno, despues de aquella série de retiradas y combates sostenidos en un espacio de mas de doscientas leguas por valles y por cierras, por caminos reales y estraviados, conservaba bajo su bandera solo ochenta hombres.

En esta estremidad, adoptó el arbitrio de aconsejar a sus soldados que se dispersaran en grupos de cuatro o seis; y confiando en la bondad de Dios, buscaran la salvacion cómo y por dónde pudiesen.

El enemigo perseguiria y cojeria a algunos, pero era completamente imposible que los persiguiese y tomase a todos.

Se puso en práctica aquel plan, porque a la verdad era el mejor que se ocurría.

Diego Zenteno, seguido de un solo individuo, cuyo nombre era Luis de Rivera, se asiló al repartimiento de aquel vecino de Arequipa, Miguel Cornejo, que años atras habia concedido tan jenerosa y oportuna hospitalidad a Carvajal y a su mujer la señora Leiton.

Allí se escondió con su compañero en una cueva, donde un cacique, el cual se habia condolido de su triste suerte, cuidaba de llevarles en persona el necesario sustento.

Permaneció en aquel incómodo escondite por algun tiempo hasta que se le ofreció oportunidad de volver a tomar las armas.

Francisco de Carvajal desclaró mas tarde que habia tenido pleno conocimiento del lugar en que se habia ocultado Zenteno. pero que lo habia disimulado por no causar pena a su bienhechor Cornejo, y temeroso de atraer quizá a éste la enemistad del gobernador.

Diego de Rivadeneira habia conseguido apoderarse de una nave en que Zenteno y los suyos habrian podido ponerse en salvo; pero por desgracia para ellos, arribó al punto convenido cuando se habian visto ya forzados a dispersarse.

Carvajal hizo inútiles tentativas para capturar esta nave.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

---

## INFLUENCIA DE LAS CORRIENTES DEL MAR SOBRE LOS CLIMAS.

---

(CONCLUSION.)

Los pescadores de ballena y de bacalao que frecuentan las costas de América al límite del Gulf-Stream, jamas hacen provision de leña, porque saben que la corriente ecuatorial les traerá los árboles que el Mississipi, el Rio Norte y talvez el Orinoco habrán

arrojado en la corriente tropical en la época de sus avenidas. Antes del descubrimiento de Colon, los irlandeses, los escoceses y los escandinavos veian sorprendidos que el mar les traia de cuando en cuando restos de una vejetacion desconocida en su pais. Habian recojido granos y frutos análogos a los de las Indias, que parecian llegar como por milagro. Cuéntase que unas piraguas indias, cuyos remeros debieron perecer largo tiempo hacia, habian sido recojidas en las costas de la Noruega. Mas estos indicios de un mundo lejano no hacian jamas concebir la idea de ir a buscar este mundo al otro lado de un océano que presentaba al mismo tiempo vientos y corrientes contrarios. Por otro lado, las aserciones sobre la existencia de otro continente distinto del que comprendia la Europa, el Asia y el Africa, no eran nuevas en manera alguna, y se hallan formuladas hasta en los tiempos de Alejandro.

Aristóteles, mucho mas adelantado en jeografia que Cristóbal Colon, en vista de las nociones que las conquistas de Alejandro habian dado de la distancia de las Indias y de la China, no calculaba que las costas orientales de Asia fuesen accesibles a los navegantes que salian de Europa. De la lójica solamente dedujo la existencia de nuevos continentes que debian ocupar las dos terceras partes del mundo entre la Europa occidental y las costas orientales del Asia.

No fué mas fuerte la certeza de su discurso despues que Colon y Vicente Pinzon tocaron el Oriente de América y que Balboa, Cortes y Pizarro reñocieron las costas occidentales. Nada hubiera sido mas fácil a la naturaleza que colocar todavia otro nuevo continente entre la América y el Asia, en la vasta estension que ocupa el Océano Pacífico; pero concretándose a ambas Américas, ¿no son acaso bien precisas las palabras de Aristóteles?

Despues de haber hablado del antiguo continente y de las islas que le circundan, afirma que los continentes mismos están rodeados de mares y no ofrecen punto de continuidad.

Evidentemente, el mar que al Oriente limitaba el Asia, y el inmenso espacio que quedaba entre el límite y la Europa, con las nociones escasas y poco exactas que se tenian sobre la magnitud de la tierra, le sujerian la idea mui segura de que estos nuevos continentes debian estar separados del antiguo. Su asercion manifiesta una seguridad.

“La tierra habitable, decia, se halla dividida, en el lenguaje vulgar, en continentes y en islas. Los que hablan asi ignoran que

nuestro continente es una grande isla única bañada por todos lados por el mar designado con el nombre de Atlántico; pero es necesario admitir que existen otras cuyas costas están opuestas a las nuestras y que se hallan a largas distancias; las unas son mas grandes que nuestro continente, las otras mas pequeñas. Todas esas tierras aisladas son desconocidas para nosotros, escepto la nuestra. A la manera que nuestros islotes están separados por los pequeños mares que los rodean, del mismo modo nuestra tierra está separada por las olas del Ócéano Atlántico, y los otros continentes lo están por el mar universal. Luego estos continentes son como el nuestro, unas grandes islas bañadas y circundadas por mares inmensos."

¿Qué otra cosa mas exacta hubiera dicho ese gran señor griego, marido de una reina, que tuvo el honor de ser el preceptor de Alejandro, si estendiendo la vista sobre uno de nuestros mapas que la civilizacion actual en union con la litografia, vende al precio de algunos céntimos, hubiera visto las dos Américas y la Australia? ¿Qué honor tan grande para ese jenio sublime el haber conocido sin verlo lo que Cristóbal Colon vió sin conocer!

Asi como en el Atlántico del Norte la corriente cuatorial que se precipita en el golfo de Méjico vuelve sobre sí misma, pasando por latitudes mui elevadas, de la misma manera otra porcion mucho mas pequeña de esta corriente, despues de haber chocado con el cabo de San Roque, que forma la punta oriental de la América del Sur, baja a lo largo de la costa oriental de esta misma América del Sur, y atravesando en seguida el Atlántico de Oeste a Este vuelve de nuevo hácia el Africa inferior, para subir luego a lo largo de las costas occidentales de esta parte del globo y reunirse con la gran corriente tropical por el Sur, como el Gulf-Stream se reune por el Norte. Aparte la cantidad de aguas, esta corriente es en un todo parecida al circuito que ocupa el Norte de este océano. La porcion que se vierte fuera de los trópicos, y que vuelve nuevamente del Oeste al Este, del Sud de la América al Sud de Africa, es tambien una corriente de agua caliente, como el Gulf-Stream lo es entre los Estados Unidos y la Europa. La comparacion de las masas de agua que arrastra separadamente cada uno de estos dos circuitos, demuestra que el Norte es mas favorecido comparativamente al Mediodia en la cantidad de aguas calientes que recibe. Puede asegurarse que el circuito del Norte forma una corriente cinco o seis veces mas abundante que el circuito del Mediodia.

Si volvemos ahora la vista sobre el Océano Pacífico, vemos tambien que las aguas tropicales vienen a estrellarse en la Nueva Holanda, el archipiélago de la Sonda y la parte baja del Asia. La mayor parte de estas aguas suben al Norte en una inmensa corriente de agua tibia, que viene a dar a la Alta California y al Oregon un clima casi igual al de nuestra Europa. La vejetacion del Oregon es prodijiosa, única en el mundo: crecen en su suelo árboles jigantescos cuya copa alcanza una altura de cien metros.

En el Oregon, como en Europa, es tambien el viento del Oeste el que estiende una capa de aire tibio sobre estas comarcas privilegiadas, mientras que sobre las costas correspondientes de la China, a iguales latitudes, el clima es infinitamente menos favorable. Y aqui hallamos de nuevo la historia de la Europa comparada con los Estados Unidos, al modo que en el Atlántico una pequeña corriente, bien señalada por M. Duperrey, del Instituto, se dirige hácia el Sur, y volviendo al Este hácia la parte baja de América, va por último a unirse a la gran corriente tropical de donde toma su origen, mientras que toda la masa de esta corriente tropical sube a las rejiones setentrionales a donde lleva su vivificante calor.

Se ve, pues, que así en el Pacífico como en el Atlántico la reparticion de aguas calientes se halla en un todo a favor de las rejiones setentrionales comparativamente a las rejiones antárticas.

Todavía existe un quinto circuito en el mas pequeño mar de las Indias, ese océano que no tiene vertientes mas que hácia el Sur; y aun esta corriente, limitada en la punta Sur del Africa y de la Nueva Holanda, descende a latitudes mui considerables.

Resulta, por consiguiente, que en su conjunto los tres pequeños circuitos que llevan al Sur las aguas del ecuador, están mui lejos de igualar en eficacia a las dos inmensas corrientes del Norte del Atlántico y del Pacífico; esto esplica por qué la porcion Norte de nuestro globo goza de climas mucho mas favorables que el hemisferio Sur; y para no citar mas que un ejemplo, los hielos polares apenas descenden al Norte a diez grados del polo, mientras que al Sur llegan, por término medio, al círculo polar antártico a veintidos grados y medio del polo Sur.

Como independientemente de los cinco circuitos que rodean el Atlántico del Sur, y por último el mar de las Indias, hemos hecho mencion de un mar Glacial del Norte y otro mar Glacial del Sur, diremos brevemente que en estos dos mares la corriente parece dirijida hácia el Este, a las inmediaciones del polo vecino.

Los hechos que acabamos de esponer se hallan apoyados en una admirable carta de M. Duperrey, en la que, sin consideracion de ningun sistema, ha señalado las corrientes marítimas señaladas de la manera mas auténtica, ya por él mismo, ya por los otros navegantes científicos.

En cuanto a la teoria mecánica de estos grandes movimientos de aguas, teoria que manifiesta de antemano la existencia de esos grandes rios sin fin que tornan sobre sí mismos por un movimiento perpétuo, vamos a esponer algunas de nuestras ideas, a pesar de lo difícil del asunto.

Muchas veces se ha atribuido la gran corriente tropical del Atlántico a la influencia de los vientos alisios que reinan constantemente entre los trópicos, yendo de Este a Oeste, La contra-corriente del Gulf-Stream y de los otros cuatro circuitos análogos, podrá tambien atribuirse a las contra-corrientes de los alisios que soplan hácia el Oeste; mas si se observa que las corrientes marítimas no solamente no son superficiales sino que se propagan a mucha profundidad, se verá que no se puede hacer intervenir aquí la accion superficial del viento.

Hai otra causa mas poderosa todavia: todo el mundo sabe que los puntos de la tierra situados entre los trópicos tienen mas velocidad que los puntos situados a latitudes mas elevadas; esta velocidad tiene el mismo sentido que la rotacion de la tierra; es decir, que se dirige hácia el Este. Ahora bien: si se considera que las aguas tropicales calentadas por el sol, se dilatan y elevan hasta mas arriba de las capas vecinas, se concibe el resultado de una vertiente perpétua del Ecuador hácia los polos, que llevando a las latitudes altas agua dotada de un exceso de movimiento hácia el Este, enjendra por esto mismo en esas latitudes una corriente que marcha hácia el Este, como lo indica la observacion. Para reemplazar esta agua viene otra nueva, resultante de las corrientes de retorno, y de este modo se establecen las corrientes permanentes.

Si se calienta una vasija de lado como las que se ponen junto a la lumbre, y nó encima, se ve operarse rápidamente la inclinacion de la parte anterior inmediata al fuego hácia la parte posterior, y fria mientras que el agua fria vuelve por debajo a ocupar el espacio del agua que se ha inclinado sobre ella.

Este experimento puede hacerse con delicadeza y sin el auxilio de vasija alguna con una cajita cuadrada de papel fino que todo el mundo sabe hacer, a uno de cuyos extremos se aplica una plan-

cha bien caliente despues de haberla llenado de agua; entonces se observa que la inclinacion se produce de la parte caliente a la parte fria.

Por último, cuando se quiere reproducir completamente el fenómeno de las corrientes marítimas terrestres, se coloca un vaso de hoja de lata calentado por uno de sus bordes sobre una plataforma que jira con un movimiento uniforme, y se reconoce por la indicacion de los pequeños buzos fijados sobre los bordes del vaso, que la corriente tiene exactamente la misma disposicion que sobre nuestro globo jiratorio, no dejando duda sobre la realidad de la teoría que acabamos de esponer.

Todavía tendríamos que examinar muchas presunciones relativas a los cambios que se operarian entre los diferentes océanos, y que hácia los puntos meridionales de los continentes como por los estrechos de Davis y Behring, producirian verdaderas corrientes de cambio; pero la teoría se espone siempre mucho cuando quiere ir mas allá de la observacion de los hechos: en medio de la complicacion de todas las acciones de la naturaleza, es ya una felicidad el haber hallado la esplicacion de hechos bien asegurados. Para concluir, citaremos, sin adoptar su orgullo, estas memorables palabras de Plinio: *Contenti simus inventis, aliquid veritati et posteris conferant.*

«Contentémonos con lo que hemos encontrado y dejemos a la posteridad algo que hacer para el conocimiento de la verdad.»

BABINET,

(del Instituto de Francia.)

---

## ALGO SOBRE PETRARCA.

---

No sé si el papel elevado que representó Petrarca, y la consideracion europea de que disfrutó durante su larga vida, son mas gloriosas para él o para su siglo. Hemos visto, hemos mostrado, todavía, en otra obra, los defectos de este gran hombre; una sutileza de espíritu que lo alejaba a menudo del sentimiento para arrastrarlo al mal gusto, y una vanidad que siempre le hizo aceptar la

amistad de príncipes crueles y despreciables tan luego como ellos condescendian a adularlo. Però separándonos de él, fijemos de nuevo nuestras miradas sobre las grandes cualidades que lo hicieron el primer hombre de su siglo: un amor ardiente por la ciencia, a la cual consagró su vida, sus fuerzas, todas sus facultades; un entusiasmo glorioso por lo que ha habido de grande y de noble entre los antiguos en la poesía, en la elocuencia, en las leyes y en las costumbres. Este entusiasmo es el sello de las almas bellas; para ellas el héroe se engrandece cuanto más lo contemplan, mientras que un espíritu limitado y estéril pone a los grandes hombres a su nivel y los somete a su medida.

Petrarca sentia este entusiasmo, no solamente por los hombres que se han distinguido, sino tambien por las cosas que son grandes en sí mismas, por la relijion, por la filosofía, por la patria, por la libertad. Fué el amigo y el protector del desgraciado Colás de Rienzi, a quien la república romana debió en la mitad del siglo catorce su renacimiento y algunos meses de prosperidad. Conoció el precio de las bellas artes como el de la poesía, y contribuyó a hacer conocer a Roma el tesoro de sus monumentos antiguos como tambien el de sus manuscritos. Llevó al amor ese sentimiento relijioso con el cual rendia culto a todo lo que llevaba en sí las señales de la Divinidad sobre la tierra, y vió en la mujer que amaba un mensajero del cielo que le revelaba la belleza. Hizo sentir a sus contemporáneos todo el precio de la pureza en la espresion de un amor que en él era tan modesto y tan relijioso; dió a sus compatriotas un idioma digno de rivalizar con los de Grecia y Roma, cuyo valor les enseñaba a conocer; él hizo flexible y adornó este idioma, le dió reglas, lo hizo propio para espresar todo y cambió en cierto modo su esencia. En fin, esparció sobre su siglo ese entusiasmo por la belleza antigua, esa veneracion por el estudio que renovaron el carácter de ese siglo y que determinaron el de los tiempos venideros.

En cierto modo, en nombre de la Europa reconocida fué Petrarca coronado en el capitolio por el senador de Roma el 8 de abril 1341 y este triunfo, el mas glorioso que haya sido discernido a hombre alguno, no era, sin embargo, desproporcionado con la influencia que este gran poeta ha ejercido sobre las razas que le han sucedido.

ANJELA URIBE.

---

## LA MUJER.

(TRADUCCION DEL INGLES).

No temais, queridas lectoras, que al ocuparse mi pluma de vosotras, empañar pueda el brillo de vuestras virtudes, el puro y diáfano cristal de vuestras gracias, el encanto de vuestros dulces atractivos, y si alguna frase que no fuera de vuestro agrado se deslizara, disculpadme vosotras, que yo os pido perdon previamente, y declaro desde ahora que solo deseo complaceros diciendo la verdad, poniendo de manifiesto las bellas cualidades que atesorais.

Y de nadie mejor que vosotras debia ocuparme, como débil pero debido tributo a vuestros beneficios, que convertis la tierra en un paraíso de inefables delicias y prestais el dulce aroma de vuestras virtudes a una sociedad de la que sois y sereis el mas firme sosten.

A vosotros, los que tanto calumniais a esa querida mitad del jénero humano, no os digo que me disculpeis si fuera algo duro en mis calificaciones contra vuestras ideas, contra unas ideas que emitis pero que debe estar mui léjos de sentir las vuestro corazón.

La mujer, ese ser nacido para la virtud y el amor, merece ciertamente ser juzgada como un ángel que la Providencia puso en el mundo para alivio de nuestras penas, para consuelo de nuestros dolores.

Todo inocencia, todo candor, desconoce siempre la hipocresia y la doblez, porque su sencillo corazón jamas supo finjir.

¿No habeis visto a las primeras palabras que de amor oye una jóven, colorearse sus mejillas como los rosados matices de la aurora, y esconder ruborosa su rostro como la rosa sus pétalos a la salida del sol? ¿No habeis observado fijar su vista en el suelo, sin osar encontrar su mirada con la vuestra, y sin atreverse a pronunciar una frase, temerosa de que empañe su inocencia?

Y apenas da oído a vuestras palabras, porque os cree tan sencillo como ella, una lágrima se desprende de sus ojos. Cuánta poesia, cuánta felicidad enviará aquella perla que se desprende para rodar por sus mejillas como la gota de rocío por las hojas de la rosa!

Y si dice que os ama, si os contesta que su corazón os pertenece, podeis confiar ciegamente en su cariño, porque no sabe hablar contra sus sentimientos.

¡Triste si las palabras que la dijisteis fueron mentiras! ¡Des-

graciada, si al pronunciar aquella frase la recojió quien solo intentaba hacer un juguete de su felicidad, y... ¿quién sabe si de su honra?

Cuando una mujer llega a daros crédito, y vuestros juramentos fueron mentidos, la hiel del desengaño acibarará su corazon, y desgarrando su pecho, no estrañareis que despues sea insensible a todos los atractivos del amor. El corazon de la mujer casi siempre le forma el hombre, y cuando ella tiene la desgracia de perder la primera ilusion, sufre hasta que sus lágrimas apagan el fuego de su corazon.

No os quejeis, pues, si en la sociedad hallais ese tipo que conoceis con el nombre de *coquetas*. Son escasas, por fortuna, pero las haceis vosotros con vuestras palabras mentidas, con vuestras infames seducciones; la mujer por sí sola, jamas dejenerará hasta ese estremo.

Penas consignan las leyes para el homicida, y dejan impune al que mata la felicidad de una mujer; esa felicidad, que es más que su existencia; que constituye su modo de ser.

Cuando una mujer nos ama, nos hace entrever un paraíso de felicidad, un mundo de ilusiones, que convierte en realidad al ser nuestra esposa. Ella enjuga las lágrimas de nuestro infortunio y endulza nuestra existencia con sus consuelos, con sus palabras de amor y de ternura. Si su mano oprime nuestro corazon, cesan sus violentos latidos y vuelve la tranquilidad a nuestro espíritu; el suspiro que sale de su pecho calma el volcan de nuestra alma y hace revivir la flor de nuestras ilusiones, como la suave brisa de la tarde que acaricia las rosas para esparcir su benéfico aroma por el campo.

¿Por qué bajo cualquier aspecto que se mire es digna de compasion?

¿Qué cosa mas sublime, mas admirable, que la abnegacion y el amor de una madre?

Vedla con el tierno fruto de sus entrañas que sustenta con su pecho, como un racimo pendiente de una vid; con cuánto cariño se contempla, gozándose en sus placeres y sufriendo cuando él sufre.

¿Cuántas veces el amor de una madre nos habrá librado de los funestos extremos a que nos hubiera conducido nuestra desesperacion! ¿En cuántas ocasiones sus palabras de consuelo habrán infundido en nuestra alma la resignacion, devolviéndonos una tranquilidad que creíamos para siempre perdida!

¿Siempre la mujer haciéndonos llevadera la existencia, sacándonos del erial de nuestras desgracias, para enseñarnos la senda de la

virtud y apartarnos del camino funesto a que las pasiones pudieran conducirnos!

La somos, pues, deudores de la felicidad, y es preciso reconocerlo así y no ser ingratos con ella. Es necesario pagarla sus desvelos, sus beneficios, no olvidando nunca esta deuda.

Es un ángel.....

Amémosla con toda la pasión a que se hace acreedora, considéramosla como debemos.

CARLOS F. LATHROP.

---

## CORRESPONDENCIA A RÁFAGO.

---

Ni soi Vampiro, ni parezco chinche:—  
Un *cual* soi, no de historia o de novela,  
Que probando a seguir tu cantinela  
Provoqué sin pensarlo tu berrinche.

Que tu injusto furor no tanto cinche!  
Pídotelo *per Baco* o por tu abuela.  
De ofender con intento no hice escuela,  
E imito al que, cual tú, jovial relinche.

Ya está visto que brotan hoi en dia,  
Al pisar por acaso en estos trigos,  
Pedradas que nos dan en la joroba.

Mas, ¡qué hacer si tal fué la suerte mia!  
Tener, sin conocerlos, enemigos  
Que ha sentenciado *Palma* a dura escoba.

FÁRRAGO.

---

## A FÁRRAGOS Y RÁFAGOS.

---

*Soneteros!* ya armáis mucho *bochinche*  
Y pareceis muchachos de la *escuela*;  
Idos a jeringar a vuestra *abuela*,  
Dejando de causarnos un *berrinche!*

Que el chinche muerda; que el rocin *relinche*  
 O dé sus coces si lo pica *espuela*;  
 Que el asno jembunda *cantinela*  
 Lance entre tanto que su igual lo *cinche*,

Qué importarnos pudiera a los que hoi *dia*  
 Buscamos pan y paz en estos *trigos*  
 Sin ver quién lleva la mayor *joroba*?

Si dice alguno: La razon es *mia*,  
 Otro tanto diran sus *enemigos*;  
 Mas ¿a quién cupo manejar la escoba?

FARRAFLAN.

---

## PAJINAS DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

### XI.

¡Cuán bella y fascinadora estaba!...

Vestia un blanco y flotante traje de tul, y la brisa acariciaba suavemente la cinta color rosa que, enlazado su talle de sílfide, se desprendía hácia atras en graciosas ondulaciones.

Su negra y rizada cabellera acariciaba sus hombros de nieve, que se adivinaban bajo el cendal que los encubria.

Iba jugando, al parecer distraidamente, con un encendido boton de rosa recién entreabierto.

Llevábalo de vez en cuando a sus lábios, y cada vez que esto hacia, algunas de sus hojas quedaban pendientes de ellos.

La luna mostrábase en el firmamento con toda su poética majestad.

Algunas nubecillas de ópalo y de nácar, que bajo ella pasaban, hacian creer que era la misteriosa vírjen de los cielos y nó éstas las que marchaban impelidas por la brisa.

Los árboles movian suavemente su follaje de esmeralda, y las aromas del jardín vecino perfumaban el ambiente.

Sentóse sobre un banco, velado por la sombra de una acacia en flor, y llevó nuevamente a sus labios el boton de rosa, con ademan ensimismado.

Pasé junto a ella y murmuré su nombre.

El boton de rosa cayó a sus piés y me apresuré a recojerlo y presentárselo con cierta tímida esquivéz que Laura comprendió al instante.

—Esa flor le pertenece, me dijo ruborizándose; ha sido usted bastante humilde para inclinarse a alzarla.

Yo no le respondí, pero mi semblante debió espresarle mi apasionado reconocimiento.

Trascurrieron algunos instantes de silencio, y yo le dije, para interrumpirle, con acento que revelaba mi viva emocion:

—Qué hermosa está la noche, no es verdad?

—Nunca la he visto mas bella, me contestó, ajitando su cabeza, como si despertase de un sueño, y haciendo ondular los bucles de su cabellera.

—¿Vamos? agregó, dirijiéndose a sus padres que la acompañaban.

Enlazó al mio su brazo y le balbuceé con voz insegura:

—¿Por qué tan pronto? Aquí donde usted me ha dado este boton de rosa quisiera permanecer siempre.

—¿De veras? moduló, tan quedo, que su voz me fué apenas perceptible, bajando en seguida sus ojos, húmedos de ternura, que por un instante habia fijado en los míos, con visible turbacion.

—Dios nos escucha, le contesté, temblando como la hoja del árbol sacudida por el viento.

## XII.

—¿Por qué tan triste en medio de tanta animacion? El baile no puede ser mas espléndido ni la concurrencia mas escojida. Mira se me figura hallarme en un palacio de hadas.

Si fuera yo mahometano, por el Coran juraria hallarme en medio de las huríes, como los elejidos del profeta.

Asi me decia Eduardo, jóven de mi edad, que me profesaba un sincero cariño.

Habíamos estudiado juntos en las aulas, y desde entonces habia yo admirado en él su corazon de oro y su carácter alegre y decidor, si bien un poco aturdido.

—Si no estoi triste! le contesté.

—Has dado en buena haciéndote el reservado para conmigo.

—No lo creas. Es que me he modificado mucho desde la última vez que nos vimos.

—O lo que es lo mismo, de la noche a la mañana. A otro con...

E interrumpió su frase con una sonora carcajada.

—Eh! no seas loco, tú ries de todo.

—Te equivocas; y apuesto que alguna rubia...

—Si no se trata de rubias!

—Poco importa. Tendrá cabellera negra, o roja, como Adriana de Cardoville.

—Advierte que nos observan.

—Luego entonces?...

—Me haces daño con tus burlas. Estoy triste, es la verdad.

Eduardo cambió de tono y de espresion. Colocó una de sus manos en mi hombro derecho, y me dijo, con acento de amistosa reconvencion:

—Enrique, has hecho mal en no ser franco conmigo. Nuestra amistad data desde la infancia, y tengo el derecho de sufrir contigo si no puedo aliviar tu pena.

Dime, ¿por qué sufres?

—Es que amo.

—¿Y acaso no eres correspondido? me dijo con emocion.

—No lo sé; y aun tengo motivos para creer que me ama. Pero no es tan difícil tomar por palpitations de amor los púdicos estremecimientos de la vírjen a quien hemos entregado nuestro corazon, nuestra alma.

—Observo que me he alarmado más de lo que debiera, Enrique. Ahora veo que voluntariamente vas a golpear a las puertas del dolor para gozar con el contraste de la realidad. Si crees que te ama, ¿por qué aflijirte? Además, no juzgo mui oportuno que vengas a dar en un baile el espectáculo de tu tristeza.

—Tienes razon. Trataré de dominarme; pero *ella* me dijo que venia y aun no ha llegado.

Son las doce, ya no viene, agregué con amargura.

—Pero ¿quién es ella? Por ahí debieras haber principiado.

—Laura...

Al pronunciar su nombre apareció en el salon.

Un lijero murmullo de admiracion se dejó oír.

Digno tributo pagado a su gracia, a su juventud, a su belleza.

—La conozco mucho, me dijo al oído Eduardo. Mi familia está relacionada con la suya. Pierde cuidado.

Me volví vivamente, y apretándole una mano me apresuré a decirle:

—Ni una palabra!... Me perderias.

Un instante despues me hallaba a su lado.

## XIII.

Cuán alegres, cuán animados me parecieron entonces todos los semblantes!

Cascadas de luces iluminaban los estensos salones, profusamente adornados de flores y de blancos y carmesíes cortinajes.

Las flores mas apreciadas de los invernaderos se encontraban aprisionadas en jarrones de finísima porcelana.

Grandes espejos engañaban la vista, reproduciendo doblemente las cascadas de luz, las flores, las nubes de tules y de encajes, el cambiante brillo de las piedras preciosas.

Cuánta razon tuvo Eduardo al decirme que se le figuraba hallarse en un palacio de hadas!

Pero nadie hubiera podido disputar a Laura la diadema.

Llevaba yo en uno de los ojales de mi frac el boton de rosa que ella me habia dado en noches anteriores, y que aun se conservaba fresco, merced a mis cuidados.

Laura lo observó y me dijo, terminado que hubimos un diálogo sentimental y trascurrido un momento de silencio:

—A lo que parece es usted mui aficionado a las flores.

Y me designó con la mirada la que llevaba yo a la altura de mi corazon.

—Oh! mucho: pero tengo predileccion por ésta. Me la obsequió una amiga, y tiene para mí un valor inestimable.

—La amiga?

—La amiga y la flor. Aunque lo pretendiera, no podria abandonar ésta, asi como aquella no puede apartarse de mi memoria. Esta flor ha hecho brillar para mí la aurora de mi felicidad.

—No era usted feliz?

—Ah! nó, señorita.

—En qué, pues, ha hecho usted consistir la felicidad?

—En la realizacion de mis ensueños.

—Es usted un soñador!

—Y qué jóven no sueña despierto cuando, como yo, siente exuberancia de vida, y tiene una alma.....

—Baila este wals, Enrique, me dijo Eduardo, que se aproximaba en ese instante. Laura puede acompañarte. En poco tiempo ha hecho rápidos progresos.

—No le crea usted, repuso Laura. Eduardo es un lisonjero. Verdad que me he empeñado en aprender, mas no he logrado vencer las dificultades.

—Querer es poder, dijo sentenciosamente mi amigo.

Un instante despues bailábamos el ajitado wals, embriagados de alegría.

Al terminar la primera vuelta, poseido aun del vértigo embriagador que me produjo la danza, le dije con apasionado acento:

—Señorita; ya desesperaba de su venida.

—¿Usted dudaba? ¿No le habia prometido venir?

—A medida que es mas vivo nuestro deseo, es mayor la incertidumbre. Era ya media noche.

—Tuvimos otro compromiso, imposible de salvar, y ha sido no poca fortuna la de poder retirarnos a esa hora. Eso sí, debo prevenirle que no habia olvidado lo que prometí a usted.

—Querrá usted creer, Lau... ah! nó, perdon. Querrá usted creer, señorita, que la palabra olvido me causa una dolorosa sensacion?

—Y por qué se ha arrepentido usted de pronunciar mi nombre? Mis amigos tienen el derecho de suprimir la etiqueta.

—Mil gracias, Laura. Y usted que tan induljente se me manifiesta, ¿querria otorgarme un servicio?

—Si de mí dependiera...

—De usted tan solo.

Ella debió leer en mis ojos, pues se apresuró a decir, ruborizándose:

RUPERTO MURILLO.

(Continuará.)

---

## LA HIJA DE LA LOCA.

---

A LA JÓVEN SEÑORA LIBANIA AUGUSTA DE F. M.

*Río de Janeiro, julio de 1874.*

*¡Maravillosos efectos de la música  
en el alma!...*

### I.

“La viste tú?”—“Bien la ví! Apesar de mi sansancio, despues de seguir dos leguas, trémulo y débil anciano, por entre la negra fronda tras el ruido de sus pasos, llegué al puerto y descubrí, del alba a

los febles rayos, que alguno la acompañaba. Era un hombre disfrazado cual ella con pardas ropas de los monjes franciscanos. Distinguí la voz del hombre. Laura asida de su brazo saltó a la barca, que luego, blanca vela desplegando, al impulso de la brisa resbalaba sobre el lago, hasta que a poco, en la bruma, desapareció”...

“Traspasado de pesar me dejas, Bruno. ¡Esto es hecho! Temerario un seductor se la roba: y ella abandona el regazo de su madre... ¡pobre madre! a quien el Cielo, privando de la razon, ha querido no hacerle sentir acaso las redobladas angustias de un destino tan aciago.”

Don Gaspar de Montelirios, caballero octojenario, en la verja de su quinta, do moraba retirado, así con acento mustio, sus lágrimas enjugando, hablaba con Bruno Ponce, su fiel y antiguo criado.

## II.

¿Qué es, gran Dios, esa niebla tan oscura en que el alma se envuelve soñolienta? Qué ese estado de calma y de tormenta, llamado por los sábios *la locura*? Privacion de la antorcha de la vida! Misterio de natura, que no es dolor ni signo de contento: que es piélago en que el alma sumerjida perdió la voluntad y el pensamiento.

Prodijio incomprendible, perpetuado sobre lánguidos seres! Compasible o, tal vez, feliz estado que, si priva al mortal de mil placeres tambien a toda pena hace la mente del mortal ajena.

Oh! quién sabe si a veces la desgracia llega a término tal en la existencia, que Dios, como una gracia, reservó para algunos la demencia! Piadosa gracia, por azar bendita, que el juicio reducido a la impotencia de medir todo el peso de los males, la desesperacion del alma evita en flacos y mui míseros mortales!...

## III.

Esa mujer que pasea de don Gaspar en la quinta, es una pobre demente que ignorada en ella habita. ¡Mísera viuda! miradla: su belleza aun no declina, que fué mui bella y tambien mui desdichada en la vida. Hai en su mirar tan vago esa espresion indecisa del dolor, quizá en suspenso porque el alma está cautiva tras del velo tenebroso de la horrenda pesadilla. En las venas de su frente la contradiccion se ajita, o en sus lábios convulsivos al mostrarse la sonrisa, parece esconder pesares que ni en la tumba se olvidan.

Signos de febril contento sobre esa beldad marchita por las borrascas morales, son la profunda ironía del dolor; y a llanto mueven a los que a Constanza miran.

Fué su esposo un noble mártir, quien por fortuna enemiga tuvo que buscar descanso con el acto del suicida... La infeliz se volvió loca!

Don Gaspar, de quien sobrina era aquella desgraciada, paternal amor le brinda; y a su lado halló Constanza seguro asilo con su hija.

#### IV.

Laura, la perla del cielo o el ángel de la esperanza que bajara de un Carmelo para dar su lumbré al suelo, era la hija de Constanza.

Con la cándida pureza de niño tierno en la cuna la dotó naturaleza, dando espejo a su belleza, melancólica la luna.

Virjen de virtud altiva; que si al contacto del aura hai flor que su copa esquivá, con pudor de sensitiva huye de ser vista Laura.

Era tan santa criatura de su madre el embeleso, cuya natural ternura exaltaba su locura al darle de madre el beso.

Pobre madre! Cierta dia, Laura, puesta en oracion a sus plantas, le pedía, en esa actitud tan pia, su amorosa bendicion.

Entre mustia y delirante, hizo la loca al instante de bendicion la señal.

De aquel virjinal encanto los ojos color de cielo luego, en muestra de quebranto, con una nube de llanto se cubren, regando el suelo.

En tan púdica doncella por qué tamaña congoja? ¿Por qué se anubla esa estrella? ¿Qué súbito mal sobre ella tanta turbacion arroja?...

#### V.

Rayó la aurora nebulosa y triste en pos del dia, cuya tarde viera, de aquella quinta bajo un verde sauce, a Laura y a su madre en tal escena. En esa noche desaparece Laura de la morada que encontró en la tierra para ocultar del vulgo desdeñoso el materno infortunio y la pobreza. ¿Dónde la niña dirigió sus pasos? Qué raptor de aquel sitio se la lleva?... Era un misterio, conocido solo del Ser que todo sobre el mundo vela.

Nieta de Bruno, como Laura, linda, de grandes ojos y de edad bien tierna, una muchacha, de Constanza al lado con solícito afán

la considera. Lleva la loca, como siempre, un velo que encubre su esparcida cabellera, y está vestida con el largo traje cuyo color su duelo representa. Con lento paso por un bosque umbroso camina con su jóven compañera, quien esconde sus lágrimas, fingiendo cortar las flores que al pasar encuentra.

Llora Juanita, la inocente jóven, suponiendo que Laura esté ya muerta, pues no llega a pensar que de otro modo a una madre infeliz dejarse pueda. Comprende que la Virgen la ha llevado consigo al cielo, porque no la vea yerta en su lecho la doliente madre; y así consigue consolar su pena; su propia pena... Mas de pronto cambia tal lenitivo que encontró en su idea, viendo a Constanza con violento arranque emprender por el bosque la carrera: síguela y corre; mas de vista al cabo la pierde en el confin de la arboleda; y trémula y llorosa se detiene y a todos rumbos anhelosa observa. De nuevo sigue; mas, cansada, cae sin aliento esta vez sobre la yerba: y un instante despues rumor cercano con súbito terror su sangre hiela... Los ojos alza, y arrojando un grito que repiten los ecos de la selva, cual la pálida imájen del silencio ve a la misma Constanza en su presencia...

"Calla! (le dice la inteliz demente) dormida está mi Laura: si despierta, dirá enojada que burlar queremos el mandato de Dios para que duerma. A mi lado no viéndola, de pronto corrí desesperada para verla: mas recordé que anoche contristada me rogó que de dia no la viera. Laura, tan pura y tan modesta, quiere no dar celos al sol con su belleza;... duerme por eso, y dias y mas dias dormiré sin que nadie ya la vea... Reservado a mí sola está ese gozo, pues soi su madre y... mira... cuando llega la hora de las fantasmas en la noche, podré velando conversar con ella. A media noche, cuando duerme todo, sobre el mundo los ángeles pasean, y en vigilia mi Laura, que es un ángel, aguardará en mis brazos que amanezca... No repitas a nadie mi secreto"... dijo, en torno jirando la cabeza, y luego con Juanita, silenciosas de la quinta llegaron a la puerta.

## VI.

Dias y dias pasaron como lo anunció Constanza, y ni remota esperanza de hallar a su hija lograron. El señor de Montelirios, hasta el fin de su existencia no escusando diligencia, probó en su pecho martirios. Sobrevívele el buen Bruno, quien cuidó de la señora, sin que entre tanto una aurora trajese consuelo alguno. Solo Juanita,

inspirada por la ilusion lisonjera de su edad, el bien espera para aquella desdichada.

Desde la quinta lo menos distaba al puebla vecino cuatro millas de camino por lugares mui amenos. Entre éstos resalta el prado sobre cuya faz blanquea como paloma la aldea, que es el vecino poblado. A un flanco se muestra un risco que abrigaba contra el viento a grande antiguo convento de la grei de San Francisco. Un santo humilde patriarca hubo allí de mucha ciencia, por quien justa reverencia tuvo toda la comarca. Si él supo curar los males del cuerpo con tal maestría, remedios tambien tenia para dolencias morales. Con caridad verdadera, como servidor del cielo, ya el alivio, ya el consuelo derramaba por do quiera. El estado compasible inspiróle de Constanza, con la pena, la esperanza de su curacion posible.

Ella, con andar pausado, al convento en romeria a veces llegar solia, con Juanita siempre al lado: y en el templo silencioso las viajeras solitarias, modulando sus plegarias procurábanse reposo. Descanso mayor sentia allí la inteliz demente cuando el órgano en torrente dilataba su armonia.

De la música el encanto era visible en el alma de aquella mujer, que en calma dejaba correr su llanto. Tambien luz al pensamiento daba del buen relijioso tal efecto portentoso, que él miraba siempre atento.

Pero las horas venian, los dias se deslizaban; ni éstos consuelo dejaban, ni aquellas el bien traian...

## VII.

En la rejion ideal del pensamiento es la música el don de mas encanto: aun el poeta de glorioso canto no conmueve cual ella el corazon: arte divino que, escitando el alma y de alto oríjen reflejando el sello, por cópia mas perfecta de lo bello fué tenido en la mente de Platon.

Sobre el ánimo ejercen sus acordes accion secreta y a la par tan viva, que la misma palabra no cautiva tanto como la música al mortal; la palabra, gran verbo, intelijencia, sabiduria y cetro soberano que en la caída del linaje humano le quedó de su imperio por señal.

David aun niño con el arpa supo despertar a Saul de su demencia y combatir, cantando, la inclemencia del tenebroso mal que lo agovió. ¿Quién duda del efecto portentoso de la música en pechos

lastimados? ¿Qué profundo pesar o qué cuidados en el alma del triste no alivió?

La relijion cristiana, en el bautismo entona sobre el niño melodias, y da consuelo en nebulosos dias con místicos cantares al mortal: ella conforma por amor del alma con salmos de esperanza al moribundo y, entre jemidos, el adios del mundo le envia con el canto funeral.

### VIII.

Para Constanza, entre tanto, los dias se deslizaban, y a su espíritu en quebranto ningun alivio dejaban...

Pero otras horas venian de aquellos dias en pos, y acaso ya el bien traian por la voluntad de Dios.

### IX.

Un dia sereno, de limpios celajes, los campos inunda de luz que recrea: los varios paisajes matiza el jentio que en bello atavío camina a la aldea.

Celebran los monjes, de effije sagrada la fiesta aquel dia; y en verde esplanada, con danzas y juegos de humildes labriegos, cundió la alegría.

Reviste el otoño de tintas ya rojas los sitios silvestres en torno al convento: cayendo las hojas con lánguidos jiros remedan suspiros al paso del viento.

Rumor compasado cual voz de los mares resuena en los bosques con vaga armonia: los rayos solares sus tibios reflejos ya lanzan de lejos... y fin tuvo el dia...

### X.

Tambien hasta la aldea fué Constanza a la fiesta campestre con su amiga; y al vibrar la campana de oraciones, hora que a todos a callar convida, las pobres forasteras emprendieron su regreso pausado hácia la quinta.

A mitad del camino grandes sombras a un lado se mostraban de la via: escombros eran de un antiguo templo, de edad remota y de piedad reliquias, que la luna con pálidos fulgores en aquellos momentos ilumina.

Mas próxima al sendero, entre zarzales se levanta una forma de capilla, y allá en su centro, de pálido mármol se ve de lejos una

cruz rojiza, a cuyo pié los rústicos viandantes para orar respetuosos se arrodillan.

La soledad del sitio y su silencio, no perturbado ni por blandas brisas, a todos los objetos del contorno encanto misterioso comunican; a tal influjo ante la cruz postrada oraba con fervor la tierna niña.

Constanza, que la mira, queda inmóvil, mostrando su actitud melancolía, cual estatua de pié sobre una tumba... cuando a distancia los sonidos vibran de una música dulce que por grados al solitario punto se aproxima.

Se ajitaron las cimas de los árboles, como si el soplo de la voz divina vagase por el éter, dilatando sobre la faz del mundo su armonía; y absortas las viajeras escuchaban aquella vibración tan repentina.

No eran notas vulgares que tan solo en la mísera loca producían distracción de un instante, sin que su alma tal vez sintiera la emoción tan viva que hora siente, al sonido misterioso salido al parecer de entre las ruinas.

Era un acento de inefable encanto: era la dulce voz de las caricias, que de Constanza al corazón hablaba, que de ella se ocupaba y le infundía conciencia acaso de su triste suerte, la luz volviendo a su razón dormida.

## XI.

Juanita, prosternada junto al zócalo de la cruz, meditaba en el prodigio; pensando que la imájen milagrosa de la madre de Dios la ha seguido en busca de Constanza, para darle con tal milagro jeneroso alivio. Y al levantar los ojos ve y contempla la luz de la luna sobre el sitio, de blanco velo, en actitud graciosa una vírjen detras del sacro signo, que cánticos modula celestiales pulsando un arpa con fervor divino.

Debilitando los acordes tristes que revelan del alma los jemidos, de la loca infeliz los movimientos en mui variados armoniosos jiros acompañaba la vision nocturna con aquel instrumento y con sus trinos. Era el ave doliente, que inclinada en solitaria noche sobre un río, canta para llamar a la consorte que espantó la tormenta en su camino, y al cielo clama y a los astros todos que le vuelvan su bien así perdido.

Con transición armónica variando la nota musical en sus motivos, la cantora del bosque entona luego para Constanza no ignorados

himnos, canciones familiares de su infancia, ecos del alma que le son queridos. Esa alma en tanto sin recuerdos vive, confundida en el mar de los delirios, ofuscada por sueños que, en su fiebre de fatal sinrazon, dánle el olvido de sus pesares, soledad, miserias, como al ser que en la tumba está dormido.

Cambia luego la música en sollozos, ayes lanzando de letal deliquio, y, estremecida la infeliz demente cayó, por tierra y exhaló un suspiro que, cual nota final de los dolores, se perdió del espacio en lo infinito.... Juanita açorre y a Constanza anima: y al ver que se alza como fresco lirio, tambien observa que en silencio yacen los seres todos en aquel recinto, del que se aparta bendiciendo humilde al ángel bello que de allí ha partido.

## XII.

Cual la tímida cordera que se encuentra abandonada y, medrosa por los campos en rápido curso pasa, tal una jóven mui bella por una senda escusada, quizas en fuerza del miedo, va acelerando su marcha.

Era que el sol se escondia para dejar entregada la tierra a las sombras tristes de la noche solitaria: y entre tanto aparecia aun confuso en lontananza la ciudad a cuyo seno iba aquella desgraciada.

Era desgraciada... y mucho! Por lo mismo derramaban llanto sus ojos, al cielo dirijiendo las miradas; mientras su mente volvia a otro punto, en las distancias, donde marchitas quedaron las flores de su mañana.

Para un corazon sensible, en la tierra nada, nada hai tan triste cuál la vista de la mujer en desgracia: y mas, siendo tierna vírjen a quien la fortuna infausta dió a beber desde temprano en la copa de las lágrimas.

La ancha bóveda del cielo con la fúnebre mortaja de la noche se ha vestido, su tristeza dando al alma; y recien la peregrina a los umbrales llegaba de la ciudad, do resuenan mil tañidos de campana.

Era el momento nocturno de relijiosa plegaria con que encomiendan los vivos el reposo de las ánimas. La jóven desconocida, contra un muro arrodillada, tambien su oracion entona por los que en la tumba callan. Luego se orienta del rumbo que conduce a Santa Clara, y a la puerta del convento a pocos momentos llama....

«Quién sois?» una voz pregunta. «Este pliego traigo, hermana; y es urgente que lo lea Madre Cruz de la Esperanza» . . . . .

A breve rato se abría una gran puerta y entraba la niña en el monasterio, cual la paloma en el Arca.

### XIII.

Amparado contra el mundo en aquel cristiano asilo, la cuitada peregrina tres años correr ha visto. Por homenaje al empeño de un virtuoso capuchino, que era para tales monjas venerable por mil títulos, la paloma desvalida alcanzó tan santo asilo, y amada de Madre Cruz, se contrajo a su servicio.

Si en noble y dorada cuna la huerfanita ha nacido, no su condición presente le parece un sacrificio. Con humildad, que no agobia de su estado primitivo las condiciones morales, llena su servil oficio.

Si la obliga su pobreza a acogerse a tal arbitrio, por retribución exige un mui noble beneficio: son las lecciones nocturnas para el canto en los oficios, a fin de adquirir el arte musical en su retiro.

Y a pulsar aprende el arpa; y su dulce voz, que es tipo de una entonación celeste, fué finalmente un prodijio. Prodigio para aquel templo, de universal atractivo; pues en la ciudad la fama de tal cantora es un himno. Y todos los fieles llegan a escuchar los dulces trinos del jilguero misterioso que abriga aquel santo nido.

La avecilla del convento para los artistas mismos es un portento del arte, siendo el arte por instinto. De ellos halagos recibe; y aun pretenden persuasivos que aplausos busque en el mundo, de su talento mas dignos. Se alarma la huerfanita y anhela nuevo retiro causando a las religiosas el sentimiento mas vivo.

Pero... otra carta venida del reverendo que ha sido para la niña un amparo, abre rumbo a su destino: y una mañana de otoño de monasterio bendito se despide lacrimosa para irse por donde vino.

### XIV.

A la noche feliz para Constanza, en que la luna con su blanca luz alumbró la visión de la esperanza allá en presencia de sagrada cruz, otras siguieron; y la misma escena se reprodujo con efecto igual, aliviando en las almas la honda pena esos cantos de origen celestial.

¿De quién era la voz cuya armonía produjo así tan mágica emo-

cion? ¿El eco fuera o la palabra pia de ángel venido a terrenal mansion? ¿De alado jenio que sondeó el profundo abismo, acaso, del dolor moral para dar fuerzas y consuelo al mundo en esa lid constante con el mal?

Si hai en la tierra procelosos dias, otros serenos surjirán en pos. Nubes que llegan a pesar sombrías, de un soplo puede disiparlas Dios.

## XV.

Con blanda querella los vientos suspiran: la tarde es mui bella. Las selvas respiran fragancias suaves. Entonan las aves sus lánguidas notas: en tanto las gotas de ténue rocío dan riego a las flores, y se alzan del rio mil vagos rumores. . . . .

Desplega en el cielo la noche callada su capa de duelo, de estrellas bordada: mui luego a su cumbre se eleva la lumbre de luna serena que el orbe ya llena de encantos sin nombre; y en lazo halagüeño las alas del sueño cautivan al hombre.

.....

.....

Es la noche final de tanta prueba. En la cruz de las ruinas se ve un hombre de frente calva por la accion del tiempo, y a quien un grave pensamiento absorbe.

El fulgor vespertino se estingua; y a poco llega sobre el sitio el monje que de Constanza en el destino aciago tomaba el interes que se conoce.

«No os preocupen ni la hora, ni este sitio al que os hice venir, anciano Ponce. Aquí oculto conmigo entre la fronda un portento vereis en esta noche: portento para vos de gran ventura:.... pero ... seguidme, que distingo voces».... Y el buen Bruno detras del capuchino adelantó los pasos dentro el bosque.

La luna lentamente se adelanta radiante del confin del horizonte, nítido espejo, do al mirarse el mundo prueba cierto solaz a sus dolores.

Ya la loca en el sitio del milagro parece presentir las emociones que brindan a su espíritu en tinieblas de la lumbre mental los resplandores: y el preludio del arpa, como un eco lejano y triste, con el canto se oye de la vision bendita que por grados llega allí modulando sus acordes.

Tras de la cruz al fin está sentada, y es blanco mármol que re-

cuerda a Niobe; pero sus labios vocalizan cantos mientras sus dedos por las cuerdas corren.

Con entusiasmo de celeste oríjen, probar queriendo su postrer resorto, de la sagrada relijion las preces une del corazon a las canciones: y en ardiente plegaria convertidos de aquel concierto los sentidos golpes, de un ser movido por la accion del cielo son los sublimes e inspirados sonos.

De tantas melodias el torrente cual la onda pura del Jordan, entonces el alma inunda de la pobre loca, su sentir despertando a nuevos goces.

Y la cantora, columbrando el triunfo, de David al espíritu se acoje para alcanzar la redencion que anhela; y asi imita al cantor de los cantores...

*«Aparta a los delirios esa alma que te adora. Su angustia te reclama pronta piedad, Señor! Levántala del limbo donde cautiva llora, clamando como clama contrito un pecador.*

*Del fondo de un abismo te llama en sus dolores, pues sabe que le guardas paterna compasion. Contempla a la infelice que en mar de sinsabores ha visto asi en naufragio su débil corazon!*

*Despiértala a sus dias de venturosa calma! Si el ave, para alzarse de blanca nube en pos, sus alas necesita, para elevarse el alma al cielo, tambien busca la gracia de su Dios»...*

Y los rayos de la luna como celeste mirada de misericordia caen sobre la que pulsa el arpa. La cruz de mármol parece que sus brazos inclinara hácia la pobre demente, cuya cabeza agoviada, sombra haciendo a sus mejillas, oculta su frente pálida. Las cuerdas del instrumento unas tras otras exhalan largos jémidos que forman en conjunto la plegaria: y aquella vision bendita de nuevo sus himnos canta:

*«Ya tu alma a los albores despierta de otra vida, y en ella los manjares hoi gusta de almo bien; despierta cual despiertan sobre rejion florida, para adornar altares, las rosas del Eden».*

*La abeja desde un lirio levántase a los cielos, del néctar que ha libado para labrar su miel: a Dios subiendo el alma que ya libó consuelos, el néctar regalado de glorias busca en el»...*

Y los ecos dentro el bosque repiten los himnos sacros, mientras dirige la loca sus ojos a todos lados, de la vida el sentimiento descubriendo por el tacto, como paciente que sale de honda noche de letargo..... y—¡oh qué sueño, Dios bendito!—murmuraba mui despacio.

*"Un corazon que diera consuelo a tus pesares faltábate en el mundo, triste, infeliz mujer! y sola tú has vivido cual pájaro, en los mares que ve en horror profundo la tempestad crecer".....*

*"Sola! sí, sobre la tierra y en perpétuo desamparo, la hija de mi corazon con su muerte me ha dejado!".....* dijo: y sus lágrimas corren como raudales que al llano se precipitan de pronto desprendidos de lo alto. Ella, pues, al sentimiento de la vida ha despertado con la razon despejada de nieblas que la ofuscaron.

Pero el arpa milagrosa, súbitamente pasando a mas blanda melodía, acompaña a nuevos cantos. Esa música, inspirada como de David los salmos, en el *hossanna* infinito busca el acento cristiano; y entre las sombras del bosque, y en las ruinas y los campos y sobre las auras suena, encumbrándose a los astros cual si el águila sublime del Evanjelista santo les prestara raudo vuelo para cortar los espacios.

La universal armonía los concetos ha mezclado con los ayes de la angustia; y el divino Soberano en la férvida cantora la inspiracion coronando, estos últimos acentos hizo brotar de sus lábios, de la clemencia celeste siendo el eco prolongado....

*"De Dios la viva llama da luz a quien camina por esta senda flébil do reina la afliccion, y sobre tí derrama su bendicion divina, pues te contempla mártir buscando redencion.*

*La gracia que hasta el cielo me encumbra, a tí descende para volverte plácida la luz de la razon; para rasgar el velo que sobre tí se estiende como una sombra lúgubre secando el corazon.*

*Tu espíritu se abreva con la agua que convida sobre desiertos áridos la lluvia del Eden: levanta, pues, y eleva las alas de la vida, si de tu sueño lóbrego despiertas para el bien.....*

*Despierta!..... despierta!..... sí, por tu bondad, vírjen pura; pero siento la amargura de la vida, porque aquí no está mi ánjel de ventura!"*

"¡Pobre madre! ¡Quién despierta a la hija que amaste tanto, que en la tierra fué tu encanto, y que acaso duerme, yerta ya, en la noche del espanto!..."

A estas palabras de duelo, la vision de la esperanza, hácia el seno de Constanza, despojándose del velo, rápida al punto se lanza.

Y exclamaba:—"Yo soi tu hija, madre mia idolatrada! Ya no estoi de tí apartada: de tus dulces ojos fija en mí la tierna mirada!..."

Y entre sollozos se besan... Y entre sollozos se miran... Ambien-

te de amor aspiran... De contemplarse no cesan. ¡Yo no sé cómo no espiran!...

Corra un velo la mente conmovida sobre el cuadro de aquellas emociones! A tal punto en el drama de la vida impresiona algun bien los corazones, que a dar trasunto a la emocion sentida no alcanzan las humanas espresiones, y el alma sigue solamente el vuelo de sus perfumes que se van al cielo.

RICARDO BUSTAMANTE.

## A REJINA

DE DOS AÑOS DE EDAD.

### I

Preciosa criatura  
Que cruzas como el céfiro graciosa,  
Como las auras puras,  
Fresco pimpollo de purpúrea rosa.

¡Cuán dulcemente mueves  
Con tu fuego infantil el alma mia!  
Colorin de alas leves,  
Inocente y jentil es tu alegría!

Inquieta mariposa,  
Revuelas sin cesar en torno mio;  
Suave, tierna, amorosa,  
Subyugas con tu afecto mi albedrío.

Pequeña compañera,  
¡Qué misterioso amor a mi te liga!  
¡Candorosa y sincera,  
Cuánta dicha me das; Dios te bendiga!

Saltas loca a mi cuello  
Y en torno formas amorosos lazos;  
Y como un ángel bello  
Te aduermes placentera entre mis brazos,

### II.

No conozco de padre el amor santo  
Ni del hijo la plácida caricia;

Mas tu espontáneo amor me inspira tanto,  
Que comprendo por tí tanta delicia.

Quédate así con tu candor sincero,  
No crezcas ni en edad ni en esperiencia,  
Que el cariño espontaneo y verdadero  
Es blanca flor de cándida inocencia.

Tu simpática voz mi oído halaga  
Y dulcifica mi índole sombría,  
Porque esa voz que el corazón embriaga  
Es sentimiento, amor y poesía.

Con la clara intuición del ángel bueno  
Si la pena me aflige, la comprendes,  
Y en lenguaje infantil de gracia lleno  
Serenas mi alma y la alegría enciendes.

### III.

Ángel bello me pareces  
En lo aérea y delicada;  
Brilla un genio en tu mirada  
Y un espíritu en tu voz;  
Ágil, viva, airosa creces  
Y es tu ser todo armonía,  
Todo gracia y poesía,  
Puro espíritu de Dios.

Toca armónico instrumento  
La Divina Providencia,  
Y de él brota la inocencia  
Como un cántico de amor,  
Y en gracioso movimiento  
Simpatía en pos derrama,  
Y en cariño dulce inflama  
Cuanto encuentra al rededor.

Si los niños me rodean  
Siente encanto el alma mía,  
Que es la infancia poesía  
De la triste humanidad.  
Cuando á Cristo le recrean  
Y los llama y acaricia,  
¿Qué extraño es que tal delicia  
Dé al mortal su intimidad?

¡Corre, vuela, creatura,  
 Como sílfide traviesa!  
 Pasa rápida, me besa  
 Con anjélica efusion,  
 Y tu labio de aura pura,  
 De amor cándido inocente,  
 Borra el ceño de mi frente,  
 Me deleita el corazon.

Esos lampos luminosos  
 De precoz intelijencia,  
 De feliz reminiscencia,  
 De juiciosa reflexion,  
 Danme instantes tan dichosos,  
 Que se eleva a Dios mi mente  
 Contemplando en la inocente  
 Tan perfecta creacion.

JACINTO CHACON.

---

## ¡CANTA!

A LA EMINENTE POETISA, SEÑORA DOÑA ROSA-  
 RIO ORREGO DE URIBE.

Niño era yo: mi cuna balanceaba  
 Mi tierna madre con creciente amor,  
 Y al mecirme unos cantos entonaba  
 Dulcísimos su voz.

Y me adormia al eco de esos cantos,  
 Reflejo de un concierto celestial,  
 Preñados de bellísimos encantos,  
 De un encanto inmortal.

Despues fui jóven; recordé las glorias  
 De aquel tiempo feliz de mi niñez,  
 Y junto a felicísimas memorias  
 Otra vino tambien.

Recordé que mi madre me arrullaba  
Con una hermosa y sin igual cancion,  
Y busqué si mi madre conservaba  
Tan bella inspiracion.

---

Y en su incrustado cofre, cuyas llaves  
Ella sola guardaba y nadie más,  
Hallé copiados unos cantos suaves  
Dulcísimos, sin par.

---

Los leí, y otra vez y otra tercera  
Volví a leerlos con ardor febril,  
Y era esa, sí, la produccion primera  
De tu alma juvenil.

---

Ufana allí ser la esperanza ansiada  
De nuestro Chile te mostraste tú;  
Brillaba el jenio en tu vivaz mirada  
Henchida en juventud.

---

Y fuiste su cohorte, su grandeza,  
Y hoi su renombre y su entusiasmo sois;  
Jamás se unieron en tamaña alteza  
Virtud e inspiracion.

---

Canta! que tus cantares mis oidos  
Con celeste ambrosia embriagarán,  
Y harán de ignoto goce a mis sentidos  
Ardientes palpitar.

---

Canta! e inunda todo de armonía:  
El campo, el palacio y choza vil  
Que si en Safo murió la poesía,  
Ha revivido en tí.

ELIAS COUSIÑO.

Vicuña, febrero 6 de 1874.

---

# LOS BUSCA-VIDA.

(Continuacion.)

## CAPÍTULO OCTAVO.

### RESULTADO DEL CATEO.

#### I.

Un mes despues de estos acontecimientos, la familia de Vivanco, que es el nombre del jóven minero, era presa del mas cruel dolor.

Penetremos en el interior de aquel hogar. Aunque el sol de medio dia reverberaba en el patio, el dormitorio de Vivanco estaba alumbrado por el resplandor de una lámpara solar. Acostado en un lecho cubierto por blancas colgaduras, parecia dormir. A la cabecera estaba sentada e inmóvil una mujer: era su esposa. Un pañolon de abrigo la envolvía por completo; largos cadejos de pelo caian en confuso desórden por sus hombros; la palidez mate de su rostro y cierto cansancio en sus ojos, rodeados de un círculo oscuro, indicaban insomnio y sufrimiento. Cerca de ella se veía una mesa cubierta de multitud de trastos con medicamentos. Un reloj de sobremesa interrumpía con su timbre, cada media hora, el silencio de aquella sala. Al toque de las doce y media, ella se levantó, sacudió una redoma y dió una cucharada de líquido al enfermo. Imposible nos sería reconocer en aquel ser enflaquecido y casi exánime, al hombre infatigable que poco há hemos visto atravesando arenales y trepando las mas empinadas cimas.

—¿Vendrá pronto? articuló él con débil voz.

—No tardará. Pero, te lo ruego Vivanco, aplaza esa entrevista para despues.

—No hai tiempo, lo conozco, aunque me resisto a creerlo. Me siento mal, mui mal... siento ruido; quizá sea él.

La señora salió. En la pieza inmediata encontró una sirvienta que, toda azorada, venía en su busca.

—¿Qué hai Catalina? Qué ruido es ese?

—Señora! han vuelto... En balde he querido impedir que entren. Aquí están ya.

En efecto, tres hombres se presentaron a la puerta.

Era un especie de cobrador seguido de un alguacil y un receptor.

—Caballeros, ¿otra vez? les dijo ella con un acento dulce, en el que, bajo el timbre de la súplica, se deslizaba una dolorosa reconvenccion.

—Señora, dijo el receptor; cuando ayer nos retiramos de aquí sin haber cumplido nuestro deber, creimos que por la enfermedad del señor Vivanco se podría dilatar la diligencia; pero los acreedores, dijo señalando al cobrador, me han dado órdenes terminantes.

—¡Dios mio! Esto no puede ser, exclamó ella. Para un enfermo hai consideraciones sagradas; puede costarle la vida...

Aquí el llanto embargó su voz.

—¡Cómo ha de ser, señora! refunfuñó el alguacil; y dirijiéndose a sus compañeros les dijo: perdemos tiempo. Demos principio aquí mismo. Se acercó a una mesa, desdobló unos papeles y comenzó su odiosa mision.

## II.

En aquel instante se sintió un golpe en la puerta, que habia quedado a medio cerrar. Hai momentos en la vida en que un lejano rumor, el trote de un caballo o de un coche que ha parado en la calle, un golpe dado a nuestra puerta, nos reanima e infunde al corazon vaga esperanza.

—Adentro, dijo anhelante la señora, enjugando sus lágrimas.

Una cabeza de viejo asomó.

—¿Se me ha hecho llamar? dijo éste tímidamente.

—¡Ah! es él, dijo ella apresurándose a salir a su encuentro.

Entre usted, entre, el enfermo lo espera. Toda la noche ha desvariado con usted.

El recién venido la siguió, atravesando en puntillas el salon, para no empolvar con sus ojotas los vistosos dibujos de la alfombra.

—¡Hola! aquí el descubridor! dijo el cobrador.

—¿Que contendrá esto? murmuró el alguacil.

—Yo lo he de saber, dijo el primero, tomando rápido la puerta, por donde desapareció.

—Vivanco! balbuceó la jóven a media voz, inclinándose sobre el lecho. ¿Cómo te sientes? ¿Tendrás fuerzas para hablar?

—Me siento morir, Maria, pero mi cabeza está libre aun.

Si Dios quisiera que Godileo llegase antes que...

—Ha llegado... pero...

—Nó, nó, te comprendo hija mia; haz que entre...

Godileo que estaba a pocos pasos de la cama, se apresuró diciendo:

—Señor, aquí estoi.

—Maria, déjanos, articuló el enfermo.

Ella salió despues de recomendar a Godileo suma prudencia y de instarle a que tomase asiento, lo que el indio hizo a pesar suyo.

—Godileo, dijo Vivanco con voz desfalleciente; ¿me conocés? ¿Te acuerdas que una mañana estuve en tu casa y que fui el primero en descubrir la riqueza de esas piedras?...

—Ah! sí señor.

—Me encuentras ahora en el lecho de muerte. Todo se liga en la vida, amigo mio. Allí podrás ver las piedras que traje; y mostró con un jesto un estante cubierto de ricos minerales. Al instante fui a hacer mi pedimento, aturdido aun por mi felicidad. Tú no sabes lo que es pasar la vida entera, año tras año, en pos de una fortuna que nunca llega. Tú no puedes imajinar entónces, cuál seria mi asombro cuando, al pedir lo que consideraba mio, se me hizo ver que otro se habia anticipado y estaba en posesion de la mina! Aquí la voz del moribundo se apagó un instante. Desde ese momento, continuó, una fiebre violenta se apoderó de mí... Estoi desahuciado...

—Señor, dijo Godileo conmovido; no hai que perder la esperanza. Cuando uno es jóven como usted...

—Nó, hombre, nó, le interrumpió el enfermo. Mi única esperanza para morir en paz eres tú. Una mujer y tres criaturas van a quedar sin amparo, sumidos en la miseria. Sé que en el acto en que muera mis acreedores los despojarán de lo poco que dejo. ¡Godileo! he pensado en tí!... ¿Negarás el amparo a mi desgraciada familia?...

### III.

La voz del enfermo se estinguió. Un ronquido entre cortado siguió a su última palabra. Godileo, alarmado por esos síntomas siniestros, corrió a llamar a la pieza inmediata.

Una escena infame se le presentó allí. Los ejecutores querian a toda costa penetrar en la vivienda del enfermo. Maria, indignada, se habia colocado delante de la puerta. Tres niños asidos de su traje lloraban a su lado.

—Nó, de aquí no pasarán mientras yo tenga aliento para recha-

zarlos. Hagan cuanto quieran del resto de la casa, mas aquí nó, jamas.

—Pero, si allí está la coleccion, dijo en voz alta el cobrador, el que, a su vuelta, habia provocado aquella escena.

—Señora, usted se espone, usted comete un desacato contra la lei, le dijo el receptor.

—No hai lei que mande profanar la estancia de un moribundo.

El cobrador, rojo de impaciencia, tomaba por un brazo a Maria en el instante en que se presentó Godileo.

—¿Qué es esto? exclamó el indio indignado. Los ejecutores soltaron su presa y retrocedieron.

—¡Ah! exclamó aquella infortunada acojiéndose a la proteccion de Godileo. Quieren apresurar su fin... Vivanco se muere y estos hombres sin corazon vienen a turbar sus últimos momentos.

—Se muere, sí, señora, apresúrese usted...

—Dios mio! exclamó ella, precipitándose al dormitorio. Godileo se quedó con aquellos hombres, que, indecisos, se consultaban sobre lo que deberian hacer.

—Afuera, les dijo el indio con enerjía. Esta casa está hoi santificada por la muerte. Ningun ruido profano debe interrumpir el solemne momento. Id a decir a los que os mandan que el indio Godileo paga las deudas del caballero Vivanco.

¡Oh! poder del oro! Lo que no alcanzaron las súplicas y las lágrimas de una esposa desolada, lo pudo la simple promesa de un leñador! Los ejecutores salieron de allí saludando respetuosamente al indio ¿Y todo por qué? Es que ya Godileo era mirado como un descubridor.

#### IV.

Cuando Godileo volvió a entrar a la pieza del enfermo, ya todo habia concluido. El sacerdote habia terminado su mision y se marchaba. Maria estaba junto al lecho contemplando fijamente los restos queridos de su esposo. Sin derramar una lágrima, sus ojos secos, su mirar estraviado: todo hacia temer por ella. Godileo, alarmado, la tocó el hombro lijeraente; pero ella ni oia ni sentia nada. El indio esperó.

Los niños lloraban junto a su madre, los criados corrian en to-

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará).

## SELENOGRAFIA O DESCRIPCION JENERAL DE LA LUNA.

---

Despues del sol, el objeto mas notable en el cielo para un observador es la luna, "la reina del silencio," cuyos rápidos cambios de forma y resplandor, vistos como son en la tranquilidad de la noche, escitan a veces la atencion en mas alto grado que el astro glorioso del dia. Pero si esa luz plateada que derrama sobre la tierra es contemplada por el admirador de la naturaleza, suele ser de mucha utilidad al viajero en las rejiones árticas o durante las noches de invierno; si el labrador bendice su claridad durante la cosecha, el marino tiene mas motivos de agradecer los beneficios que ella esparce. Para él es una brújula, cuya posicion y movimientos en los cielos, determinados con una exactitud extraordinaria y anticipadamente, le guian en su camino a traves de las aguas desconocidas y le revelan el punto del globo en que se encuentra, en tanto que la marea obediente levanta como una paja el buque jigantesco donde va embarcado, le hace salir del punto donde buscó un refugio y le ayuda a llegar a su destino a traves del océano. Sin las mareas, cuya causa es en gran parte la luna, las aguas del mar estarían estancadas en nuestros puertos; y por el contrario, las mareas, además de su utilidad, esparcen su efecto saludable sobre las poblaciones y sobre los animales que pastan sobre las campiñas próximas del mar.

Todo el saber del astrónomo se ha ejercitado en ese objeto importante, y ha conseguido hallar con una precision casi increíble, no solo todas las desigualdades tan grandes como varias a que está sujeta la luna, sino las causas que las han producido, y además ha sabido sacar partido de los movimientos lunares en otras circunstancias. Los antiguos creían poseer un método tan ingenioso como exacto para calcular la distancia de la tierra al sol, notando el momento en que la luna estaba medio en lleno; pero a causa de la dificultad que presentaba la observacion, solo obtenían una

aproximacion grosera de su valor, deduciendo de aquí que el sol se encontraba apartado de la tierra como dieziocho o veinte veces la distancia de la luna a la tierra, en tanto que en realidad se halla apartado cuatrocientas veces esa distancia. El astrónomo moderno, al observar únicamente el efecto que produce el sol sobre la luna, ha logrado encontrar esa distancia, que difiere mui poco de la distancia obtenida por medidas exactas. Por los eclipses de luna, los antiguos astrónomos habian sospechado ya que la tierra era redonda, a causa de su sombra, que parecia serlo tambien, pero nunca habrian admitido que los filósofos modernos, por un estudio asiduo de los movimientos lunares, alcanzaran esta solucion; que la tierra está hinchada hácia el Ecuador y aplastada hácia los polos, y esto indicando la diferencia entre los diámetros de la tierra por esos sitios tan exactamente como las triangulaciones mas perfectas!

Nos proponemos dar en este artículo una descripcion de la superficie de la luna, tan abreviada como el asunto y el espacio nos lo permitan. Tanto se ha hablado ya de la luna, que podria tenerse casi por inútil el hablar de ella todavia; pero si muchas personas hablaron de ella, pocas la han visto. Sin embargo, antes de hacerla ver, será preciso combatir un poco las preocupaciones de ciertas personas sobre este punto. Y ante todo, para derrotarlas enteramente, bastará decir que para tratar un poco de astronomia no se necesita el saber que se cree, y que en vez de tener que aprender mucho, es preciso, por el contrario, olvidar mucho de lo aprendido.

Figurémonos, pues, por un instante una persona que va a leer estas páginas, que verá aquí paisajes lunares, volcanes y rocas, y que desgraciadamente se imagina que la luna tiene semejanza con una figura humana. ¡Cómo hacer penetrar en tales imaginaciones la idea de un pequeño mundo cuya superficie ha estado sujeta a la accion volcánica! Los mejores argumentos son débiles en ese caso. En Francia, lo mismo que en el extranjero, existen esas preocupaciones.

Todas esas ideas desaparecen en cuanto se acerca la vista al cristal, y entonces se reconoce el engaño, pues es imposible descubrir ninguna señal de lo que pudo provocar tales ilusiones.

---

## TEORIA DE LA FORMACION DE LOS VOLCANES Y MONTAÑAS ANULARES QUE EXISTEN EN LA SUPERFICIE DE LA LUNA.

Mirando la luna con la simple vista hácia el cuarto creciente y menguante, se nota ya que existen en su superficie grandes partes sombrías de formas irregulares; pero mirando por un telescopio se observa mucho mejor que la superficie de la luna no está lisa; que por el contrario está cubierta de asperezas de muchas formas y dimensiones; que su superficie en muchos sitios es desigual, y que en otros comparativamente es llana.

Todo esto se debe simplemente a la accion volcánica que tuvo lugar en la superficie de nuestro satélite, como en la de nuestro globo en un tiempo mas o menos remoto, efecto resultante de la consolidacion y de la contraccion de la corteza y del interior de la luna, pues nuestro satélite parece fué en su estado primitivo lo que la tierra, una masa mas o menos líquida. El hecho es que la superficie de nuestro satélite presenta en alto grado el aspecto de una comarca volcánica, semejante a la de ciertas rejiones de la Auvernia y de las cercanias de Roma. Salvo esas grandes partes llanas, las cuales son unas vastas llanuras, lo restante de la superficie se halla cubierto de montañas de forma circular que podrian compararse con los grandes circos del Oisans, en el Delfinado, que tiene unos 20,000 metros de diámetro, y al del Cantal, en Auvernia, que tiene 10,000, asi como el circo de Gavarni en los Pirineos. En cuanto a los volcanes, tambien en la tierra se hallan ejemplos notables, como el Vesubio, el Etna, etc.

Cada montaña circular contiene en su interior una llanura, en medio de la cual hai siempre uno o varios picos de forma cónica. Esto se encuentra mil veces por una, lo que probaria mucho en favor de la teoria de la accion volcánica de que hemos hablado ya. Es decir, que esas montañas en forma de crateres son en realidad los crateres de volcanes apagados; el pico central que allí se observa es el resultado de los últimos esfuerzos de erupcion de un volcan que se apaga, apariencia que es bien familiar a las personas que han observado iguales fenómenos en la superficie de la tierra.

En cuanto al crecido número de esas montañas anulares de que se halla casi enteramente cubierta la superficie de la luna, es debido a la contraccion y a la consolidacion rápida de la corteza de la luna.

cuya masa es solo la 64.<sup>a</sup> parte de la de la tierra, en tanto que su superficie es la 16.<sup>a</sup> A causa de estas proporciones tiene una superficie distributiva de calor cuatro veces mayor que la de la tierra, en proporcion a su masa.

El enfriamiento rápido de la superficie de la luna, pasando al estado comparativamente duro, contrayéndose entonces, aunque conservando su interior en un estado comparativamente líquido todavía, obligó a este líquido a escaparse por todas las salidas posibles a la superficie, y a salir bajo la forma de hervideros, de los cuales un cierto número al unirse corrieron como una lava, y formaron esos caños luminosos que se descubren por todas partes, así como esas grandes llanuras que los antiguos llamaban mares.

De estas consideraciones jeométricas y físicas se desprende naturalmente la causa del crecido número y de la forma particular de todas esas montañas, crateres y volcanes que dan a la luna esa apariencia tan singular.

En cuanto al tamaño extraordinario de esas montañas anulares, que hemos comparado a los circos existentes en Francia, se podrá comprender fácilmente por lo que se ha dicho arriba sobre su forma, que la misma causa los ha producido, añadiendo, sin embargo, que la gravedad en la superficie de la luna es seis veces menor que en la superficie de la tierra; para hacer la esplicacion mas clara citaremos este ejemplo: de dos materias en ebullicion, si la una es la mitad menos densa que la otra, como las moléculas de la mas lijera tienen mayor facilidad en su movimiento de ascension por una fuerza de gravedad seis veces mayor, naturalmente los hervores de la materia mas lijera serán mucho mas estensos que los de la otra, y la materia de que se trata no es mas densa que el corcho.

Esto pasó en la superficie de la luna cuando tuvo lugar la accion volcánica. Estos accidentes son tan seguros, que seria fácil en rigor reproducirlos en pequeño.

Las cordilleras de montañas que se encuentran en la superficie de la luna, deben su orjén a la accion volcánica que existió en la superficie de la luna, y hé aquí cómo: despues de la accion volcánica, la corteza se formó y se enfrió mucho mas pronto que el interior de la luna, que comparativamente se hallaba todavía en el estado líquido. La corteza se fué separando, pues, del interior a medida que se enfriaba, quedando así sin ningun sosten o base, lo que hizo que se bajara y aun se abriera en diferentes sitios, formando así montones de restos acumulados sobre un mismo punto de la super-

ficie de la luna; es lo que llaman cordillera de montañas del jénero de los Pirineos o de los Alpes.

Las arrugas que existen en la superficie de una manzana mucho tiempo despues de cojida del árbol dan un ejemplo tan familiar como exacto de ese fenómeno. A causa de la contraccion del interior y de la imposibilidad que experimenta la cáscara para adaptarse con exactitud al encojimiento, se levanta y forma esas arrugas.

C. BULARD.

(Continuará.)

---

## DISCURSO DEL SEÑOR TAFORÓ

CON OCASION DE LA BENDICION DE BANDERAS DE UN REJIMIENTO DE VOLUNTARIOS EN TIEMPO DE LA GUERRA CON ESPAÑA.

---

Confortamini, filii Benjamin... lavete vexillum quia malum visum est ab aquilone.

Fortaleceos, hijos de Benjamin... enarbolad vuestro estandarte porque se acerca el dia del peligro.

JER. C. B. V. 1.º

Jóvenes guerreros:

Os veo prosternados delante del Dios de los ejércitos esperando la efusion de su divina gracia sobre vuestro estandarte, sobre esa insignia sagrada que va desde hoi a distinguir un nuevo cuerpo de valientes.

Este sentimiento cristiano os honra altamente; él es una garantía para la patria, que le asegura vuestra fidelidad, vuestro valor en el combate, y le augura el triunfo de vuestras armas.

Las ceremonias relijiosas que acaban de consagrarlo, en medio de las músicas marciales, el sonido del clarin guerrero y el estampido del fusil; todo esto santificado con las oraciones de la iglesia, y purificado con el agua lustral, os enseña y debe enseñar a todos los hombres, que es el Dios de las batallas quien concede la victoria a los ejércitos, o los castiga con vergonzosas derrotas: que es su Diestra Soberana la que sostiene y da coraje a los soldados que pelean por la justicia y les ordena enarbolar su bandera y luchar hasta morir en defensa de la patria. Confortamini... etc.

Permitidme decir dos palabras sobre nuestro tricolor nacional, que no dudo contribuirán a hacerlo cada vez mas digno de vuestro amor y de vuestro respeto.

Yo presumo que los fundadores de nuestra independencia no adoptaron caprichosamente los colores de nuestro pabellon. Ellos, sin duda, quisieron vincular en esta enseña universal de los paises civilizados, un noble y elevado pensamiento. No sé si me equivoque: pero yo traduzco en esos tres colores que lo distinguen, estas tres palabras: fé, paz y fuerza, tres grandes principios que constituyen y afianzan el engrandecimiento de las naciones. Me explicaré:

En el campo azul que se desprende por la parte superior del lado derecho, color que simboliza el cielo, se representa la fé cristiana del pueblo chileno, virtud que nos legaron nuestros padres junto con su valor; que nosotros hemos sabido conservar incólume y que conservaremos permaneciendo siempre unidos al centro de esta misma fé, que es la iglesia. Por eso es que en nuestra Carta, que fué como su testamento político y que nos constituye nacion independiente y soberana, declararon a la faz del universo que la religion del estado es la católica, apostólica y romana.

En el centro de este claro celeste se ostenta una estrella de cinco picos, astro que nos señala el rumbo que debe dirigir todas nuestras acciones, esto es, la senda de justicia. Porque es la justicia, dicen los libros santos, la que eleva a las naciones, asi como la iniquidad los abate y empuja a su ruina. *Justitia elevat ejentes, miseros autem facit populos peccatum.*

La estrella simboliza tambien a la vírjen Maria, la tierna madre de Dios y de los hombres. Los pueblos cristianos la saludan frecuentemente con el nombre de Estrella del Mar, Maris Stella; y nuestra república le ha sido especialmente confiada. Ella salvó a nuestros padres de una muerte inevitable cuando jemian lejos de la patria en una roca solitaria, combatida por las tempestades del océano, y los restituyó a sus hogares.

Sus hijos no olvidarán jamas el monumento de gratitud erijido por aquellos en honor de su libertadora y en beneficio de la humanidad doliente. Este monumento lleva por nombre: Instituto de caridad evanjélica, bajo la invocacion de la Madre de los afijidos.

Nuestros soldados la reconocen como patrona y protectora de sus armas. Y nuestros marinos mirarán siempre en esa estrella que se mece majestuosa sobre el asta de sus navíos, una imájen de la

que desde los cielos guiará su rumbo al través de las tormentas y de los escollos.

Del azul se desprende un jiron blanco. Este color es el emblema de la paz, de la union y de la fraternidad. Dones preciosos, bienes inestimables que descienden del cielo y hacen la alegría y la felicidad de los hombres sobre la tierra.

Chile, pues, consecuente a su divisa, desea y procura ardientemente la paz y la armonia con todos los pueblos del universo. El hace frecuentes votos por obtener esta paz dentro y fuera de su suelo. El reconoce y rinde homenaje a los derechos y soberania de todos y cada uno de ellos, por débiles y pequeños que aparezcan en el mapa de los estados. El franquea sus avenidas, abre sus puer-tos al comercio y a la industria; ofrece espontáneo sus relaciones amistosas; brinda sus instituciones liberales y su suelo hospitalario a todos los extranjeros que arriben a sus playas.

Finalmente, el jiron que se prolonga de alto a bajo, por la parte inferior, es todo de color rojo. Este color representa la fuerza y el valor. El ha sido teñido con la sangre de nuestros guerreros, de esos valientes campeones que nos conquistaron la independencia de la metrópoli de Castilla; que nos legaron una patria, señora de sus destinos, y nos dieron a conocer el precio de la libertad.

Sin efusion de sangre, ha dicho el apóstol, no hai libertad. *Sine sanguinis effusione non fit remitio*. Quiere decir: sin sacrificios, sin abnegacion, sin heroismo, los pueblos jemirán siempre bajo la opresion y esclavitud del despotismo.

Asi, pues, si Chile brinda por una parte con la oliva de la paz y ofrece de buen grado su amistad a las naciones extranjeras, por la otra les manifiesta que sabrá sostener sus derechos con la fuerza; que está siempre dispuesto a conservar ileso su honor, su dignidad, y que no economizará la sangre de sus hijos, cuando sea necesario en defensa de sus leyes.

Lo habeis comprendido, jóvenes soldados. Tal es el lema de nuestro pabellon nacional; él os enseña que antes de contar para el combate con vuestras propias fuerzas, debeis poner vuestra confianza en Dios, que sabe dar la victoria a quien se hace digno de ella, por la fé y por la rectitud de intencion; que toda vez que empuñeis las armas, sea animados de un principio de justicia y en defensa de una causa santa; que amais la paz y la procurais a todo precio, menos el de vuestro honor entre vuestros hermanos, esto es, entre los hombres, porque todos los hombres, sea cual fuere su nacionalidad

y sus creencias, son nuestros hermanos. Pero al mismo tiempo, que esteis prontos a sacrificaros por la patria y a defenderla con intrepidez y valor cuando se vea amenazada.

De vosotros depende que este estandarte que os entrego con la bendicion del cielo, no sea jamas mancillado ni menos arrebatado de vuestras manos, pues ántes que sea ultrajado por un poder extranjero, preferid mil veces la muerte, y que él sea vuestro último y mas glorioso sudario.

No olvideis que él representa nuestra república, nuestras leyes, nuestras creencias y nuestras mas caras instituciones. Llevadlo siempre erguido; subid con él sobre la brecha; batidlo con orgullo; que ondule majestuoso a la vista de las huestes enemigas, y que solo se rinda a los piés del Dios de los ejércitos.

Confortaos, hijos de O'Higgins, de Freire y de Carrera, os diré con el profeta: ¡elevad vuestra bandera, porque el enemigo de la independencia americana asoma su torva frente por la parte del aquilon!

Preparaos al combate; y si no os es dado vencer por la superioridad de las fuerzas enemigas, sabed morir con gloria antes de rendiros al invasor!

¡Dios sea con vosotros!

---

## EL LIED.

---

Ofrecemos aqui a los literatos hispano-americanos que no estén familiarizados con el *lied* aleman, una muestra, aunque mui pálida en la version, de lo que es, en la índole de su concepto, ese jénero de composicion lírica tan popular en Alemania.

### LA NIÑA MORIBUNDA.

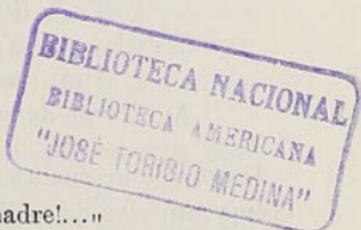
(Imitacion del *Lied* de Uhland, titulado *La Serenata*.)

---

"Qué canto tan dulce  
Llegó a despertarme?...  
Quién puede a estas horas,...  
Quién puede ser, madre?..."

«Ah! hija... tú, enferma,  
Descansa, que nadie  
De amor serenatas  
Hoi viene a cantarte...»

«No es voz de la tierra  
Lo que oigo....Cantares  
Parecen del cielo...  
Me duermo... al fin... madre!...»



Igualmente que el anterior es considerado por críticos competentes como obra maestra del lirismo alemán en su clase este otro *lied*, (imitado de Uhland).

### LA HIJA DE LA POSADERA.

Tres viajeros cansados del camino  
Pasando el Rin, entraron  
En un meson<sup>o</sup> campestre y preguntaron  
A la ama del albergue por buen vino.—  
«Ah! madre posadera,—dinos—dónde  
Está tu hija tan bella?»—  
Y ella—«Mi vino es fresco»—les responde:  
«¡De mi hija el lábio ya la muerte sella!...»

Y luego entrando en la mansion de duelo  
Donde en fúnebre caja  
Yace la niña envuelta en su mortaja,  
Uno de los amigos alza el velo;  
Y triste, contemplando esos despojos,  
Esclama—«¡Bella vírjen, si a mis ojos  
Viva te presentaras, te amaria  
Yo con honda pasión desde este día!!...»

Otro de los viajeros, apartando  
La vista de esa imájen muda y yerta,  
«¡Oh!»—dijo suspirando—  
«Te encuentro aquí para llorarte muerta,  
A tí, de amor profundo  
Hasta hoi día mi objeto sobre el mundo!...»

El tercero, por fin, a quien sofoca  
 Su llanto, imprime un beso  
 En la lívida boca  
 Y esclama—"Yo te amé con embeleso!...  
 Hoi... te amo todavía!...  
 Ai!... y he de amarte en perdurable día!!..."

Dentro de un cuadro en miniatura hai aqui, como se ve, todo un drama mui vivo de sentimiento y vasto de accion, abarcándose en la profunda poética concepcion el presente, el pasado y una eternidad venidera.

Uno de los amantes dice—*te amaria*, otro—*te amaba*, y el último—*te amé, te amo y te amaré*.

Finalmente, ambos *lieds* de Uhland son preciosísimos diamantes de la poesia lírica de la patria de mi amigo y colega el señor Sosat, con quien de tan ameno asunto conversamos, hace pocas noches, en el suntuoso baile de estreno del nuevo salon de la *Filarmónica*.

RICARDO BUSTAMANTE.

Valparaiso, 28 de febrero de 1874.

---

## LA TONTERIA ES UN BIEN, LA LOCURA UNA FELICIDAD.

---

Me propongo probar unas verdades de Pero-Grullo, y no sé por qué ni para qué este trabajo, cuando hai axiomas cuya sola enunciacion deberia bastar a resumir las creencias. Sin duda no sucede porque el hombre es orgulloso, le cuesta mucho confesar sus errores, y le cuesta más cuando lo son de toda su vida. Mis tesis son tan exactas como el dos y dos suman cuatro, y sin embargo habrá, como en todo, su oposicion. Venga, en hora buena: la venceré, porque espero quedar en mayoría, y en esta época el ser mayoría es una ganga.

Permítaseme tomar las cosas desde mas atras, porque en cuestiones de tal trascendencia preciso es no dejar ningun cabo suelto. Conozcamos al hombre y conozcamos la época. Este estudio prévio nos servirá de mucho.

El hombre, este que llaman el primer ser del universo; este rei

de la creacion, bueno, poderoso, intelijente; este dios de la tierra, humilde con los fuertes, fuerte con los humildes, nació y vive en este valle de lágrimas o para sí o para los demas. Estas situaciones son como cuerpos electrizados de un mismo modo, que están en oposicion y se repelen. Asi que su destino es, o vivir para sí o para los otros.

Bien sabido es que honra y provecho no caben en un saco. Esto sentado, dejemos aquí al individuo y tomemos la época.

¡Siglo XIX! Bien venido seas tras tus diez y ocho hermanos tan buenos como tú. Bien venido seas, porque aunque con tus acciones y tus reacciones, con tus discordias y tus sistemas, con tus elecciones y tus periódicos, con tus garantías y tus tropelias has llegado al fin orlado con una deslumbrante aureola, en que a guisa de programa se lee: *Soi positivo*. Esto es, voi a dar comienzo a una época puramente de hechos, de sumas, de resultados. Nada de teorías. Lo que valga y nada mas. Asi que, bajo su esfera de accion, el rei del mundo se deja de cuentas, y en vez de vivir para los demas, vive para sí, y hace bien. La razon es mui sencilla. Obrando de este modo toma una parte mui activa en pró de la felicidad jeneral. Como ésta la constituye la suma de felicidades individuales, el hombre que vive para sí disminuye el número de los desgraciados, y cuando todos lo imiten, se conseguirá el objeto y se marchará en armonía con el pensamiento que presidió a la institucion de las sociedades, que no es otro que el bienestar jeneral. Véase como el hombre y el siglo están de acuerdo, y si en otros siglos, otros hombres consagrados al estudio han sacrificado su existencia al bien de los demas, en este que corre se busca este mismo bien de una manera mas cómoda. Yo tambien a mi vez, conformándome con este hecho consumado, al decir que la *tontería es un bien*, me refiero a mi época, y solo en el concepto de que es un bien indirecto para los demas como directo para el individuo.

Con el diccionario de la Academia en la mano, defino asi la tontería: *Ignorancia, falta de entendimiento y razon*. Luego en probando que el *entendimiento y la razon son un mal*, quedará probado que la *tontería es un bien*. Entendimiento es "la potencia en virtud de la cual se tiene idea clara de las cosas, y se comprenden." ¡Dios mio! y ¿qué comprenden los que tienen entendimiento? ¿qué cosas son esas de las que tienen idea clara? Lo que pasa por aquí: las cosas que la alta sabiduría vió desde luego, y le hicieron llamar a esta tierra el valle de las lágrimas. Los hombres en guerra

contra los hombres; las mujeres en guerra contra los hombres y contra las mujeres; la amistad convertida en especulacion, el amor en negocio de bolsa, la virtud en careta, la conciencia en muñeca de goma elástica, el honor en pesos duros, el valor en fanfarronadas y la gloria en fuerza. Este es el resultado que da el entendimiento; porque pensar y creer que ejerce en el día la influencia bastante para variar el cuadro, pertenece al siglo del idealismo y las teorías, nó al nuestro. Y para tal espectáculo ¿cuánto mejor fuera que el hombre no tuviera idea clara de las cosas? Por cierto no las veria tan desconsoladoras como son, y a su capricho quedaria el cuidado de pintarlas segun conviniera a sus fines. Todo bueno, todo risueño, todo feliz; todo virtud, amor, buena fé; todo verdad. El entendimiento es un obstáculo. ¿Para qué lo quereis, pues? ¿Para llorar y padecer? ¿Para temblar y horrorizarse?... ¡Ah! Ya caigo: lo quereis para ceñir esas coronas del laurel que llaman del jénio; para adquirir fama imperecedera. Sí: haceis bien; trabajad, trabajad por la gloria; pero ved a ese que la tiene adquirida.

Examinadlo... No se afana, no comprende, no tiene idea clara de las cosas, ni le importan, y la adulacion le teje coronas y el pueblo le tiene por sabio. Lo es, sí: más que el que mas. Ha sabido ganar ese dictado sin trabajo. Abriéndoos esa nueva via para la inmortalidad, ha terminado su mision en este suelo que sabe esplotar.

Llevemos la cuestion al terreno de las comodidades. Para saber, se necesita estudiar.

Primer inconveniente. Para estudiar se necesita dinero o proteccion.

Segundo inconveniente. Para que se sepa que uno sabe, se necesita manifestarlo.

Tercer inconveniente. Despues, a pesar de esto, no se le cree todavía, y necesita convencer a los que están en disposicion de convencerse, que no son todos.

Cuarto inconveniente, que tiene visos de imposible, y por este estilo otros mil. Que al calificarlos de inconvenientes, me he apoyado en razon, no hai para qué probarlo. El estudiar es incomodarse: el dar dinero por incomodarse es malo: el acto de manifestar lo que uno sabe va precedido de mil desvelos y otros malos sinsabores y malos ratos, y esto no creo que es bueno, y el convencer a los demas es una insuperable empresa, y lo que es peor, de mui mal gusto.

Pero yo quiero por un momento anular, reducir a cero todos mis inconvenientes.

Y bien, ¿qué tenemos, cuál es el resultado? Que solo los que tengan idea clara de las cosas (que son por fortuna de los más los menos) sabrán que uno sabe, y tocarán los clarines, y enarbolarán el incensario. Bueno; pues compárese la nombradía con que estos pueden adornar a su ahijado con esa fama tradicional adquirida por influjo de los más y pésele en la balanza de la sociedad. En ella, el fiel siempre declina hácia el platillo donde está colocado el mayor volúmen. Luego en este sentido tampoco sirve de nada el entendimiento. Digo más todavía: es un mal, y el ajente que hace imposible la felicidad.

Lectores míos: yo quisiera en este momento poder transmitir con exactitud mis ideas. Me figuro a una sociedad compuesta en su totalidad de tontos, y ella es para mí el tipo de la perfectibilidad, la isla de Jauja, el manantial de los goces; en una palabra, la tierra prometida. No habria libros: los pedantes tendrían perdido el pleito; esos edificios tan antipáticos, que desde la niñez tanto nos repugnan, y que con tanta facilidad y placer dejamos por un trinquete o por una plaza donde jugar al toro, esas universidades y colejos se hundirian, y harian bien. No habria notabilidades de campanario, ni presuncion, o a lo ménos no seria de tan repugnante calidad como la de ahora; ni médicos, ni abogados, ni literatos, ni pleitos, ni... tantas otras cosas que ahora nos sobran! Adquiririan la prepotencia que debieran los titiriteros y los polichinelas. ¿Por qué se les ha de postergar y han de ocupar su sitio los filósofos, los sabios y las ciencias?... ¡Ciencias!... Solo reconozco una: la de pasarlo bien.

En el órden físico no es ménos cierta mi proposición. Véase la figura de un tonto. Blanco, rollizo, de un abdómen bien pronunciado, como si dijera: "aquí, aquí está mi vida, mi potencia: aquí han venido a parar mis facultades intelectuales." Siempre alegre, las comisuras de su boca elevadas, y la dentadura, igual y limpia por el uso, asomando de continuo a los enrojecidos labios. Sus ojos brillantes, siempre sanos y sin necesitar el auxilio de los lentes. El rizado cabello adornando su redonda cabeza, reducida su frente a sus naturales confines, sin permitirse la traslimitación, y sin protuberancias ni entrecejo. Las mejillas sonrosadas: ya se ve; no han podido descolorarse, porque jamás por ellas ha pasado el llanto, ni otro líquido que el que deja un beso, o la hebdomadaria rasura. Su salud completa, a prueba de intermitentes y de sistemas médicos, y todo él respirando risa y felicidad, y diciendo con su figura al mundo intelijente: "me sirves de contera, y no me importas un ble-

do." Sófocles decia: *In nihil sapiendo vita jucundissima*, y Salomon decia: *Stultitia gaudium stulto*. ¿Qué quiere decir esto? Que el tonto lo pasa bien. ¿Y todavía este mundo ridículo será capaz de despreciarte, hombre sublime? Salga, salga a la palestra una inteligencia de la época, con su calva y sus gafas; con su desfallecida voz y mas desfallecido estómago; con su entrecejo y lúgubre mirar; con sus vértigos y flatulencias; con sus pesadillas y suspiros; con sus nervios y debilidades, y por fin y postre con sus enfermedades secretas y sus remedios específicos. Salga, salga, que en parangon de tí quedará lucido. ¿Y qué quiere decir esto? Que el que tiene entendimiento lo pasa mal. Luego el entendimiento es un mal: luego el entendimiento es un ajente que se opone a la felicidad.

Mui bien se ha dicho desde la mas remota antigüedad que—*Qui apponit scientia apponit dolorem, et in multo sensu multa indignatio*. ¿Cuánta verdad encierran estas palabras! cuánta luz! Hombres, no os negueis a ellas. Oid la voz de un orador sublime que gritaba: *Cor sapientium ubi tristitia est, et cor stultorum ubi lattia*. Allí, allí está la alegría: en el corazon del tonto. ¿Y buscáis, sin embargo, la tristeza? La tristeza, que como decia mui bien Arnaldo de Vilanova, famoso médico, "deseca los huesos, consume la carne, perturba el espíritu, arruga el cuero, angustia el corazon, gasta la memoria y es causa de otros graves daños." ¿Y quereis que os llamemos, intelijentes. Nó, mil veces nó; entráis aun que os pese, en nuestra comunión, completáis el número de los tontos, y en la sociedad humana quedan apenas escepciones. Ya dijeron que el mundo estaba lleno de ellos, Salomon en el primer capítulo del Eclesiástes, Ciceron en el nono de sus cartas familiares.

La bienaventuranza, la gloria prometida es de los tontos. Sí; porque Dios lo dijo.—*Bienaventurados los mansos; bienaventurados los pobres de espíritu*. ¿Qué quiere decir *mansos*? ¿qué *pobres de espíritu*? Tontos de remate, y para ellos es el cielo, así como es para ellos el bien de la tierra.

¿Se necesitarán todavía mas pruebas para la convicción íntima de que mi primera proposición es cierta? Allá va una. Ningun trabajo mental ocupa al tonto. Los trabajos de esta naturaleza le son desconocidos e imposibles. El que tiene entendimiento carga con los suyos y con los ajenos. ¿Y habrá alguno que a esta desproporción le llame buena? No pertenecerá sin duda a esa aristocracia que se llama del saber. Y ahora que digo aristocracia, ¿cómo apellidaremos a la tontería cuando es la que ejerce gobierno en el mundo? Se

propone un fin; cierra los ojos, y ni oye razones, porque no las comprende, ni la hace mella ninguna consideracion, ni la detiene ninguna lei, escepto la de la fuerza; cuando el que tiene entendimiento se ve ligado por esta, por la razon, por las consideraciones, por los caprichos y hasta por el qué dirán.

Otra prueba que confirma la verdad de mi tesis es la siguiente. La felicidad del hombre está en razon inversa de sus necesidades; asi que será tanto mas feliz cuanto ménos necesite. De aquí deduzco dos consecuencias altamente lógicas. Primera: si el tonto *no tiene idea clara de las cosas*, tampoco la tendrá de que necesita, ni de lo que necesita. Segunda: el ser eterno dió al hombre los órganos de la vision, que serian nulos sin la luz. Es decir, que para que sirvan los ojos se necesita luz. Pues bien: el entendimiento, que es otra facultad, tiene sus necesidades y sus exigencias: el que se ve sin ellas es mas feliz, porque, lo repito, la felicidad está en razon inversa de las necesidades.

Los tontos y los niños (por lo que tienen de tonto) dicen las verdades. Este es un refran español, uno de esos axiomas vulgares que no tienen contradiccion. Tienen este privilegio tan importante. No creo haya nadie que se atreva a negar que la verdad es un bien; y siéndolo, la tontería es el orígen de este bien. Y obsérvese que si en esta tierra de aberraciones y trapisondas hai tan poca verdad, es desde que los titulados inteligentes comercian con ella, tratan de monopolizarla, de esplicarla a su manera. ¡Buenos nos han puesto! Nunca, nunca han sido, no son, jamas serán éstos los sacerdotes de la verdad. Son meros revendedores, charlatanes.

Poco tendré que añadir para probar que la razon es tambien un mal. Si, segun el diccionario de la lengua, considero la razon como *potencia intelectual en cuanto discurre y raciocina*, probado ya que el entendimiento es un mal, no lo está menos que discurrir y raciocinar son otro. Si defino la razon como la *facultad de formar raciocinios*, no siendo estos otra cosa que "argumentos o discursos," siempre representan un trabajo, y los trabajos en ningun sentido que se tomen, pueden ni deben merecer la calificacion de bienes. Por otra parte, y aunque sea desviarme un poco de la cuestion; como la razon está tan escasa en este mundo racional y razonador, todos andamos con ella a vueltas y quitándonosla los unos a los otros. Para tener el sentimiento, cuando lo tenemos, de que nos la quiten y nos la den cuando deben, preferible es mil veces no te-

nerla nunca, como lo sería no tener un duro, en parangon del que lo tiene y se lo arrebatan.

No acabaria jamas si tratase de apurar esta materia, y apoyarla en testos incontestables. Basta y sobra, y el que no se convenza, que consulte con un escritor holandes del siglo XV que se llamó Desiderio Erasmo (1).

---

¡LA LOCURA ES UNA FELICIDAD! Ya lo creo: como que es el sublime de la tontería; como que entre un tonto y un loco no hai mas diferencia que la que existe entre el *algo* y el *mas*. El uno es un personaje cómico, el otro un personaje trágico: aquel sirve para una farsa, éste para una epopeya. Analicemos, sin embargo, y para ello sigo sirviéndome de los maestros de la lengua.

Locura es una enfermedad que priva del juicio y embaraza el uso de la razon. Tras lo que llevo probado esta sola definicion deberia bastarme; pero acabaria mi artículo antes de tiempo, y no llenaria mi hueco. El juicio y la razon son un mal, constituyen por sí una enfermedad gravísima que desaparece con la locura. Esta obra en el caso actual como obra un sinapismo, y nunca al escozor del sinapismo ha podido darle el médico tanta importancia como a la enfermedad primitiva, representada en este caso por el juicio y la razon. Además, no deben curarse todas las enfermedades, y este es uno de los pocos axiomas en que han llegado a estar conformes los médicos. La locura es de estas enfermedades. ¡Nos priva de tantos otros males! El gran Séneca decia que en este mundo solo convenia ser, o *rei* para castigar a los malos, o *loco* para no sentir las injurias y agravios, y no darle importancia a nada de cuanto nos rodea. Con lo primero no estoi de ninguna manera conforme, y menos en los tiempos que corren; pero en cuanto a lo segundo, es sin duda la mejor de sus sentencias.

El amor es una locura: el matrimonio otra. Pues el amor y el matrimonio son la clave de la sociedad, el sosten de la especie humana. A esta locura se debe la existencia, y en tal sentido es tambien una felicidad, pues segun los intelijentes el hombre no puede ser feliz sin amar.

Un refran consigna, mui bien, que de músico, médico y loco to-

(1) Este escritor satírico nació en Rotterdam año 1467 y murió a los 69 años y meses de edad. En 1524 compuso en Inglaterra y casa del gran canciller del reino Tomas Mooro su *Stultitia laudatio*.

dos tenemos un poco, y puede decirse a este propósito lo que decia Jesus cuando la mujer adúltera: "que arrojara la primera piedra el que se creyera sin culpa." Que cada uno se examine a sí propio, y haga la confesion de algunos de sus caprichos ridículos, y resultará una coleccion de locuras que no por ser frecuentes en la sociedad dejan de serlo. Todos conocemos a los que se comen las uñas con un afan antropófago, a los que hablan solos, a los que se levantan en la reunion mas séria, y convulsos y nerviosos enderezan un cuadro que no pueden ver torcido, y a este tenor aberraciones por el estilo. Pues bien: este hecho me recuerda una idea que mas de una vez ha rodado por mi imaginacion. Convencido como lo estoi por mí mismo y por la autoridad de otros, entre ellos por la del licenciado Jerónimo de Mondragon, escritor del siglo XVI, de que la diferencia que existe entre los que el vulgo llama locos y los que lo son en efecto con el título de cuerdos, consiste solo en que los primeros son ménos y diversos los objetos de sus manías, y los segundos son mas, ocultan las suyas, y se adunan para el solemne disparate de probar que son cuerdos: bien persuadido, como lo estoi, de que los ménos sufren su entierro por la lei de las mayorías ficticias, y que el dia que puedan ejercer igual derecho atarán ellos a los qué ahora los atan; fuera un gusto que llegara este caso, y se llenaran de otros y acaso mas meritorios inquilinos las casas de locos. Bien mirado, no me parece que vamos mui léjos de este camino.

Los tenidos por locos ignoran todo cuanto les rodea; llega serena la aurora, y ellos rien: llega la noche de tempestad, y ellos rien. El mundo se conmueve: las sociedades tiemblan: las potestades de la tierra se hunden: el crimen se entroniza: la virtud se proscribe, y ellos viven tan bien. Para ellos no hai jamas realidad. Envueltos en una niebla de ilusiones, comen y viven sin acordarse de ayer, sin padecer hoi, sin pensar en mañana. No siente su corazon el peso de la ingratitud, ni el torcedor de los remordimientos. Presencian sin afectarse las injusticias de los hombres y no temen los castigos del cielo. No tienen idea real de sí mismos: su posicion les es desconocida: ignoran porque se les mira y se les compadece: el bien y el mal, la virtud y el crimen, el amor y el odio, la gloria y el infierno, todo les es indiferente. ¿Y esto no es ser feliz? ¿Y tú, cuerdo, le tienes compasion? Tú que ves la luna melancólica, y la contemplas y te sonries y rueda una nube que por un momento intercepta su luz, y al aparecer de nuevo, pura como ántes, ya sorprende en

tus mejillas lágrimas de fuego que las abrasa y las seca? ¡Y te tienes por feliz, y le tienes a un loco compasion? ¡Ah! no: déjate de eso.

Dios, movido sin duda por las plegarias de un padre, dijo: “¿Tú, qué quieres? Bien: ese jóven que encierras por loco; ese hijo que lloras como desgraciado te volverá a conocer y a respetar. Yo le daré lo que le quité.” Y se hizo; y volvió a su razon. Velo ahora, pues, lector mio, asustado de lo que comprende, conmovido de lo que ve, triste llorando lo que perdió. Aquel mismo que con su desnudez retaba al hombre y a los elementos, ahora se arropa y tiene frio, ahora tiembla, ahora tiene hambre, ahora siente... Ahora sí que es infeliz. *La locura es una felicidad.*

Haciéndome argumentos ad hominem, talvez haya algunos que me digan: “Tú, por lo visto querrias ser tonto, querrias ser loco.” ¡Magnífico argumento por cierto, mui bien tenido! pero es el caso que se me ocurren dos contestaciones: 1.<sup>a</sup> que aunque no quisiera serlo, sucederia lo mismo, porque hartas pruebas doi de serlo tomándome la incomodidad de enjaretar este no pequeño artículo, cuando o no se leerá, o no se querrá entender, o se criticará, o será condenado porque con sus doctrinas y aun con su forma no se esté de acuerdo; 2.<sup>a</sup> el hombre tiene una pasion y es infeliz con ella: y le engañan y lo sabe, y llora y se le burlan, y con el corazon destrozado se queja y se le rien, y él jamas deja de querer, ni busca su tranquilidad si ha de renunciar a su pasion. ¿Por qué este hombre contesta: yo quiero padecer y no quiero mi felicidad? Por lo mismo que yo contesto: no quiero ser tonto, no quiero ser loco: en esto mismo se prueba lo soi, pero no quiero esta felicidad.

Concluyo, amabilísimos lectores que habeis tenido la paciencia de llegar hasta aquí, en tan penosa jornada. Yo os doi gracias; pero no espereis que os pida induljencia, porque el tonto para pasarlo bien no la necesita. No busco tampoco vuestra sancion, porque el loco para aferrarse a una idea no necesita la de nadie. He querido solo manifestaros mis principios sobre tan importante materia, que vosotros seguireis o nó, segun mejor cuadre a vuestros intereses. Siempre ha sucedido lo mismo: callar las razones ante los intereses. Esta lei es la mas lójica y la mas puesta en boga. A mí me guia y espero que os guie; pero estoi seguro que si sabeis aplicarla, al fin y al cabo convendreis conmigo en que *la tonteria es un bien y la locura una felicidad.*

FRANCISCO DE RAMOS.

## EL PAVO Y EL PERRO.

FÁBULA.

Sanchito, polluelo recién salido de la tutela de la patria potestad, se paseaba en el gallinero con tanta arrogancia y altivez, que llamó la atención de los habitantes del corral.

Sorprendidos preguntábase a media voz la causa de este paseo que tenía visos de una marcha triunfal, cuando gritóle una gallina que se revolcaba en el estiércol:

—Sanchito, ¿quiere usted decirnos por qué gasta hoy tanta facha?

El pavo que hemos designado con este nombre la miró de reojo y con aire de desden, hizo chasquear las plumas al armarse, y se retiró sin más decir, arrastrando bulliciosamente sus alas.

—¡Pues no gasta impolítica el tal mezalvete! dijo la gallina poniéndose de pie. Dejarme sin contestación... a mí... a una señora de respeto.

—Querida tía, no haga usted caso, murmuró con tono conciliador una pollita de esbelto talle y lucido plumaje.

—¡Qué no haga caso!... eso nó, amor mío. Sépase que en otra ocasión incubé una parvada de esos tontuelos, desvelándome por ellos noche y día ni más ni menos que si fueran mis hijos, y que, por consiguiente, debo exigir las atenciones y deferencias que me tengo merecidas.

—Lo sé; pero incomodarse por la desatención de Sanchito, usted, cuya salud podría resentirse...

—¿De qué? mi salud es excelente, a Dios gracias.

—¡Ah! yo me refería, murmuró la pollita bajando los ojos ruborizada; yo me refería a que yendo usted al nido con tanta frecuencia...

Yo no sé; he oído decir que puede traer malas consecuencias una incomodidad cuando...

—Cierto, hija mía, pero yo tengo una salud de fierro. Voy al nido y zas... como quien da un estornudo dejó mi continjente sin otra novedad.

Aguarda, aquí viene Sanchito. Veremos si me deja ahora con el pico al viento.

En efecto, en ese instante se acercaba Sanchito, que no cabia en la piel de puro hinchado.

—Aguarde usted, díjole la gallina; fuí yo quien le interpeló hace un momento sobre su porte altanero y aire señorial. ¿Me ve usted? fuí yo.

Y quedóse mui seria, prometiendo allá en su interior no dejarse seducir tan fácilmente con las satisfacciones que no tardaria en prodigársele.

Este, no obstante, siguió avanzando como si tal cosa, y al enfrentarla dió nueva tension a sus plumas por medio de un heroico esfuerzo.

—¡Jesus! esto no se puede soportar, exclamó la gallina medio sofocada de despecho. El mui pícaro! el mal criado! Esa será sin duda la educacion que ha recibido de la necia de su madre.

Puso término a esta lluvia de lindezas, que no oía o aparentaba no oír el impasible pavo, la imprevista aparicion de un perro que salvando la tapia dió a grandes saltos unas cuantas vueltas por el corral, introduciendo una endiablada alarma entre las aves, que a toda prisa buscaban un refugio en las alcándoras o en el follaje de los árboles.

—No hai que asustarse, palomas, dijo entónces alegremente el perro, mui complacido, al parecer, de la confusion que habia operado en el gallinero; no hai que asustarse; soi yo, Fierabras.

—¡Ai, señor Fierabras! y qué susto nos ha dado usted, dijo la pollita que conocemos.

—¿De veras?

—Como que ahora mismo casi se me sale el corazon por la boca.

—Sí fué una humorada, ¡una chanza!

—Pues malas chanzas tiene usted.

—¿Sí, maestríto? pues reprenda usted a su pupilo. Y Fierabrás, que parecia gastar mui buen humor, lanzó una ruidosa carcajada.

Las demas aves, repuestas tambien de su susto, hicieron círculo al rededor del perro, su guardian.

—Y bien, ¿no ha habido novedad durante mi ausencia? preguntó.

—Nada... todo tan tranquilo....

—No tanto, dijo la tia de la pollita acercándose, no tanto.

—Hola! y qué cara tienes; ¿has visto acaso las orejas de algun zorro?

—No he visto las de zorro, pero si las de burro.

—Vamos, son menos temibles, me parece.

—Le revuelven a una el alma.

—¡Vaya, vaya!

—Sí, señor.

—La tia está incómoda... ya se ve; por mi parte le hago justicia, dijo la pollita.

—Ah! entendámonos ¿luego el tal burro?...

—Ahi lo tiene usted, dijo la tia, indicando a Sanchito, que continuaba en sus paseos.

—¡Demontres! y qué pagado de sí mismo parece el pillete.

—No ha querido contestar a una pregunta que le he dirijido, y usted sabe si tengo títulos a la consideracion de esas jentes.

—¡Por la Virgen Santísima! exclamó la pollita, que desde hacia rato miraba con fijeza al guardian del gallinero; usted está herido, señor Fierabras.

—Asi... un poco... no es cosa de cuidado.

—¡Que nó, y le sale a usted sangre!

Jesus! hágase reconocer por un médico.

—¡Yo por un médico? tú has perdido el juicio, queridita. Un médico me tendria un mes en cama para hacer la cuenta gorda, y yo al cabo de tres dias, y sin mas auxilio que mi lengua, quiero lucirme como el mas pintado.

—¡Ai! si ustedes no se tienen compasion ni por sí mismos... la vista de la sangre me hace un efecto... me voi a desmayar!

—¡Esas tenemos? y cómo se conoce que el gallo no te ha tomado por su cuenta, hija mia; él te quitará de raiz esos ataques de nervios tan comunes en la mujer de mi amo cuando le contrarian en sus gustos y quiere hacerse la sensible... Pero qué he dicho!... ¡Canario! ya no es tiempo de recojer.

—Pierda usted cuidado que no somos parlanchines, y díganos la manera como ha recibido esa herida.

—¡Cómo? es que hoi hubo momentos en que no he estado mui a gusto. Pero no importa, yo me entiendo.

—Entre tanto, hágame usted el servicio de preguntar a Sanchito el por qué se manifiesta tan orgulloso y descortes.

—Oye tú niño; se te pregunta qué has hecho tan de bueno para pasear tu persona con tanto garbo.

—¡Sí? voi a decirte. Tú eres un valiente y sabrás comprenderme.

—Al grano.

—Al combate dirás.

—¿Qué dices? has sostenido algun combate?

—Y mui sangriento; escucha:—Me paseaba por la orilla de aquella tapia—y Sanchito, siempre armado, dió una vuelta con toda majestad para designar el sitio—me paseaba por ahí despuntando la yerba, cuando divisé una lagartija, una enorme, una gigantesca lagartija.

El perro contuvo la risa y el pavo continuó:

—Sin experimentar miedo ni vacilacion me lancé sobre mi enemigo con denuedo. Luchamos largo tiempo sin tregua y sin descanso, hasta que habiéndome los dioses concedido la palma del triunfo, entoné el canto de victoria, quedándome por largo tiempo en el mismo sitio por si quedaban nuevos enemigos que combatir y por consiguiente, que vencer. Entre tanto la feroz lagartija, que cayó a los repetidos golpes de mi prepotente pico, yacia en el suelo revolcándose en su sangre.

Un acceso de risa que desde el principio de tan estupenda narracion retozaba en los hocicos del perro, se hizo oir ruidosa al final del cuento, dejando no poco desconcertado al orgulloso pavo, que creyó producir un magnífico efecto.

—¿Sabes de qué parte vengo? preguntó el perro cuando hubo calmado su hilaridad ¿sabes quién me ha hecho esta herida?

A este tiempo entró el amo cargando un leon, que aunque muerto, hizo correr desatinadas a las aves del corral.

—Ven aquí, mi valiente Fierabras, dijo el hombre, que tan pronto como desuelle esta alimaña que debo a tu intrepidez y a tus colmillos, te daré una racion como lo merece la jornada.

—Y yo no me siento ni envanecido ni orgulloso, dijo el perro inclinándose al oido de Sanchito, que quedó como quien ve visiones.

—No importa, murmuró éste despues de algunos instantes; no importa; yo sostengo que una lagartija... ¡Caspita! una lagartija es cosa seria.

Esto no obstante, Sanchito suspendió sus triunfales paseos; y fué a buscar refugio en lo mas apartado del corral para sostenerse de las burlas de las gallinas.

## ELEJIA.

(A LA SEÑORA DOÑA LUISA CUADRA DE RODRIGUEZ,  
EN LA MUERTE DE SU HIJO VICTOR.)

---

Él dichoso; ¡Ai de tí!...

P. A. DE ALARCON.

Muere el rio en la mar; en el otoño  
 Deshoja el viento la frondosa selva;  
 En estío las nieves se deshacen,  
 Mas ya saben su fin; tan solo ignora  
 El hombre su postrera, solemne hora!  
 La muerte no separa  
 La seca espiga de la espiga verde,  
 Y siega sin cesar: a su hoz terrible  
 No le importa lo seco, lo lozano;  
 Es matar su destino, y al anciano  
 O al infante que apenas  
 En la vida penetra  
 Sin piedad arrebata, y de hondas penas  
 Ancha huella nos abre con sus pasos,  
 Que bañamos con lágrimas, que vierte  
 Por sus grietas el pecho, hecho pedazos  
 A su quemante soplo: ¡fatal suerte!  
 Ayer nos quita un padre,  
 Hoi arrebata un hijo de los brazos  
 De la idólatra madre:  
 Las caricias, los besos, los abrazos,  
 Cenizas solo encuentran en su anhelo,  
 Y el dolor, esperanzas en el cielo!...

---

En dolorosos ecos, hoi la nueva  
 De tu angustia me vino, y tu agonía  
 Mis fibras conmovió... ¡Muerte terrible!  
 Mas, nó! no lo sería  
 Para tu hijo feliz: murió en la infancia,

En la inocente edad de la alegría,  
 En la edad sin pesar; y junto al lecho  
 Do lo juntaste al sollozanté pecho,  
 Espléndida lejion de querubines  
 Su espíritu acojió, y entre sus brazos  
 Penetró del Empíreo en los confines!...  
 Hoi revestido de flotantes galas  
 Bate en tu torno las brillantes alas,  
 Y te arrulla, y enjuga conmovido  
 Las lágrimas que vierte  
 Por él tu pecho de dolor herido!...  
 ¿No lo sientes jirar? ¿Su voz no escuchas?  
 ¿No oyes que dice que a tu lado espera  
 Llegue al fin para tí la hora postrera!  
 En que este mundo dejes y sus luchas?  
 ¿No te dice ha cambiado en duradera  
 La dicha que en la tierra, pasajera,  
 Obtuvo solo por su edad sencilla,  
 En que sin manchas nuestra estrella brilla?

---

¿Qué es la vida, señora, ya pasada  
 La edad de los ensueños? Nada! nada!  
 ¿Cuántos, ai! no querrian  
 Haber muerto cual hoi tu Víctor muere!  
 Porque es la vida entonces primavera  
 Que no agosta ni quema el cruel estio,  
 Y se hallan flores sin cesar do quiera.

---

¡Oh niñez deliciosa! años divinos,  
 De candorosa fé, de cuentos de hadas,  
 De fantásticos sueños! ¿qué la muerte  
 Para nosotros fuera presentándose  
 En medio tantos goces? dulce amiga,  
 Que nos salvaba del fatal abismo  
 De los futuros años,  
 En que todo se trueca en desengaños,  
 La fé en escepticismo,  
 La tranquila sonrisa en triste llanto,  
 En que todo es sufrir, todo quebranto!...

Yo bien en mí lo miro:  
 A mi alma lastimada,  
 Dulce y grato recuerdo solo queda  
 De aquella edad que deliciosa rueda  
 Entre una dicha y otra reclinada!...  
 Mas, ¿qué digo? perdon! que mis pesares  
 Sin querer he mezclado a los acentos  
 Que tu pesar me arranca:  
 Perdóname, señora, mas no estrañes  
 Se estravie mi llanto, que hai momentos  
 En que el dolor desborda, y propias penas  
 El pecho llora, por llenar ajenas!...

---

Y olvidaba tu angustia!... ¡Hermoso niño!  
 Con su infantil donaire y su alegría  
 Él robó y con sus gracias mi cariño!  
 Aquella frente despejada y pura,  
 Aquel precoz ingenio, aquellos ojos  
 De brillante fulgor, alto destino  
 Denunciaban en él: ¡todo despojos  
 Es hora de la muerte!  
 No lo siento por él, por tí lo siento,  
 Arbol tronchado por furioso viento:  
 Él al morir no ha muerto: eterna vida  
 Ha recobrado, y libertad perdida.....

.....

---

Consuélate, por fin!... Mas, llora, llora,  
 Que en este duro y miserable suelo,  
 Piden riego de lágrimas, señora,  
 Las celestiales flores del consuelo!...

DANIEL CALDERA.

San Felipe, enero 20 de 1874.

---

## A UN NIÑO ACRÓBATA.

¡Es verdad que en la cuerda tendida  
Te abalanzas con arte y donaire  
Cual un ave jentil que en el aire  
Atraviesa los mares sin fin?

¡Que a tus plantas la muerte sonrie  
Y a tu paso te entreabre un abismo;  
Mas que un ángel te infunde heroismo  
Y la burlas, mortal serafin?

¡Que en tus tiernas, anjélicas manos  
Juguetea balanza traidora  
Y al compas de la orquesta sonora  
Revolando en el cielo te ves?

Y que al verte tan niño y hermoso  
Con la estrella del jénio en la frente,  
Desgarrada va el alma y pendiente  
De tus leves y frágiles piés?

¡Y hai un alma de madre que pueda  
En la cuerda fatal contemplarte;  
Que prefiera los triunfos del arte  
Al tesoro de amor que hai en tí!

Yo del hilo traidor te arrancara,  
Te estrechara a mi seno gozosa,  
Y un ¡mamá! de tus lábios de rosa,  
Alma, mia me hiciera feliz!

¡Ai! sin duda tus padres no saben  
Que en tí juegan su propia ventura;  
Que es un hijo la ofrenda mas pura  
Que en la tierra concede el Señor!

Y te arrojan a un circo de muerte  
Tapizado de lauros y flores,  
Do no causan placer sino horrores  
Tus prodijios de gracia y valor.

Sigue, niño, tu infausta carrera,  
 Vé cruzando ciudades y zonas,  
 Coje incauto las bellas coronas  
 Que en tus sienes los hombres pondrán;

Que entre tanto las jóvenes madres  
 Al mirarte suspenso en el cielo,  
 Con el alma cubierta de duelo,  
 ¡Vida mia! por tí rogarán!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

LA ÚLTIMA COPITA.

---

Ayer, entre dos luces,  
 Me dí casi de bruces  
 Con un pobre borracho  
 Que, sin norte ni rumbo,  
 Daba por esas calles tumbo y tumbo,  
 Enviada ya la dignidad a un cacho  
 Y hecho de la moral un higo chumbo.

—Perdone usted, me dijo, caballero....  
 ¿La plazuela de Otero?  
 Pues, señor, ese pícaro italiano  
 Que tiene una chingana en la otra esquina,  
 Vende un aguardientito tan liviano,  
 Que es cosa más que rica y que divina.  
 Ese aguardiente sí vale la plata!  
 Dicen que lo adereza  
 Mezclando *motocachi* con *cereza*.  
 Treinta copas bebí, no es patarata,  
 Y tan fresco quedé como una orchata,  
 Prueba de que no es mala mi cabeza.  
 Mas de *yapa*, al salir, por mi desdicha  
 Obsequíome el bachicha  
 Un traguito.... ¡y vea usted lo que me pasa!

Que si acertar no puedo con mi casa  
Y estoi dando traspiés y sin levita,  
Es por culpa de la última copita.

Tal es la humanidad!!! Un desatino  
Con otros anteriores se eslabona.  
Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino,  
Que a otros males le sirve de corona,  
Y no culpamos nuestros hechos todos,  
Sino que, como lo hacen los beodos,  
Lo achacamos, con cólera infinita,  
A la última copita.

RICARDO PALMA.

Lima—1873.

---

**A LA REDACTORA DE LA REVISTA DE VALPARAISO. (1)**

---

Combatir yo no temiera  
Con vos en la liza ahora;  
Mas el mundo, ¿qué dijera  
Si con mis armas hiriera  
Vuestro corazon, señora?

Vuestra mano delicada  
Contra mí se alzó a las veces...  
No me toca decir nada;  
Dadme una y otra estocada,  
Dadme tajos y reveses.

Que aunque hoi dia no se aclama  
El qui jotismo severo,  
Todavía es lo primero  
Al luchar con una dama  
Ser en todo un caballero.

RÁFAGO.

(1) Me han sido remitidos estos versos creyéndome la autora de los sonetos firmados por Fárrego.

## LOS BUSCA-VIDA.

( Continuacion. )

das direcciones. Entre tanto Godileo notaba que no habia allí un amigo, un doliente que se interesase por aquella familia. Yo lo seré todo, dijo para si, y arrodillándose ante el lecho mortuorio:

—¡Oh! tú dijo, que te has ido con un gran pesar a esos lugares donde no se llora; tú que eras buen padre, pues en el dintel de la eternidad echaste la última mirada sobre esos pedazos desprendidos de tu alma; óyeme: yo juro sobre tú restos, ya sagrados, amparar a tus hijos como me lo pediste... El indio se levantó.

Maria, muda hasta entónces, se arrojó sobre el cuerpo de su esposo, prorumpiendo en gritos y sollozos violentos. La actitud y las palabras de Godileo habian penetrado su alma y entreabierto la fuente de las lágrimas. Godileo aguardó que terminase el terrible acceso. Poco despues sacó a la madre y a sus niños de ese fúnebre sitio, dió sus órdenes a la servidumbre comenzando asi su rol de protector, y cuando todo estaba ya tranquilo, salió de esa morada donde acababa de representar a la Providencia.

### CAPITULO NUEVE.

#### PROYECTOS DE MATRIMONIO.

##### I.

La poblacion de Copiapó, si no es la mas bella, es la mas orijinal de entre sus hermanas del Norte. Sus calles tortuosas ora son anchas, ora son estrechas. Sus edificios, bajos todos, presentan un aspecto triste con sus techos planos y de barro, dispuestos para recibir, nó el agua de la lluvia, que rarísima vez los humedece, sino los desperdicios de las casas y cuanto el viento del verano arroje sobre ellos. Mas en el interior se admira el lujo y el comfortable europeo.

Copiapó se encuentra estrechado entre el cerro y la gran vega, objeto en todo tiempo de sérios temores y de hermosos proyectos

de diseccion, nunca realizados. Un tupido y tétrico bosque de sauces sombrea las muertas aguas de esta vega. A su orilla, y a distancia de ocho o diez cuabras de la ciudad, se elevan las máquinas de amalgamacion donde se elaboran los metales y se transforman en lucida pasta.

Estos establecimientos tienen un no sé qué de agradable que atrae. El hombre se siente allí animado por el activo movimiento de las máquinas, fascinado por el ruido de los cilindros, y satisfecho, por decirlo así, con la vista de los grandes acopios de preciosas barras.

El establecimiento del señor C. es entre los de su clase, el que ofrece una vida mas confortable. Las habitaciones, amuebladas a la inglesa, son sencillas y elegantes; y en los hábitos de sus empleados, jente por lo jeneral fina y educada, reina cierto tono de alta sociedad.

## II.

Los jóvenes Florencio Jordan y Emilio Arolas se presentaron al dueño de este establecimiento con una carta de introduccion de Maria, la que, como amiga del señor C., habia querido recomendarlos, y lo habia hecho con la gracia y cordialidad que caracteriza a la copiapina.

Por lo demas, la simpática presencia de los jóvenes, sus maneras cultas y su reciente naufragio, predisponian el ánimo en su favor. El señor C. entregó a Emilio los libros de la casa y colocó a Florencio como ayudante del administrador jeneral.

Era este administrador un caballero llamado don Benito Hinos-trosa, hombre de avanzada edad, pero activo y animoso para el trabajo. Su celo en el cumplimiento de su deber, las continuas rondas que hacia de noche para evitar los frecuentes robos de piñas y de barras, y el oficio de ensayador que tambien ejercia en la máquina, quebrantaron su salud, concluyendo por producirle la gota. Vivía en la máquina con su hija Albina, que era toda su familia y cuanto poseia en el mundo.

Albina habia pasado de los dieziocho años y se encontraba en esa edad en que los sentimientos se desarrollan con fuerza en el corazon de la mujer. Era hermosa, demasiado hermosa por desgracia, y al verla se la habria juzgado de alma apasionada, mas su corazon no se habia ajitado jamas por un afecto amoroso.

Uno de los dependientes de la casa, Waldino Doncel, hombre

honrado y de corazon, la adoraba. Pero Albina concluia siempre por odiar a todo el que la hablaba de amor. Asi es que aquel hombre, víctima de su pasion, devoraba en silencio la desdeñosa aversion que la caprichosa niña se complacia en hacerle sentir.

Don Benito hablaba continuamente a su hija de lo útil que seria pensar en su porvenir. Ella siempre le interrumpia diciendo que se hallaba contenta y feliz con su cariño.

—¿No tengo para distraerme, le decia, las flores que riego y cultivo, mis canarios que me conocen y me quieren tanto? Fuera de casa, ¿no tengo a mis amigas, no bailo, rio y me divierto? ¿Cree usted que casada todas estas cosas no desaparecerian?

Su padre acababa por hallarle razon, y asi corria el tiempo.

### III.

La llegada de los jóvenes vino a interrumpir esta inocente tranquilidad de Albina.

La primera mirada de Florencio la turbó. Se sintió como sorprendida en el interior de su corazon.

En la noche preguntó a su sirviente, al tiempo de recojerse:

—¿Cuál de los dos santiaguinos que han llegado hoi te parece mejor?

—El alto, señorita.

—Sí, tienes razon; y al decir esto la joven suspiró tristemente. En la hora del almuerzo, todos los de la casa, y en especial Waldino Doncel, notaron la coqueta elegancia con que Albina se habia ataviado. Vestia un traje de gasa blanco. Su cuello y brazos estaban adornados con sartos de finos corales, aderezo que por lo regular no usaba en los dias de trabajo. Su cabello, arrollado en dos trenzas, prendidas hácia arriba, formaban una red sobre su cabeza. Entre esas trenzas, negras como el ébano, ella habia enredado un clavel blanco.

Esta vaporosa y sencilla vestimenta estaba en perfecta armonia con su semblante. Imajinaos una frente pura contraida por el suave ceño de una idea fija; una nariz de perfil griego; unos negros ojos rasgados, ora lánguidos, ora apasionados, cuyas largas y espesas pestañas velan el sentimiento que los anima; una boca pequeña, de expresion casi dolorosa, y todo esto realzado por un cútis finísimo, de un color impresionable, por decirlo asi, ni blanco ni moreno, ni pálido ni rosado, de ese color del sentimiento, vago, indefinible,

que toma el tinte pálido o sonrojado de la impresion que domina el alma, y que cambia con celeridad, como la superficie de las aguas al soplo de la brisa, dejando siempre en la fisonomia viva huella de la mas fujitiva emocion.

Nada mas encantador que esta niña presidiendo una mesa rodeada de hombres y haciendo los honores de la casa con gracia y desenvoltura.

Concluido el almuerzo, todos se marcharon a continuar sus tareas. Florencio y Emilio siguieron a los demas empleados. Albina, triste y preocupada, pasó al salon. Varias veces abrió el piano y lo volvió a cerrar, tomó un libro y lo arrojó antes de leer dos pájinas. Cada vez que sentia fuertes pisadas en el corredor, se acercaba a la ventana para ver quién era. Por fin sonó la campanilla que anunciaba la hora de comer. Este timbre fué a golpear en su corazon, y le arrancó acelerados latidos. Corrió a su peinador y se contempló detenidamente en el espejo. En seguida iba y venia indecisa por su aposento, hasta que su padre la avisó de que a ella sola se esperaba en el comedor.

Despues de la comida, don Benito, su hija y los dos jóvenes santiaguinos salieron a dar un paseo por las calles de sauces que circundan la máquina. La casualidad, que siempre se mezcla en nuestro destino, o talvez la majia de la inclinacion, hizo que Florencio tomara a Albina del brazo. Asi como a los niños les basta acercarse un momento para hacerse amigos francos y parleros, tambien asi a la juventud le basta una mirada, una sonrisa, unas cuantas frases cambiadas, para intimar o comprenderse.

#### IV.

En la noche era costumbre reunirse a la hora del té en el saloncito de Albina.

En tanto que don Benito conversaba una de estas noches con Emilio y otros empleados de la casa sobre minas, barras y ensayos, Florencio acompañaba a Albina, que tocaba el piano, y hablaba con ella de asuntos no tan prosaicos. Waldino Doncel leia junto a una mesa el PROGRESO. De improviso éste se interrumpió y dijo: ha muerto en Santiago el rico Mardonez.

—¿Qué dice usted? exclamó Florencio, aproximándose a la mesa.

—¿Cómo puede ser? añadió Emilio.

—Aquí está, contestó Waldino, entregando el diario a Florencio.

Este leyó y dijo con pesadumbre:

—¡Pobre Mercedes! ¿Cómo estará?

—Y encontrarte tú aquí! exclamó Emilio maliciosamente.

—¿Quién es esa Mercedes? Será la viuda? preguntó Albina.

—Nó, señorita, es la hija, se apresuró a contestar Emilio, echando sobre Florencio una pícara mirada y una sonrisa de inteligencia que revelaba toda una historia.

Florencio se formalizó.

Albina, pretestando un dolor de cabeza, se retiró antes de cebar el té, como tenia de costumbre.

## V.

—Qué es lo que me pasa! exclamó ella, así que estuvo en su cuarto. ¡Dios mio! esto no puede ser amor. El amor causa alegría y felicidad, y yo me siento inquieta, tengo algo que me oprime el corazón... ¡Esa Mercedes! Es sin duda su prometida. ¡Cómo la ama! Le ví demudarse a la idea de lo que ella debe sufrir. ¿Si será hermosa?... ¡La ódio! exclamó levantándose con enerjia y hollando con su pequeño pié el pavimento.

Mas, ¿qué tengo que ver yo en todo eso? ¿qué hai de comun entre él y yo? Y al decir esto la niña, prorumpió en llanto. Luego continuó, enjugándose sus lágrimas: quisiera olvidarlo... Pero, ¿qué tonta soi!... ¡Pobre jóven! Nada me ha hecho: tan bueno que parece, tan simpático! Con qué ternura me decia esta tarde en el paseo que habia perdido una hermana, y que ahora que me conoce comprende cuánto la habria amado! ¡Cuán sensible es! Hasta el metal de su voz es armonioso y dulce. Lo voi a querer como a un hermano; sí, solo como a un hermano.

Y con esta idea, Albina, ya mas tranquila, se recojió.

## VI.

Asi corrian los dias y los meses; Albina con su propósito de amor fraternal y Florencio vijilado de cerca por Emilio.

Una noche, despues de esa hora deliciosa del té, cuando estuvieron recojidos, dijo Emilio a su amigo:

—Te he visto mui allegado a Albina. ¡Siempre has de ser el mismo!

—Qué quieres, hombre; las mujeres son como los rayos del sol; uno no se puede librar de ellas! Aunque cerremos los ojos sentimos

su influencia. Si les cerramos las puertas del corazón para que no entren, ellas penetrarán por una rendija, sin que sea posible evitarlo.

—Cómo a mí no me sucede eso?

—Es que tú eres un estoico, un extravagante.

—Y tú un tonto. No será mucho que olvides que hemos venido aquí a hacer fortuna. Déjate de amoríos, Florencio; no sea que el padre de esta niña lo sepa y te ponga de patitas en la calle.

—No tengas cuidado, hombre! dijo Florencio, retorciéndose el bigote.

## VII.

Un día entró Florencio al salón en busca de don Benito. No hallándose éste allí, Albina, que estudiaba el piano, le recibió con amabilidad y le ofreció asiento. El la suplicó que no se interrumpiese y tocase algo. La joven condescendió en el acto, pero era tal su emoción, que no pudo atinar con un compás.

—Está usted enferma, señorita? la dijo Florencio al verla demudada y temblorosa.

—Enferma nó, pero sufro; le dijo ella, pasándose la mano por su pálida frente.

La mirada húmeda y ardiente de la joven y el acento tierno con que se le escaparon aquellas palabras, hicieron comprender a Florencio que era amado. Entonces, a su vez, él se sintió turbado.

Hubo un momento de silencio. Luego él la dijo, con el calor de la primera emoción:

—Feliz me creeria yo, señorita, si llegara a ser tan amigo de usted que pudiera influir en su alma y distraerla un poco... Muchas veces me he repetido esto mismo a mis solas, al verla tan triste, a pesar de su belleza.

—¡De veras! exclamó Albina con petulancia, ¿ha pensado usted en mí?

—Puede vérselo a usted una vez sin que su imagen no ocupe el pensamiento y el corazón a todas horas?

—¡Cuidado con lo que usted dice, caballero!

—Señorita, es la verdad.

—No me agrada escuchar frases dulces de una persona a quien no he de interesar jamás.

—¡Gran Dios! exclamó Florencio, dejando su asiento y acercán-

dose a Albina. ¡Usted no interesar! ¿Y me lo dice a mí? a mí que la adoro!..

—Buenos dias Albina, dijo una voz varonil en la puerta del salon. Albina, que sentada al piano daba la espalda hácia aquel lado, se volvió bruscamente, y en su semblante se pintó la contrariedad y el despecho.

—Le traigo a usted los dibujos, dijo el recién venido, aproximándose a la jóven. Usted me dirá si he acertado con su gusto. Y volviéndose a Florencio:

—Don Benito pregunta por usted, le dijo.

—Precisamente, ando en su busca. Hasta luego, señorita! contestó atolondradamente Florencio, y se marchó.

—Hasta luego! repitió ella sonriendo cariñosamente.

Así que él salió, lanzó ella una mirada severa a la persona que tenia delante: era Waldino Doncel. Este hombre, como de 40 años de edad, de elevada estatura y porte distinguido, era un buen mozo y algo más, un hombre de respeto. Sin mas defecto que el de amar a Albina, ella le odiaba.

## VIII.

El fué el primero que interrumpió el silencio y la dijo:

—¡Pobre niña! Anoche avisé a su padre que me retiraba, porque queria ahorrarle a usted el disgusto que le causa mi presencia. En este momento resuelvo quedarme, y me quedo por usted.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que acabo de oír que ese mozo decia que la adoraba, y yo digo que mentia.

—¡Que mentia! exclamó Albina azorada, sin fijarse que con esa exclamacion calurosa descubria el fondo de su alma.

—¡Ah! ¡Cómo le ama! murmuró él, dejándose caer en una silla y escondiendo su frente entre sus manos.

Ella, sin cuidarse de aquel mudo dolor, le decia:

—¿Busca usted cómo mortificarme?

—Nó, Albina; por mucho que yo sufra, no la mortificaré a usted jamas. Si me avancé a decir que ese hombre mentia, fué porque estaba lejos de pensar que usted le amase. Ahora es distinto..... nada he dicho. No obstante, me quedaré para velar por usted. Presiento que ese jóven va a acibarar su vida.

—¡Raro capricho! ¿Se olvida usted que estoi al lado de mi pa-

dre, y de que no soi ya tan jóven que comprometa sin reflexion mi felicidad?

—La mujer siempre es una niña cuando el amor ha penetrado en su corazon. Por otra parte, un padre puede hacer la felicidad, pero no siempre puede evitar la desgracia de una hija. Un amigo... un buen amigo, vale a veces más que un padre.

Albina levantó lijeramente los hombros en señal de fastidio, se volvió al piano y ensayó una rápida escala.

—Una palabra más y la última, Albina. ¿Cree usted que ese jóven la hará feliz, es decir, se casaria usted con él?

Por toda contestacion, ella hizo vibrar con mas fuerza las teclas del piano.

—Está bien: ¡que Dios meta en esto su mano, y tenga en cuenta el sacrificio que hace un corazon cuando se desprende su última esperanza!

Y diciendo esto salió de allí pálido, mui pálido, pero sereno.

## IX.

Asi que Albina se vió sola, corrió a la puerta y la cerró.

—Al fin estoi libre, dijo, dejándose caer en un sofá. Ya puedo pensar en él, repetir sus palabras, recordar la espresion de su semblante cuando me dijo: yo la adoro! ¡Cuán feliz soi, Dios mio! ¡Que viva siempre asi; no pido más!... ¡Yo la adoro! Esto lo habia oido repetir tantas veces, pero ni sospechaba que esta frase vulgar vendria un dia a hacer mi mundo, mi felicidad!

La jóven quedó un instante pensativa. Luego se levantó, como impulsada por una idea violenta.

—¡Oh! exclamó; si fuese cierto que él mentia! ¡Si no me amase!... Pero nó, ¡qué idea! ¿A qué habria de jugar, asi, con palabras, él, él tan sério? ¿A qué habria de arrojar sobre el corazon de una mujer la ponzoña empapada con la miel de sus labios? Y luego ¿quién le obliga a mentir?... En fin, ¿no soi bella, no veo reflejar mis encantos en los que me miran como en mi propio espejo? ¿Por qué, si hago impresion en otros, no la haria en él? Nó, él debe amarme. El me amará.

Se oyó una voz a la puerta:

—Albina, estás allí? Abre hija, abre.

Albina corrió a abrir a su padre. Este apareció todo empolvado,

con sus manos tiznadas, conduciendo cuidadosamente una delicada copela en cuyo fondo se veía una perla de filigrana de plata.

—Me ha sorprendido la hora de comer haciendo estos ensayos, dijo poniendo sobre la ventana su copela. ¡Y nadie que me desempeñe en lo menor! ¡El tal don Florencio! ha entrado aquí para tomar la mitad de mis obligaciones y pasa las horas del baño a su cuarto. Luego toma a Espronceda, y vamos declamando versos! Sería mejor, ya que nada hace, que estudiase aritmética: pues señor, ni una cuenta sabe hacer. Es un para-nada.

Esto decía don Benito, como hablando consigo mismo, al atravesar por el salón para ir a la pieza vecina. A poco volvió en traje de ir a comer. Ya Albina no estaba allí. El volvió a contemplar su ensayo detenidamente, se sonrió con un aire de indecible satisfacción, y se dirigió al comedor.

## X.

Una tarde después de la comida, Emilio dijo a Florencio:

—Ven, tenemos que hablar.

—Hombre! será más tarde; tengo que acompañar a Albina.

—Déjate de niñerías, Florencio, y sígueme, que te conviene.

—Con tal que no me demores, vamos allá.

Los dos amigos salieron de la máquina.

Así que Emilio se vio en la calle de sauces que hai que atravesar para internarse en la población, dijo a Florencio:

—Preciso es que pensemos seriamente en nuestros intereses.

Nuestra situación es falsa: seremos despedidos más o menos pronto. Yo no soy capaz de continuar en el destino: ¿dónde diablos he aprendido yo teneduría de libros! De tí no digo nada: don Benito ya te ha calado. Con que así, voy a comunicarte mis proyectos.

Visito una casa de las más respetables de este pueblo. Hai allí dos mujeres ¡oh, qué digo! dos niñas. Cada una de ellas tiene por lo menos cien mil pesos de dote. No tienen padre, y la madre es vieja y sorda. El hermano, que es el jefe de la familia, anda en el Perú. Ellas son amables y sencillas, no tienen nada de gazmoñas, y, como toda mujer, son susceptibles de dejarse halagar.

—A dónde vas a parar con este preámbulo?

Emilio continuó tranquilamente sin responder.

—He quedado de presentarte esta tarde. Tú vas a trabajar por tu cuenta y yo por la mía. No he querido ni aun decidirme hasta que tú elijas primero.

—Pero, hombre, ¿no sabes que...

—Que estás enamorado de Albina? y piensas casarte con ella?

A esto has venido a la ciudad de la plata? No le has cargado a la fortuna, en cuenta corriente, el naufragio y las horas que estuviste muerto. ¡Ser el marido de una muchacha pobre! Resignarse a vejetar con un mísero sueldo! Para eso no valia la pena de haber salido de Santiago.

—Es cierto, Albina es pobre, pero, según me dicen, dentro de poco tiempo su padre será socio del establecimiento. Por lo demás, somos jóvenes. En fin, hombre, yo tengo la convicción que he de ser rico, y lo he de ser sin que me cueste ningún sacrificio.

Florencio se mordió el labio inferior y no dijo una palabra.

Así caminaron hasta que Emilio se paró al frente de una casa de blancas paredes. Su enorme puerta, más ancha que alta, y los grotescos dibujos que la adornaban, acusaban la antigua fecha de su construcción.

En medio del patio había un jardín, y, al través de las ramas de jazmines, se divisaban las puertas y ventanas de las habitaciones.

—Aquí es, dijo Emilio, parándose en el umbral de la puerta.

—Hombre, me vas a dejar mal, estoy comprometido con Albina para acompañarla a una casa; ¿que va a decir?

—Me das pena!..... Anda, si quieres, ¡mala cabeza! que ya te pesará..... Yo te he visto ciegamente apasionado de Ines; después la cambiaste por Luisa; de ésta pasaste a Mercedes, y qué sé yo a cuántas otras. Así, mañana olvidarás a Albina o ella a tí, y entonces te acordarás de mí.

Al decir esto, Emilio le volvió la espalda y entró en el patio.

Florencio lanzó un suspiro, miró tristemente hacia el bosque de sauces que circunda la máquina. siguió a su amigo, y entró con él a la casa.

## XI.

En la pieza, que hacia a la vez de antesala y de pasadizo, encontraron a una anciana sola, sentada en bajo. Delante de sí tenía ésta un brasero, y se ocupaba en silencio de cebarse su mate. Las facciones de la señora, aunque desfiguradas por la edad, eran finas y nobles. Un pañuelo de seda azul ceñía su cabeza y le cubria parte de la frente, dejando ver apenas unas hebras de cabellos blancos y brillantes. A su lado roncaba un hermoso gato de piel plomo oscuro. Se veía a su espalda un canastillo con ampos de algodón, y un

huso lleno de hilo cuyas hebras cortaba y enredaba sin piedad un perrito de los que llaman en el norte tingres.

La anciana se puso la mano ante los ojos en forma de visera, y así que reconoció a Emilio invitó a sentarse a los dos jóvenes.

—Y su salud, señora, anda bien? la dijo éste.

—Pronto han de venir; fueron a vijilar al peon que está regando la huerta.

—Le presento a mi amigo Florencio Jordan, volvió a decir Emilio en voz mas alta.

—Su pariente será este caballero, he?

—Es mi amigo, señora.

—Ah! su hermano: por eso se parecen ustedes tanto.

Florencio miró a Emilio y tuvo que hacer un esfuerzo para conservar su seriedad. En tanto la señora se puso a gritar:

—Bartola! Bartola!

Una negrita como de diez años se presentó.

—Ven a pasar mate, haragana! la dijo con voz gruñona.

A poco puso en sus manos un gran mate de plata, obra sin duda de Lima, por el arte con que estaban cincelados dos cupidillos que le servían de orejas. La negrita anduvo con él de Herodes a Pilatos. Ya lo pasaba a los jóvenes, ya a su ama, ora a aquellos, ora a ésta, hasta que, viendo los huéspedes que la señora se obstinaba en que lo aceptasen, se resignaron, uno en pos de otro, a chupar la misma bombilla que usaba la anciana, y a tragar, sin hacer jestos, el líquido hirviente que la bombilla estraía, de ese crisol recién sacado del hornillo, que tiene por nombre mate.

Las niñas entraron a tiempo que la campana del convento de San Francisco tocaba la oracion.

—Tan bueno por aquí! dijo una de ellas, con una voz tan bronca, que, a no salir de una persona que vestía traje de mujer, se la habría tomado por la voz de un hombre.

—Este caballero será el que usted quedó de traernos.

—Sí, señorita, mi amigo Jordan.

Florencio se inclinó.

—Madre, les ha dado mate?

—Se me ha pasado un poco, contestó la señora llevando su mano a la cabeza.

—Ya hemos tomado, se apresuraron a decir los jóvenes, temerosos de que les aplicasen de nuevo el suplicio del agua y el fuego.

## XII.

Estas niñas se llamaban Benigna y Dolores Ascudillos. Ambas iban ya atravesando los cuarenta. No se habian casado por culpa de su padre, segun decian cada vez que de matrimonio se hablaba. Mas decian esto de un modo tan natural y bonachon, que no daban lugar a compadecerlas.

Benigna encubria más sus años a causa de su constitucion gruesa y corpulenta. Su cutis moreno, si bien no tenia esa limpieza que tanto contribuye a formar la hermosura de la mujer, era terso, pero tan terso que dejeneraba en lustroso. El óvalo de su cara perfecto; pero sus cabellos ralos dejaban ver una ancha partidura. En sus ojos, de color castaño claro, se reflejaba su alma dulce y candorosa. Su boca, ni grande ni pequeña, se abria y se cerraba con un descuido infantil. Tan cierto es que una línea, una sombra de mas o de menos, puede hacer que aparezca bella o fea una fisonomía, que Benigna, con un cutis mejor y una lijera sombra que hiciese resaltar el perfil de su rostro, habria sido, aunque ya madura, una buena moza.

Dolores era pequeña y enjuta. La parte mas notable de su rostro era su nariz, que, aunque fina, era demasiado larga y puntiaguda. Esta nariz saliente contrastaba tanto con su boca estrecha y sus labios delgados, que la hacia aparecer vieja antes de tiempo. Mas, si su fisonomía era antipática, atraia por su chispa en el decir, por cierta gracia, mui comun entre las jentes del norte, de caracterizar a las personas con una palabra, con un apodo, con un sobrenombre epigramático.

Asi que Florencio pudo ver a estas niñas a la luz de una lámpara, que un sirviente introdujo en el salon, no pudo ménos de aterrarse y de juzgar estravagante, inaudito el proyecto de Emilio. Este, que parecia adivinar el pensamiento de su amigo, quiso llamar su atencion hácia otro objeto.

—Ven a ver, le dijo, parándose de su asiento, las curiosidades que tienen estas señoritas; y mostró con gran minuciosidad a Florencio dos mesas de arrimo cubiertas de dijes, todos de filigrana de plata, primorosamente trabajados.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

## DIMENSIONES DE LA LUNA,

SU DISTANCIA DE LA TIERRA, SU ROTACION Y SUS FASES.

---

(Véase la entrega 9.ª)

La luna es un cuerpo opaco como la tierra; los rayos que parten del sol y que van a caer sobre su superficie se reflejan luego hácia la tierra; la luna es, pues, para nosotros un reflector; no nos devuelve calor sensible. Se mueve en una órbita que es de forma circular un poco larga, lo que hace que la luna diste mas o menos en diversas épocas; por esta razon nos parece mas o menos grande, pero su diámetro real no varia: es de 3,477 kilómetros. Su distancia de nosotros es de 30 veces el diámetro de la tierra, es decir, que se podrian poner 30 globos como la tierra de aquí a la luna, lo que hace unos 384,422 kilómetros. La diferencia entre su distancia mas pequeña y mas grande de la tierra es de unos 50,000 kilómetros.

Jira en torno de la tierra en 27 dias, 7 horas, 43 minutos, 11 segundos y 5 décimos; y como la tierra se ha desviado en ese intervalo de una cantidad considerable, la luna no se encuentra ya en el mismo punto de donde salió con relacion al sol, lo que hace que trascurren 29 dias, 12 horas, 44 minutos, 2 segundos, 78 centésimos entre dos lunaciones.

La tierra se mueve en el espacio con una velocidad de 90,000 kilómetros por hora, o 25 kilómetros por segundo, arrastrando consigo a la luna, que participa de esta misma velocidad con mas la suya propia, que solo es de 1,197 metros por segundo.

El movimiento sobre su eje es de cuatro metros 86 por segundo en su superficie; describe en el espacio una línea tortuosa que atraviesa 24 veces la órbita o el camino que la tierra recorre en torno del sol.

La luna jira sobre sí misma exactamente en el mismo tiempo que jira en torno de la tierra, pero en un sentido contrario, lo que hace que no podamos ver siempre mas que el mismo lado de su superficie y que el otro hemisferio será eternamente desconocido para nosotros.

Cuando se dice que la luna jira sobre sí misma, y que sin embargo no podemos ver siempre mas que el mismo lado, pocas personas comprenden a priori cómo puede ser que un globo que jira sobre su eje nos muestre siempre el mismo lado.

Reflexionando un poco en lo que hemos dicho en un párrafo anterior, se verá que en el caso en que la luna no jirase sobre sí misma, veriamos todos los días una nueva porcion de superficie.

Si ahora la imprimen un movimiento de rotacion sobre su eje en un sentido contrario, con una velocidad arreglada de modo que esa nueva porcion que se veia en la primera hipótesis se halle adelantada hácia nosotros de igual cantidad de espacio, resulta que esa misma porcion ha conservado el puesto que otra ocuparia si la luna no jirase.

Pero hai un medio mui sencillo, al alcance de todos, para hacer comprender este fenómeno.

El problema cuya solucion proponemos es éste: hacer volver a una persona en torno de otra. La primera tendrá cuidado de mirar durante todo el tiempo a la persona en torno de la cual jira. La primera persona representará la luna; la segunda, que es el centro del movimiento, representará la tierra; naturalmente esta última deberá poner cuidado en no descubrir mas que la cara de la otra. Ahora para darse cuenta de lo hecho, bastará observar que la persona que representaba la luna ha visto los cuatro lados del aposento o del sitio donde se hacia la esperiencia. Ha jirado, pues, sobre sí misma una vez, lo que representa el movimiento de la luna sobre su eje en 27 dias; por otra parte ha jirado tambien una vez en torno de la persona que representaba la tierra en el mismo tiempo que ha jirado sobre sí misma, lo que está conforme con lo que hemos dicho mas arriba sobre la luna. Asi se prueba lo que hemos establecido.

No siempre es fácil proseguir este mismo jénero de esplicaciones a medida que se adelanta en el estudio de la astronomia; solo en algunos casos pueden emplearse. El lenguaje de las matemáticas es el único conveniente o fácil.

#### FASES DE LA LUNA.

Llaman fases de la luna los diferentes aspectos con que se presenta. Asi cuando la luna se halla con poca diferencia sobre la misma línea que une la tierra al sol, se dice que hai luna nueva, porque en efecto la luna acaba de completar su revolucion en torno de la tierra y principia otra; en esa época está invisible porque se encuentra tan cerca del sol, que sus rayos nos impiden distinguirla, excepto, sin embargo, cuando se halla exactamente sobre la misma línea que une los centros de la tierra al sol.

Entonces hai eclipse de sol y se la ve proyectada sobre su disco como un círculo negro, puesto que ese lado de la luna no está alumbrado por el sol. En cualquiera otra circunstancia y dos dias despues de la época de la luna nueva, se principia a verla despues de puesto el sol un poco mas allá del horizonte donde el sol acaba de desaparecer. Se presenta bajo la forma de una media luna mui delgada; es ya el hemisferio alumbrado de la

luna que comienza a mostrarnos un pequeño borde de su superficie entera.

Es lo que se llama el cuarto creciente.

Otros siete dias despues, la luna se encuentra sobre la línea prolongada que une la tierra al sol; pero teniendo entónces la tierra entre ella y el sol, parece toda redonda y brillante, lo que constituye la luna llena; entónces es cuando vemos el hemisferio entero alumbrado.

Por último, otros siete dias despues, la luna ha descrito otro cuarto de su órbita en torno de la tierra, y un cuarto de su superficie sobre sí misma, lo que hace no veamos mas que un cuarto alumbrado, designado con el nombre de cuarto menguante.

Entónces solo está visible mui de mañana; aparece sucesivamente bajo la forma de medias lunas que se adelgazan todos los dias, y aproximándose al sol se pierde en sus rayos, volviéndose a encontrar en la misma posicion de que hemos partido, pasando por las mismas fases que acabamos de describir.

#### NOMENCLATURA Y DESCRIPCION DE LOS MONTAÑAS Y VOLCANES LUNARES.

Hevelius, astrónomo del siglo XVII, fué el primero que hizo un mapa de la superficie de la luna, y que dió nombres a las diferentes montañas circulares y a las llanuras que en ella se ven para poderlas distinguir unas de otras; despues vinieron Grimaldi, Langrenius, Schroter, Lohrman, Riccioli, Maver, Cassini, y recientemente Madler, cuya obra es la mejor hasta el dia, pues tiene ese sello científico que la coloca en el número de las obras preciosas.

Como los nombres que fueron dados a las diferentes manchas y montañas circulares eran nombres de filósofos antiguos, han sido conservados; pero desde que se perfeccionó el telescopio, fué fácil cerciorarse de que aquellos grandes mares reconocidos por los antiguos astrónomos, y que están representados en la luna llena por esas partes sombrías e irregulares que se ven, no son mas que grandes superficies o llanuras bastante lisas.

Las dos grandes llanuras representadas en el hemisferio de la derecha y arriba fueron llamadas *mare Nubium* y *mare Humorum*; la mayor de las dos es la primera.

En el hemisferio de la izquierda y casi a la misma altura que las otras, se encuentran *mare Lecunditatis*, al borde y *mare Nectaris* un poco mas al interior; un poco mas abajo de esta última y hácia el ecuador lunar se halla *mare Tranquillitatis*, a la izquierda *mare Crisuum*; con un cerco de restos de montañas; despues vienen *mare Serenitatis*, debajo de *mare Tranquillitatis* y *mare Frigoris*, tambien mas abajo de esta última, y en

la parte mas baja del polo norte de la luna. Volviendo en seguida en el hemisferio de la derecha encontramos la otra parte de *mare Frigoris*; encima se encuentra *mare Imbrium*, donde están situadas esas grandes manchas con rayos luminosos que emanan en todos sentidos. Mas allá está *oceanus Procellarum*. Estos nombres subsisten aun por la costumbre. Unicamente se tiene cuidado de pensar que se trata de vastas llanuras y nó de mares.

En la superficie de la luna se notan ciertas pequeñas líneas bastante finas con telescopios mui buenos; pero con instrumento de mucha fuerza se ve bien lo que son: las unas presentan la apariencia de grietas que todas tienen un orjén volcánico; hai algunas de 30'4 kilómetros de abertura nada mas: con un aumento de ochocientas a mil veces se puede descubrir bastante dentro de la abertura. Solo pueden verse bien cuando se encuentran sobre el borde alumbrado de la luna, dos dias ántes del cuarto menguante.

Antes de dejar la luna llena, advertiremos a los aficionados que la luna llena, vista en un telescopio, es sin duda un objeto imponente, resplandeciente de luz y de rastros luminosos, con el brillo de la plata pulimentada en ciertos sitios y con partes más o ménos oscuras; de formas tan numerosas como variadas, y que no son mas que efectos de contraste: nadie se cansaria de admirar la luna si no fuera porque la luz no puede soportarse mucho tiempo.

Aquí como en todas partes en la naturaleza se ve que todo está previsto, que nada ha sido hecho sin un uso especial, sin un fin determinado. A veces se pregunta uno: ¿por qué la superficie de la luna es tan desigual?—Y a esto se responde que gracias a las asperezas que cubren su superficie se la puede observar impunemente, en tanto que si su superficie estuviera lisa, seria como un globo de plata espuesto al sol, imposible de examinar, pues el ojo no podria soportar tanta luz; si por desgracia o por distraccion la vista llegaba a caer sobre tal objeto, los ojos del viajero se deslumbrarian hasta el punto de que no veria más y perderia el camino. Entónces la luna decaeria mucho en la estimacion de los hombres, y el sol, a pesar de todo su brillo, seria mas soportable en cierto modo, puesto que su cubierta gaseosa está mui léjos de tener el brillo de un cuerpo sólido y pulimentado.

Cuando un aficionado desee ver la luna como debe ser vista, ha de dirijir su telescopio ántes y un poco despues del cuarto creciente y del menguante. En esas épocas se ven perfectamente todas las asperezas del terreno, todas esas montañas circulares que proyectan sombra en proporcion de su altura y de la del sol que se halla sobre ellas; las menores asperezas de la superficie de esas grandes llanuras se distinguen perfectamente; entónces se conoce que no son mares, como quiso decirse. En muchos sitios hai muchas

apariencias de lava que ha corrido; el menor cráter, por poco alto que sea, se distingue mui bien, y aun puede descubrirse en su interior la disposicion del terreno.

#### DESCRIPCION DE LAS MONTAÑAS ANULARES O CIRCOS.

Como hemos dicho, solo hácia el cuarto creciente o el menguante ofrece la luna mucho interes; los rayos del sol, que caen mui oblicuamente sobre la superficie de la luna, son causa de que las montañas, picos y volcanes proyecten sombras mui largas, variando en su largo con la hora del lugar.

*Teófilo* tiene casi la forma de un pentágono irregular y está formado de montañas sobrepuestas en forma de terrados o de murallas, componiendo así un recinto casi interrumpido. La muralla de la derecha, situada entre *Teófilo* y *Cirilo*, se eleva hasta 4,480 metros sobre la llanura. A la izquierda de *Teófilo* la muralla alcanza 5,704 metros, y en el centro del circo se encuentra un sistema de picos o de montes. El central, que es el mas alto, situado por 11° 21' de latitud Sur y 26° 18' longitud Este, se eleva a 1,620 metros sobre su base. La llanura en el interior de *Teófilo* es un poco mas baja que la que se encuentra en el exterior, y es inaccesible por todas partes; pero preciso es decir que esas murallas parecen mucho mas escarpadas de lo que son en realidad; esta es una ilusion causada por la luz. Todas las sombras proyectadas por las murallas de la izquierda son mui largas, porque el sol está mui poco elevado sobre el horizonte; el mismo fenómeno tiene lugar sobre la tierra cuando el sol sale o se pone; el largo de la sombra de una persona puede igualar hasta ocho o diez veces su altura verdadera.

Al pié de ese vasto circo principia una grande llanura conocida con el nombre de *mare Tranquillitatis*, y a la izquierda comienza *mare Nectaris*, pero está sumerjida en la oscuridad.

La pequeña montaña circular de que hemos hablado mas arriba y que se encuentra a la izquierda, separa en ese sitio las dos grandes llanuras de que acabamos de hablar y tiene 1,910 metros de elevacion sobre la llanura; tambien en su centro tiene un pico.

Cuando *Teófilo* se encuentra exactamente al borde de la luna, sobre la línea de separacion de luz y de sombra, solo los puntos mas elevados están visibles. Obsérvase igualmente a veces una especie de anillo mui luminoso, mui delgado y bastante irregular; es posible ver en la misma noche todas las fases que sufre tal o tal montaña. Así una hora despues de la primera aparicion de la montaña sobre el borde de la luna, se ve ya la punta del pico central como un punto luminoso en medio de la llanura interior, que todavia se halla sumerjida en la oscuridad mas completa; pero poco a poco se descubre la muralla de la derecha, que se va alumbrando, hasta que al cabo se pone mui brillante. La luz llega insensible-

mente a la llanura interior, y luego se ven las sombras mui largas y delgadas de dos montañas centrales que se acortan a medida que el sol se eleva en el horizonte; la sombra de la muralla de la izquierda se hace asi cada vez mas corta. Al otro dia de la observacion, contemplando de nuevo a *Teófilo*, se ve que las sombras han casi desaparecido, o al ménos parecen mui cortas.

Cuando se quieren medir alturas de montañas hai que aprovechar el momento en que son mui largas las sombras; entonces pueden multiplicarse las observaciones y producir resultados satisfactorios: el largo de una sombra es el elemento principal para saber la altura de una montaña, como aquí en la tierra se sabe la altura de un campanario o de un pico midiendo el largo de sus sombras y sabiendo la altura del sol sobre el horizonte.

El lado izquierdo de la muralla de la derecha de *Teófilo* es mui brillante, como lo es tambien el lado derecho de la muralla de la izquierda. Esto consiste simplemente en que el sol está casi perpendicular a esos terrados que se inclinan hácia la llanura interior.

El otro circo que se encuentra a la derecha de *Teófilo* es con poca diferencia del mismo tamaño; su pico central es menos alto que el que se halla en el centro de *Teófilo*; sus murallas son tambien menos elevadas; se penetra por un paso bastante profundo y mui estrecho, situado al Norte y sobre las orillas de *mare Tranquillitatis*.

La llanura interior se halla sembrada de pequeñas cordilleras de montañas de diferentes alturas, que no pasan de 200 a 300 metros; la llanura que comienza al pié de esos circos está igualmente sembrada de pequeñas montañas.

La montaña central de *Cirilo* está situada por latitud 13° 30' Sur y longitud 22° 41' Oeste. Sobre la pendiente de la muralla de la derecha y en el interior se encuentra un bonito cráter.

C. BULARD.

(Continuará.)

---

## NECESIDAD DE LA DIFUSION DE LOS CONOCIMIENTOS.

---

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE ORREGO.)

Por la tendencia a la jeneralizacion, que solo es peligrosa cuando se abusa de ella, es como una gran parte de los conocimientos físicos ya adquiridos deben llegar a ser la propiedad comun de todas las clases de la sociedad; pero para dar una instruccion que revele

los principios, atendida la importancia del asunto, es preciso desviarse cuanto sea posible de las imperfectas compilaciones conocidas, hasta el fin del siglo diez y ocho, con el impropio nombre de *conocimientos populares*. Me complazco en creer que las materias científicas deben ser tratadas en un lenguaje que sea al mismo tiempo elevado, grave y animado, y que de este modo, a las personas consagradas exclusivamente a la vida ordinaria, y que no tienen costumbre de observar a la naturaleza, se les puede abrir un manantial de ricos goces que den vigor al entendimiento por la adquisición de nuevas ideas. La intimidad con la naturaleza despierta en nosotros facultades perceptivas que han permanecido largo tiempo dormidas; y así comprendemos al primer golpe de vista la influencia ejercida por los descubrimientos físicos en el desarrollo intelectual, y vemos cuán útil es una aplicación juiciosa de la mecánica, de la química y otras ciencias, para la prosperidad nacional.

Un conocimiento más exacto de la conexión que tienen entre sí todos los fenómenos físicos, contribuirá también para destruir el error predominante, de que todos los ramos de las ciencias naturales no son igualmente importantes con relación a la cultura general y al progreso industrial. Se hace frecuentemente una distinción arbitraria entre los varios grados de importancia de las ciencias matemáticas, del estudio de los seres organizados de la ciencia del electromagnetismo, y de las investigaciones de las propiedades generales de la materia en sus diferentes condiciones de agregaciones moleculares; y no es raro que se designe presuntuosamente con el apodo de *meras teorías* a investigaciones de esta naturaleza, olvidando que en la observación de un fenómeno que a primera vista aparece estar enteramente aislado, debe encerrarse el jérmén de un gran descubrimiento. Cuando Aloysia Galvani escitó por primera vez la fibra nerviosa por el contacto accidental de dos metales heterojéneos, sus contemporáneos no se habrían jamás imaginado de que la acción de la pila galvánica nos descubriría, en los álcalis, metales de un lustre plateado, tan brillantes como si estuvieran nadando en el agua, y eminentemente inflamables, o que llegaría a ser un instrumento poderoso para los análisis químicos, y al mismo tiempo un termoscopio y una piedra imán. Cuando Huygens observó, el primero, en 1678, el fenómeno de la polarización de la luz, manifestado en la diferencia entre dos rayos a quienes una ráfaga de luz divide, pasando al través de un doble cristal refractor, nadie habría previsto de que siglo y medio después el gran filósofo Ara-

go, por su descubrimiento de la *polarizacion cromática*, llegaria a darse cuenta por medio de un pequeño fragmento de espato de la Islanda, sobre si la luz solar emanaba de un cuerpo sólido o de una cobertura gaseosa, o si los cometas trasmitian la luz directamente o simplemente por reflexion.

Una igual estimacion por todos los ramos de las matemáticas, de la fisica y ciencias naturales, es lo que se requiere, especialmente en la época actual, en que la salud material y la progresiva prosperidad de las naciones está principalmente basada en un empleo intelijente de los productos y de las fuerzas de la naturaleza.

La mas superficial ojeada sobre la condicion presente de la Europa nos muestra que una disminucion o talvez el completo aniquilamiento de la prosperidad nacional, debe ser la suerte de estos estados, que se apartan con indiferencia de la gran lucha que naciones rivales mantienen en la carrera de la industria y de las artes. A las naciones puede aplicarse lo que de la naturaleza dice este feliz pensamiento de Goethe: "que jamas se detenga el progreso y sucesivo desarrollo, y que el movimiento se sobreponga a toda inaccion." La difusion de los conocimientos serios y verdaderos de las ciencias es lo único, por consiguiente, que puede destruir los peligros de que acabo de hablar. El hombre no puede obrar sobre la naturaleza o aplicar las fuerzas de ésta a su propio servicio sin comprenderla en toda su estension y sin familiarizarse íntimamente con las leyes del mundo físico. Bacon ha dicho que en la sociedad humana, *la instruccion es el poder*. Esta y aquella deben elevarse y extinguirse a un tiempo. Empero, la instruccion que resulta de la libre accion del pensamiento, es al mismo tiempo la delicia y la prerogativa indestructible del hombre, cuya clase de instruccion, haciendo parte de la prosperidad del jénero humano, sirve no pocas veces para reemplazar, a las riquezas naturales, que tan escasamente se hallan repartidas sobre la tierra. Los pueblos que no toman una parte activa en el movimiento jeneral de la industria, en la eleccion y preparacion de las sustancias naturales, o en la aplicacion de la mecánica y de la química, y en los cuales ese movimiento no es apreciado por todas las clases de la sociedad, verán infaliblemente decaer su prosperidad a proporcion que los estados vecinos cobren fuerza y vigor bajo la rejenerada influencia de les artes y de las ciencias.

---

## PÁJINAS DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

—Es el primero que usted exige, y accedo gustosa.

—Entonces le ruego no pronuncie jamas en mi presencia la palabra olvido. Cuando la escucho de sus lábios, llego a creer.....

—Qué llegas a creer, Enrique? me dijo Eduardo, que habia alcanzado a percibir mis últimas palabras.

—Que tú eres el mas feliz de los jóvenes, asi como esta señorita...

—Es la mas hermosa del salon, me interrumpió Eduardo, con afectada gravedad, ofreciendo al mismo tiempo su brazo a Laura para bailar una redowa, de la que despues inquirí su título: "La Esperanza."

## XIV.

Hace una hora, Laura me manifestó su decidido gusto por la lectura amena.

Héle ofrecido algunos libros, y en la primera página de uno de ellos he escrito:

"El amor es la inmortalidad de la creacion."

LAMARTINE.

"Sin la chispa de amor ¿qué nos queda? No habria nada en que poder descansar el corazon."

ENRIQUE HEINE.

"La pasion que no se cree eterna es baja."

BALZAC.

Y terminaba con esta desilusionadora y desesperante frase de un escéptico, el conde de Charney a la que una mano de mujer, la de Teresa Girhardi, agregó las tres últimas palabras, convirtiéndola en una verdad consoladora e incontestable:

„Ciencia, talento, belleza, juventud, fortuna, todo es impotente aquí abajo para dar la felicidad.—Sin el amor.

*Saintine.*

Lo que he pretendido con estas citas no puede ocultarse al apasionado sentimiento de Laura. Ella ha comprendido mi timidez, y

leerá sonriendo esos pensamientos de organizaciones privilegiadas, de inteligencias mui distinguidas, y que he copiado por ella y solo para ella.

## XV.

Hoi estuve en casa de Laura, y al fijar mis ojos en los bellos ojos de mi amada, observé cierta vaga turbacion, no sé qué de intranquilidad en su semblante.

Sentí que el rubor encendia mis mejillas, y la duda se apoderó de mi corazon. Yo lo sentia latir ajitado, como si quisiera escapárseme del pecho, y un agudo dolor conmovió todo mi ser.

—Dios mio! me dije; ella ha leído lo que tuve la imprudencia de escribir, y la he ocasionado un disgusto que no estará dispuesta a perdonar.

Y como si Laura hubiese leído en lo mas íntimo de mi alma, se apresuró a decirme:

—Enrique; qué hermosos libros tiene usted! He leído algunos de los que me mandó, y me han proporcionado momentos mui agradables.

Me lo dijo con tal acento de sinceridad, acompañado de tan halagüeña sonrisa, que desvaneció por completo mis temores.

—Pero esos libros la han entristecido, Laura. Se le conoce mucho.

—Oh! nó; bien al contrario; pero cada vez que voi a emprender un viaje, por corto que sea, siento una vaga inquietud que no puedo dominar.

—Y por mucho tiempo? pregunté, dominando el temblor convulsivo que se apoderó de mí con sus últimas palabras.

—Uno o dos meses. Vamos a \*\*\* y allí espero tener el gusto de verle alguna vez, ¿no es verdad?

—Y podría dudarle, Laura; Ah! bien quisiera vivir eternamente a su lado. Y... por qué no decirlo de una vez! Usted debe haberlo conocido y ya es inútil mi silencio. Perdon, Laura, pero yo la amo con toda efusion de mi alma!

Ella fijó sus ojos un instante en los míos, quedóse un momento pensativa, coloreáronse sus frescas mejillas con las rosadas tintas de la aurora, y se alzó radiante de gozo. Sentóse en seguida al piano y cantó con indecible espresion «La Stella confidente,» esa bellísima creacion del sentimiento artístico, cuya letra principia asi: Astro d'amore...

Estaba tan bella, tan bella en medio de su entusiasmo, que solo a ella pude hallar aplicables aquellos versos de Byron:

Qué pulidas palabras lograrán  
De la beldad un rasgo describir!  
Tema imposible e imposible afán.

Antes de retirarme, Laura me dijo, poniendo en mis manos las *ULTIMAS CONFIDENCIAS* de Lamartine:

—Enrique: he leído ya este libro; hágame el gusto de llevarlo.

Lo recibí, dominado por su mirada, y al llegar a mi aposento, donde escribo estas líneas, observé que una cinta azul servía de señal a una de las páginas. Miro éstas, y dos hojas de rosa señalan el siguiente acápite:

Yo no sabía que estaba enamorada de Jerónimo, dijo Fior d'Aliza con rubor ¿y cómo podría saberlo? Los dos éramos un solo ser: yo y él, él y yo: este era nuestro mundo. Para saber si se ama a una persona es necesario comparar lo que se experimenta por ella con lo que hace sentir al alma cualquiera otra. Como jamás nos habíamos separado y nadie se había interpuesto entre nosotros, ignorábamos que mi corazón había latido en su pecho y el suyo en el mio. Y esto era tan cierto, que aun ahora mismo, en este instante, Jerónimo está dentro de mí, le veo, le siento, le oigo y le hablo.

Yo leí repetidas veces esas líneas, y en medio de mi infinita alegría, admiraba la ingeniosa y exquisita delicadeza con que Laura había contestado a mi declaración amorosa.

La felicidad tiene su embriaguez, y yo me hallaba embriagado de felicidad.

Veía distintamente su semblante de líneas tan puras y tan perfectas, sus ojos brillantes y soñadores, su frente artísticamente modelada, su sonrisa anjelical, y escuchaba aun el sonoro, armonioso y apasionado timbre de voz con que entonaba el *dile, dile ch'io l'amo*, de la *Stella*.

Esa noche no pude dormir, y al lucir la aurora del siguiente día, tomé un libro que se hallaba al alcance de mi mano, lo abrí y leí los siguientes versos de Mason, que traslado a este manuscrito porque hacen el retrato de Laura.

Cada palabra, cada movimiento,  
Alguna nueva gracia despertando,  
Sobre su forma daba nacimiento  
A una aureola de reflejo blando.

Mas pronto alguna gracia aun mas divina  
 La anterior anublaba, y en pos de ella,  
 Acudia a ofuscar sus luces bellas  
 Otra gracia de luz mas peregrina.

## XVI.

Es media noche y me encuentro en mi gabinete, pensando solo en ella y en los inefables momentos que pasé a su lado en el pueblo de \* \* \*.

Voi a tratar de ordenar mis recuerdos para consignar aquí mis impresiones.

En vano pido a mi corazon un poco de calma, porque con sus tumultuosos latidos parece decirme: no puedo.

¿Acaso de hoi en adelante no he de poder hablar y escribir si no sobre ella?

Porque a veces tomo la pluma para escribir sobre cuestiones que en nada con ella se relacionan, y su nombre es lo primero que trazo en el papel.

En muchas ocasiones he despertado sonriendo con el eco de mi propia voz, porque mis labios habian pronunciado el bello nombre de Laura.

¡Qué hermosos sueños se tienen cuando se ama como amo yo, con todo el fuego, con toda la pureza de la juventud!

Soñé, bien lo recuerdo; soñé que me hallaba en una hermosísima pradera esmaltada de violetas y de pensamientos. Los juncos alzaban sus frentes pálidas y perfumadas, y las rosas se mecían gallardamente con el suave soplo de las brisas. Cien naranjos y limoneros, cubiertos totalmente de blancos azahares, que impedían ver sus hojas, parecíanme otras tantas vírjenes adornadas con el velo nupcial.

Un florido bosque de acacias movía sus albos racimos de flores que jugueteaban con el ambiente.

Millares de pajarillos entonaban sus cánticos de amor o se decían sus quejas en armoniosos himnos.

Mil y mil pintadas mariposas sacudían sus alas de oro, revolando aquí y allá por sobre las flores mas bellas.

Un arroyo bullicioso en que se miraban complacidos los árboles y las flores, las aves y las mariposas, formaba aquí una fuente, mas allá una pequeña cascada, y caía convertido en espumas y en menudas gotas, que brillaban heridas por los rayos del sol, formando mil arrebatadores cambiantes.

Yo miraba embebecido ese grandioso cuadro, que mi pluma bosqueja con tanta palidez, cuando el bullicio cesó de improviso.

Los sublimes cantores de las selvas suspendieron sus cantos; las mariposas se mantuvieron suspendidas sin agitar sus alas; el arroyo cesó de murmurar y suspendió su corriente; los árboles mantuvieron quietos sus ramajes, y las flores exhalaban sus mas aromáticos perfumes.

Es que Laura habia aparecido a la entrada del florido bosque de acacias, mas bella y seductora que Venus al nacer de las espumas del océano.

Llevaba un blanco vestido de tul, y apoyaba sus piés de niño en un prado de pensamientos.

Su frente ceñia una diadema de azahares, emblema de la pureza. Sus ojos irradiaban de felicidad. Sus labios sonreían con la sonrisa de los querubes, y uno de sus brazos, que habria envidiado el artista griego para su Vénus, estaba estendido hácia mí y parecia significarme me acercara.

Ignoro cómo salvé la distancia que de ella me separaba y me arrojé a sus piés. Su mano se apoyó en la mia, me alzó, y embriagado por una felicidad indescriptible, loco de amor, sin darme cuenta de mis acciones, apoyé en ella mis labios.

Las aves entonaron sus himnos mas armoniosos; el arroyo dejó correr sus linfas; las mariposas agitaron sus alas; los árboles mecieron suavemente su follaje, y las flores se columpiaron gallardamente en sus tallos, mecidas por los céfiros.

El infinito de mi felicidad me despertó, y aun creia tener su mano estrechada en la mia.

.....  
 Solo en este instante conozco que he divagado.

Yo no iba a relatar un sueño, sino a ordenar mis recuerdos, para consignar en este manuscrito las impresiones que hoi recibí.

Me empeñaré en hacerlo.

Sí, recuerdo mui bien que anticipándome una hora a la salida del tren que debía llevarme a donde ella, me hallaba en la estacion central. Creia, talvez, que mi apresuramiento contribuiria a acelerar su partida.

¡Afan inútil!

Parecíame que intencionalmente se retardaba su marcha.

A cada instante consultaba mi reloj, que se habia empeñado en mover sus agujas con irritante calma.

Por fin el silbato del conductor dió la órden de partida, y la locomotiva principi6 a arrastrar, con languidez primero, mas tarde con refrenada viveza, y por último, en carrera vertiginosa, el pesado tren de wagoes que, unidos en cadena, marchaba a sus espaldas.

El coloso de acerada musculatura lanzaba de vez en cuando su poderoso grito, que repetian los valles adyacentes, y redoblando la impetuosidad de su carrera, que para mis anhelos de ver a Laura no me parecia aun bastante precipitada, ajitaba soberbio su largo y flotante penacho de humo, que allá a lo lejos se desvanecia en el espacio.

Oh! si hubiera podido hacerle volar con la lijereza del pensamiento!

Mas, todo en el mundo tiene su término, y por fin la ví.

Los que amen con toda el alma, con toda la prodijiosa enerjía del sentimiento, comprenderán el placer indecible que de mí se apoderó al estrechar su mano, bañado mi semblante por la luz de su mirada.

Hai escenas que es imposible describir, porque es imposible traducir fielmente la espresion de la mirada, la tímida y anjélica sonrisa, la mas leve contraccion del rostro, inspirado por la sublimidad de la pasion.

En los primeros instantes solo sabia admirarla, y guardaba un silencio embarazoso.

Laura iba vestida de azul, de azul como el velo que enlazaba sus cabellos y que mantenia alzado, y murmuré para conmigo mismo esta hermosa improvisacion del señor Egaña, don Juan Maria, que mas tarde tuve oportunidad de repetirle:

«Vestida de azul saliste  
A competir con el cielo,  
Que tambien hai en el suelo  
Cielo que de azul se viste.»

RUPERTO MURILLO.

(Continuará.)

---

## RUBIAS Y MORENAS.

Laura era rubia: rubias eran tambien las célebres madamas de Sevigné, de Grignan, de Longueville, de la Vallière, Fontanges, y la encantadora duquesa de Orleans (Enriqueta de Inglaterra,) tan adorable, tan adorada, y cuyo prematura fin hizo a Bossuet derramar lágrimas inmortales, recojidas por la posteridad.

Eloisa, Ines Sorel, *paloma de amor y dama de la hermosura*; Diana de Poitiers, Gabriela de Estrées, Mme. Warews y Julia de Estrange eran rubias, lo mismo que aquella hija de Cárlo-Magno, incomparable por su belleza, su ternura y su abnegacion, la princesa Emma, que en una noche de frio glacial atravesó los patios del palacio del imperio conduciendo en sus hombros a su amante el secretario Eginhardo, para que no se reconociesen en la nieve las huellas del calzado del jóven.

Sabido es que los mas admirables tipos rubios se encuentran en las hermosuras inglesas. Rubia era Ana Bouleyn, de quien hemos hecho Ana Bolena, calumniándola un poco y tratándola casi tan mal como lo hizo su marido; Ana Bouleyn, cuyos encantos hicieron repudiar a una reina descendiente de los mas grandes reyes, e imponer un nuevo culto a la Inglaterra; la jóven graciosa, Juan Seymour, que la suplantó en el corazon de Enrique VIII, el Barba azul del Albion, era rubia tambien, como la infortunada Juana Grey, y como la bella condesa de Salisbury, a quien el galante Eduardo III recojió la liga en medio del baile, profiriendo las palabras históricas de *¡mal haya quien mal piense!*

La tierna y poética Maria Estuardo, perseguida como la virtud, calumniada, como la hermosura, aunque tambien rodeada de adoraciones y homenajes, era rubia.

Era igualmente rubia la sublime Maria Antonieta de Austria, pobre reina mártir, no ménos infortunada y amable, no ménos calumniada no ménos digna de amor y piedad que Maria Estuardo.

La bella condesa de Koenigsmarck, madre del vencedor de Fontenay, Mauricio de Sajonia, era rubia.

Catalina de Rusia, no ménos hábil en el arte de gobernar vastos estados que en el de cautivar los corazones, era rubia, como todas las hermosas hijas del Norte.

Y rubia era aquella célebre. Rojilana, favorita primero y despues mujer de Soliman, y que, hecha esclava en Galitzia o *Rusia roja* (de donde procedia su nombre de Rojilana), llegó sentarse sobre uno de los mas poderosos tronos del mundo.

La jóven y adorable Beatriz, el ánjel del Dante, era rubia; Armida, Herminia, Clorinda, maravillosas creaciones del Taso, son rubias, como la guerrera Bradamante y la sensible Anjélica, tan cantada por Ariosto. Es mui conocida la dulce y rubia Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo, de quien dice la historia que probablemente hubiese impedido la guerra si rubia vivido mas tiempo.

Si pasamos de Roma a Grecia, veremos a la rubia Frinea, que tuvo por amante al escultor Praxiteles, le sirvió de modelo para su Vénus de Guido, y ofreció reedificar a sus espensas la ciudad de Tebas.

La rubia Mónima era una griega natural de Stratonice: su admirable hermosura inspiró una viva pasion a Mitrídates, que vencido por Lúculo, recibió orden de darse la muerte.

Mónima quiso estrangularse con la cinta de su diadema; mas habiéndose roto ésta, se hizo atravesar el corazon con una espada.

La historia del Toison de Oro prueba que Medea era rubia, y está demostrado por la fábula de las manzanas de oro que Atalanta lo era tambien.

La hermosa Berenice, reina de Ejipto, hija, mujer y madre de los Ptolomeos, tenia magníficos cabellos rubios, que consagró a Vénus; pero habiendo desaparecido esta maravillosa ofrenda del templo donde se hallaba depositada, el astrónomo Canon se apresuró a publicar que habia sido trasformada en astro, y dió galantemente el nombre de Cabellera de Berenice a una constelacion que lo ha conservado despues.

Aspasia, una de las mujeres mas ilustres y mas hermosas de la Grecia, Aspasia, el orgullo y la joya del siglo de Pericles, era rubia.

Elena, la primera de las hermosuras de la antigüedad, era rubia con los ojos negros: y la delicada frescura de su tez, digna del cisme divino, amante de Leda, su madre. Se dice que por una singularidad rara bajo el cielo italiano, la Fornarina, amada de Rafael, era tambien rubia con ojos negros. Minerva, al contrario, la reina de las poetisas, era morena con ojos azules. Vénus (Urania o la celeste) era rubia; Juno, la reina del Olimpo; Iris, la celeste aurora; Hebe, Latona, Dafne, Aretusa, Eucharis, Amfitrite y las Oceánidas,

Pasithea, la mas jóven y bella de las gracias, eran rubias como Psiquis, que sedujo al amor mismo.

Pero las morenas no se consideran ni con mucho vencidas por eso: la Vénus Melania de Corinto era estremadamente morena, asi como Lais, la adorada de Alcibiades y de Apeles, lo mismo que Safo, cuyos ojos negros lanzaban relámpagos y sus labios poesia, como Proserpina, de color bronceado, que se hizo robar cual una inglesa; como Cleopatra, la encantadora que supo encadenar a los dos mas grandes guerreros de Roma; como la Cintia de Propercio y la Libia de Horacio; como Mma. de Paraleré; como la seductora Clara, de Juan Jacobo; como la bella Eleonora de Parny; como la Fanny de Andres Chenier, como todas las heroínas de lord Byron; como el mayor número de las hermosuras andaluzas, venecianas o napolitanas. Maria Padilla, la famosa favorita de don Pedro el Cruel, era una morena encantadora, lo mismo que Ines de Castro, la amante infortunada de don Pedro de Portugal. Todas las Zoraidas históricas o novelescas son necesariamente morenas. Morena era tambien Paulina Bonaparte (la princesa Borghese,) el admirable modelo de la Vénus de Canova.

La tradicion representa como morenas incomparables las hermosuras bíblicas y patriarcales, Sara, Rebeca, Raquel, Tamar, Ana, Abigail, Bethsabé, Susana, Noemi, Ruth, etc.

Zoleika, mujer de Putifar, la amante infortunada del bello pero insensible Josef, era una morena incomparable, segun las creencias musulmanas.

Debemos observar tambien que Magdalena, la sublime pecadora, a quien se le perdonó mucho por lo mucho que habia amado, era una rubia admirable.

Entre las rubias célebres de la antigüedad haríamos mal en no mencionar a la hija del Sátrapa Magabase, la maravillosa Nyssida de rutilantes cabellos, casada con el rey Candal, a quien hizo degollar por Giges, su favorito para casarse con éste.

LA REDACCION.

## UNA PERLA ORIENTAL (1).

ROMANCE

POR MANUEL CONCHA.

## I.

## EL JARDIN.

Principia el año de 1829.

Es una mañana de invierno.

Una fuerte tempestad habia reinado durante la noche; pero, en la mañana, una brisa suave ahuyentó los negros y caprichosos nubarrones que encapotaban la atmósfera, y el cielo, de un color azul diáfano, se dejó ver anunciando un dia sereno, de aquellos tan hermosos en la estacion del frio.

El sol, despuntando apenas, alumbraba los desnudos árboles del jardin del Bei en Tunez, y refractaba sus rayos con los colores del fris en las trasparentes gotas de rocío que como otros tantos diamantes pendian de los árboles, y sobre las vistosas fuentes adornadas de bajos relieves que representaban seres mitológicos jugando con guirnaldas, y a las blancas estatuas, ceñidas algunas por los jazmines de Arabia y la madre selva del Tibet.

Las flores, inclinando sus cálices llenos de purísimo rocío, y doradas por los primeros rayos del sol, exhalaban sus perfumes, y por do quier se respiraba una atmósfera voluptuosa capaz de producir dulces ensueños aun a las almas inaccesibles a los trasportes poéticos de la imajinacion.

Momentos despues, estos vívidos rayos teñian de oro a los altos minaretes del harem y a sus ventanas con persianas verdes cubiertas de flores colocadas en ricos y dorados maceteros del Japon.

El ambiente puro y fresco de la mañana movia blandamente las hojas de ciertos árboles que tienen la particularidad de permanecer todo el año ataviados de sus follajes, y una multitud de doradas avecillas, volando en distintas direcciones, tributaba alabanzas al sol naciente.

(1) El asunto principal de este romance se halla consignado en una corta narracion de un hecho histórico de que dió cuenta EL INSTRUCTOR de Londres en la época en que acaeció.

No podría presentarse cuadro mas pintoresco.

Componíase el jardin de rectas calles de tilos y de acacias, con el piso cubierto de finísima arena. A distancias iguales, y a ambos lados, veíanse grupos de estátuas que ocultaban sus pedestales en el musgo perfumado y fino como el terciopelo, y en las cuales las enredaderas y otras plantas trepantes se entrelazaban mutuamente. Habia tambien grandes jarrones de formas caprichosas, y de los cuales algunos representaban enormes grifos y sierpes retorcidas, de cuyas bocas salian las plantas mas hermosas cubiertas entonces de flores.

En los ángulos de las calles notábanse magníficos surtidores cuya agua, arrojada a la distancia por un dragon, llenaba de fina garúa a las rosas y clavellinas que crecian a su pié, y formaba un murmullo parecido a un prolongado suspiro de amor.

Mas allá, en el centro de los cuadros, mansos estanques en cuyas límpidas aguas, inclinando sus cabelleras, se retrataban los sauces y los pajarillos que posaban en ellos.

Todo esto se presentaba de un modo agradable y risueño a un jardinero que, sentado en el borde de una fuente, aspiraba su pipa tranquilamente al parecer.

Era un jóven moro, que rayaba apenas en los veintidos años; su semblante era pálido, y sus facciones, sin tener nada de aquella delicadeza femenil que constituye, por decirlo asi, la hermosura de algunos, tenian cierto atractivo agradable. Podia decirse que era hermoso. Guedejas de rubio y sedoso cabello dejábanse notar a medías bajo la muselina de su pintado turbante.

Observándole bien, notábase algo de tristeza en su semblante. Parecia dominado por alguna idea fija, por algun pensamiento terrible, pero de vez en cuando sus lábios se dilataban por una sonrisa melancólica.

Esa mañana, la perspectiva que pálidamente hemos descrito, parecia alegrarlo algun tanto. De pronto sus facciones se animaron, abandonó su pipa, y, viendo su semblante reflejado en el espejo de la fuente, lanzó un suspiro de lo íntimo del alma. En seguida, como buscando algun objeto que distrajera su ánimo, despues de haber dado una vaga mirada por el jardin, fijó sus ojos en una de las ventanas del harem.

Su fisonomia cambió súbitamente, sus mejillas se tiñeron de un color sonrosado, su frente se despejó; cruzó los brazos sobre su pecho, y, sonriendo dulcemente, murmuró:

—Ah! sin vos, Zurla, la muerte mejor!

Y sus ojos, velados antes, adquirieron de repente la brillantez de la pupila de un tigre rabioso, como si le hubiera asaltado alguna terrible idea.

Por el silencio que siguió a estas palabras, podia notarse fácilmente lo que le atormentaba hasta desasosegar su corazon.

Siempre inmóvil, con los brazos cruzados, lanzaba inquietas miradas a los altos balcones y atalayas del harem, terminadas en agudas medias lunas y que se alzaban de entre el verde follaje de los árboles del jardin.

Empero, esa mirada, tan ardiente por un momento, se apagaba al instante.

Una aureola de color azul claro se estendia sombreando sus ojos empañados como por un sueño, y una completa dejadez parecia enervar sus miembros.

Tal era el aspecto del jóven.

Un momento despues, dejando caer sus brazos a lo largo del cuerpo, echó a andar con aire pensativo.

El harem presentaba un frente al jardin, y este frente tenia dos ventanas, una de las cuales estaba continuamente adornada de flores siempre frescas. Esta era precisamente la ventana objeto de las espresivas miradas del jóven musulman.

Despues de haber caminado maquinalmente, reunió en su turbante las flores mas hermosas del jardin, y, dirijiéndose al harem trazó frente a la ventana, alternando los colores, un corazon atravesado por un dardo.

Este es el momento mas agradable de mi existencia, dijo mas de una vez, mientras estaba entregado a sus ocupaciones.

De repente, un leve ruido lo distrajo de sus tareas; la ventana se entreabrió, y la cabeza mas bella de una mujer se dejó ver, ocultándose prontamente.

—Ah! mi felicidad brilla y se apaga; es un relámpago.... pero si se prolongase un instante más, quizá moriria de placer. Zurla! si supierais lo que os amo! exclamó el jardinero.

Y al pronunciar estas palabras con voz fuerte y sonora, fijó la vista en aquella ventana, donde acababa de ver a la mujer que adoraba. En seguida sacó un librito de memorias y escribió largo momento.

Una hora habia trascurrido, y el jóven, con la vista fija en el libro, parecia estar sumerjido en reflexiones tristes, en horrorosos pensamientos; empero, levantándose de repente, como iluminado, mostró dos lágrimas próximas a desprenderse de sus pupilas.

—¡Qué cortos parecen los momentos, por largos que sean, cuando se piensa en la patria y en la libertad! exclamó con voz débil. Y añadió: pero el sol está demasiado alto y el trabajo es duro y penoso!

Guardó el libro, tomó un instrumento de labranza que tenía a su lado, y, cantando un estribillo nacional, se internó entre los limoneros y demas árboles del jardín.

Las notas de algunas canciones que recuerdan los momentos de felicidad de que se ha gozado, es el solo consuelo que resta al cautivo. Parece, al entonarlas, que está gozando de los placeres que en un tiempo mas venturoso le hicieron feliz; que ya es libre, y con esta sola quimera, forjándose bellas ilusiones, se le hace mas soportable el trabajo y la cadena mas lijera!

## II.

### PRESENTIMIENTO.

Ahora vamos a conducir al lector a un suntuoso aposento adornado con los objetos mas hermosos que el capricho de la querida de un monarca pudo haber reunido.

Este aposento tiene una ventana que da a un jardín y por donde el viento conduce a aquel retrete, hermoso solo por sus adornos, el aroma de las flores.

Las paredes desaparecen bajo grandes cortinajes de tisú blanco de seda con arabescos de plata, sostenidos de vez en cuando por cordones terminados en borlas de oro de un trabajo exquisito.

El pavimento se ostenta cubierto por una riquísima alfombra de armiño. Por todas partes se ven cómodas otomanas y blandos divanes.

Este aposento se alumbra, durante la noche, por cuarenta garras de águila de plata cincelada, que sostienen a su vez otras tantas bujías perfumadas y que centuplican los magníficos espejos de Venecia.

Jigantescos jarrones de alabastro, colocados a distancias iguales y coronados de rarísimas flores; guirnaldas de camelias y rosas artificiales ciñen las sienas de varias estátuas, obras maestras del cincel europeo, y obsequios de algunos soberanos al Bei. Todo es ahí encantador, y los pebeteros, diseminados sobre consolas de ébano y marfil, esparcen los aromas mas estimados del Cairo y de Bagdad.

En una otomana de sándalo, y sobre cojines de pluma, una mu-

jer se encuentra negligentemente recostada. Su traje es de mañana. Una bata de muselina de la China comprime delicadamente su esbelto talle y su seno palpitante; sus cabellos están sueltos, pero entretejidos con blancos hilos de perlas. Nada mas ideal que esta mujer, y un estatuario no hubiera encontrado el menor defecto en aquella criatura en quien la naturaleza parecia haberse esmerado.

Sus ojos, negros como su cabello, rasgados, húmedos y aterciopelados, brillaban con el fulgor de dos estrellas; parecian, en ese momento, el espejo donde se reflejaba lo que allá en su corazon sintiera.

Su tez, sonrosada y tensa, indicaba lozanía; su pequeña boca, roja como el cacto, hubiera dado envidia al mismo Rafael.

Un pié lijero, calzado con boreguines de color de violeta y que hubiera cabido en el puño de una mano, dejábase notar, a medias, bajo la orla de la bata.

La jóven parecia sobresaltada, y de cuando en cuando dirijia con inquietud sus lindos ojos negros a un biombo de seda que ocultaba una puerta.

Era evidente que la jóven esperaba a alguién, cuya demora parecia impacientarla. Empero, para distraerse tendió un brazo, torneado y mórbido, terminado por una manecita de vírjen, cojió una flor de un jarron, la contempló por un instante, y en seguida, con sus dedos rosados, fué cortando una a una las hojas, que cayeron esparcidas sobre su seno. Por fin la flor quedó en el estambre, que tambien abandonó maquinalmente, como habia abandonado las hojas, para volver a mirar al biombo con cierta inquietud.

Esa momentánea ocupacion, si asi puede decirse, no pareció haberla distraido; porque, incorporándose, apoyó sus menudos piés en la alfombra, y con pasos semejantes a las ondulaciones de una flor mecida por el viento, dió vuelta por el aposento, tronchando aquí una camelia, trastornando allí un pebetero. Pudiera haberse dicho que, fastidiada, buscaba en su mismo fastidio una distraccion. Por último se acercó a la ventana, la entreabrió y dirijió la vista al jardin.

—Ah! siempre ese cristiano mirando hácia acá, exclamó, cerrando la ventana precipitadamente y retrocediendo hasta la otomana.

Y quedó un momento pensativa.

—Quizá he hecho mal en haberme retirado tan bruscamente, volvió a decirse. Creerá que su vista me incomoda.

Y la jóven, sin poderlo evitar, lanzó un suspiro que pareció salir del fondo de su corazón.

—No sé por qué causa, continuó, me ha interesado desde que lo he visto.... Debe ser muy desgraciado, porque frecuentemente lo veo enjugar sus lágrimas y escribir en una cartera.... ¡Cuánto diera por saber lo que escribe!.... ¡sus trabajos y padecimientos quizá! Pobre cristiano, tu suerte se mejorará. Yo hablaré a mi señor.

La jóven estaba ajitada, y su agitacion se revelaba en su semblante. Se movió del divan y se acercó a la ventana para abrirla, pero su brazo estendido volvió a retirarse.

—Nó! dijo; no quiero verle, no le veré; su vista me hace mal; y sin embargo, continuó con voz lenta y pausada, quisiera mirarlo, verlo a todas horas.... Cada vez que miro al jardín, encuentro sus ojos fijos en mi ventana. Oh! Quiera Alá que no le suceda lo que a mí. Muchas veces que ha estado abatido, al dirigir sus miradas a mi aposento se ha sonreído, y en su semblante noble y varonil se ha pintado la alegría. Oh! ese hombre padece.... padece mucho, y si en mi mano está hacerlo dichoso, lo será!

Y la jóven, al pronunciar estas palabras, con voz marcada e imperiosa, cayó abatida en la otomana, como si esta última resolución la hubiera agotado las fuerzas.

Entonces una lágrima, cristalina como una gota de rocío que va a desprenderse de los pétalos de una flor, tembló en sus sedosas pestañas para correr lentamente por sus mejillas tersas como la porcelana.

Un dolor lento y que la hiciera palpar dulcemente el corazón, sucedió a un ligero abatimiento; aplicó la mano a su pecho, y, por un pequeño intervalo, pareció contar sus latidos.

—Oh! yo le amo, sí, le amo, exclamó como reconviniendo a su propio corazón por haber ocultado hasta entonces ese amor. ¿Y por qué no he de amarle, continuó con voz débil, cuando en sus miradas he conocido que también me ama? Nó, no quiero amarle ya! exclamó de repente.

Y se llevó las manos al pecho, y en un acceso espontáneo de disgusto rompió la finísima muselina, y su seno sonrosado y ligeramente ovalado, se dejó ver como vibrando suavemente al impulso de los latidos. Y como si este último esfuerzo la hubiera agotado el valor, permaneció inmóvil, con una mano colocada sobre el corazón, ocultando con pudor su hermoso seno, y con la otra apoyada en la frente, pálida entonces como el marfil.

La menor sensación contraria abatía aquella alma cándida y

pura que por la primera vez sentia la imperiosa necesidad de amar, asi como la impresionable sensitiva contrae sus hojas al contacto de una mano imprudente.

La jóven amaba, y se creia correspondida porque su corazon se lo anunciaba, y en su primer amor el corazon no se equivoca; y este amor que lijeramente presentia, parecia hacerla dichosa; mas despues un terrible presentimiento la asaltaba, y disipaba en un momento todas las doradas ilusiones que creia entrever tras un velo misterioso que se descorriera mui lentamente.

Ella era la favorita del Bei, y él un esclavo.

Habia un abismo entre ambos.

—Sin embargo, le amaré siempre. ¿Y quién puede impedirme que le ame? Quizá su corazon abrigue sentimientos mas nobles que todos los cortesanos de mi señor.... Debo amarle y compadecerle... ¡Con cuánta paciencia y resignacion soporta el trabajo! Su semblante dulce y triste....

Un lijero ruido de pasos interrumpió a la jóven, que, sobresaltada, enjugó sus ojos, húmedos por la primera lágrima de amor, y corrió hácia una persona que entraba.

—Señor! exclamó.

Y quedó en actitud de una humilde sierva.

### III.

#### EL BEI Y SU FAVORITA.

El personaje que acababa de entrar, y a quien la jóven habia mostrado tanto respeto, dándole el título de señor, era un hombre de sesenta años, de facciones marcadas y nobles, de pálido semblante surcado de arrugas, que contribuian a aumentar el aire duro y respetuoso que infundian sus facciones.

Por último, su larga y blanca barba, que se prolongaba hasta llegar casi a su cintura, daba cierta majestad al rostro imponente del viejo Bei.

Iba vestido con un pantalon de color rojo, plegado al tobillo, del mejor brocado de Alepo. Su túnica, en forma de tonelete, que bajaba hasta las rodillas, se ceñia a la cintura por un chal de colores, trabajo el mas acabado de las fábricas de Persia; por fin, en el turbante, una gruesa esmeralda de igual valor que el Guiamschild (1), sostenia a la garzota cuajada de perlas y topacios.

(1) Nombre de un hermoso rubí de la tiara del sultan.

El Bei entró con paso lento y semblante adusto; pero al distinguir a la jóven, al ver en ella tanto lujo de juventud, se sonrió y comprimió lijeramente entre sus brazos el delicado cuerpo de su favorita. En seguida, tomando entre las manos su anjelical cabeza, la contempló un instante con una espresion de inefable alegría y la dió un beso en la frente.

Y se sentaron en una otomana.

Las favoritas gozan de cierta libertad en los harems, y a algunas que han logrado hechizar con su hermosura a su señor, les es permitido asomarse por las ventanas siempre que éstas den a un jardín o dominio particular del amo.

La favorita del Bei gozaba de este privilejio.

Sabido es que la lei mahometana permite tomar cuantas esclavas un hombre puede mantener, y jamas la policia se informa de si están bien tratadas.

El Bei, segun esta costumbre, tenia reclusas en su espacioso harem a muchas esclavas, entre las cuales se encontraba una de diez y ocho años de edad, de mejillas rosadas, de ojos negros y voluptuosos, nariz griega y boca pequeña y rosada como un relicario de coral.

El Bei era un viejo achacoso, pero un viejo que amaba demasiado a su favorita para ocasionarla ningun pesar.

Entre los mahometanos es costumbre apreciar a las mujeres segun los servicios que pueden prestar, y en la clase mas alta se las mira como creadas únicamente para sus deleites.

Bárbara costumbre!

Bien es verdad que una favorita, por el poder de sus hechizos, puede conseguir ablandar a su tirano; pero esto sucede pocas veces.

En el palacio del Bei tenia lugar esta escepcion, y su hermosa favorita se daba poco cuidado en halagarlo, como sucede con algunas mujeres que, cumplidos sus deseos, hijos de su vanidad, abandonan como indignos de ellas los medios con que llegaron a los fines.

Mas esta hurí, rodeada de altas murallas, gozaba de todos los placeres que en un retiro se pueden proporcionar, hasta el extremo, si no de hacer olvidar la libertad, al menos de hacer llevadera la esclavitud.

Zurla se encontraba aprisionada en una jaula de oro, y arrastraba una cadena con eslabones de diamantes.

*(Continuará.)*

## EL ANJEL CAIDO.

---

### I.

¿Recuerdas esa edad tan seductora,  
Dulce, serena, como el aura pura,  
En que forjaba tu alma soñadora  
Un mundo inagotable de ternura?

¿En que la brisa juguetona, errante,  
Testigo de mi ardor y tu alegría,  
En su idioma sublime y palpitante  
Un poema de amor nos repetía?

¿En que bella como el lirio  
Que se mece en la pradera,  
Ostentabas hechicera  
La inocencia virjinal;  
En que grata, pudorosa,  
En tu frente relucía  
Del candor, paloma mía,  
Esa llama celestial;

Con las dichas inocentes,  
Con los goces juveniles  
De los primeros abriles,  
Bajo el cielo del hogar;  
En el que al verte tan pura  
El astro bello del día,  
De vergüenza oscurecía  
Su plácido rutilar?

### II.

Eras entónces como el lirio bella,  
Y resbalaba tu existencia pura  
Como en el éter diamantina estrella  
Que los espacios con su luz fulgura.

En tu alba frente, serafín, lucía  
Un algo incomprendible del Señor,  
Y en tu mirada celestial había  
Una insondable eternidad de amor.

Eran ¡ai! tus labios rojos,  
 Alabastrino tu cuello,  
 Era de oro tu cabello  
 Y de azucena la tez;  
 Esbelto tu talle, erguido,  
 Dulce la voz y sonora,  
 La sonrisa encantadora,  
 Sublime tu candidez.

Porque pródiga natura  
 Dió a tu cuerpo los contornos,  
 Los encantos, los adornos  
 De Murillo y Rafael;  
 Con su mano primorosa  
 Dibujó tus formas bellas,  
 Y por ojos te dió estrellas  
 Con artístico pincel.

## III.

¡Qué fué de tu candor y tu hermosura,  
 Qué se hicieron tus gracias juveniles?  
 Ai! dime ¡quién ajó con mano impura  
 La flor de tu inocencia en sus abriles?

¡Por qué trémula y triste, acongojada,  
 Ocultas en el seno la cabeza?  
 ¡Por qué miro en tu frente retratada  
 La huella funeral de la tristeza?

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 .....

¡Infeliz! ya no te queda,  
 Sobre la tierra sombría,  
 Sino llorar noche y día  
 A solas con tu dolor:  
 Ir como pária en el mundo  
 De puerta en puerta llamando,  
 Sobre la frente llevando  
 La marca del deshonor.

Lívido está tu semblante,  
 Tu hermosura está maldita;  
 Llevas en tu faz marchita  
 Los despojos del placer.  
 Vagas incierta, llorosa,  
 Sin encontrar en tu duelo  
 El mas remoto consuelo  
 Que calme tu padecer.

## IV.

Hoi que han pasado las tranquilas horas  
 De aquella tierna juventud perdida,  
 ¡Por qué a mis labios un consuelo imploras  
 Si es una nuestra herida?

No soi ya el niño que entusiasta un dia  
 Templaba su laud, alborozado,  
 Y al compas de su canto te adormia  
 Feliz, enamorado.

De nuestra hermosa juventud las flores  
 Ajáronse al nacer, una por una;  
 Tus bellas ilusiones, mis amores  
 Murieron en su cuna...

Fuerza es que el cáliz hasta el fin apures,  
 Ai! que reprimas del dolor el grito  
 Y no tu pena sin cesar murmures,  
 Espia tu delito.

¡Qué esperas ya del mundo, desgraciada,  
 Qué de la injusta sociedad presente,  
 A dónde en el desierto abandonada  
 Reclinarás tu frente?

¡Quién podrá devolverte en esta vida  
 Esas horas sin fin de bienandanza;  
 Quién podrá consolar a tu alma herida  
 Y darte una esperanza?

No turbes, nó, con tu salobre pena  
 La danza alegre del festin humano;  
 ¡No sabes bien que a la desgracia ajena  
 El mundo es un tirano?

Seca tu llanto, tu dolor oculta,  
Resígnate a morir sola, olvidada;  
¡A qué quejarte cuando el mundo insulta  
Al alma desgraciada!

## V.

Tras bellos dias de verano ardiente  
Vienen las nieblas del invierno frio,  
Cual tras lampo de luz resplandeciente  
Viene un confuso nubarron sombrío.

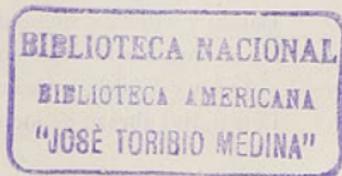
Tras ese vago y celestial anhelo  
Con que se sueña en la niñez dichosa,  
Viene la triste lobreguez, el hielo  
De la palpable realidad odiosa.

Todo cede a los rigores  
De la veleta fortuna;  
Ai! feliz quien en su cuna  
No ha perdido una ilusion.  
¡Cuánto ser vaga en la tierra,  
Abandonado y errante,  
Con la risa en el semblante,  
La muerte en el corazon!

Apura, apura las heces  
Del desencanto, alma mia;  
Deja que el mundo se ria  
De tu amargo padecer...  
Morir! ¡qué importa la muerte  
Despues de haber apurado  
El cáliz envenenado  
Que brinda falaz placer?

Lima—1867.

M. ANTONIO BENAVIDES.



## CUENTO.

## I.

1 Luisa estaba en su ventana  
 Y Carlos se hallaba al pié;  
 La calle estaba desierta  
 Y empezaba a anochecer.

2 Con las manos enlazadas  
 De la ventana al traves,  
 Hablaban en voz tan baja,  
 Que yo no supe de qué.

3 Pero decirse debian  
 Cosas de mucho interes,  
 Porque los dos se miraban  
 Y suspiraban despues.

4 Las estrellas en el cielo  
 Se empezaban a encender.  
 "Ya es hora!" le dijo ella;  
 "Tan pronto!" le dijo él.

5 Se miraron conmovidos,  
 Juraron volverse a ver,  
 Y, acercando su semblante  
 El uno al otro... no sé...

6 La brisa llevó el secreto  
 De aquel adios, y despues...  
 La calle quedó desierta  
 Y la ventana tambien.

## II.

De mil ardientes bujias  
 Está alumbrado el salon,  
 Todo adornado de flores,  
 Lleno todo de esplendor.

Cien parejas enlazadas  
 Se ajitan en confusion,  
 Dando vueltas caprichosas,  
 De la orquesta al dulce son.

Luisa y Cárlos, estrechados  
 Con tierno abrazo de amor,

Tambien se lanzan, jirando  
 En remolino veloz.  
 El aire está perfumado,  
 Y tibio y embriagador;  
 Y Luisa y Carlos lo aspiran  
 Y se embriagan los dos,  
 Cuánto te amo! dice Carlos.  
 —Y cuánto te quiero yo!  
 Contesta Luisa, y se estrechan,  
 Y vuelan por el salon.

Sus corazones palpitan,  
 Su sangre corre veloz  
 Por las venas, y se queman  
 Con su aliento abrasador.

Desaparece a sus ojos  
 El mundo todo en redor,  
 Y aturcidos solo sienten  
 Uno de otro el corazon.

La vida circula en ellos  
 Cual súbita inundacion  
 Que los aturde y marea,  
 Los vence y los lleva en pos.

Incansables jiran, vuelan...  
 Pero... la orquesta calló!  
 El mundo despues del cielo!  
 Espantosa transicion!

Tras la dicha la amargura!  
 La verdad tras la ilusion!  
 Despues de haber dicho: te amo!  
 Tener que decir: adios!

### III.

En un modesto oratorio  
 Postrados ante el altar,  
 Carlos y Luisa reciben  
 La bendicion conyugal.

Se han jurado amor eterno  
 Y eterna fidelidad!  
 Sus sueños se han realizado,  
 Su dicha sellada está.

Luisa, vestida de blanco  
 Y coronada de azahar,

Fija la vista en el suelo;  
Pálida y trémula está.

Cárlos, de negro vestido,  
Muestra risueño la faz  
Y en torno suyo pasea  
Una mirada triunfal.

Ella tiembla porque pisa  
De un mundo nuevo el umbral,  
Donde todos son misterios,  
Donde es todo oscuridad.

Él sonríe!... ¿qué le importa  
Que esa tímida beldad  
Llore y tiembla y vacilante  
Un paso no acierte a dar?

El la recibe en sus brazos...  
«Dios mio! qué bella está!»  
Y con sus brazos de fuego  
Quiere su llanto enjugar!

Ella sufre y él sonríe!  
Y se goza en su ansiedad!  
Su palidez es tan bella!  
Tan dulce es verla temblar!  
Ella está allí! ella lo ama!  
¿Qué le importa demás?

## IV.

Muchos meses han pasado;  
Luisa ha sido mui feliz:  
Entre caricias y amores  
Siempre es hermoso vivir.

Pero ¡ai! huyen los días,  
Y nunca dejan de huir,  
Y el amor y las caricias  
Se llevan consigo al fin!

Del placer la ardiente llama  
Pálida empieza a morir;  
Las ilusiones son humo  
Que viene el viento a esparcir.

Los lábios, indiferentes,  
No saben ya sonreír,  
Y el fuego que arde en los ojos  
No es el mismo que ardió allí.

Luisa piensa en aquel tiempo  
De amoroso frenesí  
En que Carlos la juraba  
Amor y dicha sin fin.

Pero esos tiempos volaron!  
Esa dicha no está allí!  
Y Luisa jime, y temblando  
Conoce que no es feliz!

## V.

Cuán pronto pasan los goces!  
Cómo la dicha es fugaz!  
Cómo pasan los amores  
Y la esperanza se va!  
Pobre Luisa! ella creía  
Sus ilusiones verdad,  
Y que su amor era eterno  
Siendo ella misma mortal!

«Porqué lo amé!» se pregunta,  
Y calla, y rompe a llorar;  
Y estremecida de angustia  
Agrega: «no me ama ya!»

—No te ama! responde el eco  
De su triste soledad,  
Y su pecho se desgarrá,  
Y tiembla y no llora ya!

En vano busca reposo,  
En vano quiere olvidar!  
A cada instante su alma  
Le grita: «no te ama ya!»

Y esta voz aterradora,  
Como un eco sepulcral  
Zumba siempre en sus oídos  
Día y noche sin cesar.

Pobre Luisa! palidece  
Y se marchita su faz!  
Sus bellos ojos azules  
Rojos están de llorar!

El insomnio la consume,  
La devora la ansiedad;  
Durante el día está sola  
Y sola en la noche está.

Ajitándose en el lecho  
 Llama a Cárlos sin cesar;  
 Pero Cárlos ya no viene  
 Sus lágrimas a enjugar!  
 Dónde está!... terrible idea!  
 En brazos de otra quizá!...  
 Nó! nó!... se sienten pisadas;  
 Un hombre acaba de entrar.  
 Es Cárlos!... pálido, inquieto  
 Y vacilando al andar,  
 Con la huella de la orjía  
 Impresa sobre la faz!  
 Y Luisa llora en silencio!  
 Su amor vergüenza le da;  
 Y en voz baja se pregunta:  
 "Por qué no lo puedo odiar!"

VICTOR TORRES A.

---

## DE MI DIARIO ÍNTIMO.

---

A ELLOS.

Preciosos seres a mi vida unidos,  
 Y en ánjeles de guarda convertidos  
 Para darme placer,

Vosotros sois la antorcha hermosa y pura  
 Que de mi vida allá en la noche oscura  
 Constante veo arder:

Por vosotros valiente y resignada,  
 Marcho por una ruta tapizada  
 De punzantes espinas,

Y ahogando dentro el pecho los dolores,  
 Pido para vosotros bellas flores  
 En sendas peregrinas.

¡Hijos del corazon! con cuánto anhelo  
En mi ansiedad de madre, pido al cielo  
Os dé propicia suerte!

Os dé por cada gota de mi llanto,  
Hora tras hora de placer y encanto;  
¡Y a mí!... tranquila muerte.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

## LOS BUSCA-VIDA.

---

( CONTINUACION. )

En efecto, allí se embelesó Florencio admirando el pavo real, el cisne, el camello, los canastillos zahumadores y una profusion de ricos pebeteros. Mas, lo que sobre todo llamó su atencion, [fué un guapo minero de pié sobre un peñasco. Toda la vestimenta asi como el combo que sostenia el nervudo brazo, eran perfectos. El viento parecia ajitar su ceñidor y echar atras su flotante cabellera.

—Qué lindo, qué primoroso! exclamó Florencio entusiasmado, contemplando aquella figura.

—Este pobre minero está allí purgando un pecado ajeno, dijo Dolores mirando a su hermana.

—¿Cómo asi, señorita! ¿Se podrá saber?

—Es un secreto de Benigna.

—Dí lo que quieras, dijo ésta con dulzura.

—Sí, sí, cuéntenos ustedes, exclamaron los jóvenes sentándose junto a Dolores.

Esta, que se desvivía por charlar, refirió asi toda una historia.

### XIII.

—Nuestro padre, dijo, era un caballero español mui celoso y adusto con su familia. Desde que fuimos jóvenes, mandó cerrar con mas cuidado la puerta de calle. Solo saliamos una vez al dia, a oír la primera misa en San Francisco, y ¡cuenta! que en invierno la dicen con una hora de noche. Tendria Benigna como 18 años cuan-

do, no sé cómo ni dónde, la ve un extranjero y se enamora de ella.

—Yo habria hecho otro tanto, dijo Emilio sonriendo.

—No se acredite usted de mal gusto, contestó Benigna.

Dolores continuó:

—Todas las mañanas antes de aclarar teniamos al gringo en la puerta de la iglesia. Era incansable. Si hubiera sido tan buen cristiano como fino enamorado, habria sido un santo. Un dia no pude librarme de recibirle una carta que me escurrió por entre el manton. Cuando llegamos a casa se la entregué a mi hermana.

Entonces recién conocimos que el aprender a leer puede ser útil a una mujer. Mas mi padre nunca nos lo habia permitido, sin duda para evitar estos percances. ¿Qué hacer? La curiosidad venció al temor: se la entregamos a mi madre para que nos descifrara su contenido. Ella lo que primero nos dijo fué que era preciso que mi padre no supiese nada de esto.

—Lo que desea el que esto escribe, agregó mi madre, despues que la hubo leído, es saber si Benigna le quiere pedir su mano.

Yo me encargo de contestar y de disuadir de su proyecto a este caballero; y ¡cuidado con recibir otra misiva!

Despues de este conato amoroso, nuestro hombre desapareció.

Por entonces se reunian de noche varios amigos, y entre ellos mi padre, en casa de un señor Peña. En una noche de invierno, en que casualmente mi padre no habia asistido a la tertulia, un jóven norteamericano recién llegado al pueblo fué presentado en la casa. Entrando en conversacion sobre el asunto del dia, que era los salteos y asesinatos que se cometian en el pueblo, donde no teniamos aun ninguna clase de policia, este extranjero se puso a referir mil hazañas estravagantes que enaltecian su valor. Picados en su amor propio algunos de los concurrentes, se propusieron darle un buen chasco.

Al efecto, apénas salió de allí se embozaron todos en sus largas capas, y siguieron sigilosamente tras él. Torcieron calles y calles y lo vinieron a esperar en la esquina de esta misma casa en que estamos.

¡Aun lo recuerdo! la noche era tan oscura, que no se veia un bulto a dos pasos de distancia.

Asi que sintieron las pisadas del jóven, «la bolsa o la vida!» le gritan de improviso, rodeándolo y estrechándolo contra la pared. La detonacion de una arma de fuego resonó al instante, y un hombre cayó al suelo.

Al oír el tiro mi padre corrió; abrió la puerta de calle e hizo introducir en casa al herido. Luego que la luz iluminó el rostro de ese infeliz, mi padre se dió una palmada en la frente, y nosotras quedamos frías de espanto: mi padre habia reconocido a uno de sus amigos de tertulia y nosotras al inglés de la puerta de San Francisco!

Al grito que se le escapó a Juana por la sorpresa, el herido entreabrió los ojos y la reconoció.

—En dónde estoy? articuló.

Mi padre le dijo que se hallaba en casa.

—Y esta niña? replicó.

—Es mi hija, contestó mi padre.

—¡Oh, amigo! exclamó entónces en tono de reconvencion el inglés, ya moribundo. ¡Qué feliz pudiera yo haber sido con ella!

Mi padre creyó que deliraba y nos mandó salir de la pieza. Dos horas despues el desgraciado espiró, dejando a Benigna por heredera de toda su fortuna.

De esa fortuna, mi hermana, solo ha conservado para sí ese minerito que se encontró en el escritorio del escelente inglés con las iniciales de Benigna.

—Y quién lo asesinó? preguntó uno de los jóvenes.

—El americano, que tomó a sus contertulios por asesinos.

Lejos estaban estos de creer que aquel hubiese pasado a casa de un conocido y pedídale una pistola, para precaverse de los forajidos ~~que Rosas nos habia echado de este lado de las cordilleras, y que tenian en continúa alarma a Copiapó.~~

Poco despues de esta conversacion, Florencio y Emilio se despidieron de sus amables amigas y entraron de vuelta en su casa.

#### XIV.

Emilio se llevó a Florencio a su cuarto y allí renovó con mas fuerza su plan de ataque.

—¡Qué tal, Florencio? le dijo; ¡qué tal el negocio que te propongo?

—Despues de todo, contestó éste, Albina no tiene por qué concebir celos de unas niñas como las que acabamos de dejar.

—Es cómoda una futura que nos deja el espíritu desocupado y el corazon del todo libre, replicó Emilio.

—Tengo una esperanza, repuso Florencio.

—Cuál?

—Que me rechacen.

—Bah! No tengas cuidado, conozco a la mujer como si yo la hubiese formado. Déjate guiar, sé dócil, y te prometo llevarte a tierra firme. Entre tanto elije: cuál te agrada más de las dos?

—¡Me gusta la pregunta! Ninguna.

—Aguarda, dijo Emilio.

Luego tomó una pluma, escribió sobre dos papelitos y los colocó dentro de su sombrero:

—Saca uno, dijo con petulancia a su amigo.

Florencio, bajo la presión moral de Emilio, sacó uno maquinalmente.

Emilio se lo arrebató y leyó con precipitación:

—“Benigna.” Esa es la tuya, le dijo, palmeándole el hombro.

No puedes quejarte de tu suerte.

Florencio arrojó el papel y salió de allí murmurando:

—¡Albina! ¡Albina!

## CAPÍTULO DÉCIMO.

### LA CITA.

#### I.

Era día domingo.

El reloj de la máquina daba las ocho de la mañana.

Los empleados del establecimiento, desquitándose de las madrugadas de la semana, disfrutaban aun del grato sueño de aquella hora.

La ventana del cuarto de Florencio se entreabrió, y se oyó la fresca voz del jóven que cantaba:

Niña de los ojos negros  
 Que en triste prision guardada  
 Vives del mundo ignorada,  
 Vives sin gloria ni amor;  
 Oye ingrata mis suspiros,  
 Piadosa escucha mi queja,  
 Que lloro al pié de tu reja,  
 Desdenes de tu rigor.

La puerta del aposento de Albina, que se encontrabafrente al de Florencio, al extremo del corredor opuesto, se abrió y ella apareció en el dintel. Al verla, Florencio, anudó lijeramente su corbata, se peinó el cabello y el bigote, salió al corredor, y se dirijió hácia ella.

—Buen día, señorita! Se va usted a misa? la dijo al verla en traje de iglesia.

—Nó, Florencio, he ido ya.

—Desearia hablar con usted, Albina; quisiera decirla cuán desgraciado me encuentro. Necesito oír su acento apasionado para no desesperar; verla sin que miradas importunas nos espíen; necesito, en fin, que usted me dé fuerza para luchar con el destino, que se interpone entre los dos.

—¡Cómo! ¡imposible! dijo Albina, meneando tristemente la cabeza.

—Albina, cuánto ha cambiado usted! Ya no me ama.

—¡Que no le amo! murmuró ella, deteniendo en los ojos de Florencio una mirada llena de emocion.

—Y si me ama ¿a qué desesperarme con un "imposible" que equivale a una repulsa?

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Tengo yo la culpa de que su amigo, que parece la sombra de usted mismo, no nos deje en libertad? ¿de que lo arranque constantemente de mi lado con absurdos pretextos para llevárselo qué sé yo dónde? Cree usted que yo no sufro?

—Pues bien, Albina, dominemos la situacion a fuerza de amor.

Hagámonos superiores a la envidia del uno y a los innobles celos del otro: porque Emilio envidia mi felicidad y Doncel, como usted sabe, me odia, está celoso. Venga, vamos a dar una vuelta por la alameda; allí podremos hablar mas confiados.

—No puede ser, dijo Albina; mi padre sigue enfermo en cama.

—Tanto mejor.

—Puede necesitar de mí.

—Queda la sirvienta.

—Es demasiado temprano.

—Mas tarde Doncel, Emilio y todos los demas empleados estarán en pié.

Albina se quedó pensativa.

—Pues bien, señorita; tendré el pesar de dejar esta casa sin darle mi ultimo adios.

—¿Qué me dice usted? ¿Usted dejar esta casa?

—Sí, Albina; sepa que Doncel me intriga. El trabaja con teson

cerca del padre de usted para que me despida del establecimiento.  
—¡Quiera Dios que usted no se halle en el secreto de esta intriga!

—¡Florencio! repuso Albina, con dignidad y en tono de reconvenccion.

—Y qué he de pensar, Albina, al ver su tenacidad para no escuchar mis confidencias?

—Pues bien, vamos, Florencio. Pero volveremos pronto, ¿no es verdad?

—Oh! sí, sí, contestó él entusiasmado.

Y ambos jóvenes se dirijieron hácia el interior del establecimiento por bajo la sombra de los sauces.

## II.

La mañana era hermosa. El sol principiaba a desasirse de la cortina de nubes que por lo regular lo envuelven hasta esa hora en el norte, y apareció espléndido y ardiente; una brisa suave y aromática hacia balancear la copa de los empinados sauces. Al pié de estos jigantes de la vejetacion, se enredaban de trecho en trecho matas de mosqueta y rosas de todo el año. Lindas mariposas revoloteaban en confusion por entre esas flores casi silvestres. El silencio y la soledad de aquel sitio eran solo interrumpidos por el ruido monótono de la máquina.

Los dos jóvenes, embriagados en solitaria intimidad, dirijiéndose tiernas frases, suspirando y sonriendo a un mismo tiempo, llegaron a un gracioso bosquecillo formado por unos cuantos sauces llorones. Por lo regular, aquel lindo retrete marcaba el fin de ese paseo. Allí solia ir Florencio a reposar en las siestas calurosas, y declamaba en voz alta el «Canto a Teresa» de Espronceda. Allí tambien iban a buscar un rato de solaz los jóvenes empleados, en las tardes y hasta en las tibias noches de luna. Los troncos entrelazados de estos sauces cerraban los costados de aquella gruta, hecha al acaso por los caprichos de la naturaleza. Las ramas lánguidas cubrian la parte superior, e inclinándose hasta el suelo, formaban un pabellon de verdura.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

# DIMENSIONES DE LA LUNA,

## SU DISTANCIA DE LA TIERRA, SU ROTACION Y SUS FASES.

(Véase la entrega 10.)

### DESCRIPCION DE UNA PEQUEÑA CORDILLERA DE MONTAÑAS.

Este bonito cráter brillante y pequeño, que se halla a la derecha de la cordillera de montañas, cambió de aspecto en algunas horas. Aun puede verse otro mas pequeño sobre uno de sus lados, que desapareció algunas horas despues. Como el cráter mas pequeño está mas bajo, se encuentra sumerjido en la sombra del mayor, la cual, ademas, se hizo mui larga, hasta caer sobre la cordillera de montañas, donde va a confundirse con el borde oscuro de la luna. Cuando se piensa que una cordillera de montañas como esta de que hablamos, no tiene mas de 100 kilómetros de largo, 92 kilómetros de ancho, con 314 metros de altura, y que se puede distinguir tan bien a pesar de la distancia de 384,000 kilómetros que nos separa de ella, no puede uno menos de maravillarse.

Cualquiera puede examinar como nosotros.

Ademas de ese cráter de que acabamos de hablar, señalaremos tambien la apariencia llana y bastante lisa del terreno situado entre ese cráter y la cordillera de montañas, que nos descubre un terreno mui desigual, lo que consiste simplemente en que los rayos, mucho mas oblicuos a causa de la hora avanzada del dia por esa parte de la superficie de la luna, hacen resaltar mucho más la menor sinuosidad de terreno. Con una observacion semejante, hecha un dia despues del cuarto creciente, lo que da sombras proyectadas en un sentido opuesto, se tienen todos los elementos necesarios para hacer estudios de secciones de terreno. Cerca, y a la derecha de ese cráter de que acabamos de hablar, y de donde parten esos cuatro rayos luminosos, hácia arriba, hai un pequeño cráter que no tiene mas de mil metros de diámetro y parece que desemboca en el extremo de un pequeño surco, asi como tambien la cordillera de mon-

tañas de que acabamos de hablar hace un instante, parece que desemboca en un pequeño cráter.

Otra cosa mui notable hai que ver aun en esta pequeña parte de la superficie de la luna: es el surco que baja del cráter brillante de donde parten esos cuatro rayos luminosos de 45 kilómetros de largo y de unos 600 metros de ancho. Va a reunirse con esos montecillos aislados y se encuentra al mismo tiempo con otro pequeño surco que se dirige hácia abajo. Un astrónomo aleman llamado Macdler, que se ha ocupado mucho de este estudio, ha descubierto un crecido número de surcos en la superficie de la luna. Todos esos montecillos que se encuentran abajo de la cordillera de montañas ofrecen el aspecto de la desolacion mas completa; colocados aquí y allá sin ninguna simetría, son el ejemplo notable del carácter jeneral de nuestro satélite.

#### DESCRIPCION DE UNA LLANURA LLAMADA MARE NUBIUM.

En el próximo número daremos una idea de esas grandes partes sombrías y llanas que pueden distinguirse con la simple vista.

Son unas vastas llanuras donde parece que la lava hizo destrozos horribles, cubriendo una parte de la superficie de la luna en una estension de 800 kilómetros de largo sobre 400 kilómetros de ancho, que es el espacio que ocupa *Mare Nubium*, sumerjiendo todo cuanto se ofrecia a su paso, de modo que todo lo que quedó sobre su superficie se reduce a cumbres de montañas mui altas. Parece que casi podria indicarse de qué lado bajó la lava, a juzgar por esa infinidad de rayos luminosos que pueden verse, particularmente con un poderoso instrumento. Justamente por ese sitio viene a desembocar uno de esos grandes rayos luminosos que parten de Ticho.

Hácia arriba no hai mas que montañas, y lo restante es, digámoslo asi, llano. Los antiguos, que tomaron esas llanuras por mares, habrian podido considerar esas montañas como la tierra firme, y la falda de esas elevaciones como sus orillas.

Bien que aun en el dia no se rechace esa idea, es lo cierto que sobre ese supuesto mar no veremos mas que rocas y montañas aisladas, cuyas sombras caen sobre partes mas o menos desiguales de la superficie de esa llanura de lava. Primeramente, la parte mas llana que se encuentra es aquella que rodea la pequeña cordillera de montañas de que hemos hablado, y se estiende hasta cerca de esas montañas, donde puede distinguirse un pequeño surco mui es-

trecho, que tiene la apariencia de una línea recta. Tiene 100 kilómetros de largo; cuando está alumbrado suficientemente, se conoce bien que es cóncavo sobre la superficie de la luna. Esa vasta llanura, que conserva su carácter en una dirección contraria, se estiende hácia abajo, y antes de llegar se divide en otro ramal. En el ángulo de esa ramificación se hallan dos montañas circulares principales, de las que la mas próxima al ángulo se llama Guerike; tiene una muralla sobre su muralla de la izquierda, que se eleva a 686 metros; la otra, situada debajo, se llama Parry, alta de 1,086 metros.

La montaña anular, en el borde derecho de esta llanura, es Bulliad, la mayor que aquí se encuentra; tiene 60 kilómetros 9 décimos de diámetro. La montaña mas alta, que está situada a la izquierda, sobre la muralla, tiene 2,804 de elevación. Luego ya no se encuentran mas que pequeños crateres y montecillos poco elevados y aislados.

En cuanto a esa cordillera de montañas elevadas, que se estiende de norte a sur, es mui notable por su configuración jeológica; merece que nos detengamos un instante.

Se estiende sobre un espacio de 750 kilómetros y está formada de cinco circos, que son: Rejiomontanus, Purbach, Arzaquel, Alphons y Ptolomaus que es el mayor de todos.

Y todos estos circos están formados del mismo modo que las demas montañas circulares que hemos descrito ya; solo difieren por su aspecto y por la altura de sus murallas.

Rejiomontanus es un gran circo que tiene 102 kilómetros de diámetro; se halla rodeado de crateres y de montañas que se elevan sobre la llanura interior en forma de terrados. El monte central es de poca elevación, y se encuentra por 27° 46' latitud Sur y 1° 18' longitud Este. Es circular y muestra un cráter en su centro.

Purbach es de una forma casi cuadrada; sus murallas son bastante altas; arriba y hácia la izquierda de este circo hai una montaña que tiene 1,304 metros de elevación sobre su llanura interior. Su monte central es un cráter de poca altura.

Después viene Arzaquel, llamado en otro tiempo por Hevelius *Mons Cragus*. Tiene casi la forma de un pentágono irregular; su diámetro es de 104 kilómetros; en su muralla de la izquierda tiene puntos mui altos, que llegan hasta 4,250 metros, en tanto que a la derecha hai otros que solo se elevan 1,690 metros sobre su llanura interior.

En el centro se nota un monte central de 1,536 metros y un cráter mui brillante situado por  $18^{\circ} 4'$  de latitud Sur y  $2^{\circ} 14'$  de lonjitud Este. Un poco mas abajo y a la derecha de Arzaquel hai un montecillo circular llamado *Alpetragius* que tiene 42 kilómetros de diámetro; la muralla del Oeste o de la izquierda tiene 3 mil 764 metros sobre el interior; domina la llanura a una distancia larga. Alphons es una vasta montaña circular que tiene 131 kilómetros de diámetro. Su muralla de la izquierda es mui escarpada; se compone de picos entre los cuales hai algunos de 2,200 metros. *Mare Nubium* viene a tocar la base de la muralla de la derecha, que solo tiene 1,732 metros de elevacion.

Su monte central está situado por  $12^{\circ} 59'$  de latitud Sur y  $3^{\circ} 14'$  de lonjitud Este; solo se eleva a 1,218 metros sobre la llanura central.

Diremos de paso que debe parecer singular que se hagan comparaciones de montañas, diciendo, como en este último ejemplo, que el monte central solo se eleva a 1,218 metros sobre una llanura; esto procede simplemente de que las montañas lunares son por lo comun mas elevadas, en proporcion, que las de la tierra.

Una montaña en forma de pico, sobre todo, que se elevara súbitamente a 1,218 metros sobre una llanura terrestre, no dejaria de llamar la atencion en sus habitantes; pero cuando se cuentan tantas de 5 y 6 mil metros, bueno es entenderse.

Ptolomaus es el último de esa gran cordillera de circos cuya descripcion damos, y el mayor de todos; tiene 219 kilómetros de diámetro; su llanura interior es de poca elevacion sobre *Mare Nubium*; tiene un monte central en forma de cráter, y es el mas grande de los seis que existen en su llanura interior.

Mas abajo de Ptolomaus se ve una bonita montaña pequeña, a la que han dado el nombre de Herschel. Tiene 38 kilómetros de diámetro; su muralla es de 2954 metros de elevacion, y su monte central de 800 metros; está situada por  $5^{\circ} 37'$  de latitud Sur, y  $2^{\circ} 9'$  de lonjitud Este.

Esta cordillera, que presenta un espectáculo precioso vista por un grande instrumento, se halla siempre visible un dia despues del cuarto creciente o un dia ántes del cuarto menguante; hállase justamente sobre el borde alumbrado de la luna en la línea de separacion de luz y de sombra; puede decirse que es uno de los mas bonitos paisajes lunares que se descubren.

Es deplorable que en todas estas contemplaciones el observador

no pueda colocarse mejor en el espacio; siempre está uno sobre montañas como un espectador en un globo, y así se pierde mucho del efecto. Figurémonos un hombre que pasa sobre la Suiza en un globo; ¡cuántos de esos sitios maravillosos serán a su vista insignificantes! Primero las alturas, que parecen tan majestuosas vistas desde su base, no pueden calificarse de alturas, porque todo se ve en escorzo; los valles toman el puesto de esos contrastes magníficos. ¡Qué cosa mas hermosa que la cumbre de una montaña cubierta de nieve bajo un cielo despejado!

#### DESCRIPCION DEL PETAVIO.

*Petavio* es una de esas montañas anulares, o mas bien, uno de esos circos gigantescos como se ven algunos en la superficie de nuestro satélite.

El diámetro real de *Petavio*, medido por la montaña central horizontalmente, es de 101 kilómetros; pero como se ve en escorzo (pues *Petavio*, no es en realidad tan elíptico.) solo mide unos 75 kilómetros. Tiene 150 kilómetros de largo; es una montaña anular interesante.

Sus murallas están formadas por una especie de cordillera de montañas que da varias vueltas en torno de la llanura central, aunque se inclina formando terrados. A la izquierda, sobre la muralla y sobre la misma línea que la montaña central, se encuentra el punto mas elevado de la muralla al Oeste; alto de 1961 metros sobre las colinas del contorno. En la muralla del Este, o sea a la derecha y bastante cerca de la pequeña cordillera que se dirige de la muralla hacia la montaña central, hai un punto que no tiene ménos de 3303 metros de elevacion sobre la llanura interior del circo.

Se distingue una cordillera de montañas que pone en comunicacion el centro de ese gran circo con la muralla del Este; tiene cerca de 50 kilómetros de largo y 250 metros de altura; es casi el único circo donde se presenta esa particularidad. El sistema de montañas situadas en el centro es muy notable; tiene dos volcanes, de los cuales el mayor es la montaña principal y central.

Esta montaña, situada por 24° 39' latitud Sur, y 59° 19' longitud Oeste, se eleva a una altura de 1932 metros sobre la llanura y se encuentra sobre una base alta de 227 metros. Cuando el sol está próximo al acaso, las sombras de las montañas en el centro se proyectan hasta la misma muralla. En la hora en que se observó *Petavio* con el telescopio, la sombra principiaba a tocar con la mu-

ralla de la izquierda, lo que permitió medir exactamente las alturas, diferentes veces en la misma noche.

En esa sombra, y cerca de la montaña central, se distinguen las cumbres de otras dos montañas; la mas distante de la montaña central tiene 1143 metros de elevacion. Ademas de estas montañas centrales se elevan otros promontorios menores que se dirijen en distintas direcciones hácia el Norte y hácia el Sur, y entre ellos se cuentan tambien bastantes picos aislados, montecillos y peñascos de grandes dimensiones.

Hácia lo alto de la muralla hai un cráter de forma ovalada que siempre está mui visible; se halla situado al borde de la llanura interior. Pueden distinguirse tambien varios montes pequeños y rocas que están un poco en la sombra, y que forman la base de la muralla.

Un poco mas arriba aun, en el último límite de la muralla estrema, algunos pequeños cerros bien modelados se destacan del resto de las otras montañas, y cuanto mas se aleja la vista de esas murallas hácia el exterior, más escasean las montañas. Por todas partes se muestran formas circulares, aun en las alturas mas medianas.

C. BULARD.

(Continuará).

---

## AMOR DE MADRE.

(CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI BRAZO DE PLATA.)

---

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personajes de esta tradicion, pecado venial que hemos cometido en "Muerta en vida," y alguna otra. Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razon, y mui poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I.

En agosto de 1690 hizo su entrada a Lima el escelentísimo señor don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Zarza en la órden de Alcántara, y vijésimo tercio

virei del Perú por Su Majestad don Carlos II. Además de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre, acompañábanlo desde Méjico, de cuyo gobierno fué trasladado al de estos reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos por su bizarro y marcial aspecto don Fernando de Vergara, hijodalgo extremeño, capitán de jentiles hombres lanzas; y contábase de él que entre las bellezas mejicanas no habia dejado la reputacion austera de monje benedictino. Pendenciero, jugador y amante de dar guerras a las mujeres, era mas que difícil hacerlo sentar la cabeza; y el virei, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima casarlo de su mano, por ver si resultaba verdad aquello de—estado muda costumbres.

Evanjelina Zamora, amén de su juventud y belleza, tenia prendas que la hacian el partido mas codiciable de la Ciudad de los Reyes. Su bisabuelo habia sido, despues de Jerónimo de Aliaga, del alcalde Rivera, de Martín de Alcántara y de Diego Maldonado el rico, uno de los conquistadores mas favorecidos por Pizarro con repartimientos en el valle del Rimac. El emperador le acordó el uso del Don y, algunos años despues, los valiosos presentes que enviaba a la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo a cuestas, rico y ennoblecido, pensó nuestro conquistador que no tenia ya mision sobre este valle de lágrimas, y en 1604 dió el petate, legando al mayorazgo, en propiedades rústicas y urbanas, un caudal que se estimó entonces en medio millon de pesos.

El abuelo y el padre de Evanjelina acrecieron la herencia; y la jóven se halló huérfana a la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la mas cordial amistad. Evanjelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitán de jentiles hombres, que a fuer de galante no desperdició coyuntura para hacer su corte a la doncella, la que al fin, sin confesar la inclinacion amorosa que el hidalgo extremeño habia sabido hacer brotar en su pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con don Fernando. El intermediario era el virei nada menos, y una jóven bien endoctrinada no podia inferir desaire a tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio, el capitán Vergara olvidó su antigua vida de disipacion. Su esposa y sus hijos

constituian toda su felicidad: era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un dia fatal hizo el diablo que don Fernando acompañase a su mujer a una fiesta de familia y que en ella hubiera una sala, donde no solo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que, al rededor de una mesa con tapete verde, se hallaban congregados muchos devotos de los *cubículos*. La pasión del juego estaba solo adormida en el alma del capitán, y no es extraño que a la vista de los dados se despertase con mayor fuerza. Jugó, y con tan aviesa fortuna, que perdió en esa noche cien mil pesos.

Desde esa hora, el esposo modelo cambió por completo su manera de ser y volvió a la febricitante existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada dia mas rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente a las pérdidas y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama desquite.

Entre sus compañeros de vicio habia un jóven marques a quien los dados favorecian con tenacidad, y don Fernando tomó a capricho luchar contra tan loca fortuna. Muchas noches lo llevaba a cenar a la casa de Evanjelina, y terminada la cena los dos amigos se encerraban en una habitacion a *descamisarse*, palabra que en el tecnicismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

En vano Evanjelina se esforzaba por apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazón del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recojida en su lecho cuando la despertó don Fernando, pidiéndola el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evanjelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra diciéndola que trataba solo de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué habia pasado en la habitacion donde se encontraban los dos rivales de tapete? Don Fernando perdía una gran suma y, no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos mas tarde en el dedo anular del ganancioso marques.

Don Fernando se estremeció de vergüenza y remordimiento. Despidióse el marques, y Vergara lo acompañaba a la sala; pero al llegar a ésta volvió la cabeza hácia una mampara que comunicaba al

dormitorio de Evanjelina y, al traves de los cristales, vióla sollozando de rodillas ante una imájen de Maria.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de don Fernando y, rápido como el tigre, se abalanzó sobre el marques y le dió tres puñaladas por la espalda.

El desventurado huyó hácia el dormitorio y cayó exámine delante del lecho de Evanjelina.

## II.

Abramos un paréntesis para ocuparnos de la historia.

El conde de la Monclova, mui jóven a la sazón, mandaba una compañía en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró a lo mas reñido de la pelea y, victoriosas las armas españolas, fué retirado del campo casi moribundo. Restablecióse al fin, pero con pérdida del brazo derecho, que hubo necesidad de amputarlo. El lo sustituyó con otro plateado y de aquí el apodo con que en Méjico y en Lima lo bautizaron.

El virei *brazo de plata* sucedió en el gobierno del Perú al ilustre don Melchor de Navarra y Rocafull. Con igual prestigio que su antecesor aunque con menos detes administrativas, dice Llorente, de costumbres puras, relijioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba al pueblo con su ejemplo, y los necesitados el hallaron siempre pronto a dar de limosna sus sueldos y las rentas de su casa.

En los quince años cuatro meses que duró el gobierno de Brazo de Plata, período a que hasta entonces ni despues llegó ningun virei, disfrutó el país de completa paz, la administracion fué ordenada y se edificaron en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo mui floreciente; pero fué por causas estrañas a la política. Las procesiones y fiestas relijiosas de entonces recordaban, por su magnificencia y lujo, los tiempos del conde de Lemus. Los portales, el cabildo y la galeria de palacio fueron obra de esa época.

En 1794 nació en Lima un monstruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos unidos por un cartílago. De la cintura a los piés poco tenia de fenomenal, y el enciclopédico limeño don Pedro de Peralta escribió, con el título de *Devios de la naturaleza*, un curioso libro, en que a la vez que hace una minuciosa descripcion anatómica del mónstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V, que le sucedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octojenario y cansado del mando, el virei Brazo de Plata instaba a la corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo falleció el conde de la Monclova en 22 de setiembre de 1705, y su sucesor, el marques de Casteldorius, no llegó a Lima sino en julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio despues de la muerte del virei; mas una noche, concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesia, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa, cuyo monasterio estaba en fábrica. En mayo de 1710 se trasladó doña Josefa de Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

### III.

Cuatro meses despues de su prision la Real Audiencia condenaba a muerte a don Fernando de Vergara. Este, desde el primer momento, habia declarado que asesinó al marques con alevosía, en un arranque de desesperacion de jugador arruinado. Ante tan franca confesion no quedaba al tribunal más que aplicar la pena.

Evanjelina puso estérilmente en juego todo resorte para libertar a su marido de una muerte infamante; y [en tal desconsuelo llegó el dia designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evanjelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo.

Vestida de duelo se presentó en el salon de palacio, en momentos de hallarse el virei conde de la Monclova en acuerdo con los oidores, y espuso: que don Fernando habia asesinado al marques, amparado por la lei: que ella era adúltera y que sorprendida por el esposo huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido.

La frecuencia de las visitas del marques a la casa de Evanjelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado al muerto al pié del lecho de la señora y otros pequeños detalles, constituian motivos bastantes para que el virei, dando crédito a la revelacion, mandase suspender la sentencia.

El juez de la causa se constituyó en la cárcel para que don Fer-

nando ratificara la declaracion de su esposa. Mas apenas terminó el escribano la lectura, cuando Vergara, presa de mil encontrados sentimientos, lanzó una histérica carcajada.

El infeliz se habia vuelto loco!

Pocos años despues la muerte cernia sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa, y un austero sacerdote prodigaba a la moribunda los consuelos de la relijion.

Los cuatro hijos de Evanjelina esperaban arrodillados la postrera bendicion maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto:

El mundo olvidará, les dijo, el nombre de la mujer que os dió a la vida; pero habria sido implacable para con vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalso. Dios, que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un dia los hijos del ajusticiado.

RICARDO PALMA.

---

## PÁJINAS DEL ALMA.

---

(CONTINUACION.)

### XVII.

Trascurrió el dia con una lijereza abrumadora, y en la tarde salimos a pasear a caballo.

Eduardo, ¡qué egoista es el amor! No habia hecho antes mencion de mi amigo y compañero de viaje, porque me hallaba embebido con el solo recuerdo de Laura. Y sin embargo, no soi un ingrato: le estimo mui sinceramente. Eduardo, decia, nos acompañaba. Unas veces se llegaba a nosotros para hacernos alguna observacion picaresca, otras nos llamaba la atencion sobre el poético panorama que ante nuestros ojos se estendia.

Y a la verdad que era sorprendente.

Desde la cima de una colina dominábamos con la vista un espacio considerable, limitado por la cordillera de los Andes, los cerros de la costa, y algunos otros que semejaban gigantes dormidos, acariciados por la tibia luz del crepúsculo vespertino.

El sol hundia su disco de fuego, su cabellera de viva lumbre, allá

a lo lejos, en los mares, ocultos tras las eminencias del oeste, y la luna asomaba en el oriente, esparciendo sobre la tierra su pálida luz.

Las medias tintas del crepúsculo se iluminaban suavemente con los plateados rayos de la púdica vírjen de la noche.

La brisa acariciaba muellemente las hojas de las flores y de los árboles.

Las aves cruzaban el espacio de regreso a sus hogares, haciendo mil caprichosas evoluciones.

Percibíase distintamente el balido de los corderos que conducidos por el pastor llegaban al aprisco.

Los corderitos triscaban alegres, y de vez en cuando se separaban para buscar en seguida a sus madres, que respondian a sus llamados.

En el horizonte iluminado, formaban las nubes mil fantásticos caprichos. Ora semejaban un océano de esmeraldas, surcado por bajeles de ópalo y de oro, perseguidos por negros mónstruos, en cuyas arterias se veía circular la sangre, ora aquellas nubes se amontonaban, se confundían, se replegaban, formando caprichosos torreones, alcázares brillantes, palacios destruidos, opulentas ciudades arruinadas.

La luz se fué debilitando poco a poco, y todos esos fantásticos caprichos de la naturaleza se desvanecieron como se desvanecen las ilusiones a medida que avanzamos en el áspero sendero de la vida.

Los enamorados tienen ideas que les son peculiares, y con asombrosa facilidad cambian el jiro de sus ideas. Se hallan en el paraíso de la felicidad y les basta un segundo para descender al abismo.

Yo me quedé pensativo, dominado por intensa melancolía.

Laura lo advirtió, y me dijo, abandonando las bridas sobre las blancas y flotantes crines de su cabalgadura:

— Enrique, usted está triste y no adivino la causa.

— Lo estoy, Laura; es la verdad.

Al contemplar el grandioso cuadro que hace poco nos presentaba el crepúsculo, y su corta duración, yo me decía: es ese el brillante paisaje de mi felicidad, porque Laura me ama; pero ¡duró tan poco!...

— No nos dejemos, Enrique, arrastrar por la tristeza. La de usted, ¿proviene acaso de un presentimiento? ¡Dios mío! yo no quiero abrigar ni por un solo instante esos presentimientos que entristecen.

Hasta ahora yo no sabia lo que era amor. Me bastaba con el cariño de mis padres; pero cuando lo he comprendido, tanto de él se ha llenado mi alma, que no tiene lugar para entristecerse. Solo en la ausencia se apoderará de mí la melancolia.

—La ausencia! hé ahí mi pesadilla. Yo la amo a usted, Laura, con toda la vehemencia de mi pasion primera, como el árbol al arroyo que le da la vida, como el proserito a su patria: Mi pasion ardiente me hace comprender mi pequeñez, abrigar mil temores, quiméricos talvez, pero que no puedo sacudir. Anoche no mas leia un bonito romance, y al llegar a estos versos, se me cayó el libro de las manos:

“Tú eres ángel, yo soi hombre,  
Un abismo entre ambos media.”

Esto decia el bardo a la jóven que adoraba, y yo repetia, refiriéndome a usted, Laura:

Ella es ángel, yo soi hombre,  
Un abismo entre ambos media.

## XVIII.

La pluma no quiere abandonar mi mano.

Siento una irritacion nerviosa que me domina profundamente y que me impele a escribir.

¡Es tan grato describir las dulces impresiones que se reciben!

Todo adquiere vida, movimiento, animacion, evocado por nuestra pluma, y creemos hallarnos con las personas y en los sitios que describimos.

Nadie interrumpe nuestros coloquios; ningun importuno nos arrebatara la alegria que nos domina, y somos los señores absolutos de nuestra felicidad.

Nuestra imajinacion se complace en engalanar con todo su poético colorido el hermoso cuadro, al que ella misma le infunde vida.

Oh! yo veo en este instante a Laura, a mi adorada Laura.

Allí está. Vedla!

Ella no tiene la esbeltez de la palma del desierto ni el breve y delicado talle de la rosa. Pero tiene algo de aquella y de ésta. De aquella, el jénio que la hace descollar por su elevacion; de ésta, la suavidad y el atractivo. Sus ojos, pardo oscuros, tienen la atraccion del abismo. Ocasianan el vértigo del placer o el desmayo del

dolor. Hablan, sonrien, presajian la tormenta o su iris de bonanza. Su tez tiene la suavidad del jazmin y su acento se resiente de una vaga inflexion de tristeza que la idealiza. Su negra y rizada cabellera corona su frente inspirada. Su rostro habria inmortalizado aun mas a Zeuxis, el gran pintor griego, a haberlo podido trasladar con fidelidad al lienzo.

.....

.....

Qué bella y seductora es Laura, la amada de mi alma.

Cuánto la amo, Dios mio! Al separarme de su lado, pensando en ella, me hallaba profundamente triste. Un poco mas tarde distraje un tanto mi pena escribiendo en mi cartera de viaje esta pobre cancion, que no tiene otro mérito que hallarse tan en armonia con mis sentimientos.

Por eso la traslado aquí:

Yo la amo, a su lado respiro  
 Un ambiente que embriaga mi alma;  
 Ella solo me torna a la calma  
 En mis horas de amargo dolor.  
 Yo la amo; su imájen divina  
 Donde quiera que mire contemplo;  
 En sus ojos mi sed de amor templo;  
 Y es inmenso, infinito mi amor.

Yo la amo como aman las flores  
 A la luz que sus ojos colora;  
 Como el ave a la cándida aurora,  
 Como el ciego a la luz que perdió.  
 Yo la amo, murmuran mis lábios,  
 Y si el sueño acaricia mi frente,  
 Yo la amo repite el ambiente  
 Y me aduermo pensando en su amor.

## XIX.

Ausente de Laura es ella mi pensamiento constante.

Faltaríale primero la luz al dia, a la luna sus arjentados rayos,  
 al sol su viva lumbre, antes que su recuerdo en mi mente.

Oh! si la amo tanto!

Cuando aun no la conocia, era para mí una delicia levantarme con él alba y escuchar, en el campo, el armonioso canto de las aves, el murmurio de las fuentes, el susurro de las auras, sus misteriosas voces en la floresta, y ese grandioso y arrobador concierto que entona la naturaleza saludando la luz del nuevo día.

Hoi todos mis placeres están reasumidos en ver a Laura o entregarme esclusivamente a su recuerdo.

Oh! cuánto me agrada batir las alas de mi imaginacion y ascender a esos hermosos alcázares de la fantasia, donde halla el hombre los puros goces que elevan, y que son su alma, lo que el sol a las plantas, lo que el aire a nuestros pulmones, lo que el agua a la simiente recién arrojada.

RUPERTO MURILLO.

(Continuará.)

---

## LAS VIOLETAS.

(TRADUCCION DEL INGLES.)

---

La virtud mas eminente, el atributo mas bello de la mujer es, sin duda alguna, la modestia, bien sea aquella una hermosa jóven, una buena madre o una prudente anciana.

El libertino que se mofa públicamente de los sentimientos mas sagrados, apenas osa pronunciar algunas palabras contra la modestia, porque esta virtud presta siempre, aun a los seres mas débiles, una aureola de fuerza y de verdad, un perfume encantador y simpático, que atrae y conmueve hasta los corazones mas estragados.

La modestia puede llamarse con propiedad la hermosura moral de la mujer, siendo incontestable que no podemos encontrar nunca fea a la jóven verdaderamente modesta; no han podido simbolizarla mejor que con una de las flores mas simpáticas y perfumadas, con la púdica y apreciada *violeta*.

Esta humilde florecilla, que nace a los piés de la reina de la hermosura, y que oculta entre el follaje su aterciopelada corola, exhala un perfume suave y comparable solo al cántico de una vírjen o al primer suspiro de un corazon enamorado.

La rosa nos deslumbra con su hermosura; la *violeta* nos encanta y nos atrae con su modestia; la una levanta su arrogante ci-

mera sobre las otras flores, mostrando ufana su efimera belleza; la otra oculta su virjinal y perfumada corola entre el verde tapiz en que reposa, y es jóven todavia cuando su hermosa compañera yace deshojada y marchita.

¡Singular analogia la de la violeta con la virtud!...

Sin embargo, la violeta, apesar de su modesta sencillez, la violeta vió su ignorada hermosura convertida en celebridad, cuando instituidos en 1323 los juegos florales, se señaló por premio una violeta de oro al que recitase los mejores versos entre los concurrentes al certámen.

La violeta ha sido siempre, no solo el emblema de la virtud, sino el objeto de los mas sentidos versos y de las mas poéticas comparaciones; el célebre poeta árabe Elin-Riemi, despues de describir con la mayor elegancia una violeta cuyos pétalos estaban cubiertos de rocío, la compara a una hermosa jóven cuyos ojos azules están velados por las lágrimas.

La condesa de Mauntpont nos ha legado tambien escelentes versos, en los que compara su vida a la de la violeta, con una modestia que la hace digna de tan elegante comparacion.

Otra mujer célebre en la alta sociedad del siglo pasado, Mad. de Meulan tomó por divisa una violeta con la siguiente inscripcion: "Es preciso buscarme."

Aafis le dirije tambien las mas dulces y poéticas palabras; Constancio Dubos en sus idilios morales, Desmarais y el festivo Béranger nos ofrecen siempre cándidas y apasionadas descripciones de esa rosa sin espinas.

En fin, la violeta ha tomado parte en las convulsiones políticas de la Francia, siendo elejida como divisa por los partidarios de Napoleon en 1815, asunto que inspiró a la condesa de Genlis tan notables y sentidos versos.

Luis XVIII al subir de nuevo al trono recordó el papel que los bonapartistas habian hecho jugar a la violeta; pero le recordó, nó como rei, sino como hombre: "Tomad, dijo a las damas de corte, presentando a cada una de ellas un ramillete de aquella hermosa flor; las violetas están comprendidas tambien en la amnistia.

Sed, pues, modestas, hermosas jóvenes, como las florecillas de que nos hemos ocupado, y sereis como ellas buscadas con afan; sed virtuosas y amables, y el perfume de vuestra virtud se esparcirá por todo lo que os rodea.

Apesar del cierzo frio y desagradable del invierno, ese tibio rayo

de sol que empieza a dorar la blanda cima de las montañas, nos revela la proximidad del mes precursor de la primavera, del que viene a ofrecernos una dulce esperanza en sus ramilletes de cándidas violetas, hijas prematuras de la estación florida.

CARLOS 2.º LATHROP.

---

## UNA PERLA ORIENTAL.

---

(CONTINUACION.)

Tenia a su disposición grandes y amenos jardines, sembrados de fuentes y estanques, donde saltaban millares de pececillos de dorados lomos y plateados vientres, y donde podía pasar algunas horas sin fastidiarse. Tenia esclavas diestras en la música y en la danza, y por fin tenia narradoras de cuentos fantásticos, a que son tan aficionados los orientales.

Sin embargo, a pesar de los recreos de que el Bei la había rodeado, algo parecía hacerla falta, y cuando se asomaba a la ventana que daba al jardín de los mamelucos, suspiraba repetidas veces, se sentaba en seguida triste y meditabunda, y dejaba rodar en silencio sus lágrimas, lágrimas que hubiera comprado el Bei por un año de su existencia.

Este velo de melancolía no se ocultaba al Bei, pues la había sorprendido varias veces llorando, sin que se hubiera atrevido a preguntarle la causa, contentándose con dirigirle una mirada de bondad y cariño, y retirarse dejándola en completa libertad.

Hemos dicho que se sentaron en una otomana.

El Bei tenia a su lado a la hermosa Zurla, que permanecía tímida como una cervatilla que siente el contacto de los anillos de una sierpe.

Pasado un momento, tomando el anciano entre las suyas una mano de la jóven y comprimiéndola lijeraente, la dijo con verdadera solicitud paternal.

—Parece que has llorado, Zurla?

La jóven se sobresaltó, aplicó la descarnada mano del Bei a sus labios y guardó silencio.

—Háblame con franqueza, siguió el Bei. ¿Estás triste en estos jardines, acaso los mas hermosos que existen desde Fez hasta el Cairo y que he mandado plantar espresamente para tí? Veo que sí, porque te he sorprendido llorando, y cuando una mujer llora, mucho debe sufrir. ¿Pero cuál es la causa de este sufrimiento? ¿Qué te hace falta? Si deseas algo, no tienes mas que pedir y eres servida como por encantamiento. Tienes a tu disposicion esclavas en crecido número, y yo, Zurla, cada dia te amo mas. Dime, dime por qué lloras. Ten compasion de un pobre viejo, tenme compasion, porque tú eres el único aliciente que me sostiene en la tierra. Mira, Zurla, mira como las lágrimas corren por mis mejillas ajadas y humedecen mi barba blanca!...

En efecto, el viejo Bei lloraba.

Y cuán amargas son esas lágrimas! porque cuando se renuevan pasiones muertas, vuelven intensas y ardientes como la lava de un volcan.

—¿No me respondes, Zurla? insistió el Bei con amargura al notar el silencio de su favorita.

—Señor, replicó por fin Zurla; motivos de queja contra vos no puedo tener, porque conozco, sin necesidad de que me lo hagais presente, que vuestra única aspiracion es agradarme y satisfacer mis menores deseos.

—Entonces, respondió algun tanto mas alegre el Bei, ¿cuál es el oríjen de esas lágrimas?

—No lo sé; pero necesito llorar para desahogar mi corazon oprimido por un pesar que no comprendo.

El anciano volvió a tomar una de las manos de Zurla entre las suyas, y fijando una penetrante mirada en el rostro de la favorita, le preguntó con tono paternal, aunque bien podia haberse notado en su voz algo de ironía:

—¿Acaso deseas la libertad?

La jóven no respondió. Incluyó la cabeza, y sus mejillas se tiñeron de color de rosa.

—Y ¿qué avanzarias con ser libre? prosiguió el anciano; vivirias quizá en la miseria, y recordarias con placer este palacio, sus jardines, y todo lo que ahora te disgusta. Ademas, muchos envidian tu suerte.

—Oh! no; imposible!

—¿Y por qué?

—Es imposible.... ignoran sin duda lo que padezco!...

—Siempre lo mismo. No hallo cómo comprenderte. Acabas de decir que vives alegre... que posees cuanto deseas.... Dime, Zurla, la causa de tus padecimientos, y yo procuraré endulzar tu existencia, de la que pende la mia. Yo no te pido amor, Zurla; nó, mui lejos de eso, porque conozco que seria violentarte exigirte que amaras a un viejo como yo. Te pido solamente tu compasion!

—¿Y no la teneis?

—Nó, Zurla, no la tengo. Si la tuviera, ocultarias ese pesar que te atormenta, y te mostrarias siempre alegre como antes, porque así me agrada verte; mientras tanto, ahora estoy lleno de zozobra e inquietud y quizá de.... celos. Ah! si al menos pudiera adivinar la causa de tu dolor! Si yo pudiera estinguirlo.... Oh! destino! ¿no tendré ni aun en la vejez un dia de consuelo? Mira, Zurla, mi cabeza y barba blanca como la túnica del profeta; esta cabeza se encaneció antes de tiempo, y cada cabello que tomaba este color demostraba una nueva desgracia... Y tener que sufrir todavia!... Y tener que bajar a la tumba sufriendo!

Zurla miró con afabilidad al anciano, y experimentó un sentimiento de conmiseracion hácia él.

—Ah, señor, le dijo; no lloreis.

Y le echó los brazos al cuello.

—Oh felicidad, felicidad! murmuró el Bei estrechándola igualmente. Hé aquí, Zurla, los momentos celestiales que borran todos los golpes que me han agobiado!

En seguida, besándola en la frente, se desprendió de sus brazos, y, deteniendo en ella su mirada, dejó rodar en silencio una lágrima de consuelo.

—Gracias, ángel mio, le dijo. Pídeme lo que quieras. Deseo, en cuanto pueda, hacerte feliz. Es mi única ambicion.

Zurla fijó en su señor sus ojos negros, que parecian centellear de alegría.

—Sois mui bueno, dijo.

—¿Y no eres tú mi único tesoro? Habla, dime lo que deseas. Una mujer siempre desea algo.

Zurla quiso hablar, pero no se atrevió. Sus mejillas se tiñeron de púrpura, e inclinó la frente con espresion de modestía y candor.

—Nadas tienes que pedirme?

—Sois demasiado jeneroso, y abuso de vuestra bondad exijiendo algun capricho.

—Bien comprendes la alegría que experimentaría al satisfacer tus deseos, y por eso....

—Ya que lo exijis, señor....

—No lo exijo, lo suplico.

—Pues bien, señor; hai vuestro jardin un esclavo que es desgraciado, porque frecuentemente lo he visto derramar lágrimas al caer abatido por el trabajo....

El Bei plegó las cejas con visible muestra de desagrado y de celos; e interrumpió a la jóven:

—Es, si no me engaño, un esclavo europeo que no hace mucho tiempo he comprado....

—Un europeo! dijo con interes Zurla! quizá tiene padres y se acuerda de ellos!

Y después, allá en su interior, se dijo:

—Quizá se acuerda de la mujer que ama!

Y este pensamiento pareció pesar como una barra de plomo sobre su corazon.

—Descansa. Habia prometido a ese jóven ocuparle ventajosamente, pero se me habia olvidado. Mas ahora que tú me lo pides, no se me olvidará.

El anciano beso en la frente a su favorita y salió.

Zurla condujo a su señor hasta el biombo, y le dió un último beso.

Y al regresar, su mirada se fijó involuntariamente sobre un espejo.

Vió sus ojos encarnados y su rostro pálido.

Comprendió entonces que el sentimiento que la ajitaba no era una simple commiseracion por el jardinero.

Quizá comprendió que lo amaba.

Hizo sonar un timbre.

Esclavas circasianas y jeorjianas se pusieron al instante a disposicion de la jóven.

Y mostrándoles una puerta incrustada de nácar y semi-oculta por colgaduras, les dijo:

—¿Está el baño?

Una inclinacion muda y respetuosa fué la respuesta de las esclavas.

—Vamos, dijo Zurla.

Y salieron.

## IV.

## SOSPECHAS.

El Bei se retiró algun tanto caviloso por el singular capricho de su favorita.

El anciano sospechaba un nuevo amor en Zurla, y aunque lo sospechaba remotamente y no tenia otra prueba de ello que su conmiseracion para con el cautivo, rujía de celos, y en tal situacion hubiera matado al mismo Mahoma, a haber tenido alguna presuncion con visos de realidad en contra del Profeta.

El Bei se dirijió al Divan. Hizo llamar a su porta-pipa, el griego Saled, y conferenció con él mas de una hora.

En seguida Saled llamó al mameuco Ben-ber-ley, y se encerró con él en su aposento.

—Cumplamos con las órdenes de nuestro amo el Bei, se dijo para sí el porta-pipa, cerrando la puerta y quedando con el mameuco.

Al dia siguiente, el Bei se dirijia a los aposentos de Zurla.

—Si es verdad lo que sospecho, pensaba, mañana dejará de existir ese perro cristiano.

Encontró a su favorita con semblante triste pero con los ojos enjutos, y esto le consoló algun tanto.

«La mujer llora cuando sufre,» se decia repetidas veces, y he aquí por qué se consoló.

Zurla estaba perezosamente recostada. Un traje de gasa de Aleppo, rosado y trasparente como los arboles de la tarde, envolvia su esbelto cuerpo, dejando ver los contornos de un seno del color de la gasa.

Una diadema en forma de turbante oprimia sus sedosos rizos, de los cuales algunos habian osado escaparse llegando hasta su garganta, en donde permanecian aprisionados contra el reclinatorio del canapé.

Al ruido formado por los pasos del Bei, se incorporó involuntariamente, vaciló un instante, y luego, dirijiéndose hácia él y tomándole una mano, le hizo sentar en un cojin.

—Zurla, dijo el anciano; el esclavo europeo ocupará en breve el empleo mas honorífico de palacio.

La odalisca se inmutó.

El Bei hizo un jesto de impaciencia y despecho; besó en la frente a su favorita, y salió murmurando:

—Oh, por el grandé Alá! Si fuera verdad, lo haria empalar. Observemos aun.

Zurla permaneció un momento pensativa, y en seguida habló, cubriéndose el rostro con las manos:

—Poderoso Alá! Si habré hecho desgraciado a ese esclavo!

Lo habia comprendido todo.

Y todo lo temia de los celos del Bei.

## V.

### BEN-BER-LEY.

Una semana habia trascurrido ya, cuando un dia se presentó en el jardin, con semblante risueño, nuestro jardinero Yousouf, pues se llamaba asi.

Principió a pasearse con altivez por una recta calle de tilos. Su traje era entonces rico y aseado, su aire noble y su andar mesurado. Una metamórfosis completa habíase operado en Yousouf, que jamas se habia encontrado mas hermoso, y el orgullo de la hermosura es aun mayor que el de la nobleza.

Despues de haberse paseado un momento, deslió de su faja algunos dátiles y otras frutas secas, y se sentó a comer.

—No sé lo que me sucede, dijo despues de haber apagado su sed en una fuente; siento a la vez alegria y tristeza, porque será preciso abandonar este jardin, donde ya dos años vivo muriendo, mantenido solo por una ilusion, por una esperanza... vana esperanza quizá!... Y ya que se me ha ordenado que vista este traje, que no es de jardinero, forzoso será abandonar estas flores, testigos de mi amor y de mis sueños dorados. No sé qué presentimiento me anuncia que no la volveré a ver. Y yo que daria la mitad de mi existencia por verla un momento!... Pero nó, no me sacarán de aquí, porque yo no querré salir!

Y Yousouf se interrumpió para mirar a la ventana.

Pero la ventana estaba cerrada.

—Ah! exclamó. I al bajar los ojos distinguió a la estremidad de una calle de árboles, a un mameluco que se acercaba.

—Disimulemos, se dijo para sus adentros, y continuó comiendo algunas frutas que le quedaban.

El mameluco, con aire meditabundo, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre su pecho, se acercaba a Yousouf, que aparentaba no haberle visto.

El mameluco le tocó el hombro.

El jóven, aparentando sobresalto, exclamó:

—¿Quién está?

Pero despues, como si le hubiera reconocido, preguntó con mas tranquilidad:

—¿Vos aquí?

Los ojos del mahometano se detuvieron un instante en Yousouf, y, así como un diplomático, antes de responder procuraba sondear a su interlocutor.

—Sí, Yousouf, no os admireis, vengo a anunciaros...

—Qué? preguntó temblando y con visible inquietud el jóven jardinero.

El mameluco, antes de responder, fijó por segunda vez sus ojos en el jóven.

—Mi desgracia talvez? insistió Yousouf.

—Alá bien sabe que no teneis nada que preguntarme, porque mas o menos ya lo sabeis.

El jardinero, lleno de incertidumbre, guardó silencio por un momento.

El mameluco redoblaba su atencion.

Parecia querer descubrir hasta sus menores pensamientos.

Habia alguna diferencia entre ambos.

Yousouf se asemejaba a aquellas flores que se arrancan de su suelo para trasplantarse en otro estraño, y allí, tímidas, abren sus pétalos descoloridos. El mameluco, por el contrario, parecia aquellas flores que se desarrollan con vigor al calor de los rayos abrasadores de un sol tropical!

—Cristiano, no guardéis silencio, todo lo sé, repuso el musulman despues de una pausa.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó involuntariamente Yousouf.

—¿Quién me lo ha dicho?

—Sí.

—El griego Saled.

—Pero ¿qué os ha dicho, siguió el jóven, cada vez mas sorprendido, porque os juro que nada sé, todo lo ignoro...

—Y yo tambien os juro por la Kaaba (1), replicó el mameluco, que todo lo sabeis.

Yousouf, como anonadado, guardó silencio.

—Cristiano, habló el mameluco, colocando lijeramente una de sus manos sobre el hombro del jardinero; el Bei ha conocido en vos un raro entendimiento y os lo quiere premiar, díjole, y al concluir inclinó el cuerpo como lo hubiera hecho en una zalema el mejor cortesano persa.

—Ya no sereis jardinero, continuó con tono grave; ese vestido que os cubre, os indica demasiado lo que ahora sois y lo que sereis en adelante.

El jóven miró su vestido, lo comparó con el de su interlocutor, y exclamó:

—Mameluco!

—Sí, mameluco, no os admireis de esto, porque el Bei nuestro amo sabe recompensar a quien bien le sirve. Vos lo habeis servido bien, y él os recompensa,

Yousouf, cada vez mas admirado, se miraba su traje, y llegó a notar, bordada sobre su pecho, una media luna de color azul celeste, color favorito del profeta Mahoma.

—Y esto, preguntó, qué significa?

—Eso, respondió el moro, significa que no sereis un simple mameluco como yo. Mas tarde no me lo volvereis a preguntar.

A estas palabras, Yousouf pareció alegrarse algun tanto, sin embargo de que un presentimiento desgarrador oprimia su corazon. ¡Si le apartarian mui lejos de ella!

—Esto era lo que venia a anunciaros.

Yousouf se inclinó, en muestra de gratitud.

—No teneis nada que agradecerme. Desde ahora sereis mi compañero, vivireis en una habitacion cómoda y grata, dormireis sobre mullidos cojines, y aspirareis una pipa de nácar y ámbar.

Yousouf guardaba silencio.

Creia estar bajo la influencia de un sueño.

—Ya no pasareis las noches a la intemperie, ni las frutas secas serán vuestro único alimento; comereis esquisitos manjares. Jóven, sereis mui feliz.

El mameluco pronunció de una manera estraña las últimas palabras.

(1) Casa sagrada de Mahoma.

Algo de ironía y de despecho habia en ellas.

—Pero... balbuceó Yousouf.

—Alá os dé salud, replicó el sectario de Mahoma, y se alejó con pasos graves y lentos, dejando a Yousouf como petrificado, y volviendo la cabeza de vez en cuando para observar al jardinero.

## VI.

### EL PORTA-PIPA.

El palacio del Bei era un edificio inmenso, grande y recargado.

La fachada, adornada por una hilera de macizas columnas de granito, daba cierta majestad pesada y sólida, si así puede decirse, a aquel gigantesco edificio.

Tres puertas de imponente forma arabesca servian de entrada a otras tantas suntuosas galerias. Cada empleado tenia su respectiva oficina, y una poblacion podia habitar cómodamente en dicho palacio.

Una hora antes de la escena que acabamos de referir, se encontraba un hombre solo en uno de los mas suntuosos aposentos de palacio.

Este aposento era el del griego Saled, porta-pipa del Bei.

Figúrese el lector un cuadrilátero de mas de veinte varas de estension, cubierto el piso con las alfombras mas ricas del antiguo Iram, las paredes perfectamente estucadas, revestidas de ricos cortinajes recamados de oro y plata.

La bóveda, sujeta por una enorme columna de pórfido, estaba incrustada de caprichosos mosaicos del marfil mas fino de Etiopía, de oro y de la porcelana mas pura de la China.

Este aposento tenia una ventana que abria sus caladas hojas al jardin en donde hemos visto a Yousouf.

El griego Saled se encontraba negligentemente recostado en una otomana, cuyos cojines, cubiertos de terciopelo de oro, ocultaban la mitad de su cuerpo.

Una corriente de aire puro y balsámico, exhalado del jardin, halagaba la frente acalorada del griego, que, embebido en sus propios pensamientos, se entretenia, ora en mirar el humo de su pipa, ora en acariciar su bigote y zahumarlo con él.

Saled pensaba en Yousouf.

Permítasenos unas cuantas palabras acerca de este personaje, a

quien comenzamos dando el nombre de musulman. Su oríjen nos sacará del error en que su traje nos hizo incurrir a primera vista.

## VII.

### NAVEGACION.

El jóven habia nacido bajo el cielo mas hermoso del mundo, bajo el cielo de Italia.

Dos años antes de la época en que principia nuestro relato, You-souf se embarcaba en la isla de Elba con un pequeño negocio perteneciente a la casa en que estaba empleado.

Era la primera vez que el jóven navegaba; por consiguiente, los primeros días, entregado a las nuevas y variadas escenas que se desplegaban ante sus ojos, se deslizaron rápidamente.

Una mañana encontrábase Yousof apoyado en la orla de la embarcacion, contemplando con entusiasmo el espléndido sol que parecia alzarse majestuosamente de entre las verdes ondas del Mediterráneo, cuando de repente oyó a sus espaldas el grito de un vijia.

Y al instante la tripulacion se puso en movimiento.

Yousof ignoraba lo que sucedia; pero pronto lo comprendió todo.

Una nube negra, preñada de agua y de rayos, avanzaba con espantosa rapidez.

En efecto, una hora despues estalló el trueno, y la borrasca ajitó el mar desde el fondo.

El viento silbaba, como gigantesca sierpe, en las jarcias de la embarcacion, y la lluvia caia a torrentes.

El cielo, tan hermoso, tan puro y sereno momentos antes, habíase cubierto, como por el conjuro de un mago, de un espeso manto de plumizas nubes.

Las aguas parecian negras como un mar de líquido betun arremolinado, en ebullicion en el cráter de un gigantesco volcan.

De cuando en cuando, una nube se rasgaba con un estallido inmenso, y una culebra de fuego se precipitaba al mar.

Y el mar, bramando y despedazándose, recibia en su seno al rayo.

Era aquello la formidable lucha de los elementos.

Era el caos.

La lluvia y el viento se aumentaban por grados, y el mar, ru-

jiendo sin cesar, jugueteaba a su antojo con la goleta *Cisne*, que desapareciendo por momentos en el abismo formado por dos montañas de agua, volvía a aparecer en la cima de otras para tornarse a sumerjir de nuevo.

El capitán se esforzaba en vano.

La goleta, sin timón, navegaba a merced de los vientos, que la impelían a la costa oeste de Sicilia.

La noche vino a aumentar la oscuridad y lo terrible del aquel aciago día. La goleta, recién batida, iba haciendo agua.

Retirado Yousouf en su estrecho camarote, maldecía, demasiado tarde, el momento en que, abandonando su familia y tantos objetos queridos, había resuelto embarcarse.

Eran solo los preludios de la primera escena de su trágica vida.

Se arrojó en su lecho y procuró en vano adormecer sus amargos recuerdos; el sueño había huido de sus párpados, y un terrible desasosiego había sucedido a su tranquilidad.

Al día siguiente, la detonación del cañón de proa le hizo subir sobresaltado.

La goleta había distinguido a otra embarcación, y pedía auxilio.

Yousouf, como hemos dicho, corrió sobre cubierta. Cuando subió, el contento había vuelto a los corazones desanimados de la tripulación.

Todos se creían salvados.

El bergantín que había divisado a la distancia había oído el cañonazo y se aproximaba con una rapidez tal, que el capitán y el piloto, conocedores en materia de buques, dudaron por un momento si bergantín alguno pudiera correr más ligero.

(Continuará.)

MANUEL CONCHA.

---

## EL LUJO Y LA MODA.

---

A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno y que si no se le pone remedio pronto, muy pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos más sagrados? Tal vez a primera vista parecerán exajeradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos,

los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con religiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia y autorizado para decir a los escritores en jeneral y en particular aquellos que escriben para el teatro:—Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponéis vuestra intelijencia y todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un jiro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura de brillar por el lujo, oríjen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar y por consiguiente para la sociedad.

Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas escepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos y hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado y de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aun pueden las mujeres alegar la natural inclinacion de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gustan tanto más cuanto menos lujosamente ataviadas se presentan.

Luego el lujo no es, pues, mas que un sentimiento de loca disipacion, una vanidad que las arrastra, nó a parecer mas hermosas, sino a parecer mas ricas para los demas. Y esto es mui cierto. Cómo han de creerse mas hermosas con un vestido que les cuesta la tela cien pesos por ejemplo, la que cubierta de adornos y puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! Y esto es un solo vestido, uno, y no mui rico por cierto. Verdad es que hai señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas y a su jénero de vida; pero ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos ni pueden llevar la misma vida adopten el mismo modo de vestir? Pues sí señor; no hai remedio: asi lo exige la moda, esa bella tirana, y por consiguiente la familia de un empleado que gana a duras penas con que vivir, ha de ponerse el mismo sombrero y usar la misma bota de tacó imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. Y para probar el imperio de la moda no tenemos mas que indicar esa magnífica redondez que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte

del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la naturaleza y las contrahechas, son las autoras de todas esas extravagancias, incluso la de arrastrar una vara de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes y a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo y encopetado moño, y el mismo tontillo que usan sus mamás y sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos y diminutos piés usar el traje tan arrastron como a la que tiene feos y mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda y el amor al lujo.

Mas hasta aquí solo hemos hablado a la lijera del lujo y de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridicula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo se liga y cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo y fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representa al fin del año o de unos años la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar más de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posicion superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hai que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de lucro a toda costa que ahoga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, espatriaciones forzosas, incendios misteriosos etc. etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasion del lujo entra como el móvil y oríjen principal de cada diez y nueve en los veinte casos.

Pero si la mujer es la reina de la moda y tiene la pasion del lujo, tambien es ella la que principalmente la paga. El resultado necesario es retraer a los hombres de casarse: el número de las jóvenes que se quedan solteras es excesivo y no tiene otra esplicacion que el lujo; no hai remedio: es de todo punto imposible; o el hombre es mui rico, o está ciego de amor, cosas algo escasas en los tiempos que atravesamos. Y no hai remedio; ¿cómo puede decidirse un hombre a cargar con las obligaciones del matrimonio tales cuales las ha entablado la moda, el lujo y las costumbres del dia?

Dicen las mujeres que los hombres del dia pretenden hacer un negocio del matrimonio, y que al informarse de una señorita no preguntan si es virtuosa, si es bien educada, sino si es rica... Mas, hablando entre nos, ¿pueden hacer otra cosa? cómo, dirán ellos, acertar con aquella mujer que se contente con lo que Dios y mi trabajo me den, sin pedirme otra cosa que mi cariño?

Si esto no es cierto, tengan las señoras la bondad de perdonarnos, que solo el mas sincero interes por su bien ha guiado nuestra pluma.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

## LUCRECIA.

---

### I.

Entre montañas de bullente espuma  
 Miré la nave que de mí te aleja,  
 En el desierto de la mar perderse,  
 Y mi ventura y mi placer con ella.  
 Ya sólo y triste en la arenosa playa,  
 ¿Quién de mi pecho calmará las penas  
 Si lejos de tu amor y tu consuelo  
 No hai nada digno para mí en el suelo?

A mares brota de mi pecho el llanto  
 En esta soledad que me rodea...  
 Adios, hermosa concepcion de mi alma,  
 Adios, adios, felicidad suprema,  
 Sublime manantial de la ternura,  
 Divina encarnacion de la belleza,  
 Prófugo arcánjel del divino coro,  
 Unico ser que en la existencia adoro.

Ah! tú me has hecho comprender la vida,  
 Amar lo bello, la virtud austera;  
 Con tu suspiro virjinal has roto  
 De mi profunda oscuridad la niebla;  
 Tú me has hecho soñar con la esperanza,  
 Tú has bordado con flores mi existencia...

Mi tierna esposa, mi mejor amiga,  
Deja que arrodillado te bendiga.

A tí te debo la apacible calma,  
La aureola de virtud que me rodea;  
Que en el santuario de tu vírjen pecho  
Solo el deber y la ternura imperan;  
No envidio los laureles de la gloria,  
Ni el fausto, el poderio, la riqueza;  
Que por un beso de tu lábio amante  
Yo diera el universo, y no es bastante.

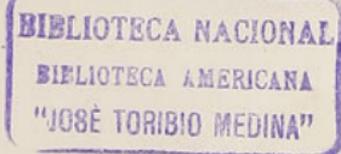
No trocara jamas por los tesoros  
Que en sus abismos el océano encierra,  
Una de tus dulcísimas miradas,  
Un solo rizo que en tu frente ondea,  
Ni por las dichas del Eden soñado  
El sùtil polvo de tu blanca huella.  
¿Qué tienen que anhelar mis ánsias locas,  
Si con el pié en la tierra el cielo tocas?

Me parece, Lucrecia, que te veo  
En blanca nube, vaporosa, envuelta,  
La mano entre la mia enamorada,  
Graciosa, amante, espiritual, risueña;  
Tu aliento con mi aliento confundido,  
Prendida con desórden la melena...  
Y en el delirio de mi amor profundo  
Ante mí siendo el luminar del mundo.

## II.

Cuando muriendo con mi pena a solas,  
Por las orillas de la mar revueltas,  
En altas horas de la noche umbria  
Contemplo en el espacio las estrellas  
Verter torrentes de purpúrea lumbre,  
Tus cándidas pupilas me recuerdan:  
Con lábio reverente las bendigo  
Y en éstasis de amor hablo contigo.

Te cuento mis recónditos pesares,  
Mis largos días de constante vela



En que esperando el venturoso instante  
 Que al nido del amor dichosa vuelvas,  
 Llorando siempre abandonado y solo  
 El nuevo dia sin cesar me encuentra.  
 Vuelve a mis brazos, serafin querido,  
*Anjel consolador, ¿dónde te has ido?*

Ai! ¿qué fuera de mí sin tus cariños,  
 Abandonado a mi fortuna adversa,  
 Cruzando errante el arenal del mundo  
 Sin guiarme tu amor que es mi existencia?  
 ¿A dónde, dime, volveré los ojos  
 Que densas nubes de pesar no vea,  
 Si tú eres para mí la luz del dia,  
 El cielo, el porvenir, la poesia?

M. ANTONIO BENAVIDES.

Valparaiso, noviembre de 1873.

### A LA SEÑORITA

ROSARIO GOMEZ SALDIVAR.

(Muerta en el naufragio del *Tacna*.)

Sobre las ondas de la mar dormia  
 La dulce niña en su tranquilo lecho;  
 Talvez soñaba, y en su casto pecho  
 Apasionado el corazon latia.

Soñaba en tanto que el bajel se via  
 Tumar cual concha en huracan deshecho...  
 Pasó un instante! y en fragmentos hecho  
 En los abismos de la mar se hundia.

De aquella noche entre la negra bruma  
 Se vió a una vírjen como blanca rosa  
 Luchar con olas de nevada espuma...

Hoi ya entre algas y coral reposa,  
 ¡Pero, la esencia que su ser perfuma,  
 Brilla mas pura en la mansion dichosa!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

Valparaiso, 1874.

## LOS BUSCA-VIDA.

(CONTINUACION.)

### III.

Ambos jóvenes se sentaron sobre un banco formado dentro de la gruta.

—Albina! dijo Florencio; soi mui desgraciado. Si salgo de esta casa, usted me olvidará.

—¡Jamás! exclamó Albina con enerjia; cuento 26 años, Florencio, y a esta edad el amor es por la vida.

—Eso dice usted porque está a mi lado; porque la prestijia y arrastra la fuerza de mi pasion; pero cuando usted ya no me vea, cuando yo no pueda decirla a toda hora: ¡Albina, la idolatro! entónces...

—Nada de esto sucederá, porque yo hablaré a mi padre y usted no saldrá de aquí.

—Qué va usted a decir a su padre? exclamó Florencio alarmado.

—Seré franca, le confiaré mi amor, y entonces él comprenderá el motivo oculto por el que Doncel procura que usted se aleje de esta casa.

—Nó, Albina. No conviene por ahora que sospeche nuestro amor. Mas tarde, cuando mi situacion haya cambiado, yo mismo me dirigire a su padre y le pediré su mano. Mas es preciso que usted me dé confianza en su cariño: ha habido momentos en que me he creido olvidado!

—La salud de mi padre me ha retenido este tiempo cerca de él.

—Y yo, ¿lo creerás? he estado celoso.

—¡Celoso! exclamó Albina riendo.

—Sí, celoso. Necesito oir de tu boca que me amas.

—Mucho, murmuró ella.

—Nó, así nó, dime como antes: "yo te amo."

—Te amo, volvió a decir Albina, con una voz tan suave, que más se asemejaba a un suspiro.

—Y yo te adoro, te idolatro! exclamó Florencio, besándola una

mano. Ah! ¡por qué no soi rico para que seas mia, para siempre mia?

—Alguien viene, exclamó Albina asustada.

—Oh! es preciso que yo te vea esta noche, Albina. Talvez mañana me ausente para siempre de aquí. Mi posicion es mui precaria. Yo debo verte antes de partir; es indispensable que esta noche te vea. A las doce, cuando todo esté en silencio, nos veremos en tu saloncito, ¿no es verdad, Albina mia? Y Florencio se arrodilló a los piés de su amada y esperó con avidez su respuesta.

—Mire usted lo que dice, Florencio, serénese usted... ¡Llegan! Por Dios, alce usted,

—Es la voz de Doncel. ¡Viene talvez en tu busca! ¿Temes que me encuentre a tus piés? Eh! ¡Le prefiere la ingrata!...

—Jamás, jamás.

—Pues bien, de aquí no me alzaré hasta que no me hayas dado esta prueba decisiva de tu amor. Te veré esta noche?

—Bien, pero alce usted.

—A las doce en punto.

—Sí.

Y Albina, tomando de las manos a Florencio, le forzó a levantarse.

Ya era tiempo. Emilio y Doncel se presentaron ante los dos jóvenes.

#### IV.

Doncel saludó a Albina como si de nada se apercibiese, y la preguntó por su padre.

—Ha amanecido mejor. Voi a ver si ha tomado su caldo. Y diciendo esto, la jóven se dirijió hácia la casa.

Asi que Albina desapareció, Doncel, como continuando una conversacion interrumpida, dijo:

—¿Y tambien don Florencio?

—¿De qué se trata? dijo éste.

—Me preguntaba Doncel si es verdad que voi a casarme, contestó Emilio.

—Y qué le has dicho?

—¿Por qué ocultarlo mas tiempo? He dicho que me caso.

—¿Y don Florencio tambien? volvió a preguntar Doncel.

—Yo no pienso esclavizarme tan pronto, dijo éste.

—Vamos, jóven, sea usted franco: usted se casa.

—¿Es curiosidad o es interés por mí? contestó Florencio sonriendo y marcando el acento en la última palabra.

—Nó, señor, la cosa es mui sencilla: encontrándose enfermo don Benito y ausente el señor C., soi yo quien corre con el establecimiento. Habiendo oido de un modo positivo que ustedes se casan, quiero saberlo de ustedes mismos para buscar quien los reemplace. Este es mi deber. Supongo que ustedes en su nuevo estado no quedarán en la casa.

—No es a usted a quien debemos responder. Emilio y yo quedaremos en la Máquina hasta cuando nos acomode. Estamos aquí por voluntad del dueño y no cederemos al capricho de un subalterno.

—Se engaña usted, señor, interpretando así por un capricho lo que es un debido celo de mi parte, repuso Doncel.

—Un indebido celo, querrá usted decir, le interrumpió Florencio con sarcasmo.

Emilio se rió con su risa sardónica. Doncel impasible les dijo:

—Pues bien, señores; me explicaré: el objeto de mi pregunta era evitarme el disgusto de hacerles saber que tengo orden espresa para hacerlos salir de la casa.

—¿Y de quién? dijo Emilio?

—Del señor don Benito.

—No es bastante.

—¿Cómo! ¿no es bastante la orden del administrador?

—Nó, porque para nada hemos contado con su autoridad, replicó Emilio.

—Necesitamos orden del señor C., replicó Florencio.

—Lo que ustedes dicen no tiene sentido, caballeros.

Y antes de oír sus respuestas, les volvió la espalda y se alejó.

## V.

El día se pasó triste para los habitantes de la Máquina. Ni en el almuerzo ni en la hora de comida se presentó Albina: su padre seguía enfermo. Doncel montó a caballo y dejó dicho que no vendría hasta el día siguiente.

En la noche, mientras Emilio se vestía y perfumaba para salir, Florencio, recostado en un sofá, estaba pensativo.

—Y qué ¿no piensas tú salir?

—Déjame, hombre! Estoy en ascuas, replicó Florencio. Quisiera

retardar lo mas posible este casamiento. Mi situacion es endemoniada. Si no estuviese convencido de que el hombre pobre nada vale, serian para tí las dos novias.

—Gracias por tu jenerosidad, dijo Emilio. Mas ¡cuidado! que ya es tarde para retroceder.

—¿Qué temes?

—Todo lo temo de tu carácter débil y veleidoso como el amor de una coqueta.

—Mala idea tienes de mí; pero te engañas. Amo a Albina, es verdad; me casaria con ella si fuese rico, tambien es cierto; pero pobre, jamas! Con que ya ves si soi hombre que deje escapar una fortuna por estar haciendo el papel de romántico enamorado.

—¿A qué entonces ese aburrimiento, ese deseo de retardar lo que ya debiera estar concluido?

—Pues hombre, justo es que desee aplazar la posesion de lo que ya cuento mio, para gozar de un tesoro que voi a perder para siempre.

—Veo que das demasiada importancia a un lijero pasatiempo; es preciso estar ciego para pensar sériamente en esa mujer.

—¿No te comprendo!

—Fíjate en la conducta de ese hipócrita de Doncel para con ella.

—¿Bah! Me habias asustado. Eso es todo?

—¿Te parece poco? Un hombre que se interpone entre tú y ella que la espia, que vela bajo sus ventanas. ¿Con qué derecho hace todo esto?

—Con el que da el amor.

—Confiesas que se aman.

—Que la ama: ella me lo ha dicho.

—¿Crédulo! Te habrá dicho solo lo que la prudencia aconseja.

El está mucho tiempo aquí, es buen mozo; ¿crees tú que la chica se haya mantenido indiferente?

—Puedo asegurarte que Albina no le ha querido, dijo Florencio en tono breve y seco.

—El amor propio habla por tí; pero en fin, cree lo que quieras.

—Y tanto lo creo, que ya te he dicho: si me encontrase en otra situacion, ella seria mi mujer.

—No lo dudo; mas pronto te arrepentirias. ¡Líbreme Dios de unir a mi existencia una mujer como ésta!

—¿Oh! si la trataras con intimidad; si fueras tú su amigo, ¡cuán cumplida la hallarias!

—Cumplida! una romántica ávida de hacer efecto; una niña que exigiría de su marido mas cachemiras y aderezos que ternura; una mujer que ocupa su tiempo en leer novelas y en contemplarse al espejo!

—Pero hombre, esto de matrimonio es un juego de azar; ¿quién lleva segura la ganancia? Si la mujer es hermosa, malo; si fea, peor; si de talento, insoportable; si tonta, detestable; si es amable, nos empalaga; si al contrario, es insípida. ¡Cómo encontrarla a nuestro gusto y reunir en una sola todos los atributos imaginables! Imposible.

—No es tan difícil como te parece el escojer. Ya lo ves; yo he resuelto el problema. Y qué vita bona vamos a llevarnos una vez matrimoniaditos! Y mas tarde, cuando ya el bien parecer lo permita, qué de viajes hemos de emprender!

—Entiendo que viajaremos solos? preguntó Florencio.

—Por de contado! Pues hombre! lindo papel haríamos con mujeres! A mas de que no corremos riesgo de que nos olviden en la ausencia.

—Me gusta la idea, murmuró Florencio, como hablando consigo mismo. Eso es, viajaré; así quizá la olvide mas presto de lo que me imagino.

—Me voi, exclamó Emilio poniéndose el sombrero. ¿Qué digo a Benigna? que irás mas tarde, eh?

—Di lo que se te venga a la cabeza; pero esta noche no salgo.

—Ah! ya, ya comprendo; quieres anudar la conversacion interrumpida esta mañana. ¡Cuidado con Doncel! Y diciendo esto se marchó.

## VI.

El reloj de la máquina daba las once de la noche. El patio estaba escasamente alumbrado por la luz de un reverbero. La sombra que éste proyectaba envolvía por completo los corredores, así como las puertas y ventanas de las habitaciones. La quietud y el silencio propios de la hora, se dejaban sentir en este departamento de la casa. Solo el ruido constante y monótono de la máquina llegaba hasta allí, contribuyendo a aumentar más la tristeza peculiar de una casa lejana de la población.

Solo en el aposento de don Benito se distinguía una luz bastante sofocada por espesas cortinas.

Días há que el pobre anciano se halla aprisionado en su lecho

por un fuerte ataque de gota. Su semblante ha enflaquecido notablemente. La vejez con todos sus estragos se pinta en su frente severa. Todo lo que de hermoso y varonil sobrevive en este semblante es una abundosa barba, larga y blanca como la de los primitivos patriarcas. Albina, apoyada en una mesita de noche, lee a Cervantes en voz alta para distraer a su padre. ¡Cuán interesante aparece Albina con su rostro tan pálido como la mano en que se apoya!

Viste el mismo traje que llevaba en la mañana. En toda su persona se nota un descuido poético y doloroso. Hai bajo sus ojos esa sombra violeta, que es casi siempre el síntoma del insomnio del alma.

—No leas más, la dijo su padre; estás fatigada.

—Como usted guste; pero, le aseguro, no me canso de leerle.

—¡Pobre hija mia! ¿Qué sería de mí sin tí? ¿Quién cuidaría de este viejo con tanta ternura y desvelo?

Ella, sin responder, se inclinó sobre el lecho y depuso un beso sobre la mano de su padre. Don Benito correspondió a esta efusion besando a su vez la cabeza de la jóven.

—Pobrecita! murmuró; vete a recojer; anda, hijita, anda, que la juventud necesita mas horas de sueño.

Albina le arregló las colgaduras y llevó la luz a su pieza.

Era ésta un pequeño retrete de niña, sencillo y elegante, inmediato al dormitorio de su padre. Ella recorrió en seguida toda la casa, mandó a la sirvienta que se acostara, y volvió a su cuarto.

Un reloj de campana tocó lentamente las doce de la noche.

## VII.

—¡Las doce! exclamó sobresaltada Albina. ¡Malhaya cuando consentí verlo tan tarde de la noche! A la distancia todo aparece sencillito. No sé qué daría por no ir al salon. ¡Florencio mio! si tú me oyeras dirías que no te amo; pero te engañarías. ¡Oh! qué crueles son los hombres!

Y Albina escondió su rostro entre las manos.

Largo rato duró en esa lucha muda y terrible, hasta que un lijero golpe dado cautelosamente en su ventana la hizo volver a la realidad.

—¡Es él! exclamó, y toda la sangre se agolpó a su corazón.

La lucha se hizo decisiva. Ella trepidaba, mas un poder supe-

rior a sus fuerzas la arrastraba hácia él. Volvió a esconder su rostro entre sus manos, diciendo:

—Nó, no iré.

Un segundo golpe un tanto mas fuerte que el anterior y que llevaba el timbre de la impaciencia, resonó en la vidriera. Albina saltó conmovida por un golpe eléctrico.

—Voi, se dijo para sí; una palabra mia lo hará retirarse. ¡Qué he de poder estar tranquila a su lado, cuando me siento helada de susto! Recibiré su adios y me vuelvo al instante.

Para pasar al saloncito, Albina solo tenia que atravesar un pasadizo; mas, para llegar hasta aquí, tenia que volver a entrar al cuarto de su padre. Albina avanzó unos pocos pasos en el dormitorio de éste y escuchó. La respiracion del enfermo era tranquila: él dormia. Ella hizo más: fué a tomar su libro, y le contempló un momento.

—¡Perdon, padre mio! le dijo.

El aspecto noble y severo del anciano la infundió un religioso respeto mezclado de temor, y estuvo a punto de retroceder. Mas luego se dijo:

—El se va, debe ser mi esposo, quiere verme...

Y saliendo con resolucion al pasadizo, entró en su saloncito.

Una vez allí, dió luz a una lámpara que habia quedado a medio apagar; fué hácia la puerta que comunica al corredor, y con mano trémula dió vuelta a la llave.

En seguida, se dejó caer casi estenuada sobre un sofá.

Un fuerte golpe en el patio, como de un cuerpo que cae al suelo, la dejó petrificada de espanto; luego se oyeron los pasos precipitados de un hombre que corrè en direccion opuesta al saloncito, y al mismo instante la puerta de éste se abrió. Ella dió un grito de espanto, y quiso huir.

—Quédese usted, señora, exclamó el recién venido; y con ademán imperioso la hizo tomar asiento. Le dije a usted, hace un año, en esta misma pieza, que me quedaba solo para velar por usted. He cumplido mi palabra: ¡la he salvado!

—¿Qué sucede? exclamó Albina sin levantar los ojos. Ese ruido...

—Es nada. He impedido que ese hombre penetre hasta aquí. Lo he arrojado como a un ladrón que hurta un tesoro; al caer ha formado un ruido que habria querido evitar por usted. El miserable, o es un cobarde, o me ha tomado por el padre de usted: ha huido!

Del espanto, Albina habia pasado a la vergüenza; comprendió que estaba bajo el poder del hombre que tenia delante; que su honor pendia de él. Con voz suave y penetrante le dijo:

—Doncel, por favor olvide esta noche fatal; tenga compasion de mí; no juzgue usted por las apariencias.

Y al decir esto, la mirada de Albina era suplicante; su actitud candorosa y fascinadora a la vez. Doncel se estremeció: jamas la habia visto tan irresistible. Mas, cobrando valor, apartó la vista de aquella mujer, que habia sido el ideal mas bello de su alma, y que en ese momento era el juguete de un impostor.

—Señorita, la dijo con acento grave; nada puede usted temer de mí. La intervencion que he tenido en lo que está pasando, bien lo sé, me hace mas odioso a sus ojos; pero debo arrostrar hasta su odio por salvarla. Yo bendigo esta casualidad providencial. Salí esta mañana para ir al encuentro de un amigo que ha llegado del Perú. En el curso de la conversacion me dijo: "ya sabrás lo que me trae a Chile."—Nada sé, le contesté.—Lee esta carta y juzga si el asunto vale el viaje. Su lectura no me sorprendió, pero le pedí la esquila, por lo que ella podria interesar a usted.

Al entrar a la casa, hace poco, vi luz en su dormitorio y distinguí afuera un bulto que parecia estar pegado a su ventana. Me detuve y esperé. Todo lo comprendí al ver a un hombre dirigirse hácia esta puerta. La indignacion me cegó. Yo traia conmigo la prueba de la infamia de ese hombre. Caí sobre él... y huyó.

Lea usted, agregó Doncel, presentando una carta a Albina.

—¡Dios mio! exclamó ella, ¿todavía más? ¿Qué quiere usted que lea? ¿para qué?

—Es preciso, Albina, lea usted.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

(Continuará.)

---

## SEIENOGRAFIA O DESCRIPCION DE LA LUNA.

(Conclusion.)

---

### DESCRIPCION DE PETAVIO.

En el exterior de *Petavio*, y sobre el lado derecho, se descubre tambien una montaña circular, que tiene 20 kilómetros de diámetro sobre 43 de largo. Hai igualmente una pequeña montaña central en forma de pico, que tiene 2,598 metros de altura sobre la llanura interior. Tambien se ven sitios mui escarpados al Sur de esa pequeña montaña anular o circo, es decir, arriba, pues preciso es tener mui presente que todo lo que hemos visto hasta ahora está volcado de arriba abajo, como se ve en un telescopio astronómico que vuelca los objetos. Es inútil volcarlos, hasta poner el Norte arriba y el Sur abajo, como jeneralmente tenemos costumbre de verlos; sin esto se caeria en una gran confusion, por el hábito de ver todas esas montañas en otro sentido que aquel en que aparecen en el instrumento. Nunca podria uno estar seguro acerca de la apariencia real de tal o cual montaña, y de aquí naceria una gran dificultad para el estudio de esos paisajes lunares, cuyo interes está en ver los cambios que pueden sobrevenir en la superficie de la luna.

*Petavio* está visible dos dias despues de la luna nueva. Desgraciadamente, la luna está siempre baja en ese momento, y se encuentra un poco en los vapores que el sol, en el ocaso, deja detras de sí. Dos dias despues de la luna llena se le puede observar con mas comodidad; entonces la luna está mejor situada, sale a eso de la una de la madrugada, y se eleva majestuosamente hasta que llega al meridiano; entonces se presta a observaciones interesantes

Sobre la misma línea que une a *Petavio* las dos puntas de la media luna, cuando se observa a *Petavio* dos dias despues de la luna nueva, se ven otros dos grandes circos que llaman *Langrenius* y *Furnerius*, y otro sobre *Petavio* llamado *Vandelinus*, en todo cuatro grandes circos. Si la observacion tiene lugar dos dias despues de la luna llena, se pueden ver igualmente en la línea de separacion de sombra y luz.

Así, pues, todo aficionado podrá fácilmente con estas noticias verificar por sí mismo lo que se ha relatado hasta aquí sobre la superficie de la luna. Podrá ver esas montañas circulares segun las indicaciones que preceden, y podrá por último estudiarlas, progresar con la esperiencia ajena, esperiencia adquirida siempre con muchas dificultades si se piensa que hubo que comenzar sin direccion en esa clase de estudio tan especial.

#### DESCRIPCION DE CÓPÉRNICO.

*Copérnico* es uno de esos grandes circos, como hai muchos en la superficie de la luna, con la diferencia, sin embargo, de que pertenece a la primera clase de ese jénero. Se distingue de todos los demas por su brillo, por los muchos rayos que se escapan de él en todas direcciones.

*Copérnico*, visto durante la luna llena, es un objeto mui brillante; a pesar de toda su luz se pueden distinguir sus montañas centrales y las que forman sus murallas, tanto en el exterior como en el interior; para esto es preciso un instrumento bastante poderoso.

Si se quieren estudiar bien todos los detalles, se debe aprovechar el momento en que se encuentra sobre el borde alumbrado de la luna, en la línea de separacion de luz y de sombra, dos dias despues del cuarto creciente, o dos dias antes del menguante. Entonces se pueden observar sus fases diversas desde el momento en que el sol comienza a dar luz a las cumbres de las montañas que forman sus murallas o terrados, hasta que se alumbra de lado, tal como fué visto el 8 de enero de 1854, entre las ocho y las nueve de la noche, con un aumento de 450 veces.

El diámetro de *Copérnico* es de unos 89 kilómetros, medido de derecha a izquierda o de arriba abajo.

Es casi un círculo con la circunferencia mutilada; sus murallas son mui escarpadas; la muralla de la izquierda tiene una altura de 3,430 metros, y la de la derecha 3,213 sobre la llanura del contorno. De esos puntos tan altos la vista debe ser magnífica; añádase a esto el aspecto silvestre y solitario que caracteriza las comarcas próximas, y figurémonos, en fin, la luz tan intensa del sol, que no estando modificada por una atmósfera, cae sobre esas rocas y montañas de todas formas, y de un tono amarillento como las llanuras desiertas de Ejipto bajo un cielo de un azul mui oscuro.

Las murallas de *Copérnico* son accesibles al Norte del circo, esto es, por la parte mas próxima al borde, donde se ve una montaña

aislada colocada casi al traves de la muralla. Bajando hácia la llanura interior se encuentra una crecida cantidad de pequeñas montañas que se elevan en forma de terrados; se pueden ver bien cuando *Copérnico* está alumbrado de derecha a izquierda, lo que tiene lugar dos días antes del cuarto menguante. En el centro de *Copérnico* se hallan algunos montes pequeños, de los cuales el mas central es poco elevado; está situado por  $9^{\circ} 21'$  latitud Norte, y  $19^{\circ} 56'$  latitud Este.

Fuera de este circo magnífico se encuentra una llanura cubierta de montañas de todas formas y con direcciones mui distintas; la parte Sur de *Copérnico*, es bastante llana y está sembrada de montecillos de un modo uniforme.

*Oceanus Procellarum* es una de las mayores llanuras que existen en la superficie de la luna. Sobre sus bordes, que tocan a *Copérnico*, se encuentran muchos picos y cráteres pequeños cuyo interior no está nunca alumbrado por su pequeño diámetro y su mucha profundidad. Toda la parte derecha tiene un tono un poco mas oscuro que lo restante de la llanura, lo que es un efecto de la luz, pues esta parte se halla mui próxima al borde alumbrado de la luna, sobre la línea de separacion de luz y de sombra.

Un poco mas abajo de *Copérnico* se encuentra una bonita montaña circular con un cráter un poco mas arriba; se llama *Hay Lussac* y tiene 23 kilómetros de diámetro. En las cercanías se distinguen algunas montañas bastante escarpadas que se dirijen hácia abajo y a la derecha; algunas tienen una altura de 1,200 a 1,500 metros.

Con un gran telescopio se pueden pasar muchas horas agradables en la contemplacion de esas rejiones.

En cuanto a todos esos rayos luminosos de que se halla rodeado *Copérnico*, en esa época no pueden descubrirse; solo se ve el principio de uno que se encuentra al borde de *Copérnico*.

Algunas veces estas tres montañas circulares, *Copérnico*, *Keplero* y *Aristarco*, han estado visibles sobre el lado oscuro de la luna, a traves de lo que llaman la luz cenicienta, que por esa época en que *Copérnico* se aproxima al borde alumbrado principia a desaparecer; los astrónomos Beccaria, Rode, Herschel, Mechain y otros vieron repetidas veces que eran volcanes en accion. Pero como jamas se observó ningun cambio en su apariencia interior, y como ademas se cree fundadamente que la accion volcánica ha cesado hace tiempo, la duda es imposible.

La falta de atmósfera en la superficie de la luna es naturalmente un argumento contra toda existencia de agua. Los llamados mares, aun cuando solo estuvieran cubiertos a poca profundidad y no nos presentaran otras apariencias que las visibles ahora, podrian ser de lava, como hemos dicho al principio. Si existiera agua en la superficie de la luna, se elevaria en vapor, pronto se formaria una atmósfera con todos los fenómenos que dependen de ella, como nubes, nieblas y vapores, y no dejaríamos de notarlo. A esto dicen los que sostienen la hipótesis de una atmósfera, que la atmósfera de la luna (si la hai) es tan rara, que el vapor no puede elevarse; pero esta circunstancia, en vez de ser un impedimento, tenderia mas bien a facilitar la evaporacion del mismo modo que el agua colocada en el vacío pasa inmediatamente al estado de vapor.

En cuanto a la cuestion tanto tiempo debatida, de saber si la luna está habitada o nó, se han disipado ya todas las dudas; primeramente la falta de aire y de agua hacen imposible la existencia de seres semejantes a los que conocemos; luego como la superficie de la luna no presenta mas que laderas estériles e inhospitatorias, el líquen que florecé entre los hielos y las nieves de la Laponia se ajaria en breve y moriria allí donde ningun animal con sangre en las venas puede existir.

Despues de haber hecho ver 10 kilómetros cuadrados de la superficie de la luna sobre una escala grande como la de *Petavio*, es imposible descubrir ninguna señal de vejetacion, ni aun con un aumento de mil veces, lo que acerca la luna a 384 kilómetros de nosotros, puesto que su distancia es de 384,000 kilómetros.

Pero aun hai más: lord Ross, a quien se puede llamar el lord de los astrónomos, posee en Irlanda el telescopio mas grande y poderoso que existe en la superficie de la tierra; tiene 17 metros de largo focal y 2 metros de diámetro. Con ese telescopio monstruo se puede ver bien una pequeña estension de terreno en la superficie de la luna sobre mayor escala, y estudiar de ese modo si en realidad sobreviene algun cambio; añádase a esto que ese telescopio colosal puede soportar aumentos de mas de tres mil veces.

Cuando la atmósfera está pura, ¡qué de maravillas se descubren por medio de ese instrumento!

En el mes de enero de 1849 nos hallábamos en Parsonstown, la residencia del noble lord, que nos recibió con una afabilidad propia de su casa y aun del pais.

Mirando por ese gran telescopio, pudimos penetrar en la inmen-

sidad de los sistemas, pudimos reconocer rejiones que pocos mortales han mirado aun. Hoi confesamos que desde aquella visita a Parsonstown, no es fácil satisfacernos; no hemos podido hallar un instrumento que pueda fijar un instante nuestra atencion, haciéndonos olvidar el telescopio de lord Ross.

En todos tiempos las fases de la luna han dado lugar a muchas preocupaciones populares; decíase que producian variaciones correspondientes, no solo al bueno o al mal tiempo, sino a su accion sobre los vejetales; hasta querian que ejerciesen influencia sobre el cuerpo humano. Su efecto sobre el tiempo ocupó a menudo la atencion de los sabios, y algunos de ellos adoptaron la hipótesis. en tanto que otros la rechazaban.

Las observaciones de Scheiller tenderian a probar que la mayor cantidad de lluvia cae despues del cuarto creciente, y la mas escasa hácia el cuarto menguante; pero la diferencia es insignificante, y no puede aplicarse a toda la superficie del globo. Herschel y Humboldt han observado que en el momento de la luna llena el cielo jeneralmente está despejado. Sin embargo, se ha notado una pequeña diferencia sobre las alturas del barómetro en los diferentes cuartos. Olbers, que era médico y astrónomo, no pudo percibir sus efectos sobre la salud, en tanto que hai otros médicos que participan de la opinion contraria.

Se ha reconocido, no obstante, que varias personas, por haber dormido al aire libre espuestas a la luz de la luna, se quedaron ciegas con particularidades determinadas; otras ideas aun mas populares sobre los efectos de la luna roja parecen no tener ningun fundamento, y son tan ridículos como esta creencia de una nacion del Este, que consiste en suponer que, señalando la luna con el dedo índice, resultará que este dedo maléfico jamas se convertirá en polvo.

En otros tiempos se observó que los crustáceos y los moluscos se hallaban en la mejor condicion en la época de la luna llena; pero la razon está, segun dicen, en que buscan su alimento durante la noche; ven mucho mejor naturalmente, y reciben mucho mas alimento cuando la luna tiene todo su esplendor. El profesor Kreil ha notado tambien la influencia de la luna sobre un iman suspendido libremente, y ha descubierto que el polo norte de la aguja imantada tiene una tendencia a desviarse del lado opuesto del meridiano donde se encuentra la luna en aquel momento, y que las oscilaciones son mayores cuando la luna está en su apojeo, esto es, cuando

se halla a su mayor distancia de la tierra, que en el instante en que se encuentra a la distancia mas corta.

La cantidad de la desviacion en el primer caso es mui pequeña seguramente, pero las delicadas observaciones del profesor Lloyd la confirman de un modo mui satisfactorio.

C. BULARD.

---

## LITERATURA DRAMÁTICA.

---

Consideraciones jenerales sobre el teatro.—Influencia, carácter y significacion de los espectáculos escénicos.—Elementos de la existencia del arte dramático.—Su porvenir.

Pretendo examinar si tienen o nó algun fundamento ciertas ideas, comunmente admitidas de algun tiempo a esta parte, acerca de las producciones dramáticas y del teatro en jeneral. "El teatro decae," se ha dicho y se repite. "El teatro es una hoguera que se apaga por falta de alimento." "El drama antiguo, el teatro de Lope y Calderon es imposible, porque representa ideas muertas que no tienen eco en los corazones de la jeneracion actual; la comedia clásica es insufrible, porque su rigorismo, sus unidades, su sencillez la hacen insípida y fria, lánguida y desmayada para un auditorio que no busca en el teatro mas que un recreo pasajero; que desdeña los espectáculos modestos y que acude presuroso a donde pueda pasar tres o cuatro horas con el mayor deleite posible de todos los sentidos, carácter distintivo de la época actual, cuyo pensamiento dominante parece que se cifra en el consejo epicúreo de Horacio, *Carpe diem.*" "La comedia clásica, se añade, es tambien imposible, porque, ¿de qué elementos echará mano en una sociedad donde todos se hallan confundidos, donde ha desaparecido toda diferencia entre las clases? ¿Qué ridiculecès o qué vicios sacará, ya a la vergüenza ante un público que todos los tolera, que de ninguno se ruboriza, que hace gala del desenfreno, que transije con la corrupcion, que reverencia el impudor cuando se ostenta procaz y desenvuelto, y se mofa y compadece de la virtud y la modestia?"

Mucho hai de gratuito en tales suposiciones; mucho de aventurado en tales juicios; mucho de inexacto en las consecuencias que de ellos se pretende deducir. ¿En qué se funda esa supuesta deca-

dencia del teatro? ¿Dónde está la falta de alimento para esa hoguera? ¿Será tal vez que el público se retraiga de concurrir a él y le retire su tributo voluntario de aficion y de dinero? ¿Será que las leyes no protejan como debieran a los que ejercen la profesion dramática, cuando los vemos participando de todas las distinciones sociales de la manera mas ámplia, retribuidas hasta en la mas insignificante mediania, de un modo que no llegaron antes a imaginar siquiera los mas insignes actores de la escena española, incluso el inmortal Isidoro Maiquez? ¿Será que carezcan de estímulo los escritores, cuando se halla tan sólidamente garantida la propiedad literaria, que la favorable acogida de una o dos comedias al año asegura a su autor una subsistencia decorosa? No está, pues, en la poca aficion de los espectadores, nó en la falta de proteccion por parte de las leyes, el vicio radical que aqueja al teatro; en otra parte hai que buscarle.

La veleidad del público; el ánsia de goces que distingue la época presente; el refinamiento del lujo; la falta de fé con que asisten los espectadores al teatro, hacen sumamente difícil fijar su atencion sin grandes dispendios en la decoracion escénica, en los trajes, en el conjunto, en fin, de todo el espectáculo; hé aquí (dicen algunos) la causa de que esa aparente proteccion del público se desvanezca, y que esos mayores dispendios que hace en favor del teatro sean estériles para su verdadero progreso, puesto que han de ser invertidos en accesorios de que se prescindia en otros tiempos, y refluyen mas directamente en beneficio y comodidad del mismo público que en utilidad y fomento del arte dramático. No puede negarse que hai algo de verdad en estas razones; pero es preciso ser justos e imparciales: ni las exigencias del público son tantas que deban absorber el exceso de gasto que hoy sufraga para asistir al teatro, ni puede con fundamento tachársele de exigente porque pretenda hallar en él mas comodidad, aseo, propiedad, elegancia y hasta lujo, cuando paga hoy por este recreo cuatro o seis veces más que nuestros padres y abuelos. Nada hai en esto que no sea mui justo y natural; nada que no sea consecuencia lejitima del carácter que distingue esta época de la que alcanzaron nuestros mayores, y resultado indispensable del refinamiento del gusto y de la diversa manera de vivir.

No siendo la falta de aficion ni las exigencias del público la causa de la supuesta decadencia del teatro; no existiendo tampoco la falta de proteccion y estímulo por parte del gobierno, será preciso

acudir al mismo teatro y pedirle cuenta al arte mismo de la postracion en que yace, dado caso que esta postracion sea un hecho innegable. Para llegar a una conclusion definitiva, para poner en claro si existe en realidad alguna causa poderosa contra la cual el arte sea impotente a pesar de los elementos de que dispone, es preciso examinar la solidez de las razones que se alegan, dentro de la esfera moral e intelectual, como se ha hecho con las que pertenecen al órden material.

Hai quienes dan al teatro una influencia moral eficacísima, y hasta social y política, y bajo este punto de vista le atribuyen una grande importancia: otros le consideran como un recreo fútil sin trascendencia alguna. Ambas opiniones son, en mi concepto, exajeradas y son una prueba más de la verdad de aquellos dos versos de Molière:

«Les hommes la plupart, sont étrangement faits;  
Dans la juste nature on ne les voit jamais.»

Verdad trivial, cuya evidencia, circundando y envolviendo a los hombres por todas partes, como el aire que respiran, pasa, sin embargo, para ellos desapercibida, y estéril para la humanidad, cuyo destino parece ser en la tierra el de oscilar de uno a otro extremo, sin poder atinar jamas en las cuestiones que la ajitan con un exacto y justo nivel.

En cuanto a la influencia del teatro en la sociedad, yo creo que es mui poca, si bien no me atreveria a sostener, aun siguiendo autoridades respetables, que sea nula. Mejor aceptaria la opinion de los que dicen que el teatro es el espejo de la sociedad, aunque esta proposicion no es de una verdad absoluta, sino relativa y condicional. El teatro no existe durante largos períodos en algunos paises: todavia cuando existe, no basta por sí solo para darnos idea completa del estado de la sociedad; y aun cuando sea siempre un dato mui importante para este objeto, necesita ir acompañada de otros muchos, y ser estudiado en el conjunto completo de los espectáculos favoritos de un pueblo o de una época.

Procurando aproximar ambos extremos y conciliar en una fórmula encontradas opiniones, yo diria que la pretendida influencia del teatro no es sino el reflujó, digámoslo así, de la que ejerce sobre él la misma sociedad: en una palabra, que el teatro no da, sino recibe, o mas bien devuelve lo que ha recibido.

En donde quiera se descubre, observando los vestijios de los diversos espectáculos que han prevalecido en los pueblos, el sèllo dis-

tintivo de las costumbres, de las instituciones, de las creencias, de la civilizaci6n, en fin, de cada 6poca y de cada pais; pero es mui dudoso que pueda con fundamento asignarse a tales espect6culos, y mucho menos al teatro, un lugar entre los elementos activos y preponderantes que imprimen a las sociedades el movimiento civilizador que las caracteriza y distingue.

Pienso, por el contrario, que el teatro, admitido como espect6culo favorito y casi esclusivo algunas veces; pospuesto otras a diversiones no tan cultas, aunque mas populares, ha podido reflejar en parte con mas o menos verdad y exactitud el estado de una sociedad, pero que de seguro ha recibido siempre en vez de darle el impulso de la civilizaci6n.

En medio de la turbulenta democracia de Atenas pudo Arist6fanes sacar al teatro, con su propio nombre, o remedando su rostro y su figura, los personajes mas notables de la rep6blica, entreg6ndolos a la befa de un populacho desenfrenado, y esta clase de comedia prevaleci6 en aquel pais y entretuvo y deleit6 a los griegos, porque en aquel gobierno puramente democr6tico, cualquiera escelerencia, aun la de la virtud, escitaba celos y hacia sombra al pueblo, que se complacia en ver escarnecidos, creyendo reducirlos asi al comun nivel, los ciudadanos que por su m6rito insigne o por eminentes servicios habian logrado distinguirse en la p6blica opinion. Esta especie de comedia era producto necesario, y debia ser el espect6culo favorito de una sociedad que llevaba sus celos suspicaces hasta el colmo de la ingratitud, reuni6ndose en asamblea para condenar a un ciudadano solo porque se habia ya cansado de oirle apellidar el Justo.

La tragedia, informe y tosea en un principio, como nacida entre borrascosas y desenfrenadas bacanales, se acomod6 tambien desde su orijen al car6cter del pueblo griego y al estado de su civilizaci6n. En la primera representaci6n de las *Eum6nides* de Esquilo, que se resentia de la rudeza del tiempo en que fu6 escrita, abortaron, segun se cuenta, muchas mujeres, por lo terrible del espect6culo y lo espantoso de la ejecuci6n.

Verdad es que esta naci6n privilegiada, que pas6 casi de un golpe y sin lentas gradaciones desde la rudeza de sus primeros ensayos en todas las artes de la imaginaci6n hasta la mas delicada belleza, atin6 a mui poco tiempo en sus producciones dram6ticas, especialmente en la tragedia, con las formas mas sencillas y naturales, revisti6ndolas de la mayor perfecci6n; pero en el fondo las compo-

siciones no se emanciparon del influjo de las creencias, de las costumbres y de las leyes, ni sus autores concibieron tal idea, ni hubiera sido posible realizarla, porque aquel pueblo impresionable y arrebatado no hubiera admitido ni aceptado, ni talvez tolerado en el teatro espectáculos en desacuerdo con las ideas y sentimientos dominantes arraigados en el corazón de la sociedad.

Recuerdo, en prueba de ello, haber leído, no sé dónde, que en la representación del *Belerofonte* de Eurípides se amotinó el pueblo, causando serio temor a los actores, solo porque uno de ellos hacia con procaz desenfado la apolojia del dinero y de la omnipotencia de las riquezas, siendo preciso que el poeta se mostrase al auditorio para calmar su irritacion, rogándole que esperase el fin del drama, donde veria castigado dignamente al imprudente apolojista.

Se ha dicho por autoridades que tienen con justicia adquirido el derecho de dogmatizar en literatura, que los trájicos de Grecia escojieron con preferencia entre los reyes los personajes de sus tragedias para presentar con desfavorables colores la dignidad real a los ojos de sus compatriotas, y mantener vivo y constante el odio que estos fieros republicanos abrigaban contra ella y contra los desmanes de la tirania. Yo diria, si me fuera lícito aventurar distinta opinion sobre este punto, que los poetas griegos al hacer aquella eleccion y al presentar en la escena como víctimas de la fatalidad reyes y príncipes, escojiéndolos con preferencia en los tiempos llamados heróicos, tuvieron por principal objeto, guiados por un tacto delicado y por los sanos principios de la naturaleza y del arte, ofrecer a los espectadores grandes catástrofes fulminadas sobre grandes personajes, porque, como es sabido, estos son los dos puntos esenciales sobre que estriba el mayor efecto de las acciones trájicas. Además, la época heroica, remota ya, y cuya tradicion se conservaba algo confusa, ofrecía a los poetas otro elemento favorable al buen desempeño de la tragedia, cual es la libertad de combinar la accion del drama a su albedrio, sin chocar con la verdad histórica y con hechos incontrovertibles de época reciente y mas conocida. Estas son, a mi entender, las verdaderas causas que movieron a los autores griegos a elejir con preferencia, para abastecer el teatro trájico, los personajes que escojieron. Por lo demas, si confundieron talvez en sus dramas los buenos con los malos príncipes, presentándolos a todos indistintamente con desfavorables colores y bajo el aspecto de tiranos, no debe por eso deducirse que aquel fuese su objeto preferente, ni que pensasen por este medio influir en la opinion de sus

conciudadanos. Me inclino a creer, por el contrario, que esto fuese una concesion hecha al espíritu y a la opinion dominante, o mas bien al resultado de la influencia de esta misma opinion, que envolvia y arrastraba en su atmósfera, sin que quizá se apercibiesen de ello, a los mismos autores dramáticos, asi como sus creencias religiosas y sus ideas morales les hacian presentar al Destino como único árbitro inflexible y despiadado de la suerte de los hombres, y a éstos subyugados por la influencia fisiológica de las pasiones, sin conocer del amor mas que su parte física, y ajenos de todo punto a las ideas de pundonor caballeresco, de abnegacion sublime, que brotaron muchos siglos despues del seno de otra sociedad formada de mui distintos elementos. Entre los romanos, la comedia, y sobre todo la tragedia, no tuvieron carácter propio, pudiendo considerarse sus imitaciones, cortas en número, de las obras del teatro griego. como una continuacion de éstas, y como los últimos destellos del brillante sol que fecundó el ingenio de sus admirables modelos. No hai para qué detenerse, por tanto, en este largo período, aunque creo oportuno consignar de paso algunas ligeras indicaciones. Los romanos, con el carácter de fausto y de magnificencia que admiramos en los restos de sus obras colosales, levantaron teatros suntuosos, donde los últimos ecos de la musa griega vinieron a apagarse entre la algazara descompuesta que escitaban los jestos impúdicos, de los mimos y pantomimas, y las obscenidades y torpezas de los histriones y bailarinas. Erijieron tambien inmensos anfiteatros destinados a los sangrientos espectáculos del circo, donde con frecuencia se agolpaban los espectadores a gozar de mas vehementes sensaciones, hastiados ya, o poco satisfechos de las voluptuosas escenas del teatro. Esto, a mi modo de ver, prueba dos cosas: primera, que los romanos, corrompidos por el lujo y la molicie consiguiente a la posesion de las inmensas riquezas que les rendia en tributo el mundo conquistado, tuvieron teatros pero nó literatura dramática; segunda, que no habiendo alcanzado el teatro en Roma una existencia propia, a pesar de los esfuerzos de algunos imitadores de los griegos, y habiendo cedido el campo a las pantomimas de los histriones y a las luchas y espectáculos del circo, a donde concurrían ansiosas todas las clases sociales para cebarse ávidamente en escenas de sangre o de lubricidad, no es el teatro el que influye en las costumbres de los pueblos, sino el estado de la sociedad el que decide y determina el carácter y tendencia de los espectáculos, y por consiguiente del teatro.

De los siglos inmediatos a la caída del imperio romano hai que

prescindir completamente por falta de datos, aunque puede asegurarse que en el naufragio universal de todas las instituciones, consiguiente a la irrupcion de los pueblos setentrionales, desaparecieron hasta los vestijios del arte dramático. Pero cuando se fueron sosegando poco a poco las oleadas de aquella inundacion y descubrió asombrado el mundo, a la luz del cristianismo, agrupado en torno de la cruz, otra nueva sociedad compuesta de los despojos de la antigua y de los modernos elementos; cuando del seno de la iglesia, donde se conservaron y fueron fecundados los jérmenes de la vida intelectual del mundo antiguo, renacieron las ciencias y las artes, reaparecieron tambien con ellas el teatro y los espectáculos escénicos, aunque con las formas y atavios convenientes al diverso estado social. Entonces se vieron representar en los templos bajo el nombre de *misterios*, y desempeñadas en lo comun por individuos dedicados al culto, escenas de la vida y pasion del *Salvador*, pasajes del antiguo y nuevo Testamento, vidas de santos, alegorias con el título de *moralidades*, en que se personificaban las virtudes cristianas: obras todas defectuosas y rudas con relacion al arte, pero producto espontáneo y natural de aquella época, y espectáculo popular acomodado a la situacion de aquella sociedad, y del cual queda todavia algun vestijio entre nosotros en los llamados *pasos* con que suelen acompañar las cofradias, cabildos y hermandades, las procesiones de la Semana Santa.

De los templos y monasterios pasaron estos espectáculos a las plazas y a los campos, y durante los siglos medios, compañías de juglares ambulantes recorrian los pueblos, las ciudades y los castillos feudales, ejerciendo en ellos sus habilidades, alternando las escenas místicas y relijiosas con farsas profanas, danzando y tañendo variedad de instrumentos y cantando a veces en romances informes las hazañas y altos hechos de los héroes de la caballeria y de la cristiandad. Mas estas representaciones y farsas sin forma regular, ajenas de todo buen gusto y artificio, si bien pueden ocupar algun lugar en la historia jeneral de los espectáculos, difícil fuera clasificarlas convenientemente entre las producciones del arte dramático. Las huellas de éste durante aquella época, hai que buscarlas en el silencio de algun claustro, en el retiro de algun sábio estudioso, que desenterrando las obras de los griegos y latinos, lograba a costa de grandes desvelos y fatigas hacer alguna regular imitacion de aquellos modelos, la cual ni obtenia los honores de la escena, porque ésta aun no existia en realidad, ni era apenas conocida mas que de su

propio autor, contribuyendo a ello en gran manera el que estos ensayos o imitaciones se escribiesen en latín, que era la lengua sábia de la Europa, y nó en el idioma vulgar que trabajosa y lentamente se iba formando en cada país.

No mas allá del siglo XV remontan los primeros ensayos dramáticos de forma regular que puedan citarse escritos en lenguaje vulgar; la España y la Italia se disputan la antigüedad respectiva de la Celestina y del Orfeo; y sin entrar a decidir esta cuestion y otras que con ella se enlazan, conviene advertir que ambos pertenecen a la segunda mitad de dicho siglo; que si bien el Orfeo se puso en escena antes de publicarse por su autor, no alcanzó, sin embargo, grande boga en la misma Italia, ni fué conocido en mucho tiempo fuera de ella; mientras la Celestina, que no se prestaba por su forma y dimensiones a la representacion, alcanzó tal popularidad, que desde los primeros años del siglo siguiente se la vió traducida al italiano, reproducida por la prensa, admirada y comentada por los eruditos de ambas naciones, que eran por entonces las mas cultas de Europa.

La Celestina, que a pesar de su título de *Tragi comedia*, pertenece mas bien a las novelas, pinta con admirable colorido la situacion moral y las costumbres del tiempo en que fué escrita. Es un libro mui curioso y de precio inestimable para el historiador y el erudito, pero no puede realmente señalársele un lugar entre las producciones del teatro español.

A los esfuerzos de Torre-Naharro, Lope de Puceda, Timoneda y algunos otros, debió éste en España una existencia propia, y su origen el arte de hacer comedias, del cual y de los elementos con que contaba en la parte material de la ejecucion y en la decoracion escénica, da Cervantes una descripcion tan exacta como poco lisonjera, hasta la aparicion del *gran monstruo* de naturaleza como llama a Lope de Vega.

Seria este escrito interminable si hubiera de contener la numeracion de las infinitas producciones que cuenta el teatro antiguo español. Tampoco es posible descender al exámen del carácter que distingue las de los diversos autores. Basta a mi propósito señalar como circunstancia notable que el teatro fué en España una direccion esencialmente popular; que en él están fielmente reproducidos los sentimientos, las preocupaciones, los vicios y las virtudes características de la sociedad contemporánea, siendo quizá el estudio del teatro, asi como el de los romances, el camino mas seguro para fijar bastante aproximadamente la fisonomia distintiva de la civilizacion

y los elementos sociales de algunos interesantes períodos de nuestra historia.

La altivez e independencia del carácter individual, herencia que debimos a la raza indígena y a su mezcla con la sangre goda: el valor impetuoso, el ánimo resuelto y arrogante adquirido en siete siglos de continua lucha con los irreconciliables enemigos de nuestro Dios: la fé ciega y fanática que esta lucha tenaz contribuyó a mantener viva y ardiente en los corazones: la galanteria muellé y voluptuosa que nos comunicó este roce continuo con los cultos árabes españoles, ya en los sangrientos campos de batalla, ya durante el reposo pasajero de las treguas; todos estos y muchos otros elementos diversos que concurrieron a formar el carácter español, se ven reflejados con notable verdad y exactitud en el teatro. Allí tambien con ingenioso artificio vemos separados oportunamente, pero nó divorciados, los intereses y los instintos de las diversas clases sociales. Los movimientos jenerosos, las virtudes caballerescas, el sentimiento exajerado del honor, el misticismo novelesco del amor platónico, el culto fantástico y en cierto modo idólatra a la mujer; en una palabra, la poesia y el idealismo son jeneralmente en nuestras antiguas comedias patrimonio de los personajes pertenecientes a las clases elevadas.

Por el contrario, la bellaqueria y la malicia, el amor lascivo y los instintos groseros; la realidad, en fin, de las cosas bajo su forma mas prosaica y descarnada, está allí siempre compendiada en los individuos inferiores, formando un continuo contraste, mezclándose y confundiéndose a cada paso como en la vida real todos estos diversos elementos, y presentando una serie completa de cuadros interesantes, donde, dejando a un lado los vicios de locucion, los anacronismos, errores científicos y otros lunares que a veces los afean, hallará siempre el hombre estudioso una rica mina de sensaciones agradables y de datos interesantes para el conocimiento de la historia y del teatro español.

Es innegable que aquellos elementos se han modificado considerablemente desde entonces; que las costumbres actuales son diferentes, los principios políticos diversos, nuevo, en una palabra, el carácter de la civilizacion. No puede negarse tampoco que se hallan absorbidas hoi todas las clases por el inmenso mar de la clase media, a la cual ha descendido la elevada y se han elevado las inferiores, y donde bajo el engañoso disfraz de un *frac* nivelador se codean, se empujan, se ajitan y revuelven todas confusamente. Esto contribu-

ye sin duda a que hoi sea mas monótono el aspecto de nuestra sociedad, y menos espresiva a primera vista su fisonomia. Pero hai en medio de esto, entre otros varios, un hecho incuestionable que la caracteriza y distingue: *su tendencia al refinamiento y ensanche de los goces de la vida.*

Difícil seria averiguar el término probable a donde conduce este camino y resolver acertadamente de antemano el complicado problema de "si para la sociedad en jeneral, y para cada uno de sus individuos queda o nó algun residuo positivo de verdadera felicidad en el refinamiento y ensanche de tales goces despues de tomados en cuenta los sacrificios, las convulsiones, la agitacion, la zozobra que a la primera le cuestan, y los afanes, las angustias, el ansia y los deseos immoderados en que se precipitan los segundos para alcanzarlos, estimulados, impelidos, subyugados por el movimiento vertiginoso y febril que los arrastra."

Pero dejando esta averiguacion a los filósofos y moralistas, y supuesto que la sociedad es indudablemente distinta, ¿tendrán razon los que aseguran que el drama de nuestro antiguo teatro es imposible? La tendrian si se tratara de reproducirle ahora con todo lo que era en él condicional y transitorio. No se trata, sin embargo, de semejante cosa: tómese únicamente lo bueno y bello que contiene, y que es aplicable a todos los tiempos y circunstancias; la lozania de imaginacion con que está ideado, la nobleza y la verdad de muchos caracteres y situaciones, la fecundidad de la invencion, la versificacion armoniosa; hágase del gongorismo que le oscurece en ocasiones, del descuido y desatino que le afea algunas veces, y de todos los demas defectos que en él ha señalado, la crítica juiciosa y concienzuda, y de seguro quedará todavia una inmensa riqueza que beneficiar en aquel riquísimo venero.

En él han encontrado los extranjeros inspiraciones felices a que deben en gran parte muchos de ellos su gloria y su renombre. Los que han sido bastante grandes para no avergonzarse de esta confesion, lo hicieron francamente: otros se aprovecharon en silencio de nuestros tesoros, y algunos en recompensa nos han llamado bárbaros.

¿Por qué, pues, no haremos nosotros con mucha mas ventaja y facilidad lo que han hecho los extranjeros? Ellos, con los elementos de nuestro antiguo teatro, a quien se le echa en cara que representa ideas muertas y una sociedad que ya no existe, han fabricado tragedias y comedias admirables que aun escitan el entusiasmo de

la jeneracion actual. Ellos, aprovechándose de nuestros dramas, pros- critos en masa y calificadas de *Spectacle barbare* por uno de los mas rijidos Aristárcos, han dado a la escena, sin mas trabajo que copiar- los literalmente algunas veces, producciones ajustadas perfectamen- te a todas las reglas, de cuya infraccion nos acusaba tan duramente el mismo preceptista nuestro injusto detractor.

Por desgracia las pasiones y los viciós de la humanidad serán siempre los mismos. Las diferencias que puede presentar en diver- sas épocas o países son únicamente accidentales y no pasan de la forma exterior, porque seria preciso en otro caso que cambiaran la naturaleza y la organizacion del corazon humano. Estudiando éste profundamente, estudiando tambien la sociedad contemporánea en sus costumbres, en sus leyes, en sus preocupaciones, en el conjunto, en fin, de todos los elementos que la caracterizan y distinguen; es- tudiando al mismo tiempo el teatro antiguo para aprovechar lo que en él existe digno de imitacion, con talento para idear los planes, con paciencia para desenvolverlos, con un gusto delicado para no estraviarse en la eleccion de los medios y recursos dramáticos, con imaginacion bastante para impresionar vivamente el ánimo y casti- gar el interes de los espectadores, es indudable que pueden hoy ha- cerse mui buenas comedias que den honra y provecho a sus autores, acrecentando la gloria de que goza la patria de Lope y Calderon. Ejemplos recientes, aunque nó muchos, han demostrado esta verdad. Si hubiera quien creyese escesivo el número de requisitos y cir- cunstancias de que queda hecho mérito como indispensables para obtener aquel resultado, y que su observancia dificulta demasiado la ejecucion, que recuerde aquella pregunta con que uno de nues- tros primeros literatos, eminente autor dramático, justamente céle- bre y aplaudido, responde a una objecion semejante. "*¿Y quién ha creído hasta ahora que sea cosa fácil escribir una escelente come- dia?*"

NICOLAS SUAREZ CANTON.

---

## EL JENIO DE WALTER SCOTT.

---

(TRADUCCION.)

Ciertamente que hai algo de raro y maravilloso en el talento de este hombre que dispone del lector como el viento de una hoja; que lo pasea a su voluntad por todos los lugares y en todos los

tiempos; que como jugueteándose descubre los secretos mas ocultos del corazon, como el mas misterioso fenómeno de la naturaleza y la mas oscura página de la historia; cuya imaginacion domina y acaricia todas las imaginaciones; que con la misma admirable verdad se reviste del harapo del mendigo y de la túnica del rei; que toma todas las costumbres, adopta todos los trajes, habla todos los idiomas, deja a la fisonomia de los siglos lo que la sabiduria de Dios ha puesto de inmutable o de eterno en sus rasgos y todo lo variable y pasajero que las locuras de los hombres han arrojado en ellas; que no obliga, como lo hacen ciertos novelistas ignorantes, a los hombres de los tiempos pasados a colorearse con nuestros afeites y frotarse con nuestro barniz, pero que obliga con su májico poder a los lectores contemporáneos a volver a tomar, aunque sea por pocas horas, el espíritu de los tiempos antiguos, tan desdeñado hoi dia, como un hábil y diestro consejero que invita a los hijos ingratos a volver al lado de sus padres. El hábil májico quiere ante todo ser mui exacto. No rehusa a su pluma ninguna verdad, ni aun la que nace de la pintura del error. Pocos historiadores son tan fieles como este novelista.

Se conoce que él ha querido que sus retratos fuesen cuadros y sus cuadros retratos. Nos pinta a nuestros predecesores con sus pasiones, sus vicios y sus crímenes, pero de modo que la inestabilidad de las supersticiones, y la impiedad del fanatismo no hagan mas que hacer resaltar mejor la eternidad de la relijion y la santidad de las creencias. Por otra parte, tenemos placer de volver a encontrar nuestros antepasados con sus preocupaciones, a menudo tan nobles y tan saludables, como con sus bellos penachos y sus magníficas corazas.

Walter Scott ha sabido beber en las fuentes de la naturaleza y de la verdad un estilo desconocido, que es nuevo porque es de todos los tiempos.

Walter Scott ha unido la minuciosa exactitud de las crónicas, la majestuosa grandeza de la historia y el interes de la novela. Jenio poderosísimo y curioso que adivina lo pasado; verdadero pincel que traza un retrato fiel sacado de una sombra confusa, y nos obliga a reconocer aun lo que no hemos visto; espíritu a la vez flexible y sólido, que se impresiona del sello particular de cada siglo y de cada pais como una blanda cera, y conserva indeleble esta impresion para la posteridad, como grabada en bronce.

Pocos escritores han sabido cumplir tan bien como Walter Scott

los deberes del novelista relativamente a su arte y a su siglo, porque seria un error casi culpable en el hombre de letras creerse fuera del interes jeneral y de las necesidades nacionales, esceptuar a su espíritu de toda accion sobre los contemporáneos y aislar su vida egoista de la gran vida del cuerpo social. ¿Y quién se sacrificará si no es el poeta? ¿Qué voz se elevará en la tormenta sino la de la lira que puede calmarla? ¿Y quién arrostrará los odios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino aquel a quien la sabiduría antigua atribuía el poder de reconciliar los pueblos y los reyes, y al cual la sabiduría moderna ha dado el poder de dividirlos?

No es, pues, a melifluas galanterías, a mezquinas intrigas, a escandalosas aventuras que Walter Scott consagra su talento. Advertido por el instinto de su gloria, ha comprendido que faltaba algo más, a una jeneracion que ha escrito con sus lágrimas y su sangre la página mas extraordinaria de todas las historias humanas. Los tiempos que inmediatamente han precedido e inmediatamente seguido nuestra convulsiva revolucion, eran una de esas épocas de postracion que experimentan los atacados de la fiebre antes y despues de sus accesos.

Entonces los libros mas vulgarmente atroces, los mas estúpida-mente impios, los mas monstruosamente obscenos eran devorados con avidez por una sociedad enferma, cuyos gustos depravados y cuyas facultades entorpecidas hubieran rechazado todo alimento sabroso o saludable. Esto es lo que esplica esos triunfos escandalosos, discernidos entonces por la plebe de los salones y los patrios de la calle pública a los escritores ineptos o licenciosos que nos desdeñaríamos de nombrar, los cuales se encuentran hoy dia obligados a mendigar el aplauso de los lacayos y la risa de los prostituidos. Ahora la popularidad no es ya distribuida por la plebe; ella viene de la sola fuente que puede imprimirle un carácter de inmortalidad como de universalidad: viene del sufragio de ese pequeño número de espíritus delicados, de almas exaltadas y de cabezas serias, que representan moralmente a los pueblos civilizados. Eso es lo que Scott ha obtenido yendo a tomar en los anales de las naciones los asuntos que pueden aplicarse a todos los países, tomando en los fastos de los siglos libros escritos para todos los siglos.

Ningun novelista ha envuelto tanta enseñanza bajo tantos encantos, ni mas verdad bajo la ficcion. Hai un lazo de union visible

entre la forma que le es propia y todas las formas del pasado y del porvenir; las novelas épicas de Scott podrian considerarse como una transicion de la literatura actual a los grandiosos romances, a las grandes epopeyas en verso o en prosa que nuestra era poética nos promete y nos dará.

¿Cuál debe ser la intencion del novelista? Es la de espresar en una interesante fábula una verdad útil. Y una vez escojida la idea fundamental, una vez creada la accion esplicativa de ella, ¿no debe el autor buscar para desenvolverla un modo de ejecucion que haga su novela semejante a la vida, la imitacion semejante al modelo?

¿Y no es la vida un drama caprichoso donde se mezcla lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo elevado y lo bajo, lei cuyo poder no espira sino fuera de la creacion?

¿Será, pues, necesario limitarse a componer, como ciertos autores brillantes, cuadros enteramente tenebrosos, y como los chinos cuadros enteramente luminosos, cuando la naturaleza muestra por todas partes la lucha de las tinieblas con la luz? Pues los novelistas antes de Walter Scott habian adaptado jeneralmente dos métodos opuestos de composicion, ambos viciosos, precisamente porque son contrarios. Los unos daban a su obra la forma de una narracion dividida arbitrariamente en capítulos, sin que se adivinase demasiado el por qué, y talvez únicamente para dar descanso al espíritu del lector, como lo manifiesta injenuamente el título de Descanso, colocado por un antiguo autor español (1), a la cabeza de sus capítulos. Los otros desarrollan su fábula en una serie de cartas que se le suponian escritas por los diversos actores de la novela. En la narracion, los personajes desaparecian, el autor, solo, se muestra siempre; en las cartas al autor, el autor se eclipsa para no dejar ver sino a sus personajes. El novelista narrador no puede dar lugar al diálogo natural, a la accion verdadera; es necesario, que le sustituya un cierto y monótono movimiento de estilo, que es como un molde donde los acontecimientos mas diversos toman la misma forma, bajo la cual las mas elevadas creaciones, las mas profundas invenciones se borran del mismo modo que las desigualdades de un campo se allanan bajo el arado. En la novela, la misma monotonia proviene de otra causa. Cada personaje llega a su turno con su epístola, a la manera de esos actores forasteros que no pueden presentarse sino uno despues de otro, y que no teniendo permiso de hablar en el

(1) Marcos Obregon de la Ronda.

tablado, se presentan sucesivamente llevando sobre su cabeza un gran rótulo, en el cual el público lea su papel.

La novela por medio de cartas se puede comparar a esas fastidiosas conversaciones de sordo-mudos, que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de modo que su cólera o su alegría depende de tener siempre la pluma en la mano y el tintero en el bolsillo. Ahora bien, pregunto yo; ¿qué viene a ser de una chistosa o tierna reconvenccion que es preciso mandarla por la posta? Y la esplosion calurosa de las pasiones ¿no se encuentra un poco embarazada entre el preámbulo obligado y la fórmula culta e indispensable a toda carta escrita por un hombre bien educado? ¿Se creará que el acompañamiento obligado de cumplidos y cortesías acelera la progresion del interes y apresura la marcha de la accion? Se debe, en fin, suponer algun vicio radical e insuperable en un jénero de composicion que ha podido entibiar, a veces, la elocuencia misma de Rousseau.

Supongamos, pues, que en la novela narrativa, en la cual parece que se hubiera pensado en todo menos en el interes, adoptando el absurdo sistema de encabezar cada capítulo con un resúmen, a menudo mui detallado, el cual es como la narracion de la misma narracion, supongamos que a la novela epistolar, cuya forma misma impide toda vehemencia y toda rapidez, un espíritu creador sustituya la novela dramática, en la cual la accion imaginaria se desarrolla en cuadros verdaderos y variados, del mismo modo que se desarrollan los acontecimientos reales de la vida, que no conoce otra division que las de las diferentes escenas que quedan por descubrir; supongamos, en fin, que él sea un largo drama, donde las descripciones suplen a las decoraciones y a las costumbres; donde los personajes podrian manifestarse por sí mismos y representar, por sus diversos y multiplicados choques, todas las formas de la idea única de la obra.

Encontrareis en este nuevo jénero las ventajas reunidas de los dos jéneros antiguos, sin sus inconvenientes. Teniendo a vuestra disposicion recursos pintorescos, y en cierto modo los recursos mágicos del drama, podriais dejar tras de la escena esos mil detalles frívolos y transitorios que el simple narrador, obligado a seguir a sus actores paso a paso, como los niños que están aprendiendo a andar, debe esponer largamente, si quiere ser claro; y podreis aprovecharos de esos lances profundos y repentinos, mas fecundos en meditacion que las páginas enteras, que hace brotar el movimiento

de una escena; pero de los cuales no puede aprovechar el narrador por la rapidez del relato.

Después de la novela pintoresca pero prosaica de Walter Scott, quedará que crear otra novela mas bella y mas completa todavía, según nosotros. Esto es, la novela a la vez dramática y de epopeya; pintoresca pero poética, verdadera pero grande, real pero ideal, que fundirá a Walter Scott en Homero.

Como todo creador, Walter Scott ha sido acometido hasta el presente por inestinguibles críticas. Es necesario que el que explota una laguna se resigne a oír graznar las ranas en torno suyo.

ÁNJELA URIBE ORREGO.

---

## MUERTA EN VIDA.

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI PRÍNCIPE DE SANTO BONO.

---

### I.

Laura Martínez era bella como un sueño de amor en la primavera de la vida. Tenía por padre a un oidor de la Real Audiencia de Lima, viejo mas seco que un arenal, hinchado de prosopopeya y que nunca volvió atrás de lo que una vez pensara. Pertenecía a la secta de los infalibles, que, de paso sea dicho, son los mas propensos a engañarse.

Con padre tal, Laura no podía ser dichosa. La pobre niña amaba locamente a un jóven médico español llamado don Enrique de Padilla, el cual, desesperado de no alcanzar el consentimiento del oidor para su enlace, había puesto mar de por medio y pasado a Chile. La resistencia del golilla, hombre de voluntad de hierro, nacía del empeño de unir los veinte abríles de Laura con los cincuenta octubres de un compañero de audiencia. En vano Laura, agotando el raudal de sus lágrimas, decía a su padre que ella no amaba al que la deparaba por esposo.

—¡Melindres de muchacha! la contestaba el flemático oidor. El amor se cria.

El amor se cria! Palabras que envenenaron muchas almas, dando vida mas tarde al remordimiento. La casta vírjen, fiada en ellas, se

dejaba conducir al altar y nunca sentía brotar el amor prometido.

El amor se cria! Frase inmoral que servía de sinapismo para debilitar los latidos del corazón de la mujer; frase típica que pinta por completo el despotismo en la familia.

En aquellos siglos había dos espedientes soberanos para hacer entrar en vereda a las hijas y a las esclavas.

¿Era una esclava lijera de cascos o se espontaneaba sobre algún chischisveo de su ama? Pues la panadería de don Jaime el catalán, o de cualquier otro desalmado, no estaba lejos, y la infeliz criada pasaba allí semanas o meses sufriendo azotaina diaria, cuaresmal ayuno, trabajo crecido y todos los rigores del más bárbaro tratamiento. Y cuenta que esos siglos no fueron de libres pensadores como el actual, sino siglos cristianos, de evangélico ascetismo y suntuosas procesiones; siglos, en fin, de fundaciones monásticas, de santos y de milagros.

Para las hijas desobedientes al paternal precepto se abrían las puertas de un monasterio. Como se ve, el espediente era casi tan blando como el de la panadería.

Laura, obstinada en no arrojar de su alma el recuerdo de Enrique, prefirió tomar el velo de novicia en el convento de Santa Clara, y un año después pronunció los solemnes votos, ceremonia que solemnizaron con su presencia los cabildantes y oidores, presididos por el virei, recién llegado entonces a Lima.

## II.

Don Cármine Nicolas Caracciolo, grande de España, príncipe de Santo Bono, duque de Castel de Sangro, marques de Buquianico, conde de Esquiabi, de Santobido y de Capracota, señor de Nalbelti, Frainenefrica, Grandimarca y Castelnovo, recibió el mando del Perú de manos del obispo de la Plata don Frai Diego Morcillo Rubio de Auñon, que había sido virei interino desde el 15 de agosto hasta el 3 de octubre de 1716.

Para celebrar su recepción Peralta, el poeta de la *Lima fundada*, publicó un panegírico del virei napolitano, y Bermúdez de la Torre, otro titulado—*El sol en el zodiaco*. Ambos libros son un hacinamiento de conceptos estravagantes y de lisonjas cortesanías, en estilo gongórico y campanudo.

De un virei que, como el escelentísimo señor don Cármine Nico-

las Caracciolo, necesitaba un carromato para cargar sus títulos y pergaminos, apenas hai huella en la historia del Perú. Solo se sabe de su gobierno que fué imponente para poner diques al contrabando; que los misioneros hicieron grandes conquistas en las montañas y que en esa época se fundó el colegio de Ocopa.

Los tres años tres meses del mando del príncipe de Santo Bono se hicieron memorables por una epidemia que devastó el país, escediendo de sesenta mil el número de víctimas en la raza indijena.

Ninguna obra pública, ningun progreso, ningun bien tanjible ilustra la época de un virei de tantos títulos.

Una tragedia horrible, dice Lorente, impresionó por entónces a la piadosa Ciudad de los Reyes. Encontróse ahorcado de una ventana a un infeliz chileno y en su habitacion una especie de testamento, hecho la víspera del suicidio, en el que dejaba su alma al diablo si conseguia dar muerte a su mujer y a un fraile de quien ésta era barragana. Cinco dias despues fueron hallados en un callejon los cadáveres corrompidos de la adúltera y de su cómplice.

El mismo don Frai Diego Morcillo, elevado ya a la dignidad de arzobispo de Lima, fué nombrado por Felipe V virei en propiedad y reemplazó al finchado príncipe de Santo Bono, en 16 de enero de 1720. Del virei arzobispo decia la murmuracion que a fuerza de oro compró el nombramiento de virei, tanto le habia halagado el mando en los cincuenta dias de interinato.

### III.

Y asi como asi, trascurrieron dos años y Sor Laura llevaba con resignacion la clausura.

Una tarde hallábase nuestra monja acompañando en la porteria a una anciana religiosa, que ejercia las funciones de tornera, cuando se presentó el nuevo médico nombrado para asistir a las enfermas del monasterio.

Por entonces cada convento tenia un crecido número de moradoras entre religiosas, educandas y sirvientes; y el de Santa Clara, tanto por espíritu de moda cuanto por la gran área que ocupa, era el mas poblado de Lima.

Fundado este monasterio por Santo Toribio, se inauguró en 4 de enero de 1606, y a los ocho años de su fundacion, dice un cronista, contaba con ciento cincuenta monjas de velo negro y treinta y cinco de velo blanco, número que fué, a la vez que las rentas, aumentando hasta el de cuatrocientas de ambas clases.

Las dos monjas, al anuncio del médico, se cubrieron el rostro con el velo; la portera le dió entrada, y la mas anciana, haciendo oír el metálico sonido de una campanilla de plata, precedia en el claustro al representante de Hipócrates.

Llegaron a la celda de la enferma, y allí Sor Laura, no pudiendo sofocar por mas tiempo sus emociones, cayó sin sentido. Desde el primer momento habia reconocido en el nuevo médico a su Enrique. Una fiebre nerviosa se apoderó de ella, poniendo en peligro su vida y haciendo precisa la frecuente presencia del médico.

Una noche, despues de las doce, dos hombres escalaban cautelosamente una tapia del convento, conduciendo un pesado bulto, y poco despues ayudaban a descender a una mujer.

El bulto era un cadáver robado del hospital de Santa Ana.

Media hora mas tarde las campanas del monasterio se echaban a vuelo anunciando incendio en el claustro. La celda de Sor Laura era presa de las llamas.

Dominado el incendio, se encontró sobre el lecho un cadáver completamente carbonizado.

Al siguiente dia, y despues del ceremonial relijioso, se sepultaba en el panteon del monasterio a la que fué en el siglo Laura Martinez.

#### IV.

Pocos meses despues Enrique, acompañado de una bellissima jóven, a la que llamaba su esposa, fijó su residencia en una ciudad de Chile.

¿Ahogaron sus remordimientos? ¿Fueron felices? Puntos son estos que no incumbe averiguar al cronista.

RICARDO PALMA.

---

## A REJINA.

---

No pierdas, mi querida Rejina, el perfumado encanto que debe tener una jóven; este encanto consiste principalmente en la naturalidad y la sencillez. Muéstrate sencilla y natural en todas tus acciones, en tu conversacion, en tu manera de vestir y hasta en tu manera de dirigirte al Todo-Poderoso. Que jamas entre en tu espíritu la inquietud del mundo, ni en tu corazon la ardiente sed de agradar por medio de la coqueteria; que se detengan en el dintel de

tu hogar las intrigas de sociedad y el ruido de esos placeres nocturnos que esponen la salud, debilitan la inteligencia y despiertan el amor propio.

No busques la felicidad fuera de tu casa; cuida de educar tus deseos, y que tus aspiraciones se encierren en el cumplimiento de tus deberes de niña. Aspira constantemente a ser mas buena y serás mas y mas dichosa.

Huye sobre todo de aquellos libros que, sin dejar provecho a la inteligencia, estravian el buen gusto y empañan insensiblemente la mas pura imaginacion; es verdad que apartando de tus manos la moderna literatura no sabrás juzgar a los Dumas, a Alfred de Musset, a Sue, a Jorje Sand y a tantas otras lumbreras de la Francia.

Ni sabrás quién es Fernan-Caballero, Perez Escrich, Fernandez y Gonzalez, etc., etc. Mas, esta feliz ignorancia es saludable para la juventud, y mui particularmente para las niñas dotadas de una imaginacion ardiente. Estos mismos autores, a quienes admiro por su mérito y colosal ingenio, si vieses en tus manos una de sus novelas, amigablemente te dirian:—"No hemos escrito para usted ese libro."

Felizmente, hai novelas cuya lectura entretiene la imaginacion, sin agitar el sistema nervioso; éstas pertenecen a la escuela realista y se distinguen por su estilo pulcro y elegante y por sus escenas llenas de naturalidad y sencillez. Entre éstas puedo citarte sin inconveniente las de Goldsmith, W. Scott, Disraeli, Bulwer, Dickens y algunas otras que se me escapan en este momento a la memoria. He principiado aconsejándote la sencillez y la naturalidad; en estas obras, que leerás en tus horas recreativas, vas a encontrar ejemplos palpitantes de sencillez, naturalidad y modestia.

Mas nó de esa modestia falsa que dejenera en hipocresia; la noble y verdadera modestia se ignora a sí misma. ¿Por qué una jóven debe ser modesta? Porque es mujer.

Encuentran los poetas singular analogia entre las flores y las niñas, y con frecuencia vemos en sus cantos bellos y graciosos, comparaciones en este sentido.

Yo, mi amada Rejina, te simbolizaria a tí en una violeta. Esta sencilla flor oculta su aterciopelada corola bajo el verde y natural tapiz que la protege; y como si aun no vastase este velo a su modestia, elije por morada los sitios mas ocultos y solitarios de la pradera.

Es verdad que la violeta no se columpia bella y jentil sobre su

esbelto tallo, como la rosa o la camelia, ni como éstas reina en los jardines. Empero, su vista nos infunde dulce y relijioso respeto por la naturaleza, y su aroma, ¡ah! su aroma nos atrae, nos deleita y nos consuela.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

---

A LA MEMORIA

DEL PRESIDENTE DE BOLIVIA DON ADOLFO BALLIVIAN,

FINADO EN 14 DE FEBRERO DE 1874.

---

(Interpretacion de los hermosos versos en idioma ingles que acaba de publicar en su número 329 el periódico "West Coast Mail de Valparaiso.")

---

I.

El Ser Eterno prodigó sus dones  
 Sobre montes y en valles a esa tierra  
 Do hai azahares, do la mies undula  
 Y do oculto está el oro entre sus grietas.  
 En aquel seno de los Andes brilla  
 El ígneo rayo entre nevadas crestas,  
 De cuyas cumbres los torrentes bajan  
 Del Amazonas a engrosar la arteria.  
 Allí de la India tropicales frutos  
 Al lado de los hielos de Noruega  
 Se admira, y soplan saludables brisas  
 Bajo un cielo que Italia solo ostenta.  
 En tal Eden, empero, luengos años  
 Con brazo rudo señoreó la fuerza  
 Y el feroz sable sojuzgó y mantuvo  
 La libertad cautiva entre cadenas.  
 La Paz, que tuvo cual por burla el nombre  
 De una tan dulce condicion, la cuenta  
 De sus disturbios ni guardó, y ha visto

Incendio y sangre enrojecer sus piedras:  
 De barricada fratricida el trueno;  
 Los broncos toques de feral corneta,  
 La vocería de las turbas beodas...  
 Oyó mil veces... y al recuerdo aun tiembla!  
 Tras de esos lances, que el terror sembraron,  
 Algun soldado a levantarse llega  
 Tinto en los fangos de sangrienta lucha,  
 Y Atila altivo, del *poder* se adueña;  
 Y, los destinos al rejir de un pueblo,  
 Su bien le roba y su cerviz doblega:  
 Oculta en tanto la justicia calla  
 Hasta que heróica la nacion se venga.

## II.

Al fin un dia compasivo el cielo  
 Vió de Bolivia la fortuna adversa  
 Y por el rumbo de la lei le trajo  
 Un mandatario de virtud sin mengua.  
 Vírjen de enconos de partido, ese hombre  
 Con la honra limpia, con bondad escelsa  
 La oliva alzando de concordia, indulta  
 Hasta a contrarios que su vida asechan.  
 Luego sin pompa ni marciales séquitos  
 La fuerza bruta y el motin refrena,  
 Mientras con flores las hermosas vírjenes  
 Cúbrenle, al paso, tan fragosa senda.  
 Entonces sube del *hosanna* el cántico  
 Hácia los astros, y Bolivia empieza  
 Su nueva marcha columbrando albores  
 De paz sin sombras que adelante espera...  
 Pero, ai! en vano! que al rayar el dia  
 De esa esperanza se eclipsó en tinieblas...  
 Y la discordia con su planta impura,  
 O algun tirano, ya hollará esa tierra;  
 Cuando el patriota, que en la lei fué escudo  
 Contra el embate de civiles guerras,  
 Yace en la tumba, do lo llora el pueblo,  
 Viendo las nubes entrañar tormenta!

## III.

Bien te lamentas, oh! Bolivia! y jimes  
 Por ese golpe de la muerte! Acerba  
 Es tu desgracia cuando ves perdido  
 Al digno jefe que así Dios te diera,  
 Y a quien tan pronto se llevó del mundo  
 A las rejiones de la luz eterna.  
 Muerto él, perdiste, sí, al mejor de todos  
 Tus nobles hijos; y con él se aleja  
 Hoi tu halagüeño porvenir: tus lágrimas  
 Son, pues, tributo de mui justa pena.  
 Oh! nunca ingrata su recuerdo borres  
 De tí, y su sueño no turbar consentas  
 A la anarquía, ni que andando el tiempo  
 Allí su ejemplo de civismo muera!  
 Si él tan temprano inanimado duerme  
 Ahí en su lecho sepulcral, conserva  
 De sus virtudes la memoria viva  
 Como lecciones que al futuro enseñan!  
 Mas noble, en tanto, que tu llanto, paga  
 Otro tributo a su renombre; y sea,  
 Ante la historia, del ilustre tuyo  
 Esa conducta la mas digna prenda!

Valparaiso, abril de 1874.

RICARDO BUSTAMANTE.

---

 ¡MURIÓ!

EN LA MUERTE DE MI PRIMA ROSARIO GOMEZ Z.

¡Murió! Se heló en sus labios la sonrisa,  
 Se dobló su frente virjinal:  
 Murió cual flor que marchitó la brisa,  
 Henchida de perfume y de beldad.

El cierzo de los años en su frente  
 Sus hondas huellas no estampaba aun,  
 Y en su labio entreabierto y sonriente  
 Se vian su candor y juventud.

Murió en el mar, y jóven y lozana,  
 Cuando se abria ante ella el porvenir,  
 Cuando entre todas descollaba ufana  
 Cual descuella la rosa en un jardin!

Murió en el mar! entre tiniebla oscura,  
 Entre clamores y ayes y ansiedad:  
 Abrirse vió a sus piés la sepultura,  
 Hundióse en ella y no se vió ya mas!

---

¡Qué triste es esa muerte  
 Léjos del seno maternal querido!  
 Oscuridad y olvido  
 Del que asi muere es la precaria suerte.

¡Morir cuando un Eden de bellas flores  
 Es la senda feliz de la existencia;  
 Cuando la Providencia,  
 Pródiga de sus dones y favores,  
 Endulza nuestras penas  
 Y hace que vuelen rápidas las horas,  
 Magníficas, serenas,  
 Impregnadas de músicas sonoras,  
 De luz y de hermosura,  
 De cuanto bien soñó la creatura!

Asi murió *Rosario*:  
 Era su pecho el célico santuario  
 Do todas las virtudes se albergaban,  
 Y en ella dicha y porvenir ansiaban  
 Sus padres, sus amigos,  
 Cuantos eran testigos  
 De su modestia y virjinal belleza,  
 Que en ornarla apuró naturaleza  
 Sus artes y primores:  
 A su labio el carmin dió de las flores,  
 A su aliento el aroma de la rosa,  
 Y para ornar su frente candorosa,  
 Anjélica, serena,  
 Le robó su blancura a la azucena.

¡Morir así tan bella!  
 Y ¿quién creyera que ella  
 Iba a morir así desamparada,  
 Sola en el mar, con su ansiedad profunda,  
 Por la mano de Dios solo escudada?

.....

No lloremos! Los ángeles no deben  
 Vivir aquí en el suelo;  
 Rosario era un arcánjel, y muriendo,  
 Su vuelo emprendió al cielo!

ELIAS COUSIÑO.

Serena, abril 3 de 1874.

---

## LA INSPIRACION.

IMITACION DEL ENTUSIASMO DE LAMARTINE.

---

### A LA SEÑORA ROSARIO ORRECO DE URIBE.

Cuando caes, cual águila triunfante,  
 Divina inspiracion, sobre mi seno,  
 Yo de tus alas al rumor tonante  
 De sagrado terror me siento lleno.

Por resistir tu mágica influencia  
 Y apartar tu poder, me ajito en vano;  
 Yo huyo y tiemblo que tu gran presencia  
 No aniquile al tocar mi pecho humano.

El instinto sagaz de los sentidos  
 Se opone en vano al ímpetu violento  
 Con que surge del alma el pensamiento  
 Con el vigor de arroyos comprimidos.

So la presión del Dios, respiro apenas  
 Hierve en mi pecho insólita pujanza,  
 Circula el rayo en mis hinchadas venas  
 Y el alma salta, indómita se lanza.

El fuego que arde en mi interior me espanta,  
Por sofocarlo pugno y más le irrito;  
Estalla el jenio y de emocion levanta  
Torrentes de armonia al Infinito.

Al exhalarse el fuego que me inflama  
Consume el ser que inspiracion respira,  
Y devorado por mi propia llama  
Víctima soi del númen que me inspira.

¡Tu mártir! héle aquí Musa sagrada.  
Ya no está en mí ni la inspirada frente  
Ni la sublime lúcida mirada  
Que lanzó el rayo que fraguó la mente.

Mi altivo jóven ser, siempre arrastrado  
Por tu atrayente lírica influencia,  
Sublime inspiracion, solo ha escapado,  
Débil resto de escuálida existencia.

La palidez sombría ha destruído  
El dulce aspecto que mi frente cella;  
Solo el surco del rayo que me ha herido  
¡Ai! indeleble se conserva en ella.

Bendito seas tú, bardo insensible,  
Que derramas, nó llanto, sino flores;  
Feliz tu inspiracion, suave, apacible,  
Que no te arrastra a trájicos furores.

De tu vena fecunda, mansa y pura  
Que da al Parnaso cándidos pimpollos,  
Corren con blando son, ritmo y mesura,  
De leche y miel dulcísimos arroyos.

Mas yo que a la alta inspiracion me entrego  
Tras la conquista de inmortales palmas,  
Ardo de las pasiones en el fuego,  
Para encender y arrebatat las almas.

Foco de luz de la natura entera  
Debe en sí misma el alma concentrarla,  
Sentirla con amor y fiel pintarla,  
Crear su mundo y reflejarlo fuera.

¡Y la vida del jenio así se acusa,  
Y así Egoísmo roe sus canciones?  
¡Ai! no envidies al hijo de la musa  
Enjandrado en dolor por las pasiones!

Nunca un bardo pacífico y apático  
Tuvo ese arranque, ese ímpetu poético,  
Ese desorden lírico simpático  
Que eleva el ritmo hasta el cantar profético.

Del Olimpo bajad, bardo sin ánimo,  
Melífluo ser de cánticos inciertos.  
Solo un laud homérico, magnánimo  
Lanza inmortales épicos conciertos.

El corazón del hijo de la lira  
Semeja al mármol que al rayar la aurora  
Sobre el sepulcro de Memnon suspira:  
Un rayo le da el alma y voz sonora!

¿Y mi roto laud quieres recoja,  
Que su entusiasmo mi alma desparrame?  
¡Ai! si uno al mundo el corazón arroja  
Lo devuelve sangrado el vulgo infame!

¿La gloria nombras?... Ilusión perdida!  
Yo ejemplo tomo en tí... yo vi tu llanto;  
La hallaste tú y envenenó tu vida!  
¿Y quién cual tú más digna de su encanto?

El sueño de una sombra—esa es la gloria!  
Ese ensueño mi vida ha acibarado,  
Y sin darme ni aún dicha ilusoria  
Los días de mi vida ha cercenado.

¿Y quieres tú que por la gloria exhale  
Este resto de mísera existencia?  
Nó, que la gloria lo que amor no vale:  
Yo guardo para amar mi íntima esencia!

JACINTO CHACON.

Diciembre 11 de 1861.

## UNA PERLA ORIENTAL.

---

(CONTINUACION.)

Ya distaba mui poco, y la tripulacion de la goleta estaba con los brazos tendidos para abrazar a sus libertadores.

Mas, de repente, la alegria se trocó en admiracion, y la admiracion en terror. Era un buque pirata, cuya tripulacion, armada de mosquetes y sables, gritaba:

—Rendíos, perros cristianos, si no quereis morir todos.

Yousouf y los mas razonables opinaron que resistir era una imprudencia, o mas bien temeridad, porque las armas con que contaban eran de mala calidad y pocas en número.

Sin embargo, muchos quisieron resistir.

Todo el mundo sabe que el nombre de cristiano es la espresion de mayor desprecio que un moro puede pronunciar; y entonces se veian obligados a entregarse vivos!...

La situacion era terrible.

Los piratas seguian gritando a medida que se acercaban:—“Rendíos, perros cristianos, si no quereis morir todos!”

Esta es la única y esencial frase que el pirata procura aprender en todos los idiomas.

El proceder fué rápido como el rayo.

Desde el capitan hasta el último marinero se entregaron sin réplica a Barba-Roja, comandante del bergantin *El último abrazo de un condenado!*

El nombre de Barba-Roja habia sido dado al corsario por sus compañeros, a causa de tener mucha semejanza, tanto en lo fisico como en lo moral, con el célebre pirata llamado asi, y que tanto ruido hizo a fines del siglo XVI.

Barba-Roja tomó prisionero a nuestro héroe y a toda la tripulacion, y despues de haberlos hecho colocar en el entrepuente, ordenó al piloto dirigir la proa hácia Tunez.

El bergantin, como burlándose de la tempestad, cortaba sereno las espumosas olas del ajitado mar.

Yousouf, en su prision, como todos los demas, ignoraba completamente a dónde seria conducido.

Al segundo dia, como a las diez de la mañana, le pareció, por los pasos precipitados de los marineros que andaban sobre cubierta, que sucedia algo de extraordinario; pero luego estos pasos dejaron de infundir temor, y entonces pensó que Barba-Roja repartia el botin a su tripulacion.

El sol de la mañana arrojaba sus rayos oblicuos sobre el verde cristal de las puras aguas del Mediterráneo.

El mar estaba tranquilo, y un vienteillo suave hinchaba las velas del bergantin, que, como un pintado ánade, se mecía sobre la superficie.

Escusado es decir que Yousouf no veía a nadie, a no ser un negro cafre cuya ocupacion parecia circunscribirse a velar sobre los cautivos. Tenia el rostro de color caoba oscuro, con ojos pequeños y centelleantes como los del lince, nariz aplastada, sobre la boca enormemente grande y armada de dientes blancos y puntiagudos como los de una sierra. Por último, una pequeña y hundida frente le daba cierta espresion de salvaje ignorancia; por manera que bastaba verlo tan solo para guardar silencio.

Con todo, el jóven estuvo muchas veces por aventurar alguna pregunta; pero el continente severo y brutal del negro sellaba la palabra en sus labios.

Este aborto de la naturaleza, armado de una huasca con empuñadura de plomo, bajaba dos veces al dia: por la mañana, a llevar el miserable almuerzo, y por la tarde la comida.

Por último, dos o tres dias despues, como a las diez de la noche, el ancla cayó pesadamente en la bahia, y la tripulacion saludó a la antigua Cartago (1) con un grito inmenso de alegría.

Barba-Roja habia llegado al término de su viaje.

Yousouf fué puesto en venta en el mercado público, y al fin del cuarto dia fué comprado por un armenio para el Bey de Tunez.

Nuestro héroe, dotado de una hermosa presencia y de un carácter dulce e insinuante, logró atraerse en poco tiempo el cariño del Bey, quien por lo pronto le nombró jardinero.

(1) Tunez, segun Chateaubriand, se halla situada a doce millas de las ruinas de Cartago.

## VIII.

## PROYECTO.

Algun tiempo habia desempeñado Yousouf esa ocupacion, cuando, por la muerte de un empleado de palacio, vino a mejorar su situacion.

Como ya sabemos, el Bey habia prometido a su favorita ocupar lo mas ventajosamente en la primera oportunidad, y el dia habia llegado.

El jóven, por la muerte del tesorero, pasó a ocupar el empleo mas distinguido de entre los mamelucos.

Mas, ah! cuánto le costaba dejar aquel jardin en que un dia viera por un instante a Zurla y en ese instante se enamorara de ella!

Hemos dicho antes que el griego Saled aborrecia a Yousouf.

Con efecto, el jóven iba a ser el favorito del Bey con perjuicio de Saled, y esto no pudo menos que causar un vivo encono en el griego, que juró vengarse en primera ocasion.

Y habia llegado el momento.

Pero Saled necesitaba de otro para consumir su obra.

Estos pensamientos ocupaban al porta-pipa, mientras estaba muellemente recostado en los henchidos cojines de su otomana.

Saled vacilaba, o por mejor decir, no encontraba ninguno que odiando tanto como él al nuevo favorito, deseara su ruina.

Despues de un momento de cavilacion, momento el mas amargo quizá de esa mañana para el griego, su rostro se serenó y su bigote negro se dilató por una risa de placer.

Saled lo habia encontrado ya.

Sabido es que la venganza en el moro ha llegado a ser proverbial.

Un moro jura vengarse, y se venga, aun sabiendo que arrastra con él a un patíbulo a toda su familia.

Saled, aunque griego, juró con la misma tenacidad la ruina de Yousouf.

El personaje a quien el porta-pipa eligió por compañero, era el mameluco Ben-ber-ley, y subió con él a su aposento.

—¿Con que es verdad que no sabes nada de lo que sucede? preguntó el porta-pipa, como enteramente ajeno a lo que hablaba.

—Os he dicho que lo ignoro completamente, respondió el interrogado, algun tanto sorprendido.

—Siéntate, Ben-ber-ley.

Ambos se sentaron.

Un eunuco se presentó a la puerta.

—Alí, trae pipas, ordenó Saled.

El ennuco desapareció, y pronto volvió trayendo dos pipas de porcelana con boquillas de ámbar, y entregó una al griego y otra al mameluco.

Durante el tiempo que, con la mayor gravedad, emplearon en consumir las pipas, ninguno de ellos pronunció una palabra, costumbre que indica un estremado cariño entre los tunecinos.

—Ben-ber-ley, dijo de pronto el griego, recostándose con indolencia en un cojin: Yousouf ha sido nombrado tesorero.

El mameluco abrió sus ojazos, cerrados algun tanto por la influencia del tabaco.

—¿Quién lo ha nombrado?

—Nuestro amo el Bey, respondió Saled con su indolencia fingida.

—Me parece imposible.

—Y por qué? Veamos!

—Porque a mí, por derecho, me correspondia desempeñar ese cargo, y aun...

—Y aun... qué?

—Quiero decir, que aun por derecho de antigüedad...

—Debias ser tesorero?

—Sin duda.

—Yo te aseguro que no lo serás.

—Por qué? Explicaos.

—La cosa es clara. Yousouf es el Kislar-agá!

—Os repito que me parece imposible.

—Aun lo dudas? exclamó el porta-pipa, riéndose y recostándose más en su cojin. Despues continuó:

—Ben-ber-ley! nuestro amo lo ha mandado asi. ¡Qué quieres! Quien lo puede lo manda.

El mameluco guardó silencio.

—Si no me crees, prosiguió el griego, acércate.

Y le condujo a la ventana.

MANUEL CONCHA.

(Continuará).

## SUSCRITORES A LA "REVISTA DE VALPARAISO."

---

### Valparaiso.

Villanueva Francisco Javier.  
Gonzalez A. Benicio.  
Edwards Agustin.  
Feliu Daniel.  
Bustamante Ricardo.  
Chacon Jacinto.  
Trumbull David.  
Keitel Jorje.  
Seckel Julio.  
Borgoño Luis José.  
Barrado Rafael.  
Cuevas 2.º Blas.  
Zegers José.  
Fossey de Mathieu.  
Fonk doctor.  
Lopez S.  
Borkoski Francisco.  
Donoso Salvador.  
Cocio Luis.  
Soffia J. M.  
Rubio Mariano.  
Andonaegui Ambrosio.  
Murillo doctor.  
Lorca Carlos.  
Bobillier Eujenio.  
Sartori E. José.  
Altamirano Manuel.  
Santa Cruz Vicente.  
Allende Ramon.  
Velasquez A. Manuel.  
Castro A. Salvador.  
Brochon Adolfo.  
Rubio Mariano.  
Benitez A. José.  
Rodriguez Juan de Dios.  
Saverney Juan.  
Adrover Justiniano.  
Chouteau Eujenio.  
Martinez Daniel.  
Lemus Cipriano.  
Perez A. Francisco.

Thompson Tomas.  
Edwards de Ross Juana.  
Rodriguez de Cabezon Manuela.  
Cortes Carmen.  
Ramos Rosa Juana.  
Prieto Hermilio.  
Garrido Esperidion.  
Montiel Eleodoro.  
Izquierdo Perez M.  
Soruco Juvenal.  
Barrios Alejo.  
Cerveró José.  
Bravo 2.º Bernardino.  
Jara 2.º N. Juan.  
Edwards Antonio.  
Soublete A. E.  
Lojia Americana.  
Arturo Prats.  
Bordali José Santos.  
Linacre 2.º Guillermo.  
Nugent W.  
Azagra G. José.  
Bello A.  
Riesco A.  
Merlet Julio.  
Rudolphy Luis.  
Cuadra E. Pedro.  
Edwards David.  
Edwards Alberto.  
Cruz Ramon.  
Reyes O. José.  
Clark y Ca.  
Bustos Salvador.  
Rowe J. Santiago.  
Renard Carlos.  
Zañartu Larrain César.  
Fabian y Ca.  
Arlegui Juan de Dios.  
Campillo S.  
Lyon Roberto.  
Maldonado José.  
Flühmann.  
Gutierrez M. J.

Caro A. Manuel.  
 Montiel R. Agustin.  
 Diaz M. 2.º Ramon.  
 Barra de la Alejandro.  
 Herrera Oscar.  
 Carvajal Jesus José.  
 Gacitúa Antonio.  
 Pozo del Juan.  
 Ramos M. Nicanor.  
 Severin Pedro L.  
 Carreño Pedro.  
 Club Central.  
 Bolsa Comercial.  
 Club de la Union.  
 Niño Adolfo.  
 Allende Victorino.  
 Rios José Juan.  
 Valdes Eleuterio.  
 Rojas A. Diego.  
 Rian O. Antonio.  
 Barrena Antonio.  
 Chaigneau J.  
 Guarachi N.  
 Medina L.  
 Carriel 2.º M.  
 Searle E. Guillermo.  
 Gomez Gutierrez Francisco.  
 Chavez M. A.  
 Pülschen I.  
 Gonzalez I.  
 Talavera Luis.  
 Barra Severo.  
 Tagle Ruiz Bernardo  
 Llanos C.  
 Delfin Pedro.  
 Chavez M. Juan.  
 Perez A. Heliodoro.  
 Novoa Capitan.  
 Rosa B. de Bennett.  
 Torres M. José.  
 Barazarte Rafael.  
 Arangua Rafael.  
 Silva J.  
 Sir Reinaldo.  
 Portaluppi José.  
 Bates Guillermo.  
 Ra nos A. Juan.  
 Hernandez Roberto.  
 Araos J.  
 Donoso A. J.  
 Latorre E.  
 Potts Carlos.

### Santiago.

Luis Salinas.  
 Fidel P. Solar.  
 Diego A. Argunda.  
 Echeverria Alberto.  
 Cárdenas J. A.  
 Cuadra E.  
 Navarrete Carlos.  
 Matta A. M.  
 Club de Setiembre.  
 Valdes Francisco.  
 N. N.  
 Arias B.  
 Compañia de Bomba.  
 Martinez M.  
 Urmeneta J. F.  
 Urmeneta J. F.  
 Undurraga S. Lucrecia.  
 Marcial Martinez.  
 Club de la Union.  
 Enrique Cood.

### Concepcion.

Claro Ricardo.  
 Anguita Felipe T.  
 Rojas Jorje.  
 Rio del Gregorio.  
 Marin Evaristo.  
 Palacios Mariano.  
 Palma Nicómedes.  
 Aldunate Manuel.  
 Martinez Ruperto.  
 Wriedt A.  
 Benavente Pilar.  
 Figueroa de E. Figueroa.  
 Menchaca Camilo.  
 Fierro T. Francisco.  
 Castellon Carlos.  
 Rogers Jorje.  
 Errázuriz Luis.  
 Aguayo Antonio.  
 Jimenez de la C. Juan.  
 Villagra Luis José.  
 Fuentes Pablo.  
 Yentschik Manuel.

### San Felipe.

Rojas Rafael.  
 Nuñez Manuel.

Bruma Juan.  
Oyaneder Erasmo.

**Talcahuano.**

Aguilera C. Juan.  
Gomez Nemecio.

Jil A. Juan.  
Sosa A. José.  
Aguilar Soto Juan.  
Funck de Keen Josefina.  
Crosby de S. Elisa.  
Henriquez Rudecindo.  
Andrews Ernesto.

Aun no hemos recibido la lista de los suscritores del norte.

---

**COLABORADORES A LA "REVISTA DE VALPARAISO."**

---

**Santiago.**

Diego Barros Arana.  
Miguel Luis Amunátegui.  
Valderrama Adolfo Dr.  
Luco Orrego Augusto.  
Murillo Ruperto.  
Murillo Valentin.  
Barra Eduardo de la.  
Torres Arce Víctor.  
Matta A. Manuel  
Lucrecia Undurraga Solar.  
Soffia A. José.  
Matta Guillermo.  
Taforó Francisco de Paula.

**Coquimbo.**

Manuel Concha.  
Elías Cousiño.

**Valparaiso.**

Jacinto Chacon.  
Daniel Feliu.  
Rafael Egaña.  
Ricardo Bustamante.  
Manuel A. Benavides.

**Perú.**

Ricardo Palma.  
Juana M. Gorriti.

---